DANIEL AQUILLUÉ

GUERRA y CUCHILLO

LOS SITIOS DE ZARAGOZA
1808-1809



GUERRA Y CUCHILLO

Daniel Aquillué Domínguez

Guerra y cuchillo

Los Sitios de Zaragoza (1808-1809)

la esfera de los libros

Primera edición: abril de 2021

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel. 91 296 02 00

www.esferalibros.com

Mapas: L.J. Velasco

ISBN: 978-84-1384-047-5

Depósito legal: M. 2.097-2021

Fotocomposición: Creative XML, S.L.

Impresión: Cofás

Encuadernación: De Diego

Impreso en España-*Printed in Spain*

ÍNDICE

MUY HEROICA E INMORTAL ZARAGOZA.
A modo de breve introducción

> «No necesitan los Aragoneses para merecer las glorias que supieron adquirir que se hagan cálculos exagerados sobre las fuerzas enemigas que los atacaron».
>
> LUIS DE PALAFOX, marqués de Lazán.[1]

Las palabras del marqués de Lazán, el mayor de los hermanos Palafox, son claras. Las dijo ya en 1811, dos años después de los Sitios de Zaragoza, los dos asedios que sufrió la ciudad por parte de las tropas napoleónicas entre 1808 y 1809. Sin embargo, a veces la épica se ha sobrepuesto sobre la historia, exaltando unos hechos que ya fueron tremendos e impactantes, históricos por sí solos. El propio hermano pequeño de Luis de Palafox, José, exageró en ocasiones los hechos de los que participó o bien quiso tener un mayor protagonismo en la búsqueda de la gloria durante su vida.

A lo largo de los siglos XIX y XX, desde el mismo 1808, la ciudad de Zaragoza recibió diversos reconocimientos por su defensa frente a los ejércitos napoleónicos. Los más significativos quizás sean los cuatro títulos que aún luce en la actualidad: Muy Noble, Muy Leal, Muy Heroica e Inmortal. Los tres primeros fueron otorgados poco después de los Sitios, mientras que el cuarto lo dio Alfonso XIII ya en 1908, al cumplirse el centenario. Los otros dos títulos, Siempre Heroica y Muy Benéfica, no tienen que ver con la lucha antifrancesa, sino con la jornada del 5 de marzo de 1838 frente a los carlistas y con la epidemia de cólera de 1885.

Mucho se ha escrito sobre estos acontecimientos, pues la Guerra de la Independencia es el hito que da arranque a la historia contemporánea de España. A veces ha dado la sensación de que los mitos y el aluvión de nombres de «héroes» han llegado a sepultar a la propia historia. En el caso zaragozano, José de Palafox, Agustina de Aragón, Tío Jorge y la condesa de Bureta parece que sean los únicos defensores que hayan quedado en el imaginario colectivo. Pero hay muchos más. En este libro se ha tratado de poner rostro a aquellas personas que defendieron y atacaron Zaragoza en 1808 y 1809, explicar sus motivaciones y los porqués de sus actuaciones. Tampoco se ha obviado a quienes quedaron en los sombríos márgenes de la batalla, quienes se dedicaron a labores logísticas y cotidianas, quienes desertaron o fueron víctimas de los desastres de la guerra.

Con ese objeto, he dividido el libro en once capítulos. Los cuatro primeros pretenden explicar el camino que lleva desde el reinado de

Carlos IV hasta la llegada de la guerra a las puertas de Zaragoza. Los capítulos 5, 6 y 7 se centran en narrar el Primer Sitio de Zaragoza, tanto lo que sucedía dentro de la ciudad como en sus alrededores. Hay que tener claro que este episodio trasciende con creces lo local. En primer lugar, la Zaragoza rebelde de 1808 movilizó en torno a sí todo un *hinterland* de apoyo a la causa de Fernando VII, de la cual se erigió como gran estandarte. Así, el resto de Aragón, parte de Navarra y de Castilla, la Cataluña no ocupada, Valencia, Baleares y Murcia tuvieron relación directa con lo que ocurría en Zaragoza. En el capítulo 8, el periodo entre asedios, se ha procurado contar tanto los hechos militares como la repercusión nacional e internacional de lo acontecido en el verano de 1808. Los capítulos 9 y 10 se centran en exclusiva en el Segundo Sitio, describiendo sus pormenores. Finalmente, el libro se cierra con un capítulo final en el que se recapitula lo dicho y se lanzan algunas reflexiones.

En conjunto, se ha tratado de transmitir lo vivido en 1808 y 1809, situando en aquel contexto a quien lo lea. Para ello se han trabajado profusamente las fuentes del Archivo Municipal de Zaragoza, así como la bibliografía existente sobre el tema. Hay seis autores de comienzos del siglo XIX que son omnipresentes y transversales a toda la narración. Cinco de ellos estuvieron sitiando o defendiendo Zaragoza: Faustino Casamayor, cronista zaragozano; Agustín Alcaide Ibieca, magistrado zaragozano; el barón de Rogniat y Louis-François Lejeune, oficiales de ingenieros franceses; Józef Mrozinski, militar polaco al servicio de Napoleón; y el francés Jean Belmas.

Junto a esto, la bibliografía de numerosos historiadores e investigadores sobre la Guerra de Independencia Española, Guerra de España contra Napoleón o *Peninsular War*, pues ha recibido diversos nombres. Es necesario agradecer a quienes han trabajado el tema antes, pues los Sitios se han abordado desde numerosos estudios locales y específicos, también con alguna mirada más amplia. Personalmente, me parecen muy relevantes las aportaciones de toda una vida dedicada a la investigación de los Palafox, como la del historiador Herminio Lafoz Rabaza, las más recientes de José Antonio Pérez Francés desde su visión militar; y las que ha compartido Luis Sorando Muzás sobre las unidades y uniformes de la Guerra de la Independencia. A ellos se suman multitud de investigaciones con nombre propio que han contribuido al conocimiento del periodo 1808-1814 y que han servido de base para este libro: R. Rudorff, F. Escribano, J. A. Armillas, R. Fraser, R. Zurita, Ch. Esdaile, J-Ph. Luis, M. Garcés, G. Dufour, J. R. Aymes, H. Siou, R. Guirao, P. Rújula, A. Peiró, N. Marín, R. Hocquellet, C. Rivola, L. A. Arcarazo, etc.

También debo precisar que, al igual que el conflicto bélico de 1808 ha sido etiquetado de distintas formas, he utilizado distintas palabras

para referirme a los contendientes en liza, a veces por precisión, otras por no repetir términos. Así, he hablado de napoleónicos, imperiales, sitiadores o invasores para referirme a los ejércitos del emperador de Francia, Napoleón Bonaparte, que fueron en buena medida multinacionales, incluyendo franceses, polacos, italianos, alemanes, etc. Eso sí, ha habido ocasiones en las que les he denominado de manera más simple como franceses, lo que se debe a que hago referencia a cómo los llamaban sus enemigos españoles, o porque el contingente específico del que hablo era de origen francés. Para el otro bando, he usado fernandinos, españoles, sitiados, defensores o aragoneses. El término más preciso es el de fernandinos, porque aunque todos eran españoles, no todos los españoles defendieron la causa de Fernando VII, pues hubo una parte —más minoritaria, pero no irrelevante— que apoyó al rey José I Bonaparte, los llamados afrancesados. También, en algunas ocasiones he utilizado aragoneses si la mayoría de los combatientes tenían su origen en Aragón, como en algunos momentos del Primer Sitio.

El origen más remoto de este libro se encuentra en el interés que ya en 2005 me suscitó la historia zaragozana de 1808, al ver una recreación histórica de la asociación «Voluntarios de Aragón», tras lo que leí, y me fascino, la *Zaragoza* de Benito Pérez Galdós. En dicha novela, un personaje ficticio, Gabriel de Araceli, llega a Zaragoza en diciembre de 1808, huyendo del Madrid nuevamente ocupado por las tropas de Napoleón. Araceli es el protagonista de toda la primera serie de *Episodios Nacionales*, comenzando su andadura militar en *Trafalgar* en 1805, participando en el Motín de Aranjuez y el 2 de Mayo, Bailén y otras batallas, entre las que consta la del Segundo Sitio de Zaragoza en 1808-1809. A su llegada, le cuentan las glorias del Primer Sitio y él participa de las del Segundo, entre las ruinas, los muertos y los escombros. Se entremezcla literariamente con personajes reales y otros ficticios, a través de los cuales Galdós nos narra lo que supuso aquel asedio mítico. Quedé fascinado con ello hace quince años y poco después llegó el Bicentenario en 2008-2009, justo cuando entraba a estudiar la licenciatura de historia en la Universidad de Zaragoza. Los caminos de la investigación me llevaron al estudio de la historia de 1830-1840, años en los que volvían a presentarse los desastres de una terrible guerra en España, y en la que participaron personas que habían vivido los Sitios de 1808 y 1809. El mismo José de Palafox volvió a ocupar muy fugazmente la Capitanía General de Aragón en 1835.

Gracias a Félix Gil y a La Esfera de los Libros puedo presentar esta obra, que en cierta manera es el libro que siempre quise escribir desde aquel 2005 en que descubrí con asombro lo que había sucedido en mi ciudad dos siglos antes. Lo que aquí se presenta son personajes

históricos, con sus vidas de carne y hueso, en un contexto de convulsos cambios, de imprevisibles consecuencias y una guerra como no se había conocido.

Debo acabar esta breve introducción, dejando patentes mis agradecimientos a quienes han hecho posible este libro. Además de al mencionado Félix Gil y a la editorial, esta obra debe mucho a los compañeros de la *Revista Universitaria de Historia Militar* David Alegre y Miguel Alonso; también a otros amigos historiadores como Miriam Gracia, Pablo Aguirre, Mónica Garcés y Ángel Ruiz; a Luis Sorando, gran investigador y amigo, quien siempre responde a las preguntas sobre tal o cual unidad, uniforme o bandera, facilitando siempre documentación y obras de época. Igualmente, han sido de ayuda Ramón Guirao, Sergio García, Alfonso Bermúdez, José Luis Ona, Inma Ratia, Ignacio García de Paso, Carlos Rivola, Irene Cisneros, Mariano Martín, Iván Ordovás, Jonathan J. Bar… y gracias en general a la Asociación Cultural Los Sitios de Zaragoza y a la Asociación Cultural Voluntarios de Aragón. Además, agradezco a Valischka sus fotografías de la recreación de los Sitios. Finalmente, debo dar las gracias a mis padres por el apoyo que siempre me ofrecen.

Espero que este libro sirva a quien lo lea para trasladarse mentalmente a la Zaragoza, Aragón y España de 1808 y 1809, comprendiendo las actuaciones de aquellas gentes, con nombres y apellidos, que se vieron inmersas en la vorágine de la historia.

Villamayor-Zaragoza, enero de 2021

1. MOTÍN
Marzo-junio de 1808

Un jinete intenta controlar a su caballo entre una multitud llena de ira. Viste bicornio y una casaca azul con vueltas rojas, uniforme de los guardias de corps. Varios hombres recogen piedras del suelo de Aranjuez, otros amenazan con garrotes mientras se acercan. Todos quieren linchar al ilustre prisionero a quien escoltan varios soldados. El que pareciera todopoderoso gobernante hasta hacía unos días, el Príncipe de la Paz, Manuel Godoy, había pasado de la geopolítica de ambos hemisferios a preocuparse tan solo por salvar su vida. Los guardias de corps caracolean con sus caballos para alejar a las alborotadas gentes que se abalanzan sobre el caído en desgracia.

Quien manda a esos guardias que escoltan a Godoy es un brigadier del mismo cuerpo llamado José de Rebolledo de Palafox y Melci. Es un hombre de treinta y dos años, el menor de los tres hijos varones de los marqueses de Lazán, una familia de la nobleza aragonesa. Hasta hacía poco se había dedicado a la dulce vida cortesana, entre juegos de cartas, bailes y saraos varios. Ese 19 de marzo de 1808, sin embargo, todo comenzó a cambiar. En las cartas de José pintarán bastos, pues la conspiración, la guerra y la revolución marcarán el año para la historia.

Pero cabe preguntarse cómo se había llegado ahí, cómo Godoy podía haber conjurado tantas iras y ser tan odiado, al punto de ser prácticamente arrastrado a los pies de los caballos. Para ello, debemos retrotraernos un poco en el tiempo, especialmente al periodo del segundo gobierno de Manuel Godoy, entre 1801 y 1808.

Una monarquía en crisis ante la mirada de Napoleón

Si bien es cierto que Godoy ya había despertado recelos en su primer gobierno (1792-1798) por su rápido ascenso político y social, por sus reformas y por su amistad con los reyes, nunca fue amante de la reina, como dijo la propaganda en su contra. En su segunda etapa en el poder se desató una tormenta perfecta, en la que se coaligaron factores internos y externos con los que hubo de lidiar. Godoy acabó encarnando el mal gobierno y el despotismo contra el que se levantaron muchos en la primavera de 1808. Ese despotismo, unido a la acusación de engaño y traición, se trasladaría a Napoleón, identificando a los dos personajes como el enemigo al que combatir.

Con la irrupción de Napoleón Bonaparte en el escenario geopolítico

europeo en 1799 se despertaron, por un lado, esperanzas de que encauzase la Revolución hacia el orden y, por otro, temores sobre sus intenciones expansivas. A Carlos IV le preocupaba especialmente la política exterior de Bonaparte en Italia, donde su familia tenía intereses, tanto en torno al Ducado de Parma como en el Reino de Nápoles, y donde quería garantizar la protección del Papado. Asimismo, por el Tratado de San Ildefonso de 1796, España y Francia eran aliadas, fundamentalmente frente al Reino Unido y Portugal. Ahora bien, mientras el Borbón interpretaba este pacto como defensivo, el Bonaparte lo veía como ofensivo. Y ahí, la situación de una España cuya joya de la corona estaba allende el Atlántico, mantenía intereses italianos y tenía que hacer frente a problemas internos, era delicada y complicada.

En el siglo XVIII, en la monarquía española se habían enfrentado por el poder dos facciones cortesanas, los golillas de Floridablanca y los aristócratas (o «partido aragonés») del conde de Aranda. Frente a ello, la lealtad, fidelidad —y dependencia— de Manuel Godoy a los reyes Carlos IV y María Luisa de Parma. Esto le supuso su ascenso y convertirse en el amigo y consejero de los monarcas. Precisamente por ello, ante los trepidantes cambios en el panorama europeo y las incertidumbres internas, Carlos IV recurrió de nuevo a Godoy en 1801, como hombre fuerte capaz de tomar las decisiones necesarias para reformar la monarquía y consolidar la autoridad real, sabiendo de su total lealtad, pues todo lo debía al favor de los reyes.

Pero esa vez no iba ser nombrado ministro del Gobierno, Carlos IV quería un poder ejecutivo con capacidad para obrar de forma extraordinaria. Por esa razón, en connivencia con Godoy creó un nuevo cargo externo a las tradicionales formas de gobierno de la monarquía. A principios de 1801 nombró a Manuel Godoy generalísimo. Con tal cargo, militar y político, dirigió la exitosa, aunque breve, guerra contra Portugal de mayo de ese año.

La clave de este nombramiento fue que como generalísimo se colocó en una posición de poder sin parangón, solo por debajo del rey, y por encima de todos los demás. Controlaba el Ejército, que se propuso reformar, desplazando de ese espacio a la tradicional nobleza que, como es lógico, se puso en su contra. Además, dejaba al margen y casi sin efecto, a los dos cuerpos institucionales que habían regido la monarquía: los consejos —en especial el Consejo de Castilla— y el gobierno —secretarías—. Con todo ello, nobleza, militares, clero y no pocos oficiales de la administración —que había entrado en un proceso de profesionalización y temía la arbitrariedad— se pusieron en contra del generalísimo, tildado de déspota. Se aglutinaron en torno al conocido como «partido fernandino», es decir, alrededor del príncipe Fernando, futuro Fernando VII y que sería presentado como

una víctima, en un juego de espejos en donde Godoy representaba todo lo malo y Fernando encarnaba la esperanza.

Pero eso no era un mero juego cortesano ni interno. Napoleón desconfiaba de Godoy, de que pudiera ser útil a sus planes y cumpliera los pactos firmados; el Reino Unido atacaba a las posesiones españolas, interrumpía las comunicaciones entre América y la Península Ibérica y bloqueaba el comercio; y el pueblo padecía los efectos de todo ello y más. Los años que discurren entre 1803 y 1807 fueron nefastos para la economía española. Se sucedieron malas cosechas en los campos, se produjo carestía de cereales —especialmente en Madrid—, el sistema de beneficencia y abasto de la monarquía quedó absolutamente desbordado, la pobreza se disparó y, por si fuera poco, se desató una epidemia de fiebre amarilla que afectó con dureza a numerosas ciudades como Cádiz, Málaga y Cartagena.

En 1807 el poder de Godoy es total. Es nombrado gran almirante y decano del Consejo de Estado. A pesar de la oposición de élites y pueblo, de las crisis de subsistencias, de la obstrucción del comercio, la guerra contra el Reino Unido, la derrota de Trafalgar, las exigencias de Napoleón, continuó como generalísimo porque, a ojos de los reyes, era el único en condiciones de dirigir los destinos de la monarquía española por su lealtad inquebrantable y por su capacidad.

A partir de entonces la maquinaria conspirativa de la oposición se acelera. Personajes como el clérigo Escoiquiz, el duque del Infantado y el marqués de Ayerbe se unen con el príncipe Fernando y preparan un golpe para el otoño de 1807, conjura que, sin embargo, será descubierta y desarticulada. Fue la llamada conspiración del Escorial, en la cual acabó arrestado el mismísimo heredero del trono. A esas alturas, Godoy estaba entregado totalmente a Napoleón, a diferencia de 1801, cuando incluso se permitía desairarle. El generalísimo sabía que si las cosas se torcían en España, tendría que recurrir al emperador, y que cualquier afrenta a este le decantaría por apoyar al príncipe Fernando. A la vez, temía y desconfiaba de sus intenciones. Godoy y España se encontraban entre la espada y la pared.

En medio de esas disputas internas por el poder, las tropas napoleónicas, al mando de Junot, cruzaron la frontera y 25.000 soldados entraron en España, prestos a invadir Portugal. Era el 18 de octubre de 1807 y entraban como aliados, todavía. El partido fernandino extendió el rumor de que iban en ayuda del príncipe. Godoy se apresuró a firmar el Tratado de Fontainebleau el 27 de octubre, autorizando ese tránsito de los ejércitos de Napoleón y aprobando la invasión franco-española de la monarquía lusa. Asimismo, se contemplaba una división y reparto de Portugal en tres zonas, plan que nunca se llegó a realizar.

El año 1808 comenzó mal para Godoy. Los tribunales absolvieron a

los conspiradores del Escorial, la opinión pública estaba totalmente en su contra y no contaba con el apoyo de Napoleón, quien, a través de su embajador en España, jugaba a la ambigüedad mientras decidía qué hacer con los Borbones. Carlos IV, María Luisa y su generalísimo estaban solos. Y cada vez cruzaban más tropas napoleónicas la frontera, ocupando plazas fortificadas como Pamplona y Barcelona. Su excusa, defenderlas de un hipotético ataque británico —quienes, en realidad, estaban preparando una gran expedición militar, sí, pero contra el Virreinato del Río de la Plata—. La incertidumbre reinaba en el ambiente. Godoy empezó a pensar en la posibilidad de que la familia real abandonase Madrid, fuera a Cádiz y de allí tomara un barco a Hispanoamérica, siguiendo el ejemplo de los Braganza de Portugal. El primer paso era trasladarse a Aranjuez. Así ocurrió, pero no pasaron de aquel Real Sitio.[1]

En marzo de 1808 los acontecimientos comenzaron una aceleración vertiginosa. El domingo 13, Manuel Godoy se reunió en Aranjuez con toda la corte, los cuerpos de Guardias de Corps, Guardias Valonas y Guardias Españolas. Insistió a Carlos IV para que publicase un manifiesto anunciando y justificando el viaje real. No lo consiguió, el rey se opuso. Fuera de palacio, Aranjuez y Madrid eran hervideros de conspiración. Los mismos de octubre de 1807 estaban a la cabeza, tras el príncipe Fernando. Se sumaban, también, los hermanos Palafox —Luis, marqués de Lazán, y Francisco y José, guardias de corps— y su primo, el conde de Montijo, Eugenio Palafox Portocarrero.

El 16 de marzo aparecieron pasquines en Aranjuez con un mensaje claro: «Viva el rey y venga a tierra la cabeza de Godoy».[2] La noche del 17 de marzo de 1808 estalló, finalmente, el motín. Los soldados salieron de los cuarteles y se unieron a la multitud local y de pueblos vecinos que gritaban frente a palacio. Después, asaltaron la casa de Godoy, al que no encontraron. El defenestrado generalísimo se había escondido, pero solo aguantó dos días. El 19 de marzo hubo de salir y fue detenido, escoltado y vejado. Comprender este auge y caída de Godoy, esos odios que despertó, cómo estos se replicaron en Napoleón, y por qué Fernando VII fue idealizado en contraposición a ambos, nos permitirá entender unas actuaciones de 1808 que tuvieron su lógica, la amplia movilización, politización y resistencia popular frente a la invasión napoleónica de España.

Subversión en Zaragoza

Entre el 17 y el 19 de marzo de 1808 no caía solo el todopoderoso gobernante, pocos días después iba a caer un rey y entronizarse otro, pero antes, en Zaragoza se dio otro motín más subversivo. Las noticias del Motín de Aranjuez llegaron a la ciudad de Zaragoza el 22 de marzo. Inmediatamente, se reunió en pleno extraordinario el Real

Acuerdo para leer la real orden de la destitución de Godoy. Acto seguido, ya por la tarde, se colocaron carteles por la ciudad anunciando la nueva, la cual fue celebrada con mucho entusiasmo.

Lo que podría haber sido un simple festejo, en una ciudad que se decantaba por el bando fernandino, se convirtió en un flagrante acto subversivo. Sus protagonistas fueron los estudiantes de la universidad. Y es que en esta institución Godoy también se había ganado enemigos. La proyectada reforma de los estudios universitarios, aprobada el 12 de julio de 1807 se topó con resistencias. El propio claustro zaragozano manifestaba en 1808 las «dificultades» —en realidad oposición— en la aplicación de los nuevos planes. Hay que tener presente que el 3 de diciembre de 1807 ya habían tenido lugar algaradas contra el nuevo plan de estudios. Además, la universidad zaragozana contaba con numerosos estudiantes de teología y muchos eclesiásticos entre su profesorado, los cuales se oponían a Godoy por la venta de bienes del clero aprobada en 1806, aunque esta contase con la aquiescencia papal.

De esta forma, podremos entender los sucesos de fines de marzo de 1808 y, en concreto el motín del 22 de marzo. Aquella tarde, cuando los estudiantes conocieron los sucesos de Aranjuez se dirigieron al teatro de la universidad y echaron las puertas abajo. Tres de ellos, entre los que se encontraba Matías Calvo, entraron, descolgaron el retrato de Manuel Godoy, recortaron el lienzo del marco y lo bajaron al patio. Allí lo arrastraron por el suelo mientras le escupían y pisoteaban, en un acto de violencia simbólica. A continuación, lo ataron a un palo y organizaron una procesión como acto de escarnio contra el que había sido generalísimo. Dos filas de estudiantes desfilaron por el Coso, principal arteria de la ciudad, hasta la Cruz del Coso, lugar de gran significación por su situación de centralidad en el entramado urbano y su significación religiosa —recuerdo de los mártires del siglo IV—. No lejos de allí, frente al Café Jimeno, encendieron una hoguera donde quemaron el retrato de Manuel Godoy, entre el griterío de la multitud.

Hasta ahí una algarada contra el gobernante caído. Aunque el rector, Joaquín Pascual, había intentado calmar a los universitarios, ese acto estaba amparado. Lo que sucedió acto seguido, no: subvirtió toda legalidad. Los amotinados compraron una estampa del príncipe Fernando, la colocaron sobre un dosel rojo y escribieron: «Vivan los reyes». Con ello, desfilaron nuevamente por el Coso, acompañados de músicos, dando vivas al rey. Finalizaron colocando ese improvisado retrato real en el teatro de la universidad. Fernando VII era rey desde la abdicación de Carlos IV el 19 de marzo… pero a Zaragoza no había llegado esa noticia, solo la destitución de Godoy el día 17. Por tanto, este acto de los estudiantes zaragozanos supuso destronar, por su

cuenta, a Carlos IV y entronizar a Fernando VII.

Habían derribado a la más alta autoridad, la del monarca, y colocaron a uno nuevo, el cual sería *su* rey, el que ellos habían sentado en el trono de España. Este punto es clave, y en él hay que insistir para entender toda la politización y movilización fernandina y de resistencia en 1808: Fernando VII no fue un rey cualquiera, fue un monarca que la mayor parte de la opinión pública, del pueblo, consideraba *su* rey, el que ellos habían *escogido* frente al despotismo de Godoy —después, frente a Napoleón—. Así lo percibieron inmediatamente en Aranjuez y Madrid el 17-19 de marzo, y así lo percibieron en la Zaragoza del 22 del mismo mes. Eso se sumaba a la imagen de Fernando como víctima de Godoy en la conspiración de El Escorial, como esperanza para la resolución de los males que la monarquía arrastraba desde 1802. Y todo ello se afianzaría más en la primavera de 1808 conforme la invasión napoleónica de España se hacía patente.

El motín estudiantil del 22 de marzo en Zaragoza no fue aislado ni quedó allí. Similares sucesos se dieron en Salamanca y Granada. Además, cuando llegó la noticia de la abdicación de Carlos IV en su hijo, las bullangas continuaron. El 26 de marzo hubo celebración en Zaragoza en honor a Fernando VII y el día 28 los estudiantes, encabezados por Antolín Rodríguez «Salsipuedes» daban por finalizado el curso académico, posesionándose del edificio universitario e impidiendo la entrada de cualquier persona. Eso fue ratificado por las autoridades, que, sin embargo, no toleraron los excesos y realizaron algunas detenciones. A la vez, se comenzó una suscripción popular para sufragar un retrato de Fernando VII y festejar su subida al trono. Esta no alcanzaría sus objetivos por la nueva ruptura de la cotidianeidad que supusieron los vertiginosos acontecimientos de mayo y junio y el inicio de la guerra. El dinero recaudado se usaría para el armamento y defensa de la ciudad, a petición de los propios estudiantes, y el claustro aprobó que se convalidase el servicio militar como si fueran cursos universitarios, pudiendo obtener los grados con solo presentarse a examen. De esta forma, hubo estudiantes que cambiaron los libros por las armas que ya pidieron el 30 de mayo, como Francisco Berche, quien el 8 de junio de 1808 solicitó ser sargento de alguna compañía «para defensa de la Patria, Fe y Religión».[3] Pero no adelantemos acontecimientos.

Junto a los universitarios, la ira popular se focalizó en el intendente de Aragón, Ignacio Garcini, autoridad godoyista, quien simbolizó a Godoy en Zaragoza. Las clases populares arrastraban descontento desde la crisis de 1802. Años de malas cosechas, carestía, alzas de precios —a modo de ejemplo, el aceite subió en 1807 de 35 a 45 reales—. Hubo problemas de abastecimiento en Zaragoza, aumentaron

los pobres locales y foráneos, el Monte Pío de Labradores no daba abasto con sus préstamos a campesinos... La necesidad de ingresos para la monarquía —recordemos, en guerra contra Reino Unido y debiendo financiar a Napoleón— llevó a nuevos impuestos. Se elevaron tasas que gravaban la venta de azúcar, canela, pimienta… pero lo más impopular fue el arbitrio temporal del vino. El intendente era quien se ocupaba de hacer cumplir estas normas hacendísticas. Este impuesto sobre el vino había sido aprobado por una real cédula en 1805, pero las autoridades municipales se resistían a aplicarlo, conocedoras del disgusto popular. En 1807 Ignacio Garcini se impuso y obligó a las autoridades aragonesas a cobrar dicho impuesto sobre el vino. Tras la caída de Godoy y la subida al trono de Fernando VII, todas las autoridades nombradas por Godoy estuvieron en el punto de mira. Garcini concentró las iras populares del vecindario de Zaragoza. Así, el 31 de marzo de 1808 hubo de huir de la ciudad, no sin antes ser apedreado por un grupo de hombres y mujeres en el Mercado y en la Puerta Quemada.

De Bayona a Zaragoza

Mientras los ecos de Aranjuez resonaban por toda la monarquía, esta se encontraba cada vez más en una situación crítica. Pronto, el destronado Carlos IV solicitaría ayuda al árbitro de Europa, Napoleón Bonaparte, contando que su abdicación había sido forzada por un golpe de Estado de su hijo. Este, el flamante nuevo rey Fernando VII, entró en loor de multitudes en Madrid el 24 de marzo de 1808, pero su posición era débil, más allá del apoyo popular y de la nobleza española. El lugarteniente general de los ejércitos napoleónicos en la Península Ibérica, Joaquim Murat, gran duque de Berg y cuñado de Napoleón, había llegado recientemente a Madrid. En la ciudad y su entorno ya eran 30.000 los soldados imperiales. Esos se sumaban al cuerpo desplazado a Portugal, al mando de Junot, a los soldados de Duhesme que habían tomado la Ciudadela de Barcelona, a los acantonados en Pamplona y San Sebastián. Y continuaban traspasando la frontera miles de soldados napoleónicos.

Los recelos españoles iban en aumento. Sin embargo, Fernando VII era consciente de que necesitaba que Napoleón le reconociese como legítimo rey de España e Indias. Murat no lo había hecho. Aquello no era buena señal. Tampoco que la proyectada reunión entre el emperador y el monarca se fuera cambiando de lugar, primero en Burgos, después en Vitoria, finalmente sería en Bayona, ya en suelo francés. El francés Savary tuvo mucho que ver en convencer a Fernando de que acudiera a la entrevista con Napoleón. Muchos sospechaban, pero el rey insistía en que era un riesgo que debía correr, su trono dependía de ello. Además, no consideraba que

Bonaparte realmente se atreviera a destronarlo. Así, su correspondencia derrochaba palabras de amistad e incluso servilismo.

El 10 de abril de 1808, el rey de España salía de la capital. Su objetivo era ser reconocido como tal por el dominador de Europa. No iba solo en ese largo viaje. Le acompañaba un escogido séquito de confianza como Escoiquiz, el duque del Infantado, el duque de San Carlos, Pedro Cevallos… y el mayordomo de semana, Francisco de Palafox. Este era el segundo hijo de los marqueses de Lazán, hermano de Luis y José. Los tres formaban parte del partido fernandino y tendrían un papel destacado en lo que estaba por venir aquel año de 1808 en el que el mundo hispano se puso del revés.

Tras pasar por Burgos, el 13 de abril entró Fernando VII en Vitoria. Pero allí tampoco le esperaba Napoleón, quien llegaba un día después, pero a Bayona. Entre ese día y el 19, diversas personas advirtieron a la corte y al mismo rey de que las intenciones de Bonaparte no eran buenas. El propio vecindario vitoriano se congregó e intentó evitar la partida del carruaje del rey, debiendo intervenir Infantado, con su prestigio, para apaciguar a una multitud a punto de amotinarse para salvar a *su* rey de una trampa francesa que solo él y sus más allegados parecían no ver. Mariano Luis de Urquijo, en conveniencia con el alcalde de Vitoria, incluso propuso a Fernando la huida, sacarlo de allí y llevarlo a territorio seguro en Aragón, ya que el repliegue hacia Burgos estaba cortado por las tropas de Bessieres, previa orden de Napoleón. El monarca tuvo opción la noche del 19 al 20 de abril, cuando el séquito francés de Savary que le escoltaba/custodiaba se retrasó por una avería en el carruaje. Esa noche la pasó en Irún sin franceses a la vista, rodeado de españoles fieles a su real persona. No consintió, pero en horas se arrepentiría. Cuando al día siguiente cruzó la frontera y se adentró en Francia, nadie le fue a recibir. Tan solo a la entrada de Bayona fue recibido, pero no como rey de España, sino como príncipe de Asturias. Entonces fue cuando, al fin, Fernando se vio vendido y que había caído en una trampa.[4]

En las cercanías de Irún, prestos a una misión de rescate del rey, se encontraban dos guardias de corps: Fernando Gómez de Butrón y José de Palafox. Estos mantenían contactos a ambos lados de la frontera, pues en Bayona, junto a Fernando, se encontraba Francisco de Palafox y el cónsul español allí, Iparraguirre. El plan era similar al propuesto por Urquijo en Vitoria días antes. Tenían dispuesta a gente y caballos para llevar a Fernando VII hasta tierras aragonesas, libre de franceses.

Sin embargo, fueron descubiertos por las autoridades napoleónicas. El pequeño de los Palafox y Gómez de Butrón iniciaron entonces una huida en solitario, caminando de noche y disfrazados para no ser reconocidos, atravesando una Navarra dominada por las tropas imperiales. Contaban con la ayuda de los párrocos y vecinos de los

pueblos. De esa forma se salvaron de ser apresados en varias ocasiones. Cerca de Pamplona se toparon con un grupo de caballería francesa, pero un anciano les ocultó y mostró un camino a través de un barranco, llegando a la ribera del Ebro. En Tudela, fue el presbítero José Marzal y Araiz quien les ofreció su ayuda para llegar sanos y salvos a Aragón.[5]

Una vez en Zaragoza, José de Palafox fue inmediatamente a hablar con el capitán general, Jorge Juan Guillelmi. Le propuso un levantamiento armado en defensa de la corona de Fernando VII, a lo que este se opuso, obedeciendo las órdenes que provenían de Madrid y que —oficialmente— todavía contaban con el respaldo real. Guillelmi, sin duda, se fiaba más de la Junta de Gobierno presidida por el infante don Antonio y del Consejo de Castilla que de lo que pudiera decirle un brigadier de guardia de corps. Además, era demasiado osado y peligroso arriesgar Aragón a una rebelión de muy incierto éxito y turbulentas consecuencias en nombre de no se sabía muy bien qué. Todavía no se había producido una quiebra total del poder de la monarquía y, aun con ello, Napoleón dominaba Europa, incluida, *de facto*, España. A Palafox no le quedó otra que buscar refugio. Lo encontró en el palacete de La Alfranca, propiedad de su pariente la marquesa de Ayerbe y situado en Pastriz, pueblo en las cercanías de Zaragoza. Allí, esperó, dudó y temió un fatal desenlace para su causa y él mismo. Y es que Guillelmi le había transmitido la orden de Murat de que, como todos los guardias de corps, se debía reintegrar en su unidad en Madrid, so pena de ser considerado un desertor y traidor.

Mientras los hermanos Palafox, Francisco en Bayona con Fernando VII, Luis en Madrid, con Murat y José refugiado en Zaragoza-La Alfranca, buscaban el modo de defender la causa fernandina, ya fuera con planes de rescate, aparentando ante Murat en busca de una oportunidad o intentando un levantamiento armado de Aragón, los acontecimientos entraban en una nueva escalada de tensión, acelerando la historia y llevándola por un camino que estos aristócratas conspiradores del partido fernandino no podían controlar.

Las iras populares se desplazaban de Godoy y los godoyistas a los franceses y Bonaparte. No era para menos, pues cada vez percibían a las tropas imperiales como enemigas y perjudiciales. El 26 de marzo de 1808 se registraban ocho denuncias contra soldados franceses por no pagar en tabernas e intentos de violación en Madrid, los pueblos de Guadarrama y Buitrago elevaban quejas por las requisas del ejército napoleónico, mientras que el día 30 un soldado francés resultaba herido en una pelea en San Sebastián de los Reyes. Los altercados entre paisanos españoles y militares napoleónicos no habían hecho más que comenzar. El 1 y 2 de abril hubo conflictos en la Puerta del Sol, con insultos y pedradas, llegando el primer muerto el 12 de abril.

Ese día un soldado francés fue asesinado por el presbítero Andrés López. Dos semanas después, el 25, el molendero de cacao Antonio Pérez apuñaló a un francés, sin mediar aparente conflicto, al grito de «¡viva el rey!», declarando después que «esos pícaros venían a saquear los templos de Dios y a robar el fruto de sus sudores». Más de 174 franceses fueron asesinados entre marzo y el 1 de mayo de 1808.[6]

Era la respuesta popular a las requisas militares, a la percepción de ocupación y al recelo de que estaban arrebatándoles a *su* rey, quien representaba todas las esperanzas de mejora. Así, cada vez más, Napoleón era percibido como un traidor a sus promesas, un farsante, un tirano perverso que había engañado con buenas palabras a Fernando VII y a todos sus súbditos, con el fin de apoderarse de España y su Imperio, convertirlos en esclavos y acabar con su religión. De nada servían los llamamientos a la tranquilidad de las autoridades, la Junta de Gobierno dejada en Madrid por Fernando VII, con el infante don Antonio al frente. Esta era tenida por sumisa a Murat, y no faltaba razón, pues ningún margen de actuación tenía.

Así llegamos al 1 de mayo de 1808. Ese día se extendió por Madrid el rumor de que el rey Fernando había sido liberado de Bayona. Aunque era claramente falso, no hay que tenerlo por increíble. Para mucha gente tenía verosimilitud. Recordemos los planes de Urquijo y Palafox. La alegría popular no duró mucho, pronto se descubrió la falsedad de la noticia, causando un ambiente de tensión, incertidumbre y conmoción. El 2 de mayo amaneció con la agitación anterior. Era lunes, día en el que por costumbre muchos artesanos —de la ciudad y pueblos vecinos— alargaban la fiesta del domingo. Madrid estaba abarrotado de una multitud que, congregada en las plazas de Puerta del Sol y de Palacio, esperaban con ansiedad noticias de Bayona. Esa mañana estalló el motín popular del 2 de Mayo. Las clases populares usaron la violencia para expulsar a un cuerpo extraño que violentaba a la comunidad: los franceses, amigos de Godoy, traidores a Fernando y abusadores del pueblo. Era una forma de justicia punitiva colectiva, de violencia popular de castigo. Cuadrillas de artesanos y criados, mujeres, algunos soldados se lanzaron a las calles madrileñas. La respuesta de Murat es bien conocida: una dura represión.

Con ello pensó el gran duque de Berg que España estaba pacificada y así se lo transmitió al emperador. Nada más lejos de la realidad. Aparentemente, la única reacción fue el bando de los alcaldes de Móstoles el 3 de mayo y los tumultos en Oviedo el día 9, pero los ecos se irían acrecentando en una vorágine de noticias, rumores y tensión acumulada. La gota que colmó el vaso, tanto de las élites como de las clases populares, fueron las Abdicaciones de Bayona del 6 de mayo de 1808. En ellas se daba un traspaso de soberanía: de Fernando VII a

Carlos IV, de este a Napoleón, quien cedió la corona española a su hermano José, quien, a su vez, quedaría legitimado por una asamblea de notables españoles que se reuniría en Bayona y corroboraría una carta constitucional. De esta forma, se instauraba una nueva dinastía en España, la Bonaparte, con la legitimidad del Antiguo Régimen —abdicación y cesión de sus territorios patrimoniales por parte de los reyes— y una legitimidad moderna con base en una asamblea.

En realidad, Fernando VII no abdicó libremente. Él iba a Bayona para ser reconocido en el trono, no para entregarlo. El miedo le hizo cambiar rápidamente de opinión. Tenía presente lo que le había ocurrido al último Borbón que se había opuesto a Bonaparte, su primo el duque de Enghien, fusilado en 1804. A pesar de las circunstancias, Fernando se adaptó a la nueva situación, en su agradable estancia en Valençay, con su pensión y solicitando un matrimonio con alguna distinguida dama del Imperio. Su reino, sin embargo, no aceptaría tan fácilmente los cambios. Una buena parte de España se levantó en armas entre mayo y junio de 1808, en rebeldía contra el rey José I y Napoleón, en defensa del que consideraban *su* rey, Fernando VII *el Deseado*, un símbolo en quien volcaron todo.

Zaragoza rebelde

Hubo quienes aceptaron la nueva monarquía josefina, los llamados afrancesados, y ciudades que era materialmente imposible que se sublevasen, por estar ocupadas militarmente por los ejércitos imperiales: tal era el caso de Madrid, Barcelona, Burgos y Pamplona. Fue en las zonas libres de ejércitos napoleónicos donde prendió la mecha de la guerra, el levantamiento y la revolución. Entre el 22 y el 25 de mayo se levantaron Oviedo, Cartagena, Valencia Murcia… y Zaragoza el 24 de mayo de 1808.

Asistimos en esos momentos al fenómeno juntista, es decir la conformación de juntas locales y regionales que desconocían al gobierno establecido en Madrid. Este proceso se repetiría en distintos momentos del siglo XIX español y sería definido como la forma de hacer la revolución en España. Estas juntas, de composición heterogénea, aglutinaron a los partidarios de Fernando VII y se aprestaron a la defensa de sus derechos al trono de España y de la religión católica frente a las tropas napoleónicas. La Junta del Principado de Asturias declaró la guerra a Napoleón y envió una embajada diplomática al Reino Unido para solicitar la paz y la ayuda en la guerra que se iniciaba. La Guerra de la Independencia no era solo un conflicto nacional, sino también internacional. Estas juntas se erigieron en soberanas, es decir, asumían todo el poder ante la crisis política y el vacío provocado por la invasión napoleónica. Al asumir esto declaraban ilegales las Abdicaciones de Bayona, basando su

legitimación en la reasunción de la soberanía del rey trasmitida por una nueva legitimidad, la popular, la opinión pública, es decir quienes se habían sublevado, derrocado a la autoridad godoyista o afrancesada, tomado las armas y colocado ahí a los miembros de las juntas, bajo vigilancia como representantes directos del pueblo español defensor de Fernando VII. Como es bien conocido, esto supuso también una doble legitimidad monárquica en la España del momento, pues una parte, si bien minoritaria, apoyó al rey José I Bonaparte, y de ahí el matiz de guerra civil de este conflicto.[7]

El estallido revolucionario del 24 de mayo en Zaragoza se venía fraguando desde hacía días. Ya hemos visto la efervescencia fernandina tanto de la élite como popular, contra Godoy y sus representantes. También el viaje de José de Palafox hasta las cercanías de Bayona en abril y, después, hasta Zaragoza para intentar convencer al capitán general de la necesidad de un levantamiento armado, ya en mayo. En ese mes, dos líneas conspirativas andaban en paralelo. Por un lado, la aristocrática y, por otro la encabezada por líderes naturales del pueblo. La primera parecía abocada al fracaso con un Palafox escondido en la Alfranca. La segunda iba adquiriendo fuerza gracias a los labradores y los clérigos. Las rogativas por el feliz resultado de Fernando VII en Bayona se sucedían desde finales de abril, funcionando los espacios religiosos como medios de comunicación entre la élite y el pueblo.

Aragón no tenía más franceses en mayo de 1808 que los avecindados en sus pueblos y ciudades desde hacía años. La población no había sufrido las requisas de las tropas, no había ningún ejército, pero las noticias no paraban de llegar, a veces distorsionadas o exageradas. Eso se sumaba al descontento generalizado contra las políticas de Godoy, que ya hemos visto, y que terminaron con la expulsión del intendente Garcini. La intranquilidad era algo palpable en las calles zaragozanas en aquella primavera. Se veía especialmente en las parroquias de San Pablo y Altabás o en la Puerta Quemada que daba acceso a la huerta del Huerva, donde se juntaban, al llegar de las labores del campo circundante, los labradores. El 5 de mayo las noticias del 2 y 3 de mayo en Madrid conmocionaron al vecindario zaragozano, en las paredes se fijaban pasquines contra los franceses… pero fue la llegada del correo el día 24 lo que desencadenó todo.

Las noticias que llegaban, tanto en la *Gaceta* como las cartas particulares, fueron de boca en boca, de parroquia en parroquia, leídas en voz alta. Aquello indignó a todos los partidarios de Fernando VII en la ciudad. La base social del rey «deseado» y la élite fernandina volvían a confluir. Se desencadenaba la rebelión y el primer damnificado, a falta de franceses, sería la autoridad godoyista que aún detentaba el máximo poder de la monarquía en Aragón: el

capitán general Guillelmi.

Aquella mañana de mayo comenzó con la reunión de distintos grupos de paisanos. Entre ellos destacaban tres hombres: Jorge Ibor, Mariano Cerezo y Carlos González. El primero era el conocido como Tío Jorge o Cuellicorto. Este era un labrador (en realidad, propietario de unos viveros) del Arrabal «al que no le faltaba el pan» y que acabaría «cual cancerbero» de José de Palafox, como este señalaría. A sus cincuenta y tres años tenía bastante ascendencia entre el paisanaje, siendo uno de los más carismáticos líderes populares, condición que afianzó con su fidelidad a la causa de Fernando VII, que para él encarnaría Palafox. Armado con escopeta o trabuco y tocado con un característico sombrero de ala ancha, fue clave en la rebelión zaragozana del 24 de mayo y en su encauzamiento en los días posteriores.[8]

El segundo, Mariano Cerezo, tenía sesenta y ocho años en 1808; casado con Joaquina Santa Romana, vivía en la calle del Portillo, en una casa con corrales y granero. Era labrador, con propiedades al sudeste de Zaragoza, dos caballerías y un carro. A partir de ese día, se convirtió en una de las figuras claves de la Zaragoza en guerra, reconocible por su característico atuendo. A pesar de su edad, combinaba elementos de la naciente moda burguesa, la chistera —con la escarapela roja— y la levita, junto con el calzón de infanzón o labrador rico. Sin embargo, lo que más destacó, y así lo reflejaron en su grabado Gálvez y Brambila, fue su escudo redondo y el sable. De esa guisa se pondría al frente de una compañía de paisanos.[9]

Y el tercero era Carlos González, cirujano, quien realizó un acto de gran simbolismo. Cogió una escarapela roja, hasta entonces emblema de los soldados del rey, y se la colocó en su sombrero, probablemente una chistera. Seguidamente, ese gesto fue imitado por muchos otros. De esa forma, la escarapela roja pasaba a identificar a los rebeldes, a los leales patriotas, a los partidarios de Fernando VII y movilizados contra Napoleón, prestos a la guerra, a los gritos de «viva España y la religión».[10]

Junto a ellos, otros personajes destacaron acaudillando a las masas populares. Es el caso del cirujano Pedro Montehermoso, con sus dos hijos, que aquel 24 de mayo animó a defender los «sagrados derechos de nuestro católico y legitimo rey» a los que se hallaban indiferentes. El bajo clero también fue importante, especialmente algunos párrocos como Sas o el arcediano de Belchite Francisco Viruete y Urquia. Aunque en su mayoría se trataba de labradores u otro tipo de propietarios, los cuales tenían contactos entre sí y redes clientelares, estructurando la sociedad zaragozana en paralelo de la autoridad institucional. José Zamoray, del barrio de San Pablo; el anciano Lucas Aced, del Arrabal; el infanzón Pedro Grasa, del barrio de la

Magdalena; Telesforo Peromarta, Francisco Oñate y Manuel Forcés son algunos nombres más de caudillos de aquella revuelta.[11]

El gentío cada vez era mayor en torno a la casa de la Administración de Correos y las calles y plazas inmediatas. Congregados hombres y mujeres en el Coso, arteria principal de la ciudad, se dirigieron al edificio de la Real Audiencia, en donde se encontraba Jorge Juan Guillelmi, capitán general. Fueron momentos de tensión. La escasa guardia de centinela en las puertas no parecía dispuesta a ofrecer la más mínima resistencia, mucho menos a disolver a la multitud. Algunos se subieron a las verjas de la ventana, otros lanzaban pedradas que impactaban contra las ventanas, estallando los cristales en mil pedazos. Todos gritaban «a las armas». Finalmente, la muchedumbre rebasó las puertas y ocupó el patio de la Audiencia. Como Guillelmi no aparecía, un grupo emprendió la subida por las escaleras, rompiendo las puertas. En ese momento, el capitán general se asomó por el ventanal que daba al patio. A sus setenta y cuatro años, este veterano militar intentó acallar a la multitud solo para decir que él no iba a entregar armas al pueblo, que se debía mantener la tranquilidad y el respeto a la autoridad.

De nada sirvió. El vecindario zaragozano sabía perfectamente dónde estaban las armas que pretendía tomar, para lo cual Guillelmi les suponía un estorbo. Estaba deslegitimado por tener el cargo de capitán general de Aragón gracias a Godoy, por su tibieza con los franceses y por negarse a entregar el armamento. Debía ser destituido. Y así fue. La multitud lo tomó prisionero y lo llevaron consigo en su camino al Castillo de la Aljafería. Allí iba a quedar preso Guillelmi mientras la población se armaba.

El antiguo palacio andalusí y cristiano, anterior cárcel de la Inquisición, abaluartado por Felipe II y Felipe V, era a la altura de 1808 el único punto fortificado de la ciudad. Sobre los torreones medievales se habían superpuesto nuevos muros de tapial, alrededor se había excavado un profundo foso y en su puerta principal, mirando a la ciudad, se había erigido un pequeño revellín. Pero lo más importante, en su interior albergaba armas: casi 25.000 fusiles y 80 piezas de artillería. A la multitud que arribó a las puertas al grito de «¡armas!» y profiriendo diversos vivas se sumaron varios alcaldes de barrio y dos personajes con ascendencia: los hermanos Torres.

Antonio y Jerónimo Torres eran dos hermanos que, a la altura de 1808, comandaban la principal (y casi única) fuerza armada de Aragón: la Compañía Suelta de Fusileros del Reino de Aragón o Miñones, fuerza de unos 200 hombres repartidos por el territorio. Este cuerpo era utilizado para garantizar el orden público pero también se dedicaba a servicios de escolta, es decir, hacían labores de policía y de seguridad privada. Naturales de La Muela, pueblo al sur de Zaragoza,

habían entrado pronto en este ámbito militar. No en vano, su padre había sido el organizador y primer capitán de la Compañía de Fusileros Aragoneses en 1766, de la que entraron a formar parte. Jerónimo entró como cadete en 1772, a la edad de doce años, cuando su hermano mayor ya formaba parte de la compañía.[12]

Ese 24 de mayo de 1808, Antonio Torres era coronel y comandante de los Fusileros de Aragón y, junto a su hermano el teniente coronel Jerónimo, intentaron controlar a la multitud rebelde. No porque disintieran de sus ideas y objetivos, sino por una idea de orden y por deseo de canalizar aquella efervescencia popular. En las puertas de la Aljafería los Torres aseguraron que darían las órdenes pertinentes para armar al pueblo. Pero esto calmó poco los ánimos. A las tres de la tarde, grupos de paisanos armados obligaron al pregonero a dar un bando por las calles de la ciudad: «Que todo español acudiese al Castillo a tomar las armas pena de la vida». Una multitud se volvió entonces a concentrar a las puertas de la Aljafería pidiendo a gritos armas e invocando al rey, a la patria y a la religión. Simultáneamente, reunido el Real Acuerdo con el teniente general Carlos Mori —segundo mando militar tras Guillelmi— acordaron aceptar las reivindicaciones populares y hacer entrega de las armas resguardadas en la armería del Castillo. Eso sí, se haría de la forma más controlada posible, esto es, bajo la autoridad de los alcaldes de barrio, quienes repartieron solo 5.000 fusiles en la mañana del 25 de mayo.

La población se armó. Depuesto Guillelmi, el general Mori «se convirtió en gobernador, o más bien, en esclavo de una plebe agitada», pues gritaban «si no te portas bien gritaremos: ¡que muera Mori!». Además, Mariano Cerezo con su improvisada compañía de paisanos armados quedó de guardia en la Aljafería.[13]

Ahora bien, debemos puntualizar algunos aspectos sobre todo ese armamento tomado en la Aljafería. En primer lugar, de esos miles de fusiles, tan solo una parte eran útiles. Es decir, no todos tenían los componentes necesarios para funcionar —por ejemplo, las piedras de sílex—. Además, su manejo requería de una mínima instrucción de la que carecían la mayoría de los amotinados. Respecto a los cañones, más de lo mismo. Los artilleros eran un cuerpo especializado. *A priori*, no resultaba fácil el proceso de carga de una pieza de artillera que, además, debía ser continuamente refrescada para su correcto funcionamiento y para evitar accidentes. A todo esto hay que sumar la falta de pólvora. Todas esas armas sin la elemental pólvora eran poco más valiosas que palos, en el plano militar, claro. Sin embargo, sí eran muy poderosas en el imaginario simbólico. El pueblo estaba armado y era capaz de poner y deponer autoridades.

De hecho, fue el siguiente paso. Levantado el vecindario zaragozano en armas, depuesto el capitán general, ante la tibieza de las dos

principales instituciones —Real Acuerdo y Audiencia—, quienes temían cualquier paso en falso que les hiciera caer, y con una organización basada en liderazgos naturales como los labradores propietarios, el bajo clero y los hermanos Torres…, faltaba una cabeza de todo, pero ¿quién podía y se atrevería a encabezar aquella *revolución* poniéndose en pie de guerra contra el «Coloso de Europa»?

Su **rey,** ***su*** **capitán general. Palafox al poder**

Estaba Palafox en el palacete de La Alfranca meditando qué hacer, si huir, si cumplir las órdenes de Madrid que le instaban a reintegrarse a los Guardias de Corps so pena de ser considerado desertor y traidor, si buscar otra fórmula para levantar Aragón dado el fracaso de su conspiración aristocrática… cuando vio llegar un grupo de paisanos armados. No eran más de una veintena, pero a él le parecieron una multitud. Lo primero que pensó fue que era tropa mandada por el capitán general Guillelmi para arrestarle y mandarlo encadenado a la corte. Su sorpresa fue, sin embargo, mayúscula, cuando lo que oyó fueron salvas de escopetas y gritos en favor del rey Fernando y la religión.

Era la mañana del 25 de mayo de 1808. Ese movimiento de búsqueda de un líder para la rebelión zaragozana acabó recalando en José de Palafox. Esto se producía merced a la dirección del Tío Jorge, quien mandó a quienes fueron a la Alfranca. De allí a Zaragoza, el camino de Palafox se fue haciendo triunfal. Comenzaba su ascenso meteórico. Se fueron añadiendo distintas personas hasta formar una comitiva de casi cien personas, con las que entró a Zaragoza, cruzando el Arrabal y el Puente de Piedra. Al llegar el ocaso del sol, era vitoreado y aclamado como cabecilla de la sublevación mientras se dirigía a entrevistarse con el general Mori, acompañado por Jorge Ibor, cual guardaespaldas personal. Tal era el gentío que en la plaza de la Seo hubo de bajarse del carruaje y continuar a pie hasta casa de Mori. Allí tuvo que asomarse al balcón que daba al Coso, ante el gentío congregado, al que intentó apaciguar jurando que restituiría a Fernando VII en el trono. Escarapelas rojas en los sombreros, armas, gritos y vivas llenaban Zaragoza. Al caer la noche de ese día, frente a la casa de su familia, de los marqueses de Lazán, detrás de la catedral del Salvador, varios paisanos habían colocado cañones con intención de disparar salvas en honor de Palafox, cosa que les disuadió de hacer por seguridad. Eso sí, la ciudad quedó iluminada, como en los días grandes de fiesta.

José de Palafox había pasado, en apenas unas horas, de la condición de brigadier de la Guardia de Corps proscrito por las autoridades a ser aclamado por el pueblo como máxima autoridad, como capitán general de Aragón, *de facto*. Pero, teóricamente, Carlos Mori seguía

siendo la autoridad militar legítima y las autoridades civiles del Real Acuerdo no se habían pronunciado, simplemente estaban desbordadas por los acontecimientos.

Por mucho que en la calle se gritase «viva Palafox», con todo, la situación era crítica, excepcional, peligrosa. Nada estaba escrito en mayo de 1808. Palafox se encontraba en el filo de la navaja. Un movimiento en falso podía ser mortal, literalmente. Tan rápido como había sido proclamado capitán general por los labradores podría haber caído y ser arrastrado y linchado. No habría sido el primero ni el último.

Y es factible que en esos agitados días de mayo, José de Palafox conociera los hechos que sucedían por toda España. Cualquier sospecha de afrancesamiento, cobardía o traición podía terminar con la autoridad literalmente arrastrada por los suelos. El conde del Águila —regidor de Sevilla— el 27 de mayo, Solano —capitán general de Andalucía— el 29 de mayo, el gobernador de Badajoz el 30 de mayo, Francisco de Borja —capitán general y gobernador de Cartagena— el 10 de junio, Filangieri —capitán general de Galicia— el 24 de junio y el gobernador de Castellón el 19 de junio fueron algunos de estos casos. Entre 1808 y 1810 serían más de ochenta los altos cargos y militares linchados por el pueblo. Esto suponía un escarnio público casi ritual, una justicia popular y un control directo desde abajo hacia arriba. Todo esto debió condicionar, al menos en parte, las actuaciones de Palafox en esos momentos y los meses siguientes. La amenaza de arrastre, aunque velada, estaba ahí o podía aparecer en cualquier momento. España estaba en guerra y revolución.[14]

Sin embargo, Palafox consiguió salir airoso, vivo, con un poder aparentemente total y legitimado. Era la persona indicada en el momento oportuno. Y no lo desaprovechó. Es más, se afianzó, ganó carisma y capital simbólico. Pero este no era un cheque en blanco, no era indefinido e ilimitado como pudiera parecer. El carisma del joven Palafox estaría sometido a vaivenes, altibajos y cuestionamientos debido a los avatares de la guerra que llegaba.

Palafox supo jugar bien sus cartas, legitimándose en tres frentes: el institucional-jurídico del Antiguo Régimen —conjugando violencia velada y teatralidad con el Real Acuerdo, escenificando unas Cortes—, el popular mediante demostraciones públicas de patriotismo —proclamas, religiosidad—, y ampliando su espacio geográfico de actuación en España, situándose como él gran líder de la rebelión fernandista en toda la mitad este de la península —declaración formal de guerra a Napoleón y circulación de sus proclamas por un amplio territorio más allá de Aragón—. Y aquí cabe reflexionar también no solo en el cómo se legitimó, sino en por qué fue el elegido por el pueblo, para el que en todo momento, a pesar de las críticas que

tendría, fue *su* general, igual que Fernando era *su* rey. A ambos los habían escogido de forma subversiva frente a las autoridades constituidas del Antiguo Régimen, y en ellos depositaban todas sus esperanzas.

En la institucionalización de su poder, Palafox era consciente de su llegada poco ortodoxa al mismo. En su mentalidad aristocrática, y en la de sus homólogos, no cabía una autoridad con base exclusiva en un tumulto popular. Menos aún con los temores a reproducir en España lo que consideraban horrores de la Revolución Francesa. Por tanto, buscó las formas de ser reconocido y legitimado como dirigente supremo de Aragón por los medios tradicionales de la monarquía. Pero una situación excepcional, con un rey retenido en un país extranjero y otro monarca reclamando el trono a fuerza de bayonetas francesas, requería soluciones extraordinarias e incluso imaginativas. Y si hacía falta retorcer la maquinaria política, se hacía.

Así, la misma noche del 25 de mayo de 1808 Palafox pidió la reunión del Real Acuerdo, la principal institución civil de Aragón, con los oidores de la Audiencia. Al día siguiente, 26, sus miembros se congregaron en las Casas de la Diputación, en el centro neurálgico de la ciudad, en la plaza de la Seo de San Salvador, entre esta y la Basílica del Pilar. Allí se dirigió con su uniforme de brigadier, a las diez de la mañana, a presentar la situación, explicando los sucesos de Bayona, la mala fe de Napoleón y la necesidad de liberar al pueblo español de su yugo. Palafox manifestó su inquebrantable voluntad de «no dejar las armas hasta conseguir el rescate de Su Majestad». Mientras los magistrados allí reunidos escuchaban y deliberaban, al otro lado de la puerta y en la calle los ánimos se caldeaban.

El pueblo temía algún tipo de transacción para acabar con la rebelión o que negasen la autoridad de *su* general Palafox. Ante ese miedo e incertidumbre, con impaciencia por la política, el vecindario dio un paso el frente, ejerciendo presión, coaccionando al Real Acuerdo mediante amenazas. Golpeaban las puertas, el portero informaba a los magistrados de que la gente quería entrar en la sala. Estos mostraban su preocupación, pensando que incluso podían acabar linchados. Entonces Palafox intervino solicitando que subiera una representación del pueblo. Tres personas accedieron a la sala, dieron sus argumentos en favor de Palafox y amenazaron, señalando a los magistrados: «O el señor Palafox ha de ser nuestro jefe y capitán general, o todas esas cabezas van a caer en el momento al suelo». No podían ser más claros.

Y ahí, en esa crítica y tensa circunstancia, José de Palafox sacó el cortesano que llevaba dentro. Lo que hizo fue un puro acto de teatralidad. Tenía, *de facto*, el poder, pero no lo quería tomar, pretendía que se lo entregasen. Para ello, debía aparentar una falsa

modestia y presentarse como el salvador de la monarquía y garante del orden en la ciudad y el reino, empezando por las cabezas de aquellas atemorizadas autoridades reunidas en el extraordinario Real Acuerdo. Levantado de su asiento, permanecía a la espera de que los paisanos terminasen sus amenazas. Inmediatamente, el regente de la Audiencia fijó su mirada en él y, al poco, el general Mori se acercó a Palafox y le ofreció su bastón de mando, sin mediar palabra, instándole a que lo tomase. Al tiempo, estaba presentando su dimisión y reconociéndole como sucesor, como máxima autoridad militar. Palafox rehúsa entonces aceptar así el poder, dice que no tiene ambición. Es una falsa renuncia. Golpe de efecto. Las autoridades saben que si no acepta, serán culpadas y defenestradas por el pueblo. El regente de la Audiencia y los demás magistrados dejan sus asientos y corren a arrodillarse ante José de Palafox, pidiéndole que admita el cargo de capitán general para salvar al rey y a la patria. Eso sucede ante la mirada impertérrita de los tres comisionados del pueblo, mientras el resto de la gente —armada— ya había accedido hasta las escaleras.

Realmente, era un auténtico cuadro, el del poder postrado ante una persona encumbrada de forma revolucionaria, y sobre la que no se podía dudar bajo pena de perder la vida. Fue justo en ese momento, teniendo todo a sus pies, cuando Palafox dijo que «por mi rey D. Fernando VII de Borbón, mi vida, mi voluntad, mi existencia toda es de los aragoneses; acepto el mando, empuño este bastón para devolverlo con honra a mi rey». Ninguna de esas medidas palabras era casual ni inocente. Palafox dejaba claro que aceptaba por el legítimo rey, que no usurpaba nada, que lo hacía de forma temporal para restablecer a Fernando y reconocía que todo se lo debía a los aragoneses. Su existencia, para empezar, aunque fuera en nombre del rey. Ese mismo día el Ayuntamiento de Zaragoza cedía sus facultades económicas y políticas a Palafox.

Esta teatralización de la sumisión de los poderes vigentes al nuevo capitán general no era suficiente para José de Palafox, en aquel contexto donde debía enfrentar una guerra en nombre de un rey ausente. Nombró nuevas autoridades para puestos claves, todos gente de su confianza. Fue significativo que reconociera a Mariano Cerezo como gobernador del Castillo de la Aljafería. Situó a su hermano Luis de Palafox, marqués de Lazán, como gobernador de la plaza —acababa de llegar de Madrid— y colocó a su amigo Lorenzo Calvo de Rozas de intendente del Reino de Aragón. Este rico comerciante vasco tendría un papel relevante en los siguientes meses y años, pero antes de ello, su principal función en la legitimación de Palafox fue ser el secretario de un hecho excepcional. Y es que se recurrió a la convocatoria de Cortes de Aragón, las cuales llevaban sin reunirse

desde 1702 —merced a los Decretos de Nueva Planta de 1707 que suprimieron institucionalmente el reino aragonés—. Los cuatro brazos representantes de Aragón deberían reunirse extraordinariamente en Zaragoza el 9 de junio de 1808.

Ese día de junio, a las diez de la mañana, en la Salas Consistoriales, bajo un cuadro de Fernando VII, se reunieron las Cortes del Reino de Aragón. La llegada del capitán general más pareció la de un rey. A caballo, acompañado de edecanes y con una escolta de los Dragones del Rey, recibido entre honores de persona real. Mientras el retrato del rey presidía simbólicamente la sesión, Palafox lo hacía en su nombre, *de facto*. Los brazos (estados) eclesiástico, de nobles, de ciudades y de hijosdalgo o infanzones estuvieron reunidos hasta las tres y media de la tarde. Sus acuerdos fueron constituirse en junta deliberativa que aconsejaría a Palafox, organizar un ejército de Aragón, reconocer a Calvo de Rozas como intendente, hacer proclamación formal de Fernando VII como rey y, lo más importante, la urgencia de defender la patria, tarea que quedaba en manos de Palafox con plenos poderes como capitán general de Aragón.

De esa forma Palafox tenía legitimidad institucional. En cuanto a la vertiente popular, que era la que le había aupado al poder, tenía que mantenerla. Los labradores y demás vecindario no le habían dado carta blanca, por mucho que esos días de mayo lo idolatrasen. Ponían en él firmes esperanzas, pero no les podía defraudar, por su propio bien y el de la causa que defendían. Una de las primeras medidas que tomó Palafox fue de carácter popular y populista: suprimió el odiado impuesto al vino establecido en 1807 por orden de Godoy y Garcini. Junto a ello, hubo proclamas dirigidas al pueblo y actos religiosos públicos en torno a la venerada Virgen del Pilar, a la que reconocía como poder superior e inspirador. Por ello, el 27 de mayo se dirigió, acompañado de quienes le habían ido a buscar a la Alfranca, a la Basílica del Pilar. Se acercó a la Virgen y besó su mano. Al día siguiente quedó iluminada la Santa Capilla, a su costa. Quedaba patente, de esta forma, una relación bidireccional entre el poder terrenal y el religioso. Devoción que se escenificaba para mostrar que se contaba con su bendición.

En cuanto a las proclamas, suponían la transmisión de información, de propaganda y de conexión con la opinión pública y fueron un punto fuerte de la política de José de Palafox. Para su redacción contó con la ayuda y consejo de un eclesiástico, el padre Basilio Boggiero. Este era un escolapio que había educado a los tres retoños varones de los marqueses de Lazán. En el contexto de 1808 se convirtió en consejero de Palafox. La primera proclama que publicó fue el 27 de mayo, justo un día después de oficializar ante el Real Acuerdo su cargo como capitán general. Es muy significativa en sus primeros

párrafos, pues comienza haciendo referencia a que debe corresponder a la confianza depositada en él por los zaragozanos, «cuyo voto general» le ha dado el mando, reconociendo así una soberanía popular. Tras ello hace referencia a los Fueros aragoneses —abolidos en su mayor parte hacía un siglo—, al patriotismo, la gloria, el orden y la lealtad.

Finalmente, la declaración de guerra a Napoleón, hecha mediante proclama del 31 de mayo. No podía haber dudas al respecto de su patriotismo y lealtad a Fernando de Borbón. Tras exponer públicamente el engaño de Napoleón y su violencia tanto el 2 de mayo en Madrid como en Bayona, Palafox declaraba nulas las abdicaciones de los Borbones y hacía a toda autoridad francesa responsable de la seguridad de la familia real. Además, insuflaba ánimo y moral a los aragoneses, manifestando defender la causa más justa y aludiendo a que eran invencibles.[15]

Estas proclamas no se redujeron a Zaragoza o Aragón, sino que circularon con profusión por toda la España no ocupada por los ejércitos napoleónicos. Los ecos de la bandera de rebelión levantada en Zaragoza se extendieron por un amplio espacio. Esto se plasmará en los sucesos bélicos de los siguientes meses. Así, el área de influencia se desplegaba hasta los valles pirenaicos de Aragón y Cataluña al norte, a la ribera alta del Ebro —Tudela, en Navarra, como punto clave— a Soria y Cuenca al oeste, a Lérida, Manresa, Tortosa y Baleares al este, y a Teruel, Valencia y Murcia al sur. Ese se convirtió en el radio de acción de 1808 y 1809, que deberemos tener presente. Algunas de las juntas de estos variados lugares incluso pidieron ponerse bajo la autoridad de Palafox aunque no fueran aragonesas, y todas mantuvieron constante comunicación.[16]

Pero cabe preguntarse por qué José de Palafox fue el elegido. Era un brigadier de los Guardias de Corps sin experiencia ni mérito militar alguno. Los tres comisionados del pueblo que hablaron —y amenazaron— al Real Acuerdo nos dan parte de la respuesta. Se trata de Pablo Pascual, Joaquín Pérez de Arrieta y José Urcullu. Palafox era «buen español que quiere de veras a su rey», lo que había demostrado en la conspiración de Aranjuez contra Godoy y en esa fallida operación de rescate en el entorno de Bayona. También era de una familia de la nobleza aragonesa, radicada en Zaragoza y conocida. Se sabía su trayectoria y dónde vivía, «le conocemos y a toda su familia, le hemos elegido» indicaban. Es decir, tenía aval familiar, era natural del reino —no como Carlos Mori—, y había sido una persona del partido fernandino, implicado en el derrocamiento de Godoy, y cercano a un rey —Fernando VII— presentado como víctima y símbolo de todas las esperanzas, El Deseado. En cierta medida, podría hablarse de que hay una traslación de los valores que se atribuyeron a

Fernando hacia su representante aragonés. Palafox era un joven perseguido por la autoridad godoyista —Guillelmi— y francesa, por tanto víctima del despotismo.

Y lo más importante, al igual que Fernando VII, había sido ante todo la elección del pueblo, en el que depositaron su confianza para que les llevase a la victoria contra Napoleón. Palafox explotó este punto, como hemos visto, para conseguir poder y legitimación. Por otro lado, José de Palafox aceptó el cargo por varios motivos. Sin duda porque compartía las mismas ideas, él mismo había tratado de levantar a Aragón. A ello hay que añadir el miedo a la ira popular que podría volverse contra él si tan solo dudaba un momento, su ego y ambición personal, que no eran pequeños precisamente, y la necesidad de controlar, encauzar y ordenar la movilización popular. Esta siempre era vista con ciertos temores por las élites. No se pueden olvidar los graves motines de 1766 en toda España —en Zaragoza fue especialmente sangriento—, ni los sucesos revolucionarios franceses, ni cómo se desbordó 1808 con tantas autoridades españolas linchadas.

La violencia popular estaba ahí y continuó. No solo contra generales, gobernadores y regidores. Los franceses avecindados en distintas localidades se convirtieron en el catalizador de las iras populares, se volcó sobre ellos el enfado por la traición de Napoleón, fueron los chivos expiatorios, siendo castigados y expulsados físicamente de la comunidad. En la propia Zaragoza fueron encarcelados en la Aljafería. Otros corrieron peor suerte. En Valencia trescientos cincuenta franceses fueron masacrados por la multitud.

En Aragón hubo altercados en distintos puntos: Bujaraloz, Huesca, Daroca, Barbastro, Alcañiz… En el pueblo de Bujaraloz el alcalde ordenó detener el 3 de junio a cuarenta y cinco franceses a quienes se les requisaron sus pertenencias y se condujo a las cárceles municipales. Lo mismo ocurrió con otros siete el 8 de junio. Con nada menos que cincuenta y dos franceses presos, el alcalde escribió a Palafox pidiendo que se hiciera responsable, pues no podía garantizar su seguridad en el pueblo donde todos los días había alboroto de unos vecinos que insultaban y amenazaban de muerte a dichos prisioneros.[17]

En Huesca, la noche del 5 de junio varios jóvenes atacaron al gobernador de la ciudad y la multitud asesinó al corregidor Antonio Clavería. Al parecer, estaban convencidos de que tenían el respaldo del propio Palafox, legitimados porque concebían que atacar a cualquier sospechoso de simpatizar con el enemigo era una necesidad para la causa fernandina. A pesar de no tener fusiles, contaban con la protección del juez político y del alcalde mayor de la ciudad, quienes les consentían —por miedo o conveniencia— ir armados con trabucos, pistolas y cuchillos. Al coronel Felipe Perena, encargado del mando

militar de Huesca, le costaría encauzar esta politización popular.[18]

En Alcañiz, a la llegada del correo el 30 de mayo de 1808, la multitud arrestó al corregidor del que desconfiaban, registraron papeles en busca de indicios de traición y repartieron escarapelas rojas. En Barbastro se produjo un motín a la llegada del correo el día 13 de junio, cuando aumentaron «los gritos y sugestiones de muchas mujeres» que intimidaron al obispo y participaron activamente en la detención de franceses a los que se acusaba de envenenar la sal y copar puestos administrativos.[19]

Similares problemas se presentaron en Daroca y su partido. Allí se sumaron los rumores, las sospechas, la incertidumbre, la galofobia y el desacato a la autoridad. Tanto es así que Palafox sustituyó a su gobernador, colocando a Miguel Oliveras. El día 25 de junio se extendió el rumor de que los franceses se acercaban en gran número desde Castilla. Eso causó gran conmoción y muchos habitantes salieron precipitadamente de la ciudad. En esos momentos de confusión, un grupo de gentes se arremolinó en el Portal Bajo, junto a la posada pública. Habían detenido a cuatro carros cargados de arroz que venían desde Valencia camino de Zaragoza. El motivo de esa detención era que se creía a los conductores sospechosos de ser «contrarios a la patria y afectos a los franceses» a quienes se decía que llevaban suministros. Los gritos de «traidores» se sucedieron. A ello se añadía que un vecino, Manuel Lorente, señalaba a dos de ellos, Juan Ventura y Salvador Frabel, acusándolos de haber conducido carros llenos de esposas de hierro de Madrid a Zaragoza.

Este punto referente a las esposas es muy interesante, ya que en mayo y junio de 1808 había circulado con profusión el rumor de que Napoleón pretendía llevarse a todos los jóvenes españoles conscriptos, a luchar en tierras lejanas del norte y este de Europa. No era un temor tan infundado, puesto que debemos recordar que 15.000 soldados españoles al mando del marqués de La Romana estaban en esos momentos combatiendo en Dinamarca bajo órdenes napoleónicas —desde 1807—. Las autoridades intentaron calmar a la multitud, desmintiendo que aquellos carreteros fueran colaboradores con los franceses. Solo lo lograron a medias, tras muchos esfuerzos, cuando Peregrin Riera habló en favor de dos de ellos. Los otros dos mencionados acabaron en las cárceles, más para calmar el tumulto y protegerlos de las iras populares que porque realmente fuesen afrancesados. En las cárceles de Daroca acompañaron en su triste destino a siete franceses, hechos presos por los mozos de Calamocha y Baguena, quienes estaban allí «para preservarlos del furor del pueblo», a pesar de que los alcaldes habían manifestado la buena conducta de aquellos vecinos.[20]

También en la misma Zaragoza hubo quien fue víctima de los

rumores, la politización popular y los enervados ánimos que convertían cualquier sospecha en traición a la causa. El 30 de mayo el fabricante Pedro Lapuyade utilizó dos mosquetes, cedidos por Gregorio Santos, «para hacer tubos, especialmente para las fraguas». Sin embargo la utilización de fusiles para esos menesteres no era del agrado del vecindario, pues estaba «el populacho amenazando la ruina de la fábrica», ante lo que Lapuyade pedía que se enviara un piquete de soldados para garantizar su trabajo.[21]

Así estaban los ánimos en Aragón mientras sus Cortes certificaban el poder de Palafox el 9 de junio. Aquella situación se vio bruscamente alterada. Hasta entonces no se había visto ningún francés en el territorio aragonés más allá de esos vecinos ahora convertidos en enemigos y prisioneros. Las Cortes se cerraron rápidamente porque la guerra llegaba. Las tropas napoleónicas avanzaban prestas a sofocar la osada rebelión de Aragón y de su capital, Zaragoza.

2. SARAGOSSE
Marzo-junio de 1808

Zaragoza no entraba en los planes de Napoleón. De hecho, ni siquiera una guerra en España era contemplada por nadie. En 1807, como hemos visto, a Carlos IV le preocupaba mantenerse en el trono mientras Godoy sopesaba llevárselo a Hispanoamérica, mientras Fernando conspiraba para hacerse rey. Napoleón, tras derrotar a los prusianos en Jena en 1806, estaba ocupado en el frente del extremo este europeo, donde derrotó al zar de Rusia en Eylau, alcanzando poco después la paz en Tilsit, en 1807. Tras eso, lo que le preocupaba era acabar de hacer efectivo su bloqueo continental al Reino Unido para estrangularlo económicamente. Este, por su parte, pensaba en cómo abrir más frentes al Corso, en Suecia-Dinamarca, o hacerse con las posesiones españolas del Virreinato de la Plata —Buenos Aires y Montevideo—, a donde envió dos grandes expediciones en 1806 y 1807. En Portugal, los Braganza no se plantearon ni resistir a la ofensiva hispano-francesa de noviembre de 1807 y huyeron a sus posesiones del Brasil. Solo la rápida e imprevista sucesión de acontecimientos de la primavera de 1808 en el eje Madrid-Bayona, con su repercusión en la España libre de tropas napoleónicas, daría un vuelco de ciento ochenta grados a la situación, haciendo de la Guerra de España una terrible realidad.

Desde que el cuerpo de ejército, 25.000 hombres, al mando de Junot empezó a cruzar España de camino a Portugal en octubre de 1807, hasta que más de 100.000 soldados napoleónicos estaban asentados en distintas partes de Castilla, se habían acuartelado en Madrid, tomaron Pamplona y su ciudadela, Barcelona y sus fortificaciones, la pregunta que se hacían los españoles era qué habían venido a hacer aquí. Las respuestas fueron cambiando. También las intenciones del propio Napoleón. Lo mismo sucedió con las percepciones mutuas de españoles y franceses. Al principio, en virtud del Tratado de Fontainebleau, iban a conquistar Portugal en una operación conjunta para bloquear el comercio a los británicos. Después, se decía que venían a apoyar a Fernando VII. Finalmente, trasmutaron de aliados a enemigos, producto de recelos, requisas y la idea de que Napoleón les había engañado pérfidamente secuestrando a su rey.

Sueño americano y español

Con todo, cabe preguntarse qué atrajo a Napoleón y sus soldados a España, un país que tenía en 1807 subordinado sin necesidad de recurrir a la conquista. En eso tienen que ver distintos factores basados en la geopolítica, en la crisis de la monarquía borbónica y en la visión que tenían de España en Francia.[1]

De un lado, la frontera de los Pirineos era vista como una barrera cultural que separaba dos mundos, cargando de un cúmulo de tópicos y leyendas a España y los españoles. De otro, la realidad social y política de ambos países no había sido muy distinta en el siglo XVIII. Misma dinastía —los Borbones—, aliados con pactos de familia contra el Reino Unido, mismas modas, políticas ilustradas —si bien el foco francés de la Ilustración fue el más icónico de toda Europa—, motines populares de subsistencias, ejércitos profesionalizados al servicio del rey con tropas de naturales y extranjeros, intercambios económicos que habían avecindado a muchos franceses en localidades españolas, especialmente en lugares como las provincias vascas, Aragón y Valencia. Eso sí, había dos notables diferencias. Una era demográfica, ya que Francia tenía más población que la España peninsular —que rondaba los 11 millones—. Otra, y es clave, es que la monarquía española no se limitaba a sus territorios en la Península Ibérica, islas adyacentes y posesiones norteafricanas. El rey de España lo era también de las Indias. Un vasto imperio territorial, administrado en cuatro virreinatos desde la difusa frontera norte de la Nueva España hasta Buenos Aires, al sur del continente americano.

Cuando Napoleón concibió destronar a los Borbones hispanos y hacerse con el control de su monarquía, no pensaba en un país europeo que llenaba de prejuicios y visiones distorsionadas, sino en los recursos que este tenía allende el Atlántico. Eso era fundamental para sus objetivos, sostener económicamente sus guerras europeas y estrangular la economía británica que, recordemos, había perdido trece colonias —los entonces Estados Unidos— hacía poco más de treinta años. Para ello, lo que importaba en la Península Ibérica era controlar a los reyes o sustituirlos y, sobre todo, dominar los puertos. Entre estos, el de Cádiz, puerta y nudo de comunicación entre las Españas de ambos lados del Atlántico. Además, en aquella ciudad se encontraba una parte de la flota francesa, refugiada allí tras la derrota naval de Trafalgar en octubre de 1805. Por tanto, lo que de verdad interesaba a Napoleón era controlar un eje París-Cádiz con la mirada puesta en los tesoros hispanoamericanos. Para ello, debía capturar Madrid, la capital, como centro de poder político. Si quería mantenerla, debían estar controladas las comunicaciones con Francia, es decir, el eje Madrid-Burgos-Vitoria-Bayona. Es lo que ordenó constantemente desde que sus tropas entraron en España.

Entre 1801 y 1807, Carlos IV y Godoy habían servido a los planes

de Napoleón, pero los sucesos del otoño de 1807 y la primavera de 1808 que hemos visto en el capítulo anterior le hicieron cambiar de parecer. Los Borbones debían caer y ser sustituidos por un Bonaparte. Un error de Napoleón fue creer que el país era igual de grotesco que su familia real, que claudicaría igual que esta en Bayona. Es más, imaginaba ser recibido como libertador y regenerador de una monarquía que tenía por moribunda. Y es que, a pesar de todos los lazos en común entre ambos países durante el siglo XVIII, desde París se veía a España como un país con un exceso de clero que atesoraba riquezas en las iglesias, oscurantista y refractario a las luces ilustradas, estancado en la economía, de tierras áridas, con una nobleza indolente, un campesinado subyugado pero apático, un ejército anticuado. El general Foy dudaba que los españoles de 1808 pudieran emular las hazañas militares de sus antepasados y menos con tales gobernantes, llegando a decir que se «había extinguido el espíritu guerrero de una nación que llenó al mundo con su fama». En definitiva, España como nación atrasada y decadente.[2]

No parecía ser tenido en cuenta que el Ejército —que se había reformado bajo Felipe V y Carlos III siguiendo el modelo prusiano— y la Armada —en constante renovación, especialmente desde Fernando VI— mantenían a España como potencia europea con un vasto imperio territorial en América, y fueron capaces de hacer frente a la Royal Navy en 1796-1802, a las fuerzas republicanas francesas en 1793 y 1794, a Portugal en 1801 y a las invasiones inglesas del Río de la Plata en 1806 y 1807. Tampoco tuvieron presente en París que las clases populares tenían sus propias dinámicas políticas y de movilización, mostradas en grandes convulsiones como las de 1766, equiparables a las vividas en Francia en esa época. Y por último, erraron al ver el Motín de Aranjuez de 1808 como mera disputa cortesana, minusvalorando el gran apoyo popular que suscitó Fernando VII, al que el propio Napoleón convirtió, sin desearlo, en mártir y bandera de lucha de buena parte de los españoles.

No solo las élites del Primer Imperio Francés tenían una visión deformada de la realidad española. También a ras de suelo, los jóvenes reclutas y los soldados se contagiaron de unas visiones idílicas, exóticas, orientalizantes sobre una España en la que creían poder encontrar tesoros y mujeres hermosas. Todavía no se habían afianzado los mitos del romanticismo, los cuales se consagrarían en las décadas posteriores a la Guerra de la Independencia con el caso paradigmático de la ópera *Carmen* de Mérimée y Bizet, pero ya había todo un conjunto de tópicos nacionales mezclados con reminiscencias del discurso conocido como la leyenda negra. En 1798 el viajero alemán Christian Augusttus Fischer señalaba que «un viaje a España era considerado una expedición al fin del mundo».

Además, en 1801 ya se habían trasladado tropas napoleónicas a España con motivo de la invasión conjunta de Portugal en la Guerra de las Naranjas. Que las tropas españolas al mando de Godoy tomasen la iniciativa no gustó a Napoleón. No fue el único que se llevó mala impresión. Un oficial francés informaba a sus superiores de que en su camino a Santiago de Compostela fue asaltado y robado por bandidos. Jakob Meyer, un joven soldado alemán que se alistó en 1807, relató que fue seducido por la perspectiva de conseguir fortuna, regresar a casa con la mochila «llena de doblones españoles». Algunos soldados dejaban testimonio de la sensación que les daba traspasar la frontera ya en Irún, donde todo, desde el urbanismo a la comida, les parecía un cambio radical con respecto a Francia. Recelaban del populacho, se sorprendían con la riqueza ornamental de iglesias barrocas y góticas, lo que chocaba con el gusto neoclásico y los ideales de la Revolución, incidiendo en la imagen de un país fanático que prefería malgastar en templos antes que solucionar la miseria o mejorar la industria. Un noble polaco manifestó su sorpresa al llegar a una España distinta de la que le habían presentado sus lecturas, donde todos los españoles eran altivos hidalgos con guitarras y todas las mujeres hermosas señoritas abanicándose con gracia.

Pero el mayor choque se produjo en 1808, cuando en apenas unas semanas, los soldados napoleónicos se convirtieron de aliados en enemigos. Este *shock* lo padecieron tanto aquellos que habían llegado con ideas preconcebidas por lecturas o narraciones como los miles de jóvenes de la recluta hecha en 1807 y que no habían conocido otro horizonte más allá de su aldea o barrio en Francia.[3]

Las visiones cambiaron cuando lo que se preveía un triunfo se convirtió en una cruel guerra. Los sueños y prejuicios franceses se convirtieron en pesadillas y atroces realidades. Para cuando Robert Guillemard entrara con su regimiento por el Valle de Arán ya en enero de 1810, siendo destinado a Aragón, no hacía sino quejarse de las malas carreteras, la suciedad, un halo de oscuridad y visiones terribles de soldados horriblemente mutilados por la guerrilla.[4] A pesar de ello, la prensa oficial napoleónica, desde París, trató de minimizar la Guerra de España, circunscribiéndola a un populacho manipulado por el clero inquisitorial y los británicos, mientras que sobredimensionaba al grupo de afrancesados que apoyaron a los Bonaparte.[5]

Zaragoza, ciudad abierta

La capital de Aragón no era una plaza fuerte, ni era una ciudad marítima, ni Napoleón había reparado en ella. De hecho, a pesar de su cercanía con la frontera francesa, no había sido ocupada en la primavera de 1808. Ni un solo soldado napoleónico se había acercado a ella. Zaragoza era una ciudad que, según el censo de 1787, tenía

42.600 habitantes, aunque para 1808 se estimaba que ya superaba los 50.000. Se trataba de una de las grandes ciudades de la mitad norte de España.[6]

Situada en el centro del Valle del Ebro, constituía un nudo de comunicaciones en el cuadrante noreste peninsular. El Canal Imperial, importante y eficaz vía de comunicación culminada en el siglo XVIII, y el Ebro la conectaban con Navarra y La Rioja, al oeste. El antiguo camino real a Barbastro la acercaba a los Pirineos centrales y al norte de Cataluña. Una carretera real comunicaba Zaragoza y Madrid en tres días al suroeste, pasando junto a la ciudad de Calatayud, y por el este estaba la carretera a Barcelona, pasando por el pueblo de Bujaraloz. El Ebro, navegable en barcazas, también la conectaba con el sureste, llegando a Tortosa, en su desembocadura. Hacia sur, vía Teruel, se llegaba a Valencia. En lo referido a las distancias, Zaragoza se encontraba casi equidistante de centros urbanos de relevancia como Madrid, Barcelona y Valencia, amén de los estratégicos pasos pirenaicos occidentales y centrales.

En cuanto a la ciudad, la mayor parte se situaba en la ribera derecha o sur del río Ebro, flanqueada en su lado este por el río Huerva. Solo había un barrio al norte del Ebro, en la margen izquierda, el Arrabal, que comunicaba con la carretera de Barcelona pasando el puente y los vados del cercano río Gállego. Toda la ciudad se encontraba extensamente rodeada de una rica huerta, de árboles frutales, viñedos y olivos. En este espacio rural de la ciudad se erigían complejos de edificios agrarios, casas de campo llamadas torres y que solían pertenecer a un rico labrador afincado intramuros. Además de con los tres ríos señalados, toda esta zona agrícola se regaba con multitud de acequias que se distribuían por la huerta. También fuera del casco urbano se encontraban cuatro elevaciones desde las que se divisaba y dominaba la ciudad. Estas eran, de oeste a este: el Alto de la Bernardona, La Muela —más al sur— el Cabezo de Buenavista, junto al punto de la Casablanca, y el monte de Torrero. Tres de ellas, además, colindaban con el Canal Imperial de Aragón, formando una especie de primer cinturón preurbano.

El propio casco urbano de la margen derecha o zona al sur del Ebro tenía, a su vez dos cinturones, en forma de arco. El primero lo conformaban una serie de tapias de ladrillo de no más de tres metros de altura y apenas uno de grosor. En algunas zonas ese muro parecía recordar a una antigua muralla medieval, en otras apenas se distinguía de la tapia del huerto de un convento o particular que cualquier podría saltar. Seis puertas de entrada tenía en este primer perímetro cerrado sin contar con las que daban al Ebro. De oeste a este: la de Sancho, del Portillo, del Carmen, de Santa Engracia, Quemada y del Sol. Esa era la «muralla» de la ciudad de Zaragoza. Servía para que los

carros y caballerías hubieran de atravesar las puertas y pagar tasas. Y poco más.

Inmediatos a esa circunvalación de tapial, extramuros, había cuatro grandes edificios. Por un lado, en las cercanías de la Puerta del Portillo, al oeste, un macizo edificio rodeado de un foso y del que ya hemos hablado: el Castillo de la Aljafería. El único punto fortificado de toda la ciudad. A la derecha, tres grandes conventos: el de Agustinos sobre el camino de Alagón, el de Trinitarios y el de Capuchinos sobre la carretera de Valencia. Entre estos edificios conventuales, y justo delante de la Puerta del Carmen, se situaba un amplio espacio llano y sin arboleda: las Eras del Rey o el Campo del Sepulcro.

Al otro lado de las tapias de esas eras del sur de la ciudad, o incrustados en ella, destacaban otros importantes edificios civiles y religiosos. La iglesia de Nuestra Señora del Portillo, el Cuartel de Caballería, el complejo de beneficencia de la Misericordia, el Convento e iglesia del Carmen junto a la puerta homónima, la Torre del Pino que hacía esquina frente al Puente del Huerva y, a su lado, el Monasterio de Santa Engracia con iglesia, dos hermosos claustros y una huerta, que daban la bienvenida a quien entrase a Zaragoza por la puerta del mismo nombre.

Una vez dentro de la ciudad, la organización era por parroquias, destacando en los dos extremos de la ciudad dos populosos barrios. Al oeste de la ciudad, el organizado en torno a la parroquia de San Pablo, con un plano regular. Al este, el que se desparramaba en callejuelas en torno a la iglesia de la Magdalena, aunque dos calles, la de Palomar y la de San Agustín, tenían un trazado recto hasta dos conventos que se asentaban sobre la antigua muralla medieval del siglo XIV: el de San Agustín y el de Santa Mónica. Extramuros, junto al Huerva, se había levantado un molino de aceite en el siglo XVIII, el de Goicoechea, y al otro lado, tras cruzar un pequeño puente, estaba el Convento de San José. Un detalle que será importante en los meses siguientes: la ribera derecha del río Huerva está ligeramente más elevada que la izquierda, donde se situaba la ciudad.

Esas calles de San Agustín y Palomar, como la propia parroquia de la Magdalena y la contigua Universidad, daban al Coso, la vía más ancha, empedrada y lujosa de la ciudad. Desde Santa Engracia se llegaba por una estrecha calle llamada así y que desembocaba entre dos potentes edificaciones, el Convento de San Francisco, con una alta torre, y el enorme hospital de Nuestra Señora de Gracia. Ahí, en el centro del Coso y ante esas dos moles, se levantaba un templete de estilo renacentista, de planta circular, con columnas y una cúpula, en recuerdo de los mártires cristianos de época romana. Era la llamada Cruz del Coso, que, además de un gran simbolismo para la devoción

popular, marcaba un punto central en el entramado urbano. Cerca de allí fue donde los estudiantes quemaron el retrato de Godoy en marzo de 1808.

Precisamente, la calle del Coso, flanqueada como vemos de edificios religiosos (San Francisco, Magdalena), del hospital, de la Universidad y de palacetes de la nobleza aragonesa, formaba un segundo cinturón del casco urbano. Y es que ahí estaban los restos de la antigua muralla romana de época bajoimperial. Una construcción en sillares de piedra que había defendido con bastante éxito la ciudad en otros tiempos. Algunos de sus torreones semicirculares servían siglos después para asentar viviendas particulares u otras edificaciones como el Convento del Santo Sepulcro. Ahí se situaban otras cuatro puertas que parecieran dar acceso a otra ciudad dentro de la ciudad. Por el oeste, la Puerta de Toledo, con dos torreones que servían de cárceles y se erguían sobre la plaza del Mercado, que se situaba a sus pies, rodeada de soportales. Por el sur, la Puerta Cinegia, que no pasaba de ser un arco gótico que parecía más un trampantojo barroco, pues hacía entrar en un laberíntico conjunto de callejuelas estrechas, en vez de dar acceso a las calles de San Gil y la Cuchillería que desembocaban directamente junto a las Casas de la Diputación, Lonja y la plaza de la Seo. Al este se encontraba la Puerta de Valencia, delante de la iglesia de la Magdalena y pegada a la fachada de la Universidad. Al norte, junto al río Ebro, la Puerta del Ángel, colindante al centro neurálgico de la ciudad.

Y es que allí se encontraban varias de las construcciones más importantes de Zaragoza, las cuales aglutinaban al poder religioso y político. Por un lado, la Basílica de Nuestra Señora del Pilar, todavía en construcción, con una pequeña plaza frente a su fachada, con tan solo una torre, la de Santiago, y a medias. No podía competir con la torre de la Seo de San Salvador, que se situaba en una plaza cercana, casi pegada al conglomerado que formaban el Palacio Arzobispal, la Casa de la Diputación del Reino, las Casas del Puente, donde estaba el poder local, y la Lonja de mercaderes, separada tan solo por el arco de la Puerta del Ángel. Esa endeble elevación del Pilar tampoco hacía sombra al edificio más alto y esbelto de toda la ciudad: situada en su corazón, en la plaza de San Felipe, se erguía la Torre Nueva, una torre mudéjar de casi 90 metros de altura, construida en el siglo XVI y de propiedad municipal.

Varios de estos edificios, desde el Pilar al Palacio Arzobispal asomaban sus fachadas norte al Ebro. La Puerta del Ángel daba acceso al puente, el Puente de Piedra, de origen bajomedieval, que con sus grandes arcadas sorteaba el río y comunicaba con el barrio del Arrabal. Este no pasaba de unas pocas manzanas de casas, la iglesia de Altabás y el Convento de San Lázaro, que lindaba con el propio puente

y el río. Sobre la carretera de Barcelona se situaba el Convento de Jesús y, más allá una casa de campo, la Torre del Arzobispo, poco antes de llegar al puente sobre el río Gállego que ya se dirigía hacia Villamayor-Perdiguera-Leciñena, la Puebla de Alfindén-Osera-Pina y Pastriz.

Esta era la Zaragoza de 1808. Una ciudad de economía agraria, de labradores de distinto nivel, trabajadores agrícolas, pero también de comerciantes, algunos franceses, de artesanos, de monjes y monjas en sus numerosos conventos, de escasos militares, y que la única guerra que había visto desde el siglo XII era la de Sucesión Española cuando los ejércitos austracistas y borbónicos se enfrentaron en los montes de Torrero en 1710, ante la expectante mirada del vecindario. Y cuando este se levantó en armas el 24 de mayo de 1808 no esperaban ninguno de los sucesos que estaban por venir.

Tampoco los franceses se imaginaban ni planteaban un asedio a Zaragoza. La conocían por los viajeros y comerciantes. Los generales de Napoleón tenían planos detallados de la ciudad, que, recordemos, no era un obstáculo ni objetivo militar. Sin murallas dignas de tal nombre, sin baluartes, sin tropa regular, en medio de un valle de fácil tránsito, dominada por alturas. Qué problema podía suponer. Ninguno, en teoría.

Sin embargo, los aragoneses tenían algo que decir al respecto, para cambiar con ello la historia. Pero ¿cómo los vieron los invasores? Una respuesta nos la da Louis François Lejeune, oficial napoleónico, quien se encargó de describir lo que era, según él, el carácter aragonés: «Los aragoneses, en general, son hombres apuestos, valientes, firmes y testarudos, hasta tal punto que uno de sus proverbios dice que se sirven de la cabeza para empotrar los clavos en la pared» llegó a escribir, dando así potencia al tópico todavía vivo de la terquedad aragonesa. Junto a ese rasgo, el francés destacaba el orgullo, la nobleza y la belicosidad del «espíritu» aragonés, que les llevaba a tenerse a sí mismos en alta estima.[7]

¿Un paseo militar?

A la altura de marzo de 1808 eran casi 100.000 los soldados napoleónicos que ocupaban varios puntos clave de España, las comunicaciones con Francia y Madrid, principalmente. Además de las tropas con las que Junot había entrado en Lisboa, el 21 de noviembre de 1807 había entrado el Segundo Cuerpo de Observación de la Gironda, al mando de Dupont, el 9 de enero de 1808 otro cuerpo de ejército mandado por Moncey, el 6 de febrero la División de Observación de los Pirineos Occidentales se asentaba en Pamplona, el 13 de febrero Duhesme, al mando de la División de Observación de los Pirineos Orientales quedaba en Barcelona y, finalmente, Joaquim

Murat, gran duque de Berg y cuñado de Napoleón, hizo su entrada en Madrid el 23 de marzo de 1808, un día antes que el nuevo rey Fernando VII. Murat quedaba como mando supremo de las tropas del emperador en España. Y no solo de ellas, sino que su poder se superponía a la Junta de Gobierno dejada por el monarca español.

Murat tenía órdenes, ya el 10 de abril de 1808, de reprimir rápidamente cualquier alboroto. Ni Bonaparte ni él pensaban que se produjese nada más que un simple motín puntual. En su mente se concebía que si eso ocurría se debía actuar de la misma forma que contra la sublevación realista de París en 1795 o la de El Cairo en 1798: a cañonazos.[8] En ambos casos, les funcionó. Sin embargo, cuando Murat lo aplicó en Madrid el 2 de mayo de 1808, no solo no aplacó la furia popular española, sino que la extendió. No apagó un fuego, creó un incendio. De hecho, Murat estaba tan convencido de que la cosa se solucionaría rápido, que permitió a Luis de Palafox, marqués de Lazán, partir de Madrid hacia Zaragoza, pensando que este iba a convencer a su hermano de deponer las armas. Con eso se ahorrarían mandar tropas a sofocar la rebelión en Aragón.

El levantamiento de mayo en España obligó a Napoleón a variar sus planes. Sus, para entonces, casi 120.000 hombres se encontraban dispersos en medio de una población hostil. La prioridad era asegurar las vías de comunicación entre Madrid y Francia. Un Valle del Ebro en rebeldía, con Zaragoza como epicentro, amenazaba por el flanco ese eje y podía cortarlo. No lo podía consentir. Para aplastar ese foco aragonés y los otros que surgieron en Castilla, Andalucía y Valencia, Napoleón y Murat pusieron en marcha una estrategia de columnas militares confluyentes que rápidamente se movieran en campaña y sofocasen de raíz la rebelión. Era la típica estrategia napoleónica de movimientos rápidos que llevaba cosechando éxitos desde la campaña italiana de 1796. Y en ese planteamiento no entraban en juego los asedios, operaciones lentas y desgaste que se habían ido reduciendo ya en las guerras dieciochescas. Además, los oficiales se lamentaban de que en un asedio o sitio no se daba la opción de alcanzar la gloria como en una batalla campal.

En esta tesitura, un cuerpo de ejército (unos 25.000 hombres) al mando del general Dupont fue enviado con dirección a Cádiz. Su misión era controlar aquel importante puerto y rescatar a la flota francesa allí anclada. Las tropas regulares españolas del Campo de Gibraltar, al mando del general Castaños, las milicias provinciales y las que iban levantando las juntas de Málaga, Granada, Córdoba y Sevilla, no le debían suponer ningún grave obstáculo. Tal pareció cuando, el 7 de junio, en la batalla del Puente de Alcolea (Córdoba) el ejército napoleónico barrió a la resistencia española.

Por su parte, otro cuerpo de ejército, al mando del mariscal Moncey

saldría dirección Cuenca para llegar a Valencia y someter la rebelión del Levante peninsular. Al igual que lo que le ocurría a Dupont, parecía un paseo militar. Las tropas napoleónicas derrotaron a las españolas el 21 y 24 de junio. Por otro lado, el general Bessières sería el encargado de pacificar Castilla la Vieja, donde parecían querer confluir los ejércitos y levas españolas al mando de los generales Cuesta y Blake. Mientras tanto, en el este de España, Cataluña sería controlada desde Barcelona por Duhesme, mientras la columna de Schwartz atravesaría las estribaciones del macizo de Monserrat en dirección a Lérida.

De esta forma, pensaban asegurar rápidamente las comunicaciones con Francia, la capital, controlar Cádiz y sofocar la rebelión en Castilla y Valencia, y solo les quedaría someter el valle central del Ebro. Para ello proyectaron que, una vez tomada Lérida por Schwartz, este debería continuar hacia Zaragoza. Además, una vez conquistada Valencia por Moncey, este podría enviar refuerzos vía Teruel, llegado el caso. Pero la principal columna de castigo iba a partir desde Pamplona. Al mando del general Charles Lefebvre-Desnouettes, un pequeño ejército napoleónico debía alcanzar Tudela, en la ribera navarra del Ebro, y siguiendo en paralelo el río, llegar sin problemas a Zaragoza, la cual caería fácilmente al carecer completamente de defensas más allá de las proclamas de José de Palafox. Neutralizada la ciudad, pacificar el resto de Aragón sería, como mucho, cuestión de tiempo.

Pero no fue tan sencillo. Esta estrategia bélica napoleónica fracasó, topándose con obstáculos donde no los preveían. Además, el ejército napoleónico no era perfecto, no era una máquina perfectamente engrasada. Ningún soldado de ningún ejército es un mero autómata. Las contingencias cotidianas afectan, la logística y el territorio son cuestiones que debemos tener presentes. Mientras Murat despachaba correspondencia con Napoleón y los generales obedecían las órdenes dirigiendo sus columnas a los objetivos militares fijados, la realidad de la guerra a ras de suelo se iba mostrando a sus soldados.

Estos escribían en las cartas a sus familias, las míseras condiciones de la guerra. Marchaban de día y de noche, dormían al raso la mayor parte de las noches, temían quedarse rezagados y ser asesinados —incluso hubo suicidios— y pasaban hambre, recibiendo muchas veces tan solo media ración. Y es que la logística napoleónica tenía fisuras. Habituados a campañas rápidas, los ejércitos vivían sobre el terreno. Eso se hizo imposible en España, donde la crisis agraria se manifestaba desde 1804, los pueblos por los que transitaban eran abandonados por sus habitantes, la orografía no acompañaba y la guerra se tornaba complicada. Jacques Willems, quien marchó en el ejército de Dupont, manifestaba tener que comer carne de burro,

mientras que Nicolas-Joseph Dujardin, destinado en Portugal a las órdenes de Junot, hablaba de la miseria en que se hallaban y cómo debían forrajear cerca del campamento. Este problema logístico de aprovisionamiento es algo que no se solucionaría en los seis años de guerra que estaban por venir, siendo el hambre un padecimiento constante en ambos bandos.[9]

Además, el ejército que Napoleón había destinado a la campaña de Portugal y a la ocupación de España en 1807-1808 no era la *Grande Armée*. Sus ejércitos se nutrían fundamentalmente de conscripciones en Francia, a las que se añadían cuerpos de territorios aliados. El reclutamiento obligatorio se regía por la Ley Jourdan de 1798, por la cual todo hombre mayor de veinte años era un potencial soldado. Cada año, Napoleón indicaba el número de soldados que necesitaba y el Ministerio del Interior repartía cupos entre los departamentos. Allí el prefecto hacía lo propio entre los municipios. Era una leva universal, un ejército nacional… pero no del todo, ya que existía la redención en metálico, es decir, pagando una cierta cantidad, cualquiera se podía librar de ir a la guerra. Este modelo militar había provocado resistencias entre el campesinado y artesanado desde tiempos de la Revolución, llegando a darse motines, fraudes, matrimonios de conveniencia, fugas e incluso automutilaciones para evitar ser incluido en la conscripción. Para 1806 estas reticencias habían disminuido, pero se volverían a disparar tras 1808.

En 1807 Napoleón estaba ocupado en los asuntos centroeuropeos, ¿con qué ejército iba a invadir Portugal y controlar España? Para ello, en ese invierno, improvisó un ejército sin tener que recurrir a las tropas veteranas. Obtuvo autorización del Senado imperial para adelantar las conscripciones de 1808 y 1809. En vez de incorporar a estos jóvenes a regimientos veteranos existentes, como solía hacerse, creó nuevas unidades. Con eso se perdía la opción de que los soldados más experimentados acogieran, integrasen y enseñasen a los nuevos. El nuevo ejército se componía de soldados bisoños, de unidades de reserva, de cuerpos de seguridad destinados con anterioridad a labores de policía o guarnición, y cuerpos extranjeros. Estos últimos —a pesar de su mala reputación— y la Guardia de París —una especie de gendarmería municipal, que había luchado en Frieland— eran las únicas tropas con experiencia real en batalla. En todos, la disciplina dejaba que desear. En cuanto a la instrucción de los reclutas, baste señalar un ejemplo: en marzo de 1808 el general Malher murió en Valladolid por un accidente durante unos ejercicios militares, cuando un joven soldado se dejó la baqueta en el cañón del fusil y, al disparar, esta salió como un proyectil, traspasando al malhadado general.[10]

En esta tesitura, se produjeron saqueos y violencias sexuales por parte de las tropas napoleónicas. Influían en ello sus condiciones de

vida militar, la indisciplina de los nuevos reclutas, las ensoñaciones con los tesoros de las iglesias barrocas y las exóticas mujeres españolas, y el dejar hacer de unos mandos que veían esa campaña como un castigo a meros rebeldes o bien perdían el control sobre sus hombres. El más sonado fue el saqueo de Córdoba durante diez días, donde también hubo violaciones, tras la batalla del Puente de Alcolea del 7 de junio de 1808. Pero no fue el único. En la marcha de Moncey a Valencia, en ese mismo mes de junio, se saquearon casas y se robó en iglesias, a pesar de que este mariscal amenazaba con el fusilamiento a quienes cometieran tales excesos. En Castilla varias poblaciones también padecieron el furor de las tropas napoleónicas, como Medina de Rioseco, incendiada y saqueada tras la batalla de julio de 1808. Estas tropelías iban acompañadas de violencias sexuales, individuales o colectivas. El 68 por ciento de estas se produjo en esos contextos, pero también se dieron sin necesidad de una resistencia militar previa. Se trataba de una violencia de depredación de los atacantes. Los franceses cargarían las culpas en soldados suizos, polacos, alemanes o italianos, pero lo cierto es que estos desmanes no entendieron de nacionalidades.[11]

Los saqueos y violaciones de las tropas napoleónicas como enemigas se añadían a las requisas y abusos sobre la población civil cuando aún eran un ejército aliado. El odio y la francofobia se extendían entre la sociedad española con las noticias tanto como la pólvora. Sirvió para encender aún más la resistencia popular. Aunque aún no se dio el fenómeno de la guerrilla, que se desarrollaría como tal a partir de 1809, ya se entró en una espiral cruelmente violenta. Comenzaban los desastres de la guerra sobre los que Goya escribió al pie de sus grabados un amargo «yo lo vi».

Con este panorama, que se tornaba cada vez más oscuro en 1808 a pesar de que se entraba en el verano, hubo soldados al servicio de Bonaparte que optaron por la deserción. Algunos, además, vieron en la rebelión española unos ideales más acordes con ellos que los proclamados bajo las águilas imperiales. Tal fue el caso de los portugueses. Entre fines de 1807 y comienzos de 1808 se había organizado la Legión Portuguesa con las mejores unidades del deshecho ejército de los Braganza. Esta se integró bajo las banderas de Napoleón, pero no fueron pocos los desertores cuando se inició la guerra en España, de los cuales unos cuantos acabaron en Zaragoza.

Vicente José Pereira era uno de ellos. En 1799, con catorce años, había entrado a servir en el ejército de Portugal hasta que en abril de 1808 pasó a formar parte del Quinto de Infantería Portuguesa en el ejército napoleónico. Apenas dos meses después, el 24 de junio, desertó y se pasó al bando español sublevado contra Bonaparte. Por las mismas fechas, en Huesca se hallaban dos desertores polacos y

cinco italianos, quienes manifestaban sus simpatías por la causa española y decían querer alistarse en sus filas. Lo mismo ocurría en Cariñena, donde dos piamonteses, huidos desde la Navarra ocupada, solicitaban unirse al ejército aragonés. Pero no solo eran tropas extranjeras, también franceses. Algunos habían desertado con anterioridad y se encontraban en cárceles, como los cuatro que estaban en la de Daroca. Otros veintisiete se presentaron en Zaragoza el 4 de junio. La deserción fue un goteo constante.[12]

Un ejército para asaltar Zaragoza

En este contexto, Lefebvre partió de Pamplona para someter a Zaragoza. Charles Lefebvre Desnouettes había nacido en 1773 en París, alistándose en 1792 y combatiendo en las guerras revolucionarias. Sus principales ascensos se produjeron gracias a la campaña italiana de Napoleón en 1800, donde fue su ayudante de campo, y en la famosa batalla de Austerlitz en 1805. Como recompensa fue nombrado conde del Imperio en marzo de 1808. Para él, los aragoneses no eran más que un montón de campesinos palurdos dirigidos por un fanático clero y un petulante cortesano. Su expedición debía ser un mero paseo militar. Su primer objetivo sería Tudela, adonde Palafox había enviado varios miles de fusiles y a su hermano en socorro de la junta local allí levantada.

Con ese fin una división napoleónica salió a las diez de la mañana del 5 de junio de Pamplona. La componían 3.250 soldados de infantería al mando del general Habert, con batallones de los regimientos de línea 15, 47 y 70 y el Segundo Regimiento suplementario de las Legiones de Reserva, creadas en 1807. A ellos se sumaba la caballería con 936 jinetes, de los cuales 300 eran del Quinto Escuadrón de Cazadores, 36 del regimiento de línea español de Calatrava, y 600 eran de dos escuadrones del Regimiento de Lanceros de la Legión del Vístula. El día 11 de junio serían reforzados con el Primer Regimiento de Infantería de la Legión del Vístula (920 hombres), el Sexto de Marcha (709 hombres) y 88 artilleros del Primero de a Pie. En total 5.903 soldados bien uniformados y equipados, aunque muchos fueran reclutas. Los infantes llevaban su característico chacó (sombrero cilíndrico), casaca azul con cuello rojo y solapas blancas, calzones y zapatos con polainas.[13]

No era un ejército preparado para un asedio que no se concebía. Se pensaba derrotar sin dificultad en campo abierto a las tropas rebeldes, en caso de que se prestasen a tal cosa, y entrar después en Zaragoza. Como mucho, debiendo forzar las puertas en un asalto directo, corto y poco sangriento. Ello se observa en el escaso equipamiento artillero, solamente seis piezas y de campaña —de a cuatro libras—, es decir, artillería ligera.

Entre todos ellos destacaban los polacos. Además, la caballería polaca se caracterizaba por su singular sombrero, el *chatska* amarillo y azul, colores que también lucían en casaca y pantalones. A esos 600 lanceros del Vístula se irían añadiendo más contingentes de la misma procedencia durante el verano de 1808, como fueron los dos batallones del Segundo Regimiento del Vístula (1.400 hombres), ya el 21 de junio.

Pero ¿qué se les había perdido a los polacos en España? ¿Por qué combatían bajo la sombra del águila de Napoleón? Muchos, como Józef Mrozinski y Henryk Brandt, escribirían memorias posteriormente, narrando sus aventuras en la Guerra de España. Aún hoy, el nacionalismo polaco tiene mitos (Somosierra y Fuengirola) y contramitos (Zaragoza) referidos a estos sucesos. Para entender esto, debemos recordar que el reino de Polonia no existía a la altura de 1808, ya que había sido desmembrado entre 1772 y 1795 por las potencias vecinas. La Rusia zarista, la Prusia de los Hohenzollern y la Austria de los Habsburgo invadieron y se repartieron los territorios polacos.[14]

Sin embargo, Napoleón modificó el escenario. Con su exitosa campaña de 1796-1797 venció a los austriacos del norte de Italia. Eso permitió que el general polaco Jan Henryk Dabrowski fundase en Italia las Legiones Polacas, por las que pasarían hasta 35.000 hombres. Principalmente, la tropa se nutrió de miles de campesinos y prisioneros polacos que se habían visto obligados a servir en el ejército austriaco, mientras que la oficialidad se conformó con nobles polacos exiliados desde 1795.

Unos años después, Napoleón creó el Ducado de Varsovia, tras erigirse victorioso en el este europeo frente a Prusia y Rusia en 1806-1807. Si bien ese estado polaco tutelado apenas abarcaba una quinta parte del antiguo reino de Polonia, despertó el entusiasta nacionalismo de los polacos. Bonaparte se convirtió en la última y única esperanza para restituir aquella nación. El 22 de julio de 1807, en Dresde, el emperador ofreció a los notables polacos la creación de un ejército propio. Eso sí, para conseguir la soberanía, deberían combatir por él. De esta forma se crearon distintos cuerpos militares para servir bajo las banderas napoleónicas a cambio de la independencia y la libertad de la nación polaca.

Por decreto imperial de 6 abril de 1807 se creó el Primer Regimiento de Caballería Ligera de la Guardia. Al día siguiente se empezó a constituir la Legión del Vístula, que adquiriría su forma definitiva en 1808. Esta agrupaba a las antiguas legiones polacas que habían combatido en Italia. A ellas se sumarían tres regimientos del ejército polaco, que conformarían la División del Ducado de Varsovia el 10 de mayo de 1808.

En marzo de 1808 las primeras unidades polacas entraron en España, como aliadas, integradas en el ejército napoleónico. Los primeros días de junio cruzaron el Bidasoa los lanceros de la Legión del Vístula y tres regimientos de infantería. Estos fueron los que en Pamplona y Tudela se unieron al contingente de Lefebvre con destino a Zaragoza.

En total, en toda la Guerra de la Independencia serían cerca de 20.000 los combatientes polacos. Se vieron sorprendidos ante la resistencia española y eso les supuso un dilema moral. Ellos, profundamente católicos, que combatían por la libertad e independencia de su nación, hubieron de combatir y someter a un pueblo que veían luchar por similares ideas, la defensa de su patria, la independencia de un poder extranjero y la religión católica. Desde el clero español rebelde se clamaba por la cruzada contra el usurpador Napoleón, sus impías ideas y sus tropas que no respetaban ni los espacios sagrados, cargándose las mochilas de cálices saqueados de las iglesias como ocurrió en Córdoba. Ellos, polacos católicos, formaban parte de esos saqueadores; ellos, luchadores por la libertad nacional, eran los subyugadores de la nación española. Claro, que esto era un relato ideal, pues también fueron causantes de los desastres de la guerra.

Las tropas polacas chocarían con Zaragoza y esta les traumatizaría. El mismo día que Lefebvre y sus soldados partían de Pamplona rumbo a Tudela, 5 de junio de 1808, se enviaba una carta desde otro lugar al sur del Ebro, junto a la ribera de uno de sus afluentes, el río Jalón. Se trataba de una misiva a José de Palafox, capitán general de Aragón. Quien la escribía era el barón de Warsage, José de L´hotellerie, español y bilbilitano, aunque su padre era valón. En Calatayud le sorprendió el levantamiento de Zaragoza del 24 de mayo de 1808. Formaba parte de las Guardias Valonas con grado de capitán. Pronto se convirtió en uno de los hombres fuertes de Palafox, organizando la defensa de la zona, cerca de donde se encontraban los molinos de pólvora de Villafeliche, estratégico enclave. Eso resultaba de vital importancia si se quería que disparasen los fusiles del ejército de Aragón que se pretendía organizar.

En su carta, informaba, no sin inquietud, de los movimientos de las tropas napoleónicas. A Warsage no le parecían preocupar las que se abalanzaban desde Pamplona, sino las que podían llegar por la carretera real desde Madrid. Así, ponía en conocimiento del capitán general que el 4 de junio había salido un contingente de siete a ocho mil hombres al mando de Moncey con dirección Guadalajara. Con el fin de estar prevenidos, destacó partidas armadas a Daroca, escribió a la Junta de Valencia para que adelantasen tropas a la serranía de Cuenca, comisionó espías y alentó al alistamiento de los aragoneses

para luchar por la patria, porque el entusiasmo les daría la victoria.[15]

Ahora sabemos que Moncey varió su destino y no se encaminó hacia Zaragoza, sino que se enfiló a Valencia. Sin embargo, esto nos muestra los momentos de incertidumbre de esos primeros días de junio. En Aragón nadie sabía a ciencia cierta por dónde iban a llegar los franceses, si desde Cataluña, desde los Pirineos, desde Navarra o desde Madrid y Castilla. Aquellos rebeldes en nombre de Fernando VII estaban rodeados por casi todas partes. Finalmente, como se ha indicado, fueron Lefebvre y sus casi seis mil soldados quienes se dirigieron a toda prisa hacia Zaragoza, desde Pamplona. Un soldado polaco bajo las órdenes de Lefebvre, Józef Morozinski, oyó a sus compañeros de armas franceses comentando que esta guerra no les iba a costar mucha pólvora.

3. LEVA EN MASA
Primavera-otoño de 1808

A primeros de junio de 1808, en la huerta, las calles, plazas y tabernas de Zaragoza se podía oír una jota que decía «En el campo del sepulcro/ ya no crecen las amapolas,/ lo que sale de la tierra/ son escarapelas rojas». Y es que esos días fueron frenéticos en la ciudad. El Campo del Sepulcro o Eras del Rey, la planicie delante de las tapias del sur de Zaragoza, veía un sinfín de mozos que arribaban para ser alistados, otros paisanos haciendo instrucción, todos con sus ropajes particulares pero con el distintivo de una escarapela roja en el sombrero, fuera del ala ancha, chistera o bicornio. Eran —o pretendían serlo— soldados del Ejército de Aragón. Pero ¿qué ejército era ese?

El 25 de mayo, el capitán general de Aragón, José de Palafox, apenas contaba con 220 hombres armados. Diecinueve días después, el 13 de junio, mandaba sobre cerca de 10.000. ¿Qué clase de prodigio era aquel de levantar un ejército de la nada en poco más de dos semanas? Es más, a mediados de agosto serían ya más de 14.000 y seguían en aumento.

A diferencia de lo que sucedía en otros lugares de España, donde los sublevados en favor de Fernando VII contaban con el ejército regular borbónico —tal fue el caso del general Castaños en Andalucía—, Palafox no tenía nada cuando se puso al frente del levantamiento aragonés. En Zaragoza no había ni un regimiento en mayo de 1808. Tan solo 55 artilleros de la compañía fija, unos 50 Fusileros de Aragón o miñones al mando de Antonio Torres —en todo Aragón sumaban 205 hombres—, la Ronda del Resguardo de Rentas, mandada por Jerónimo Torres —un total de 170 empleados en todo Aragón—, algunos integrantes de las compañías de reclutamiento del ejército —520 soldados y oficiales más 153 reclutas dispersos por el territorio aragonés— y una docena de oficiales agregados, muchos de ellos ya ancianos —112 en el conjunto de Aragón—. Es decir, si Palafox hiciera confluir en un mismo punto a todo elemento armado de la monarquía a su disposición —empleados de hacienda, policía, reclutadores, retirados, soldados regulares— tendría 1.160 hombres con los que oponerse al avance de Lefebvre con sus casi 6.000 soldados de infantería, caballería y artillería volante.

A la desigual proporción de fuerzas habría que añadir la inicial dispersión de estas unidades españolas y el desconocimiento de por

dónde iban a atacar los napoleónicos. Por tanto, con esos poco más de mil efectivos, Palafox debía cubrir las extensas fronteras de Aragón desde el Pirineo hasta Castilla y Cataluña, y además guarnecer Zaragoza y frenar el avance del enemigo. Los números no daban. El destituido Guillelmi y otros lo sabían, lo habían manifestado. Cualquier resistencia resultaba imposible según todos los parámetros militares de la época.

Tercios, veteranos y fugados

La situación excepcional requería un ejército para Aragón. No bastaban los mecanismos habituales. Se necesitaban miles de soldados y estos se lograron por varios medios: el recurso a un novedoso reclutamiento de una leva en masa, la puesta en activo de oficiales veteranos, la atracción de unidades del ejército regular de otros puntos de España y el indulto de prófugos de la Justicia.

Se tomó una resolución extraordinaria: efectuar una leva en masa «sin excepción de clase». Así lo dispuso José de Palafox en su manifiesto del 27 de mayo de 1808 a los aragoneses. Todos los hombres de dieciséis a cuarenta años serían alistados. Ese recurso de reclutamiento masivo, de convertir a los civiles en soldados, no se había visto salvo en la Francia revolucionaria de 1793, cuando la Convención había decretado *la levée en masse* ante la invasión del país por las potencias absolutistas de Austria y Prusia.

Estos civiles convertidos en militares de un día para otro deberían formar unidades que Palafox llamó Tercios Aragoneses, quizás en una evocación de la mítica unidad de los Habsburgo de los siglos XVI y XVII. El reclutamiento se hacía inicialmente en cada pueblo. De allí, los alistados pasaban a la localidad cabeza del corregimiento o partido, donde unidos a los de los otros pueblos iban conformando la fuerza. Cada tercio se compondría de 1.000 hombres, procurando que sus oficiales tuvieran alguna experiencia militar previa.[1] En cada una de las poblaciones importantes de Aragón, Palafox tuvo su hombre de confianza encargado de los asuntos militares. En Huesca y el Alto Aragón fue Felipe Perena, el barón de Warsage en Calatayud, Miguel Oliveras en Daroca, Ramón Gayán en Cariñena, Antonio Cuadros y Juan Antonio Assin en Teruel…

En la zona de Huesca se distinguió Felipe Perena como organizador del nuevo ejército. Este hidalgo tenía experiencia militar en la Guerra contra la Convención de 1793-1795, y obtuvo el grado de teniente coronel poco después. Palafox lo nombró comandante de los Tercios de Huesca. Durante ese verano de 1808 se aplicó en sus tareas, levantando un ejército de la nada, buscando cómo proveerlo y guarneciendo los pasos pirenaicos. Sus tropas llegaron a incursionar en la misma Francia.

Perena eliminó el requisito de talla para el alistamiento porque «el valor que alientan todos los aragoneses» no estaba sujeto a su altura y, sobre todo, porque en esas circunstancias «todos sabrán ser útiles matando a nuestros enemigos». Pronto se le plantearon demasiados problemas en varios frentes. Contaba con escasos militares profesionales, siquiera para mandar a la tropa. Por ello, la mayoría de las compañías quedaron al mando de paisanos, lo que suponía un obstáculo añadido. La inexperiencia de los nombrados oficiales les hacía no tomar decisiones acertadas o, en otros casos, le consultaban por correspondencia cada paso que dar en la más mínima operación, con la lentitud que ello conllevaba. Además, por si fuera poco, Perena fue el encargado de organizar una columna de ayuda a Lérida, para lo que envió a 400 hombres al mando del subteniente retirado Manuel Díez, un veterano de 1795. A pesar de ello, demostró su eficacia, completando la organización de los Tercios de Huesca el 18 de junio. Para entonces ya tenía a 1.093 destinados en Jaca y Biescas. A ellos se sumaron los 4.500 hombres que consiguió reunir Joaquín Andreu y Claver en Barbastro y su partido.[2]

En Calatayud, cuarta ciudad más importante de Aragón, Warsage contó con la ayuda del brigadier de caballería José Larraga y con José Garcés. Alistaron en los Tercios a los retirados, solteros y casados, formando en dos días tres compañías, consiguiendo tener un batallón para el 1 de junio, y en torno a 5.000 hombres «aunque mal armados» en las semanas siguientes.[3]

Al sureste de allí, en Daroca era Miguel Oliveras, nombrado gobernador de la ciudad por Palafox, el encargado del reclutamiento. Sustituía al anterior gobernador, Gervasio Gasca, quien no había conseguido mantener el control del vecindario. Este sugería que sería más efectivo formar unas compañías de solteros y otras de reserva integradas por casados, para evitar recelos y resistencias de estos últimos a la hora de abandonar la población. Sin embargo, como señalamos, fue Oliveras quien organizó la leva darocense. A 15 de junio ya había conseguido alistar hasta 1.300 mozos, mientras que los casados y viudos con hijos quedaban en reserva bajo la autoridad de los alcaldes. Con ello constituyó el Tercio de Daroca. Si bien, para esos días de junio tan solo estaban operativas dos compañías, estas irían en aumento. El 21 de junio ya eran seis las compañías.[4]

Cerca de allí, en Cariñena, su alcalde aceleraba todo lo posible el alistamiento de sus vecinos, reuniendo 500 hombres ya el 1 de junio, «llenos de un celo y entusiasmo verdaderamente patriótico». Asimismo, convocó a las Casas Consistoriales a los oficiales del ejército retirados, con el objeto de que se pusieran al frente. Eso sí, surgió una situación inesperada. Un joven de dieciséis años se acercó al ayuntamiento para alistarse en los Tercios Aragoneses. Con un

extraño acento, que todos los presentes creyeron «vizcaíno», manifestó querer combatir por la causa común, por Fernando VII y contra Napoleón. Hasta ahí, nada extraño. El problema vino cuando, al poco, este mozo se presentó ante las autoridades municipales y confesó ser francés. Ante ello, el asombrado alcalde pidió que se le ocultase por prevención. En el informe mandado a Zaragoza exponía el revuelo que podía causar en la enfervorecida población saberse que aquel joven, al que todos creían un patriota de origen vizcaíno, era en realidad de origen francés y, por tanto, los más exaltados bien podrían «inhumanamente despedazarlo» creyendo «hacer un servicio grande a la nación».[5]

Un último ejemplo del levantamiento de este improvisado ejército en Aragón es la zona del Bajo Aragón y de Teruel. A la ciudad bajoaragonesa de Alcañiz llegaron el comandante Jerónimo Torres y el teniente Antonio Madera, comisionados por Palafox con el objeto del reclutamiento. Pronto alistaron, sobre el papel, a casi 10.000 hombres, de los cuales organizaron a 6.000, con los que partieron hacia Zaragoza. Entre el 11 de junio y el 3 de julio se siguieron congregando reclutas llegados desde Albalate del Arzobispo y otros puntos. En Teruel y su partido, dos militares de treinta y ocho años se ocuparon de la leva. Por una parte, el gobernador Antonio Cuadros reunió más de 300 hombres y una compañía de 100 soldados, con los que partió a Daroca y de allí a Zaragoza. A ello se añadió la labor del teniente coronel Juan Antonio Assin, noble turolense veterano de la Guerra contra la Convención y la Guerra de Portugal de 1801, que se convirtió en comandante del Segundo Tercio de Voluntarios de Teruel.[6]

En los distintos puntos de la geografía aragonesa se iban conformando distintos Tercios aragoneses. Palafox, ante la inminencia de la llegada del enemigo, dio orden de que todos estos Tercios confluyeran en Zaragoza con premura. Mientras tanto, la capital de Aragón también bullía en un ir y venir de personas, órdenes y armas. Se constituyeron dos Tercios de Fusileros Voluntarios de Aragón al mando de los hermanos Torres, cada uno con 1.000 plazas. En estas dos unidades se integraron los miñones aragoneses, a los que se sumaron los nuevos reclutas. Junto a ellas cuatro Tercios se levantaron en Zaragoza, con el nombre de Voluntarios Aragoneses. También destacó la formación del batallón Primero Ligero del Pilar, al mando de José Obispo.

A estos Tercios se añadían las improvisadas compañías de paisanos de Zaragoza, con 125 hombres cada una, a las que Palafox trató de dar constitución militar. De esa forma, se formaron ocho compañías de paisanos zaragozanos que sumaron 1.000 hombres. Estas se basaban en redes de vecindad y clientelares de la ciudad, con afinidades por

barrios, oficios o familiares. A su cabeza estaban los cabecillas populares del levantamiento del 24 de mayo, destacando los labradores y otros propietarios. Para el 5 de junio ya estaban organizadas las siguientes compañías: la de Sas con los vecinos de la parroquia de San Pablo, la de Jorge Ibor con los hombres el Arrabal, la de Cerezo, y la de extranjeros.

Un problema constante en toda esta leva fue la falta de oficiales. Se estaba conformando un ejército sin militares. No eran soldados sus miles de integrantes. Se trataba de campesinos, artesanos, estudiantes, comerciantes. Tenían un notable entusiasmo ante una guerra que se proclamaba e imaginaba, pero que todavía no había hecho aparición en escena. Las instrucciones de Palafox y su Estado Mayor eran claras: se debía recurrir a veteranos retirados de los Reales Ejércitos que se encontrasen en Aragón. Junto a ello, los militares dispersos y fugados que, en un goteo constante, iban llegando a territorio aragonés desde el resto de España, especialmente de Madrid y Barcelona, zonas ocupadas por las tropas napoleónicas. Estos conformaron los cuadros de oficiales del naciente ejército a cuya cabeza se pusieron los hermanos José y Luis de Palafox. Ejemplos individuales de esos fugados fueron José Herrera Dávila y José María Román. El primero se presentó en Zaragoza el día 2 de junio de 1808 huyendo del Madrid de Murat; mientras que el segundo, un noble de treinta y cinco años que servía en el ejército desde 1801, se fugó desde la academia de Alcalá de Henares a la capital aragonesa, donde se presentó a primeros de junio.[7]

La situación del ejército borbónico no era la mejor en mayo-junio de 1808 para enfrentarse en una guerra contra Napoleón. Desde luego, no en el noreste de España. El ejército se había reformado bajo Carlos III siguiendo modelos prusianos, resultando efectivo en sucesivas guerras, incluso bajo Carlos IV. En las tres campañas de la Guerra contra la Convención Francesa (1793-1795) dio la batalla, con victorias y derrotas, aunque ya se vieron algunas fisuras como la falta de infantería ligera, los problemas para conseguir caballos y las dificultades de un reclutamiento que compitiese con las conscripciones francesas que acabaron por duplicar en número de efectivos a las tropas españolas contras las que combatían. A pesar de que en la campaña de 1795 el ejército español se replegó hasta la línea del Ebro en Navarra, las fuerzas francesas internadas en territorio español estaban diezmadas y con graves problemas logísticos. Quién sabe si, de no haberse firmado la paz, la contraofensiva española hubiera cambiado las tornas.

En el periodo en que Godoy fue generalísimo se dieron tres circunstancias que repercutieron directamente en el ejército disponible en 1808. La primera fue la crisis en el campo español en 1804 y 1805.

Esta fue una de las causas del lamentable estado de la caballería española al comienzo de la Guerra de la Independencia. Jinetes sin caballos, y caballos no acostumbrados al combate y que, al primer tiro, se encabritaban y salían espantados. La segunda circunstancia fueron las reformas que se llevaron a cabo, con las academias militares, para mejorar aspectos técnicos y de formación. Esto redundó en que los cuerpos reales de Ingenieros y Artillería fueran la élite del ejército borbónico, capaces de medirse en igualdad de condiciones a las armas napoleónicas. Y, por último, se debe destacar que por la alianza con Francia, 33.000 de los mejores soldados españoles se encontraban en 1808 combatiendo o de guarnición fuera del territorio nacional. Mientras 18.000 se acantonaban en Portugal, tras haber acompañado a Junot en la invasión del país en noviembre de 1807, otros 15.000, al mando del marqués de la Romana peleaban en Dinamarca conjuntamente con los ejércitos napoleónicos.[8]

Así las cosas, en mayo de 1808, al levantarse contra Napoleón Aragón y otras regiones no ocupadas, la situación no auguraba buenos resultados. De los 130.000 efectivos de los reales ejércitos, una buena parte estaba en el extranjero, 30.000 eran milicias provinciales, casi un tercio de la caballería tenía falta de caballos, y la mayoría de las tropas estaban dispersas por el territorio peninsular. Unas bajo control de generales napoleónicos, en Madrid, Pamplona o Barcelona; otras vigilando las costas ante posibles ataques británicos. De hecho, fue en el Campo de Gibraltar con el general Francisco Javier Castaños y en Galicia con el general Joaquín Blake donde únicamente se pudo disponer de un verdadero ejército operativo para defender la causa de Fernando VII.[9]

En Aragón, como hemos visto, no estaba ninguna de esas tropas regulares. Sin embargo, la situación iría cambiando conforme avanzase el año de 1808. Zaragoza actúo como un auténtico imán, atrayendo a la defensa de sus endebles tapias a numerosos combatientes del resto de España. En un primer momento, Zaragoza actuó como una caja de resonancia del levantamiento, por su estratégica situación en un Valle del Ebro libre de franceses desde Logroño a Tortosa. Después, como veremos, los acontecimientos afianzaron esta atracción.

De las primeras tropas regulares que se fugaron de la zona ocupada y arribaron a Zaragoza fueron las Reales Guardias Españolas, parte del Regimiento de Caballería Dragones del Rey, el Primer Batallón de Infantería Ligera Voluntarios de Aragón y el Regimiento Extremadura, que fueron llegando desde los primeros días de junio de 1808.

Desde Madrid se fugaron 30 soldados de Reales Guardias Españolas, que llegaron a Zaragoza antes del 7 de junio. Otros se fugaron desde Barcelona. Uno de ellos era Francisco Amat. A esta tropa regular de

línea se le presuponía de cierto nivel. Vestían bicornio con pompón rojo y casaca azul con vueltas rojas. Fueron de los primeros soldados profesionales con los que se contó para la defensa de Aragón frente a los imperiales.[10]

Casi simultáneamente, también de Madrid, llegaron 100 dragones del rey, consiguiendo llegar a Zaragoza a primeros de junio, antes del día 13. Los dragones constituían una unidad de caballería que podía luchar a pie con sus carabinas. Lucían un llamativo uniforme de paño amarillo con solapas y puños rojos. Fue la única unidad de caballería con la que contaron los hermanos Palafox, que la usaron, inicialmente, a modo de escolta del Estado Mayor. El mismo día 13 de junio, consiguieron llegar a la ciudad 150 artilleros fugados de Barcelona y 260 milicianos provinciales de Logroño, Burgos y Soria.

Destacable fue la llegada de hasta 450 infantes del Primer Batallón de Voluntarios de Aragón, que entraron a Zaragoza entre el 13 y 19 de junio, al mando de los capitanes Tomás de Cires y Pedro Gasca. Esta unidad destacaría por su actuación en diversos frentes. Se trataba de tropa de infantería ligera, es decir, que podían combatir en formación abierta, por parejas alternas, como escaramuzadores. Se identificaban por la pluma verde de su bicornio, siendo su casaca de color azul y rojo. Los Voluntarios de Aragón se habían fugado de Madrid, aunque su destino, una vez libres del yugo napoleónico debiera haber sido el Ejército de Andalucía, desobedecieron poniéndose a las órdenes del capitán general de Aragón.[11]

Por último, en estos primeros momentos de junio de 1808, fueron llegando 400 soldados del Regimiento Extremadura, fugados de la Cataluña napoleónica. Con sus uniformes blancos y rojos de infantería de línea, estos hombres sufrieron penalidades para alcanzar la seguridad de la zona leal a Fernando VII. Su teniente, Francisco de Paula Exea, había escrito a Palafox nada más cruzar la frontera entre Cataluña y Aragón, desde la localidad de Fraga, exponiendo la crítica situación del regimiento, que por entonces avanzaba desde Tárrega «desamparado de todo auxilio» y con el peligro constante de caer en manos napoleónicas. Él había conseguido adelantarse, evitando al enemigo, merced a una estratagema. El comandante Domingo Larripa le había facilitado un pasaporte con pretexto de estar enfermo. El 10 de junio conseguían entrar en suelo aragonés, recalando en Bujaraloz, donde su ayuntamiento les socorría con víveres al verlos llegar «en la mayor miseria».

Finalmente, los soldados del Extremadura lograron entrar en Zaragoza entre los días 17 y 19. Entre aquellos hombres se encontraban veteranos como Juan Pedro Ramírez, un capitán de cuarenta y seis años, natural de Ceuta y que había combatido en la desastrosa expedición de Argel de 1775, el gran sitio a Gibraltar o en

el Rosellón durante la reciente Guerra contra la Convención Francesa.[12]

Ramírez no era el único veterano. Y es que, como venimos señalando, se recurrió a oficiales del ejército ya retirados que habitaban en las localidades aragonesas o que se encontraban de paso para instruir a los reclutas y ponerse a su mando. Diversos ejemplos ilustran esta cuestión. El 20 de junio de 1808, Alonso Sabina se convirtió en capitán del Primer Tercio de Daroca, a la edad de treinta años. Era natural del pueblo jienense de Orcera. De estamento noble, había sido guardia de corps —como José de Palafox— desde 1795. A su mando tuvo al sargento Bruno Julián de Manchones, de la misma edad, y que pertenecía a la unidad de Cazadores de Barbastro desde 1804, teniendo experiencia en la persecución de contrabandistas en el Campo de Gibraltar.

A sus sesenta años, Alonso Escovedo acabó de teniente coronel y comandante del Tercer Tercio de Voluntarios de Aragón, tras haber servido al rey, tanto en la reconquista de Menorca en 1782 como en las tres campañas de la Guerra contra la Convención. Tomás García de Riaño era otro anciano veterano que fue reenganchado en 1808, tras haber servido en los regimientos Aragón y Toledo, habiendo combatido en medio mundo en favor de los Borbones, desde el norte de África (Argel, 1775; Ceuta, 1790) a América (Sacramento, 1777; Puerto Rico) y la propia España en la guerra de 1793-1795, en el frente de los Pirineos centrales. García de Riaño había combatido incluso sobre los buques de la Real Armada en la última guerra contra Inglaterra. Tras treinta y siete años de servicio salió de su retiro para ser sargento mayor del Primer Batallón Ligero de Zaragoza.

Por su parte, a Antonio Anguita, teniente del Regimiento Inmemorial del Rey, le sorprendió el levantamiento en Zaragoza, adhiriéndose inmediatamente, y fue nombrado capitán del Tercio de Fusileros de Aragón, bajo órdenes de los hermanos Torres. Atilano Basurte estaba retirado, tras servir entre 1794 y 1802 en el Regimiento de Infantería de Línea de Aragón, hasta que la nueva guerra iniciada en 1808 conmovió todo.

Finalizamos con un último caso de veteranos. El asturiano Manuel de Castro tenía solo veintitrés años en 1808, pero llevaba alistado desde 1795, primero en las Reales Guardias Españolas y, después, en las milicias provinciales de Asturias, habiendo combatido en Portugal en 1801. Acabó de subteniente del Segundo Tercio de Voluntarios de Aragón el 29 de mayo de 1808.[13]

Por último, se recurrió a extranjeros y contrabandistas para completar las filas del Ejército de Aragón. Entre los extranjeros, había tanto desertores de las líneas napoleónicas, especialmente portugueses, como fugados de cuerpos de valones, suizos e irlandeses

del ejército borbónico español. El 19 de junio de 1808 José Obispo proponía por carta a Palafox que los alemanes, rusos y otros que se encontraban retenidos en la Aljafería se agregasen a la Compañía de Casamayor, la de Suizos y a la Compañía Valona Portuguesa.[14]

En lo referido a los fugados de la Justicia, se les concedió el indulto de sus crímenes si servían con las armas en la causa de Fernando VII. Así, hubo contrabandistas y desertores que se alistaron. Casi de un día para otro, los mismos que se dedicaban a perseguirlos, los hermanos Torres, se encargaron de reclutarlos e instruirlos como soldados. Ese era el caso de Pedro Plou, vecino del pueblo de Blesa (Teruel), quien noticioso del indulto a los malhechores que acudiesen al servicio militar, se presentó con su caballo, armas y hasta catorce compañeros en la villa de Lécera. Allí se unieron a los mozos alistados y, bajo autoridad del alcalde Gregorio Montañés, se dirigieron todos a Zaragoza el 15 de junio por la noche, para dar la vida «en defensa del Rey y de la patria».[15]

Con todo lo expuesto, a mediados de junio de 1808 el Ejército de Aragón, hasta hacía unos días totalmente inexistente, conseguía reunir cerca de 11.000 hombres en torno a Zaragoza, si bien a lo largo del territorio aragonés eran varios miles más, hasta 30.000 según el intendente Calvo de Rozas. Eso sí, de los congregados en la capital aragonesa, casi 10.000 de ellos no habían cogido un fusil en su vida, aunque sí escopetas de caza, ni habían formado en línea de batalla, ni aguantado el fuego de la artillería, ni visto sobre ellos una carga de caballería.

Aún aumentaron más las tropas aragonesas con los refuerzos que no pararon de llegar en todo aquel verano. Tal es así, que este Ejército de Aragón consiguió, el 13 de agosto de 1808, tener 13.275 hombres reunidos en Zaragoza, según registraba el coronel José Obispo. Ahora bien, no todos eran útiles para combatir, o no como se esperaba, puesto que solamente 8.970 estaban armados de fusiles y 407 iban ¡con picas! Entre esos *vintage* piqueros se encontraban 20 reclutas de la Compañía de Monzón, 220 del Tercio de Barbastro, 67 del Quinto Tercio de Voluntarios de Aragón y 100 hombres llamados Lanceros de la Almunia. Es decir, preparados para combatir en un campo de batalla napoleónico, solo 8.970 soldados de infantería. Este significativo dato nos ilustra los graves problemas logísticos que conllevó improvisar y levantar un ejército de la nada en apenas unas semanas.

Y considero es generoso llamar a esa reunión de hombres «ejército» y «soldados». Aunque muchos fueron adquiriendo experiencia ese verano, otros seguían desarmados o mal armados, y la tropa regular o con algo de experiencia militar previa a mayo de 1808 seguía siendo mínima. De la relación de efectivos que da José Obispo en agosto, solo

las siguientes unidades eran profesionales: el Extranjero de Suizos con 71 hombres armados, el Tercio de Jerónimo Torres con 73 armados, los Cazadores Portugueses, las dos compañías de Miqueletes de Lérida, 470 de Reales Guardias Españolas, 430 del Primer Batallón de Infantería Ligera de Voluntarios de Aragón armados y otros 966 de su Segundo Batallón. Esto es, en el Ejército de Aragón no había, en realidad, más de 2.310 soldados.[16]

El abismo logístico: un ejército sin armas

Levantar un gran ejército de la nada suponía graves problemas logísticos y enormes esfuerzos económicos. Se vio en la España sublevada de 1808, pero la Francia revolucionaria había padecido problemas similares entre 1793 y 1799 con su *levée en masse*, la defensa de sus fronteras y las campañas italianas. Una masa de hombres reunida en un punto no constituye un ejército. A los soldados había que encuadrarlos en unidades organizadas, con oficiales con nociones militares que pudieran instruirles; debían ser vestidos, uniformados y equipados; debían ser armados convenientemente para poder luchar, y debían ser alimentados y tener alicientes para mantenerse en pie.

De todo faltaba en Aragón cuando José de Palafox decretó el alistamiento general. Junto a ello, en un bando del 8 de junio mandó que se entregasen «escopetas, trabucos, espadas, o cualesquiera otras armas que puedan ser útiles para el ejército», que se presentasen «todos los que tengan caballos útiles», que se debía hacer listado de todos los carros y acémilas del reino, registro de todos los granos existentes, la confiscación de los bienes de los franceses y la entrega, por parte de fabricantes y mercaderes de los «lienzos, paños azules, blancos y pardos que tuvieren para vestir al ejército».[17] Sin embargo, de todo continuó faltando durante mucho tiempo.

Respecto a la organización, hemos visto en las páginas precedentes cómo se fue desarrollando, buscando a veteranos que se pusieran al frente e instruyeran a los reclutas, aunque fueron claramente insuficientes y hubo de recurrirse a paisanos para puestos de mando.

El vestuario resultó un problema imposible de resolver completamente. No era posible confeccionar miles de uniformes con rapidez y en un contexto de pocos medios, guerra abierta e incomunicación con amplias zonas del país que se encontraban ocupadas por el enemigo. Y un uniforme militar no era una mera cuestión de moda, tenía sus implicaciones. En primer lugar, identificaba al portador frente al enemigo. Los oficiales y tropa napoleónicos consideraban *brigands*, es decir, bandidos a los rebeldes españoles. Eso suponía no reconocerles legitimidad como combatientes, como soldados, sino como meros delincuentes y

traidores contra los que no había ninguna regla de la guerra. Por tanto, se les podía castigar y fusilar como tales. En segundo lugar, un uniforme cohesionaba y daba moral a la tropa, posibilitando identificación interna y lazos de camaradería, de solidaridad horizontal, condiciones muy importantes para mantener la disciplina de combate. Muchos hombres nunca habían vestido tan bien hasta tener un uniforme proporcionado por el ejército. Además, ya no era solamente el problema de la uniformidad, sino que muchos de aquellos reclutas de 1808 llegaron «desnudos». Esto es, eran pobres y se presentaban solamente con camisa, calzón y, en no pocas ocasiones, descalzos. Otros, más afortunados, se presentaban con sus vestimentas habituales: tocados con sombrero de ala ancha o chistera, chaleco y chaqueta, faja, calzones, medias y zapatos o alpargatas.

Ya que era material y temporalmente imposible uniformar a los miles de nuevos pretendidos soldados, se optó por la militarización de las ropas civiles y por conseguir ciertas prendas prácticas. El vestuario básico con el que a lo largo del año de 1808 se pudo equipar al Ejército de Aragón consistía en sombrero —generalmente chisteras— donde colocar la escarapela roja —el distintivo militar español y símbolo de la rebelión fernandina—, poncho o manta con que abrigarse, y las tradicionales alpargatas de esparto para evitar que fueran descalzos. En realidad, lo único de lo que nunca careció la tropa aragonesa fue de escarapelas rojas. José Obispo avisaba entre el 4 y 10 de junio a los hermanos Palafox de que de los 50 hombres de su compañía «la mayor parte están solo con la camisa» y como era «indispensable vestir a los soldados que siguen en mangas de camisa».[18] El 10 de julio, Mariano Marco y Abad, capellán de las Reales Guardias Españolas, unidad regular, se quejaba de que a esos soldados «les falta lo preciso para calzar y vestir».

A ello se sumaba que ante el vertiginoso desarrollo de los avatares bélicos, nadie tuvo tiempo de pensar en unos uniformes para tantas nuevas unidades levantadas. Ni siquiera los oficiales sabían cómo debían vestir. Y ello también resultaba importante porque mostraba su rango, su poder y su mando. Además, como solían ser personas con más recursos, se costeaban ellos mismos la confección de los uniformes. Varios meses después de iniciarse el levantamiento, varios oficiales se quejaban de no poder hacerse los uniformes por ni siquiera saber «cuáles eran las divisas señaladas a sus cuerpos» y el coronel José Obispo manifestaba a Palafox «lo poco militar que es hallarse vestidos de paisanos». Otros, sin ni siquiera ser nombrados como tales, pero siendo veteranos retirados, vistieron por su cuenta sus antiguos uniformes y se aprestaron a combatir. Ese fue el caso de Thomas Campos, hacendado zaragozano, quien tras servir en los ejércitos de Carlos III y Carlos IV, se retiró en 1798, pero en 1808 vistió de nuevo

su viejo uniforme del Regimiento de África para defender su ciudad bien vestido.[19]

Más mal que bien, el Ejército de Aragón fue consiguiendo vestirse, pero eso seguía sin convertirlo en un ejército, aunque ayudaba. Los amotinados del 24 de mayo de 1808 en Zaragoza habían accedido a miles de fusiles custodiados en el Castillo de la Aljafería, pero solo 5.000 habían sido repartidos a «vecinos honrados», es decir, a quienes su lealtad a la causa de Fernando VII estaba asegurada y se encuadraban en las redes encabezadas por los líderes naturales. Con todas esas armas, *a priori* suficientes, no solo se hubo de atender a las necesidades del ejército bajo mando de Palafox, sino que este respondió a la petición de ayuda de otras localidades aragonesas y más allá, como la navarra Tudela, a donde envió 1.000 fusiles, o la catalana Lérida. También desde Valencia el conde de Cervellón y el de la Conquista, a la cabeza de la Junta valenciana, pedía auxilio a Palafox, escribiéndole el 9 de junio que se hallaban «desarmados por falta de fusiles».

En la práctica, pues, no bastaba con la armería de la Aljafería. Por ello se mandó a las autoridades locales que requisasen todo tipo de arma susceptible de ser usada para la defensa. Escopetas de caza, carabinas, pistolas, trabucos, toda arma de fuego de la que se pudiera disponer era imprescindible. A ello se sumaron espadas y sables para equipar a oficiales y unidades de caballería. Seguía siendo insuficiente.

Tanto es así que se recurrió a lanzas o picas. No solo se requisaron las existentes, sino que se fabricaron nuevas. Y con ellas se equipó a compañías enteras, y a parte de ellas a paisanos que auxiliaban en la defensa. Estas armas de asta, que habían predominado en los campos de batalla del siglo XVI, no fueron una excentricidad ni algo puntual, si bien no fueron el arma mayoritaria. Ya en la Francia revolucionaria de 1793 se había recurrido a equipar a nuevas unidades de leva con picas.[20] En el Aragón de 1808, tanto las fuentes documentales como las iconográficas nos dan testimonio del uso de lanzas y picas en esta guerra. Gálvez y Brambila las reflejaron en sus grabados, en la relación de tropas que da José Obispo en agosto se mencionan 407 hombres armados así, José Larraga cuenta cómo en Calatayud se fabricaron picas a primeros de junio, los paisanos zaragozanos se armaron con lanzas por su cuenta el 14 de junio, Ignacio Ordoñez enviaba 10 fusiles y tres lanzas a Zaragoza desde el Burgo de Ebro el 10 de julio, Domingo Larripa hablaba el 18 de julio de que parte de los hombres del tercio mandado por Jerónimo Torres combatían con lanzas, lo mismo que los de José Obispo en Puerta Quemada el día 19, y un informe francés ya de 1809 hace mención a que había zaragozanos armados con picas.[21]

Con todo, seguía apremiando conseguir armas de fuego, y si era posible que no fueran escopetas de caza de dudosa efectividad en combate y en las que era complicado encajar una bayoneta para el combate cuerpo a cuerpo y defensa frente a la caballería. Se precisaban fusiles. Las quejas se sucedían por parte de los oficiales en todos los lugares de Aragón, y no cesarían en todo el año: faltaban armas, fusiles, piedras de chispa, bayonetas, cartuchos, pólvora, cananas o cartucheras. No se habían disparado aún los primeros tiros de la guerra en Aragón cuando, el 5 de junio, desde La Almunia, el comandante Andrés Boggiero pedía urgentemente 300 fusiles y cartuchos para su compañía.

Hay que insistir en que no bastaba tener un arma, tenía que estar en buen estado, ser útil. Los partes y correspondencia de numerosos oficiales reseñaban siempre una proporción de «armas inútiles». Y es que tener un fusil no era suficiente para ir a la guerra. Un soldado o un paisano podían tener uno y no servir más que un simple palo. Se necesitaba, obviamente, munición —pólvora, bala y papel— pero también un lugar donde llevarla cómodamente, para poder disparar con seguridad y rapidez: una canana o cartuchera, de cuero. Asimismo, era indispensable tener piedras de sílex —varias, ya que una no solía durar más de 20 tiros— que activasen el mecanismo de disparo haciendo chispa y prendiendo la munición. Y, cómo no, bayonetas para el combate cuerpo a cuerpo y, sobre todo, para enfrentarse a la temida caballería. Sin estos elementos, un combatiente podía estar perdido, abandonado a la muerte o a caer prisionero. Muchos españoles se vieron en el verano y otoño de 1808 llevados a la batalla faltos de alguno de estos elementos indispensables, con los terribles resultados que podía suponer y, de hecho, supuso.

Los artesanos armeros de Zaragoza y otros puntos se aprestaron a arreglar numerosos fusiles, se buscaron medios de equipar con cananas y bayonetas a los combatientes… Así, el 4 de junio, Ignacio López, oficial de artillería, quedaba encargado en el Castillo de la Aljafería de organizar el suministro y recomposición de estas armas. Bajo su autoridad, el capitán Joaquín Ignacio Escala y otros artilleros, además de 350 obreros a cargo del maestro armero de artillería Felipe Bosque trabajaron «día y noche» para recomponer tanto armas de fuego como blancas, las cuales se distribuían después entre los combatientes.[22]

Se puso especial atención en conservar y controlar dos puntos clave en Aragón: Villafeliche y Muel. La primera localidad, cercana a Calatayud, tenía 180 molinos polvoreros y fábricas de pólvora cuyo origen se remontaba al siglo XVI, mientras que en Muel y su entorno, al sur de Zaragoza, se fabricaban las piedras de sílex indispensables para

activar el disparo de los fusiles.

En los pueblos de Muel, Mozota, La Muela y Botorrita, en el Valle del Huerva, se ubicaban varios talleres de piedras de fusil. En esta zona había minas a cielo abierto de sílex de gran calidad, lo que convirtió a estas localidades en un conjunto industrial, centro de producción de esas específicas piezas del armamento que suministraban a lo largo del Valle del Ebro desde el siglo XVIII. Y es que, junto a la zona de Granada, estos municipios del Valle del Huerva eran los principales suministradores de piedras de fusil en España. Al mes podían llegar a producir hasta 100.000 piedras. Cada piedra podía usarse entre 20 y 30 disparos como mucho. Si tenemos en cuenta los 25.000 fusiles que desde el 24 de mayo se fueron distribuyendo entre el Ejército de Aragón reunido en Zaragoza y otros puntos, saldría a cuatro piedras por arma, en el caso de que, sin tener *stock*, esos talleres pudieran fabricar esa cantidad entre el 24 de mayo y el 24 de junio. Con cuatro piedras cada combatiente con fusil podría efectuar entre 80 y 120 disparos.[23]

Si las tropas napoleónicas querían acceder a estas zonas estratégicas, debían tomar la villa de Alagón y la ciudad de Calatayud. Por eso, el barón de Warsage y sus tropas quedaron encargadas de la custodia de esta zona. El suministro de pólvora debía ser constante, al igual que el de piedras de fusil. Por lo delicado de ambos productos, enseguida se podían echar a perder con un mal almacenamiento o transporte. Además, tropas inexpertas podían disparar mucho, de forma poco racional militarmente hablando, desperdiciando pólvora y balas y desgastando piedras. Hay que calcular también la enorme cantidad de cartuchos que necesitaría un ejército de 10.000 hombres como el que se estaba reuniendo en Zaragoza en junio de 1808. En cada canana o cartuchera ventral se podían llevar, en caso de tenerla, de diez a doce cartuchos. Por tanto, se necesitaban un mínimo de 100.000 a 120.000 cartuchos con bala y ocho gramos de pólvora para que ese ejército estuviese mínimamente preparado para presentar una batalla. Y eso sin contar la cantidad necesaria para abastecer a la artillería, 80 piezas que se sacaron de la Aljafería y que consumían de media 500 gramos de pólvora a cada disparo. Si sumamos todas estas estimaciones nos salen un mínimo de 12.000 kilos de pólvora necesarios para que cada combatiente y cada pieza artillera efectuase tan solo 10 disparos, lo cual no pasa de equivaler a una única y breve batalla.

En junio de 1808, el barón de Warsage destacó seis compañías para custodiar Villafeliche, mientras en Calatayud reunía más hombres. El capitán Ángel Bayón era quien se encontraba al mando en Villafeliche, encargado de las fábricas y almacenes de pólvora. Tenía orden expresa de Palafox, del 7 de junio, de facilitar a Warsage «cuanto le pida sin

retardo alguno». Al mismo tiempo, Miguel Oliveras escribía al alcalde mayor de Villafeliche para que le remitiera con urgencia 24 arrobas de pólvora y otras tantas de plomo para hacer balas, pues en toda Daroca no había ni un cartucho.[24]

En Zaragoza la necesidad de pólvora también se hacía apremiante. El 29 de junio se enviaron, desde Villafeliche, 500 arrobas de pólvora por un teniente, dos sargentos, cuatro cabos y 54 soldados. Y no quedó ahí la ayuda. Varios fabricantes de pólvora abandonaron sus casas y se trasladaron a Zaragoza con el objeto de habilitar espacios de elaboración de pólvora *in situ*. Fueron más de 20 y, entre ellos, destacaron Ramón Esteban y Galindo, Narciso Esteban de Moros, Joaquín Lapuerta y Bernardo Baser.[25] Una vez llegaba la pólvora a Zaragoza esta se almacenó, principalmente, en el Real Seminario de San Carlos. Este era un edificio de enormes dimensiones, de ladrillo, erigido por los jesuitas en los siglos XVI y XVII y situado en el Coso bajo. A pesar de su solidez y su amplitud, aquella decisión implicaba riesgos. Concentraba grandes cantidades de un material muy delicado en un mismo punto, en el corazón de la ciudad. Podía resultar explosivo, literalmente.

Junto a las necesidades puramente armamentísticas, los combatientes españoles tenían, lógicamente, la necesidad de comer. Un ejército marcha sobre sus estómagos. Ángel Morell de Solanilla, miembro del Ayuntamiento de Zaragoza, se ocupaba a 10 de junio de tal vital menester junto al alguacil mayor. Para ello visitó los hornos de la ciudad y ordenó extraer de ellos cuanto pan encontró, llevarlo a las plazas donde se acostumbraba a vender y, allí, distribuirlo entre las tropas y el pueblo. Tras ello, ordenó que los hornos trabajasen sin descanso, amasando pan en abundancia, incluso amenazando con castigos si no se cumplía su mandato. Congregó a personas no alistadas en los Tercios y compañías, especialmente mujeres, para tal labor en los hornos de pan. Además, comunicó a los conventos, especialmente al de Santo Domingo, que remitieran sus existencias de pan cocido, el cual se distribuyó entre los soldados.[26]

Con esta acción, el abasto de pan quedó bajo dirección municipal directa y sometido al estado de guerra y sus necesidades. Se solventaba un primer obstáculo. Los Tercios, compañías de paisanos y soldados movilizados podían partir avituallados de Zaragoza hacia la batalla contra las tropas napoleónicas. Tenían su ración. Pero la ciudad quedaba mermada de víveres y la guerra no había hecho más que empezar. El 11 de junio el gobernador de Calatayud pidió garbanzos, judías, arroz, habas, lentejas y guisantes a los pueblos de los alrededores, para la manutención de las tropas.[27] La alimentación de los combatientes en la época podía ser de pan, arroz, alubias, bacalao, sardinas, higos en el mejor de los casos. Muy importante era

el suministro de vino y aguardiente, pues no solo constituían un alimento, sino que ayudaban al combate. Sin embargo, el alimento estrella de un soldado en campaña, en tiempos de guerra, era la llamada galleta, esto es, un pan ácimo que se podía conservar bastante tiempo.[28]

Para transportar los víveres, para el suministro de pólvora, para mover los cargamentos de armas y trasladar y colocar piezas de artillería se precisaba de algo más que fuerza humana. Se necesitaban carros y caballerías. Por tanto, se recurrió a requisas de caballos, mulas, burros, carros y carretas. Ello suponía inconvenientes para los propietarios, que se veían privados de medios para su trabajo en el campo, el comercio o la artesanía. Las quejas no tardaron en llegar. El 8 de junio de 1808, los labradores zaragozanos solicitaban que los embargos se realizasen a todos por igual y que estos fuesen limitados en el tiempo, y solo cuando la tropa fuera a partir.[29]

Finalmente, hubo carros tanto para llevar municiones como víveres y animales para tirar de cañones. Los servicios que prestaron algunos carreteros fueron esenciales. Así sucedió con el zaragozano Francisco Berdejo, su criado, su carro y sus mulas, que arrastraron un obús y abastecieron de pólvora; con el catalán Francisco Riera, que con su carro y caballerías aprovisionó de víveres a los combatientes; con Ramón Arcos y Felipe Sanclemente, que el 14 de junio se encargaron de organizar un convoy con carnes, pan y vino para los Tercios que se aprestaban a salir a la batalla; o Francisco González, que consiguió sacar un carro desde Pamplona a Zaragoza, cargado de paños, chaquetas y cananas para uniformar al Ejército de Aragón.[30]

Y, finalmente, había que pagar la guerra. Todo esto suponía un gran esfuerzo económico. En mayo de 1808 las arcas de la Hacienda en Aragón tenían 26.347.000 reales, provenientes de la contribución única de Aragón, rentas de tabaco y estanco, salinas por encabezamiento a los pueblos, rentas generales o de aduanas, novenas y escusados, papel sellado y el 7 por ciento de bienes propios. Descontados los gastos, el resultado financiero era deficitario. El mantenimiento mensual del Ejército de Aragón que se estaba levantando ya iba a suponer un coste de 2.603.000 reales. Por ejemplo, solo el Batallón de Voluntarios de Aragón se llevaba 64.000 reales y el abastecimiento de pan para la tropa y pienso para los caballos, 650.000.[31]

Se necesitaba dinero. Para ello recurrieron a contribuciones extraordinarias, confiscaciones y donativos. Los primeros fondos con los que contó José de Palafox fueron una entrega de 100.000 reales que le hizo el Ayuntamiento de Zaragoza el 26 de mayo. El 1 de junio, Josef Biga, vecino de Zaragoza, donó 3.000 reales y 500 mensualmente por «el amor a este Reyno».[32] En Calatayud, José

Larraga consiguió recaudar 24.000 reales que envió a Palafox y, en Huesca, Felipe Perena recogió numerosos donativos, tomando las rentas de Excusado y Novena, fondos del Cabildo y de la Universidad Literaria. Aun así, Perena lamentaba que «todo esto no será suficiente para llenar los 402.087 reales a que asciende el haber mensual de las tropas levantadas» en Huesca.[33]

En otros puntos de la España leal a Fernando VII recurrieron a similares medios de financiación de la guerra, pero además obtuvieron ayuda del Reino Unido. El vuelco de la situación geopolítica ocurrido en mayo de 1808 fue total, convirtiendo a los británicos, con los que se estaba en guerra hasta ese momento, en aliados. La Junta de Asturias envió diplomáticos a Londres y pronto los nuevos aliados comenzaron envíos de dinero y material bélico al inesperado frente europeo contra el Imperio napoleónico. En el año de 1808, el gobierno británico envió 2.316.340 libras en ayuda del levantamiento español. Junto a ello, el 2 de julio arribaron al puerto de Gijón un millón de cartuchos y otro de piedras de fusil, 24 piezas de artillería y 1.200 espadas, vestuarios etc. Y ese mismo verano un ejército expedicionario al mando de Arthur Wellesley desembarcó en Portugal. Sin embargo, apenas nada llegó a un Aragón rodeado de tropas imperiales. Solo en el otoño de 1808 llegarían a Zaragoza dos cajas de fusiles británicos que mandaron Charles Doyle y Charles Richard Vaughan.[34]

A pesar de todos los problemas señalados, se constituyó un Ejército de Aragón, capaz de presentarse en el campo de batalla. Y más allá de las proclamas de Palafox, fue posible gracias al esfuerzo que desarrolló el intendente Lorenzo Calvo de Rozas. Este vizcaíno de treinta y cinco años era un comerciante y banquero de próspera fortuna bajo el reinado de Carlos IV. Había sido director de la Sociedad de Comerciantes en 1804 y tenía negocios en Madrid, Málaga, Cádiz, Lisboa, La Mancha, Alicante… Su fortuna ascendía a cuatro millones y medio de reales. 1808 le pilló en Madrid, de donde consiguió salir el 25 de mayo, dirigiéndose a Zaragoza, pues ahí estaba su familia. Llegó el día 28 y fue nombrando intendente del Reino de Aragón. Además, ocupó cargos de corregidor de la ciudad, secretario de las Cortes del 9 de junio, vocal de la Junta de Defensa y jefe de los alcaldes de barrio.[35]

Su actuación en la organización logística del ejército aragonés y en los preparativos de defensa de la ciudad de Zaragoza fue acertada, a pesar de las dificultades, aunque su carácter un tanto presuntuoso levantó animadversiones. Calvo de Rozas acabó de representante de Aragón en la Junta Central. Desde allí ayudó al esfuerzo bélico, enviando infinidad de vestuarios y algunas monturas procedentes de donativos, otra porción de armas de Toledo, 400.000 reales en metálico que donó el general inglés Doyle y 20.000 reales de su

bolsillo para equipar a la caballería y al Regimiento Extremadura.[36]

Aun con todas las graves carencias, la empresa titánica llevada a cabo esos frenéticos primeros días de junio de 1808 dio resultados. Unos 10.000 combatientes reunidos en Zaragoza y casi el doble en el resto de Aragón. En Galicia y Castilla, simultáneamente, se sucedían escenas similares. Un gran número de paisanos alistados, sin vestuario, sin instrucción alguna y sin tiempo para prepararse, lanzados a una marcha a la batalla, padeciendo «muchísima hambre y sed, en términos de pasarse días enteros sin comer ni probar vino».[37]

Por qué luchar

Y sin embargo, a pesar de todos estos problemas, aquellos miles de hombres que se alistaron en mayo y junio de 1808 estaban prestos a combatir. Cabe preguntarse las motivaciones para ello, ya que arriesgar la vida en una guerra no es asunto baladí. Los nuevos estudios de la historia militar ya han desechado la idea de que los soldados fueran meros autómatas que iban siempre coaccionados a la guerra sujetos por el absolutismo regio.[38]

Cabe preguntarse entonces por qué combatían soldados y paisanos militarizados en la España sublevada en 1808. En el Ejército de Aragón fueron más de 10.000 los que tomaron las armas, pero lo mismo sucedía en el resto de la España no ocupada. En el Ejército de Andalucía, los generales Castaños y Reding reunieron casi 40.000 soldados, las juntas de Valencia y Murcia reclutaron unos 35.000, en Cataluña desembarcó el general Vives desde Mallorca, logrando la reunión de 3.000 soldados a los que se sumaron los somatenes, las juntas de Asturias y Santander reclutaron 10.000 hombres, y en Extremadura se reunían las tropas destinadas en Portugal mientras la unión del Ejército de Galicia al mando de Blake y el de Castilla bajo órdenes de Cuesta sumaban 35.000 hombres entre leva y soldados. En total, más de 135.000 combatientes contra Napoleón al comenzar el verano de 1808. En aquel ejército 305 regimientos y batallones eran de nueva creación por las distintas juntas y generales.[39]

Para saber las razones que motivaron la movilización de tanta gente podemos recurrir a las proclamas de las autoridades del momento, a las narraciones posteriores, a la comprensión del contexto de politización popular y a las razones que expusieron sus protagonistas. Fueron múltiples los factores que llevaron a un jornalero, un labrador, un artesano, un comerciante o un soldado a tomar las armas y exponer su vida en la guerra. Confluían ideología política y religiosa, experiencias cotidianas y recientes, rumores y noticias, intereses materiales y contextos familiares y locales.

En primer lugar, la triada Dios, Patria y Rey. Y esto tiene mucho que ver con lo que se ha tratado en el primer capítulo. Desde por lo

menos 1807, se venía gestando un descontento general contra Godoy y sus políticas, lo que conllevó una intensa movilización y politización en diversos sectores. El Motín de Aranjuez y sus ecos no habían sido un mero sainete cortesano y las élites se habían visto desbordadas tras el motín del 2 de Mayo. El odio a Godoy se trasladó a Napoleón, visto como el gran traidor y mentiroso que había engañado al rey. Y no a cualquier rey, sino a uno amado y deseado, ese Fernando VII victimizado, depositario de las esperanzas de felicidad del pueblo. Ese rey que ellos habían colocado en su trono mediante la rebelión y la aclamación popular. Y en Aragón, junto a su rey, también tenían a su general, un José de Palafox al que, recordemos, habían impuesto en el cargo el campesinado y el artesanado zaragozanos. Un folleto que circuló por Teruel en junio de 1808 calificaba a los franceses de «bandidos» y a Napoleón de enemigo «pérfido» porque había «violado las leyes más santas de la hospitalidad, nos roba a un Rey adorado, nos quiere sujetar por la fuerza», clamando porque «todos somos miembros de una gran familia: todos peleamos por nuestro Rey Fernando, por nuestra religión, leyes y honor».[40]

Es importante señalar además que el discurso contrarrevolucionario basado en Dios, Patria y Rey ya se habían ensayado durante la Guerra contra la Convención Francesa en 1793-1795 y que había calado, y no por ignorancia de las clases populares. Todo lo impía y peligrosa que era la República Francesa en 1793 lo eran Napoleón y sus soldados en 1808, que no respetaban a la religión, ni a sus ministros, ni a sus templos. La guerra se veía como una cruzada para salvar a la cristiandad de las llamas de la Revolución y al Papa de las garras del corso.

Para elevar la moral de las nuevas tropas con base en sus creencias religiosas, José de Palafox mandó bordar una nueva bandera para el Primer Tercio de Voluntarios Aragoneses. Esta tenía en su centro una imagen de la Virgen del Pilar, la cual se convirtió en icono de los combatientes zaragozanos. Ya el 17 de mayo el vecindario había tenido por milagro de la Virgen la aparición de una palma blanca en la santa capilla de la Basílica del Pilar. Pero más allá de lo que hiciera el capitán general, tanto en Zaragoza como en otros lugares bajo su influencia, muchos combatientes tenían claros sus motivos para luchar.

Desde Albalate del Arzobispo (Teruel), el teniente de la Décima Compañía del Primer Tercio de Zaragoza, Esteban Asta, manifestaba que 70 mozos del pueblo se habían alistado por defender la «religión del rey y de la patria». Antonio Bailo, cura de Palo (Huesca), tomó las armas «sin paga alguna y solo por amor a la religión, rey y patria». Otro párroco, el de la Muela (localidad al sur de Zaragoza), Blas Castellanas, arengó a sus parroquianos instándoles a tomar las armas

«en defensa de la religión y de la monarquía». En defensa de la religión, del rey y de la patria también se alistaron el jornalero Pedro Rubio, Mariano Lafuente, Marcelino Sánchez y Josef Cortés, sargento de la 4.ª Compañía de Mariano Cerezo, todos vecinos de Zaragoza. Lo mismo Matheo Sanz, vecino de Pina (al este de Zaragoza) y José de Acha, de La Almunia, quien se alistó en la compañía de lanceros formada en dicha localidad, sin ser «gravoso al Erario, ni en prest, ni vestido, ni armas, ni caballo: todo lo cual ofreció con el mayor desinterés y patriotismo cuando nos armamos contra los opresores de nuestra patria». En las fuerzas de caballería también combatió el brigadier Emeterio Celedonio de Barredo, «lleno de patriotismo y deseando sacrificarse por el rey y la patria».[41]

Más allá de los límites de Aragón, pero en relación directa con la efervescencia bélica y patriótica de Zaragoza, se sucedían similares adhesiones a este discurso y motivaciones para la guerra. Desde Igualada escribían a José de Palafox a primeros de junio que «las vigorosas proclamas que V. E. ha tenido a bien dirigir a los buenos españoles, han inflamado de tal manera los habitantes de esta Villa y su Comarca, que armándose todos para la defensa de la patria y de la religión, y para vengar los atentados cometidos contra la Real Familia Borbónica». En Benicarló (Castellón), Tomás White, capitán del Regimiento Irlanda, formaba un batallón con los jóvenes del lugar con los que iría en ayuda de Zaragoza, todos armados «en defensa de su querida patria y soberano».[42]

El rey y la religión estaban indisolublemente unidos al concepto de patria y de nación. Estos se llenaban de distintas identidades en la época, se confundían y confundieron. Pero había una identificación de buenos vasallos católicos de un rey que garantizaría políticas paternalistas en el abasto, mantenimiento de la religión y su entramado social, y un territorio libre de enemigos que saqueaban todo. No se enunciaba todavía como tal la nación española liberal como sujeto de soberanía, no hacía falta en 1808. La patria era España, pero lo eran también su cabeza real, lo era el pueblo que lo defendía, lo eran los cuerpos sociales organizados en estamentos, gremios y cofradías, lo era cada una de sus partes territoriales, ya fuera el Reino de Aragón o el Principado de Asturias, la parroquia de San Pablo de Zaragoza o el corregimiento de Barbastro. Todos estos niveles se combinaban identitariamente en 1808.

En segundo lugar, las noticias y rumores que circulaban sin cesar. El aluvión informativo de 1808 fue enorme. Ya no es que en la España no ocupada por los franceses hubiera una explosión de la prensa libre como nunca se había visto, es que se multiplicaron las publicaciones de folletos, los pasquines, las proclamas que llamaban a combatir contra Napoleón en nombre de Dios, la Patria y el Rey… Y todo ello se

leía públicamente en voz alta. La llegada del correo era esperada con impaciencia, expectación y desconfianza. A la vez, el rumor, de boca a oreja, corría tanto como la pólvora escaseaba. Podían ser noticias fiables o falsas, pero tenidas por verdaderas porque resultaban creíbles y encajaban en el contexto mental del momento. El rumor extendido de que el perverso plan de Napoleón era esclavizar a todos los jóvenes españoles para llevarlos a luchar al norte y este de Europa era falso en gran medida, pero tenía sentido. 15.000 soldados españoles estaban en Dinamarca al igual que hombres de otras naciones, y las guerras contra Rusia y Prusia en 1806-1807 habían exigido que Francia aumentase sus conscripciones entre su juventud. Era factible pensar que si un Bonaparte ocupaba el trono arrancase a los brazos jóvenes de los campos españoles. Paradójicamente, para oponerse a esto, muchos se aprestaron a alistarse en masa.[43]

En tercer lugar, cuestiones materiales. Por un lado estaba la defensa de lo propio, en caso de tenerlo, de casas, campos, animales, de los pueblos y todo lo que lo conformaba. Pero más concretamente, alistarse suponía cobrar un sueldo o prest de cuatro reales diarios de media. Al menos sobre el papel, en teoría. En la práctica, las penurias económicas hicieron que las soldadas se retrasasen, las sufragasen los propios oficiales de las unidades o que directamente nunca se cobrasen. También se suponía que ingresar en el ejército conllevaba prestigio social, posibilidad de ascenso y una calidad de vida decente, con alimentación regular y vestuario. Y en caso de prolongarse y sobrevivir, un retiro cómodo con una pensión o empleo. Así había sido en los ejércitos reales del siglo XVIII. Para algunos hombres resultaba atractivo enrolarse. Claro, el problema fue que 1808 fue algo distinto a lo anterior. Una guerra improvisada, un ejército carente de medios y unos combatientes que pasarían penalidades. Y sin embargo, muchos siguieron combatiendo por otros factores, al estilo tradicional o, a partir de 1809, por otros medios irregulares y novedosos: la famosa guerrilla.

En cuarto lugar, podemos señalar el contexto local y las redes familiares. En mayo y junio de 1808 hubo presión social para que los jóvenes se alistasen en defensa de su localidad y familias. Se pretendía evitar el saqueo y esclavitud a la que creían, no sin parte de razón, que les iba a someter Napoleón. Además, hubo casos de varios hermanos alistados en una misma unidad o hijos de soldados que se alistaban siguiendo una tradición militar familiar. Ese fue el caso de Manuel Estevan, un labrador de Valdealgorfa (Teruel), quien se alistó en 1808 «en defensa de su querida patria y soberano» junto a sus hijos, Mariano y Manuel. Todos acabaron agregados al Regimiento Extremadura. Similar fue lo que hizo José Ruara, de Barbastro (Huesca), quien se alistó con sus dos hermanos en los Tercios

levantados en el corregimiento. También se alistaron a la vez los hermanos Joaquín y León de la Sierra. Juan Lacasa tomó las armas en 1808 porque su hermano ya llevaba ocho años en el Regimiento de Voluntarios de Aragón.[44]

Más allá de estos lazos familiares o afinidades dentro de las comunidades locales que llevaron a muchos jóvenes al alistamiento masivo en el verano de 1808, en un alarde de compañerismo patriótico, otros se vieron obligados o coaccionados por esto mismo. Un ejemplo de esta presión social se vivió en Mora de Rubielos (Teruel). El 9 de junio el alcalde Manuel Yzquierdo hizo pregonar el bando que ordenaba el alistamiento de todos los hombres de dieciséis a cuarenta años, debiendo reunirse todos junto al ayuntamiento y formar una compañía para partir de inmediato a Teruel. Se presentó un joven soltero, el herrero Francisco Escriche, pero, a pesar de que el pueblo estaba animado «del más ardiente celo patriótico», él manifestó que no se iba a alistar. No, al menos, hasta que se diese licencia a su hermano, evitando que este fuera a la guerra. Inmediatamente se formó un gran alboroto en la plaza llena de gente que desaprobó la actitud de Escriche quien, de seguido, se dio a la fuga hacia la balsa del molino. Roque Sebastián, fabricante de ropa, Antonio Barrachina y otros vecinos salieron en su persecución. Lo encontraron escondido dentro de una yedra, lo prendieron tras un forcejeo y lo llevaron de vuelta a la plaza, donde una multitud quiso lincharle. No se libró Escriche de alguna pedrada de sus vecinos, aunque salvó la vida al ser recluido en la cárcel. Un sacerdote intentó calmar los ánimos del vecindario que, sin embargo, no paró de gritar que había que matarle. Finalmente, este insumiso al alistamiento fue condenado a diez años de prisión en el Castillo de la Aljafería y trabajos forzados o al mismo tiempo de servicio de las armas en un regimiento veterano. Ese fue el precio que hubo de pagar Francisco Escriche por negarse a ir a la guerra. Y aun fue afortunado, pues sus convecinos querían «quitarle el cuello».[45]

Y por último, la ilusión o creencia de que iba a ser una guerra corta, rápida, fácilmente victoriosa porque su causa era la justa. Muchos se convencieron de que iba a ser cosa de una campaña de verano en la que expulsarían a las tropas de Napoleón de España e incluso invadirían Francia. En casa para la cosecha o la vendimia, debieron de pensar. Algunas victorias de aquel verano alimentaron esa vana ilusión, ese espejismo que pronto se tornó en pesadilla, en los desastres de una guerra de seis largos años.

Aunque claro, no todo fue un idilio romántico. Antes de enfrentarse a los franceses ya surgieron los problemas. Bien derivados de la oposición al alistamiento, como ya se ha mencionado en el caso de Mora de Rubielos, bien de concentrar masivamente a tantos hombres

jóvenes, sin medios ni control efectivo por unas autoridades verdaderamente sobrepasadas por las circunstancias.

Resistencias e indisciplina

Las resistencias al reclutamiento podían ser explícitas, como fue el caso de Francisco Escriche, o implícitas. De las primeras hubo pocos casos en el levantamiento de 1808, aunque las tornas cambiaron posteriormente con el curso de la guerra. Junto al incidente de Mora de Rubielos, se puede destacar lo sucedido en Mallén, localidad ribereña del Ebro. Allí quienes manifestaron reticencias a las órdenes de Palafox, a acatar su autoridad y cursar el alistamiento, fueron parte de las élites locales, quienes parecían más favorables a aceptar las abdicaciones de Bayona y reconocer al nuevo rey Bonaparte. Así lo denunciaba Miguel Sola, quien el 3 de junio de 1808 señalaba a Alfonso Barrachina, Vicente y Carlos Corts, Francisco Mariano Dezo, Ramón de Navas y Tomás Lamata por tener «en público varias conversaciones desacreditando a nuestro Rey Fernando y elogiando el código de Napoleón». En Tarazona sucedió algo parecido cuando el vecindario atacó y encarceló a Gaudioso Antonio Gil, tenido por afrancesado.[46]

En cuanto a las resistencias implícitas al alistamiento y la guerra, la más común se manifestó de una forma legalista, solicitando a las autoridades diversos tipos de licencias, es decir, de excepciones o permisos. Abundaron los hijos de viuda que pedían librarse del servicio militar aduciendo la necesidad de sus jornales y trabajo para el mantenimiento de sus madres. Otros pidieron licencias para ir a trabajar los campos para la cosecha y evitar así la quiebra de las economías familiares. Al calor de estas peticiones y dado el caos que predominó en la convulsa situación, hubo quien recurrió a la falsificación de documentos, que supuso un negocio ilegal pero lucrativo para quien lo ejerció. Tal fue el caso del capitán Juan Antonio Carreras y Josefa Buil, natural de Barbastro, pero vecina de Zaragoza.[47]

La indisciplina y los «excesos» fueron otros problemas derivados de la leva en masa, tal y como se manifestó en Aragón, de norte a sur. En Huesca, Perena recibió «infinitas solicitudes para libertarse del servicio hijos de viuda, otros de casa estante, y algunos que siendo comprendidos dos o tres hermanos los padres desean se les libere alguno para seguir las operaciones de sus casas», pero todas las negó, solo desechando a los hombres cuyos «defectos personales les hacía inútiles para el servicio» y a los «endebles y afeminados». Perena se quejaba además de que todos los reclutas eran bisoños, faltos de la más mínima instrucción y de los oficiales necesarios para llevarla a cabo, mientras que unos pocos revoltosos sembraban de altercados la

ciudad de Huesca. En otra ciudad oscense, Barbastro, Joaquín Andreu hacía saber a Palafox lo difícil que era mantener la disciplina en una juventud con tal «torrente de furia», que los alistados cometían excesos repetidamente y no podía impedirlo por falta de medios de coacción. A parecida situación se enfrentaba en el Pirineo el comandante de armas de Canfranc, Fernando García de Marín, quien decía combatir más «la absoluta indisciplina, la dureza, y aun la ferocidad» de sus tropas que a los franceses.[48]

En la propia Zaragoza también surgían los problemas con los miles de nuevos «soldados». Fernando Butrón se veía obligado, el 3 de junio, a dejar marchar a sus casas a muchos de los alistados, para que estos continuasen en sus trabajos civiles hasta que fuese necesario combatir, momento en el que, en teoría, deberían acudir al cuartel asignado a su tercio o compañía. Junto a esta imposibilidad de orden e instrucción de la leva, existía la confusión total en la que se encontraba el encuadramiento de las nuevas unidades. Los alistados no obedecían las órdenes y se cambiaban de una compañía a otra buscando estar junto a sus familiares o amigos.[49] Una muestra más de que aquel llamado Ejército de Aragón no era tal, sino una reunión de paisanos mal equipados, sin instrucción ni disciplina militar alguna.

Y al sur de ella, se sucedieron otros altercados entre los alistados y las autoridades. Significativos fueron los sucesos de Daroca, ciudad que llevaba en efervescencia desde el mismo momento que se inició la rebelión. Los reclutas se amotinaron en dos ocasiones. La primera fue los días 14 y 15 de junio, cuando al formarse los Tercios de Daroca y su partido, el gobernador Miguel Oliveras no quiso alistar a los hombres con achaques o con poca altura, lo que les impedía manejar correctamente un fusil. Ante ello, el resto de reclutas se insubordinó, manifestando que a la guerra iban «todos o ninguno», sin excepción. Es decir, no permitían que nadie se librase, ni aunque la autoridad militar lo argumentase con base en cuestiones técnicas. La leva debía ser universal porque la causa era común y todos debían participar.

El segundo motín fue el día del Corpus, 16 de junio, cuando a las dos de la tarde varios hombres se dirigieron al almacén donde se custodiaban ocho cajones de balas y material para hacer cartuchos, 3.000 piedras de chispa y más de 100 fusiles. Al parecer, los mozos pensaban que se les iba a sacar de la ciudad para llevarles a luchar desarmados contra los franceses. Ante lo que consideraban pasividad, temeridad o traición de la autoridad por no darles de inmediato las armas y municiones, se equiparon por su cuenta asaltando el almacén. Estaban impacientes y tenían desconfianza hacia la autoridad, y eso que Palafox había nombrado un nuevo gobernador de la ciudad.[50]

Similares a los sucesos de Daroca fueron los ocurridos en Monreal del Campo, con cien alistados que iban de Teruel a Zaragoza a fines de

junio. El rumor de que los franceses se acercaban a Daroca motivó que varios vecinos se unieran a los reclutas en una protesta. Pedían que se les entregasen armas y cartuchos de inmediato. Llegaron a amenazar con escopetas a las autoridades, argumentando que «se les llevaba engañados» a la guerra, al ir desarmados. Encabezaron el altercado tres esquiladores: Mariano Martín, Manuel Muñoz y Josef Marco. Estos acabaron dándose a la fuga, quedando todo en un «acaloramiento».[51]

Y un último ejemplo que ilustra el caos e indisciplina de este ejército fue lo sucedido en la localidad zaragozana de Caspe el 9 de julio de 1808. Sobre las once de la noche, la ronda dirigida por el comandante Agustín Quinto escuchó un tiro junto al portal de Capuchinos. Inmediatamente comenzaron a buscar al autor del disparo. No lo encontraron. Sin embargo, se destapó otro suceso. Junto al portal de Capuchinos se encontraba de licencia Francisco Jariod, un joven soltero que se había alistado en los Tercios Aragoneses. Al día siguiente debía volver a reintegrarse a su compañía y, a modo de despedida, se había ido de vinos con su cuadrilla. Sus compañeros eran Joseph Monfort, de veinticinco años, tejedor, casado; Mariano de Piera «el Manco», de veintitrés años, labrador, soltero; y José Fuster «el Pirrio», de diecinueve años, labrador, soltero. Estos últimos tenían fama en la villa de «revoltosos» y habían conseguido librarse del alistamiento general.

Tras estar bebiendo, envueltos en sus capas, pretendieron continuar su diversión con los servicios de dos prostitutas: María Cubero «la Seisdedos», huérfana, de diecinueve años, y Manuela Manzanillo «la Escatrona». Para ello, todos menos Monfort, se dirigieron a casa de la primera, entrando en el corral en su búsqueda. No estaba, pero encontraron a su hermana pequeña, Miguela Cubero, de diecisiete años, a la que Jariod violó mientras los otros dos, Fuster y Piera, la agarraban de manos y pies. Estos iban armados con la bayoneta de Jariod y una navaja. Tras cometer este crimen, se dirigieron a la era junto al portal de Capuchinos, donde encontraron tirados en un pajar a Monfort acostado con María la Seisdedos y la Escatrona. A ellos se unieron hasta que se vieron sobresaltados por la ronda que les arrestó.

No se logró esclarecer si habían sido los responsables del disparo que alertó a las autoridades, pues Jariod tenía su fusil en su casa. Al día siguiente se reincorporó a su unidad, quedando impune su delito. Desde la visión de género del momento no se concibió como tal. Es más, se condenó por provocar escándalo al resto de implicados, incluida la víctima a la que se tachó de prostituta. A Fuster y Monfort se les condenó a cuatro años de servicio de las armas o al tiempo que durase la guerra contra Francia. A Piera, al ser manco, no se le pudo condenar a lo mismo por no poder manejar un fusil, pero se le condenó a servir en la Armada. A las hermanas Cubero y a la

Escatrona se les condenó a seis años de destierro de Caspe y se les apercibió para que abandonasen la prostitución.[52] La guerra no había hecho más que empezar y, lejos del frente, ya se vivían desastres como los que grabó Goya en su estampa 9 *No quieren*, 10 *Tampoco*, y 11 *Ni por esas*.

4. BATALLA CAMPAL
8-14 de junio de 1808

Uno de los caminos por los que podían llegar los franceses a Zaragoza era por la ribera del Ebro, desde Navarra. Consciente de ello, José de Palafox mostró su apoyo a Tudela para detenerles allí. De esta forma, el 1 de junio de 1808 se sublevó la ciudad navarra de Tudela, formando una Junta de la que formaban parte el marqués de Montesa, Josef Amescoas, Ramón Pérez, Josef Yanguas, Telesforo Iturralde, Manuel de Resa, Antonio Miranda y Joaquín de Boya. Se aprestaron a preparar la ciudad para la defensa. No iban a quedar solos en la tarea. Tudela suponía la primera línea de contención, el primer frente de batalla. La guerra había comenzado.

Mozos de los pueblos vecinos acudieron a Tudela. Desde Aragón se envió ayuda. Luis Veyán, capitán de ingenieros, y Manuel Tena, subteniente, llegaron a la ciudad el día 4 de junio. Reconocieron el estado de la ciudad e inmediatamente junto con la Junta escribieron a Palafox pidiendo auxilio. Con la mayor urgencia, pedían de 1.000 a 1.500 fusiles, con las correspondientes municiones y piedras de chispa, y al menos entre dos y cuatro cañones del calibre que fuera, con sus dotaciones de artilleros profesionales.

Cuando se conoció la noticia de la salida de Pamplona de los 4.200 soldados de infantería, los 950 de caballería y los seis cañones del general francés Lefebvre, todo se hizo más apremiante. En Tudela volaron una parte del puente sobre el río Ebro, con intención de que las tropas imperiales no lo pudieran cruzar y acceder a la margen derecha, donde se situaba la población. No supuso un gran impedimento, pues apenas retrasó unas horas el avance napoleónico. Lefebvre ordenó pasar el Ebro aguas arriba, a la altura de Valtierra, mediante tres barcazas. Cuando la noticia se conoció, cundió el pánico entre una parte del vecindario tudelano y muchos huyeron apresuradamente los días 6 y 7 de junio.

Paula Ignacia de Guirior, poseedora del Mayorazgo de Ezquerra huyó a Zaragoza. Como tantos otros pensaba que todos serían pasados a cuchillo por los franceses. Otra parte de la población de la ciudad se aprestó a resistir. Y no admitía la cobardía, tenida por traición. Se formaron grupos armados dispuestos a impedir a cualquiera que saliese de Tudela. Estos incluso detuvieron y encarcelaron a dos miembros de la Junta, el marqués de Montesa y Manuel de Resa, tras insultarles y amenazarles.[1]

Los primeros embates: Tudela y Mallén

El 6 de junio de 1808, el marqués de Lazán, Luis de Palafox, salió de Zaragoza con 2.000 hombres del Primer y Segundo Tercios Aragoneses, cuatro cañones de campaña y 1.000 fusiles para entregar a los navarros. Estas fuerzas llegaron a Tudela el día 7. Allí se les unieron tropas al mando del coronel José Obispo. Eran la vanguardia del Ejército de Aragón que se había levantado en cuestión de días y pronto iba a tener su bautismo de fuego. Conjuntamente con los tudelanos armados, componían una fuerza de cerca de 5.000 hombres.

El marqués de Lazán, José Obispo y los miembros que quedaban de la Junta debían organizar la defensa con tales fuerzas. Tudela tenía a su derecha el Ebro, a su izquierda el río Queiles con las alturas de Cabezo Malla y Santa Quiteria, y al frente el cerro de Santa Bárbara, con las ruinas de un antiguo castillo. Podía tener sus ventajas militares un adecuado despliegue. Lazán, como máxima autoridad militar, sin embargo tenía dos problemas. Por un lado, algunas informaciones contradictorias que señalaban que Lefebvre había marchado hacia Milagro porque Logroño todavía mantenía la rebelión en nombre del rey Fernando. Esto le dejó vacilante en la resolución que debía tomar, perdiendo un tiempo precioso, en desplegar convenientemente unas tropas que había reunido en la Plaza de Toros. Por otro lado, el principal problema eran sus propias tropas. Los hombres de los Tercios eran, casi en su totalidad, paisanos bisoños, que no habían recibido apenas instrucción, casi ni sabían cargar el fusil, o no al menos con la suficiente rapidez y eficacia, y menos formar y maniobrar con orden de batalla. Además, presentaba una enorme desventaja frente al ejército de Lefebvre: no tenía nada de caballería.

El 8 de junio de 1808 los algo más de 5.000 soldados de Lefebvre se presentaron ante Tudela. Las compañías que dirigía José Obispo tomaron posición en el cerro de Santa Bárbara, junto al castillo. El marqués de Lazán pensó en ganar tiempo entablando negociaciones. Sin embargo, su inexperta tropa abrió fuego sin esperar las órdenes ni acabar el despliegue. Aún estaban colocando los seis cañones en la entrada de las calles de Tudela, junto al Convento de Capuchinos, cuando se oyeron los primeros disparos. Se desencadenó la batalla con rapidez, y sin que los mandos españoles pudieran hacer gran cosa por mantener un mínimo de orden entre el caos desatado.

La tropa de José Obispo, bien situada en las alturas, fue la única que consiguió sostener el combate, con descargas de fusilería que mantuvieron a raya a la caballería napoleónica durante una hora, y teniendo solamente cinco bajas. No ocurrió lo mismo en el resto del destartalado frente de batalla. Las dotaciones de artillería de los seis cañones apenas pudieron efectuar unos disparos, causa por la cual el coronel retirado Francisco Milagro fue acusado de traición y apresado

al poco. Francisco Campos, un barcelonés de la Compañía Fija de Artilleros de Zaragoza, fue herido de un balazo mientras preparaba el cañón. Ante el avance imparable de la columna napoleónica, estos artilleros clavaron (inutilizaron) los cañones y emprendieron la retirada.

La infantería francesa atacaba y la caballería polaca masacraba a quienes les daban la espalda. La única forma de frenarla habría sido una formación en cuadro con bayonetas caladas o consecutivas descargas de fusilería. Para ambas tácticas se necesitaba mucha instrucción. El Ejército de Aragón no estaba preparado para ello. Sin embargo, hubo quien intentó combatir. Ese fue el caso de Tadeo Ubón, de veintinueve años, natural de Escatrón y miembro de los Tercios Aragoneses. Vestido de paisano, ya herido y armado con una lanza, descabalgó a un lancero polaco, arrebatándole un banderín que presentó días después al capitán general Palafox. Peor le fue a José María Cortés y Borda, teniente de fragata retirado y miembro de la Junta de Tudela, quien al frente de sus paisanos tudelanos nada pudo resistir y huyó, quemando su casa los invasores.[2] Se produjo una desordenada retirada que pronto se convirtió en caótica huida. Varios civiles tudelanos, capturados con armas en la mano, fueron fusilados en el acto, los soldados de los Tercios corrían en dirección Zaragoza mientras eran alanceados por la caballería polaca, mientras el marqués de Lazán se embarcaba en el Bocal del Canal Imperial.

La primera prueba de fuego del rimbombantemente llamado Ejército de Aragón, creado de la nada por José de Palafox, había sido un estrepitoso desastre. Su hermano, el marqués de Lazán, tampoco había salido bien parado como comandante. Pero podría haber sido todavía peor de haber continuado sin descanso la persecución la caballería napoleónica. Sin embargo, para fortuna de los aragoneses, en el ejército de Lefebvre también tenían sus problemas y se tuvo que detener en Tudela hasta el día 12. El polaco Kajetan Wojciechowski cuenta el motivo: 200 caballos estaban enfermos, y muchos de ellos murieron. Además, en esos días recibieron refuerzos, ascendiendo sus fuerzas a 5.158 soldados. Mientras un batallón al mando de Robert se dirigía a tomar Tarazona, lo que efectuó sin resistencia, el grueso de las tropas al mando de Lefebvre reanudó la marcha el día 12 de junio.[3]

Mientras esto sucedía, el marqués de Lazán conseguía reorganizar sus fuerzas en Alagón, logró reagrupar a los fusileros del coronel José Obispo, dos batallones de los Tercios que habían escapado de Tudela en barcas por el Ebro, y 50 dragones del Rey provenientes de Zaragoza. Con 3.000 hombres partió hacia Mallén a las ocho de la mañana del día 11 de junio de 1808, poco después de que una avanzadilla francesa hubiera estado en la villa pidiendo 8.000 raciones y forraje. En la tarde del 8 llegó también a Mallén Francisco

de Palafox, el mediano de los hermanos, con un batallón de nueva creación, unos 800 hombres más. Al amanecer del día 12, llegaban varios carros con 50.000 cartuchos que permitieron municionar a los 3.000 hombres de Lazán (a 16 cartuchos por cada combatiente), ya que el batallón de Francisco Palafox había sido enviado a Borja. Por la tarde llegaban más refuerzos, compuestos de varias compañías de los Pardos de Aragón, un batallón de paisanos al mando del capitán Juan Pedrosa y varias compañías navarras.

Con la llegada de estas nuevas tropas, los efectivos de Lazán volvían a ascender a casi 5.000. Algunos ya se veían victoriosos y reconquistando Tudela cuando en la tarde del 12 apareció el ejército de Lefebvre. José Obispo desplegó en guerrilla a sus fusileros, que se tirotearon con las avanzadas napoleónicas ya al anochecer. Sin embargo, el ataque no pasó de allí aquel día. Eso dio tiempo para el correcto despliegue de las tropas españolas. Mallén tenía al este el río Huecha y la leve elevación del Cerro del Convento. Ahí se situó una primera línea, precedida de los fusileros de José Obispo como vanguardia. Tras ellos, al cruzar el Huecha, sobre la pendiente de la loma en la que se situaba la villa y castillo de Mallén se colocó el grueso de las fuerzas de Lazán. La infantería en línea de dos en fondo, con dos cañones de campaña en el centro, y en su flanco derecho, 50 jinetes de Dragones del Rey. Al norte quedaban el Canal Imperial de Aragón y el río Ebro, al sur una extensa llanura hasta el pueblo de Fréscano.

Sobre las diez de la mañana del día 13 de junio, Lefebvre ordenó el ataque en tres columnas de infantería que atacarían el centro español por el Cerro del Convento y la propia Mallén, mientras la caballería, situada en su flanco derecho, atravesaría la llanura del sur de la villa para rodear a los españoles, cogerlos por el flanco, cortar su retirada y, si era posible, capturar a su comandante, el marqués de Lazán. Típica estrategia napoleónica: ataque contundente de infantería por el centro y envolvimiento con la caballería. Las avanzadas y la vanguardia situadas en el Cerro del Convento aguantaron poco el embate de las tres columnas napoleónicas y se retiraron hacia Mallén mientras los artilleros españoles hacían fuego de cobertura. Sin embargo, la segunda línea, desplegada en arco, formada por paisanos que no habían estado en batalla o solo lo estuvieron en Tudela, vio ese repliegue como sinónimo de derrota, mientras los franceses avanzaban a pesar del fuego de artillería. Por si fuera poco, en su flanco derecho, por el sur, aparecían cientos de lanceros polacos al trote.

El desconcierto y el miedo se extendieron como la pólvora entre las filas, que se desintegraron al instante sin ni siquiera disparar un tiro. Los paisanos echaron a correr. En palabras del propio Lazán «tan preocupados del terror que no sabían lo que hacían ni a dónde iban».

Los oficiales no pudieron contenerles ni con explicaciones racionales militares de que dar la espalda desordenadamente era una muerte segura, ni con amenazas. Por si fuera poco, la escasa caballería española también volvió grupas, abandonando el campo de batalla, y dejando en total desamparo la retirada del resto del ejército. Unos corrían en dirección a Zaragoza, otros se lanzaban al Canal y después corrían a las riberas del Ebro, creyendo que eso les salvaría de los enemigos. Fue una desbandada que se tornó en carnicería, entre el pánico de los que huían, paisanos mal armados o desarmados, y la caballería polaca que parecía estar de caza de lo que consideraban bandidos, *brigands*, más que en una batalla.

En palabras de uno de aquellos lanceros del Vístula, Kajetan Wojciechowski, «la matanza fue terrible», y como no entendían una sola palabra de español «ya podían ir pidiendo que les salváramos la vida», pues «sin consideración alguna» empujaban hacia el río o «picaban a todos sin piedad». Y es que, en esta desastrosa y terrorífica huida, muchos paisanos se lanzaron a las aguas del Ebro antes que ser alanceados por la caballería enemiga. Unos 600 cayeron muertos en la jornada de Mallén, bien ahogados, bien abatidos por las lanzas y balas napoleónicas. A ellos se sumaron los heridos y los que cayeron prisioneros. El marqués de Lazán y su Estado Mayor consiguieron huir en barcas por el Ebro, tras ver cómo su ejército no se comportaba como tal y se deshacía nuevamente ante sus ojos sin poder hacer absolutamente nada por evitarlo. Fueron los afortunados del lado español.

Otros, como vemos, no lo fueron tanto. Pedro Berian, natural de Mallén, que se había alistado voluntario, recibió un disparo de los franceses, cayendo herido solo para ser rematado a lanzadas por la caballería polaca. Su vecino Juan Fraca fue hecho prisionero cuando los franceses entraron en la villa. José Aguado, quien había dejado los estudios universitarios para alistarse en los Tercios, tuvo algo más de suerte, ya que solamente quedó prisionero un tiempo, pues consiguió escapar. El teniente de la Segunda Compañía del Tercer Tercio consiguió mantener a algunos de sus subordinados hasta que la caballería se les echó encima, y entonces salieron corriendo. Él consiguió cruzar el Ebro y llegar hasta las Cinco Villas, aunque completamente desnudo, habiendo perdido vestuario y armas en la huida. Por otra parte, Antonio Anguita, capitán del Tercio de Fusileros consiguió una retirada ordenada de su compañía hacia Zaragoza.

Finalmente, cabe mencionar a dos oficiales, Josef Vélez e Isidro Callejas, quienes en el camino entre Mallén y Alagón intentaron contener la desbandada y reorganizar sus fuerzas, con poco éxito. A pesar de que la mayor parte de los fugitivos que se encontraban iban sin fusiles, mostraron resistencias a las recriminaciones y llamadas al

orden de estos oficiales, Un paisano incluso usó su bayoneta para atacar a Callejas, hiriéndole el caballo.[4]

Mientras el Ejército de Aragón se dispersaba, Lefebvre tomaba posesión de la villa de Mallén, donde sus tropas se dedicaron al saqueo de distintas casas y a exigir vituallas a las autoridades locales. Eso sí, a diferencia de lo sucedido en Tudela, no se quedaron mucho tiempo. Pronto prosiguieron la marcha en dirección a Zaragoza en lo que estaba siendo un paseo triunfal por el Valle del Ebro para las águilas napoleónicas.

Franceses *ad portas*: Alagón

A pesar de estas dos derrotas, de la carnicería de Mallén, del terror que los recién alistados habían vivido… una nueva batalla se iba a librar. El 13 de junio, a eso de las diez de la noche, llegó a Zaragoza la noticia de la derrota de Mallén, a la par que varios oficiales sin su tropa, que vagaba desorganizada en los caminos. Las nuevas causaron gran conmoción y alboroto en la ciudad, a pesar de las horas. Palafox ordenó tocar las campanas a rebato, especialmente la de la Torre Nueva, que no cesó de voltear. Cursó la orden de que todos los vecinos alistados en los Tercios se reunieran a las dos de la madrugada en las Eras del Rey o Campo Sepulcro. Allí se reunieron apresuradamente entre 7.000 y 8.000 hombres, a los que se repartió munición desde el edificio de la Misericordia.[5]

Fueron los paisanos zaragozanos quienes obligaron a presentar otra vez batalla. La ciudad bullía en un mar de rumores, de ecos bélicos acrecentados, de miedos. Quizás era el miedo el que les impulsaba a ello, mejor la batalla lejos que cerca, alejar sus desastres de sus casas y familias, mejor intentar una vez más frenar el avance francés que verse saqueados. Tenían miedo pero no tenerlo podía ser peor todavía. A ello se sumaba una fuerte moral, sobre todo de quienes no habían combatido en Tudela y Mallén, que pensaban que con valor la victoria era posible, y si se habían sucedido retiradas era por cobardía, traición o mala dirección de los oficiales al mando. Pero ahora llevaban a su general a la cabeza, quien se había encomendado a la Virgen del Pilar. Creían que esta vez vencerían, eran mayores en número y estaban enfervorizados.

La imprevista salida del grueso del Ejército de Aragón, en la oscuridad de la noche y bajo el repicar incesante de las campanas, fue caótica[6]. Se mezclaban la angustia por las noticias del avance napoleónico, la necesidad de creer en la victoria y el ir y venir de gentes y bestias. Los carros que se cargaban con provisiones, las mujeres que decidieron acompañar a sus maridos, hermanos e hijos, los dispersos de Mallén que se reagrupaban, los pocos soldados profesionales que se adelantaron, el Estado Mayor a caballo

intentando poner un mínimo de orden en la marcha. Ni siquiera estaba claro quién estaba en qué tercio o compañía, pues los hombres se juntaron no por encuadramiento militar sino por afinidades personales, por familias, gremios o parroquias. No partía a la batalla un ejército, sino una ciudad. Media ciudad se movía, la otra media aguardaba, toda contenía la respiración al salir el sol del día 14.

Mientras todo esto sucedía, la vanguardia ya marchaba hacia el lugar elegido para presentar combate: Alagón, villa a unas pocas leguas de Zaragoza, donde había disensiones internas, pues Valero Otal denunciaba que varios de sus vecinos había servido en los Reales Ejércitos y no se habían presentado para combatir.[7] Se componía esta vanguardia de tropa profesional en su mayor parte. Eran 400 soldados de infantería, con el Primer Batallón de Voluntarios de Aragón al mando del capitán Pedro Gasca, una compañía del Regimiento Extremadura, la Compañía de Extranjeros y 200 paisanos. Se sumaban 50 artilleros con cuatro cañones de campaña al mando del capitán Juan Nepomuceno Cónsul, y algunos jinetes. Todos bajo dirección del coronel Benito Piedrafita. Fueron los primeros en llegar a Alagón, a las siete de la mañana. Allí sorprendieron y apresaron en una fonda a un sargento y una decena de soldados franceses que se habían adelantado a inspeccionar el terreno. Tras ello, tomaron posición al sur de la villa, sobre el Puente del Canal Imperial, cerca del pueblo de Figueruelas. En una ligera elevación del terreno apostaron los cañones y afianzaron la posición en lo que debía ser el flanco izquierdo del despliegue español.

Más tardaron en llegar las más de 8.000 personas que componían el resto del ejército aragonés. Estos se alegraron cuando vieron pasar camino de Zaragoza a los once prisioneros franceses. Entre las diez y las once de la mañana de un caluroso 14 de junio, estos miles de combatientes se esparcían, exhaustos y hambrientos tras la caminata, por las calles y campos de Alagón. Palafox dio instrucciones. El ala izquierda, al mando de Piedrafita, debía evitar que fuesen rodeados por la caballería enemiga, como había sucedido en Tudela y Mallén. Sin embargo, se situaban demasiado lejos de la villa y el resto del ejército. Entre ambos, para garantizar un frente continuo, se colocaron 500 soldados de tropa de línea al mando de José de Ayerbe y Lavalle, teniente de caballería retirado. Además, se veían reforzados por 200 dragones del rey. Entre las tropas de Piedrafita y de Ayerbe parecía quedar asegurada la línea desde su extremo izquierdo en el Canal hasta las primeras casas de Alagón. Además, se habían roto algunas acequias, inundando los campos, lo cual debería obstaculizar o al menos ralentizar al enemigo.

En el centro, en unos olivares a la salida de la villa, en el camino hacia el pueblo de Cabañas, por donde venía el ejército napoleónico,

se situaron paisanos emboscados, en formación dispersa, para hacer tiro de fusil y escopeta que frenase el avance francés. Detrás de ellos, debían formar líneas de combate en el centro, el flanco derecho hasta el Ebro, y una reserva entre Alagón y el puente sobre el río Jalón, en dirección a Zaragoza. Ahora bien, fue imposible formar tales líneas con unos desorganizados Tercios desparramados anárquicamente por calles y campos del entorno, agrupados por afinidades vecinales o gremiales, y aún recuperándose de la caminata desde Zaragoza.

Por último, el Estado Mayor. El capitán general de Aragón iba acompañado, entre otros, por sus dos hermanos, Francisco y el marqués de Lazán, y por el general Cornel, quien manifestó a Palafox lo desacertado del terreno elegido para el combate, rodeado de llanuras y delante del río Jalón, ya que en vez de utilizar este como barrera natural podía convertir Alagón en una ratonera en caso de torcerse la batalla. Pero la suerte ya estaba echada. José de Palafox, catalejo en mano, subió a la torre de la iglesia de San Pedro de Alagón, situada en el centro de la villa y desde la cual podía ver todo el campo de batalla y los movimientos de tropas propias y enemigas. Las fuerzas de Lefebvre avanzaron en tres columnas de infantería, apoyadas por su artillería de campaña y precedidas por escaramuzadores. En su flanco derecho, la caballería polaca. La batalla comenzó sobre las once de la mañana.

Junto al Canal, en el flanco izquierdo español el coronel Piedrafita ordenó abrir fuego contra las tropas napoleónicas que intentaron forzar aquel punto. En el centro, la artillería francesa abrió fuego contra Alagón, obligando a José de Palafox a bajar de la torre, pues varios proyectiles impactaron contra ella. Mientras, las avanzadas de ambos ejércitos se tiroteaban en los olivares inmediatos. Palafox, una vez a los pies de la iglesia de San Pedro, montó en su caballo y se dirigió al sur, y con los 200 jinetes a su disposición, dirigió una carga contra las tropas napoleónicas que intentaban tomar el puente sobre el Canal Imperial. En esos instantes fue herido levemente de un balazo en el brazo izquierdo, retirándose nuevamente hacia la villa. Entonces pudo comprobar el auténtico caos reinante ante las columnas francesas y la indisciplina de los aragoneses.

Los hombres de los Tercios no obedecían a los oficiales, no formaban en línea de batalla sino que se aprestaban a disparar por grupos según les convenía en los lugares que consideraban a su libre antojo. Mientras tanto, ante un fuego de fusilería tan disperso, escaso e inconstante, las columnas de infantería estaban prontas a romper y sobrepasar el centro y la derecha del frente español. Por el flanco izquierdo, en el sur, la situación se tornó crítica rápidamente también, cuando los lanceros del Vístula franquearon el Canal, pero no por el puente defendido por los 500 hombres de Piedrafita, sino dando un

pequeño rodeo por el pueblo de Grisén. De esa forma, sorprendieron por el flanco y la retaguardia a los españoles.

Cuando se corrió la noticia de que la caballería polaca les estaba envolviendo, todo el frente aragonés se desmoronó. Cundió el pánico y, todavía más, el consiguiente caos. Se hacía imposible resistir, la retirada, cruzando el Puente del Jalón, era la única opción. Miles de paisanos se lanzaron, a la vez, hacia allí, otros se tiraron al Ebro. Bastantes de aquellos paisanos militarizados, ya no es que no estuvieran en formación, sino que se encontraban tan fatigados de la marcha previa, que estaban descansando y comiendo cuando se vieron sorprendidos por las tropas enemigas, sin ni siquiera tener la opción de retirarse. Eso les ocurrió a Pablo Galván, Narciso Paracuellos y Ramón Ruiz y Goya, del Cuarto Tercio, quienes ante el ataque apenas tuvieron tiempo de encerrarse en la primera casa de Alagón que vieron abierta. Allí fueron descubiertos por los franceses quienes les hicieron prisioneros, les despojaron de todo, les amenazaron y se burlaron de ellos haciéndoles arrastrase «por hierba y varios oficios de la mayor ignominia», hasta que les dejaron marchar al día siguiente.[8]

Si no resultó una masacre mucho peor que la de Mallén fue porque los pocos soldados de Voluntarios de Aragón y del Regimiento Extremadura cubrieron esta penosa desbandada. Consiguieron mantener sus líneas en una retirada ordenada que impidió la persecución napoleónica. A pesar de ello, hubo bajas, tanto los prisioneros mencionados como bastantes muertos, de los que conocemos el nombre de 33. Uno de ellos fue el joven Pío Bugilos quien cayó herido, pero siguió combatiendo hasta la muerte. Otros fueron Pascual Monreal, Antonio Berduque, Joaquín Quílez, Tadeo Meneses, Vicente Arraya, Antonio Quintano…[9]

En el Puente del Jalón se pudo salvar un cañón, pero los otros quedaron en manos de los imperiales. En medio del caos, y ante la carga de caballería polaca, el capitán Rafael Casellas consiguió salvar una bandera de los Tercios, abandonada en la huida. Entre aquellos que se retiraban precipitadamente se encontraban personas variadas que nos dan idea de quiénes formaban aquel Ejército de Aragón: José Guallart, maestro sastre de Zaragoza, Manuel Sancho, jornalero a las órdenes de su alcalde de barrio, Venancio de Sayas, abogado zaragozano, o Manuel Quesada, guardia de corps que se había fugado de Madrid.[10]

Pasadas las dos de la tarde, la primera batalla que dirigía José de Palafox había terminado. No fue una buena experiencia para el flamante nuevo capitán general de Aragón. Había cerrado unas Cortes apresuradamente, salido de Zaragoza al mando de un ejército que no era tal con el resultado expresado. Lefebvre tomó posesión de la villa de Alagón, la tricolor ondeó en la torre de San Pedro, se produjeron

algunos saqueos y los prisioneros españoles fueron liberados. Con estas victorias, Lefebvre y su ejército estaban plenamente confiados de una entrada rápida y triunfal en Zaragoza, pacificando así todo Aragón. José de Palafox y su Estado Mayor estaban convencidos de lo mismo, de que estaba todo perdido, que no se podían oponer al imparable avance francés, que Zaragoza no tenía absolutamente ninguna posibilidad de resistir con esos paisanos indisciplinados e inexpertos, sin fosos, ni baluartes ni bastiones.

Cuando los miles de combatientes llegaron derrotados de Alagón a Zaragoza, la situación se tornó lúgubre en la ciudad. La realidad cayó como un jarro de agua fría sobre la opinión pública zaragozana. La moral estaba por los suelos. Las posibilidades objetivas, racionales, militares, de una resistencia en la ciudad eran nulas. El vecindario se preguntaba cómo había sido posible tamaña derrota, siendo superiores en número, luchando por la justa causa, favorecidos por la Virgen, al mando de su capitán general en persona. Algunos consideraron que eso solo había sucedido por la traición, por la cobardía, por el egoísmo, por engaño. Una misiva que Cristóbal Lahoz escribió a Palafox da buena cuenta de estas sensaciones. Acusaba a los fugitivos de egoístas infames «que abandonan a la Patria en su mayor riesgo», avisaba de lo pernicioso de los rumores y voces derrotistas, de la cobardía e indisciplina del Ejército de Aragón, y de cómo la ciudad albergaba traidores afrancesados, reos sin castigo como Guillelmi, gente que robaba armas, tibios militares. Lahoz apuntaba a los hermanos Torres, quienes mandaban los Tercios de Fusileros, de los que decía «sacrifican la gente», es decir, les acusaba de incompetencia militar. Acababa pidiendo a Palafox más patriotismo y severos castigos a traidores y cobardes. Ese era el tenso e insoportable ambiente que se respiraba en Zaragoza al anochecer del 14 de junio de 1808.[11]

La línea: mentalidad, táctica y presiones

Vistas las batallas de Tudela, Mallén y Alagón, pero también lo que ocurría en tierras castellanas, cabe preguntarse por qué los españoles leales a Fernando VII salieron a combatir a campo abierto, para ser derrotados sucesivamente por los ejércitos imperiales en los primeros compases de la Guerra de la Independencia. Para quienes no habían presenciado ni participado en una guerra ya hemos visto que influían visiones idealizadas de la misma, en las que defender lo que creían legítimo como su rey, su religión y su patria bastaba para vencer. Para muchos paisanos, el valor y ardor con el que se alistaron equivalían a una victoria. Pronto se desengañaron, comprobando en sus propias carnes la realidad, los desastres de la guerra. Sin embargo, no dejaron de combatir, pero se opondrían a hacerlo de la forma tradicional y buscarían otros métodos.

La batalla campal contra un ejército bien organizado aunque no fuera la *Grande Armée*, mejor equipado y con una caballería muy superior podía derivar no ya en derrota, sino en carnicería, si lo que se le oponía eran miles de campesinos, comerciantes y artesanos… sin ningún tipo de instrucción, sin suficientes oficiales veteranos, mal organizados y peor equipados. En el generalato español predominaban las tácticas prusianas, el modo de combatir dieciochesco, con preponderancia de la línea de batalla. Una línea de infantería que, armada de fusiles, debía realizar descargas al unísono. En caso de una carga de caballería, se debía optar por la formación en cuadro, con bayoneta calada y varias filas disparando. Pero las levas masivas de 1808 no tenían la instrucción necesaria ni para disparar ni para formar en cuadro. El rápido avance de las columnas napoleónicas que ya estaban acantonadas en territorio español no dio tiempo a ningún tipo de instrucción, organización ni encuadramiento.

Los paisanos iban armados, en el mejor de los casos, con fusiles de avancarga. Armas de fuego de ánima lisa que solamente tenían efectividad a corta distancia —unos 50 metros— y con un disparo conjunto, en masa, de una línea o amplio frente, puesto que podían fallar bastante y la bala no salía proyectada en una trayectoria recta. Al calar la bayoneta podían ser usados como arma blanca, como una lanza que podía detener a los caballos enemigos. Pero muchos iban faltos de bayonetas. También de una canana o cartuchera donde llevar adecuadamente la munición, impidiendo disparar rápido. A eso se sumaban el factor de la experiencia y el psicológico. Frente a un soldado entrenado que podía efectuar hasta tres disparos por minuto, alguien inexperto estaba vendido. En los nervios de la batalla, recibiendo fuego de fusilería y artillería, con la caballería cabalgando a toda velocidad, entre gritos de oficiales y sonido de tambores cuyas órdenes no entiendes o no quieres aceptar, se complica la tarea de manejar el fusil. Podían pasar mil percances. En el propio proceso de carga, podían echar la bala antes que la pólvora, resultando un disparo fallido; se les podían caer los cartuchos, desperdiciando munición; podían no baquetear y que el disparo saliese sin fuerza, o peor, olvidarse la baqueta dentro del cañón del fusil, que esta saliese disparada y perder la oportunidad de seguir utilizando el arma. En el momento de disparar era importante la coordinación de la tropa para realizarlo en el momento preciso para que tuviera eficacia. Sin embargo, muchos paisanos disparaban demasiado pronto, a objetivos lejanos, sin causar ningún daño. Disparaban mucho, mataban poco. Mientras un civil militarizado se veía en esas, la infantería napoleónica avanzaba, al paso, cubriendo los huecos de los pocos caídos, en un frente que parecía imperturbable, entre las espesas nubes grises formadas por la pólvora. Y entonces, por un flanco,

apareció al trote la caballería napoleónica, cargando; si eran polacos, con sus intimidantes lanzas, si eran coraceros, con sus resplandecientes corazas, todos en caballos de gran alzada. Les seguía la confusión, el rumor de que todo estaba perdido, ver a unidades militares replegarse, lo que se interpretaba como un sálvese quien pueda, heridos, muertos y griterío. A ras de suelo, desde la visión del combatiente, no había percepción general de la batalla, solo de un momento y un lugar muy concretos. Y en estos casos, era pura desolación. Cómo no huir ante eso.

Todo esto, táctica prusiana más leva inexperta y mal equipada, conllevaba funestos resultados. Lo experimentaron los tres hermanos Palafox en el Valle del Ebro, pero lo mismo les sucedió a los generales Cuesta y Blake en Castilla. En el generalato español no se había tomado nota de las enseñanzas que dejó la Guerra contra la Convención Francesa en 1793-1795. No se cambiaron las tácticas, ni se aumentaron lo suficiente las unidades de infantería ligera que, formadas en guerrillas y con escaramuzadores, sirvieran de pantalla previa al resto del ejército. Muchos tenían en su mente extensas líneas de orden cerrado, con poca movilidad y pomposos desfiles militares, lo que resultaba ineficaz ante la guerra napoleónica e imposible de ejecutar con tropa de leva.

Gregorio de la Cuesta, capitán general de Castilla, estaba a sus sesenta y ocho años, imbuido del espíritu prusiano, de ofensiva continua, de búsqueda de la batalla decisiva, de formar a sus hombres en extensas líneas, aunque no supieran, aunque no tuvieran caballería que guardase sus flancos. Y así fue derrotado en Cabezón de Pisuerga (Valladolid) el 12 de junio y, nuevamente, unido a las fuerzas de Joaquín Blake, en Medina de Rioseco el 14 de julio de 1808. El Estado Mayor observó cómo los hombres bajo su mando, los cuales llevaban una veintena de días alistados, en el mejor de los casos, no sabían manejar las armas que tenían en las manos. El teniente coronel Juan José Moscoso escribió, a la luz de los acontecimientos: «Rompe el fuego de batalla sobre un puñado de hombres, sin poder ofender a la columna enemiga que se mantiene fuera del alcance (…), las municiones se consumen inútilmente, porque se tira antes de tiempo, las armas se calientan y disminuyen sus alcances, las piedras se rompen» y cuando caen los primeros muertos y heridos ya es muy difícil evitar «su retroceso y desorden».[12]

De las tres batallas en campo abierto que presentó el recién creado Ejército de Aragón en el corto espacio de tiempo del 8 al 14 de junio de 1808, la más sangrienta fue la de Mallén, ya que en Tudela la caballería polaca no les pudo perseguir por el problema de enfermedad de sus caballos y en Alagón por la retirada ordenada, sosteniendo el fuego, de ese pequeño núcleo de tropa profesional. En

Mallén la mayoría de víctimas lo fueron en el desorden que siguió a la ruptura de las mal formadas líneas españolas, cuando los infantes volvieron las espaldas, exponiéndose a las lanzas del Vístula. En total, los 600 muertos referidos, además de otro número indefinido de heridos, prisioneros y desaparecidos que fácilmente podrían ascender las bajas al doble, 1.200 hombres de unos 5.000. Es decir, las tropas del marqués de Lazán sufrieron un 24 por ciento de bajas. Es una cifra alta para la época. Se acercaba al 30 por ciento de bajas, el máximo que podían soportar los ejércitos profesionales de los distintos reyes del siglo XVIII, siendo habitualmente de un 10 o 15 por ciento.

Con las guerras napoleónicas hubo cambios que también se vieron en España. Los ejércitos de las décadas precedentes eran más pequeños, pero profesionales, y podían aguantar un alto número de bajas cualitativas. Con las dinámicas de reclutamientos masivos de ciudadanos y el consiguiente crecimiento de los ejércitos, las bajas crecieron cuantitativamente. Su número era mayor en cómputos globales porque se ponía mucha más gente en los campos de batalla, pero, en proporción, los combates campales eran menos mortales. Hubo excepciones, cada vez más en el periodo de 1806 a 1813. Por un lado, la propia guerra de España; por otro, el cambio de mentalidad de un Napoleón que cada vez economizó y valoró menos la vida de sus soldados, ya que entre conscriptos franceses y aliados podía formar grandes ejércitos. La base de las estrategias napoleónicas era la velocidad de movimientos y la flexibilidad para unir y separar cuerpos de ejército en un punto, mientras que la táctica se basaba en columnas de infantería que golpeaban la estrecha línea enemiga, desbaratándola por el centro, mientras otras columnas o la caballería les flanqueaban. Sin embargo, muy diferente fue la batalla de Austerlitz de 1805, donde predominó la estrategia, neutralizando al ejército ruso-austriaco con solo un 12 por ciento de bajas, que la batalla de Borodino de 1812, que se basó en la fuerza de la masa, sufriendo un 22 por ciento de bajas.[13]

A pesar de la insistencia de las autoridades militares y civiles españolas en las batallas campales y de la resiliencia que mostraría el ejército español, no fueron estas las más cruentas ni las que mejores resultados dieron, salvo tres excepciones en toda la Guerra de la Independencia. Al comienzo de esta, mientras los ejércitos imperiales vapuleaban en campo abierto a los rebeldes españoles, se enviaron a Palafox buenas noticias. La columna napoleónica al mando de Schwartz que salió de Barcelona en dirección a Lérida fue derrotada el 6 de junio de 1808 en el primer combate del Bruc, en un terreno montañoso en el que somatenes catalanes y tropas regulares se impusieron, obligando al retroceso de los imperiales.[14]

Sin embargo, en esos días frenéticos, las cabezas de los hermanos

Palafox y de los aragoneses estaban ocupadas en frenar el avance de Lefebvre. Además de todo lo ya expuesto, de las creencias populares en la victoria y el miedo que empujaba a evitar a toda costa que la guerra y sus desastres llegasen a Zaragoza, factores que indujeron sin duda a presentar batalla sucesivamente, había más motivos para esto. Y no solo era la mentalidad de táctica prusiana del generalato borbónico. La mentalidad militar de un aristócrata llevaba a buscar una victoria con honor en un campo de batalla tradicional. Y los Palafox eran los tres hijos de los marqueses de Lazán, habiendo recibido una educación similar, a cargo del padre escolapio Basilio Boggiero.

Cabe preguntarse si lo que habían estudiado en su juventud les marcó de alguna manera en su concepción y forma de hacer la guerra en los primeros compases de 1808 cuando la convulsa situación les puso al mando de fuerzas armadas. Ser un guardia de corps afincado en la corte de Madrid, como era José de Palafox hasta abril de 1808, no preparaba para dirigir ejércitos ni planificar estrategias. Por tanto, ¿qué sabía del arte de la guerra? Más allá de haber visto de lejos el conflicto de 1793-1795, en su juventud había leído obras clásicas y se le había imbuido de amor a la religión católica y lealtad a la monarquía española.

En torno a 1788, cuando José de Palafox tenía trece años de edad, catorce Francisco y dieciséis Luis, el padre Boggiero les enseñaba historia. Les hablaba de la Guerra de Troya, de los espartanos, del Imperio asirio, del rey Salomón, las conquistas de Alejandro Magno y Roma. En los cuadernos de los hermanos Palafox hay apuntes sobre el gran autor de historia romana Tito Livio, entremezclados con enseñanzas religiosas, con poemas al rey Carlos IV, listados de los reyes de España y sus conquistas.[15]

Una pregunta tan osada como el carácter del joven Palafox —pero que considero que resulta interesante— es si le influyó militarmente Tito Livio. Uno de los libros de la historia de Roma que de este autor se conservaron trata de la Segunda Guerra Púnica, una de las más famosas en el imaginario militar. En ella el ejército cartaginés de Aníbal venció a las legiones romanas en batallas campales, las más famosas Trebia y Cannas, con tácticas envolventes, como si un martillo golpease contra un yunque. Paradójicamente es lo que les ocurrió a las tropas españolas en Tudela, Mallén y Alagón, donde la caballería napoleónica les flanqueó. Pero en dos de los tres casos hubo un vago intento por los Palafox de ser ellos quienes envolvieran a las tropas napoleónicas, cortándoles las comunicaciones y cayendo sobre sus retaguardias, si bien iban faltos de algo esencial: caballería. En Mallén, Francisco de Palafox se separó del grueso del ejército que dirigía su hermano Luis, con un destacamento de dragones del rey,

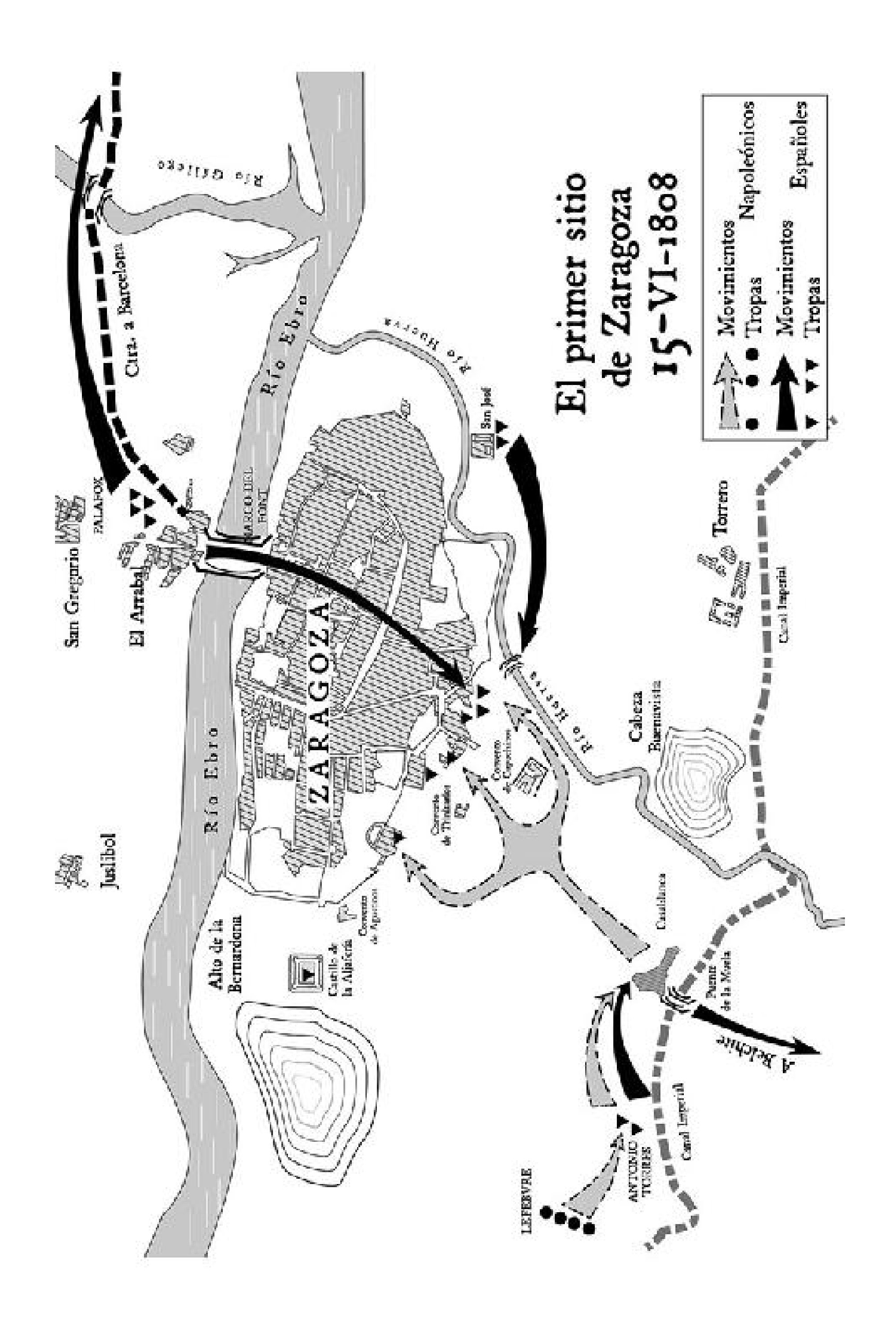
llegando hasta la localidad de Borja, en la retaguardia de Lefebvre. No sirvió de nada porque su escuadrón era corto en número y porque los imperiales sobrepasaron rápidamente las líneas de Lazán, dejando sin opción a Francisco de llegar a la batalla. En Alagón, a pesar de la precipitación a la que obligaron las presiones del vecindario zaragozano, la vanguardia de Piedrafita bien podría haber intentado un flanqueo en paralelo al Canal Imperial, pero se mantuvo en su posición. Cuando José de Palafox se unió a ella con los 200 jinetes liderando una carga, quizás pretendía despejar el flanco sur y flanquear a las columnas de infantería francesa. Sin embargo, como vemos, se impuso la superior caballería polaca.

En definitiva, lo que queda claro es la inexperiencia militar de José de Palafox. Quizás podría conocer las teorías elementales de la guerra dieciochesca, aristocrática, prusiana, de la batalla honrosa entre dos líneas de fusileros en un campo abierto. Quizás podría haber estudiado con profusión las campañas militares de la Antigüedad, pero no era Aníbal, ni Escipión, ni Alejandro Magno. En todo caso, José de Palafox era un militar de salón, de corte y de libros, para el que la guerra no pasaba de una idealización aristocrática e ilustrada típica del XVIII, cuando se vio al frente de miles de civiles que le empujaban a una guerra contra los ejércitos napoleónicos. Sin ejército profesional y sin plazas fuertes, Palafox fue aprendiendo de la guerra real a base de reveses militares. Sus intentos de frenar el avance napoleónico hacia Zaragoza habían sido totalmente infructuosos.

5. CORPUS
15-18 de junio de 1808

Lefebvre pretendía celebrar la festividad del Corpus Christi en Zaragoza el día 16 de junio. A la vista estaban los hechos. El pendón de la rebelión fernandina en Aragón había caído bajo las garras de las águilas imperiales sucesivamente, sin apenas bajas para estas. Cuando el 15 de junio, al amanecer, ordenó a su ejército salir de Alagón hacia Zaragoza, todo parecía hecho.

En la ciudad reinaba la confusión. Habían regresado los miles de paisanos militarizados en los Tercios y los pocos cientos de soldados combatientes, pero volvían abatidos. Sin embargo, animados por el resto del vecindario, que no había ido a la guerra, dejaron a un lado el derrotismo y se aprestaron para el combate. Los habitantes de Zaragoza no querían verse saqueados como Tudela, Mallén y Alagón, mucho menos como Córdoba. Esta vez no iban a batallar en pueblos ribereños, no iban a luchar solo por ideas abstractas y símbolos lejanos, no. En esta ocasión iban a defender sus casas, sus huertos, sus parroquias, a sus vecinos, a sus familias. Su mayor ventaja: tenían unas tapias de ladrillo. Su mayor desventaja: todo lo demás. Teóricamente, los defensores de Zaragoza iban a ser los mismos que se habían retirado de Alagón, y los atacantes los mismos que les habían vencido. Solo cambiaba el escenario, 28 kilómetros y veinticuatro horas distaban entre el uno y el otro.



Sálvese quien pueda

Al alba del día 15 de junio de 1808, el ingeniero español Antonio Sangenís estaba inspeccionando el terreno inmediato a Zaragoza, dibujando, tomando medidas y pensando si había alguna forma de fortificar y defender la ciudad, cuando un grupo de paisanos lo vio y lo apresaron, acusándolo de ser un espía de los franceses. Sangenís había llegado hacía unos pocos días a Zaragoza junto a otros ingenieros que se fugaron de la Academia de Alcalá de Henares entre el 6 y 8 de junio. El 14 por la noche vio llegar a los desbandados de Alagón y observó que algunos paisanos amontonaban sacos de tierra y cruzaban maderos con intención de hacer algo parecido a una fortificación. Su intención era planificar aquello de una forma adecuada, pero no pudo ayudar hasta unas horas después, cuando fue liberado por las autoridades zaragozanas. Bajo la dirección de un cura, Santiago Sas, párroco de San Pablo, y algunos labradores, se comenzaron a abrir aspilleras en algunas tapias de Zaragoza, se apuntalaron las puertas, pusieron tablones delante de ellas y poco más. En los muros de la ciudad no había ni una plataforma para poder situar fusileros sobre ellos, ni fosos, ni reductos delante de las entradas. Ni siquiera se habían tapiado las ventanas de los edificios que daban a las Eras del Rey.

Mientras los 5.000 soldados de Lefebvre se aproximaban con las primeras luces del día 15, el capitán general de Aragón, José de Palafox, tocado con su bicornio y vistiendo levita negra, montaba en su caballo, cogía una bandera blanca en la que se había bordado a la Virgen del Pilar, picaba espuelas y, al trote, recorría las calles zaragozanas y los puestos de defensa, animando a la lucha. Eran las nueve de la mañana. Justo antes había dado varias instrucciones. Tras él, el segundo en el mando era el gobernador de la ciudad, su hermano Luis, marqués de Lazán. Sin embargo, José de Palafox dejó todo el mando militar al teniente de rey de la plaza, Vicente Bustamante. Mientras, el poder civil recaía en el intendente Lorenzo Calvo de Rozas. También había escrito a las autoridades religiosas señalándoles que si el enemigo entraba en la ciudad, sin duda saquearían las iglesias y conventos. Por ello, Palafox daba la orden de que inmediatamente se recogiera «el dinero, plata labrada y alhajas» para que se embarcasen en el Ebro y navegasen aguas abajo con una escolta, hasta el pueblo de Escatrón y de allí al lugar donde se estableciera el cuartel general.

Tras esa cabalgada por la ciudad y su perímetro, bandera de la Virgen en mano, insuflando moral a los combatientes, José de Palafox se dirigió hacia la plaza de la Seo. Allí se reunió con 40 personas de su confianza, las cuales componían su Estado Mayor, y un escuadrón de Dragones del Rey. Este grupo cruzó el río Ebro por Puente, pasó al Arrabal y se encaminó por la carretera de Barcelona. No eran más de

las diez de la mañana. Los primeros tiros de fusilería se oían a poco más de media hora de distancia, en los puntos del Puente de La Muela y la Casablanca. Comenzaba la batalla por Zaragoza y José de Palafox la abandonaba al galope. A su lado, su fiel «cancerbero», el líder del levantamiento del 24 de mayo, el Tío Jorge.[1]

Por qué hizo esto. Era el momento crítico y el capitán general, la máxima autoridad, huía. Militarmente, como venimos explicando, Zaragoza era indefendible. En la teoría de la guerra, una ciudad abierta no tenía por qué resistir, eso era cosa de plazas fortificadas, con sistemas de baluartes, fosos y revellines, con ciudadelas, con medios para resistir asedios. No era el caso de Zaragoza. Los efectivos militares profesionales seguían sin pasar de los 1.000 soldados. Y los Tercios de paisanos ya habían demostrado su inoperancia y fracaso en las tres batallas previas. Por otra parte, en la cabeza de José de Palafox existía una posibilidad, un plan alternativo: reorganizar y reunir fuerzas en el resto de Aragón y continuar la guerra en otro lugar. Y en el caso improbable de que la ciudad resistiera el asalto napoleónico, avanzar hacia la retaguardia enemiga y cortar sus comunicaciones con Navarra. Por eso se dirigieron aguas abajo del Ebro por la ribera norte, libre de franceses, lo cruzaron por zona segura y llegaron a Belchite, pueblo situado al sur de Zaragoza. Desde allí, Palafox escribió al barón de Warsage, diciéndole que saliera con sus tropas de Calatayud y se uniera a él en las riberas del Jalón. Eso sí, Palafox también le manifestaba en esa carta un sentimiento muy humano: el miedo. Había huido de Zaragoza porque, en sus propias palabras, estaba convencido de «los vivos deseos que al gobierno Francés acompaña de saciar en mi cabeza».[2]

Los tiros que pudo escuchar aquel día José de Palafox provenían del Puente de La Muela que permitía cruzar el Canal Imperial. Allí se ofreció la primera resistencia al avance napoleónico. Eran entre las nueve y las diez de la mañana del 15 de junio. El siguiente punto era la Casablanca, también junto al Canal Imperial, a menos de media hora de las puertas y tapias zaragozanas. En esos lugares trataron de hacerse fuertes algunas tropas españolas. En el primer lugar se posicionaron dos compañías de fusileros y tres cañones a las órdenes de Jerónimo Torres. En cuanto aparecieron las primeras avanzadas napoleónicas, otra compañía de fusileros al mando de Antonio Torres acudió a reforzar a su hermano. Tras esos primeros intercambios de disparos, los escaramuzadores franceses o *voltigeurs* se replegaron solo para dejar paso al ataque del grueso de su infantería. A este embate ya no pudieron resistir los Torres y ordenaron una retirada que se hizo con orden hacia la ciudad.[3]

En el segundo punto, en Casablanca, se situaban dos compañías de paisanos con cuatro piezas de artillería a las órdenes de los guardias

de corps Juan Aguilar y Juan Escobar. También se les unió una compañía de fusileros al mando del capitán Antonio Anguita. Allí consiguieron sostener el fuego de fusilería durante dos horas, hasta que las bajas les hicieron replegarse a la mayoría hacia la ciudad con dos piezas de artillería mientras que tuvieron que clavar las otras dos. Anguita y sus 150 hombres cubrieron esta retirada hasta que, viéndose sobrepasados y cortado su camino a Zaragoza, buscaron escapar en otra dirección, hacia el sureste, a Belchite.[4]

Pasaba el mediodía del 15 de junio de 1808 y el ejército de Lefebvre llevaba varias horas combatiendo con éxito. Había conseguido tomar dos posiciones que le permitían atacar la ciudad sin peligro en su retaguardia sur. Tras dejar descansar a sus tropas, que necesitaban beber agua y reponer fuerzas, daría la orden de asalto a la ciudad. Eso sería a las tres de la tarde. La defensa que los hombres de los Torres, Aguilar, Escovar y Anguita dieron en el Puente de La Muela y Casablanca no fue la más heroica ni la más extrema, pero resultó clave. Supuso el tiempo suficiente para organizar mínimamente la defensa de la ciudad. Esos cientos de hombres dieron un tiempo vital al vecindario de Zaragoza. Hombres y mujeres se afanaron por arrastrar cañones hasta situarlos delante de las puertas, protegidos endeblemente con algunos sacos, maderas y rejas. Algunas de esas piezas de artillería fueron salvadas al límite, pues el día de la marcha a Alagón habían quedado en la Torre de San Lamberto, en las huertas al este de la Aljafería. Fue gracias a Ramón Arcos, paisano natural de Fonz, quien con sus caballerías los trasladó a las puertas de la ciudad en la noche del 14, al ver el desorden y confusión con que volvían de Alagón.[5]

Desde las torres de la ciudad y desde los tejados de las casas, se empezaba a atisbar la marcha de las columnas napoleónicas entre los olivares y viñedos del sur de Zaragoza. Sin duda, los 5.000 soldados de Lefebvre levantarían polvareda, el son de los tambores marcando el paso se oiría desde la distancia al igual que los cascos de los 950 caballos, quizás incluso se escucharían canciones muy populares entre los soldados napoleónicos —y más tan confiados como iban— como *la chanson de l'ognion* con su estribillo de *au pas camarade*. Quienes se situasen en la Torre del Pino igual vieron destacar entre el bajo arbolado los banderines blancos y rojos de las lanzas de los jinetes del Vístula. A las tres de la tarde del 15 de junio de 1808 los imperiales estaban frente al recinto urbano. La guerra había llegado a Zaragoza. Para muchos no había escapatoria, este era el último frente: sus casas. Quedaban soldados, paisanos militarizados y población civil, sin grandes generales. Solos ante el peligro.

Otros, sin embargo, siguieron al capitán general, dándolo todo por perdido. Fue el caso de su hermano, el marqués de Lazán, quien junto

al coronel José Obispo salió a caballo de la ciudad, por el norte. No fueron los únicos. Prácticamente todo el Estado Mayor abandonó a Zaragoza en la hora más crítica. Los que no se habían ido con José de Palafox lo hicieron en las horas siguientes, uniéndosele en los pueblos en los que se fue estableciendo el cuartel general: los edecanes Fernando Butrón, Manuel Ena, Josef Pueyo, Emeterio Barreda, Pedro Ignacio Urriés, el marqués de Artajona, Mariano Villapando, Josef Casellas, el duque de Villahermosa, Pedro María Magón, Fernando Ferrer; el ayudante Francisco Muñoz de Toro; el mayor general de Caballería Thomas Matheo; el comandante general de Artillería Ignacio López; el secretario de Guerra Teodoro Cañedo...[6]

La autoridad militar que quedaba al mando en Zaragoza, Vicente Bustamante, intentó reunir al ayuntamiento y algunos oficiales para plantear qué hacer, cómo se podía defender la ciudad o si había otras opciones. No dio tiempo a pensar, los paisanos irrumpieron con las noticias y armas en mano. El ejército napoleónico había iniciado el asalto directo. Lefebvre ordenó un ataque en tres columnas de infantería apoyadas por sus 15 piezas de artillería. Luego, tras acallar los cañones españoles y forzar las puertas, se uniría la caballería polaca. La primera columna de infantería, a la izquierda (oeste), con el 15.º Regimiento de Línea, situada sobre el camino de La Muela, atacaría y tomaría la Puerta del Portillo. La segunda columna, por el centro, estaba al mando del coronel Chlopicki con el Primer Regimiento del Vístula, se encargaría de ocupar la Puerta del Carmen. La tercera columna, a la derecha (este), al mando del general Habert con el 70.º Regimiento de Línea, entraría por la Puerta de Santa Engracia.

Ahora bien, para ejecutar ese plan, los soldados imperiales debían atravesar campos de olivos y viñas. Si bien les favorecía al ocultar su avance y evitarles ser blancos fáciles de los defensores, también les suponía la desventaja de un avance más lento, pues esos campos eran atravesados por acequias, que suponían obstáculos. Además, algunos grandes edificios les podían causar problemas por fuego de flanqueo: el Castillo de la Aljafería, el Convento de Capuchinos y el de Trinitarios. En cualquier caso, la suerte estaba echada.

Tras las tapias

Zaragoza dependía de sí misma. La autoridad del ayuntamiento estaba parada y paralizada, el Estado Mayor, fugado. No había plan de defensa, el único plan era resistir. El vecindario tomó la iniciativa. Aunque no estaba solo del todo. El medio millar de militares profesionales que habían elegido a Zaragoza para combatir por la causa de Fernando VII seguían allí, salvo los pocos que habían partido acompañando al Estado Mayor y los que se llevó Jerónimo Torres tras

retirarse de Casablanca. Entre los que quedaban, Francisco Marcó del Pont con el Batallón Ligero de Tarragona, quien estaba al norte de la ciudad, más allá del barrio del Arrabal, en los altos de San Gregorio, vigilando la zona por si los imperiales trataban de sorprender o envolver por allí. También otros oficiales, como el ingeniero Sangenís o el teniente retirado Luciano Tornos, quienes habían sido arrestados horas antes por los zaragozanos viéndolos sospechosos. Quedaba también en Zaragoza uno de los hermanos Torres, al mando de sus fusileros. Y Vicente Bustamante, quien tenía el mando militar, que intentó organizar aquel ir y venir de gentes armadas. A ellos se sumaba la autoridad civil del intendente Calvo de Rozas, que bien por convicción, bien por coacción, se había quedado en la ciudad y participó de su defensa. Por último, no hay que olvidar al bajo clero, a párrocos como Santiago Sas, y a los líderes populares del levantamiento del 24 de mayo como los labradores Cerezo y Zamoray o el comerciante Felipe Sanclemente, quienes al mando de compañías o agrupando a paisanos dispersos crearon una red social que permitió articular la defensa.

En algunas tapias se habían abierto aspilleras para sacar los fusiles y disparar a resguardo. En las puertas, parte de la artillería vagamente parapetada en las del Portillo y Santa Engracia. En el último momento se colocaron tres cañones en la Puerta del Carmen, otro delante del Cuartel de Caballería, algunos que estaban en la plaza del Pilar se arrastraron hasta la Puerta del Sol. Los 16 artilleros que restaban en la ciudad pronto alertaron de la escasez de munición. Muchas zaragozanas se unieron a la defensa, llevando víveres y suministros al frente de batalla. Estefanía López, vendedora de hierro, y Josefa Vicente, esposa de Cerezo, llevaron todo el hierro y plomo que pudieron reunir para usarlo como metralla en los cañones, llegando a ofrecer las rejas de su casa. En esa alocada búsqueda de munición también destacaron el cerrajero Ventura Pinos y sus jornaleros, que se pusieron a trabajar frenéticamente para proporcionar balas y metralla.[7]

Los tejados de la zona sur de Zaragoza, la que daba a las Eras del Rey, se plagaron de gentes. Algunas eran, en principio, meras curiosas y espectadoras, pero pronto cambió todo. Armados con escopetas de caza, algunos vecinos se convirtieron en aviesos francotiradores desde los tejados que iban desde la Torre del Pino —en el extremo este, junto a Santa Engracia— hasta el Cuartel de Caballería —en el lado oeste, cerca del Portillo y la Aljafería—. Ese debió ser el caso del jornalero Pedro Rubio, que se tenía por «buen tirador» y dirigió certeros disparos junto a la Puerta de Santa Engracia, matando a un sargento francés, al que después saqueó junto a su mujer, llevándose todo lo que el caído tenía en su mochila: una cubierta de cama, una

camisa, un par de medias y un cepillo.[8]

En aquella tarde del 15 de junio, la batalla se extendió en todo el frente de las Eras del Rey, entre las tres columnas napoleónicas y el vecindario de Zaragoza. Fueron varias horas de combate. La improvisación de la defensa se manifestó rápidamente. Las torpemente establecidas baterías de artillería situadas en las puertas fueron desmontadas pronto, en media hora, por los impactos de la artillería francesa. La columna napoleónica de la izquierda se vio amenazada por el fuego que se le hacía por el flanco desde la Aljafería y fracasó en su asalto a la Puerta del Portillo. En seguida giraron a su derecha, bordeando el Convento de Agustinos, y encontraron un lugar por el que entrar en la ciudad: el Cuartel de Caballería. Este era una edificación de ladrillo levantada tan solo hacía unas décadas. Sus ventanas, a pie de calle, daban directamente a la explanada que formaban las Eras del Rey, y no habían sido ni enrejadas ni tapiadas. Los soldados franceses tan solo tuvieron que entrar por ellas. Ahora bien, eso solo fue el primer paso… que les condujo a una trampa mortal, ya que tras la sorpresa inicial los defensores combatieron en el interior del cuartel. Resultó fundamental el teniente de Dragones del Rey Manuel Viana, quien corrió a la defensa de ese punto desde el Portillo, y tuvo que mostrar «energía para contener al paisanaje»,[9] es decir, evitar la huida de los defensores en un momento de pánico. Junto a él, la Compañía de Cerezo dirigía a los españoles en la lucha que se originó en las cuadras, las estancias y escaleras, causando gran número de bajas a los soldados del 15.º y 47.º regimientos que no se esperaban tener que luchar a la bayoneta en ese espacio y quienes hubieron de emprender una retirada.

La columna del centro, con el Regimiento del Vístula mandado por Chlopicki, llegó a unos pasos de la Puerta del Carmen, donde ante las descargas de fusilería de los defensores, quedó frenada en seco. Los primeros disparos de los aragoneses «tumbaron al capitán Karol Emmerych, al teniente Mierzwinski y a quince granaderos». Los soldados napoleónicos se parapetaron entre los olivos cercanos, los ribazos y los edificios de la Torre Ataranesa, frente a la Puerta del Carmen, a apenas veinte pasos de distancia. Comenzó entonces un intenso tiroteo entre ambas partes, quedando los sillares de la puerta acribillados y bastantes muertos y heridos a sus pies. Junto a la puerta, la calle y convento del mismo nombre se congregó multitud de personas de todo tipo que son buena muestra de quiénes defendieron Zaragoza aquella jornada crítica.[10]

Allí, el comerciante Miguel Salamero acaudillaba a sus trabajadores, 20 tejedores y cordoneros; el maestro sastre José Guallart, quien ya había combatido en Alagón, volvía a empuñar el fusil; mientras, Joaquín y Antonio Sánchez del Caso llevaban más de 300 sacos de

lana para proteger a los combatientes; el albañil Miguel Blasco y sus hijos procuraban fortificar el punto y combatían armas en mano. También participaban muchas mujeres, como María Agustín Linares, de veinticuatro años, quien, llevando víveres a la primera línea de combate, fue herida de bala en el cuello, pero, lejos de amedrentarse, cogió un pañuelo y atándoselo en torno a la herida, continuó en el fragor de la lucha.[11] El clero resultó fundamental y no solo por las arengas religiosas. Francisco Viruete y Urquía, arcediano de Belchite pero natural de Zaragoza, enseñaba a los paisanos a cargar y disparar el fusil, ya que muchos seguían disparando con la baqueta dentro, dejando inútil el arma; además de colaborar en el manejo de un cañón. Y, por último, Viruete hacía lo propio a su condición, daba auxilio religioso a los moribundos. En refuerzo de todos ellos llegaron otros grupos de paisanos que, desde la Torre del Pino, salieron por el exterior de las tapias exponiéndose temerariamente al fuego enemigo. La situación se tornó realmente crítica para los hombres de Chlopicki.[12]

Pero quizás uno de los combatientes de la zona del Carmen que más llama la atención es Pedro Lapuente. Este joven, natural de Velilla de Ebro, había llegado a la ciudad junto a otros para formar parte de los Tercios. El 15 de junio se presentó con varios más en el Cuartel de Convalecientes, situado casi enfrente de la iglesia del Carmen, en búsqueda de instrucciones o armas, de donde literalmente salieron «armados por no tener armas con solo dos piedras, no hallando en dicho Cuartel Jefe ni soldado». Tal era el caos que se estaba viviendo. Él y sus compañeros serían destinados al día siguiente a picar metralla, hasta que se les dio licencia para regresar a su pueblo.[13]

Finalmente, la columna napoleónica de la derecha fue la que más éxito cosechó. El 70.º Regimiento de Línea, mandado por Habert, se aproximó hacia la Puerta de Santa Engracia. No recibió gran fuego por su flanco izquierdo, ya que los defensores de la Torre del Pino habían acudido en socorro de los del Carmen. Iniciaron el asalto con facilidad, capturando el cañón de cuatro libras situado delante de Santa Engracia y abriendo el portón. Por primera vez el ejército imperial pisó las calles de Zaragoza, pero aquellos invasores vieron cómo estas estaban atravesadas de barricadas, algunas formadas por los bancos de la iglesia cercana. Mientras los soldados de infantería comenzaban un tiroteo contra los vecinos que las defendían, un destacamento de lanceros del Vístula se adentró en la ciudad. A estos jinetes los mandaba el capitán Fijalkowski e iban seguros de sí mismos, pues llevaban una semana causando el terror en las filas aragonesas. Saltaron sin gran problema la primera barricada y al galope avanzaron por la calle del Carmen, bordeando esta iglesia, el Convento de la Encarnación y el Hospital de Convalecientes. Así

llegaron a las inmediaciones de las plazas de la Misericordia y del Portillo, un espacio abierto en los alrededores de la Plaza de Toros. La vanguardia de estos polacos fue parada entonces por el fuego de los fusileros de Antonio Torres, mientras el resto del escuadrón se vio acometido de repente por una multitud de civiles, destacando las mujeres, como Joaquina Plazas o Casta Álvarez, que armadas con cuchillos y chuzos, los descabalgaron y degollaron. Ninguno salió con vida. Simultáneamente a estos combates, el general Habert no conseguía avanzar en Santa Engracia, pues los paisanos al mando del labrador Zamoray habían colocado un cañón en la plaza, diezmando a los franceses.[14]

Lefebvre seguía la batalla desde la Torre de Escartín, a las afueras de la ciudad, sobre la carretera de Madrid, donde había establecido su puesto de mando. Cuando observó a los hombres de Habert entrando en la población por Santa Engracia debió pensar que ya estaba todo hecho. Estaba equivocado, atravesar las tapias de Zaragoza no era conquistarla. En todo el frente, las tres columnas napoleónicas estaban estancadas, sin poder avanzar, mientras la tarde del 15 de junio avanzaba. Crecían las bajas en ambos bandos, pero la situación no variaba. Grupos de civiles sin dirección estaban conteniendo a un ejército profesional durante horas. La cuestión es cuánto más aguantarían. Lefebvre, aunque sorprendido por la resistencia ofrecida, estaba convencido de que no podía prolongarse mucho más aquella batalla. Sin embargo, poco antes de las siete de la tarde sucedieron dos hechos que decantaron el resultado para uno de los bandos.

Victoria increíble

En la tarde del 15 de junio de 1808, entre los altos de San Gregorio —unas elevaciones en la margen izquierda del Ebro, hacia el norte, a una hora a pie del centro de la ciudad— y el barrio del Arrabal, se encontraba el teniente coronel Francisco Marcó del Pont, al mando de cerca de mil hombres, entre paisanos militarizados y su Batallón Ligero de Voluntarios de Tarragona, con quienes se había fugado de Pamplona a primeros de mes. Desde allí pudo observar la embestida napoleónica contra las tapias del sur de la ciudad. Las nubes grises formadas por la pólvora se iban haciendo cada vez más densas, conforme se intensificaba el fragor de los combates. A pesar de que debía guarnecer el Arrabal y toda la margen izquierda, Vicente Bustamante le ordenó acudir en socorro de la ciudad. Marcó del Pont formó a su tropa, atravesó Zaragoza de norte a sur y se encaminó a la batalla. Su llegada fue determinante, pues los paisanos dirigidos por Zamoray en Santa Engracia y los que defendían el Carmen estaban exhaustos tras horas de combate.[15]

Junto a estos refuerzos, resultó también clave la aparición del

coronel de caballería Mariano Renovales, quien ya llevaba toda la jornada combatiendo a lo largo de la línea de tapias zaragozanas. Renovales era de origen vasco, pero en 1790, con dieciséis años, había partido al Virreinato del Río de la Plata. Asentado en Buenos Aires, junto a su tío, se había dedicado al comercio hasta que en 1793 entró en el ejército borbónico. En 1806 y 1807 Renovales combatió a las invasiones inglesas, destacando en la batalla del Perdriel, la cual posibilitó la reconquista española de Buenos Aires. En aquella ciudad se dieron combates urbanos al grito de «vencer o morir» que supusieron una experiencia bélica importante para él. Un año después, en 1808, se encontraba en su Vizcaya natal cuando se enteró del levantamiento aragonés y se dirigió a Zaragoza. Su llegada a la ciudad había llenado de confusión a las patrullas de paisanos, quienes lo vieron aparecer con uniforme de oficial de las tropas rioplatenses y probablemente hablándoles con un acento extraño, mezcla de bonaerense y vasco, que nunca habían oído aquellos aragoneses y que lo quisieron detener por espía.[16]

Renovales, viendo lo reñido del combate del 15 de junio, marchó a la retaguardia, al centro de la ciudad, donde reunió un grupo de 150 paisanos envalentonados a los que convenció para un osado plan. Salieron por la Puerta del Ángel y, dando un rodeo por una zona alejada de la batalla, llegaron al Convento de San José, al otro lado del río Huerva, en su margen derecha, al este de la ciudad. Desde allí, continuaron bordeando las escarpadas riberas del río hasta llegar al puente inmediato a la Torre del Pino y cercano a Santa Engracia. Lo atravesaron y rápidamente abrieron fuego contra el 70 Regimiento francés de Habert, que estaba enfrascado en una horrorosa lucha contra los defensores de aquel punto. Durante las dos horas siguientes, se produjeron avances y retrocesos de ambos contendientes en el entorno de la Torre del Pino, resistiendo los hombres de Renovales hasta cargas de los lanceros polacos. Importante resultó que este contraataque sorprendió por su flanco derecho a los imperiales, permitió a los españoles recuperar el cañón ubicado en la Puerta de Santa Engracia, con el que dispararon metralla a los atacantes.

Hacia final de la tarde, los defensores de la línea del Carmen a Santa Engracia, reforzados por estas tropas de Renovales y las de Marcó del Ponto, iniciaron la contraofensiva definitiva. Los tejados de las casas estaban plagados de paisanos haciendo fuego de escopeta y fusil. Obligaron a las tropas de Lefebvre a replegarse, dejando tras de sí un gran número de bajas y perdiendo cinco banderas —una fue capturada por un muchacho de once años—, un tambor y seis piezas de artillería. Pasadas las siete de la tarde de aquel caluroso 15 de junio de 1808, la batalla había acabado. Se le llamaría la batalla de las Eras. Zaragoza estaba salvada, contra todo pronóstico. Se había salvado a sí misma.

En aquella jornada «todos fueron generales, ingenieros, artilleros y soldados», aunque «todos querían mandar y pocos obedecer».

Y Lefebvre no celebraría el Corpus Christi al día siguiente. Como general, había seguido el mismo esquema estratégico y mental por el que se regían todos los subordinados de Napoleón. Iba a dar su merecido castigo a unos campesinos rebeldes y bandidos de un país que consideraba inferior. En las batallas había lanzado a sus columnas de infantería y flanqueado con la caballería, consiguiendo victorias rápidas y fáciles, casi como si de un manual se tratase. Y al llegar ante una ciudad abierta, sin mando, sin ejército, sin defensas, había ordenado un asalto directo que no debiera haberle supuesto grandes bajas ni esfuerzos. Pero había cometido errores, probablemente por un exceso de confianza tras los combates previos. Por un lado, apenas había dado descanso a sus tropas entre la batalla de Alagón, la toma de los puestos sobre el Canal Imperial y el ataque a la ciudad. Por otro, no había hecho un reconocimiento previo en profundidad. Aunque tenía buenos planos de la ciudad y los caminos que llevaban hasta ella estaban despejados, no tuvo en cuenta lo que podía suponer una batalla prolongada en ese terreno, ni pensó en otros puntos por los que atacar. Envió a su ejército de frente. Eso debería haber bastado.

Pero Zaragoza rompió las reglas de la guerra. Primero, con su intención de resistir; después, haciéndola efectiva. La de los defensores fue una victoria que nadie vio venir. Las tropas napoleónicas sufrieron más de 700 muertos, además de los heridos y 30 prisioneros, mientras que en el bando español hubo 300 bajas. Para Lefebvre suponía una grave derrota, una humillación. En torno a un 15 por ciento de bajas y un desplome de la moral de sus soldados. Entre esas pérdidas había, además, notables oficiales como el jefe de batallón Pentin, los capitanes Antonie y Rey, y los subtenientes Lapaire y Suarski. Habían fracasado ante un objetivo que parecía fácil, ante civiles armados. El polaco Józef Mrozinski no entendía cómo «el ejército cuya sola presencia bastara para que las fortalezas de Prusia abrieran sus puertas (…) había tenido que rendirse en el asalto a una ciudad». Conforme iba oscureciendo el día, el toque de corneta ordenó la retirada. Las tropas napoleónicas establecieron su campamento al sur de la ciudad, más allá del Canal, en Valdespartera, junto a la ermita de Santa Bárbara. Un destacamento quedó establecido en los altos de la Bernardona, al oeste de la Aljafería. Unos pocos fueron hasta el Monasterio de Santa Fe, a por víveres, y lo saquearon. La retirada, cargando con los heridos, fue bastante penosa. Al cruzar el Canal, el teniente Dobiecki lo dejó claro, estaban «cansados y hambrientos». Aquella noche del 15 al 16 de junio, los soldados napoleónicos durmieron al raso, desfallecidos. Lefebvre se vio obligado a pedir

refuerzos.[17]

La noche del 15 se pasó en Zaragoza de manera muy distinta. Las banderas y cañones capturados a los franceses se trasladaron al interior de la ciudad entre la alegría por la victoria. Al amanecer del día 16 de junio, cientos de cadáveres seguían insepultos en las Eras del Rey o Campo del Sepulcro. Esta segunda denominación era más pertinente en aquella mañana. No se celebró el Corpus Christi, había que enterrar a los muertos. Con carros se trasladó a los caídos españoles hasta el fosal del Hospital de Nuestra Señora de Gracia. A los soldados enemigos los echaron a una fosa junto al Convento de Capuchinos. Después, conscientes de que solo había sido el principio, se pusieron manos a la obra. Había que fortificar Zaragoza. Las tapias estaban llenas de brechas que reparar; los caminos que llevaban a la ciudad se debían inutilizar, para lo cual se talaron y cruzaron árboles; las calles próximas a las puertas se llenaron con los bancos de las iglesias a modo de barricadas; había que excavar fosos delante de las puertas; y, por último, había que distribuir entre todos los combatientes comida, armas y pólvora.[18]

La batalla de las Eras tuvo profundas consecuencias que marcaron la historia de Zaragoza y a todos los contendientes. Fue un gran punto de inflexión. Para el ejército napoleónico supuso un *shock* y un replanteamiento de su estrategia, mientras que para el bando español fernandino supuso una grata sorpresa. José de Palafox recibió la noticia de la victoria en el pueblo de Belchite, al sur de Zaragoza. Entonces cobró verdadero sentido su idea de reunir un ejército con el que atacar la retaguardia napoleónica en el Valle del Ebro. Había conseguido reunir unos 2.500 hombres que unidos a los de Warsage podrían formar un contingente considerable en el Valle del Jalón remontándolo hasta Alagón. Se apresuró a escribir y distribuir una proclama alabando el «heroico valor» de los aragoneses «en defensa de la causa más justa que puede presentar la historia», con una hazaña que causaría admiración en Europa, llamándoles a la confianza en la Virgen del Pilar y animando a la resistencia, pues pronto acudiría en su ayuda con un ejército.[19]

En lo ajetreado de la defensa, muchos no tuvieron ni tiempo de enterarse de la noticia de la salida de Palafox en la mañana del 15, pero cuando aquella primera victoria fue un hecho, muchos en Zaragoza se empezaron a preguntar dónde estaba su capitán general. Algunos paisanos que sí se percataron el mismo día de la ausencia de tantas autoridades usaron la amenaza y la coacción contra los que quisieran huir, quienes pudieran dar muestras de cobardía, esparciéndose «por el campo con escopetas y otras armas, amenazando a todos los que intentaban escaparse».[20] José de Palafox envió a su hermano Luis, marqués de Lazán, con todos los poderes, para que

tomase el mando en la ciudad mientras él estuviera ausente. De esta forma, Lazán deshizo su camino y con una pequeña escolta volvió a cruzar al norte del Ebro dirigiéndose hacia el Arrabal.

Mientras tanto, el vecindario zaragozano iba tomando verdadera conciencia de lo que había hecho el día 15 y lo que suponía. Abandonados, solos, habían vencido a un ejército que se tenía por el mejor de Europa. Las tropas de Lefebvre podían no ser las de Napoleón en Austerlitz, pero simbólicamente, en el imaginario colectivo el resultado era el mismo. Las águilas napoleónicas derrotadas y humilladas por hombres y mujeres de a pie en una ciudad sin importancia militar en el noreste de España. La autopercepción de ciudad resistente, de una comunidad capaz de hacer frente por sí sola al enemigo, se empezaba a forjar.[21] Junto a ello, con la propaganda de guerra y la propagación de las noticias, se comenzó a forjar un mito que rápidamente traspasaría fronteras. Además, se convertía en un foco de atención del escenario bélico, en un imán de atracción para cualquier español que se quisiera oponer a la ocupación: el día 17 llegaron muchos mozos alistados en las Cinco Villas y el 18 varias decenas de soldados portugueses huidos de las filas francesas y varias partidas de regimientos españoles huidas de Madrid y Barcelona.

Entre el 15 y el 18 de junio fueron el teniente del rey Vicente Bustamante y el intendente del reino Lorenzo Calvo de Rozas las autoridades que intentaron poner algo de orden en la defensa de Zaragoza. Esos días, nombraron comandantes de los distintos puntos de defensa, así como partidas móviles que podían ir a reforzar el lugar atacado: Francisco de Paula Zapata, Renovales, el capitán Moscoso, el teniente de Voluntarios de Aragón Juan Blancas, el coronel Arnedo, el coronel Samitier, Ramón Adriana, el cura Sas, el labrador Zamoray, el comerciante Andrés Gurpide y el alcalde de barrio Miguel Abad. También se dispuso, ya con Sangenís libre, construir y artillar baterías delante de cada una de las puertas de la ciudad, despejando el terreno inmediato con la tala de árboles y derribo de casas de campo, para poder hacer tiro al enemigo. Se usaron bancos de las iglesias, tablones de las tiendas, sacos rellenos de tierra para fortificar la ciudad. A la vez, se volvían a movilizar carros, carretas y caballerías para aprovisionar de trigo y pólvora a Zaragoza.

En los días inmediatos a la batalla de las Eras hubo que ocuparse también de asuntos más mundanos. Varios de los heridos en los combates fallecieron a resultas de ellos. Ese fue el caso, por ejemplo, de Jaime Rosal, del barrio de San Pablo. Este joven, de oficio soguero, se había alistado en la compañía de Mariano Cerezo, empuñando las armas el 15 de junio, recibiendo graves heridas que le causaron la muerte tres días después, el 18 de junio.[22]

Otro de los combatientes no tuvo un trágico final, pero sí lo que consideró un atropello. El jornalero Pedro Rubio, que saqueó a un sargento francés al que había matado, se quejaba ese 18 de junio de que un alguacil se había presentado en su casa, intimidando con las armas a su mujer y arrebatándole el botín, aduciendo que no era tal sino ropas robadas del hospital. Eso conllevó el enfado de estos vecinos que escribieron al mismo Palafox reclamando lo que creían legítimamente suyo, ganado en la batalla con riesgo de sus vidas. Y más cuando Rubio seguía saliendo esos días a vigilar a los franceses junto a otros paisanos. Para él no solo era importante por una cuestión de honor, sino material «por ser un pobre jornalero que con el sudor de su rostro sostiene su pobre mujer y familia».[23]

6. CAOS
18 de junio-julio de 1808

En la mañana del día 18 regresó a Zaragoza Luis de Palafox, marqués de Lazán, quien inmediatamente aglutinó el mando militar y político de la ciudad como gobernador de la misma. Un día antes, Vicente Bustamante había recibió una carta del general francés Lefebvre intimando a la entrega y rendición de la plaza, a lo que respondieron con una clara negativa. La ciudad tenía la firme voluntad de resistir. De eso se había percatado el propio Palafox, y por ello había mandado de vuelta a su hermano, junto con un manifiesto en donde declaraba la guerra a muerte en su primer artículo: «Que mediante los excesos cometidos por el ejército francés en Aragón, si se repitiere uno solo, cualquiera de sus soldados que no rinda las armas sea degollado, entendiéndose lo mismo con los oficiales».[1]

Además, Palafox ordenaba que los vecinos de los pueblos que habían acudido a Zaragoza para el alistamiento regresasen a sus localidades de origen. Demasiados hombres desarmados sin oficio en la ciudad, mejor que estuvieran trabajando sus campos pero prestos a tomar las armas y formar una reserva militar. De nada servían encerrados en una plaza que iba a sufrir asedio. En esta ocasión, el capitán general se dio cuenta del sinsentido militar que era agrupar en un mismo punto gran número de gentes desarmadas.

A la vez, las tropas napoleónicas recuperaban fuerzas, recibiendo refuerzos y consiguiendo suministros mediante requisas y saqueos en los pueblos que circundaban Zaragoza, como Utebo y Monzalbarba. Napoleón ordenó a Berthier enviar tropas y artillería desde Pamplona cuando recibió la noticia de lo sucedido el día 15 en la batalla de las Eras. La Brigada Grandjean llegó al campamento frente a la ciudad el día 21, poco después lo haría el coronel Pepin con el Cuarto Regimiento de Marcha, con dos cañones y otra columna mandada por el coronel Piré, que salió de Bayona. A todo ello se unían seis morteros, ocho obuses y la orden de que el general Verdier acudiese desde Miranda de Ebro y tomase el mando del ejército atacante. Bruno Lacoste, coronel de ingenieros, empezó a estudiar minuciosamente la cartografía y la topografía de la zona para instalar la artillería. A partir del día 21 comenzaron las obras en el alto de la Bernardona para bombardear las defensas de la ciudad. En total, 13.000 soldados napoleónicos con 34 piezas de artillería que, a finales de junio de 1808, se aprestaban para tomar Zaragoza.[2]

Frente a ellos se mantenía el vecindario zaragozano, al que se unían los efectivos militares: los nuevos soldados que habían llegado huyendo de las zonas ocupadas, los que volvieron con Lazán y los que ya habían participado en la defensa del día 15. Sumaban 2.446 hombres de las Guardias Españolas y Valonas, Suizos, Ligero de Tarragona, Dragones del Rey… Con el capitán general, entre los pueblos de Belchite y Longares se encontraba el resto de la tropa.[3] Aunque en esa segunda quincena de junio los imperiales no intentaron ningún nuevo asalto general, sí que hubo tiroteos entre las avanzadas de ambos. Esa línea de combate se llegó a situar «a tiro de pistola» de algunas puertas, como expuso Francisco Aznar, quien seguía lamentando el mal uso que hacían los paisanos de los fusiles, disparando a gran distancia ante el menor movimiento del enemigo.[4]

Entre el orden del marqués de Lazán y la desconfianza hacia Palafox

Cuando el 18 de junio regresó, el marqués de Lazán tenía mucho trabajo por delante. La ciudad estaba en ebullición, en una resaca colectiva tras la embriaguez de la inesperada victoria en soledad. Cada uno hacía la guerra como creía conveniente, a su manera, sin someterse a la autoridad y menos a la militar. Las compañías de paisanos, regularizadas o no, los disolutos Tercios, las mujeres, los frailes, iban de un lado a otro sin una estrategia definida, sin un plan concreto. Allí cavaban un foso, allí erigían una barricada, un grupo de vecinos salía a observar a los franceses mientras otros disparaban desde la distancia. En Zaragoza reinaban el descontrol y la desorganización. Bustamante y Calvo de Rozas se debían de desesperar intentando poner orden en aquel marasmo. Lazán se uniría a la ardua tarea de procurar que aquello se pareciese a una defensa organizada según los parámetros militares de la época. Todavía no habían asimilado la excepcionalidad que estaba configurando Zaragoza. Tanto las reglas de la guerra dieciochesca como de la napoleónica habían estallado por los aires. Y más que lo harían.

En la segunda quincena de junio, Lorenzo Calvo de Rozas, como intendente, todavía daba bandos en los que ordenaba que «todas las mujeres, ancianos y niños se retiren a sus casas cuando hubiere fuego o se toque la generala, y no se presenten por las calles». Todavía concebía a ese grupo de civiles como no combatientes, cuando las mujeres ya habían combatido en primera línea en la batalla de las Eras. Por contra, sí había tomado consciencia de que un combate urbano era factible, indicando que si los enemigos lograran entrar en el recinto urbano, «que desde las ventanas ofendan al enemigo con armas de fuego, piedras o cualesquiera otra defensa, por cuyo medio se logrará su total exterminio».[5]

El marqués de Lazán procuró organizar adecuadamente las baterías de artillería en las puertas, bajo dirección de Sangenís, controlar las rondas armadas tanto para prevenir sorpresas de los atacantes como para el orden interno, controlando a la población, y reunió a la Junta de Defensa. En dicha Junta se encontraban oficiales militares como Bustamante y Cornel, además de los curas de la Seo, San Felipe, Joaquín Pascual, los ministros de la Real Audiencia Francisco Cocón y Santiago Piñuela, el comerciante Felipe Sanclemente y, como secretario, el teniente coronel Francisco Marcó del Pont. En una primera reunión, el 23 de junio, se acordaron los diversos puntos. Uno era trasladar a los prisioneros franceses al Castillo de Mequinenza mientras que los desertores apresados serían conducidos al Castillo de Monzón, por los peligros que podía suponer tenerlos en la Aljafería. Otra resolución fue que los extranjeros —portugueses, alemanes, rusos y polacos— se agregarían al Regimiento Extremadura, lo cual provocó tensiones entre estos soldados. También acordaron que se debían pagar los sueldos a los oficiales del ejército, cuestión que se convirtió en queja asidua de quienes combatían y no cobraban. Además, se fijó el número de efectivos que debía custodiar cada puerta: 200 en la del Portillo y otros tantos en las de Carmen, Sol y Ángel, 100 en la de Sancho.

Por último, acordaron dos puntos muy ilustrativos de la caótica y desordenada situación militar. Anunciar, con bando público, que se prohibía disparar sin orden de los oficiales. Y eso era porque los paisanos hacían fuego cuando les parecía, alarmando innecesariamente, desperdiciando pólvora porque disparaban a mucha distancia e individualmente —recordemos que se era efectivo a corta distancia y en salva conjunta de una línea de fusileros—. A ello se añadía la orden de que la tropa regular se mezclase con los paisanos en el servicio militar, porque las desconfianzas mutuas estaban a la orden de día, generando tensiones y conflictos. Además, los veteranos podían instruir en el correcto uso de las armas a los civiles militarizados, economizando los recursos bélicos y aumentando la eficacia de los combatientes. La Junta dejaba bien claro este punto, pues «que no solo conviene, sino que importa muchísimo para animar a estos y hacer por si el servicio de avanzadas y descubiertas».

También se estableció un plan de señales y alarma. Por un lado, en la Torre Nueva, el punto más alto dentro de la ciudad, se colocaron vigías que en caso de ataques y bombardeos hacían sonar las campanas. Por otro, se estableció un plan de señales mediante cohetes: se dispararía uno cuando hubiera sospecha de avance del enemigo, dos cuando realmente atacasen, tres cuando fuera solo una avanzada, cuatro cuando fuera una columna, cinco cuando se diera un asalto general.

A esto se sumaron otras disposiciones más tomadas por el marqués de Lazán. La primera, proveer de instrumentos adecuados a los ingenieros que debían tomar mediciones y disposiciones para fortificar la ciudad, además de a los vigías de la Torre Nueva. Con dicho fin, se reunieron el día 26 en la Escuela de Matemáticas de la Real Sociedad Económica de Amigos del País el capitán de marina José Rivera, el teniente y catedrático de matemáticas Mariano Villa y Diego de Torres, quienes tomaron de dicho lugar un grafómetro con sus pies, un teodolito con sus pies y un estuche con tres reglas. La segunda cuestión, clave, fue mantener el suministro de pólvora, siempre escasa, a la ciudad. Desde Villafeliche, Ángel Baygorri remitió 500 arrobas de pólvora, escoltadas por medio centenar de soldados, el 29 de junio.[6]

Y no descuidaron el aspecto psicológico. A pesar de que el vecindario estaba ufano por su victoria del día 15 de junio, la angustia de verse asediados era creciente. El ejército napoleónico seguía a las puertas de la ciudad y cada vez aumentaba su número y artillería con los refuerzos que recibía desde Pamplona, Miranda y Bayona. También había que unir los lazos entre civiles y militares, quienes tenían formas distintas de ver y hacer la guerra, la cual no había hecho más que empezar. Se necesitaba cohesionar a los defensores. Y Lazán debía dejar claro mediante un acto público y ceremonial, cargado de simbolismo, que en Zaragoza había autoridad, la de los hermanos Palafox, representada en esos momentos por él, en ausencia de su hermano menor. De acuerdo con la Junta, el 26 de junio se realizó un acto solemne en las Eras del Rey, delante de la Puerta del Carmen: un juramento de los defensores ante la bandera de la Virgen del Pilar. A las doce del mediodía de aquel día, en el escenario constituido por las tapias donde se había vencido a los imperiales el día 15, formaron las tropas. Allí juraron «defender la religión, el rey y la patria».[7]

El mismo día, el marqués de Lazán respondía a una propuesta de rendición que le había enviado el general Lefebvre: «Esta ciudad y las valientes tropas que la guardan han jurado morir antes que sujetarse al yugo de la Francia» y advertía que «una nación poderosa y valiente decidida a sostener la justa causa que defiende, es invencible y no perdonará los delitos que usted o su ejército cometan». Una respuesta clara y contundente le reforzaba hacia el interior y proyectaba al exterior la voluntad de resistir.[8]

Todas estas medidas pretendían poner orden en una situación en la que todo era un caos, como dejaban patente los distintos sucesos de aquella segunda quincena de junio. El mismo día de la llegada de Lazán, el 18 de junio, los soldados alemanes estuvieron a punto de amotinarse. Estos se encontraban en la Puerta del Carmen, al mando del capitán Pablo Casamayor y no querían ser cambiados de unidad, no querían reintegrarse a su antiguo regimiento pues «ni pueden ver»

a su antiguo comandante. En el mismo punto, los alistados en los Tercios se marchaban cuando querían y a donde gustaban, demandando que se les pagasen cuatro reales diarios, de lo que daba cuenta Juan Blancas. Un día después, el 19 de junio, el capitán Antonio Aguerri, comandante de la huerta del Convento de Agustinos Descalzos, junto al Portillo, manifestaba la falta que tenía de hombres y fusiles para mantener aquel punto. Es más, se quejaba de los paisanos a los que comandaba, pues advertía que huirían «como lo hicieron en Alagón» en el caso de ataque. Similar aviso daba, el día 24, José Obispo, quien se quejaba del «desorden con el que se hace el servicio en las puertas y puestos de defensa de la ciudad».

No era mucho mejor la situación en el único punto realmente fortificado de la ciudad: la Aljafería. Los días 18 y 19 Lucas de Velasco se quejaba con amargura del sindiós que suponía tener que guarnecer el castillo con paisanos indisciplinados, que iban y venían sin atenerse a su autoridad como militar. Solo la Compañía de Cerezo mantenía el orden. Velasco demandaba seis compañías, pero de soldados, no de civiles, para poder proteger la Aljafería de un enemigo que estaba a la vista en el alto de la Bernardona. También demandaba un cirujano para atender a los heridos, artillería y un maestro armero que pudiera reparar muchos fusiles que estaban estropeados.[9]

Otros paisanos, que habían sido movilizados para trabajos de fortificación, dejando de lado sus oficios habituales, se quejaban de la miseria que la situación les provocaba. Ese era el caso de los cómicos Salvador Hidalgo y Josef Calvet, quienes habían cambiado las tablas del teatro por los tablones de baterías y barricadas, bajo órdenes del alcalde del barrio de la Verónica. Desde el 14 no habían cesado de trabajar en las defensas día y noche. Junto a ellos multitud de carpinteros y albañiles de la ciudad que trocaban la construcción de casas por la apertura de aspilleras y la erección de baterías bajo el mando del capitán José de la Cruz. Por estos trabajos no estaban recibiendo los jornales, con las consiguientes penurias propias y de sus familias. Por ejemplo, Hidalgo, de cuarenta y ocho años, estaba soltero, pero de sus recursos dependían dos hermanas, mientras que Calvet estaba casado.

Una de esas obras era la apertura de troneras para poder disparar a resguardo con los fusiles, tras las tapias. Pedro Nolasco Lafuente y el ingeniero Romero dirigían los trabajos para abrir 64 troneras en los muros que rodeaban al gran edificio dieciochesco de la Real Casa de Misericordia, junto a la Plaza de Toros y dando a las Eras del Rey. Pero eso lo hacían sin protección militar. Es decir, en caso de ataque napoleónico estarían totalmente a su merced. Tras demandar combatientes, consiguieron que en la noche del 23 fueran 17 voluntarios de Aragón a modo de guarnición. Sin embargo, en la

madrugada del 24 abandonaron el puesto. Nolasco manifestaba con preocupación que «palpable es la necesidad que hay de guardar esta casa a cualquiera que sepa que es el almacén de todas las municiones». Y es que allí se llevaban pólvora, papeles y balas para elaborar cartuchos. En tal tarea se afanaba un nutrido grupo de frailes, pero en estos hombres también había una indisciplina desquiciante en esos momentos bélicos. Ese mismo día 24 de junio, los frailes se marcharon a comer, exponiendo su intención de no regresar al trabajo de fabricación de cartuchos. Cuando Nolasco les insistió en que regresasen, pues era urgente que los combatientes dispusieran de munición, la respuesta de estos frailes fue clara: no volverían hasta que no fueran a trabajar también los frailes del Convento de San Lázaro y los del Monasterio de Santa Engracia. Era la versión clerical de los alistados amotinados en Daroca: «O todos o ninguno».

A la falta de quienes trabajasen a toda mecha en la elaboración de cartuchos se sumaron otros graves problemas. Quienes estaban destinados a trabajos de fortificación, de transporte de suministros, de cocción de pan en los hornos o de elaboración de munición no podía sostener las armas, vigilar y combatir. Pero el trabajo de unos y otros eran esencial para que la ciudad funcionase y resistiera. Frailes, mozos horneros, albañiles, carpinteros, mujeres de diversos oficios, soldados, y carreteros. Precisamente de uno de estos últimos vino el estallido de un nuevo problema. El 27 de junio de 1808, a las dos de la tarde, un carretero llevaba un cargamento de pólvora al principal almacén de la ciudad: el Real Seminario de San Carlos, mole barroca de ladrillo situada en el Coso bajo. Parece que iba fumando un cigarro, el cual tiró al suelo con tan desgraciada fortuna que una chispa saltó. De forma inmediata prendió la pólvora, en cadena, provocando una tremenda explosión que se escuchó hasta en el campamento napoleónico, más allá del Canal Imperial, desde donde también se vio la gran columna de humo.

El Real Seminario, el gran almacén de pólvora de la ciudad, había estallado por los aires, vomitando cascotes y a todas las personas que se encontraban en su interior. La deflagración afectó a numerosas casas inmediatas. El barrio quedó asolado, convertido en un montón humeante de ruinas. El ruido ensordecedor, la nube gris de pólvora mezclada con el polvo de los ladrillos que se hicieron añicos. A ello se sumó el impacto psicológico de quienes lo oyeron, vieron y sintieron cuando Zaragoza tembló como si fuera azotada por un terremoto, no quedando un solo vidrio sin romper. Lo peor se lo llevaron quienes estaban en el edificio y alrededores, incluido el pobre carretero causante de la explosión. En ella falleció el comisario de guerra Pedro Aranda y toda su familia, entre otras personas.

Tras este triste suceso, las autoridades decidieron distribuir la

pólvora en distintos almacenes repartidos por toda la ciudad, en vez de concentrada en un único punto, para evitar repetir tamaños males humanos, materiales y militares. Uno de esos sitios de almacenaje fue la iglesia de San Juan de los Panetes, a orillas del Ebro, cerca del Pilar. Sin embargo, allí también surgieron problemas. El 30 de junio, Blas Franco se acercó al puesto de guardia de dicho almacén, preguntó por el cabo y cuando lo encontró le insultó «con expresiones muy pesadas contra su estimación», porque la noche anterior, cuando el citado cabo estaba de ronda, le había encarado con el fusil a la puerta de su casa. No fue el único suceso en el nuevo almacén de pólvora. Poco después, los eclesiásticos que trabajaban en él se quejaban del retraso de las obras cuyo objetivo era tapiar las ventanas de la iglesia, ya que en un descuido o por malicia se podía introducir fuego, con terribles resultados similares a los experimentados en el Real Seminario.[10]

Y en todo este caos, Zaragoza seguía sin su capitán general. Se desconfiaba de él, se empezaba a pensar que su ausencia se debía bien a cobardía o traición. Los ánimos del pueblo estaban caldeados, el ejército napoleónico a la vista, y las autoridades desbordadas y temerosas, tanto del enemigo como de los más exaltados dentro de la ciudad. El 29 y 30 de junio la Junta escribió desesperada a José de Palafox. Exigían su regreso sin demora «para evitar las funestas consecuencias que puede producir la larga ausencia de Vuestra Excelencia de esta Capital». Tanto apremiaba la situación que la Junta encargó que «el oficial dado de esta tiene orden expresa de no venirse sin acompañar de Vuestra Excelencia». A la vez, otro comisionado, Cristóbal López de Ucenda, se dirigía a Valdealgorfa (Teruel) en búsqueda de refuerzos provenientes de Valencia.[11]

Mientras Lazán, la Junta y los militares intentaban encauzar la situación, la guerra proseguía, con baja intensidad porque Lefebvre no intentaría nada hasta tener todos sus refuerzos, pero sí con pequeñas escaramuzas en las huertas que rodeaban a la ciudad, con avanzadillas de paisanos que se acercaban de forma temeraria hasta las líneas napoleónicas o con avanzadas imperiales que se acercaban a distancia de tiro de pistola de las puertas, para observar las defensas zaragozanas. Cada cual hacía la guerra a su manera. En el perímetro tapiado de la ciudad se podía observar un ir y venir de todo tipo de gentes que reflejaban la heterogeneidad de quienes habían combatido el 15 de junio y quienes se aprestaban a seguir combatiendo y resistiendo.

Bajo dirección del ingeniero Sangenís y otros, las baterías delante de las puertas de Zaragoza podían llamarse ya tales. Se aprovechaban edificaciones contiguas, tenían formas semicirculares, se cavaban fosos y con la tierra se erigían terraplenes y se llenaban cestones, se ponían sacos de lana para amortiguar impactos, se construían empalizadas y

muretes de ladrillo y entre ellos asomaban varios cañones de distintos calibres, tras lo cuales se colocaban obuses y morteros. Los primeros podían disparar bala rasa o metralla en línea recta, mientras que los segundos disparaban en parábola a mayor distancia. El 15 de junio los paisanos solamente había colocado y utilizado una veintena de piezas artilleras de las 80 que había en la Aljafería. Eso cambió, y cada vez se habilitaron más, aumentando la potencia de fuego. Los pocos artilleros presentes fueron formando a los defensores en el manejo de las mismas, que no solo había que cargar y disparar, sino refrescar para que no estallasen al calentarse tras varios disparos. El último paso era acercar el botafuego a la mecha y disparar.

Así se constituyeron los primeros puntales de una ciudad que se preparaba para soportar un asedio. Cada batería necesitaba comandantes que dieran las órdenes oportunas, de cuándo había que disparar para garantizar la efectividad y no malgastar munición, de cómo colocar la artillería y los cestones que la protegían. Los paisanos militarizados predominaban en ellas. Con sus sombreros de ala ancha o chisteras con la escarapela roja, sus chaquetas y armados de fusiles, la mayoría sin bayoneta, y algunos afortunados con canana para las municiones. Junto a ellos, otros paisanos provistos de todo tipo de armas: escopetas de caza, lanzas, chuzos —palo con una bayoneta—, cuchillos, escudos y espadas. En la inmediata retaguardia los pocos oficiales intentaban instruir en la formación de línea a aquellos paisanos, mientras los artilleros estaban en la primera línea. Más atrás, al pie de las tapias, eran atendidos los heridos, por mujeres y cirujanos. Empezaba a haber una mínima organización, aunque esta solo se diese en unos lugares muy concretos. Además, se veían frailes que no solo daban bendiciones sino que empuñaban armas, y mujeres, muchas mujeres. Ellas llevaban víveres en cestas y agua o aguardiente en botijos y botellas, atendían a heridos, pero no solo eso. Habían combatido el día 15 de junio y ya no iban a soltar las armas. Algunas se vieron portando espadas, chuzos, como Casta Álvarez, e incluso armas de fuego.[12]

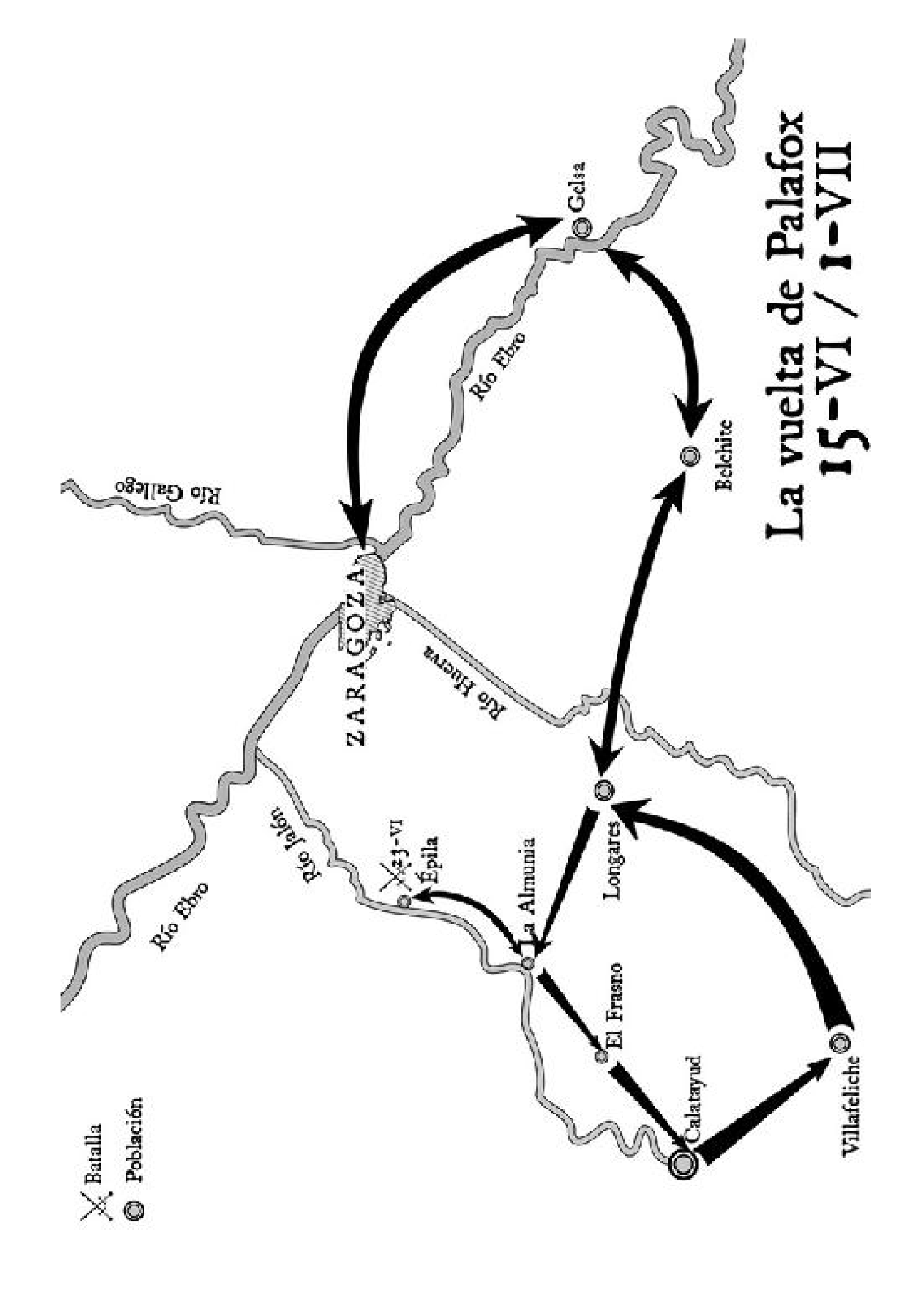
En la Puerta de Sancho, que daba a los caminos en la ribera del Ebro que llevaban hacia San Lamberto y la Bernardona, donde se situaban parte de las tropas imperiales, se colocaron hasta cinco cañones. El teniente de infantería Cristóbal Inausti se encargó de las obras de fortificación. Mariano Renovales recorrió incansablemente la línea desde allí hasta la batería del Portillo, ya que ambas baterías hacían fuego cruzado entre sí, protegiéndose. El 24 de junio se acercó por allí el enemigo, a lo que se respondió con fuego de artillería y una salida de paisanos que entablaron una escaramuza de más de tres horas en torno a una torre.

Desde ese día hasta el 2 de julio no cesaron los pequeños combates

en la zona del Castillo de la Aljafería y la huerta a su alrededor. Renovales ejerció de oficial, llegando a usar la coacción para mantener a los defensores en sus puestos. Al más duro estilo prusiano, en la batería de Puerta Sancho, se vio «precisado a emprender a tiros con los que la guarnecían, para contenerlos y hacerlos volver a su destino», porque algunos huyeron cuando el fuego se intensificaba y pretendían clavar los cañones y quemar la munición para que no cayera en manos enemigas. Tras eso, organizó una salida victoriosa con los Tercios de Fusileros y de Tauste en la que se distinguieron el subteniente de fusileros José Laviña, los sargentos Mariano Bellido, Nicolás Villacampa y Mariano González, el cabo Monclús, los soldados Paulo Anglada, Bautista Cubils y Francisco Amorós; los paisanos de Tauste Mariano Larrode, José de las Heras, Vicente Ibáñez y Manuel Estaregui; además de fray Antonio Securum, del Convento de Agustinos Descalzos.[13]

En el otro extremo de la ciudad, al sur, los defensores sufrieron un serio revés militar el 28 de junio. Dos días antes había arribado Jean Antoine Verdier, un experimentado general francés de cuarenta y dos años que había combatido en la guerra de 1793, en la campaña de Egipto y en la de Prusia de 1807. Llegó acompañado de abundantes refuerzos con los que pretendía tomar Zaragoza. El primer paso era bombardearla desde las alturas circundantes. Sus tropas ya se situaban en el alto de la Bernardona, al oeste, pero al sur, se encontraba Torrero. En unas elevaciones junto al Canal Imperial, se situaba este pequeño barrio extramuros, apenas unos almacenes y alguna casa junto al Puente de América que atravesaba el Canal. Desde allí se dominaba toda la ciudad. Si la querían someter a bombardeo, debían tomarlo. Tenían 10.500 soldados en esos momentos, distribuidos en un arco al sur de la ciudad.

En Torrero, el teniente coronel Vicente Falcó tenía a su mando 500 hombres para defender ese punto y el inmediato del Cabezo de Buenavista. Cuatro piezas de artillería había situado sobre este último y otras dos sobre el Puente de América, junto a los almacenes de Torrero. Para atacarlo, Verdier encargó al general Lefebvre y al coronel de ingenieros Lacoste la toma de este punto con cuatro batallones de la Brigada Habert, una partida de lanceros polacos y cuatro piezas de artillería. Estas tropas avanzaron en tres columnas y desalojaron a los españoles tras un breve combate. Los defensores se desbandaron hacia la Puerta de Santa Engracia. La rápida perdida de este lugar produjo conmoción entre los zaragozanos, que apresaron a Falcó conforme entró en la ciudad. Para evitar la ira y justicia popular, que ya hablaban de «traición», la Junta encarceló a Falcó, formándole consejo de guerra.[14]



La vuelta de Palafox: de la batalla de Épila al cañonazo de Agustina

Mientras todo esto sucedía, no solo la Junta de Zaragoza y su

vecindario se preguntaban dónde diantres estaba y qué hacía el capitán general de Aragón. Desde el pueblo de Tobed, el 24 de junio, Manuel Álvarez de Espejo, con 100 hombres bajo su mando, solicitaba órdenes a Lazán, porque no sabían dónde se encontraba José de Palafox.[15]

El 15 de junio, el capitán general, seguido de su Estado Mayor, había salido por el Arrabal, cruzado el río Gállego y, por la carretera de Barcelona, atravesando el pueblo de Pina, llegado a Gelsa (53 kilómetros al este de Zaragoza). Allí cruzaron el Ebro, continuaron por Mediana y establecieron el Cuartel General del Ejército de Aragón en Belchite (50 kilómetros al sureste de Zaragoza) entre el 16 y el 18 de junio, y Longares (36 kilómetros al suroeste) entre el 18 y el 22 de junio por la mañana. Ese día, al alba, iniciaron una marcha hacia las riberas del Jalón, pasando cerca de La Almunia y llegando a la villa de Épila (43 kilómetros al suroeste) a eso del mediodía. Habían dado una vuelta desde el norte de Zaragoza hasta el suroeste de la misma, recorriendo en un arco la retaguardia de las líneas napoleónicas, situadas entre Alagón y Torrero.

Un pequeño ejército acompañaba a este Estado Mayor. A los dragones del Rey, artilleros, voluntarios de Aragón, suizos y Guardias Españolas y Valonas que habían salido de Zaragoza se unieron las compañías de fusileros de Jerónimo Torres que se habían retirado el día 15 desde La Muela y Casablanca. En el recorrido se fueron sumando tropas dispersas y de levas recién levantadas —250 hombres iban armados con lanzas— en los distintos pueblos, como los contrabandistas a caballo de Calatayud, la compañía de Ricla o los Lanceros de Calatayud (luego Húsares de Palafox). En total 2.346 efectivos con 363 caballos —muchos requisados a labradores esos días — y dos cañones de campaña que llevó el alférez Pablo Casaus.

Con estas fuerzas, José de Palafox pensó que podía remontar el Valle del Jalón y cortar las comunicaciones del ejército napoleónico entre Tudela y Zaragoza. Su hermano Francisco se reuniría con las fuerzas de Warsage en La Almunia de Doña Godina mientras él se establecía en Épila. Juntos podrían reunir hasta 4.000 hombres. Pero Lefebvre fue informado de estos movimientos y envió una columna a atajarlos. El coronel Chlopicki se encaminó hacia Épila con un regimiento del Vístula, un batallón del 15 de Línea francés, 50 jinetes y un cañón, cerca de 2.000 soldados.

El día 22 por la tarde, un paisano informó a José y Francisco de Palafox que se acercaba la columna napoleónica. Varios oficiales plantearon la posibilidad de replegarse con todo el Ejército de Aragón hacia Valencia, pero el capitán general no aceptó la propuesta, aunque tampoco se quería arriesgar a una batalla campal que repitiese los desastres de Tudela, Mallén y Alagón. A lo largo del 23 de junio,

Palafox ordenó formar a sus tropas en las colinas al norte de Épila, lugar donde tendría lugar una muy confusa y dilatada batalla en las veinticuatro horas siguientes.[16]

En una de las colinas se montó una batería con dos cañones al mando de Ignacio López y una treintena de artilleros. Francisco Berdejo y su criado se encargaron de transportar las dos piezas hasta allí, con sus mulas, una de las cuales caería víctima de las balas francesas. Las líneas españolas se extendieron de allí al río Jalón. El cuerpo principal de combate lo compusieron los 200 soldados del Regimiento de Fernando VII al mando de Casaus, la compañía de Reales Guardias Españolas y los jinetes de Dragones del Rey al mando del sargento mayor Fernando de Sada. Delante de todos ellos estaban desplegados los Voluntarios de Aragón. Es decir, un frente de no más de 800 soldados. En retaguardia, el grueso del ejército, los paisanos militarizados y el Estado Mayor.

El 23 de junio de 1808, al anochecer, se presentó el pequeño ejército napoleónico frente a Épila. El coronel Chlopicki iba retrasado respecto a su vanguardia, la cual inició de improviso un tiroteo contra la avanzada española. Los voluntarios de Aragón, faltos de piedras de fusil, se retiraron rápidamente. Sin embargo, estos primeros fogonazos de fusilería resplandecieron en la oscuridad que caía con la noche, produciendo un efecto lumínico sobredimensionado, el cual hacía parecer que se trataba de una batalla más extensa y no una simple escaramuza entre unos pocos centenares de soldados. Como además la retaguardia del ejército español no había formado todavía, cundió la incertidumbre. José de Palafox temía exponerse a una derrota como la que sufrió en Alagón. Por si fuera poco, perdió su caballo. Es probable que con el sonido inesperado de estos primeros disparos, el caballo del capitán general se asustase, encabritase y desbocase, arrojando a su jinete al suelo. O simplemente, José de Palafox estaba ya desmontando cuando el caballo, asustado salió espantado. Hay que tener en cuenta que un caballo de batalla debía estar entrenado y acostumbrado a los tiros, no así un caballo de uso agrario o de paseo. Y Vicente Alonso, vecino de Épila, acababa de regalar a José de Palafox dos caballos enjaezados. Es factible que fuera uno de esos el que montase en el momento del incidente.

En cualquier caso, en esos momentos de absoluta incertidumbre, el Estado Mayor del Ejército de Aragón tomó la resolución de replegarse hacia Calatayud antes que exponerse a una posible debacle, pues no se fiaban de que los paisanos pudieran sostener la batalla en campo abierto. Cubrirían la retirada los cañones y fuerzas veteranas ya desplegadas. La retirada se hizo en bastante confusión, en medio de la noche. Entre la multitud de paisanos que marchaban, se abrió paso de malas formas un impaciente Francisco de Palafox con sus edecanes, al

trote y al grito de: «Abrid paso señores, que soy yo, soy el general, adelante no hay peligro, atrás vienen». Por su parte, el padre Basilio Boggiero parece que tuvo un comportamiento más templado, arengando a las tropas hasta el último instante.

Con las primeras luces del alba del día 24, Chlopicki ordenó el avance de sus tropas en tres columnas hacia Épila. El fuego de la artillería de Ignacio López causó bastante daño a la infantería del Vístula, hasta que esta, a bayoneta calada, consiguió llegar a la colina, combatiendo cuerpo a cuerpo contra la compañía de Guardias Españolas, a la que arrolló y llegando a los cañones españoles, que tomaron, matando a la mayoría de artilleros a bayonetazos. Esta resistencia, sin embargo, dio tiempo a la retirada del resto del Ejército de Aragón. Además, los dragones del rey y el Regimiento de Fernando VII sostuvieron el fuego durante varias horas, evitando un desastre.

La batalla se saldó con victoria napoleónica, que había causado más de un centenar de bajas a los españoles y capturado su artillería. Sin embargo, Palafox consiguió retirarse y conservar su ejército, llegando sanos y salvos al pueblo de El Frasno el 23 por la tarde. Tras ello, se dirigió a Villafeliche, donde se aprovisionó de pólvora para regresar a Zaragoza, deshaciendo el camino que había hecho entre el 15 y el 22 de junio. El 29 de junio cruzaban el río Ebro por Gelsa.

Eso sí, quedaba un grave asunto que resolver, consecuencia de la batalla de Épila: encontrar el caballo de Palafox que se había espantado, porque con él se habían extraviado las pertenencias del capitán general, el reloj y una importante maleta que contenía los papeles referidos a los asuntos bélicos y políticos. Esto no podía caer en manos del enemigo. El barón de Warsage encargó a Pedro Aguirre, natural de Calatayud, que lo recuperase. Así, Aguirre fue hasta la villa de Épila, la cual había sido saqueada por los imperiales. En los montes cercanos encontró al caballo con la maleta y la documentación intacta. Por el camino de Calatorao, Ricla y el Frasno recuperó siete cargas de fusiles y cartucheras que habían sido abandonadas en la retirada. Todo ello lo presentó a Warsage en Calatayud.

Mientras todo esto tenía lugar, Zaragoza sufrió su primer gran bombardeo. El general Verdier estaba dispuesto a doblegar la moral de los defensores antes de lanzarse a un asalto, pues el emperador le ordenó tomar la ciudad. Con las baterías establecidas en las alturas de la Bernardona y en Torrero comenzó un fuerte bombardeo en la madrugada del 30 de junio al 1 de julio. Más de 1.400 balas rasas, bombas y granadas impactaron en la ciudad en el espacio de veintisiete horas. La Torre Nueva no cesó de tañer sus campanas: un toque si los disparos provenían de Torrero, dos si llegaban desde la Bernardona. El vecindario salió a las calles, impactado y aterrado.

Nunca había visto nada parecido. Veían, en la oscuridad de la noche, los fogonazos de la artillería en la lejanía, las estelas que dejaban en el cielo los proyectiles y, por último, el impacto de estos en los edificios, lanzando trozos de ladrillos en mil pedazos y astillas cual si de metralla se tratase, además de provocando explosiones e incendios. Toda la noche un ruido ensordecedor e insistente que llevaba la desolación a Zaragoza. Sin duda, les conmocionó. En palabras de Faustino Casamayor, «consternación al ver el fuego tan vivo que caminaba por el aire».[17] Fue la primera vez, pero, para su desgracia, la situación se repetiría en muchas otras ocasiones.

La Aljafería, como punto fortificado de la ciudad, fue intensamente bombardeada. Lucas Velasco describió al detalle los daños que causaron las bombas. Los muros del oeste y este del castillo fueron batidos con balas de 12 libras (podían ser de 6, 12 o 24). Los disparos iban dirigidos allí porque era donde más artillería se ubicaba, tanto para tener a tiro al alto de la Bernardona como para batir las Eras del Rey. Fue un fuego tan vivo que a las nueve de la mañana del día 1 ya estaba arruinado todo el parapeto oeste. Las granadas habían impactado en los tejados, «taladrando todos los pisos y destrozando la escalera» en las alas oeste y sur del palacio. Los artilleros españoles no podían responder como convenía porque faltaban cartuchos. En vez de ello se afanaban en reparar los parapetos demolidos con sacos de tierra y poner tablones para proteger sus cañones. La guarnición estuvo inicialmente paralizada por el tronar de la artillería francesa y al ver todo lleno de escombros. Sin embargo, cuando cesó un poco el bombardeo salieron a los rehechos parapetos y dirigieron sus fusiles contra las avanzadas de caballería napoleónica que examinaban los caminos de Alagón y de La Muela. Para el daño material causado, las bajas fueron leves en el castillo: un paisano muerto y tres artilleros heridos.[18] Si los artilleros de la Aljafería no podían responder por falta de munición, lo mismo les ocurría a los de la batería de la huerta de Santa Engracia, quienes recibían los impactos desde Torrero. Manuel de Jesús se quejaba agriamente de no poder disparar los morteros.[19]

Pero no todos tenían el mismo interés en responder a la guerra con la guerra. Francisco de Borja de Cocón huyó de su casa «asustado con el disparo de bombas y granadas», yendo a refugiarse a su Torre de la Victoria, en la margen izquierda del Ebro. No fue el único habitante de la ciudad que salió espantado del terror de aquel primer bombardeo francés. En otro lugar de la ciudad, en la batería delante de la Puerta del Portillo, se sufrió también el 1 de julio con los impactos recibidos desde la Bernardona, pero sin tener una edificación sólida como era la Aljafería. A primera hora de la tarde el fuego fue tan activo y continuado que destrozó buena parte del recinto, mató a seis artilleros e hizo huir a los paisanos que lo custodiaban. Cuando el

marqués de Lazán recibió la noticia y supo del peligro que suponía, pues las avanzadas de infantería napoleónica podían asaltar la desprotegida posición, montó a caballo y se dirigió rápidamente hacia el Portillo con los artilleros que pudo reunir. Consiguieron restablecer los cañones y responder al cañoneo enemigo, obligando a su repliegue.

Unas horas después, en la noche del 1 al 2 de julio de 1808, por el Arrabal entraba el capitán general con el Ejército de Aragón. Al fin, regresaban. Atravesaron la Puerta del Ángel 1.300 hombres y 60 caballos. Una vez en Zaragoza, Felipe San Clemente le regaló un caballo enjaezado y dos pistolas a José de Palafox, quien al trote recorrió la línea de defensa y arengó a los defensores instándoles a resistir. Parecía como si quisiera volver al punto en que dejó la ciudad el día 15. Insufló moral a los combatientes y dio ejemplo. Desmontó del caballo, cogió un fusil, se acercó a los muros e «hizo fuego como soldado», como queriendo decir que esta vez había vuelto para quedarse y resistir.[20]

El bombardeo del día 1 presagiaba un inminente asalto general. Verdier dio la orden al día siguiente, 2 de julio. La artillería francesa había hecho su trabajo en el castillo, Convento de Agustinos, Cuartel de Caballería y en todas las puertas del perímetro sur de la ciudad: las brechas eran perfectamente practicables en los muros. Mientras los defensores llevaban sacos de tierra para cubrirlas, varias columnas napoleónicas se dirigían hacia allí con la bayoneta calada. Por la derecha imperial, el general Lefebvre mandaba tres columnas dirigidas al Convento de San José, a la Puerta de Santa Engracia y a la del Carmen. Por su izquierda, el general portugués Gómes Freire dirigía otras tres columnas de infantería hacia la Puerta Sancho, la Aljafería y el Portillo. Cada columna se componía de entre 500 y 600 soldados, precedidos de 50 zapadores con hachas y picos, cuya misión era despejar el camino de obstáculos. En total, unos 3.500 infantes napoleónicos se lanzaron al asalto de Zaragoza el 2 de julio de 1808. Los otros 10.000 efectivos de los que disponía Verdier quedaban en reserva, estaban ocupados en las baterías, custodiando los campamentos o en otras tareas.

En la ciudad, las campanas tocaron generala y los defensores se apostaron en las baterías, sacaron sus fusiles por las aspilleras practicadas en tapias y casas y recibieron a los atacantes con una lluvia de fuego y plomo. Esta vez rechazaron el ataque con relativa facilidad en casi todos los lugares, menos en dos. Las tres columnas mandadas por el este de la ciudad tomaron el Convento de San José y cruzaron el río Huerva hasta presentarse en la Puerta Quemada. Sin embargo, fuertes descargas de fusilería dirigidas desde las murallas medievales que se conservaban en esa zona les hicieron retroceder otra vez, atrincherándose en el convento que acababan de tomar.

Algunos oficiales franceses se vieron precisados a dar golpes de sable a sus propios soldados para evitar una desbandada. Ambos contendientes se tirotearon con ferocidad, cada uno en una ribera del Huerva. El Convento de San José acabó incendiado, envuelto en llamas. Allí murió, entre otros, un civil que no estaba alistado pero que combatía, el marido de Joaquina Sanz.[21]

En el otro extremo de la ciudad, al oeste, los imperiales fracasaron en su intento de tomar la Aljafería, aunque habían considerado practicable la brecha abierta. Sin embargo, se les presentó una oportunidad de penetrar en la ciudad. La batería del Portillo había sido arrasada por la artillería francesa. Varios cañones españoles habían quedado desmontados, los muros arruinados, los artilleros y paisanos muertos, heridos o moribundos. Ese punto llevaba sufriendo los impactos napoleónicos desde el día anterior. Jacinto Lladós, capitán del Batallón de Cazadores Voluntarios de Fernando VII, fue uno de los heridos cuando una bomba cayó encima del repuesto de cartuchos de la batería. La explosión que aquello provocó «lo abrasó de pies a cabeza» al mismo tiempo que a otro hombre, Juan de Dios Cabrera. Estos dos defensores del 1 de julio corrieron algo más de suerte que los que murieron en el mismo lugar el día 2, pero no mucha, ya que pasaron dos meses en el hospital para curarse de sus heridas, «con el mayor peligro de su vida». Cuando la desolación volvió a alcanzar a la batería del Portillo el día 2, el carretero Francisco Riera era quien transportaba las municiones. Viendo el avance de la columna napoleónica que se acercaba al paso, con bayoneta calada, salvó las municiones y retiró a los heridos que pudo. Todo era un ya «un montón de escombros y cadáveres».[22]

Parecía que la infantería napoleónica al mando de Gómez Freire iba a tomar aquel punto y entrar a la ciudad por el Portillo. Los que no habían muerto, estaban heridos y los que no, habían huido de aquel infierno. Entonces apareció una de tantas mujeres que estaban en primera línea llevando suministros y víveres. En este caso era Agustina Raimunda Saragossa i Domenech, una joven barcelonesa de veintidós años. Casada con el cabo de artillería Juan Roca Vilaseca, había huido de Barcelona, llegado a Zaragoza con su hijo de cuatro años el 8 de junio y alquilado una habitación en una calle próxima al Portillo.[23]

Agustina observó la situación. Delante de ella varios hombres muertos entre pedazos de ladrillos y maderas, rescoldos de las explosiones, una columna de soldados napoleónicos avanzando a bayoneta calada hacia allí y un cañón de asedio de a 24 libras, aparentemente cargado, ya que un artillero moribundo sostenía el botafuego encendido a su lado. En ese momento, cogió el botafuego, acercó la mecha al oído del cañón, prendió la pólvora y una lluvia de metralla salió disparada hacia los soldados enemigos que se

encontraban a pocos metros. El impacto fue brutal. Era un cañón del mayor calibre posible, cargado con un cartucho de metralla, es decir, cientos de pequeñas balas, clavos y esquirlas que diezmaron las primeras filas de los atacantes, quienes estaban prestos a alcanzar sus objetivos y se veían victoriosos, pues enfrente no había ningún defensor. Pero había aparecido una defensora. Y sabía cómo disparar un cañón, bien porque lo había aprendido de su marido el artillero, bien porque lo había aprendido sobre la marcha desde la batalla del 15 de junio.[24]

Inmediatamente, llegaron refuerzos españoles. El ataque napoleónico quedó frenado. Las tropas de Verdier se retiraron a sus campamentos, derrotadas. Dejaban 200 muertos y 300 heridos, un 14 por ciento de bajas sobre los 3.500 atacantes de ese día. No habían cumplido las órdenes de Napoleón, Zaragoza seguía resistiéndose contra todo pronóstico. Los dos hermanos Palafox, el marqués de Lazán y el capitán general, llevaban toda la mañana recorriendo los lugares atacados. Cuando les informaron de lo acontecido en el Portillo, José de Palafox cabalgó hasta allí, donde cogió las charreteras de un suboficial muerto y se las entregó a Agustina, nombrándola sargento de infantería y concediéndole una paga. Esta continuaría la lucha durante toda la guerra. Él la describía así: «No era guapa pero era atractiva, era alta y de gran vivacidad, un poco morena y bien hecha».[25]

Sería conocida como Agustina de Aragón a partir de ese momento y convertida en icónico mito. Pero Agustina no fue una excepción, fue la norma en los Sitios de Zaragoza. A la altura de 1808 las mujeres eran concebidas todavía como inferiores a los hombres, según la tradición aristotélica, los roles de género que se habían transmitido desde el mundo grecorromano, readaptados al mundo europeo bajomedieval y moderno por las doctrinas eclesiásticas. Aunque poco a poco, esta visión estaba cambiando con base en las teorías ilustradas y liberales, en las que las mujeres no eran inferiores sino diferentes, complementarias al hombre. Mientras estos debían estar en la esfera pública, participar en política, ir a la guerra y trabajar para ganar el pan familiar, las mujeres quedaban relegadas al ámbito doméstico, privado, de las tareas del hogar y la crianza. En esta transición se libró la Guerra de la Independencia Española, en las que las mujeres participaron de lleno. A finales del siglo XVIII y en los albores del XIX, había trabajadoras de clases populares de todo tipo fuera del ámbito doméstico: vendedoras, campesinas, posaderas. Esas tomaron las armas contra los franceses en el motín madrileño de mayo de 1808 y en la Zaragoza del verano de 1808. Junto a ellas, nobles y burguesas, que tampoco quedaron al margen, con reuniones patrióticas, colectas para sostener al ejército, o como organizadoras de la asistencia al

combate. En el caso de Zaragoza, la condesa de Bureta tuvo un papel importante en este sentido. De esta forma, las españolas de 1808 rompieron doblemente los roles de género de la época: ni eran inferiores ni relegadas a sus casas.

Ocupación militar y escaramuzas

Zaragoza se había salvado una vez más de caer en manos napoleónicas, el capitán general había vuelto y tomado el mando de la situación, pero los problemas persistían. Continuaban los roces entre vecinos zaragozanos y soldados profesionales, tanto por distintas visiones de cómo hacer la guerra como por problemáticas derivadas del acantonamiento en la ciudad y la distribución de los víveres. Además, las tropas napoleónicas cruzaron al norte del Ebro en julio y Verdier pudo establecer un bloqueo de la ciudad, comenzando realmente un asedio. Los invasores quemaron los campos o requisaron cosechas y demás víveres a ambas márgenes de los ríos Ebro, Gállego y Huerva, saquearon pueblos, y empezaron a cavar trincheras y construir nuevos emplazamientos artilleros. El Estado Mayor español era consciente de que necesitaban más hombres, más pólvora, más armas, mejores fortificaciones, controlar el orden interno y un plan de defensa coordinado en caso de un nuevo asalto napoleónico.

Seguía siendo complicado para las autoridades controlar a una población movilizada y armada, consciente de su poder y atenazada por fuertes emociones, bien fuera el fervor combativo, bien el miedo provocado por las angustias de la guerra. Las experiencias se acumulaban aceleradamente desde marzo: deponer a un gobernante y a un rey, proclamar a otro, derribar a un capitán general y aupar a otro, armarse y salir a la batalla, experimentar el terror de la derrota, tomar conciencia de resistencia en la ciudad, verse rodeados de enemigos. Un reguero continuo de altercados nos muestra esta situación.

El 5 de julio de 1808 Felipe Escaner, teniente coronel y comandante de la Puerta de Santa Engracia, fue insultado, amenazado y atacado por una multitud de paisanos. Especialmente destacaban dos, los apodados «jaquenses» quienes espetaron a Escaner que le «quitarían los galones que llevaba mal ganados, y que todos los oficiales no hacíamos más que huir». La presencia del capitán de ingenieros Manuel María Simonó no consiguió calmar los ánimos, sino todo lo contrario, ya que la gente empezó a despotricar contra todos los oficiales militares, rozando el amotinamiento declarado. No eran pocos los vecinos y vecinas que consideraban a los mandos militars unos ineptos, incapaces de vencer en batalla al enemigo y unos cobardes que huían cuando la ciudad era atacada.

Al día siguiente de este incidente, Lucas Velasco se volvía a quejar

del desorden e indisciplina de los civiles que guarnecían la Aljafería. Señalaba un accidente provocado por un paisano de la Compañía de Cerezo. Este había cargado apresuradamente el fusil, con tal mala fortuna que se le disparó antes de apuntar por la tronera, impactando la bala en el muslo izquierdo del citado Velasco. A pesar de ya llevar más de un mes movilizados, muchos aún no sabía manejar adecuadamente las armas. El fuego amigo era un problema.[26]

Otros zaragozanos se preocupaban de buscar enemigos internos, espías y afrancesados. Más de una vez intentaron hacer justicia popular con linchamientos públicos, pero otras entregaron a los sospechosos a las autoridades. Eso sí, esperaban que fueran castigados ejemplarmente. El comerciante Franscico Grau había combatido el día 15. Después, fue comisionado para reconocer las tahonas y el suministro de pan. Pero no se quedó ahí, sino que se encargó de apresar a un francés en el barrio del Pilar. Al parecer, el detenido tiraba cohetes desde el tejado, dando así indicaciones a los asediadores. También apresó a un hombre y una mujer de Zaragoza, a quienes se acusaba de haber lanzado un cohete indicando el lugar donde la artillería francesa debía disparar, con la consiguiente muerte de un artillero español. El 13 de julio, un grupo de mujeres linchó hasta la muerte a otra mujer en la plaza del Mercado, tras acusarla de robar cartuchos para dárselos a los franceses.[27]

Un problema que se agravó en la segunda quincena de julio fue el de la comida. Empezó a escasear. No se podían recoger las cosechas, no se podía salir a los campos y huertas, pues se corría el riesgo de caer preso de los imperiales o, peor, abatido. Además, con la entrada de las tropas que llegaron junto a Palafox el día 1, las bocas que alimentar habían aumentado. Así las cosas, comenzaron los pequeños altercados. El 11 de julio, por la tarde, Pedro Larruga, soldado de la Compañía de José Obispo, entró en las Casas Consistoriales para hacerse con comida o dinero. Cuando fue detenido por el alguacil Estanislao Ximeno e interrogado por el regidor Ángel Morell, quien le recriminó que no estuviera en el frente, Larruga argumentó que «no se le pagaba su prest [sueldo] ni tenía qué comer». El día 13 de julio se escaparon las vacas del abasto del Castillo de la Aljafería, dispersándose por los campos, sin que por la situación bélica los pastores pudieran recuperarlas, «haciendo mil males en los trigos». El 27 de julio doce labradores de las parroquias de San Miguel y la Magdalena fueron presos por los franceses cuando estaban trabajando sus campos, y a otros dos, Ambrosio y José Correas, que se resistieron disparando sus escopetas, los mataron en la zona de Las Fuentes, al este del río Huerva. Ese mismo día el malestar de la población estaba llegando al límite, el vecindario bordeaba el motín de subsistencias, ya que escaseaba el pan. Para evitarlo, la Junta de Abastos acordó

hacerse con todo el grano posible y regular los precios del mismo, para evitar la especulación.[28]

La guerra no solo privó a los labradores de recoger sus frutos en los alrededores de la ciudad, sino que a más de uno le supuso un problema en su misma casa. Había que alojar a los soldados en lugares cercanos a los puntos de defensa. En el perímetro sur de Zaragoza era fácil, ya que había grandes edificios públicos como la Aljafería, el Cuartel de Caballería o la Casa de la Misericordia. Sin embargo, al norte, al otro lado del Ebro, en el pequeño barrio del Arrabal no era tan sencillo. Victorián González de León sufrió esta ocupación de las propias tropas españolas y a fines de julio escribía desesperado a Palafox. Era alguien con bastantes propiedades que no estaba por la labor de verse privado de sus beneficios. En la misiva exponía con detalle todos los problemas ocasionados. Suplicaba que no se derribase su torre, pues se había previsto despejar el terreno para facilitar la acción de artillería y fusilería. Decía que esta no era su segunda casa de campo, sino su vivienda familiar, que de ella dependía la subsistencia de su familia junto a la fábrica de salitre y la de curtidos y telas que estaban contiguas. Estas habían sido ocupadas por la tropa, perdiéndose las telas. Los árboles de sus campos fueron talados en esas semanas, «llevándose la leña para los ranchos y mucha parte los vecinos del barrio, y los de dentro de la ciudad».

Además, los soldados alojados en su casa le habían requisado las sartenes, cazuelas, pucheros, fuentes, redomas, vasos, calderas y la sal, y al ocupar las estancias causando «mil extorsiones», él y su familia quedaban arrinconados a una habitación, de la que solo salían para atender a las exigencias militares. Su familia se encargaba de dar a los soldados «comida, poniendo aceite para ella, para las luces, por la noche, algodón, haciéndoles chocolate, dándoles agua fresca, guisando para los artilleros de las baterías inmediatas». Por si fueran pocas sus desgracias, el 28 de julio, Antonio Torres le informó de que los franceses le habían quemado dos campos de trigo.[29]

Todos los problemas señalados se habían intensificado a partir de un determinado momento: el 11 de julio de 1808. Y es que ese día las tropas napoleónicas cruzaron a la orilla norte del Ebro mediante un puente volante entre San Lamberto y Juslibol. Para protegerlo de las partidas españolas que intentaron destruirlo, los ingenieros franceses construyeron una fortificación en forma de media luna sobre la cabeza de puente. Una vez atravesado el río, los imperiales se desplegaron por los campos de la ribera izquierda e incluso cruzando el Gállego, llegando a Villamayor y a la Cartuja de Aula Dei el día 16. En el primer lugar no causaron daño alguno, «obsequiados» por uno de los terratenientes locales, Vicente Goser y Casellas, mientras que en el segundo lugar «saquearon cuanto encontraron». Ese paso a la ofensiva

en la otra orilla del río seguía las instrucciones recibidas directamente del emperador.

Napoleón indicó a Verdier la importancia de cortar las comunicaciones y suministros de la ciudad, y le señaló que el punto por el que debía atacar no era por el suroeste, donde se encontraban puntos fuertes como la Aljafería, sino por el extremo sureste, en el ángulo que hacían la Torre del Pino, y toda la zona de Santa Engracia. A eso se unía el reconocimiento del terreno que había realizado el jefe de ingenieros francés, Bruno Lacoste. El Huerva podía suponer, a simple vista, un foso casi infranqueable, por sus escarpardas riberas, hacia la zona este de Zaragoza. Sin embargo, su margen derecha estaba más elevada que la izquierda, donde se situaba la ciudad. Por tanto, esa altura favorecía los disparos de los atacantes situados al este.

En la segunda quincena de julio se sucedieron las pequeñas escaramuzas entre fuerzas napoleónicas y españolas en ambas orillas del Ebro. Al norte de este se desplegaron sobre todo tropas de caballería, tres escuadrones de lanceros del Vístula y uno de coraceros, los cuales causaron verdaderos quebraderos de cabeza a los labradores que les combatían en defensa de su torres, campos y huertas. Desde el Arrabal, hubo varias salidas de soldados españoles con el objetivo de neutralizar a los enemigos que campaban por la zona. Una de esas fue la del día 23 de julio, dirigida por el coronel Manuel Viana, con 100 hombres, los dragones del rey y un cañón de campaña. Cerca del río Gállego, en el camino de Cogullada, fueron sorprendidos por los imperiales. En ese momento, los dragones del rey huyeron, dejando solo a Viana, quien se mantuvo combatiendo hasta que los jinetes franceses y polacos lo mataron a sablazos y lanzazos. Esto desató odio popular contra los dragones del rey, a quienes el vecindario acusaba de cobardía. Y no era la primera vez. Otra salida importante tuvo lugar el 29 de julio, bajo la dirección del coronel Fernando Butrón, con cazadores de Fernando VII, voluntarios de Aragón, Suizos y 400 paisanos, consiguiendo alejar a los imperiales de las riberas del Gállego tras causarles varias bajas.

Al otro lado del Ebro también intentaron los defensores incomodar al enemigo. En la zona de San Lamberto, cerca del puente volante, dos soldados del batallón de Cazadores de Palafox, Puyol y Gutierez se enfrentaron, entre los viñedos, a dos jinetes franceses. Ellos lo narraron así: «En cuanto nos avistaron cargaron sobre nosotros como enemigos nuestros en el que dejándoles arrimar a nosotros disparándonos los dos a un tiempo en el que fueron muertos, y cogiéndoles los caballos con todas sus monturas, el armamento y sus cabezas los presentamos al capitán general Palafox».[30]

Simultáneamente a todo esto, Antonio Sangenís continuaba su labor

para fortificar Zaragoza. Desde el 6 de julio había proyectado lo siguiente: la construcción de un reducto en las eras junto a la Puerta del Sol y barrio de Tenerías, destacando además a 30 hombres en la inmediata Casa de González; arrasar las cercas de huertos y casas extramuros de la ciudad, talar los olivos que dificultasen la visión de los artilleros y abrir troneras en las plantas bajas de todos los edificios que dieran al exterior; fortificar el Convento de San José con un terraplén y cañones, guarneciéndolo con 150 soldados; levantar un parapeto de tierra a prueba de artillería en la Puerta Quemada; y erigir una batería en la Puerta de Santa Engracia y demás, custodiada cada una por 350 hombres. En estos trabajos se afanaban los ingenieros de la plaza, muchos de los cuales no cobraban sus sueldos.[31]

Y mientras todo esto sucedía en Zaragoza y alrededores, la guerra se extendía por el resto de España e incluso llegaba a la misma Francia. En julio de 1808 las armas napoleónicas sufrieron serias derrotas a manos españolas, las cuales repercutieron directamente en el sitio de Zaragoza. En los Pirineos centrales, el coronel Fernando García Marín dirigía a sus hombres contra la frontera francesa, amenazando Urdos y consiguiendo saquear más de dos mil cabezas de ganado que llevó a Jaca.[32] Ante las murallas de Valencia, los 10.000 soldados del mariscal francés Moncey fueron derrotados el día 28 de junio, lo que permitió al general Saint Marc partir de Valencia en dirección a Zaragoza el día 3 de julio. En Andalucía, el ejército de Dupont quedó borrado del mapa en lo que supuso un duro golpe material y, sobre todo, moral para las armas napoleónicas. Tras el saqueo de Córdoba, las tropas imperiales se vieron amenazadas y rodeadas. Dupont intentó retirarse por el paso de Despeñaperros, en Sierra Morena. Sin embargo, se topó en su camino con el ejército español al mando del general Teodoro Reding, situado en Bailén. Allí se entabló la famosa batalla que acabó con 2.000 bajas francesas en combate y otros 20.000 que quedaron prisioneros. Cuando Palafox conoció la noticia, se preguntó por qué el general al mando del Ejército de Andalucía, Francisco Javier Castaños, no había avanzado inmediatamente hacia el norte, hacia Madrid, pues tenía el camino expedito. Eso habría forzado a Verdier a retirarse de Zaragoza. Sin embargo, Castaños se fue de celebración de la victoria de Bailén a Sevilla, victoria que le quedó atribuida sin haber estado presente, cuestiones en las que incidieron mucho en 1808 el círculo y redes de opinión de los hermanos Palafox.[33]

Caos: bandas de desertores

El entusiasmo bélico es frágil y efímero, difícil de mantener constantemente. La falta de paga, las penurias, la permanente desconfianza y juicio popular de civiles, el estancamiento del frente, la

percepción de un enemigo superior al que se teme y la huida de los generales son factores que pueden motivar el abandono. Quizás estos fueron algunos de los motivos que llevaron a decenas de soldados de los Dragones del Rey, Reales Guardias Españolas y del Regimiento Extremadura a desertar del Ejército de Aragón en julio de 1808. Y eso que todos habían acudido a Zaragoza huyendo de las zonas ocupadas por Napoleón, manifestando querer unirse a la causa de Fernando VII. Junto a ellos, los civiles militarizados en Aragón tuvieron siempre su particular concepción de la guerra, abandonando los puestos asignados cuando creyeron conveniente, sin ser conscientes del peligro militar que suponía, tanto por parte del enemigo como de sus propios oficiales, que los podían considerar desertores.

La Junta de Zaragoza, encabezada por Palafox, fue consciente de ello y ya el 6 de julio dictó una orden contra la deserción. No iban a tolerar el abandono de las banderas de la causa de la religión, la patria y el rey, por parte de aquellos que habían jurado defenderla. Por ello, mandaban a todas las justicias del reino «que detengan a todos los soldados y paisanos alistados que sin licencia o pasaporte firmado por S. E., o de algún individuo o del secretario de la Junta, transiten, o se cojan en alguno de los pueblos». Fueron los propios vecinos de Zaragoza y de los pueblos quienes primero se apresuraron a salir en busca y captura de «los fugados de tropa reglada», porque también podían ser los principales perjudicados. A la propia falta que suponía perder combatientes adiestrados, se sumaba que los desertores podían cometer tantos saqueos o más que los invasores franceses. Joaquín López, un zaragozano, salió con otros «muchos vecinos» a esa tarea. Tuvieron éxito los vecinos del Burgo, al este de Zaragoza —al oeste estaban los imperiales—, quienes el 10 de julio atraparon a varios desertores, requisándoles diez fusiles, tres lanzas y seis bayonetas que enviaron a Palafox.[34]

Curiosa, cuanto menos, fue la situación que se vivió en los vados del Ebro, al este de la ciudad, entre la Cartuja Baja, en la margen derecha, y las varias torres de Movera, en la margen izquierda. Rafael Estrada era el comandante de la Torre de San Lázaro, a las afueras del Arrabal. Había pedido 300 hombres a la Junta, para defender la zona, le habían dado 150. De esos, 52 eran paisanos del Cuarto Tercio, la Octava Compañía al mando de capitán Josef Orells y el subteniente Vicente Ciria. Estrada se quejaba de ellos, pues «hasta de ahora solo han servido para escandalizar todo este territorio». El día 10, once de estos abandonaron su puesto en el vado del Ebro cuando vieron al otro lado del río a seis hombres armados que ni siquiera averiguaron si eran españoles o franceses. El 11 de julio, los imperiales atacaron a la avanzada del vado frente a la Cartuja, la cual estaba bajo las órdenes del capitán Orells y su hijastro Vicente Ciria, situado en la

Torre de Portet. Orells abandonó el puesto para informar a Estrada del ataque, quedando al mando el subteniente Ciria. Sin embargo, este se retiró de allí cuando lo fue a buscar su madre. Cuando la tropa bajo su mando vio al oficial irse, hizo lo mismo, dándose varios a la fuga. En la mañana del día 12 se desconocía el paradero de Vicente Ciria y su madre.[35]

Quizás fueron algunos de esos fugados los que saquearon la Cartuja junto a «varios desertores del Canal armados con fusiles y diferentes vecinos del Burgo», llevándose del monasterio un carro cargado de aceite y otros efectos. Todos fueron capturados cuando se iban de allí, maniatados y remitidos a Zaragoza. Paradójicamente, quienes detuvieron a estos desertores y ladrones fueron hombres de la Compañía de Contrabandistas, con Pedro Plou a la cabeza, quienes se habían alistado para conseguir el indulto.[36]

En la sierra de Alcubierre, al noreste de Zaragoza, en el camino de Barbastro, no se dio una deserción explícita de tropas, pero sí una retirada no ordenada, desobedeciendo a los mandos superiores, además de cometer varios abusos contra la población. El alcalde de Alcubierre, Joaquín Ramón, se quejaba el 16 y 17 de julio de que 220 soldados al mando del brigadier Manuel Biana se presentaron en el pueblo, exigiendo dineros para pagar a la tropa y suministros, viéndose obligado el vecindario a entregar 1.000 reales y cebada a pesar de la crítica situación del pueblo, que se hallaba «con la mayor escasez de agua tanto para las personas como para los animales, apenas se ha empezado a trillar y los vecinos se hallan sin medios». Cerca de allí, en Leciñena se dieron media vuelta los mozos alistados de Monzón que tenían orden de acudir a Zaragoza. Habían salido el 20 de junio, pero el 26 de julio estaban de regreso a su localidad de origen. Al llegar a Leciñena se encontraron con desertores que les advirtieron de los peligros de continuar su marcha, pues los franceses estaban ya al norte de Zaragoza. Eso les motivó a retirarse. Cuando volvieron a Monzón, fueron arrestados por el gobernador.[37]

Era en los pueblos de tránsito, los situados en los principales caminos, donde más se sufría el paso de los ejércitos y de los desertores de estos. A Zaragoza se podía llegar, desde la margen izquierda del Ebro, por varios caminos. Desde Huesca, bajando por Almudévar, Zuera, Villanueva de Gállego y San Gregorio, desembocando en el Arrabal. Por el llamado camino real de Barbastro, que conectaba con Monzón y Lérida y llevaba a Zaragoza atravesando la sierra de Alcubierre, y pasando por Leciñena, Perdiguera y Villamayor hasta el Puente sobre el Gállego que daba acceso a la huerta del Arrabal, flanqueada por diversas casas de campo como la Torre del Arzobispo. Desde Barcelona, el camino real entraba por Fraga, seguía por Bujaraloz para llegar en paralelo a la ribera del

Ebro, por las localidades de Osera —dejando a un lado Pina—, Nuez, Alfajarín y la Puebla de Alfindén, donde se conectaba tanto con el camino de Barbastro por Villamayor, como con los vados y Puente del río Gállego, para arribar al Arrabal de Zaragoza. Fue en Bujaraloz y La Puebla de Alfindén donde más problemas dieron los desertores españoles en julio de 1808, llegando a darse combates.

El 14 de julio, se presentaron 120 soldados de Reales Guardias Españolas a las puertas de Bujaraloz. Habían desertado en el marco de una de las escaramuzas que se daban por esos días en torno al río Gállego, a cuyo puente prendieron fuego los franceses. El vecindario se armó en cuanto supo que estos desertores se acercaban. Dos sargentos y tres cabos se adelantaron y entraron en el pueblo, exigiendo víveres. El ayuntamiento les pidió los pasaportes y si no los tenían, como era evidente, que entregasen las armas y se rindieran. La respuesta fue empuñar las armas para atacar al alcalde Antonio Foxadada, lo que no pudieron efectuar porque los vecinos presentes se les echaron encima, matando a uno de los sargentos, hiriendo al otro y capturando a los tres cabos. El resto de la tropa había ocupado las casas de campo de los alrededores y exigió la liberación de los prisioneros, amenazando con quemar todo el pueblo. Sin embargo, no se atrevieron a cumplir su amenaza, pues el vecindario estuvo vigilante toda la tarde y noche, con las armas en la mano, dispuesto a defender el pueblo. Los desertores de Reales Guardias Españolas desistieron y se retiraron al sur del Ebro, siendo varios capturados por las justicias de Pina y Belchite. Sin embargo, no fue la única banda de desertores que amenazó a Bujaraloz, donde a menudo llegaban avisos alarmantes. En esos mismos días, una partida de una veintena de desertores se apoderó de varios carros que se dirigían a la localidad.[38]

En La Puebla de Alfindén también sufrieron el ataque de desertores de las escaramuzas en las riberas del Gállego en los días 12 y 13 de julio. La noche del 12 se presentó medio centenar de dragones del rey, dando aviso de que se acercaban los franceses. Con esa excusa exigieron al alcalde raciones de pan y cebada. Este les contestó que si de verdad podía atacar el enemigo, que fueran a custodiar el vado de la Alfranca, en Pastriz, hacia donde se dirigieron. En la mañana del 13 se presentaron por el monte, al norte del pueblo, dieciséis dragones, a los que desmontaron y desarmaron los propios vecinos, sospechando que eran desertores, aunque acabaron por soltarlos. A las siete de la mañana del día 14 una treintena de jinetes de Dragones del Rey apareció al galope por la camino a Zaragoza y entraron en La Puebla con las espadas desenvainadas unos, otros disparando sus carabinas. Sin embargo, el vecindario les hizo frente, matándoles dos caballos, apresando a sus jinetes y obligando a huir al resto. Las autoridades interrogaron a los presos, quienes inicialmente dijeron que huían de

los franceses. Al poco, descubrieron que, en realidad, eran desertores de la guarnición que custodiaba el Puente del Gállego y que acabaron por incendiar los imperiales. Los oficiales de Dragones del Rey quisieron quitar hierro al asunto, alegando que no era más que «una calaverada de los soldados bisoños». Los paisanos de Zaragoza y los pueblos inmediatos no pensaban lo mismo. Tampoco los mandos del Ejército de Aragón. El 19 de julio, la justicia de Pina detuvo a dieciséis desertores de Dragones del Rey, a quienes envió de vuelta a Zaragoza atados en dos carros.[39]

Las poblaciones que estaban en el frente bélico no tenían otra opción que resistir y luchar, por lo que no toleraban la cobardía de quienes se suponía que eran soldados profesionales. Menos aún, que estos cometiesen robos y violencias en sus pueblos. Otros paisanos, a los que mandaban desde poblaciones más lejanas a combatir en Zaragoza, daban media vuelta cuando veían el peligro aunque solo fuera un rumor. La mayoría de combatientes tendía a la insubordinación, bien por no querer arriesgar sus vidas, bien por querer hacer la guerra pero a su manera, bien por falta de motivación —material— para luchar. Era difícil mantener a las tropas en una situación que parecía descontrolarse y agravarse por momentos. El ejército de Verdier se enseñoreaba de ambas orillas del Ebro y del Gállego en la segunda mitad de julio de 1808. El cerco sobre Zaragoza se estrechaba. La angustia entre los defensores era creciente. Más de 15.000 soldados napoleónicos y 86 piezas de artillería amenazaban una ciudad cuya principal defensa seguía siendo su propia población.

7. 4 DE AGOSTO
Finales de julio-14 de agosto de 1808

La guerra en Zaragoza no estaba siguiendo los usos y costumbres a los que estaban acostumbrados los estados mayores de ambos ejércitos. El 15 de junio y el 2 de julio lo habían demostrado. La población civil, auxiliada por poca tropa regular, era capaz de resistir los embates del tenido por mejor ejército de la Europa del momento. Faltos de armas, faltos de generales —el 15 de junio—, faltos de baluartes, tras unas endebles tapias, tras unos sacos colocados apresuradamente, los zaragozanos y zaragozanas seguían resistiendo. Era inaudito. El ejército napoleónico lo iba aprendiendo a base de reveses. Ambos contendientes acumulaban experiencias. Napoleón se impacientaba al otro lado de los Pirineos. El rey José I veía su trono peligrar en Madrid, de donde inició la retirada. El Ejército de Andalucía iba a comenzar su lenta marcha hacia la capital de España. Fernando VII vivía plácidamente en Valençay.

Y Palafox, con su Estado Mayor, planificaba la defensa de una Zaragoza que le costaba tener bajo control. Seguía contando con fuerzas insuficientes, mientras Verdier había recibido refuerzos, aunque algunos de sus soldados estaban en situación precaria, sin zapatos y con escasez de víveres. Además, el general francés se sentía presionado por Napoleón, quien veía los fracasos como humillaciones, y por el rey José, quien necesitaba ejércitos que cubrieran su repliegue hacia la línea del Ebro. Los ingenieros y zapadores franceses habían cavado trincheras y establecido ocho baterías, aunque la ciudad no tuviera ciudadelas que batir. Zaragoza debía caer, debía ser tomada. El tiempo empezaba a correr en contra de los imperiales.

Planes de defensa y bombardeos

El 16 de julio de 1808 José de Palafox había dado el visto bueno a un plan de defensa de la ciudad en caso de nuevo asalto. En el mismo se indicaban dónde y cuánto había que resistir, hacia dónde debían ir replegándose las tropas ordenadamente para continuar la lucha, reuniéndose los retirados de varios puntos para posibilitar contraataques. Era un plan muy detallado, con instrucciones precisas. Se pondría a prueba en el siguiente gran asalto napoleónico, que era inminente cuando se inició el mes de agosto.

Así, por ejemplo, en la Puerta de Santa Engracia se ordenaba a su comandante que tuviera avanzadillas que le previnieran de cualquier

tipo de sorpresa y que en caso de ataque no podría retirarse hasta que «no haya perdido dos terceras partes de su guarnición y en el caso de muerto o herido se hará cargo del mando su segundo», salvando en todo momento las municiones, atrancando las puertas con maderos, colocando «cuantos obstáculos se le ocurra» y refugiándose en la Torre del Pino. Se indicaba cómo en las tapias del olivar de Santa Engracia era necesario todavía hacer troneras y poner andamios, pero que en caso de entrar los enemigos se les recibiría «con bayoneta». En la Puerta del Carmen se hacía referencia a salvar los cañones y como punto de repliegue la plazuela inmediata. En el cercano Convento de Trinitarios se ordenaba «sostenerse haciendo un fuego de fusilería vigoroso, hasta que vea que los enemigos tienen tomada la Puerta del Carmen o la Misericordia». La Casa de la Misericordia debía ser inaccesible, pero si entrasen en ella los enemigos, sus defensores deberían ir defendiendo patio a patio del edificio hasta salir y parapetarse en el enrejado trasero. En el Cuartel de Caballería se daba la orden de no abandonarlo a no ser que hubiera brecha abierta, caso en el que debería retirarse hacia la Plaza de Toros «siempre haciendo fuego bien ordenado». En la Puerta del Sol se advertía de que había que terminar las obras diseñadas por los ingenieros, pero que en caso de ser tomada, los defensores se parapetarían en el Convento del Santo Sepulcro, que se encontraba a sus espaldas. Otro punto de reunión cercano, en caso de repliegue, sería la plaza de la Magdalena. Mariano Renovales quedó encargado del frente del Huerva. Como última línea defensiva se proyectaba el Convento de San Francisco, junto al Coso, donde se pensaba echar abrojos.[1]

Dos semanas después de aprobar estas instrucciones, el momento crítico se acercaba. El día 30 de julio el general francés Verdier envió una misiva al capitán general de Aragón. Le solicitaba la rendición de la ciudad. Las reglas de la guerra establecían que una plaza fortificada se podía rendir sin menoscabo de su honor cuando tenía brechas abiertas y practicables. Zaragoza no era plaza fortificada y pronto estaría llena de brechas. Palafox contestó con una negativa que no desaprovechó en usar como proclama, para subir la moral de sus tropas y animar a la defensa. Era consciente de que esa petición era una fórmula de cortesía según las reglas de la guerra. Tras ella, se desataría el infierno. Palafox mentaba a «nuestros antepasados numantinos», quienes debían servir de ejemplo de una resistencia llevada al límite. «Estamos resueltos a enterrarnos todos bajo las cenizas y las ruinas de ciudad», proclamó, en lo que parecía una profecía. Ya conocedor de la victoria de Bailén el 19 de julio, Palafox alentó la comparación: «¿Podremos rendirnos hoy viendo la victoria señalada de los andaluces?», llamó a los «¡valientes regimientos aragoneses!» a la lucha por el rey y la religión, motivo por el que los

españoles «son capaces de medirse con las mejores tropas de la Tierra». Finalizaba con una curiosa forma de datar su documento: «Año primero de la libertad».[2] Palafox era consciente de que 1808 suponía un antes y un después, que estaban haciendo historia.

Quienes se aprestaban a defender, una vez más, Zaragoza necesitarían algo más que planes teóricos y palabras gloriosas. Los últimos refuerzos de Verdier llegaron el 1 de agosto de 1808. Con un contingente al mando del general Bazancourt —14 Regimiento de Línea y el 44 y el 11 escuadrones de Marcha— sus efectivos aumentaban hasta 15.566 hombres, 1.952 caballos y 86 piezas de artillería. Estas últimas estaban distribuidas para bombardear la ciudad desde la iglesia de San Miguel, al este, hasta la Aljafería, al oeste. Los morteros, obuses y cañones podían vomitar fuego sobre prácticamente media ciudad, alcanzando hasta la línea del Coso.

Frente a ellos, la población civil y los efectivos del Ejército de Aragón, acantonados en distintos puntos de la ciudad. El 29 de julio se encontraban situados de la forma que se expone a continuación. Al norte, en el Arrabal, entre el propio barrio, los conventos de Altabás y San Lázaro, así como en la Torre del Arzobispo y otras casas de campo circundantes, estaban situados parte del Batallón Ligero de Zaragoza; el Primero de Voluntarios de Aragón mandado por Pedro Gasca; los dos primeros Tercios bajo mando de Agustín Dublaisel; las compañías de Tauste y la de Jorge Ibor; los lanceros de La Almunia; los suizos de Aragón, al mando de Adriano Walquer, y las Reales Guardias Españolas, bajo mando de Vicente Izquierdo. Al este de Zaragoza, el frente del Huerva estaba defendido por la compañía de Monzón en la Puerta del Sol y la Compañía de Tiradores en San José. En la zona de Santa Engracia y Torre del Pino se situaban los fusileros del reino de Antonio Torres y el Tercio de Jerónimo Torres. En torno a la puerta, Convento y colegio del Carmen estaban asentados el Tercer Tercio, al mando de Rafael Estrada, el Quinto Tercio con Pedro Hernández a su cabeza y la Compañía de Pablo Casamayor. La línea del Hospital de Convalecientes, la Casa de la Misericordia, Cuartel de Caballería y Portillo quedaba guarnecida por el Regimiento de Fernando VII, al mando de Marcó del Pont, parte del Batallón Ligero de Zaragoza, la Compañía de Guardias Valonas y la Compañía de Sas. La Aljafería quedaba guarnecida por la Compañía de Portugueses y la de Cerezo. Al lado de la Puerta del Sol, en el Convento de Santo Domingo, el Cuarto Tercio al mando de Luis Garro. En reserva, en el centro de la ciudad, en el Convento de San Francisco, junto al Coso, quedaba el Regimiento Extremadura, mandado por Domingo Larripa. Algunas de estas tropas sufrían escasez de víveres. El capitán del Segundo Batallón Ligero de Zaragoza se quejaba el 4 de agosto de que «no se les ha suministrado en los días de ayer y hoy el pan correspondiente».[3]

La noche del 1 de agosto, a las tres y media, comenzó el bombardeo de la artillería napoleónica. Superaría en intensidad, con creces, al del 2 de julio. Verdier estaba dispuesto a aplastar la resistencia zaragozana. De las 86 piezas de artillería, 38 se concentraron solo contra el sector de Santa Engracia, desde la Torre del Pino hasta el fin de la calle del mismo nombre que desembocaba en el Coso. Pasaron de 7.000 los proyectiles que cayeron sobre Zaragoza entre el 1 y 3 de agosto de 1808. Los primeros disparos fueron dirigidos contra la línea de defensa, contra baterías, puertas, tapias y edificios colindantes. Tras derruir los puntos «militares», abiertas las brechas para el asalto, los cañones, obuses y morteros apuntaron al interior de la ciudad.

Y se desató una terrible escena. Muchos habitantes abandonaron sus casas en el sector de Santa Engracia y San Francisco, refugiándose al otro lado del Coso. Huían del fuego francés. Si bien las balas rasas —proyectiles sólidos disparados fundamentalmente por cañones— eran amortiguadas en cierta medida por las construcciones de ladrillo tan típicas de Zaragoza, no ocurría lo mismo con las bombas y granadas —proyectiles incendiarios y explosivos— vomitados por obuses y morteros en trayectoria parabólica. Estos ascendían a los cielos para, a continuación, descender a una Zaragoza que convertían en infierno.

Pero lo peor sucedió en el Hospital de Nuestra Señora de Gracia. Este ocupaba una amplia extensión entre la estrecha calle de Santa Engracia, frente al gran Convento de San Francisco, el Coso y la huerta de Santa Engracia. Allí se erigía desde el siglo XVI, pero el 3 de agosto de 1808 las bombas napoleónicas rubricaron su final. No fue por error. Después de reducir a escombros las endebles defensas, Verdier quería sembrar el pánico y minar la moral de los defensores. No podía fallar otra vez al emperador. En el hospital había 500 enfermos, 2.000 heridos y un grupo de personas con graves problemas psicológicos, «los locos», encerrados pero tratados como pacientes.

Cuando cayeron las primeras bombas, el edificio empezó a arder, sus tejados a resquebrajarse, sus paredes a temblar. Quienes trabajaban en el hospital llevaron a los enfermos a la iglesia del mismo, pensando que eso bastaría para protegerlos. Se equivocaban. El bombardeo era incesante. Los cascotes se desplomaban sobre las camas, sepultando en escombros a todos. «¡Qué espectáculo tan terrible!», dejó escrito Agustín Alcaide Ibieca. Vista la situación, el intendente Calvo de Rozas dio la orden de evacuar el Hospital de Gracia, trasladando a heridos y enfermos a la Lonja y edificio de la Real Audiencia, sitos junto a la Puerta del Ángel, lejos del alcance de la artillería imperial.

En la tarea se afanaron numerosas personas voluntarias. En medio de la lluvia de bombas y granadas, hombres y mujeres, nobles y pueblo llano, clérigos, carreteros, se dedicaron a sacar de allí a los

enfermos y heridos. En barón de Purroy, José Obispo, numerosos franciscanos, el mismo marqués de Lazán fueron a ayudar. Destacaron también las mujeres, encabezadas en esta ocasión por una monja, la madre María Ráfols; por una anciana noble ilustrada y vindicadora de los derechos de las mujeres, Josefa Amar y Borbón; y una noble, María Consolación de Azlor y Villavicencio, condesa de Bureta. A pesar de las críticas circunstancias, lograron su objetivo salvando de una muerte segura a la mayoría de enfermos y heridos del hospital. Eso sí, entre las ruinas y las llamas quedaron, libres de sus habitaciones, los locos. Estos deambularían varios días entre los escombros de la zona y el campo napoleónico, heridos y desquiciados, causando una honda impresión e incluso terror a los soldados imperiales.

En esos primeros días de agosto, Verdier ordenaba a una columna asaltar el Convento de San José, lo que lograron el día 1. Al día siguiente, Mariano Renovales preparaba la defensa de la línea del Huerva, desde la Puerta Quemada a la del Sol. Tenía intención de resistir a toda costa, pero, por si acaso, Palafox se lo dejaba claro en una orden: «Hay rumores que tratan de un asalto con escalas que traen (…). Un asalto se evita con fusiles, con pistolas, con lanzas, con piedras. Si hay serenidad son perdidos los que asaltan. Vmd es activo, y no solamente no dormirá, sino que hará que no duerman los demás». En la Aljafería también se temían lo peor. El muro oeste del castillo había quedado reducido a escombros. Cerezo atrancó las puertas y dijo a sus paisanos: «Caballeros, aquí no hay más remedio que morir o vencer».[4]

Asalto, pánico y huida

Amaneció el 4 de agosto de 1808. En las trincheras abiertas por los soldados napoleónicos todos se preparaban para la jornada. Calaban bayonetas. Iban a asaltar Zaragoza por tercera vez en dos meses. La mayor parte de las defensas materiales de la ciudad, que eran pocas, ya habían sido reducidas por la artillería en los tres días anteriores. En número de soldados, los atacantes seguían superando a los defensores, aunque ya habían aprendido que en esa ciudad combatía todo tipo de gente. Cuarenta y tres bocas de fuego, de las que dieciocho eran morteros y obuses, iban a cubrir el avance de las columnas de infantería, provocando incendios en el interior de la ciudad, los cuales distraerían a la población en su apagado.

A mediodía, tras seis horas de bombardeo imperial, la mayor parte de la artillería española estaba silenciada, desmontada o sin artilleros que la manejasen. Tres grandes brechas estaban abiertas en el recinto de Zaragoza, todas en la zona de Santa Engracia, por donde Napoleón había indicado que se debía tomar la ciudad: a la derecha napoleónica, en el muro de la huerta; en el centro, junto a la iglesia y

puerta; a la izquierda, en el muro de la huerta de la Torre del Pino. Cada una de esas brechas sería asaltada por una columna de forma simultánea a las doce del mediodía, todas precedidas por tropas ligeras y cubiertas por artillería. Además, una vez penetraran en la ciudad, se debían establecer cañones en las plazas para asegurar la conquista. En el asalto participaban unos 6.500 soldados imperiales, casi la mitad de todo el ejército de Verdier. El resto, unos 9.000, estaba ocupado en otras labores militares. Algunos lanzaron ataques de distracción sobre la Aljafería, al oeste, y el barrio de la Magdalena, al este. La restante infantería quedaba custodiando los campamentos, trincheras y baterías, mientras que la caballería estaba desplegada al norte del Ebro, para evitar la salida de los defensores y la llegada de refuerzos.[5]

A la derecha, el general Habert dirigiría al Primer Regimiento del Vístula. Su objetivo era adueñarse del Convento de Santa Engracia, así como de las casas inmediatas a la calle. Le seguirían los regimientos 15.º y 16.º, que asegurarían la brecha y el huerto. En reserva quedaba el Regimiento 44. Cuatro regimientos en total, en torno a 3.200 soldados. Les cubría la Brigada número 3, situada frente al Convento de Santa Engracia. Por su parte, en el centro el general Bazancourt dirigía una columna formada por el Regimiento 14.º, con sus 1.488 soldados, y cazadores del 44.º. Cruzarían el Puente del Huerva, girarían a su derecha hasta tomar la Puerta de Santa Engracia, tras lo cual se dirigirían hacia la plaza del Carmen, cortando la retirada de los defensores de la puerta homónima. Les cubría la batería número 4, colocada frente a la Torre del Pino. Finalmente, la columna de la izquierda era mandada por el general Grandjean, con el Segundo Regimiento del Vístula, con 1.376 soldados, apoyada por compañías del Tercer Regimiento del Vístula y el Batallón 47.º de Línea con sus 420 efectivos. Más de 1.800 hombres, con la batería número 6 a sus espaldas. Su objetivo era asaltar la brecha de Torre del Pino y tomar la Puerta del Carmen. Una vez más, el típico plan de los generales napoleónicos: tres columnas de asalto precedidas por infantería ligera y con fuego de cobertura de la artillería. Había fracasado ya dos veces ante Zaragoza, pero consideraron que esta sería la definitiva, porque tenían más cañones y tropas mejor preparadas que en las anteriores ocasiones.

Dentro de la ciudad todo era un frenesí, donde no se respiraba «aire sino fuego». Unos se afanaban en apagar incendios, otros en poner saco sobre saco en las brechas abiertas o detrás de ellas. Luis y Francisco de Palafox, los hermanos mayores del capitán general, fueron con un pequeño destacamento de caballería a la Puerta de Santa Engracia a dar órdenes para distribuir a los combatientes. El desplome de parte del arco de la Puerta de Santa Engracia sepultó a

algunos defensores de la batería. Allí, de un balazo cayó muerto el hermano de José Guallart, sargento de Fusileros de Aragón. En la Puerta del Carmen, cuando los soldados napoleónicos fueron a atravesar el foso lleno de escombros que protegía a la batería, se toparon con los hombres del Quinto Tercio de Aragoneses, que les frenaban armados con lanzas. En la línea del Carmen a Torre del Pino, la Compañía de Valonas perdió a 16 de sus soldados, el Tercer Tercio a 27 hombres, de la Compañía de Escopeteros de San Pablo acudieron una treintena de paisanos, de los que murieron 24. En la huerta de Torre del Pino, el coronel Antonio Cuadros y Antonio Torres daban órdenes a más de 200 hombres que defendían la brecha. Pronto cayeron muertos o heridos la mayoría, incluido el propio Cuadros, de un balazo cuando transportaba un saco para reparar las defensas. El jefe de ingenieros, Antonio Sangenís iba de un lado a otro, de brecha a brecha, mientras José Obispo enviaba refuerzos a una y otra brecha para sostener el perímetro de la ciudad. En los extremos de la ciudad, la infantería napoleónica que había quedado en las trincheras efectuaba ataques de distracción contra la Aljafería y el frente del Huerva, siendo rechazada, con gran número de bajas, por las tropas de Cerezo y Renovales, a pesar de que algunos de sus hombres llevaban varios días sin nada más que llevarse a la boca que algo de pan y vino, como era el caso de la Compañía de Francisco Zapater.

Tras varias horas de horroroso tiroteo, Verdier daba la orden de asalto definitivo al grito de *Vive l’Empereur*. Viendo la intensidad del combate, el marqués de Lazán ordenó retirar los cañones de la batería, entrarlos a las calles y atrancar el portón de Santa Engracia. En esos momentos, la columna del general Habert entraba en el Monasterio de Santa Engracia. A las dos de la tarde, los soldados de Grandjean se hacían con la Puerta del Carmen, enfrentándose a unos artilleros que no se retiraban y que según el polaco Mrozinski «había que matarlos a bayonetazos», lo que le supuso un gran número de bajas, ya que de 80 granaderos del Vístula que asaltaron la brecha solo regresaron 27. Fue justo después de que los defensores clavasen tres piezas de artillería y retirasen otros cañones a la calle Azoque, junto al Hospital de Convalecientes y al Mercado. El pánico empezó a cundir entre los defensores, quienes se veían sobrepasados e inminentemente rodeados. Lazán se retiró de allí junto con su hermano Francisco y otros oficiales, pues «este día parecí ser el último de la ciudad». El brigadier Antonio Torres, con algunos fusileros, también intentó una retirada cuando, en la calle Santa Engracia, fue interceptado por el intendente Calvo de Rozas, quien le recriminó su actitud y le ordenó que volviera a su puesto, a pesar de que Torres «protestó la necesidad de desayunarse». Mientras tanto, los hombres de uno y otro bando caían por doquier en un sangriento combate a golpe de culata de fusil

y desgarro de bayoneta, y las filas defensoras palidecieron.[6]

Al poco, la defensa se desplomó. Los combatientes españoles corrían por la calle Azoque y Santa Engracia hacia el Coso en una desordenada retirada. Muchos arrojaban las armas. Inicialmente, a pesar de las numerosas bajas, parecía un éxito completo de Verdier, quien junto a Lefebvre, entró en la ciudad. A la vez, los artilleros napoleónicos transportaban cañones de campaña al interior. Las reglas de la guerra establecían que la ciudad estaba tomada. *La victoire est à nous*, debieron de pensar, como decía el título de la popular canción francesa. Enseguida, la tropa napoleónica pensó que debía obtener recompensa a sus esfuerzos, sobre una ciudad que se había resistido. Los oficiales imperiales no pudieron contener a sus hombres, muchos de los cuales abandonaron el avance hacia el centro de la ciudad y comenzaron a entrar en las casas e iglesias de Zaragoza para robar cuanto pudieran meter en sus mochilas. Lo concebían como su justo y legítimo botín. Una vez dentro de la ciudad, los soldados napoleónicos se perdieron, en las calles y en el saqueo. Las casas de Casellas, Santa Coloma, Todos, Torresecas, Coleta, Tomás López, Nicolás Barta fueron saqueadas, de la de José Forcada se llevaron «todos los enseres de su subsistencia». El soldado francés François Billon vio a algunos de sus compañeros llenar sus chacós con anillos, relojes y pendientes, a otros asaltar bodegas y embriagarse con los vinos.[7]

El pánico de los combatientes que se habían visto superados en los muros, fue como una onda expansiva que resonó por toda Zaragoza. La ciudad que se autopercibía como la gran resistente parecía, ahora, quebrada. A la hora de haber cruzado las brechas, las columnas napoleónicas se asomaban al Coso tras tomar las ruinas humantes del Hospital de Gracia. A pesar de los llamamientos de algunos frailes a la resistencia, el terror dominó la ciudad. Una masa de soldados y civiles se formó en las calles de San Gil y Cuchillería que llevaban a la Puerta del Ángel y el puente. Huían del avance enemigo y buscaban su salvación al otro lado del río, fuera de Zaragoza, que ya estaba invadida y se daba por perdida. El marqués de Lazán, que había intentado una última defensa, colocando una barricada y batería en la esquina del hospital, entre la estrecha calle de Santa Engracia y el Coso, se vio desbordado, abriéndose paso con su caballo entre la multitud. Alcanzó el puente, cruzó el Ebro y salió por el Arrabal.

Poco antes, el capitán general, José de Palafox, informado de la crítica situación de Zaragoza y de que numerosos refuerzos con un convoy de suministros llegados del resto de Aragón, de Baleares y de Cataluña, se congregaban entre los pueblos de Pina y Osera, tomó la decisión de trasladarse al Arrabal y, desde allí, abandonar la ciudad junto al resto de autoridades civiles y militares, pues esta vez le acompañó el intendente Calvo de Rozas, quien se les unió pasadas las

cuatro de la tarde, alejándose al galope de Zaragoza por el camino de Barcelona.

La gran multitud que, presa del pánico, se agolpaba en la Puerta del Ángel, no pudo pasar de la ribera del Ebro. El coronel Cayetano Samitier les intentó contener espada en mano. Al otro lado del Puente de Piedra, en el Convento de San Lázaro, se encontraba el teniente de caballería retirado, y vecino de Zaragoza, Luciano Tornos. Este ordenó girar los cañones bajo su mando, apuntando al puente, al torrente de soldados y civiles que pretendían huir por allí. Tornos les amenazó con disparar a cualquiera que pudiera empuñar las armas si daban un solo paso más, arengándoles y ordenándoles seguir la lucha. Causó el efecto deseado. Situados entre la espada y la pared, la mayoría volvieron al fragor de una nueva batalla, distinta de lo que se había visto hasta ese momento en las guerras napoleónicas. Las campanas seguían tocando a rebato, llamando a las armas.

Combate callejero y resistencia

Zaragoza estaba al límite. No había víveres ni municiones, solamente «tres cartuchos por fusil» para cada combatiente, las principales autoridades se habían ido, el ejército napoleónico se adueñaba de un tercio de la ciudad. Cuando la columna de Habert llegó al Coso, se dividió en tres grupos de ataque, para completar la conquista. Uno se dirigiría a la izquierda, para unirse con la columna Grandjean que saldría por la calle Azoque. Otro grupo penetraría por el centro, por la calle San Gil, para alcanzar el corazón político y religioso de Zaragoza, tomando la Puerta del Ángel y los edificios adyacentes. Por último, el tercer grupo se dirigiría a su derecha, por el Coso hasta alcanzar la Magdalena y la Puerta del Sol, desde donde podrían llegar al puente sobre el Ebro. Parecía que ya estaba hecho.

Sin embargo, no toda la defensa se había desmoronado. Hubo soldados, mujeres, frailes en Zaragoza que persistían en defender la ciudad. Aguantaron el tiempo suficiente para que la masa que había intentado huir, retornara a la batalla. Entonces, los soldados imperiales se vieron atrapados en un combate urbano, entre estrechas calles, que no se imaginaban, que no se concebía, para el que no estaban preparados. De repente, vieron convertida una victoria que ya acariciaban en una trampa mortal. Desde todos los edificios, los zaragozanos, hombres y mujeres, les empezaron a arrojar piedras, en las calles estrechas se montaron infinidad de barricadas con cualquier objeto que sirviera y «cada casa una ciudadela de donde partía una granizada de balas tal que yo no he visto jamás». No había ya un frente ni un objetivo, lo era todo, por todas partes se veían atacados los soldados de Verdier, sin salida, sin opción a desplegarse. El casco urbano era el campo de batalla, donde tenía lugar un mosaico de

combates.[8]

A la izquierda, los soldados de Grandjean fueron frenados en la calle Azoque. Los escopeteros dirigidos por Francisco Ipas que habían sobrevivido al combate en la brecha de Torre del Pino, se retiraron por esas calles, viéndose acorralados se encerraron en una casa, la cual asaltaron los franceses. Huyeron por los tejados, para volver a bajar a las calles y seguir combatiendo. Matías Carrica acudió desde el Portillo a defender la zona con su compañía de paisanos. Junto al Convento de Santa Fe se unieron a la Compañía del cura Sas. Otros grupos de defensores se reunieron en torno a los cañones retirados de la Puerta del Carmen y colocados junto al Hospital de Convalecientes y Convento de San Ildefonso. Allí se batieron con los franceses zaragozanos como José Forcada, quien era teniente del Primer Tercio.[9]

Cerca de allí, al otro lado de la manzana de casas, el coronel Benito Piedrafita salió de su casa con su asistente, mató de un tiro a un oficial francés que aparecía al frente de sus soldados y, reuniendo a cinco paisanos, se parapetó en la puerta del jardín de la casa del conde de Fuentes. De esos zaragozanos que se hicieron fuertes en aquel jardín, tres eran los jornaleros Mariano Lafuente, Domingo Garcés y Silvestre Ximeno, quienes sostuvieron el fuego hasta la noche.[10] La columna de Habert sufrió mucho al dividirse, a su vez, en otras tres columnas al llegar al Coso. Los que se habían dirigido a la izquierda no consiguieron pasar del Arco de San Roque, zona en la que se reunieron los defensores en torno al coronel Piedrafita. No lejos de allí, en la entrada de la calle Torrenueva, la condesa de Bureta ordenó erigir una barricada y reunió a sirvientes y vecinas para defenderla.

La columna central, mandada por el coronel Chlopicki, confundida en el caos de la batalla, no se encaminó por la calle de San Gil, sino que atravesó el Arco de Cinegia, perdiéndose en un laberinto de callejuelas, donde muchos fueron masacrados desde las ventanas, en cada esquina, en cada callejón. El mismo Chlopicki cayó herido. Momentos antes, el brigadier Antonio Torres y el coronel José Obispo habían conseguido reunir en la plaza de la Seo a varios grupos que todavía querían defenderse, con los que corrieron a las calles que daban al Coso, las que llenaron de colchones, sacos, bancos y muebles. Los imperiales se estaban retirando en desorden al otro lado del Coso. Torres y Obispo hicieron llevar cañones que colocaron bajo el Arco Cinegia. Allí combatió Tomás González, teniente de Dragones de Numancia, agregado al cuerpo de ingenieros bajo las órdenes de Sangenís.[11]

Por último, la columna de la derecha, que se dirigía por el Coso hacia la Puerta del Sol, fue atacada antes de llegar a esta. El presbítero Miguel López Otal y Juan Martínez, que estaban de vigías en la torre de la iglesia de la Magdalena, dieron aviso de que se acercaban las

tropas imperiales. Bajaron inmediatamente y organizaron a un grupo de paisanos junto al Arco de Valencia. Cuando aparecieron los 300 soldados napoleónicos, les hicieron fuego a bocajarro. Lo mismo hicieron, desde el otro lado del Coso, parapetados en los portales, unos labradores liderados por el fraile agustino Santa Romana, quienes mataron al jefe de batallón imperial y a un tambor. De la calle San Lorenzo salió otro grupo de vecinos del barrio de la Magdalena que se unieron a la refriega. Entre ellos, el veterano Tomás Campos, con su antiguo uniforme, acabando con otros cinco soldados del Regimiento del Vístula. Al oír los disparos, llegaron desde la Puerta del Sol varios soldados españoles, al mando de los capitanes Alberto Langles y Pablo Casamayor. Al poco, apareció el capitán Marcos María Simonó, quien vio el desorden reinante y caras llenas de terror. Con una bayoneta en una mano y la espada en la otra, se alzó sobre un banco que habían cruzado a modo de barricada y arengó a los allí presentes, evocando la libertad de la patria y de sus familias, acabando al grito de: «¡Que huyen los enemigos! ¡Viva el Rey!». Bajo su mando, se reunieron todos esos grupos de soldados y paisanos con un cañón en el Coso, descargando balas y metralla contra los sorprendidos enemigos. Marino Renovales también se unió con su tropa, sumando 300 defensores. Tras intensos combates, obligaron a los imperiales a replegarse hasta el Convento de San Francisco.[12]

La situación al acabar la jornada del 4 de agosto de 1808 era inconcebible para cualquier militar de la época. El frente bélico se situaba en medio de la ciudad. El Coso era la frontera. En su lado norte, los españoles; en el lado sur, el ejército napoleónico. A escasos metros unos de otros, se tiroteaban con profusión. La situación no era buena para los invasores, pero tampoco para los defensores, que, aunque victoriosos contra todo pronóstico en la batalla de aquel día, estaban desesperados. La moral de buena parte del vecindario estaba alta, pero los oficiales al mando sabían que la situación era desesperada si no llegaban refuerzos pronto y, sobre todo, suministros.

El general Verdier estableció su cuartel general en el interior de la ciudad, en el Monasterio de Santa Engracia. Desde allí, envió una misiva dirigida al capitán general de Aragón. Su contenido era escueto y directo: «Paz y capitulación». Desde el cuartel general de Zaragoza, al otro lado del Coso, la respuesta fue contundente: «Guerra y cuchillo». Estas palabras se le han atribuido al mismo José de Palafox, pero cabe preguntarse si las escribió justo antes de abandonar la ciudad, fuera de ella o bien su autoría corresponde a quien, sin esperarlo, quedó al mando de la resistencia: el brigadier Antonio Torres. Este no conoció la partida de casi todo el Estado Mayor del Ejército de Aragón hasta entrada la tarde del día 4. El propio Torres manifestaba su absoluta sorpresa en la carta que envió a Palafox esa

misma noche, la cual es bastante elocuente de la situación:

> Señor, cuando el enemigo hubo pasado la Cruz del Coso y la tropa se retiró al arrabal, me dirigí a casa de V. E. para tener órdenes, pero ni vos ni vuestros hermanos estabais allí. En consecuencia, creí que debía tomar momentáneamente el mando. Reuní en el arrabal a los oficiales y soldados que pude y les llevé de nuevo a la ciudad donde hice todos los esfuerzos por impedir que el enemigo se apoderara de ella. Después del combate más encarnizado los franceses han sido rechazados hasta el Coso y yo me he apoderado de todas las avenidas de las calles que se extienden desde la pequeña plaza de la Magdalena hasta el Convento del Carmen. El valor de los oficiales y soldados está por encima de todo elogio. Los franceses han cometido una multitud de atrocidades que no da tiempo de referir aquí. V. E. no ignora que carezco de las cosas más necesarias para la defensa. Los mayores generales y los ingenieros no me han abandonado más que para ejecutar mis órdenes. Una parte de la ciudad está en poder del enemigo. Está tranquilo ahora, pero solo hasta mañana por la mañana; y mi posición, la más crítica en la que un militar se haya encontrado jamás, me hace esperar que V. E. no me olvidará. Así pues, mañana por la mañana V. E., o uno de sus honorables hermanos, me traerá, pienso, socorros y víveres, sin los cuales ni yo ni nadie podríamos salvar la ciudad del peligro al que V. E. la expuso abandonándola a la gracia de sus crueles enemigos.[13]

Esa noche, desde Osera, los tres hermanos Palafox tomaron varias disposiciones. Una de ellas era confirmar en el mando a Antonio Torres. Otra, que había que salvar a Zaragoza a toda costa. Había resistido, para su sorpresa, pero ahora necesitaba ayuda urgentemente. La noche del 4, Torres les enviaba una segunda carta, con un tono menos amenazante pero igual de suplicante: «Estamos con dos cajones de cartuchos, y sin víveres; los enemigos dentro de la plaza; y si V. E. no nos auxilia con tropa, dentro de seis horas no respondo del éxito, que no será feliz», y una tercera poco después, la cual terminaba con un angustioso «acelere su marcha con las tropas».[14]

Tras más de siete horas de combate, en el lado napoleónico no estaban mucho mejor. El general Verdier escribía: «La operación de ayer costó muy cara y la tropas se encuentran desanimadas». Él había sido herido de un balazo en la pierna izquierda, dejando el mando a Lefebvre, quien también se hallaba herido pero de una contusión. Las bajas habían sido enormes, casi 2.000 hombres: 472 muertos y 1.505 heridos. Eso suponía un 30 por ciento de los 6.500 que habían participado en el asalto, de los que 4.000 todavía intentaban mantener el terreno conquistado: tapias abatidas, las ruinas del hospital, barrios en llamas, locos deambulando dando alaridos, cadáveres de unos y otros esparcidos, y la angustia de pensar que en cualquier momento, desde un tejado a retaguardia, desde una casa en el flanco o por el frente podían ser atacados por esos españoles que no se habían rendido. El día 5 tuvieron 500 bajas más. La moral del ejército imperial estaba por los suelos. Al mediodía del día 4 de agosto se veían victoriosos y dueños de Zaragoza, pero unas horas después se agazapaban tras ruinas y parapetos entre las calles.[15]

Los combates continuaron sin cesar durante los siguientes días. Pero

dentro de la ciudad el frente estaba estabilizado. En realidad, la situación era realmente crítica para ambos contendientes. Cierto es que los defensores iban, poco a poco, recuperando terreno urbano, pero también se estaban quedando sin pólvora y sin pan. En cuanto a la moral de la Zaragoza resistente se daban sentimientos encontrados. Por un lado, había vuelto a resistir contra todo pronóstico, lo que podía concebirse como una victoria, pero la visión era desoladora, con cadáveres en torno al Coso que no podían recogerse en medio de los combates, los incendios provocados por los bombardeos que proseguían y, a todo eso, se sumaban los rumores entre el pueblo, que se preguntaba por qué su capitán general se había ido y por qué tardaba en volver. Muchos civiles se refugiaron en el Pilar, a salvo de las bombas, otros intentaron huir el día 7, cuando varios soldados de Dragones del Rey dieron voces alarmantes de que los enemigos se apoderaban de la ciudad, hasta que fueron prendidos y fusilados en el acto. Mientras, otros seguían combatiendo, como el cabo de fusileros José Monclui, quien ese mismo día acabó con un oficial francés, arrebatándole su uniforme y espada junto al Convento de Santa Rosa, o quienes el día 9 se arrastraron bajo los dos cañones franceses situados en la Puerta del Carmen, acuchillando a sus artilleros, o José Fandos, quien en el frente del Coso recuperó un obús, gracias a una mula, lo que reflejaron en sus grabados Gálvez y Brambila.[16]

El socorro a Zaragoza

La resolución de este primer Sitio de Zaragoza, sin embargo, no estaba dentro de la ciudad, sino que iba a venir de lo que sucedía en sus alrededores y en el resto de España. Los Palafox llegaron en la tarde del día 4 a Osera. Entre esa localidad y Pina, ambas aguas abajo del Ebro, se había reunido un fuerte contingente de tropas españolas con un importante convoy de suministros. Otros llegaban por el camino de Barbastro, hacia Villamayor. En total, se trataba de más de 4.000 hombres de diversos cuerpos y procedencias, con algunos cañones de campaña y cientos de animales y carros cargados de pólvora, armas y comestibles. Componían aquellas fuerzas 400 soldados de Reales Guardias Españolas, de los que buena parte habían huido de Barcelona —a los que quizás se les unieron algunos desertores—, al mando del comandante Francisco Bañuelos y del capitán Nicolás Fillaber; 200 miqueletes con seis cañones provenientes de Lérida, bajo mando de Francisco Tabuenca; el Segundo Batallón de Voluntarios de Aragón, con 300 soldados al mando de Luis Amat y de Terán y de Fermín Romeo; 300 suizos y varias compañías de los Tercios de Barbastro al mando de Joaquín Andreu. A todos ellos se unían la escolta de Húsares de Palafox que había salido con el Estado Mayor de Zaragoza el día 4. Desde Huesca, se aproximaban también

refuerzos dirigidos por Felipe Perena, casi 2.000 hombres con dos cañones. Y al sur se congregaban entre Paniza y La Muela las tropas enviadas por la Junta de Valencia y las del barón de Warsage, desde Calatayud. El ejército de Verdier corría el peligro de verse cercado, pasando de asediador a asediado.[17]

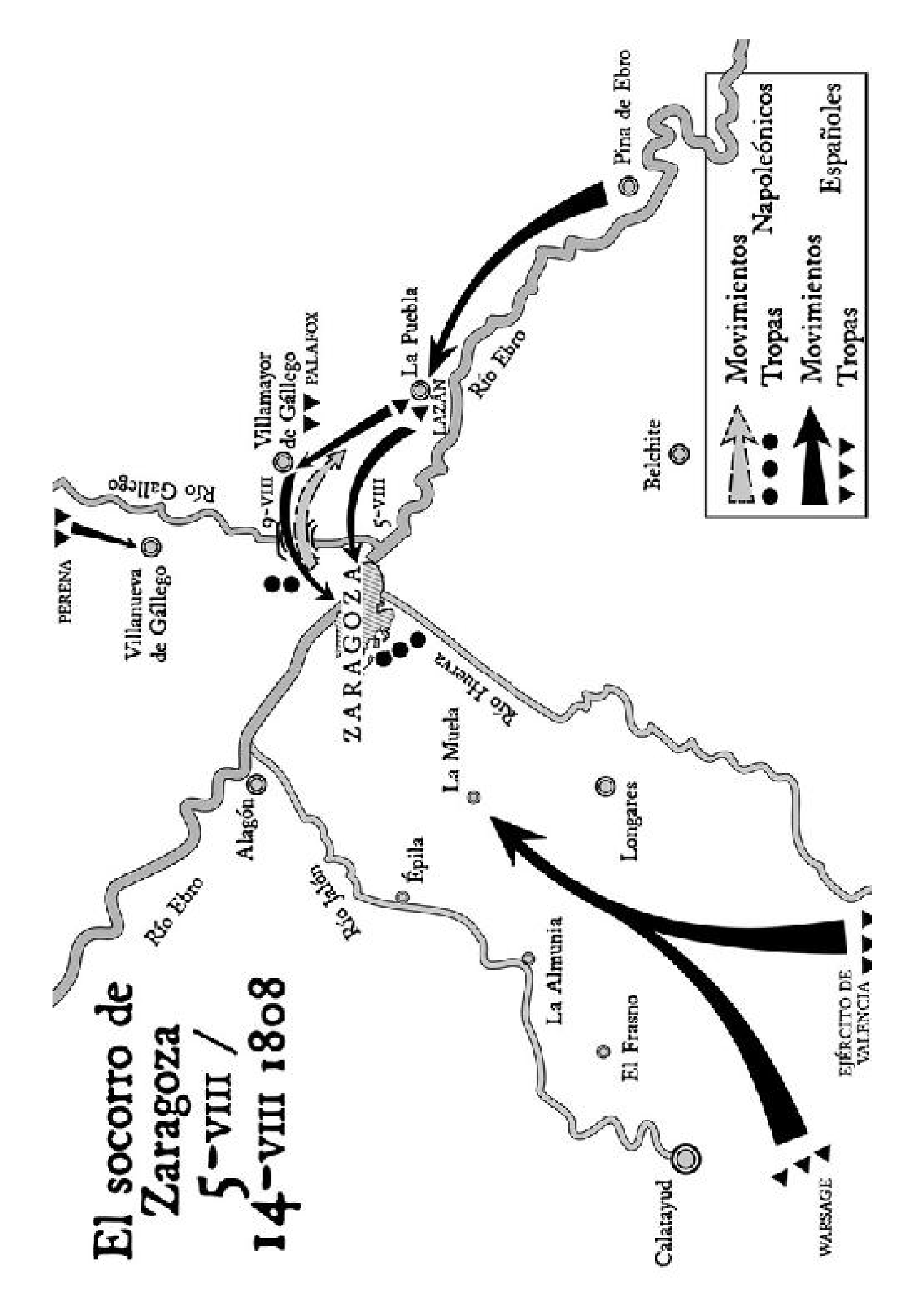
José de Palafox justificó su abandono de Zaragoza durante el asalto del 4 de agosto aduciendo que iba a reunir estos refuerzos que, sin su presencia, no habrían avanzado hasta la ciudad. Lo cierto es que estando en los pueblos de Pina y Osera, aquella noche del día 4, le sorprendió la misiva de Antonio Torres, anunciando el resultado de los combates. Zaragoza había vuelto a vencer sin él, pero no podría sostenerse sin ayuda. Por tanto, lo que había sido una retirada para reunir otro ejército con el que seguir la guerra en Aragón, se convirtió en una oportunidad para que Palafox se convirtiese en salvador, pero no podía fracasar o sería la tumba de Zaragoza y la suya. Los tres hermanos Palafox trazaron el plan de socorro. Era indispensable que, al menos una parte del convoy entrara en Zaragoza al día siguiente, con pólvora. Sin ella, la resistencia no duraría mucho. En el Coso se estaban disparando continuamente a quemarropa, con un considerable gasto de pólvora y vidas. Las armas blancas y las piedras servían al vecindario para defenderse en estrechas callejuelas, pero no bastarían. Por tanto, el marqués de Lazán se adelantaría en la mañana del 5, dando suministros y moral a los defensores, mientras José de Palafox preparaba una entrada segura del gran convoy.

Entre Osera y Pina se había reunido, desde el 2 de agosto, una multitud de gentes conformando el convoy. El coronel Luis Amat y de Terán, zaragozano de cuarenta y seis años, había desembarcado desde Mallorca en los Alfaques con el Segundo de Voluntarios de Aragón. Llegado a Pina había ordenado reunir pólvora, plomo, ganados, trigo y caldos. En total eran unos 4.000 hombres, pero en el número no estaba la victoria. Había pastores conduciendo ganado, carreteros, muleros, fabricantes de pólvora de Villafeliche, paisanos armados… No, en el número no estaba la victoria, y menos debiendo alcanzar Zaragoza por el terreno llano de la ribera del Ebro, donde una rápida, efectiva y contundente carga de caballería napoleónica podía sembrar la muerte y el caos, dando al traste con todo. Además, para llegar a la ciudad había que atravesar el río Gállego. Aunque en el estío no tenía gran profundidad, no se podía cruzar a la ligera, y menos con carros y mulas cargadas. Una parte podría pasarlo por los vados junto a Pastriz, cerca del Ebro, pero el grueso del convoy necesitaba hacerlo por el Puente del Gállego, el cual había sido incendiado por los imperiales el 12 de julio. Por tanto, habría que repararlo. Todo bajo constante amenaza del enemigo, que tenía desplegada la caballería en la margen izquierda del Ebro. Y, desde luego, los lanceros polacos no

cesaron de picar una y otra vez al largo y lento convoy español.

Al amanecer del día 5 de agosto toda la operación se puso en marcha. En vanguardia iba el marqués de Lazán con los 400 soldados de Reales Guardias Españolas, tres cañones y dos carros cargados de pólvora. Antes de llegar a La Puebla de Alfindén tomaron el camino a Pastriz, alcanzando los vados del río Gállego. Allí les vio una patrulla de caballería napoleónica, la cual dio inmediatamente aviso al resto y 150 lanceros polacos se abalanzaron contra los 400 soldados españoles. Sin embargo, estos formaron disciplinadamente líneas cerradas desde las que lanzaron varias descargas de fusilería que frenaron en seco la carga de caballería, obligando a su retirada. Tras ello, hacia el mediodía, Lazán se adelantó con una pequeña escolta hasta el Arrabal, donde encontró a Antonio Torres. Le ordenó ir rápidamente con dos cañones de campaña y una compañía de paisanos en refuerzo de las Reales Guardias y su preciado cargamento de pólvora. Llegaron justo a tiempo, pues a las fuerzas de caballería se habían unido 300 infantes franceses para tratar de capturar el pequeño convoy español. Los acertados disparos de artillería lo impidieron, debiendo retirarse los imperiales, dejando el paso expedito hasta Zaragoza. Las Reales Guardias Españolas, seguidas de los carros y artillería, cruzaron el puente y entraron por la Puerta del Ángel con banderas desplegadas al viento, al son del tambor, con música. Inmediatamente, Lazán ordenó la distribución de cartuchos entre quienes sostenían el frente del Coso e intentó poner orden en la anárquica defensa. Por último, escribió a su hermano, el capitán general, diciéndole que todo lo acontecido parecía «un socorro venido del Cielo».

Por detrás de esa vanguardia iba el intendente Calvo de Rozas con una escolta de 12 hombres y varios carros, quienes llegaron hasta La Puebla, con intención de seguir hasta el Puente sobre el Gállego. En aquella localidad, un vecino les dio aviso de que 150 jinetes polacos y 300 infantes franceses se preparaban para emboscarles, por lo que el intendente tomó la decisión de dirigirse a Villamayor en vez de continuar hacia Zaragoza. En el camino, conseguía esquivar a la infantería enemiga, no así a un destacamento de caballería que les incomodó a la entrada de Villamayor.



Finalmente, José de Palafox iba al frente del grueso del convoy. Se detuvieron en Alfajarín, pero tras ello llegaron a La Puebla. Allí se enteraron de movimientos enemigos que les podían cortar el paso, por lo que tomaron el camino hacia su derecha, desviándose ligeramente

al norte, a Villamayor. Además, en dicho lugar se habían reunido algunos húsares de Palafox y compañías de los Tercios de Barbastro. Palafox ordenó marchar por el camino de La Puebla a Villamayor en dos columnas de tropas que flanqueasen al convoy. Sin embargo, no todos cumplieron con exactitud las órdenes. Durante la marcha, el flanco izquierdo de la retaguardia fue atacado por la caballería del Vístula, la cual consiguió apoderarse de siete carros con equipajes y uniformes del Segundo Batallón de Voluntarios de Aragón, a quienes sorprendieron en mangas de camisa, vistiendo ya los chalecos, quizás por la intensidad del calor de agosto en medio de una marcha por la llanura.

Una vez en Villamayor, Palafox intentó organizar sus fuerzas. Él se estableció en la altura que dominaba el lugar, sobre la ermita del Pueyo y casa de la duquesa de Híjar. Desde allí, a 10 kilómetros de Zaragoza, en unos días soleados y despejados como los de agosto, tenía unas privilegiadas y panorámicas vistas. Podía ver con claridad Zaragoza, de la que seguían saliendo columnas de humo y llegaban los sonidos de cañones y fusiles, el Puente del Gállego, que era su objetivo, y los caminos circundantes, tanto el de Barbastro como el de La Puebla. A sus pies, se instalaron los miles de hombres y animales que componían el convoy.

En Villamayor, Palafox y Calvo de Rozas se preocuparon de reunir más víveres, tanto para alimentar a los integrantes del convoy como para llevar a Zaragoza. Para ello requisaron bastante ganado del lugar, especialmente varias reses que les proveyeron de carne, de las que luego, el alcalde José Mayoral solicitó su pago. También se ocupó de estos asuntos logísticos el comisario de guerra Anselmo Correa Quiñones de Benavente, quien ordenó cocer todo el pan posible, pasando en los días posteriores a recaudar dinero para las tropas de Warsage. Por último, se encargaron de procurar que los generales Verdier y Lefebvre no conocieran sus movimientos. Quizás esa fue la razón del arresto por traición del cabo de la Tercera Compañía del Tercer Tercio, Matías Bielsa, vecino de Villamayor.

Pasaron la noche del 5 en Villamayor, donde recibieron noticia de que a Osera seguían llegando soldados, pólvora y artillería. El día 6 Palafox envió una avanzada hasta el Puente del Gállego con un doble objetivo. Por un lado, ver si estaba libre de enemigos y era posible que el convoy pasase; por otro, recuperar el equipaje que los enemigos habían capturado el día anterior. A ello se dedicaron los principales damnificados, 400 soldados del Segundo de Voluntarios de Aragón, con un cañón, al mando del coronel Fermín Romeo. Esta fuerza se acercó hasta las riberas del Gállego donde sorprendieron a las tropas napoleónicas, consiguiendo recobrar los siete carros, aunque la mayor parte de vestuarios y armamentos estaban inutilizados. Tras ello,

regresaron a Villamayor, tras una rápida marcha en aquel caluroso día de agosto, en que casi llegan «a perecer de sed y fatiga».

El día 7 de agosto planeó Palafox entrar en Zaragoza. Para ello había dado órdenes a Felipe Perena. Este, con 2.000 hombres de los Tercios de Huesca y artillería, había bajado por el camino de Almudévar, Zuera, donde derrotó a una avanzada imperial, y Villanueva de Gállego, lugar en el que asentó a sus tropas desde el día 5. Para distraer a las fuerzas napoleónicas y cubrir el avance del convoy, Perena dividió sus tropas. Parte fue a Juslibol, mientras que él con 900 hombres y dos cañones se desplazó hacia Villamayor. Sin embargo, ese mismo día Verdier había recibido órdenes de que si no conseguían tomar Zaragoza en unos cinco o seis días, debían retirarse. Para ello, no podía llegar ningún socorro a la ciudad. El general Lefebvre reunió dos batallones de los regimientos del Vístula y a la caballería, con los que pasó el Ebro y se enfrentó al convoy dirigido por Palafox, que se encaminaba de Villamayor al Puente del Gállego. Los imperiales derrotaron a la vanguardia de este, que se replegó de nuevo a Villamayor. Sin embargo, no consiguieron infligirle demasiados daños. Lefebvre había disparado su último cartucho para conseguir doblegar a Zaragoza.

Finalmente, fue el día 9 de agosto cuando el gran convoy español cruzó el Gállego, tras haber reparado el puente varios hombres al mando del teniente Félix Mas y Fiol, quienes se habían adelantado con carros cargados de tablones en la noche del 8 al 9. A las tres de la madrugada pasaba por allí José de Palafox, seguido de más de 100 carros, 600 caballos, mulas y burros cargados de víveres, el Segundo de Voluntarios de Aragón, 200 miqueletes, seis compañías de Barbastro, artillería… En Villamayor habían dejado las hogueras encendidas para disimular que no se movían de allí. El camino a Zaragoza estaba libre de franceses. Palafox pudo entrar por la Puerta del Ángel presentándose como el salvador de la ciudad. La operación de rescate había tenido feliz éxito.

Y aún estaban por llegar mayores refuerzos. El coronel Fleury había salido de Cataluña con más de 300 suizos de la División de Tortosa, llegando a la localidad aragonesa de Escatrón el 8 de agosto, desde donde escribió a Palafox para ver si podía entrar en Zaragoza con seguridad, pues advertía que «apenas cada soldado lleva 20 cartuchos». Desde Calatayud, el barón de Warsage reunía a los Tercios de su partido y del Daroca, para unirse en Paniza con el Ejército de Valencia que mandaban el general Saint Marc y el conde de Montijo. El 6 de agosto, desde El Frasno, Warsage escribía a Madrid, felicitando por estar libre de franceses y pidiendo 3.000 o 4.000 fusiles para sus hombres y así socorrer Zaragoza. En la capital de España, se realizaban preparativos para la guerra, requisando carros y reuniendo

fusiles que enviar.[18]

El día 12, Palafox comisionó su ayudante de campo, Manuel de Ena, para que saliera con pliegos para los generales Felipe Saint Marc y el conde de Montijo. Eugenio Eulalio Palafox Portocarrero, conde de Montijo, de treinta y cuatro años, era primo y amigo de José de Palafox, al que se dirigía como «querido Pepe». Se había afanado en que el Ejército de Valencia, con el conde de Cervellón como general en jefe, se moviera con rapidez una vez derrotaron a Moncey los días 28 y 30 de junio de 1808.[19] El 2 de julio se habían constituido dos divisiones, la primera de 8.440 infantes y 640 jinetes mandada por el general Llamas y la segunda de 9.000 hombres mandada por Saint March. Se les uniría una tercera división, murciana, al mando del general Luis Villaba, con 5.124 infantes y 124 jinetes. Primero se encargaron de la persecución de las tropas de Moncey. Los días 6 y 7 de agosto partieron a Zaragoza las primeras divisiones. Al poco se les unirían 700 hombres y 150 caballos más dirigidos por el general O'Neill. La mayoría de las tropas valencianas llegaron, al fin, el día 15 de agosto a La Muela. Salvo unos pocos centenares de soldados, era un ejército de leva, como el de Aragón, al que habían tenido que vestir, armar, alimentar e instruir.[20]

Verdier y Lefebvre no habían conseguido tomar Zaragoza ni con 15.500 soldados y 86 bocas de fuego. Se habían estrellado primero y arruinado después frente a una ciudad abierta y sin ejército profesional. Ahora corrían el riesgo de verse copados en sus flancos y retaguardia, y no querían seguir los humillantes pasos de Dupont en Bailén. Además, debían cumplir órdenes y cubrir al rey José, quien huía de Madrid tras apenas una semana allí. El Ejército de Andalucía, al mando de Castaños, avanzaba con una lentitud pasmosa hacia la capital, pero avanzaba. Los imperiales se retiraron tan apresuradamente de Zaragoza que incluso lanzaron numerosas piezas de artillería al Canal Imperial. Con 300 kilos de pólvora volaron por los aires la iglesia de Santa Engracia la noche del 13 de agosto para cubrir sus espaldas. Fue tan rápida y angustiosa la salida de la ciudad, que varios soldados franceses quedaron sepultados en la voladura que sus propios compañeros hicieron. Se retiraron más allá de Tudela, perseguidos por tropas de Lazán, Saint Marc y Montijo. El Primer Sitio de Zaragoza había finalizado con victoria española, para asombro de todo el mundo. El ejército napoleónico se había dejado 3.500 bajas, los españoles leales a Fernando VII, 3.000. Y la guerra continuaba.

8. DESBANDADA
14 de agosto-19 de diciembre de 1808

El vecindario de Zaragoza y el Ejército de Aragón habían vencido a un ejército del Imperio francés. No eran los primeros. En la España de junio de 1808, la columna Schwartz había sido derrotada en el Bruc, la flota francesa capturada en la bahía de Cádiz, Moncey derrotado en las puertas de Valencia, y en julio todo un cuerpo de ejército napoleónico se había volatilizado tras la batalla de Bailén. Y el 21 de agosto, el ejército de Junot era derrotado por las tropas británicas de Wellesley en Portugal. Pero lo sucedido en Zaragoza tenía sus propias peculiaridades que lo convirtieron en un excepcional símbolo nacional e internacional de resistencia a la invasión y a las ambiciones de Bonaparte. Y este lo sabía. El 21 de agosto, Napoleón escribió desde Saint-Cloud: «La primera operación que debe hacer el ejército será tomar Zaragoza y, si esta ciudad se resiste como lo ha hecho la primera vez, habrá que darle un escarmiento que resuene en toda España».

Zaragoza había pasado de no existir en los planes napoleónicos a ser un objetivo de primerísimo orden. Una población sin fortalezas, llena de hombres y mujeres que no habían visto la guerra, pero que resistieron durante dos meses los embates del ejército imperial, desarrollando una guerra novedosa, urbana, callejera, con cualquier medio, sin reglas ni tácticas convencionales. Ahora era peligrosa para Bonaparte. Y no ya por su importancia como nudo de comunicaciones en el Valle del Ebro y el noreste peninsular, por estar cerca de la frontera con Francia, por haber provocado 3.500 bajas a las tropas napoleónicas… No, era peor que todo eso: era una prueba viviente de que se podía doblegar a la fuerza de Napoleón, era un icono, un mito. Y mientras siguieran en pie sus defensas, mientras ondease la bandera de la resistencia, animaría al resto de España y de Europa a seguir combatiendo a los designios del Imperio. Por eso, no se podía consentir. Demasiadas humillaciones, demasiadas afrentas al honor de Bonaparte en el verano de 1808 en España. Él en persona debía tomar las riendas de la situación porque sus ejércitos estaban en desbandada.

Celebraciones, ajustes de cuentas y propaganda

En la mañana del 14 de agosto «amanecimos libres de franceses», escribió el zaragozano Faustino Casamayor. El Coso seguía ofreciendo un aspecto espantoso. Las ruinas del Hospital de Nuestra Señora de

Gracia continuaban humeantes y con crepitar de llamas, las casas de ambos lados de la calle eran el reflejo de diez días de tiroteos, con sus fachadas marcadas por los impactos de fusilería, el templete renacentista en recuerdo de los mártires cristianos, la llamada Cruz del Coso, era tan solo un montón de escombros, las calles inmediatas estaban taponadas por barricadas y parapetos… y por doquier, cadáveres insepultos de personas y caballos. Con el intenso calor del verano zaragozano, muchos estaban en avanzada descomposición, esparciendo «un hedor insufrible». En medio de los incesantes combates no se habían podido retirar. Era entonces el momento de enterrar a los muertos. Diez días después, el 24 de agosto, se celebraron exequias fúnebres por los defensores caídos en aquel primer Sitio de Zaragoza. A las doce del mediodía, en ambas catedrales, el Pilar y la Seo, tuvieron lugar las ceremonias. En la Santa Capilla de la Virgen se colocaron cuatro banderas de la guerra contra Francia de 1793-1795, lo que revestía su simbolismo, ya que enlazaba ese conflicto con el actual. En el plano ideológico se luchaba por razones similares: Dios, patria y rey.

Los primeros grupos de soldados y paisanos que salieron a inspeccionar las zonas que habían estado ocupadas, encontraron un cañón de 8 junto al hospital, algunos carros en Torrero y varias piezas de artillería arrojadas al Canal Imperial. Lo que los imperiales no se habían podido llevar en su apresurada marcha. En los días siguientes, los zaragozanos fueron sacando del fondo de las aguas esa artillería. En los alrededores también pudieron observar cómo muchos campos habían sido quemados y las torres saqueadas. Pero la ciudad ya podía respirar, libre.

De lo primero que hicieron en Zaragoza fue celebrar la milagrosa victoria. Al mediodía del 14 de agosto tocaron las campanas. El ayuntamiento acordó celebrar un solemne tedeum en el Pilar, lo que se efectuó a las seis de la tarde del día 15. La Basílica Catedral se iluminó, el Regimiento de Suizos de Wipfen formó solemnemente desde el Palacio Arzobispal a la entrada del tempo. Palafox encabezó una comitiva de las autoridades —Estado Mayor, ayuntamiento, el Tío Jorge, el conde de Montijo— que se dirigió al Pilar al son de timbales y clarines. Una vez dentro se cantó el tedeum y Palafox se acercó a besar la imagen de la Virgen del Pilar.

A esta ceremonia se unió otra igual de solemne el sábado 20 de agosto, día en que se proclamó formalmente a Fernando VII como rey de España. Los avatares político-bélicos no habían permitido realizarlo antes. Comenzó a las nueve de la mañana, cuando el pendón real, llevado por el teniente coronel Rafael Franco y seguido de una comitiva, se procesionó por la plaza del Pilar y calles de la ciudad, proclamándose al rey en cuatro tablados situados en la plaza de la

Seo, del Pilar, del Mercado y en el Coso, al grito tres veces repetido de rey de España, de Castilla, de Aragón y de Zaragoza.

A estas ceremonias de devoción, poder y propaganda política y religiosa en los espacios públicos se sumó la guerra de papel, las palabras que volaron en los bandos, proclamas y manifiestos de Palafox. Ya el último día del asedio se había dirigido a los «aragoneses y soldados que defendéis a Zaragoza», alabando su resistencia a los «llamados invencibles ejércitos franceses», ensalzando el valor de las mujeres zaragozanas, «superiores a cuantas la historia nos recuerda», hablando de la admiración de Europa ante la defensa de la ciudad, la cual también era posible por tener «al Altísimo en favor nuestro», y terminaba pidiendo un último esfuerzo: «Acábese de exterminar el ejército francés». El 15 de agosto dio otro manifiesto en el que rogaba a Dios para conseguir el final victorioso de la guerra, exageraba el número de enemigos caídos para así elevar la moral, y se preocupaba de la gente que había quedado en la indigencia a causa del conflicto, encargando al intendente que «cuando las graves y urgentísimas ocupaciones del día lo permitan, piense en los medios de acudir en vuestro socorro».[1]

En la segunda quincena de agosto, con los ejércitos napoleónicos en franca retirada, el rey José proscrito de su propia capital y los ejércitos de Galicia, Andalucía, Aragón y Valencia avanzando casi sin oposición, no pocos españoles creyeron que habían ganado la guerra. Pero eso era una mera ilusión, un espejismo de victoria. Aun así, se permitió la concesión de numerosas licencias a los enrolados en los Tercios, para que regresasen a sus pueblos a recoger las cosechas y vendimiar.[2] Con los ejércitos reunidos de Valencia, Murcia y Aragón, algunos ya se veían invadiendo Francia. En Zaragoza, el jefe de ingenieros Antonio Sangenís planteaba un ambicioso proyecto de fortificación de la ciudad, con tres perímetros, la erección de numerosos reductos artillados, caminos cubiertos, baterías… Pero entonces la guerra parecía que se alejaba, que los franceses no volverían.

No todo fueron fiestas. También fue el momento en que se ajustaron cuentas con aquellos que habían sido acusados, fundada o infundadamente, de ineptitud, cobardía o traición. Las autoridades debían retomar el control de la Justicia frente a linchamientos populares. La justicia impartida desde arriba debía ser ejemplificadora, dejando claro que no había opción tibia e intermedia, o se estaba hasta la muerte con la causa de Fernando VII o se estaba contra ella y, por tanto, con el llamado tirano de Europa, Napoleón. Resultaba paradójico e incluso hipócrita que autoridades civiles y militares que habían actuado, en algunas ocasiones, de forma inepta o cobarde se presentasen tras la victoria como adalides de la causa. La

propaganda mediante el castigo a determinadas cabezas de turco y las demostraciones públicas de adhesión al rey Fernando, a la religión y a la patria, desviaron la atención. Así, quienes habían sido aupados al mando en mayo de 1808 conseguían seguir en él y mantener la cabeza sobre los hombros. El arrastre de la autoridad por parte del pueblo seguía siendo una opción muy factible.

Buena muestra de todo ello fue lo ocurrido el día 15. Mientras en Zaragoza se celebraba la festividad de la Asunción de la Virgen en las distintas iglesias, las compañías de paisanos capturaban en el pueblo de La Muela a cuatro franceses que habían quedado rezagados, mientras que en Pedrola capturaron a un oficial. Los llevaron a presencia de Palafox, quien ordenó que se les fusilase, pero al pueblo le parecía poco castigo para aquellos que habían atacado la ciudad durante dos meses, quemado los campos, saqueado las casas, arruinado haciendas y familias. La comunidad necesitaba una violencia punitiva que sirviera de catarsis. Los cuatro apresados en La Muela fueron ahorcados por la multitud en la plaza del Mercado, mientras que al oficial lo decapitaron y pasearon su cabeza en una pica. El 22 de agosto, a las cinco de la mañana, fue fusilado el teniente coronel Vicente Falcó, a quien habían culpado de la pérdida de Torrero el pasado 28 de junio. Al día siguiente, se apresó a tres sospechosos de espías de los franceses y se castigó pública y ejemplarmente al molinero de Villamayor con 200 azotes, acusado de no haber querido moler harina para la tropa española y, en cambio, sí haber trabajado para los enemigos cuando estos ocuparon la localidad. A todo ello se sumó que en septiembre se formó un «tribunal de seguridad pública» para juzgar a quienes se considerase que cometían delitos contra la patria, sublevación contra las autoridades constituidas y adhesión al gobierno josefino.[3]

Estas violencias se contemplaron en todo el teatro bélico e impactaron a Goya, quien lo reflejó en sus grabados «No hay remedio» (estampa 15), «Lo merecía» (estampa 29), «Tampoco» (estampa 37), «Bárbaros!» (estampa 38), entre muchos otros. Los desastres de la guerra atañían a todos. Goya lo vio en su camino de Madrid a Zaragoza y durante los años siguientes. Una espiral de violencias. En octubre llegó a la heroica ciudad, a esa nueva Numancia, invitado por Palafox, para pintar las glorias de la defensa. El pintor de Fuendetodos reflejó lo que vio y lo que le contaron: «Lo mismo» (estampa 3), «Y son fieras» (estampa 5), «Qué valor!» (estampa 7), «Estragos de la guerra» (estampa 30), «Muertos recogidos» (estampa 63)… Civiles contra soldados, mujeres combatientes, explosiones, muerte. Y eso que lo peor estaba por llegar.

Francisco de Goya no fue la única ilustre visita que recibió Zaragoza en el otoño de 1808. Otros pintores de la corte llegaron a la ciudad

invitados por Palafox. Juan Gálvez y Fernando Brambila se convirtieron en reporteros de guerra. Sus 36 estampas de *Ruinas de Zaragoza* ilustraron el estado en el que habían quedado los edificios tras el bombardeo y los combates, la defensa de las baterías y la lucha en el Coso, y a los héroes y heroínas zaragozanos. Plasmaron todo con gran detalle, desde las zaragozanas acuchillando a la caballería imperial el 15 de junio a los encarnizados combates entre los escombros y muertos del Coso, pasando por las desoladoras ruinas del Seminario y la explosión de la iglesia de Santa Engracia.

Finalmente, unos últimos visitantes, ingleses. Sir Charles Richard Vaughan, de treinta y tres años, había acompañado a Charles Stuart, barón de Rothesay, como secretario de la delegación británica ante la Junta Suprema Central que se reunió en Aranjuez el 25 de septiembre de 1808. Tras ello, acompañó al coronel sir Charles William Doyle a Zaragoza, entre el 18 y el 30 de octubre. Su paso por la ciudad fue significativo en dos sentidos, uno material y otro propagandístico. Ambos miraron con simpatía al pueblo zaragozano y elogiaron su valor. Doyle envió una remesa de fusiles con los que se armaría a un nuevo batallón, llamado Tiradores de Doyle. Este caballero inglés, como se le conoció, exclamó en su visita: «¡Es posible que los vencedores de Danzig, Ulm y Magdeburgo se hayan estrellado contra estos frágiles muros! ¡No creerán en Londres mismo tal entusiasmo y tales sacrificios, hechos por huir de la esclavitud!». También acompañó a Palafox en revistas de tropas, observando a aquellos vencedores «tan animosa juventud», muchos de los cuales «iban vendados todavía» por las heridas recibidas en el Sitio, y otros sin uniformar convenientemente, incluso tropa regular como el Segundo de Voluntarios de Aragón, que no tenía sus casacas, echadas a perder en los combates.[4]

Por su parte, Vaughan escribió y publicó una *Narrativa del Sitio de Zaragoza* al poco de regresar a Londres, en enero de 1809, donde dejaba patente que: «El autor de esta narrativa vio en cada historia de las casas de la calle del Coso las marcas inequívocas de la locura y desesperación que este tipo de contienda acarreó. Las trincheras de ambas partes estaban muy cerca unas de otras».[5]

Mientras en Zaragoza se recibían felicitaciones por su defensa, desde distintos lugares, de Madrid, de la Junta Central, del gobierno británico… y «Palafox disfrutaba la satisfacción de verse admirado y aplaudido»,[6] los avatares bélicos no habían acabado. Al terminar el verano y comenzar el otoño de 1808 todo daría un vuelco en cuestión de unas pocas semanas. Tras una relativa calma, llegaba la tormenta.

Ardor de verano, frío de otoño

La guerra seguía su curso. Una vez unidos los ejércitos de Aragón y

Valencia, sumaban una considerable fuerza de casi 30.000 hombres. Con la mitad de ellos, Saint Marc, Montijo, Warsage, Lazán, Francisco de Palafox y O'Neill salieron en persecución de las tropas de Verdier y Lefebvre, empujándolas más allá de Tudela. La España bonapartista quedaba reducida, a finales del verano de 1808, a un pequeño territorio entre San Sebastián y Pamplona por un lado, y Barcelona por el otro.

El general Lefebvre dirigía la retirada napoleónica desde Zaragoza, por estar Verdier aún en recuperación del balazo recibido el 4 de agosto. El día 14 escribía desde Alagón: «Nuestra posición era cada día más crítica», con «víveres casi enteramente agotados». De allí partieron inmediatamente, para no ser alcanzados, pues, un día después, 15.000 hombres al mando de Saint Marc pasaban por dicha villa y llegaban a Mallén. El 16 de agosto los imperiales se refugiaban en Tudela, donde permanecieron hasta el 18. Un día antes, en los campos de Mallén, la vanguardia española alcanzaba a la retaguardia napoleónica, siendo frenados por la caballería polaca. Con ello, Lefebvre ganó tiempo para llegar hasta la localidad navarra de Milagro, al norte del Ebro, donde, según las órdenes del rey José, debía acantonarse.[7]

El frente bélico quedó estabilizado, siendo sus líneas las de los ríos Ebro y Aragón, con pequeños terrenos de nadie, en disputa con varias escaramuzas que no cambiaron sustancialmente las posiciones entre finales de agosto y comienzos de noviembre de 1808. Ambos contendientes aguardaban refuerzos con los que dar el golpe de mano decisivo con el que creían que iban a resolver toda la guerra, de una vez por todas. Bien arrasando a los ejércitos españoles y sentando nuevamente a José Bonaparte en el trono, bien expulsando a los imperiales de España e invadiendo Francia. El Ejército de Andalucía avanzaba hacia Madrid, el Ejército Británico bajo mando de Moore salía de Portugal camino de Salamanca, el Ejército de Galicia dirigido por Blake avanzaba hacia el este en dirección a Bilbao, Napoleón concentraba sus tropas en los Pirineos. Mientras los grandes ejércitos británicos y españoles se movían lentamente por la Península Ibérica en dirección a la frontera pirenaica y la *Grande Armée* se desplazaba velozmente desde Alemania a España, varios combates tuvieron lugar en el reducido frente navarro-riojano-aragonés: Sangüesa, Alfaro y Urdos.

Para cubrir la retirada de Lefebvre desde Zaragoza, una columna de 900 franceses salió de Sangüesa (Navarra) y atacó las posiciones españolas en Sos (Aragón) el 13 de agosto. El capitán Prudencio Castarieda les hizo frente con el Batallón Ligero de Jaca y el Batallón de Voluntarios de Navarra, haciéndose fuerte en la ermita de San Cristóbal. Tras cinco horas de fuego, y haber perdido los imperiales

100 hombres, se retiraron. Reorganizados y reforzados con 500 soldados más, atacaron el punto el día 15, volviendo a ser rechazados tras siete horas de combate. Las tropas españolas salieron entonces en su persecución hasta Castiliscar, apoyadas ahora por el ejército que conducía el marqués de Lazán. Un mes después, el 20 de septiembre, se volvería a combatir en el entorno de Sangüesa cuando el Batallón de Tiradores de Doyle se adueñó del puente sobre el río Aragón.[8]

Al sur de allí, quienes hostigaban al ejército napoleónico en retirada eran las fuerzas valencianas del general Saint Marc y el conde de Montijo, por un lado, y las aragonesas de Lazán por otro. El 27 de agosto combatieron en los llanos entre Tudela y Alfaro. Las tropas españolas evitaron el flanqueo de su vanguardia que intentaron 400 jinetes al mando de Laval. En esa acción destacó la maniobra que realizaron las unidades al mando de Luis Amat y de Terán. Tras ello, el marqués de Lazán regresó a Zaragoza el 3 de septiembre con las fuerzas reunidas con el general O'Neill: 14.000 hombres de Aragón y Valencia, con 500 caballos y artillería.[9]

En los Pirineos centrales, en Canfranc, el coronel Fernando García Marín tenía la osadía de invadir Francia. Con sus tropas de leva, a las que había estado instruyendo todo el verano y fogueando en pequeñas escaramuzas, traspasó la frontera en octubre de 1808. Ocupó la localidad francesa de Urdos, en el Valle de Aspe, destruyó las fábricas de hierro colado y se volvió con un botín consistente en «cuantas ollas de campaña de hierro y de cobre fueron necesarias para el uso de nuestras tropas, con muchos quintales del mismo metal trabajado y en barras para el de la maestranza de artillería» y varios prisioneros.[10]

Ante esta situación, Napoleón mostraba su enfado con su hermano José, rey de España e Indias. Le recriminaba no haber reagrupado sus fuerzas en torno a Madrid y resistir allí, en la capital, en su trono. Eso habría sido factible, pues el Ejército de Andalucía, 26.000 soldados, tardó tres semanas en avanzar hacia el norte. Francisco Javier Castaños era su general en jefe. Estaba en Andújar cuando le sorprendió la victoria de las tropas de Reding en Bailén. Firmó las capitulaciones con Dupont, por las que 20.000 soldados imperiales quedaron presos. Eso supuso un problema, pues tuvo que organizar su custodia y su traslado a Cádiz. Tras ello, se fue a Sevilla, donde su entrada el 1 de agosto fue una apoteosis. Los militares que combatían en el frente del Ebro, le criticaron duramente su demora en salir de allí. Finalmente, el 23 de agosto de 1808 entró triunfalmente en la capital.[11]

Castaños era un veterano general de cincuenta años. Había participado en el sitio de Gibraltar, la reconquista de Menorca y el sitio de Orán. En 1792 había sido ascendido a coronel del Regimiento de África, a cuyo mando combatió en el frente de los Pirineos

occidentales durante la Guerra contra la Convención Francesa en 1793-1795. Allí fue herido y acabó ascendiendo a mariscal de campo. El estallido de la Guerra de la Independencia le había sorprendido como comandante general del Campo de Gibraltar, al mando de un importante contingente del ejército. La Junta de Sevilla le entregó el mando supremo de los ejércitos de Andalucía, supeditándose a él las tropas malagueñas y granadinas que mandaba Teodoro Reding. Los movimientos militares de Castaños eran lentos, al más puro estilo de la guerra dieciochesca; sus estrategias acertadas, pero para el modo de combatir de dos décadas antes. En Madrid también se entretuvo, reabasteciendo al Ejército de Andalucía, en celebraciones y en diversos asuntos político-militares con la Junta Suprema Central. Parte del ejército salió a primeros de octubre para el frente del Ebro, pero Castaños aún se demoró unos días más.[12]

Quienes sí habían llegado con más rapidez a Madrid eran las tropas valencianas y murcianas al mando del general Pedro González Llamas, quienes habían entrado el 14 de agosto. Con ellas iba Manuel de Leyva, al mando del Batallón de Tiradores de Murcia. Este militar de amplia veteranía acabaría preso en Zaragoza a finales de octubre, por ciertos asuntos relativos a la administración del ejército y su insubordinación. Sin embargo, Leyva aportaría sus experiencias bélicas a los combates que estaban por venir. Había destacado en el sitio de Ceuta en 1791, con osadas salidas contra los sitiadores, en el trabajo de minas; e igualmente en la Guerra contra la Convención en los Pirineos orientales, con combates de infantería ligera y asedios. Un bagaje táctico que era muy útil en 1808. El 8 de octubre se halló combatiendo en los vados de Milagro, capturando varios cargamentos de trigo al ejército napoleónico.[13]

Concentrados en Madrid los ejércitos de Andalucía y Murcia, esperando la llegada de más fuerzas españolas desde Extremadura y las británicas que debían entrar por Salamanca, se reunió la Junta Suprema Central en Aranjuez, bajo presidencia del anciano conde de Floridablanca. Cada junta territorial había enviado dos representantes. Por Aragón, José de Palafox había enviado a dos personas de su máxima confianza: Lorenzo Calvo de Rozas y Francisco de Palafox, quienes actuaron como grupo de presión junto con el conde de Montijo. Los tres buscaron favorecer los intereses de Zaragoza y de José de Palafox frente a otros territorios y generales. No en vano, la ciudad se había sacrificado por la defensa de la causa española y fernandina. Creían que debía tener preeminencia su salvaguarda, al igual que su capitán general, quien era presentado como el artífice de la milagrosa victoria y, por tanto, debía ser reconocido y recompensado. El problema era que Castaños y su entorno, con su sobrino Agustín Girón, opinaban algo similar de quien decían que

había vencido en Bailén.

La Junta Suprema intentó coordinar una estrategia conjunta de los distintos ejércitos españoles que hasta aquel momento habían obrado según el parecer de juntas locales y generales, no siempre bien avenidos. Lo prioritario era el correcto equipamiento de las tropas y su avance hacia la frontera. Se sabía que Napoleón no tardaría en lanzarse a la contraofensiva con nuevas fuerzas.

El 5 de octubre de 1808 se celebró un consejo de guerra en Madrid al que asistieron el general Gregorio de la Cuesta —Ejército de Castilla —, el general Castaños —Ejército de Andalucía—, el duque del Infantado representando al general Blake —Ejército de Galicia— y Lorenzo Calvo de Rozas en representación de José de Palafox —Ejército de Aragón—. Todos acordaron la marcha sobre el Ebro. Las tropas de Valencia y Murcia se instalarían en Calahorra, las de Andalucía en Soria, las de Aragón en Tudela, las de Castilla en el Burgo de Osma, las de Galicia en Aranda de Duero. En la retaguardia quedarían las tropas de Extremadura, las cuales aún no habían llegado a Madrid.

No consiguieron acordar un mando único, no se nombró ningún general en jefe. Eso sí, la Junta Central organizó una Sección de Guerra presidida por el marqués de Campo Sagrado y uno de cuyos miembros era Francisco de Palafox, y una Junta Militar bajo presidencia de Castaños, en la que entre otros se encontraba el conde de Montijo. Estos dos organismos debían coordinar el devenir bélico. Aunque Castaños presidía la Junta Militar, confiriéndole *de facto* un mando superior, estaba rodeado y controlado por el grupo de presión de los Palafox. También se decidió reorganizar y renombrar a los efectivos levantados en nombre de Fernando VII. Se estableció un Ejército de la Izquierda, compuesto por hombres de Galicia, Asturias, Cantabria y Vizcaya, que quedaba al mando de Blake hasta que llegase el marqués de la Romana, quien se había escapado de Dinamarca; un Ejército del Centro, mandado por Castaños, y formado por tropas de Andalucía, Castilla, Extremadura y Valencia; un Ejército de la Derecha en Cataluña, al mando de Vives —sustituido luego por Reding—; y un Ejército de Reserva, con los efectivos de Aragón y Murcia, bajo mando de José de Palafox. En total, debían agrupar y coordinar a 130.000 españoles contra Napoleón.[14]

Y entretanto, mientras los generales discutían en Madrid y la Junta en Aranjuez, en las riberas del Ebro, entre Navarra, La Rioja y Aragón, seguían combatiendo. También en Cataluña, a donde José de Palafox envió a toda una división del Ejército de Aragón. Unos 4.000 hombres al mando de Luis de Palafox, marqués de Lazán, y del coronel José Obispo marcharon en socorro de los levantados en nombre de Fernando VII en Lérida y Gerona. Estas tropas aragonesas combatirían

en el Ampurdán, con notable éxito desde fines de noviembre de 1808 hasta enero de 1809. Lazán incluso se planteó la invasión del Rosellón, lo que no pudo realizar por las adversas condiciones climáticas primero, por auxiliar al general Vives en la zona de Tarragona después y por volver a Aragón en ayuda de su hermano, por último.

Las marchas, escaramuzas y batallas de la división de Lazán por Cataluña fueron un auténtico periplo en solo unos meses. El 8 de octubre salieron los 1.500 primeros hombres de Zaragoza a Lérida, la mayor parte «paisanos indisciplinados» sin uniformar y a medio armar. Cuando llegaron a la ciudad catalana, quedaron allí acantonados un mes, mientras se les equipaba, tarea de la que se encargó con empeño José Obispo. Consiguieron equiparles con capotes, camisas, calzones o pantalones, alpargatas… y pedían chalecos y chaquetas al capitán general de Aragón, ya que la Junta del Principado no se lo proporcionaba, aunque sí consiguieron apoyos entre los leridanos, pues como señalaba el propio Obispo, «se ha comprometido con un comerciante de ella para que se le construyan las prendas de vestuario que se han pedido».

A mitad de noviembre de 1808, salieron de Lérida 4.000 soldados, medianamente equipados e instruidos, gracias a los esfuerzos del marqués de Lazán, José Obispo y la ciudad de Lérida. Fueron hasta Martorell, donde se encontraba el cuartel general de Vives, quien ordenó su marcha en socorro de Gerona, rodeada de franceses. Allí comenzaron las batallas para esta división de Lazán, ahora vanguardia del Ejército de Cataluña o de la Derecha. El 11 y 12 de diciembre vencerían a los imperiales cerca de Gerona, unidos a los somatenes hostigarían al ejército de Saint-Cyr, y vencerían en Castellón de Ampudias.[15]

Pero no era por la frontera del Ampurdán por donde iba a venir el mazazo napoleónico. Desde agosto, Napoleón había cursado órdenes para aumentar el número y capacidad de sus tropas en España, concentrando el Segundo Cuerpo de Ejército en Maguncia, con destino a Bayona, donde se acumularon víveres y demás suministros. También ordenó una nueva conscripción de 80.000 hombres. El 12 de octubre reafirmó su tratado de alianza con el zar Alejandro, cubriéndose las espaldas. Así, pudo trasladarse personalmente a España, donde entró el 6 de noviembre de 1808, poniéndose al mando de unos 250.000 soldados. La *Grande Armée* estaba en España. Estaba dispuesto a resolver con contundencia y de una vez por todas los inesperados problemas peninsulares. Su fin era apoderarse rápidamente de Madrid. Pensaba que desbaratando a los ejércitos de la línea del Ebro, capturando la capital, expulsando a los británicos y dando una lección a la rebelde Zaragoza —que no concebía que pudiera volver a resistir

— todo se habría solucionado. Napoleón «entró como un rayo asolador, como un Atila», en palabras del propio José de Palafox.[16]

Lucha de egos entre generales, ruina para los soldados: Tudela, 23 de noviembre

«No se convienen» es el título de la estampa 17 de los *Desastres de la guerra* de Goya. Bien podría aplicarse a los desencuentros entre los generales españoles y especialmente entre Castaños y Palafox en octubre y noviembre de 1808. El consejo de guerra celebrado el 5 de octubre en Madrid apenas había dado la vaga directriz de que los ejércitos marchasen al Ebro. Así lo hizo el Ejército del Centro, pero mermado, ya que hubo de dejar parte de sus efectivos en Madrid. Al poco les siguió su general. Castaños llegó a Tudela el 17 de octubre y acudió el 18 a Zaragoza para acordar un plan de acción consensuado con Palafox.

Tenían divergencias estratégicas. Mientras el joven Palafox planeaba una osada ofensiva consistente en envolver a los ejércitos napoleónicos, el veterano Castaños era mucho más prudente y cauto, con un planteamiento defensivo en la línea del Ebro. Palafox pretendía que Blake, con el Ejército de la Izquierda, avanzase desde Bilbao a Irún, mientras el Ejército de Reserva, bajo mando efectivo de O'Neill, avanzaría por el norte de Navarra, y desde el Ebro presionarían las tropas del Ejército del Centro. De esta forma, Palafox pensaba en rodear a los cerca de 60.000 soldados napoleónicos del rey José, cortando su comunicación con Francia, derrotándolos poco a poco y obligándoles a la rendición con la combinación de los 80.000 efectivos españoles que pretendía concentrar con los tres citados ejércitos. A ellos se deberían sumar las fuerzas británicas y de Extremadura. Además, un ejército parado solo servía para consumir recursos, Palafox quería pasar a la ofensiva. En esta estrategia solo había tres problemas, uno interno, uno logístico y uno exterior: debía convencer a Blake y a Castaños, las tropas tenían que estar equipadas y alimentadas para poder marchar con velocidad, y todo ello se debía hacer antes de que Napoleón iniciase su contraofensiva. Por tanto, el tiempo apremiaba, corría en contra de estos teóricos planes de Palafox.

El primer punto fue, sorprendentemente el más fácil, ya que Castaños fue poco a poco ordenando a sus tropas ocupar posiciones entre Lodosa y Calahorra, si bien con lentitud; y Blake se veía ufano tras haber entrado en Bilbao el 12 de octubre. O'Neill, por su parte, había tomado Sangüesa el 20 de septiembre y se desplegaba entre Navarra y Aragón, teniendo como base las Cinco Villas. Ahora bien, todo se iría al traste cuando Napoleón apareció en escena el 6 de noviembre con 60.000 soldados veteranos. El Corso había sido mucho

más rápido que los generales españoles, haciendo gala de sus estrategias basadas en la velocidad de movimientos, concentración de tropas en un punto, flanqueo y envolvimiento del enemigo. La *Grande Armée* se reunió en Navarra. Los ánimos se enervaron en el bando español, el nerviosismo se apoderó de todo, las tensiones explotaron.

Y es que todo había ido lento. No por ninguna conspiración, como a veces se rumoreaba, sino por problemas logísticos, aunque según el inglés Doyle, también se debía a que los generales «¡no calculan absolutamente la distancia ni el tiempo!», con lo que se hacía imposible que todos confluyeran a tiempo como habían acordado.[17] Los ejércitos no se mueven como máquinas perfectamente engrasadas, tampoco el británico de Moore, quien tardó mucho en salir de Portugal. El 23 de octubre, Palafox llamaba a los licenciados por tareas del campo, se debían reincorporar a sus unidades en Zaragoza en el plazo de quince días. Es decir, una parte importante del antiguo Ejército de Aragón no estaría disponible hasta el 7 de noviembre, cuando Palafox dio orden «de no dejar ni un hombre en esta ciudad».[18]

O'Neill, mientras tanto, mandaba a cerca de 20.000 hombres entre aragoneses, valencianos y murcianos, que se movían al norte del Ebro, por el este de Navarra, llegando a ocupar Caparroso. Sin embargo, sufrían la falta de raciones, lo que provocaba «continuas y repetidas quejas» de una tropa que pasaba hambre, y O'Neill escribía el 3 de noviembre con desesperación a Palafox: «He llegado ya a persuadirme que en breve nos faltarán todos los recursos si desde esa Capital no se atiende a la subsistencia de esta Tropa». A la falta de víveres se sumaba la de equipamiento y vestuario. El Regimiento de Suizos había perdido sus zapatos en los caminos embarrados e iban descalzos. Lo mismo ocurría a muchas otras unidades, cuyas alpargatas de esparto se habían deshecho por las lluvias. También faltaban fusiles y bayonetas, hasta en regimientos veteranos, como el Extremadura, que, acantonado en Lumbier el 1 de noviembre de 1808, reclamaba armas. Manuel Robleda ya había escrito el 21 de octubre al nuevo intendente de Aragón, Mariano Domínguez, en términos igual de dramáticos. El Ejército de Reserva estaba consumiendo todas las reservas de la zona. No quedaba carne, los pueblos ya habían aportado el trigo disponible, la cebada para los caballos escaseaba, y el único vino que tenían eran ocho mil cántaros requisados en Sangüesa. Solo las judías de una escueta cosecha. Solicitaba que se enviase «alguna cantidad considerable de arroz y tocino muy en breve» o el Ejército de Reserva no podría subsistir más de un mes. Ese plazo se cumplió el 21 de noviembre, cuando la tropa iba a marchas forzadas a la batalla. Cuatro días antes habían solicitado miles de raciones de galleta, de la que andaban faltos.[19]

El Ejército del Centro no estaba mucho mejor. El 29 de octubre, en

Calahorra, Pedro Girón señalaba que «la mayor parte de las tropas de este Ejército del Centro están faltas de vestuario y capotes. No hay hospitales, depósitos ni almacenes, no hay tiendas, hay pocos medios de transporte y no existen caudales». A eso se sumaba que les faltaba leña para los fuegos y que dormían al raso, a la intemperie. Esas tropas sureñas, con uniformes de verano ya desgastados, temblaban de frío en el otoño de 1808 en el norte de España. Además, una comisión de la Junta Central vigilaba todo lo que hacía Castaños. Los comisionados eran el conde de Montijo y Francisco de Palafox, quienes persistieron en los planes de José de Palafox, acusando a Castaños de no atenerse a lo acordado. Junto a ellos, Coupigny, quien, junto a Reding, había combatido en Bailén y estaba resentido con Castaños porque este se había llevado el mérito de la victoria.

Francisco Javier Castaños, aunque lento en sus movimientos, se desesperaba porque la situación estaba cambiando a una velocidad inaudita desde que el emperador había tomado la iniciativa. Logroño fue tomado por los imperiales el 25 de octubre. Con ello se desmoronaba la línea del Ebro. Blake se había tenido que retirar apresuradamente de Bilbao, que cayó de nuevo en manos napoleónicas el 31 de octubre. Castaños se dedicó a reconocer la ribera sur del Ebro, desde las inmediaciones de Logroño a Tudela. Ante el imparable avance de los mariscales de Napoleón y la lentitud con la que se reunía su propio ejército, tomó la decisión de girar su frente. Pasaría de la línea del Ebro a la del río Queiles, desde las faldas del Moncayo al río Ebro, desde Tarazona a Tudela. Y, precavidamente, dejaba a parte de su ejército en Ágreda, para vigilar su retaguardia y evitar ser copado desde Soria.

Mientras tanto, el llamado Ejército de Extremadura, mandado por el conde de Belveder, apenas había alcanzado Burgos y el británico de Moore se había retrasado y entraba en Ciudad Rodrigo el 8 de noviembre, llegando poco después a Salamanca. Napoleón y sus mariscales desbordaron a los ejércitos españoles en apenas dos semanas de noviembre, desbaratando cualquier plan que tuvieran. Estratégicamente, Napoleón ganaba la campaña del otoño de 1808. El 10 de noviembre el mariscal Bessières sorprendía y derrotaba en Gamonal al Ejército de Extremadura, un día después, el mariscal Víctor se imponía a Blake en Espinosa de los Monteros. Quedaba abierto el camino hacia Madrid, Napoleón se dirigía desde Vitoria hacia la sierra de Guadarrama. En el paso de Somosierra tendría su último obstáculo.

Paralelamente, Bonaparte ordenaba al mariscal Lannes que acabase con los ejércitos españoles del Centro y Reserva, mientras el mariscal Ney atravesaba Soria para cortarles la retirada. En este punto, les surgieron algunos problemas a los imperiales, ya que Lannes cayó

enfermo, y parte de la ofensiva recaería en otros dos mariscales, no siempre bien avenidos: Moncey, Mortier y Junot, que era general. Por su parte, Ney, a pesar de su fama de valiente y veloz jinete, se movió más lentamente de lo esperado. Aun así, 35.000 soldados avanzaron por la margen derecha del Ebro camino de Tudela, donde debían confluir los ejércitos españoles para frenar el avance napoleónico.

Sobre el papel, teóricamente, el Ejército del Centro tendría que haber tenido 80.000 efectivos, pero Castaños tenía solo 26.000 y en una situación material que se deterioraba por momentos. El 2 de noviembre se vieron Castaños y Palafox en Tudela. Para entonces aún confiaban en que Blake tomase la frontera, tras lo cual iniciarían ellos sus movimientos al otro lado del Ebro. Castaños tenía establecido su cuartel general en Citruénigo, 20 kilómetros al oeste de Tudela.

Juan O'Neill seguía apostado al norte del Ebro, en Sangüesa. Por orden de Castaños, se replegó 51 kilómetros hacia el sur, a Caparroso, donde llegó el 14 de noviembre con unos 18.000 hombres. La actuación de O'Neill u O'Neille resultará clave. Este militar español, de origen irlandés, de cuarenta y cuatro años, comenzó su servicio en 1783 en el Regimiento Ultonia, estuvo en la defensa de Ceuta en 1791 y en la Guerra contra la Convención, donde consiguió su ascenso a brigadier, siendo entre 1802 y 1806, tras ser ascendido a mariscal de campo, gobernador de Jaca, lo que le permitía conocer la zona fronteriza entre Navarra y Aragón por la que se movía en esas semanas de noviembre de 1808.

El 19 de noviembre, el mariscal Jean Lannes tomó el mando de 29.000 soldados de Moncey para avanzar en dirección a Calahorra. Castaños fue informado de este movimiento y en ese momento es cuando tomó la decisión de variar por completo el frente, y concentrar los ejércitos en la línea del Queiles, para contener a los invasores en un frente norte-sur (Tudela-Tarazona) en vez de oeste-este (Calahorra-Caparroso), el cual quedaba totalmente inoperativo según el nuevo curso de los acontecimientos. Una división del Ejército del Centro quedaba en Ágreda, vigilando lo que ahora era flanco izquierdo y retaguardia española. Castaños cursó orden a O'Neill para que abandonase la posición avanzada de Caparroso y se retirase a Tudela, al sur del Ebro, donde debía conformar una línea de batalla con la mayor parte del Ejército del Centro, que se había replegado hacia Tarazona.

Ahí surgieron serios problemas. O'Neill se negó a obedecer, ya que indicaba que el plan era otro y que él respondía a las órdenes de Palafox. El general de origen irlandés rebosaba optimismo, el cual contagiaba a las tropas de su mando, «llenas de ardor y entusiasmo» al verse en un lugar avanzado y próximo a Pamplona, la cual soñaban con tomar. Castaños volvió a Tudela el día 21 de noviembre, donde se

reunió con José y Francisco de Palafox, quienes insistían en el plan ofensivo original, en que no se podía abandonar la orilla norte del Ebro y que había que pensar en la defensa de Zaragoza. Castaños, más realista, señalaba que eso era ya imposible, que había que concentrar las fuerzas para detener el avance napoleónico al sur del Ebro y acudir en defensa de Madrid.

Finalmente, consintieron el repliegue a Tudela y O'Neill aceptó las órdenes pero con demora, ya que recibió la orden la tarde del día 21 de noviembre y no se puso en movimiento hasta el día siguiente, argumentando los problemas que suponía una marcha nocturna. Estas órdenes fueron interpretadas por sus tropas como una retirada de un punto ventajoso, como una derrota sin haber combatido, cayendo su moral. Marcharon los 36 kilómetros de Caparroso a Tudela el día 22. Mientras O'Neill se resistía a subordinarse a Castaños, la vanguardia de Moncey ya había salido de Calahorra el día anterior, camino de Tudela.

El general Castaños se trasladó la tarde del 22 a Tudela, donde estaba el capitán general de Aragón, para asegurarse de que su ejército cruzaba el Ebro. Sin embargo, se asombró cuando vio a las tropas de O'Neill acampadas al norte del río, al otro lado del puente. Mientras Castaños planteaba la imprudencia de quedarse ahí, O'Neill señalaba la necesidad de dar descanso a sus hombres. Al anochecer, se reunió un consejo de guerra en el palacio del marqués de San Adrián. Asistían Francisco de Palafox como representante de la Junta Central, Castaños, José de Palafox, Coupigny y el coronel inglés Graham, en calidad de observador. Los Palafox seguían insistiendo en que el Ejército del Centro pasase al norte del Ebro, para mantener la ofensiva sobre Pamplona y proteger así Aragón. Castaños señalaba lo imprudente de aquello y la necesidad de salvaguardar Madrid y el paso a Andalucía, la cual conectaba con América, de donde se podrían recibir refuerzos. La discusión fue agria y tensa. Pedro Agustín Girón, sobrino de Castaños e inspector de Infantería, denunciaba las intrigas y ambiciones de José de Palafox, al que tachó de incompetente militar e «imbécil», de Francisco de Palafox, al que apodaba «Pacovainas», y del conde de Montijo, a quien calificó de revoltoso.

A las ocho de la mañana del día 23 de noviembre de 1808, Castaños recibió aviso de que una columna napoleónica avanzaba por el camino de Citruénigo y otra por el de Alfaro. Unas pocas horas antes, el Ejército de Reserva, al mando de O'Neill, había comenzado a cruzar el puente sobre el Ebro. Miles de hombres, cientos de caballos y decenas de cañones atestaban en su trasiego las calles de Tudela y el puente. En esos momentos, las avanzadas imperiales se acercaron hasta la población, abriendo fuego. Tanto es así, que una avanzada de dragones franceses sorprendió a Francisco de Palafox cuando

abandonaba la ciudad. Al propio Pedro Agustín Girón le sorprendió el inicio de la batalla almorzando en casa de su parienta Josefa Elío. Al salir a la calle, vio cómo José de Palafox se despedía. El capitán general de Aragón, indignado por el resultado del consejo de guerra previo, se iba de allí, tomaba una barca en el Canal Imperial y se refugiaba en Zaragoza, a la cual ponía en estado de defensa.

Girón se dedicó a sacar de las calles de Tudela a las amontonadas tropas, mientras los españoles se desplegaban en guerrillas, rechazando a las avanzadas de *voltigeurs* franceses. La división valenciana de Roca tomaba posición en la altura inmediata de Santa Bárbara, reforzada a poco por aragoneses. Desde allí mantuvieron a raya a los enemigos durante el tiempo suficiente para que el Ejército de Reserva se pudiera ir desplegando fuera de Tudela. Ante la ausencia de Palafox, O'Neill quedaba al mando del mismo, con órdenes de tomar las alturas a la izquierda (suroeste) de Tudela: el cerro de Santa Quiteria y Cabezo Malla.

Castaños se veía desbordado en medio del caos provocado por la desunión entre españoles y los rápidos movimientos napoleónicos. Por un lado, tenía a su Ejército del Centro dividido, con unos 4.500 hombres de la división valenciana de Roca en Tudela, 8.000 soldados al mando de Lapeña en el pueblo de Cascante (a 10 kilómetros de Tudela) y unos 8.000 en Ágreda, bastante más al suroeste, en las faldas del Moncayo. Por otro, no conocía a las unidades del Ejército de Reserva y O'Neill era reticente a obedecer sus órdenes. Entre Cascante y Tudela, siguiendo el curso del río Queiles, donde deberían haber formado sus líneas de batalla ambos ejércitos españoles, había en la mañana del 23 un amplio hueco de 10 kilómetros por el que se introdujeron las divisiones napoleónicas. Sumando los 18.000 efectivos de O'Neill y los 4.500 de Roca —que se había retirado dos días antes de Alfaro—, Castaños mandaba improvisada y teóricamente sobre 22.500 hombres, los cuales estaban cansados de marchas del día previo, desmoralizados por haber pasado a la defensiva, mal equipados por las pérdidas de calzado causadas por las lluvias y hambrientos por la falta de víveres. Frente a ellos, los 29.000 soldados napoleónicos de Lannes, veteranos de las campañas en Alemania, algunos con la experiencia del cercano verano, recién aprovisionados y reequipados desde Bayona, y con la moral alta por la implicación personal del emperador en la campaña.

A pesar de todas estas circunstancias, Castaños y O'Neill —ambos se achacaron ese pequeño mérito— consiguieron sacar al Ejército de Reserva de las calles de Tudela, y desplegarlo en formación de combate. Castaños cabalgó hasta Cascante, en teoría, para avanzar con su Ejército del Centro en socorro de las tropas aragonesas y valencianas que combatían en Tudela. Destacaron especialmente los

batallones de Reales Guardias Españolas, Voluntarios de Castilla y de Segorbe, quienes consiguieron expulsar a la infantería napoleónica de Santa Quiteria y Cabezo Malla «con una bizarría extraordinaria» y «dejando el campo cubierto de cadáveres». En esos momentos, creyeron que podrían presentar batalla y resistir. Sin embargo, O'Neill tuvo una desagradable sorpresa desde las alturas de Cabezo Malla. Por su flanco izquierdo debían aparecer los hombres de la división Lapeña, pero quienes aparecieron fueron las divisiones napoleónicas. Lapeña no había podido avanzar desde Cascante, pues su vanguardia había sido derrotada por los imperiales, replegándose ordenadamente hacia Tarazona. Simultáneamente, el flanco derecho español se desmoronaba ante los ataques de infantería y caballería napoleónica al mando de Lefebvre, que tomaron el cerro de Santa Bárbara, el puente sobre el Ebro y entraron en Tudela, envolviendo a los españoles que combatían en Santa Quiteria. Entre esta posición y Cabezo Malla se introdujeron también unidades de caballería napoleónica.

La débil línea española, envuelta por ambos flancos, dividida en su centro, sin los refuerzos de los excesivamente prudentes Castaños y Lapeña, se desmoronó, se desbandó, «venían desparramados por los campos y olivares». La resistencia de algunas unidades españolas evitó una masacre mayor, pues la caballería imperial se lanzó a la persecución. Uno de quienes dirigió la retirada y contuvo a los imperiales fue el teniente coronel Felipe de Arssú, con el Segundo Regimiento de Valencia. El soldado de infantería Agustín Arredondo relató así esos momentos: «A corto rato supimos que Tudela era del enemigo hacía cerca ya de dos horas, lo cual nos hizo conjeturar que nos hallásemos cortados», lo que era verdad, «vimos a la caballería francesa a los dos costados de la columna que formaba el cordón de nuestras tropas que se retiraban con la mayor precipitación». Sin embargo, continuaron «sufriendo un fuego terrible, de los que teníamos a nuestra izquierda» y que no cargaron porque les contuvo la caballería española de Dragones de Numancia y del Rey «sosteniendo nuestra retirada», pero «no había pasado un cuarto de hora que nos habíamos separado de nuestros dragones, cuando oíamos grande tiroteo» y poco después «los vimos venir a rienda suelta diciendo que los enemigos los había arrollado». Todo se convirtió en un «instante de carnicería y horror», la caballería se retiró adelantando a los infantes, que hacían lo mismo, dejándolos expuestos, pues «en un momento se nos echaron encima los polacos y los húsares y granaderos a caballo franceses, cogiéndonos sin formación ninguna». Hubo unos 3.000 muertos y heridos, un número algo menor de prisioneros y se perdió la mitad de la artillería. O'Neill y Palafox manifestaron que la culpa había sido de Castaños, por cambiar los planes, por lo inadecuado de plantear batalla allí, porque Tudela era indefendible, y porque Lapeña

se retiró sin auxiliar al Ejército de Reserva.[20]

Esas bajas españolas tenían nombres y apellidos. Algunos se pudieron retirar en orden, como el coronel del Provincial de Murcia, Bartolomé Amorós, quien consiguió retirar a sus hombres «en perfecta formación» y llevándose dos cañones. Otros fueron menos afortunados. Vicente Sech, subteniente de los Voluntarios Cazadores de Valencia fue herido y hecho prisionero en Tudela, consiguiendo fugarse de la cuerda de presos a la altura de Caparroso, y acudiendo a Zaragoza a primeros de diciembre. Por su parte, Pedro García Loredo era un paisano de Albalat de Sorells que se había alistado el 5 de julio en el Batallón del Campo Segorbino, y que en Tudela «recibió cuatro cuchilladas en el brazo y mano derecha, como se manifiesta a la vista», lo que no le impidió llegar a Zaragoza y seguir la lucha. Un último ejemplo lo constituye Ángel Blanque, teniente del Tercio de Voluntarios de Huesca, quien también fue herido en la batalla pero huyó y se presentó en Zaragoza para que le reintegrasen en su unidad».[21]

Aunque heridos, escaparon. No así una parte del vecindario de Tudela, que sufrió dos días de saqueo por parte de los soldados napoleónicos. Francisca del Rosario, monja de veinticinco años, del Convento de Dominicas de Tudela, padeció el trasiego de los ejércitos. Primero las «mil impertinencias» que ocasionaban los propios soldados españoles, pues no había alojamiento para todos y hubo oficiales alojados en su convento, para los que guisaban. Después daba cuenta de lo que pensaban aquellos oficiales españoles que se veían obligados a combatir en ese punto «que era lo mismo que echarlos con un canto al cuello al río», por tanto lo que decía O'Neill de lo desventajoso del campo de batalla, no era solo percepción suya. Por último, sor Francisca da cuenta de la entrada de los franceses y el pánico desatado en la población. Ella no quería huir, pero le fue a buscar su hermana que la sacó al galope «entre las balas» al cercano pueblo de Fontellas y de allí a Buñuel, donde había una barca que no paraba de cruzar a tropas y paisanos que huían sin ningún orden, queriendo evitar caer prisioneros. Allí vio a los soldados «muertos de hambre porque todo se quedó en el campamento». Cuando dos días después regresó a Tudela, la vio casi sin vecinos, pero con muchos muertos aún sin enterrar, pues los soldados imperiales estaban aún ocupados en el saqueo y «no tenían tiempo para eso».

Precisamente, uno de esos soldados era el joven oficial León Dufour, de dieciocho años, que llegó a Tudela justo después de finalizar la batalla. Iba desde Lodosa, pueblo al que calificaba de desgraciado tras haber sido saqueado ya tres veces, y cuyos habitantes habían huido. Da cuenta de que la moral de los franceses era alta en esos momentos de marcha, que tenían ganas de entrar en combate. El día 23, su

regimiento atravesaba Alfaro, también saqueada, en una columna que formaba una cadena silenciosa de hombres, animales y equipajes. En ese punto escucharon el ruido del cañón proveniente de Tudela. Ante ello, redoblaron el paso con impaciencia, pero llegaron tarde. Dufour solo vio a la lejanía el último asalto napoleónico a Cabezo Malla y Santa Quiteria entre «un vivo fuego de mosquetería». Cuando, al caer la noche, entró en Tudela, observó cómo muchas casas estaban vacías ante la huida del vecindario, y cómo había comenzado el pillaje. Él mismo se aposentó en una casa por la fuerza junto con otro oficial. Tal era el nivel de desenfreno que tuvieron que defenderse de sus propios compatriotas que pretendían saquear la casa en la que estaban alojados. Como era cirujano, quedó en Tudela encargado de organizar hospitales de retaguardia, lo cual le supuso un grave problema puesto que todo el territorio circundante fue «horriblemente saqueado».[22]

A los muertos, heridos y prisioneros, a las pérdidas humanas consecuencia de la batalla de Tudela, se sumaron grandes pérdidas materiales. Ya no solo de artillería, sino de armamento y vestuario de los soldados, que bien en combate, bien en la huida o en la retirada, abandonaron cargas para ir más ligeros. Eso se dio incluso entre veteranos del Regimiento Extremadura, pues su capitán Juan Pedro Ramírez, de cuarenta y seis años y que había combatido incluso en la expedición de Argel de 1775, pedía, ya en diciembre, ponchos para abrigar a sus hombres, pues muchos los habían perdido en la retirada de Tudela. Eso era una constante de casi todas las unidades que arribaron a Zaragoza entre el 24 de noviembre y el 8 de diciembre de 1808. A los Voluntarios de Navarra les faltaban 204 fusiles, 269 bayonetas, 241 chaquetas, 25 sombreros, 241 pares de zapatos, 290 ponchos etc.; al Regimiento de Infantería de Línea del Infante don Carlos 350 cananas; al Primer Regimiento de Voluntarios de Murcia 44 fusiles y 60 cananas; al Regimiento de Voluntarios de Alicante 90 fusiles y 400 cananas; a los Tiradores de Doyle, 434 fusiles, 615 bayonetas y 676 cananas; a la División del Brigadier José María Mansó, con sus 4.890 hombres (regimientos de Voluntarios de Murcia, Aragón, Huesca, Peñas de San Pedro, Tiradores de Murcia y Batallón de Floridablanca) les faltaban 1.037 fusiles, 1.829 bayonetas, 29.013 cartuchos, 2.795 piedras de chispa…. Y así con casi todas las unidades acantonadas en Zaragoza y que se preparaban para un segundo asedio en lo más crudo del invierno.[23]

Aun con el desastre que supuso aquella segunda batalla de Tudela, habían sido siete horas de batalla en las cuales se sostuvo un «fuego vivísimo». El Ejército de Reserva resistió mucho mejor que en la batalla de Tudela del 8 de junio, habían conquistado las alturas en los primeros compases de la batalla, formado en líneas y hecho fuego de fusilería. Además, los enemigos no eran conscriptos franceses, sino

veteranos de la *Grande Armée*. Aunque al final, rodeados, se desbandaron, la mejora era notable. Y eso era posible porque aquella leva en masa de mayo había ganado experiencia, moral, instrucción y armamento en esos meses de verano y otoño de 1808. Aragoneses y valencianos habían conseguido vencer contra todo pronóstico a Verdier y Moncey en verano, habían aprendido a cargar cañones, a marchar ordenadamente, a formar en líneas, a disparar a las órdenes de los oficiales, a atender a las órdenes del tambor.

Desbandada española, Zaragoza enrocada

Entre los que huyeron de Tudela, los hubo que recorrieron los 85 kilómetros que la separan de Zaragoza en tan solo nueve horas, llegando a medianoche del mismo día 23. Esa fue la parte de evidente desbandada.[24] Sin embargo, O'Neill y Roca consiguieron una retirada ordenada hasta Mallén y Borja, mientras Saint Marc se replegaba a La Almunia. Lefebvre intentó hostigarles con su caballería hasta Mallén. Castaños, por su parte, con la División Lapeña y la que había dejado en Ágreda se refugió en Calatayud. La división que había permanecido en Ágreda permitió la retirada del Ejército del Centro, que sin ella habría corrido el serio peligro de ser envuelto por las tropas de Ney. El Ejército del Centro, a excepción de la División Roca, había quedado prácticamente intacto en la batalla de Tudela, en la que su mayor parte no había participado. Castaños disponía de unos 20.000 soldados en Calatayud. Su objetivo, el 25 de noviembre de 1808, era atravesar Castilla y acudir en socorro de Madrid.

Por ello, ordenó a la División Roca que se reincorporara a sus puestos en su ejército, mientras que solicitaba a O'Neill y Saint Marc que acudiesen también con él. Todos se negaron, Roca en declarada insubordinación. Prefirieron marchar a la llamada de los Palafox, al imán de resistencia que era Zaragoza, a la supuesta seguridad que ofrecían sus muros y su vecindario. Palafox recriminaría duramente a Castaños que, con su ejército casi intacto y formado por tropa profesional, hubiese permanecido de «espectador» en Tudela y acudiera a una imposible defensa de Madrid y no en socorro de Zaragoza. Roca, Saint Marc y O'Neill no fueron los únicos en dejar a Castaños, otros muchos soldados le abandonaron, desertaron, para unirse a una inminente defensa de Zaragoza.

Los soldados veían a Castaños como un general que se retiraba, derrotista, confundían prudencia con cobardía e incluso connivencia con el enemigo. Por el contrario, Palafox despertaba más adhesión, tenía más carisma, a pesar de sus actuaciones cuestionables. Al fin y al cabo, aunque pertenecía a la aristocracia, su punto de partida militar había sido desde cero, no mandaba ningún ejército en 1808, lo creó de la nada; también era capitán general por aclamación popular; se había

mostrado más osado y con ímpetu ofensivo aunque los suyos fueran proyectos irrealizables; y se le daban bien las proclamas. También mostraba más cercanía con el pueblo, como había atestiguado Vaughan en su visita a Zaragoza, contando cómo «no era extraño ver al capitán general sentarse en sus comidas rodeado de gente de condición humilde», recorrer incesantemente la ciudad supervisando los trabajos de fortificación y animando a ello. La feliz resolución del primer Sitio, su éxito en el socorro del 5-9 de agosto, parecían haber borrado sus errores. Y Zaragoza en sí era ya un mito del que no pocos hombres dedicados al oficio de las armas querían participar. Palafox buscó activamente en los días posteriores a la derrota de Tudela conseguir más soldados, como fuera. El fin justificaba los medios, y el fin no era otro que defender Zaragoza. Por orden suya salieron varias partidas a atraer soldados del Ejército del Centro a Zaragoza. Una de esas la dirigió el capitán Antonio Anguita con 200 fusileros, consiguiendo reunir a 400 hombres.[25]

Castaños veía a su ejército deshacerse por el camino a Madrid. Fue una marcha penosa, siempre con el miedo de ser alcanzados por Ney, pasando hambre y frío. Las deserciones aumentaban día a día. Estando en Sigüenza el 30 de noviembre recibió la orden de la Junta Central que le destituía del mando del Ejército del Centro a causa de la derrota en Tudela y le indicaba que debía presentarse ante ella. El mismo día, Napoleón forzaba el paso de Somosierra, desbaratando las fuerzas del general Benito San Juan. El 2 de diciembre, un oficial escribía desde Sigüenza que «la situación de nuestro desgraciado Ejército no puede ser más triste», señalando que Castaños «es el autor de este terrible desastre» y «todos los soldados le acusan de traición, y yo lo creo, porque nos ha engañado durante dos meses».

El 4 de diciembre el duque del Infantado se hacía cargo del Ejército del Centro, a la vez que las autoridades de Madrid capitulaban ante Napoleón, a pesar de que la población civil había levantado barricadas con serias intenciones de resistir. La Junta Central huía a Sevilla. Hacia allí se dirigió Castaños, siendo tratado de traidor en el camino y viéndose insultado. A punto estuvo incluso de ser linchado en los pueblos de Ciudad Real. Los restos del Ejército del Centro, apenas 11.000 soldados, acabaron en Cuenca bajo mando del duque del Infantado, quien se encontró una situación lamentable: «Unos descalzos, otros casi desnudos, todos desfigurados, pálidos por el hambre más canina».[26]

Todos los soldados del Ejército de Reserva y los que desertaron del Ejército del Centro cayeron como un aluvión sobre Zaragoza. Desmoralizados, contagiando el miedo en la ciudad, a la vez que esperaban que esta fuera su salvación. El mismo pánico trasmitían por todos los pueblos ribereños del Ebro y de buena parte de Aragón.

Junto a los dispersos en Tudela, arribaron a miles las personas refugiadas, quienes abandonaban sus pueblos huyendo de los desastres de la guerra, temerosas de las bayonetas, requisas y violaciones napoleónicas. No querían sufrir saqueos como Córdoba, Medina del Campo, Burgos, Lodosa, Alfaro, Tudela...

Con Madrid en manos de Napoleón, con la Junta Central huyendo a Sevilla, el Ejército del Centro prácticamente deshecho, el de la Izquierda y el británico en retirada..., la ciudad de Zaragoza se convirtió en epicentro de la defensa nacional. Casi 100.000 personas creyeron con esperanza que la ciudad resistente del Primer Sitio les serviría de refugio, que las nuevas defensas bastarían, que el número y el valor vencerían, que la Virgen del Pilar les protegería, que Zaragoza sería su salvación. A mediados de diciembre la ciudad estaba infestada de gentes, duplicando su población habitual. No había alojamiento para tanta masa humana, ni siquiera para los soldados valencianos y murcianos. Los más afortunados se agolparon en las iglesias, los menos, bajo los arcos de la plaza del Mercado.

El último saqueo de Tudela por las tropas napoleónicas no ayudó, precisamente, a que los habitantes de los pueblos permaneciesen en ellos. No querían sufrir esos horrores. Todos huyeron a Zaragoza. En esta situación, la ciudad rebosaba de miedo. El vecindario había confiado en la victoria de los ejércitos españoles, pero volvían derrotados, junto con una masa de refugiados. El francés Rogniat cuenta que a su llegada a Alagón «estaba abandonado, así como las aldeas circundantes; toda la población del país se replegaba delante de nosotros a medida que nosotros avanzábamos, y se refugiaba» en Zaragoza. Unos de aquellos eran el matrimonio de Juana Pérez y Sixto Lisón, vecinos de Villanueva de Gállego, quienes abandonaron su pueblo y se refugiaron en Zaragoza a fines de noviembre. En Zaragoza se temía la aparición inmediata de un nuevo ejército imperial. Lo que muchos vecinos creían imposible semanas atrás, ya era una realidad. Sin embargo, la necesaria pausa logística napoleónica dio aire y un tiempo precioso a Zaragoza, que se aprestó, de nuevo, a la defensa, reponiéndose del *shock* producido por la derrota de Tudela, reorganizando sus fuerzas y erigiendo fortificaciones.[27]

Napoleón recriminó a sus mariscales que no hubieran avanzado inmediatamente sobre la desmoralizada Zaragoza. Pero Lannes estaba enfermo en Tudela. Moncey avanzó hasta Alagón el 25 de noviembre con todo su Tercer Cuerpo de Ejército, la División Lagrange y dos brigadas de caballería, pero no pudo pasar de allí. Le faltaban víveres, un parque de artillería, hospitales a retaguardia... La logística también fallaba en el bando napoleónico. Cinco días después lo volvieron a intentar. El 30 de noviembre el mariscal Ney era quien aparecía ante Zaragoza, tras su estancia en Soria y su fracaso en la persecución y

completa destrucción del Ejército del Centro. Reconocieron las líneas de defensa de la ciudad, avanzadas más allá de Torrero y Casablanca. La aparición del mariscal Ney ante Zaragoza fue efímera, ya que Napoleón le escribió enfadado que su misión era destruir a las fuerzas de Castaños. Sería el mariscal Mortier quien se uniría a Moncey en su intento de someter Zaragoza. Aunque desde los meses de septiembre y octubre, los mandos napoleónicos y el mismo emperador ya pensaban en un nuevo asedio a Zaragoza. Habían preparado artillería y municiones en Bayona y Pamplona, pero estas no se habían reunido y trasladado con suficiente rapidez. No tanta como para llegar a fines de noviembre a las puertas de la ciudad a la vez que las tropas de Ney y Moncey. El 26 de noviembre, desde Aranda de Duero, Napoleón escribía al mariscal Berthier que organizase la elaboración de galleta —pan ácimo—, cartuchos y capotes indispensables en invierno, todo para enviar a las fuerzas que iban a asediar inminentemente Zaragoza. Que para ello organizase varias brigadas de mulas. El Segundo Sitio debía comenzar ya. Napoleón se impacientaba.[28]

Ese reconocimiento que hicieron Ney y Moncey, a pesar de no estar convenientemente preparados para un asedio, despertó todas las alarmas en la ciudad. Todavía persistía el trauma provocado por la derrota el día 23 en Tudela. Todavía seguían afluyendo familias huyendo de la guerra y soldados españoles que se escapaban de los imperiales. Y las obras de defensa no estaban preparadas. En esa situación en Casablanca se dieron las primeras escaramuzas entre las avanzadas de ambos ejércitos y en el alto de la Bernardona un mero rumor hizo desbandarse a quienes lo guarnecían.

A las ocho de la mañana del día 26 de noviembre, en medio de una tremenda niebla, la guardia de la altura de la Bernardona, al oeste de Zaragoza, se retiró «sin novedad». En esos instantes, oyeron tambores hacia el Convento de San Lamberto, guarnecido por los granaderos de Fernando VII. Al poco, varias personas empezaron a gritar un «que vienen los franceses» que les heló la sangre. Desde la batería situada en lo alto de la Bernardona, Joaquín Montalbán vio, entre lo que la niebla le permitía, a la partida de caballería que se hallaba en San Lamberto correr a galope tendido hacia la ciudad. Le siguieron, a pie, pero igualmente veloces, los granaderos. El pánico se contagió rápidamente, alborotándose todos quienes estaban en las cercanías, militares y civiles. La guardia de la Bernardona y el resto de la tropa allí situada echaron a correr sin que los cuatro oficiales, incluido Montalbán, pudieran hacer nada para evitarlo. Nadie atendía a las órdenes de mantenerse en sus puestos. Con tal alboroto, hasta las mulas del tren de artillería huyeron. Montalbán y el sargento de artillería decidieron retirar los dos cañones que tenían, por si de verdad atacaba el enemigo, ya que se habían quedado sin soldados

con que defenderlos. A falta de las mulas, recurrieron a los escasos soldados que no habían huido, quienes arrastraron los cañones, llevándolos a «paraje seguro». Tras ello, los oficiales se mantuvieron en sus puestos, en observación, pero no apareció ni un solo francés. A la tarde, Montalbán aún no había conseguido reunir a quienes habían huido: un sargento, nueve cabos y setenta fusileros.[29]

Pero tal era la situación de psicosis colectiva, de pánico ante lo que parecía un avance imperial arrollador, que Palafox tuvo que publicar un duro bando para atajar los rumores y voces alarmantes, y con ello las desbandadas. Las defensas y los defensores debían mantenerse firmes. El 2 de diciembre lamentaba la retirada de las tropas y se veía precisado a establecer un comisario de guerra que marchase a retaguardia y castigase y detuviese «a los que huyen cobardemente», imponiendo duras penas a la deserción y la retirada, y algo muy significativo, prohibía mencionar a la caballería enemiga así como informaciones sobre posibles flanqueos, que sin duda se habían divulgado y provocaron que se disolvieran las líneas. Debía castigarse a «todos los que en una acción produjeran expresiones que acrediten cobardía, como son las de que vienen los coraceros, que nos cortan». Parece que surtió efecto y los ánimos se templaron. Pocos días después, el 5 de diciembre sí que aparecieron las avanzadas napoleónicas, pero hacia el sur de la ciudad, por Casablanca. El comandante de aquel punto, Federico Castañón, sostuvo el fuego con las tropas de Moncey, quienes, tras sufrir algunas bajas, se replegaron a Alagón.[30]

Parecía que la moral se iba recuperando entre los defensores de Zaragoza. Al menos entre algunos civiles, que no entendían por qué se estaban concentrando tantos soldados, si ellos solos habían vencido en el Primer Sitio y creían poder ganar en la ciudad otra vez lo que otros habían perdido en los campos de batalla. Ese parecía el caso de Agustín Penella, natural de La Almunia de San Juan y avecindado en Zaragoza, donde a sus cuarenta años estaba casado y regentaba junto a su esposa una aguardentería junto a la Puerta de Toledo, en la plaza del Mercado. Estaba militarizado, alistado en las filas, era el cabo del Batallón de Reserva del General, lo que le había proporcionado un fusil y munición, que guardaba en su casa y negocio. Sin embargo, sus labores, a comienzos de diciembre de 1808, consistían más en guisar para la tropa. La noche del 2 de diciembre estuvo un rato de guardia en la Puerta del Portillo, tras lo cual le encargaron que llevase la cena a los sargentos de su compañía.[31]

Agustín se dirigió a su aguardentería, donde se quedó dormido sobre un banco hasta que su mujer lo despertó al entrar Pedro Martínez, labrador zaragozano de veintiún años, a comprar dos cigarros. Agustín, al ver al joven quiso demostrar su valía, exclamando

cómo defenderían Zaragoza, «que cuando vinieran los franceses era menester salir firme contra ellos», que no había que temerles, que les darían su merecido como en agosto. Para ejemplificarlo cogió su fusil, y quiso enseñar su manejo. Sin embargo, tras cargar la pólvora y bala en cañón y cebar la cazoleta, teniéndolo entre sus manos, apretó sin querer el gatillo, activando todo el mecanismo y disparándose el fusil. La bala impactó sobre una botella de la propia aguardentería sin causar mayor desgracia. Eso sí, en medio de la noche y estando la ciudad en alerta por la proximidad de los enemigos, un tiro causó escándalo. Esta anécdota muestra el estado en el que se encontraba la ciudad. Paisanos envalentonados y a la vez en tensión, que por un lado se creían capaces de repetir la defensa del verano y por otro se alarmaban a la mínima. Y a pesar de la instrucción y experiencias, aún había quienes no manejaban las armas con soltura.

La realidad era que no bastaban los paisanos por sí solos, ni los militares por su cuenta. Y es que todos podían ser presa fácil si Zaragoza, ciudad abierta, con parte de sus muros derruidos en agosto, no se fortificaba. Porque lo que Napoleón estaba preparando no era una columna para castigar a unos rebeldes, como en junio, era un gran ejército de asedio para aplastar un foco y mito de resistencia.

Tras la derrota de Tudela y la llegada de soldados y refugiados, las obras de fortificación se aceleraron. Habían empezado lentamente en el verano, bajo dirección del jefe de ingenieros Antonio Sangenís, quien se lo tomó en serio desde el primer momento, ayudado por Manuel Caballero. No así otros, quienes se habían hecho la ilusión de que los franceses no volverían. Y en diciembre ya estaban, de nuevo, *ad portas*.

Todo fueron prisas entonces. Antonio Sangenís demandaba más trabajadores, más dinero. De ello se encargaba el nuevo intendente del Reino de Aragón, Mariano Domínguez, que no era menos eficaz que su predecesor Calvo de Rozas, ahora representante de Aragón en la Junta Suprema Central, asentada en Sevilla. El plan de fortificación de Sangenís era ambicioso, a pesar de los recursos menguantes de los que disponía. Convertir una ciudad indefendible desde el punto de vista militar en una plaza fortificada, capaz de albergar un ejército, y de sostenerse ante la artillería y los asaltos directos. Encomiable fue el esfuerzo que se hizo en ese sentido. Aunque las obras no empezaron hasta finales de septiembre, no logró disponer de más de 2.000 trabajadores; todos los oficiales de otros ramos e incluso los vecinos opinaban sobre qué y cómo se debía fortificar, y las propias dificultades de un espacio tan amplio y tan desventajoso geográficamente.[32]

Una de las primeras labores que debían hacerse era despejar los terrenos circundantes de casas, olivos, vides, árboles frutales y

cualesquiera otros elementos que sirvieran de parapeto o leña al enemigo, a la vez que dificultaban la visión de tiro de la artillería de la ciudad. Obviamente, convertir campos y huertas en un erial no era del agrado de los labradores y demás campesinado que vivía de ello. Por esta razón fue una de las disposiciones que más tardó en ejecutarse, y solamente se llevó a cabo cuando los ejércitos imperiales aparecieron a la vista. La operación de tala se prolongaría incluso más allá de diciembre, ya retomados los combates.

En segundo lugar, el sistema defensivo tenía que exteriorizarse. Esto es, se proyectaron una serie de fortificaciones externas, a unos pocos kilómetros de la ciudad para que sirviesen de primer parapeto, de primer frente de batalla. Permitirían acantonar a un ejército entre ellas y la propia ciudad, tropas que podrían libre y rápidamente moverse de un punto a otro de ese cinturón fortificado, siendo suministradas y apoyadas desde Zaragoza. Se eligió para ello la línea del Canal Imperial de Aragón. Al oeste, la ciudad quedaba defendida por el Convento de San Lamberto, el Castillo de la Aljafería y el alto de la Bernardona, donde se situaba una batería. De ahí, enlazaba al suroeste directamente con el Canal, sobre el que se edificaron las siguientes fortificaciones, de oeste a este: en el Puente de La Muela un reducto de tierra de planta hexagonal, con un foso de seis metros de anchura y dos de profundidad, apoyado en su lateral por trincheras; dos baterías artilleras junto a Casablanca; una batería para artillería en forma de media luna en el Cabezo de Buenavista; una cortadura junto al Puente de América y tras ella una batería levantada con ladrillos; y por último, el arco de paso bajo el Canal por el Barranco de la Muerte fue cubierto con una empalizada de maderas. El problema de esas fortificaciones fue el retraso en su ejecución, ya que apenas estaban completadas a la altura del 19 de diciembre de 1808.[33]

En el flanco este, el paso quedaba guarnecido por la Cartuja Baja. Al norte del Ebro, en su margen izquierda, el Arrabal también quedó protegido por algunas obras adelantadas. El circuito exterior lo constituían varias torres de campo reconvertidas en pequeños acuartelamientos y torres de vigilancia. En los altos de Juslibol y San Gregorio estaba la Torre de Ezmir, mientras que en el camino a Barcelona y el Puente sobre el Gállego se situaba la Torre del Arzobispo. Tras ellas, dos baterías inmediatas al barrio del Arrabal, la de los Tejares, la de las Balsas y la del Rastro. En el lado este del barrio quedaba el Convento de Jesús, cuyos muros simplemente se habían aspillerado, y se había unido con un camino cubierto al Convento de San Lázaro, ya dentro del barrio.

En tercer lugar, la ciudad se dotó de una nueva muralla y fortines que sobresalían de ella con el objeto de hacer fuego cruzado y, de esa forma, desincentivar cualquier asalto directo que podía acabar en

masacre para quienes lo intentaran. La batería de Puerta Sancho quedó afianzada y podía cruzar sus fuegos con la Aljafería, donde se habían reparado los daños y que se había conectado con la ciudad mediante un camino cubierto. El castillo podía hacer fuego cruzado con distintos puntos del recinto sur de la ciudad: la batería del Portillo y Convento de Agustinos, una batería semicircular erigida frente a la Misericordia, y el Convento de Trinitarios. Todas estas construcciones quedaban sobresaliendo ligeramente del nuevo recinto fortificado de Zaragoza, un aterrazamiento que iba desde el Portillo hasta el río Huerva. Contaba con un foso y un parapeto de tierra coronado por merlones de ladrillo y estacas de madera, por el que podían asomar fusiles y cañones. En la margen derecha del Huerva se erigió un fortín de planta hexagonal, rodeado de un profundo foso, en el que se establecieron ocho cañones. Fue llamado «Reducto inconquistable de Nuestra Señora del Pilar» y su misión era hacer fuegos cruzados con el Convento de San José en la línea del Huerva. Este convento fue reconvertido en fuerte de San José: rodeado de muros y un gran foso, quedaba al mando de Mariano Renovales. Además se construyeron baterías sobre la antigua muralla medieval, en el Jardín Botánico y junto a Puerta Quemada, en lo que se llamó batería de Palafox. Tras San José se fortificó el molino de aceite de Goicoechea y las Tenerías, con un pequeño reducto.[34]

El aspecto de Zaragoza había cambiado. Las débiles tapias del verano se veían sustituidas por obras de tierra que pretendían hacerla pasar por plaza fuerte, aunque estas obras se asimilaban más a fortificaciones temporales de campaña. Además, no estaban acabadas cuando tuvieron que resistir el embate imperial. Y es que costaban esfuerzo y dinero. Quienes las construían debían dejar sus trabajos ordinarios, y no los iban a dejar a coste cero, porque ellos y sus familias tenían que comer. Por tanto, para levantar fortificaciones se necesitaban obreros que debían recibir un jornal, y este se tenía que pagar con dinero que se debía conseguir en algún sitio. Esa fue una importante tarea del intendente Mariano Domínguez, quien fue claro en sus órdenes, pues se necesitaban 500.000 reales: «Los enormes e indispensables gastos que ocasionan las obras de fortificación y defensa de esta Plaza» requerían «un nuevo gasto de los trabajadores aumentados en dichas obras», para lo cual se efectuaba un repartimiento «que se hará a los ricos y pudientes de esta ciudad».[35]

La máxima de Domínguez venía a ser, los ricos a pagar, las clases populares a trabajar. Los trabajadores cumplían, ya fueran civiles o incluso soldados y oficiales de los Tercios, a los que ya el 27 de noviembre se había dirigido Mariano Renovales con las siguientes palabras: «Yo no tendré embarazo en ponerles [a trabajar], aunque sean capitanes, de cabeza en el cepo siempre que no me desempeñen

sus deberes».[36] De otro lado, el alcalde del barrio de San Ildefonso, Dionisio Lamarca, pasaba una factura muy ilustrativa. Se debían 629 reales en sueldos a los distintos jornaleros de su barrio que trabajaban entre uno y siete días en las obras de fortificación a cambio de siete reales de jornal. Algunos habían aportado burros con los que transportar materiales, lo que suponía 12 reales diarios. Además, dos niños —José Jimeno y Pedro Genzor— habían trabajado seis y siete días por cuatro reales de jornal. La respuesta de unos y otros fue heterogénea, aunque todos decían estar imbuidos de patriotismo por la causa. Algunos labradores se excusaron de pagar, argumentando que sus torres habían sido demolidas y sus campos arrasados, como el caso de Antonio Romero. Otros, como el presbítero capellán de la iglesia de San Felipe, José Falcón, decían que ya habían contribuido con sus bienes y que en esos momentos se habían puesto a trabajar en las fortificaciones. Y otros, como el vidriero Manuel del Río, pagaban su parte aunque se quejaban de que debido a la guerra tenían sus tiendas cerradas y sin beneficios.

El repartimiento de lo que se debía pagar se había hecho por parroquias, gremios y estamentos. Así, por ejemplo, a artesanos del gremio de tundidores como Manuel Rodríguez o Andrés García les tocaba pagar 30 reales; al guantero Cristóbal Aguirre, 160 reales; al guarnicionero Joaquín Santiago, 23; al sombrerero Manuel Monzón, 172; al comerciante Pedro Jordán, 1.142; o al comandante Jerónimo Torres, 3.170 reales. Sin embargo, el intendente tuvo que repetir la orden de pago dos veces, el 5 y el 21 de diciembre, porque había morosos. Mariano Domínguez se quejaba de que las obras de defensa iban lentas por el poco patriotismo de algunos ilustres vecinos, que no pagaban lo que les correspondía. Entre los morosos destacaba la nobleza: la duquesa de Villahermosa, el duque de Montemar, el conde de Robres, el marqués de Santa Coloma, el heredero del barón de la Linde, el conde de Rodezno…

Así estaba el estado de las fortificaciones tras las que se resguardaban y debían resguardar el Ejército de Reserva, las divisiones fugadas del Ejército del Centro y los miles de paisanos militarizados que se concentraban en Zaragoza en diciembre de 1808. Algunos de esos soldados manifestaban un estado bastante lamentable tras el descalabro de Tudela, faltos de todo, situación que se agravaba con la llegada del invierno, la enfermedad y la escasez de víveres para tal cantidad de gentes.

El 13 de diciembre, José de Palafox escribía a la Junta de Valencia pidiendo ayuda para mantener a las tropas valencianas acantonadas en Zaragoza, de las que decía «claman con razón por sus vestuarios, la oficialidad por sus sueldos, y la tropa por sus auxilios». Solicitaba que le enviasen «partidas considerables de arroces, menestras, aceite y

tocino que podía enviar con prontitud», a lo que desde Valencia respondían que harían lo que pudieran, ya que estaban destinando sus recursos en socorro del Ejército del Centro, acantonado en Cuenca, y al que enviaban «galletas, arroz, zapatos».[37]

Comenzaban a padecerse problemas logísticos por concentrar en un reducido espacio tal número de tropas. Y es que el 1 de diciembre había en Zaragoza 18.944 soldados, de los que 3.020 eran robados del ejército de Castaños. Tan solo una semana después, el día 8, ya eran 29.522. De ellos, 10.983 se encontraban enfermos y 8.582 empleados en distintos servicios, quedando con las armas en la mano 9.557 soldados. Entre esos enfermos se encontraba Mariano Estevan, «enfermo de calenturas en el Hospital», natural de Valdealgorfa y agregado al Regimiento Extremadura, para el que su padre pedía licencia. La caballería también dejaba bastante que desear, pues había solamente 941 caballos para 2.000 jinetes. Más de 1.000 deberían combatir a pie. Mientras, desde el Arrabal, el comandante de ese sector, el teniente coronel Tomás de Cires, pedía a Palafox 30.000 cartuchos para los 3.000 hombres que creía necesarios para sus defensa.[38]

El 19 de diciembre de 1808, en los campos y alturas alrededor de Zaragoza, miles de personas, civiles y militares, hombres y mujeres, seguían talando árboles, colocando sacos de tierra y cavando fosos. Simultáneamente, un gran contingente de tropas napoleónicas avanzaba definitivamente con intención de tomar la ciudad. En el otro extremo de la península no iban mucho mejor las cosas, Napoleón en persona estaba persiguiendo a las tropas del Ejército de la Izquierda al mando del marqués de la Romana y las británicas dirigidas por Moore, que ahora, en su angustiosa retirada hacia Galicia, sí que iban veloces.

9. CARNICERÍA
20 de diciembre de 1808-27 de enero de 1809

El 20 de diciembre de 1808 las tropas napoleónicas volvieron a Zaragoza. Esta vez no eran un cuerpo de reconocimiento, ni se iban a replegar, eran más de 30.000 soldados veteranos al mando de dos mariscales del Imperio, Moncey y Mortier. Venían con un inmenso tren de artillería de asedio, más de cien piezas, con hospitales preparados en su retaguardia en Tudela y Alagón. Pronto se les sumarían más, llegando a situarse frente a Zaragoza casi 50.000 soldados del ejército imperial, si bien no todos combatirían a la vez. Entre ellos se encontraban veteranos de distintas campañas europeas y unidades, como los polacos, que habían combatido ya en el Primer Sitio. También repetía el jefe de ingenieros, Bruno Lacoste, amigo personal de Napoleón, quien sería una pieza clave. Previsor de lo que se avecinaba, Lacoste reunió en Alagón 20.000 herramientas para trabajos de asedio (palas, picos, azadas, etc.), 100.000 sacos de tierra, 4.000 gaviones y gran número de fajinas. Todos habían aprendido lecciones del primer asedio.

Frente a ellos, un conglomerado de defensores de ambos sexos. José de Palafox había recibido críticas por sus salidas de Zaragoza durante el primer Sitio, y su experiencia militar le dejaba claro que en una batalla en campo abierto solo podía esperar la derrota. Por ello tomó la firme resolución de encerrarse en Zaragoza con todo el Ejército de Reserva y todas las demás fuerzas de las que pudo disponer. Se jugaba todo a una única carta. Consideraba que el cinturón de fortificaciones ideado por Sangenís en la línea del Canal le permitiría acantonar sin problemas a sus supuestos 32.421 soldados, en lo que se convertiría en un gran campamento atrincherado, mientras que en la ciudad quedaban en reserva miles de civiles que estaban prestos a combatir por su ciudad si era necesario, como lo habían hecho ya en el verano de 1808. Además, ahora su general no les iba a abandonar.

El jefe de ingenieros, Sangenís, y el jefe de artillería, Luis de Villaba, entre otros militares profesionales, hicieron notar la necesidad de sacar tropas de Zaragoza, al menos a la mayor parte de la caballería, para crear un pequeño ejército que hostigara desde el exterior a los sitiadores. No veían lógico, desde la perspectiva militar, concentrar a tantos miles de combatientes entre los muros de una plaza que iba a ser asediada en pleno invierno. La caballería en medio de las calles no servía para nada. Pero Zaragoza no se había atenido a las reglas de la

guerra, a la racionalidad, ni lo iba a hacer. Albergaba, el 20 de diciembre de 1808, casi 100.000 almas entre sus muros. Con la llegada de ejércitos y refugiados, doblaba su población habitual. Tenía exceso de defensores y defensoras.

Las batallas del Canal y del Arrabal

Entre el 19 y 20 de diciembre, los mandos imperiales planearon la toma de Zaragoza. Seguían instrucciones de Napoleón. Una vez establecidos en Alagón los almacenes, los víveres y los hospitales, el ejército se dividió en dos. Por Gallur, frente a Tauste, cruzó el Ebro la División Gazán, llegando a Zuera y Villanueva de Gállego al anochecer del día 20. Paralelamente, el grueso del Quinto Cuerpo de Ejército al mando de Mortier y el Tercero dirigido por Moncey, avanzaban al sur del Ebro, presentándose frente a la línea del Canal Imperial, salvo la División Suchet, que avanzaba al otro lado del Canal, por el camino de Alagón, hacia el oeste de Zaragoza.

Este ejército se componía inicialmente de 35.000 soldados. Entre ellos estaba parte del contingente que había combatido ya en Zaragoza. El oficial francés Lejeune señalaba que «desde hacía largo tiempo, nuestros soldados no hablaban más que de los recuerdos que les habían dejado los lugares y los acontecimientos de que habían sido testigos en el primer sitio». En el transcurso del asedio, entre diciembre y febrero, sus fuerzas reales irían disminuyendo y aumentando, dependiendo de los movimientos complementarios de las tareas de sitio, como rechazar tropas españolas de socorro, asegurar comunicaciones y proteger los campamentos, hospitales y almacenes. Por ejemplo, los 4.694 hombres de la Brigada Buget, de la Tercera División del Tercer Cuerpo, quedaron protegiendo la retaguardia entre Alagón y Tudela. En total, operaron contra Zaragoza 49.152 hombres, 5.777 caballos y 132 piezas de artillería de los cuerpos de ejército Tercero y Quinto.[1]

Algunas de esas fuerzas eran veteranas de la guerra de España. En el Tercer Cuerpo de Ejército, la división Grandjean, con los regimientos del Vístula, ya habían participado en el Primer Sitio de Zaragoza, con la experiencia que ello suponía. Conocían el terreno sobre el que iban a combatir y lo inusual de la guerra zaragozana. Otras, como la brigada de caballería de Wathier y las divisiones de infantería de Musnier y Morlot, habían estado junto a Moncey en la fracasada expedición a Valencia de junio de 1808. El Quinto Cuerpo de Ejército había llegado desde Silesia. Su Primera División era dirigida por el general Suchet, quien se había distinguido en las batallas de Austerlitz (1805) y de Jena (1806); la Segunda División era la de Gazan, participante en Ulm (1805) y Jena. Es decir, las tropas eran veteranas, pues bien habían combatido ya en la campaña española de 1808 y/o

con anterioridad en tierras austriacas y prusianas.

El plan para tomar Zaragoza era un asalto simultáneo, en pinza, el cual obligaría a dividir sus fuerzas a los defensores, que no podrían cubrir a la vez los puntos fuertes del Canal y del Arrabal, entre los que había unos seis kilómetros de separación. El ataque en dos frentes sería, además, un golpe psicológico. Moncey y Mortier podrían descender después sobre la ciudad sin demasiados problemas. Gazán ocuparía el Arrabal y con ello tendría a merced de sus cañones el núcleo de Zaragoza: el Pilar, el edificio de la Diputación, el Palacio Arzobispal, la Seo. La capitulación de la ciudad sería entonces cuestión de horas y, si no, estaría a merced de una artillería que la bombardearía a placer, situada ventajosamente en las alturas tomadas de la Bernardona, Buenavista, Torrero y la ribera derecha del Huerva, por un lado, y desde el barrio del Arrabal, al otro. Un plan sin fisuras, salvo que debía estar perfectamente coordinado, las operaciones debían tener éxito simultáneo, avanzar al unísono las tropas de ambas orillas del Ebro. Y claro, esperaban que los defensores se desbandaran como el 23 de noviembre en Tudela. No en vano, muchos eran los mismos.

El ataque comenzó por la margen derecha del Ebro. A tal efecto se prepararon cuatro divisiones: la de Suchet —unos 10.000 soldados—, atacaría por el débil flanco derecho español, tomando la batería de la Bernardona y flanqueando el reducto de La Muela; la de Morlot —3.600 hombres— asaltaría de frente el punto de la Casablanca; la División Musnier —5.500 efectivos— quedaba en reserva en el monte de Torrero, donde el día 20 establecieron dos baterías, con doce piezas de artillería, frente al Cabezo de Buenavista; y, por último, Grandjean con su división —6.100 soldados— sorprendería al flanco izquierdo español por el este, atravesando los ojos del Canal Imperial —bajo los arcos que salvaban un desnivel— y cayendo sobre la retaguardia de los defensores de Torrero y el Puente de América. Todo ello debía producirse simultáneamente, con coordinación entre estas divisiones y la de Gazan al norte del Ebro. En la noche del 20 de diciembre, el mariscal Moncey ordenó reconocer toda la línea del Canal. Quería asegurarse de que todo estuviera convenientemente preparado para el gran ataque.

Amaneció el 21 de diciembre de 1808. A las ocho de la mañana las dos baterías imperiales abrieron fuego contra las fortificaciones españolas en el Cabezo de Buenavista. Las dirigía el general Dedon, al mando de la artillería. El duelo artillero se preveía intenso. Los propios oficiales franceses reconocían que «el cuerpo de artillería española estaba también justamente reputado en Europa por el impulso que había dado a los progresos de la balística».[2] Sin embargo, la fortuna sonrió a los atacantes, pues a las dos horas acertaron sus

disparos, desmontando una de las piezas e impactando en el depósito de pólvora español, lo que provocó una explosión que afectó seriamente a la defensa. No les sirvió de mucho un acertado tiro de fusil desde los parapetos de Torrero, que mató al capitán de artillería Monot que, a caballo, estaba dando instrucciones para situar cañones frente a esa posición.

En esos momentos, parte de la División Grandjean ya había atravesado, tras un breve tiroteo, los ojos del Canal y avanzaba hacia Torrero. La Brigada Habert fue la primera en aparecer a la espalda de los defensores, quienes estaban pendientes de la Brigada Laval, que tenían a su frente, al otro lado del Canal. Con la explosión y destrucción de la batería de Buenavista, viéndose atacados por el frente y rodeados por su flanco izquierdo, los 6.000 hombres que dirigía Saint Marc se desbandaron hacia la ciudad. Querían evitar caer prisioneros. Esto también se explica por el estado de aquellos combatientes, que al parecer no habían recibido su ración el día anterior ni relevo en la guarnición de aquel punto. Solo los soldados del Segundo de Voluntarios de Aragón sostuvieron el fuego en la retirada. Cuando Saint Marc entró por la Puerta de Santa Engracia, una multitud furiosa quiso ajusticiarlo por haber perdido la posición de Torrero. La intervención del mismo José de Palafox lo evitó, salvando a su subordinado de un linchamiento seguro.

Las tropas napoleónicas descendieron a bayoneta calada hacia Zaragoza desde la margen derecha del Huerva, intentando explotar su rápido éxito en Torrero. Sin embargo, las fuerzas de Mariano Renovales las recibieron con un intenso fuego de artillería y fusilería desde San José, frenando su avance en seco.

En el otro lado del frente del Canal, el desplome defensivo aún fue más rápido. La División Suchet asaltó sin dificultades el flanco derecho español, tomando la Bernardona y el reducto de La Muela, del que se retiró el brigadier Antonio Torres con 200 soldados del Segundo de Voluntarios de Aragón. Simultáneamente, la División Morlot, atacó de frente las fortificaciones de Casablanca. Le apoyaron dos piezas de artillería de la División Musnier, que hicieron fuego desde el flanco. En apenas una hora, se habían hecho con el control. Allí fue herido gravemente en un pie el cabo de artillería Pedro Alonso y combatieron, con bastantes pérdidas entre la tropa, el capitán Anguita y el comandante del Primero de Voluntarios de Aragón, Pedro Gasca.[3]

Más de 4.000 hombres de la división de O'Neill se replegaban apresuradamente sobre la ciudad de Zaragoza. La línea del Canal Imperial se había desmoronado antes del mediodía de aquel 21 de diciembre de 1808. El grueso del Ejército de Reserva se había retirado al perímetro murado de Zaragoza y las fuerzas de los mariscales

Moncey y Mortier se enseñoreaban de las alturas al sur de la ciudad. Se habían hecho con varias piezas de artillería españolas y cerca de 100 prisioneros, mientras que otros 400 habían quedado muertos o heridos. Las tropas napoleónicas apenas habían tenido un centenar de bajas entre muertos y heridos. Solo faltaba que el general Gazan cumpliera con éxito su parte del plan y el destino de Zaragoza estaría sellado, para satisfacción del emperador.

Al otro lado del Ebro, el general Gazan se retrasó en su ataque. Ello se debía a que había cometido dos errores fatales. El primero es que había acampado en Villanueva de Gállego, a 15 kilómetros del Arrabal, distancia que debieron recorrer sus soldados justo antes de la batalla, llegando fatigados. El segundo es que, confiado en sus fuerzas, no había reconocido el terreno, el cual estaba en buena parte inundado por el Ebro. A eso se sumó que, cuando desde la Torre Ezmir se avisó de la llegada de los franceses en la noche del 20, el ingeniero Francisco López rompió la acequia del Soto de la Mezquita, justo al noroeste del Arrabal, cerca del camino a Villanueva, provocando una inundación de la zona. De esa forma dificultaban sobremanera el avance del enemigo. A Gazan, situado con su división en los altos de San Gregorio, no le quedaba más opción que atacar al Arrabal por la zona noreste, donde las distintas baterías y torres podían cruzar sus fuegos los españoles. Disponía del 10 de Húsares y 8.972 soldados de infantería, pero dejó al Regimiento 103 de Línea en reserva, con lo que dispuso para la ofensiva con 6.419 efectivos: el 21 y 28 de Infantería Ligera y el 100 de Línea.

A las doce de la mañana del 21 de diciembre de 1808, cuando la batalla ya había terminado al sur de Zaragoza, en el Canal Gazan iniciaba su ataque sobre el Arrabal. Su retraso y descoordinación con respecto a Moncey y Mortier era evidente. En esos momentos, las tropas españolas estaban concentradas en la ciudad. En el Arrabal, el general José Manso dirigía a 3.000 hombres. Una parte de ellos, mandada por Pedro Villacampa, se desplegó extramuros, al este del barrio, entre Torre del Arzobispo y el Puente sobre el río Gállego. Esa vanguardia española, formada en dos columnas de infantería protegidas por caballería y dos cañones de campaña, retrasó aún una hora más la ofensiva imperial. Estas tropas, entre las que se encontraban el Tercer Regimiento de Murcia, el Batallón de Tiradores de Floridablanca, un batallón de Guardias Valonas y el Primero de Voluntarios de Aragón se fueron replegando ordenadamente y poco a poco sobre el Arrabal, con fuego sostenido y conteniendo la embestida de la División Gazan tanto en el camino a Villanueva como a su este, en la Torre del Arzobispo.

Precisamente en esa casa de campo, la Torre del Arzobispo, quedó el Regimiento de Suizos de Aragón, encargado de frenar a los

imperiales. Los suizos tenían una larga tradición de servicio militar, formando parte de los ejércitos borbónicos. Los que en ese primer día del invierno de 1808 defendían ese punto avanzado de las defensas eran un conglomerado de los suizos del Sexto Regimiento que habían escapado de Madrid a Calatayud con Adriano Walker y combatido ya en el Primer Sitio de Zaragoza, defendiendo el mismo lugar; y de otros que habían acudido en socorro de la ciudad a mediados de agosto, desde Cataluña, y mandados por el coronel Fleury. Este comandaría el nuevo regimiento, con 666 efectivos. Además de los de origen suizo, se agregaron alemanes, polacos y un centenar de españoles. La mayor parte vestían sus uniformes reglamentarios, con bicornio con pompón amarillo y escarapela roja, casaca azul oscuro con solapas y cuello rojo, calzones blancos y polainas negras. Eso sí, poco antes de la batalla de Tudela habían quedado descalzos, con sus zapatos destrozados, así que es probable que para diciembre, en Zaragoza, calzasen alpargatas, fáciles de proveer en la ciudad.

Cuando se retiraron las dos columnas españolas mandadas por Villacampa, los suizos les cubrieron haciendo fuego desde las tapias y edificaciones de la Torre del Arzobispo. Se abalanzaban sobre ellos dos regimientos ligeros franceses, el 21.º y el 28.º. En los primeros disparos cayó herido el comandante Esteban Fleury, que fue llevado a la ciudad por una pequeña partida de soldados. En la casa de campo quedaron algo más de 500 soldados al mando de Adriano Walker. En pocos momentos, fueron rodeados por el 21.º y 28.º ligeros franceses, aunque este último pronto continuó su avance hacia el Arrabal. Pero el Regimiento 21.º contaba con 1.827 hombres, casi cuatro veces más que los defensores de aquella granja. Los Suizos de Aragón quedaron aislados del resto de fuerzas españolas. Pasaba de la una de la tarde. Apostados en las tapias de ladrillo que cercaban la casa, los defensores no pararon ni un instante de hacer fuego, pero sus municiones se iban agotando y no podían recibir nuevas remesas de cartuchos, ya que toda comunicación con la ciudad estaba cortada por el fragor de un intenso combate. Entre ellos y la posibilidad de suministros o refuerzos se interponían los 2.230 soldados del 28 Ligero francés, que atacaban con intensidad el Arrabal. Cuando los zapadores napoleónicos, con sus grandes hachas ya estaban «rompiendo las puertas» del recinto de la Torre del Arzobispo y sus defensores no tenían ni un solo cartucho que dispararles, estos se rindieron: 317 suizos depusieron las armas tras haber contenido a todo un regimiento imperial durante más de tres horas, evitando que se uniera al asalto del Arrabal. Un centenar de los defensores habían muerto y otros 26 agonizaban. A las tropas imperiales les había costado tomar una sola granja, no solo un tiempo precioso, sino 550 bajas, un 30 por ciento del regimiento atacante. Pasaban de las cuatro de la tarde del 21 de

diciembre.

Uno de aquellos suizos que se vieron en la necesidad de rendirse en la Torre del Arzobispo era el oficial Baltasar Blaser, quien, llevado preso, pudo observar las fuerzas del enemigo, ver sus heridos y escuchar lo que decían, como «qué hace ese tonto de Palafox que no se entrega bajo las águilas imperiales» y que «los aragoneses tienen muchas esperanzas en la Virgen del Pilar, que está hecha de un pedazo de madera» y «que pronto derribarían su templo y que harían la ciudad de Zaragoza cenizas, que tirarían 12 bombas, seis granadas y 10 tiros de cañón de a 24 a un tiempo y que entonces verán los milagros que hace la Virgen de madera». Blaser no se quedó callado y respondió a sus captores diciéndoles que tanto «el general Palafox, como la ciudad de Zaragoza se defenderán hasta la última gota de sangre». Estas palabras las cruzaban combatientes, no estados mayores, al comenzar el Segundo Sitio. A los pocos días consiguió escaparse a zona antinapoleónica y escribió a Palafox desde Sangüesa, proporcionándole detallada información.[4]

Mientras el 21 quedaba retenido en el obstáculo de la Torre del Arzobispo, los regimientos 28 Ligero y 100 de Línea embistieron directamente contra el Arrabal. Gazan quería tomarlo al asalto. Tras superar las cortaduras realizadas en el camino, y sortear las zonas intencionadamente inundadas por los defensores, no había, aparentemente, grandes defensas, más allá de unas tapias, cuatro baterías —las de las Balsas, Tejares, Rastro de los Clérigos y Altabás— y el Convento de Jesús, aspillerado, extramuros.

El grueso de la División Gazan llevaba en marcha desde la mañana, cuando había salido de Villanueva, y combatiendo desde el mediodía contra las tropas de Villacampa. Pasada la una de la tarde, se lanzaron al asalto. El 100 Regimiento de Línea, con 2.362 soldados, formados en dos columnas, avanzaron desde el norte por el camino a Villanueva. A su derecha el terreno estaba lleno de agua, a su izquierda se oían los disparos incesantes en torno a la Torre del Arzobispo. A su frente, un muro de ladrillo con aspilleras, donde se apostaban fusileros españoles, flanqueado por una batería saliente, llamada de los Tejares y, otra en la esquina, llamada del Rastro.

Cuando los soldados franceses se acercaron, debieron de escuchar las voces de «¡fuego!» y los sonidos sordos de los disparos, ver cientos de fogonazos seguidos de una densa humareda de pólvora y recibir sus inmisericordes impactos. Aun con ello, siguieron al paso, adelante, aproximándose para responder con sus fusiles. En la batería de los Tejares, en la izquierda española, se situaban los Cazadores Voluntarios de Cataluña y el Primero de Voluntarios de Murcia bajo mando del coronel Manuel Velasco, un noble de treinta y un años que mantuvo sangre fría en la batalla, junto a la artillería mandada por el

capitán Matías Moñino. Al otro lado, en la batería del Rastro se encontraban 1.200 hombres del Tercero de Voluntarios de Murcia al mando de Mariano Peñafiel y la artillería dirigida acertadamente por el capitán Ángel Salcedo. Este, viendo el ataque de las dos columnas del 100 francés, ordenó sacar un cañón de cuatro libras de la batería, arrastrado por los soldados, para colocarlo en el flanco izquierdo de los asaltantes. Cargado de metralla, dirigió mortales disparos, solo a las órdenes de Salcedo, que esperaba hasta que los atacantes estuvieran muy cerca, «dejando infinidad de muertos». El coronel Fernando García Marín describe cómo la metralla de los cañones españoles «hacía estragos» en el 100 Regimiento, que «sufrió mucho», debiendo frenar su primer intento ofensivo.[5]

Repuestos, los oficiales franceses ordenaron un segundo asalto al Arrabal. Salcedo recogió el cañón de a cuatro libras en la batería del Rastro, desde cuyo parapeto siguió vomitando metralla a sus órdenes. Sin embargo, los soldados del 100 Regimiento iban en esta ocasión con un cañón de a 12 libras, con el cual consiguieron abrir una brecha en la batería del Rastro. Los franceses se lanzaron al asalto a la bayoneta, tanto de la brecha del Rastro como contra la batería de los Tejares. Se produjo entonces un sangriento combate cuerpo a cuerpo entre atacantes y defensores, sobre ladrillos derruidos y tierra removida. El 100 Regimiento fue obligado a retirarse, pero aún intentó un infructuoso tercer asalto. Allí se distinguieron Juan Antonio Caballero, Juan María Soriano y Francisco Trujillo y Salas de Voluntarios de Murcia, quienes vestían chistera, chaqueta marrón y pantalón blanco.[6]

En el flanco derecho español, en la zona este del Arrabal, la batalla discurría de forma similar. El 28 Ligero, con sus 2.230 efectivos, había avanzado por el camino que conducía al Puente del Gállego y la carretera de Barcelona, hacia la puerta situada entre los conventos de Altabás y San Lázaro. Desde estos dos puntos se les hizo un terrible fuego cruzado. En Altabás había una batería que disparaba metralla al flanco derecho de la columna francesa, mientras que su izquierda era mermada por la fusilería española apostada en San Lázaro y el Convento de Jesús. Sin embargo, una vez tomada la Torre del Arzobispo, el Regimiento 21, aunque menguado, acudió en refuerzo de los hombres del 28 y los soldados imperiales consiguieron, en una de sus ofensivas, ocupar una casa aislada entre la batería del Rastro y el Convento de Jesús. Eso desató un rumor entre buena parte de las filas españolas acantonadas en torno a San Lázaro: que la batería del Rastro había caído y los imperiales avanzaban por las calles del Arrabal. Esta voz voló de boca en boca entre numerosos soldados, entre los que cundió el pánico, pensando que iban a ser rodeados, y se lanzaron a la huida. Buscaron refugiarse en el sur de la ciudad, por el

único punto de acceso: el Puente de Piedra. Allí se agolpó una caótica multitud de hombres y caballos. Solo unos pocos artilleros, a los que fueron a ayudar vecinos del Arrabal, quedaron defendiendo las tapias de San Lázaro y la batería de Altabás.

El capellán del Primer Batallón del Regimiento de la Reunión de Aragón, Joaquín Taboada, estaba dando la extremaunción a un suizo junto a la iglesia de Altabás, cuando escuchó griterío. Levantó la vista y vio que «un numeroso concurso» atropellaba al capitán Sixto Aguavera. Taboada lo levantó del suelo y se dirigieron al puente donde los centinelas intentaban cortar el paso a los que huían. En realidad, Aguavera también había tratado de huir hasta en dos ocasiones, abandonando a su compañía fingiendo estar enfermo, lo que se descubrió que era falso y Palafox le destituyó. Juan Miguel Arrambide era subteniente del mismo Regimiento de la Reunión de Aragón y también presenciaba el mismo desorden, observando a la caballería retirarse al trote por las calles del Arrabal junto a los más jóvenes reclutas. Su coronel, Alonso Rodríguez Valdés, intentó frenar a la caballería española, ordenándole que volviera al combate. Sin embargo, solo consiguió ser «maltratado sobremanera». Momentos después, tras el «más ímprobo trabajo» sí consiguió reunir a algunos de los soldados que huían e ir a defender el punto de San Lázaro.[7]

Desde el mediodía, José de Palafox se encontraba observando, catalejo en mano, la batalla del Arrabal desde el otro lado del Ebro, en una de las dos torres del siglo XVI del Palacio Arzobispal, donde estaba establecido su cuartel general. Viendo la confusión, desorden y retirada del flanco derecho español, con una masa de combatientes agolpándose sobre el puente, decidió intervenir. Bajó a la plaza de la Seo, donde estaba formada la mayor parte de la caballería y, acompañado de su Estado Mayor, espoleó a su caballo en dirección a la inmediata Puerta del Ángel, por la que salieron y cruzaron el puente. Desenvainando su espada, Palafox arengó a las tropas, que a la vista de su general, frenaron la huida y retomaron sus puestos, volviendo al combate. Desde ese momento, tanto Palafox como O'Neill no dejaron de recorrer, espada en mano, el perímetro defensivo del Arrabal. Los mandos españoles habían conseguido contener el ataque napoleónico. Es más, hacia las cinco de la tarde, las Guardias Valonas y los Voluntarios de Huesca salieron por la Puerta de San Lázaro, cargando a la bayoneta contra quienes ocupaban la casa aislada en el camino de Barcelona. Esta contraofensiva española estaba siendo un éxito.

Entre el humo de la pólvora, el toque de tambor, el griterío del combate, el general Gazan veía a sus hombres caer por doquier. Eran las cinco de la tarde y, tras más de cinco horas de intensísima batalla, se veía en medio de una carnicería. Gazan ordenó una dramática

retirada hacia los altos de San Gregorio, Villanueva y Juslibol. Los regimientos 100, 21 y 28 se replegaban en cierto desorden, dejando muchos muertos y llevándose como podían a sus numerosos heridos. El Regimiento de Línea 103, que había quedado en reserva, pudo cubrir la retirada de sus compañeros. La moral francesa bajaba conforme descendía la temperatura en la invernal noche que no sabía cómo iban a pasar. Las bajas fueron altísimas, calificadas de «pérdidas horribles» por el oficial francés Daudevard de Ferussac, quien añadía: «Crucé la aldea de Juslibol por entre los heridos, habláronme de varios de mis compañeros que habían sido muertos». El suizo Blaser, que estaba preso, escribió: «He visto con mis ojos en el lugar de Juslibol más de mil quinientos franceses heridos, y cada instante [llegan] varias carretadas de ellos». El oficial español Manuel Caballero calculaba en 1.000 los muertos imperiales, quienes reconocían 700, lo que sumado a los 1.500 heridos y las 500 bajas en la Torre del Arzobispo, arrojan una cifra de 3.000 bajas francesas en la batalla del Arrabal del 21 de diciembre de 1808. Eso suponía prácticamente el 30 por ciento de toda la División Gazan y casi un 50 de los que habían participado directamente en el ataque. Era un porcentaje altísimo, inasumible para cualquier ejército. Por otro lado, a los 500 muertos y prisioneros suizos de Torre del Arzobispo, las fuerzas españolas sumaron otras 300 bajas en el barrio del Arrabal, lo que arroja 800 bajas, un 25 por ciento de los defensores de la margen izquierda el Ebro.[8]

Cuando caía la noche del 21 de diciembre de 1808 las batallas habían acabado por ese día. Era momento de «enterrar y callar», como refleja el grabado número 18 de los *Desastres de la guerra* de Goya. Al sur del Ebro, con una importante victoria napoleónica que sirvió para comenzar el Segundo Sitio a Zaragoza; al norte, con una contundente victoria española que no se utilizó para evitarlo. El día 22 de diciembre, las inmediaciones del Arrabal seguían llenas de cadáveres de soldados napoleónicos, que algunos paisanos se apresuraron a saquear, mientras que en Torrero se veían formar imponentemente a los regimientos imperiales. Palafox podría haber enviado a la caballería y tropas ligeras en persecución de la maltrecha División Gazan, pero no lo hizo, aunque le insistieron en ello militares como el jefe de la artillería y mariscal de campo Luis de Villaba, señalándole que podría acabar por completo con las debilitadas fuerzas del general Gazan. El plan de Palafox de resistir con el Ejército de Reserva en el campo atrincherado al sur de Zaragoza se había venido abajo en cuestión de horas.

Eso sí, cuando el día 22 Palafox recibió una oferta de capitulación, su respuesta fue contundente, exclamando que no sabía rendirse, que solamente muerto capitularía. Esta vez estaba resuelto a cumplirlo.

Tampoco tenía muchas más opciones. No podía abandonar la ciudad, ni se atrevía a ello. El vecindario no se lo habría permitido, ya que una parte importante del mismo estaba resuelto a una resistencia numantina, y estaba vigilante para que las autoridades cumpliesen su papel, bajo coacciones populares si era preciso.

Tomada la línea del Canal con sus alturas, el mariscal Moncey creyó que podría intimar a la entrega de la ciudad, a pesar del estrepitoso fracaso de Gazan al norte, e hizo gala de la cortesía de las reglas de la guerra. Desde su cuartel general en el monte de Torrero avisó a Palafox de que «la ciudad de Zaragoza está cercada por todos lados, no puede tener ninguna comunicación con el exterior», lo cual no dejaba de ser una bravuconada, ya que la margen izquierda del Ebro todavía estaba bajo control español, pudiendo transitar los caminos a Huesca, Barbastro y Barcelona. Además, el propio río servía de vía de comunicación segura, aguas abajo, hasta Mequinenza y Tortosa, gracias a las barcas de las que se disponía, algunas artilladas y con tropa.

Moncey llamaba a seguir el ejemplo de Madrid, que había capitulado. Si Zaragoza no cedía, amenazaba con «emplear todos los medios de destrucción que la guerra autoriza», sometiendo a «la bella ciudad de Zaragoza» a las «desgracias de un sitio y los acontecimientos terribles que pueden seguirse», en alusión a un posible saqueo. Insistía en que «la ciudad de Zaragoza, confiándose en el valor de sus habitantes, no está en condiciones de vencer los medios que el arte de la guerra ha reunido contra ella», con lo que «su ruina total será una consecuencia inevitable».

Palafox recibió la misiva en el Reducto del Pilar y, ante los presentes, gritó: «¡Qué capitular! ¡Entregar Zaragoza! Cuando esté muerto hablaré de eso. El pueblo no sabe transigir con los tiranos; aborrece la esclavitud, ¿no es así zaragozanos?». A lo que respondieron: «Sí, vencer o morir, ¡viva Fernando VII, viva España!». Su respuesta por escrito no fue menos rotunda. «Esta hermosa ciudad no sabe rendirse», daba igual lo que hubiera hecho Madrid, era una ciudad más de la nación, donde «el entusiasmo de once millones de habitantes no se apaga con opresión, y que el que quiere ser libre lo es». Es más, Palafox sabía que, sobre el papel, tenía superioridad numérica, con lo que se permitía amenazar a Moncey: «Creo poder estar yo más en proporción de hablar al señor mariscal de rendición si no quiere perder todo su ejército en los muros de esta plaza».[9]

A pesar de este duro cruce de palabras, en el que se hablaba de destrucción, ruina y guerra total, ninguno de los dos mandos militares, ni el francés ni el español, concebía que pudiera llegarse a tal situación realmente. Era una retórica bélica que pretendía amedrentar y ahuyentar al contrario, un duelo dialéctico. No eran profetas del

apocalipsis, aunque lo que estaba por venir superaría con creces los peores pronósticos. En esos primeros compases del Segundo Sitio a Zaragoza, todo era posible. Bien podrían los mariscales franceses haber ordenado un repliegue, viéndose en inferioridad numérica, con apenas 35.000 efectivos, y con la División Gazan diezmada, frente a 30.000 soldados, ayudados por miles de civiles.

Bien podría Palafox haber firmado una capitulación con honores de la ciudad, pues el plan inicial de defensa, basado en la línea fortificada del Canal, sobre la que operaría con libertad el Ejército de Reserva, se había desplomado en tan solo unas horas. Eso sí, quizás se habría expuesto a ser defenestrado, linchado y arrastrado por sus propios vecinos zaragozanos.

Trincheras: Vauban contra Zaragoza

Dos mariscales y un general del Imperio habían vuelto a fracasar ante Zaragoza. En ese momento, llegó la hora del metódico Bruno Lacoste, jefe de ingenieros. Este había nacido en 1775, tenía treinta y tres años en 1808, igual que José de Palafox. Había sido ayuda de campo del emperador, de quien era amigo personal. Su experiencia bélica estaba más que demostrada tanto en batallas campales —Frieland— como en su especialidad, los asedios y combates en ciudades, como El Cairo, Acre, Gaeta y Danzig. En junio de 1808, Napoleón le distinguió como conde del Imperio. Poco después participó en el Primer Sitio de Zaragoza, donde había adquirido nueva experiencia por el singular tipo de guerra que había observado. En diciembre de 1808, tras el nuevo fracaso del plan de asalto directo a la ciudad, los ojos de Moncey y Mortier se fijaron en él. Era su turno. Con picos, palas y artillería debía lograr lo que no habían conseguido las puntas de las bayonetas y los disparos de los fusiles. Zaragoza contenía la respiración, Europa aguardaba expectante, Napoleón quería resultados.

Era la hora de algo inaudito: aplicar en su totalidad la táctica de asedio formal a una fortificación, pero a Zaragoza. Los ingenieros militares franceses seguían siendo deudores de los planteamientos de Vauban, ingeniero de Luis XIV. Siguiendo sus enseñanzas, los asedios eran una metódica cuestión de tiempo. Y si se hacían bien, minimizaban bajas. El paso inicial era establecer una primera línea de trincheras —primera paralela— alejadas del fuego enemigo. En ella se instalarían las primeras baterías de artillería con el doble objetivo de cubrir los siguientes pasos y de bombardear las defensas más avanzadas. Después, se irían cavando trincheras en zigzag, para evitar ser enfilados por los disparos enemigos, hasta abrir una segunda paralela. Nuevamente se establecerían baterías con las que poder bombardear los muros de la plaza. Por último, excavar otra trinchera

en zigzag hasta abrir una tercera paralela, ya junto a la línea del foso de la plaza enemiga. Allí se establecerían las últimas baterías de artillería que deberían abrir brechas en los muros. Una vez ocurriera esto, se esperaba que la plaza capitulase, pues, de lo contrario, las brechas serían asaltadas. Este momento era, por tanto, clave: o la ciudad caía por rendición pactada o era tomada en un asalto que podía conllevar inmediato saqueo.

Bruno Lacoste planificó tres ataques mediante paralelas: al suroeste, el ataque de la izquierda, que debía distraer a los defensores de la Aljafería; por el sur, el ataque del centro, cuyo objetivo era tomar el Reducto del Pilar y Santa Engracia; al sureste, el ataque de la derecha, con el fin de capturar el fuerte de San José. Estos dos últimos puntos habían sido señalados sobre el plano de Zaragoza por el propio Napoleón. Parecían más fuertes por estar el río Huerva a modo de foso, pero eran las zonas más débiles en realidad. Además, la margen derecha del Huerva era más elevada, favoreciendo los disparos de los atacantes. Cada sector de ataque estaba al mando de un jefe de batallón. Bajo dirección de un oficial de ingenieros estaban los trabajadores que cavaban trincheras y establecían baterías. Estos dejaban sus fusiles con la bayoneta calada, colocados en pabellón, para que, en caso de una salida de los sitiados, pudieran coger sus armas rápidamente y unirse a la guardia de trinchera, todos bajo mando del jefe de batallón. Los trabajadores hacían turnos de 12 horas, mientras que las guardias de trinchera se relevaban una vez al día.[10]

También fue importante el establecimiento de un puente de barcas para comunicar las dos orillas del Ebro, aguas arriba de Zaragoza, por Juslibol, y contactar cuanto antes con la División Gazan, de la que no se tenían noticias desde la batalla del día 21. De ello se encargó de inmediato el general de artillería Dedon. Este también estableció un parque de artillería en Torrero, aunque el 22 y 23 de diciembre se lo dificultaron certeros disparos de la artillería española. Varios morteros situados junto a Santa Engracia, en el jardín botánico, bombardearon incesantemente las laderas del monte de Torrero, causando tantas bajas como habían tenido los imperiales en su toma el día 21, «nos mataron mucha gente» dijo Lejeune. En los siguientes días, los sitiadores arreglaron tramos del Canal dañados, recuperaron barcas y restablecieron su navegación, permitiendo así la comunicación Tudela-Alagón-Zaragoza, lo que les facilitaba el traslado de todo tipo de suministros.

De esta forma, Lacoste dispuso trabajadores y el 23 de diciembre ya estaban cavando las primeras trincheras. Comenzaron por el ataque de la derecha, a lo largo de la carretera de Valencia y a mil metros del Convento de San José. En el ataque del centro, en la pendiente de

Torrero que desciende hacia Santa Engracia, comenzaron a cavar la primera paralela a 540 metros del Reducto del Pilar. Protegían a los zapadores e ingenieros con una batería de cuatro obuses situada en Torrero. Por el ataque de la izquierda, frente a la Aljafería, entre el camino a Alagón y el alto de la Bernardona, empezaron las trincheras más tarde, el 29 de diciembre.

En la Nochebuena de 1808, Gazan recibió órdenes del mariscal Mortier. Debía extenderse por toda la margen izquierda del Ebro y bloquear la ciudad. La división estaba todavía recuperándose de los estragos de la batalla y se limitó a acampar sobre el camino a Villanueva y Zuera, construyendo una fortificación de campaña sobre el mismo. Para defenderse de posibles salidas españolas por el Arrabal y, a la vez, bloquearlo, los franceses rompieron varias acequias, extendiendo la inundación por toda la huerta. El movimiento más ofensivo de Gazan en diciembre fue enviar una partida de tropas al otro lado del río Gállego. Dos batallones controlaron el puente sobre dicho río y, el día de Navidad, saquearon La Puebla de Alfindén y Villamayor. Desde este último lugar también tuvieron la misión de vigilar los caminos a Barbastro y Barcelona, por si intentaban llegar refuerzos a la ciudad sitiada. El mariscal Moncey, por su parte, estableció su cuartel general en la Cartuja Baja, al este de Zaragoza.

Durante la última semana del año, al sur de la ciudad, cientos de soldados napoleónicos se dedicaban a trasladar material de sitio, cavar trincheras y construir baterías. Recogieron todo el abundante mimbre de las riberas del Ebro para hacer cestones que, rellenados de tierra, servían para proteger a zapadores, artilleros y soldados. Dentro de Zaragoza también se trabajaba sin descanso. El vecindario se ocupaba de cavar fosos, reforzar las baterías, erigir parapetos en algunas calles… y salir a continuar la tala de árboles próximos. Porque las disposiciones de Sangenís todavía no se habían cumplido enteramente. El 29 de diciembre salieron 2.000 hombres entre soldados y paisanos, escoltados por un regimiento de caballería, para cortar árboles. También en esos días salió de la ciudad Francisco de Palafox, en la noche del 23 al 24 tomó una barca y se fue aguas abajo del Ebro, con destino al castillo de Mequinenza, donde tenía la misión de reunir nuevas tropas con las que auxiliar Zaragoza.

Establecidos los primeros atrincheramientos y baterías de protección, la noche del 29 al 30 de diciembre de 1808, a 340 metros de San José, el jefe del Batallón de Ingenieros Haxo daba orden de cavar la primera paralela a 1.200 trabajadores. Lo mismo ocurría con el capitán Prost y 660 hombres frente al Reducto del Pilar. El capitán Henry hacía lo mismo delante de la Aljafería. Con ello comenzaba formalmente el asedio que ya pasaba a una cuestión monótona de pico, artillería y tiempo. Desde el perímetro defensivo de Zaragoza

intentaron retrasar estos trabajos con los disparos de artillería, ya que estaban demasiado lejos para los fusiles. Lo habitual en estas labores era trabajar de noche, para evitar ser vistos por los sitiados y que estos no pudieran hacer fuego sobre los sitiadores. Aun así, esa primera noche, la artillería española acabó con tres trabajadores napoleónicos, dejando a otros cuatro heridos. Unos cavando paralelas y zigzags y otros disparando, todo en medio de la oscuridad de la noche. Sería la tónica general del asedio en las dos semanas siguientes.

Sin embargo, en la ciudad asediada aumentaba la angustia, como era lógico, por verse cercados por todas partes. Por un lado, varios jefes militares, como Luis de Villaba, O'Neill, Saint Marc, Warsage, Manso, o los ingenieros Zappino, Bayo, Quiroga y Román, se desesperaban porque Palafox no se atreviera a realizar una contundente salida con el ejército que rompiera el cerco y liberase a la ciudad de bocas que alimentar y alojar en pleno invierno. Podían salir, además, por el camino de Barcelona protegidos por la intensa niebla de esos últimos días de diciembre. Por otro, la población civil se preguntaba qué hacían tantos soldados, especialmente los de caballería, sin hacer aparentemente nada. Seis mil de ellos estaban enfermos, especialmente los valencianos y murcianos, llenando ya los hospitales distribuidos por toda la ciudad. El Hospital de Gracia era solo un montón de ruinas desde agosto, y el de Convalecientes, donde se llevaban a los enfermos, no daba abasto, habiendo de habilitarse numerosos conventos, como el de San Ildefonso, para los heridos, y otros edificios como improvisados hospitales.[11]

Algunos mandos españoles habían lanzado pequeñas acciones ofensivas. Pedro Villacampa dirigió una limitada salida por el Arrabal ya el 24 de diciembre, en la que retomó Torre del Arzobispo y se acercó hasta el campamento francés. Aunque esa acción supuso un desgaste de unas tropas que no tenían descanso, como se quejaba Félix Marq, del batallón de Voluntarios Cazadores de Cataluña, quienes estaban en la batería de las Balsas «dando el servicio de avanzadas, parapeto y continuas guerrillas, sin haber tenido en este tiempo el más mínimo descanso». Mariano Renovales, desde su posición en San José, había desplegado hasta 150 soldados en formación dispersa de guerrilla, quemado algunas casas y talado árboles entre los días 22 y 24. Otras tropas no estaban en disposición de efectuar ataques. A los enfermos que iban llenando los hospitales se sumaban aquellos que temblaban, pero de frío, como los hombres del Batallón Ligero del Portillo, cuyo comandante, Agustín Dublaisel, se quejaba de que su tropa no había «recibido prenda alguna de vestuario, por lo que se halla enteramente desnuda, en cuya atención y a la frialdad del tiempo, que da lugar a que por este motivo enfermen muchos de sus individuos», solicitando ochocientos cuarenta capotes o ponchos.

Similares quejas se repetían desde casi todas las unidades militares. El regimiento Extremadura, que había padecido en su retirada de Tudela, seguía pidiendo ponchos para cubrir a sus soldados, muchos de los cuales apenas llevaban unas chaquetas bastante deterioradas. Lo mismo decía Pablo Argandoña desde el Regimiento de Voluntarios Tiradores de Murcia, donde necesitaban 200 ponchos, 200 camisas, 200 alpargatas; los Fieles Aragoneses no habían recibido, a 1 de enero de 1809, «ningún vestuario ni cananas».[12]

Con tal estado de las tropas, también se pueden comprender las dudas de Palafox a la hora de tomar la decisión de ordenar una salida como se le pedía. Eso se sumaba a sus propias inseguridades, vistas las experiencias bélicas que había vivido en apenas seis meses. Finalmente, el último día del año José de Palafox aprobó la única acción ofensiva de envergadura, cediendo a las presiones de otros militares y para calmar los ánimos. Así, el 31 de diciembre de 1808 se organizó una gran salida por las puertas del Portillo y Sancho, bajo la protección de los cañones de la Aljafería y en paralelo al Ebro. El objetivo era desbaratar los trabajos de aproximación, las trincheras y las baterías que los imperiales estaban construyendo frente a la Aljafería. Con ese fin se dispusieron las siguientes fuerzas: unos 1.500 infantes de Voluntarios Catalanes, Suizos de Aragón, Voluntarios de Huesca, Guardias Valonas, Granaderos de Palafox, Reales Guardias Españolas, algunos paisanos, 300 jinetes de Fuensanta, Dragones del Rey, Numancia, Olivenza, Cazadores de Fernando VII y Húsares de Aragón. A las ocho de la mañana se inició el ataque, bajo mando del brigadier Fernando Gómez de Butrón.

Cubiertos por el fuego artillero de la Aljafería, en la izquierda española, las Guardias Valonas, Granaderos de Palafox, Suizos de Aragón y Voluntarios Catalanes atacaron las posiciones napoleónicas en el alto de la Bernardona. Destacaron las Guardias Valonas al mando de Luis Garro. Llegaron hasta el atrincheramiento imperial entre un «fuego vivísimo» por ambas partes. En ese punto, se dividieron para flanquear a los franceses. Medio batallón de Guardias Españolas, dirigido por el teniente coronel Manuel Félix de Camus, atacó la trinchera por la izquierda, el otro medio, con Garro, por la derecha. En ese intenso tiroteo fueron heridos el capitán Albert Suelbes y quince soldados. Tomaron momentáneamente una batería que quedó «inundada de sangre» y donde se distinguió el teniente de Granaderos de Palafox José de Béjar.

En el flanco derecho español atacaron los Voluntarios de Huesca, mandados por Pedro Villacampa, y las Reales Guardias Españolas. Los hombres de Villacampa iban en vanguardia y flanquearon a los imperiales, expulsándolos de las casas de campo que ocupaban. Tras ello, llegaron refuerzos napoleónicos que obligaron a una retirada de

los de Huesca. En ese preciso instante entró en acción la caballería española, aunque las acequias dificultabas sus movimientos. Cargaron sobre la infantería francesa, rodeando a unos 150 soldados, que fueron masacrados. El resto huyó bajo el fuego de dos cañones de campaña que frenaron la carga de la caballería española, que se retiró en orden, finalizando ahí «la matanza». Los Dragones de Numancia se destacaron en esos combates contra los sorprendidos guardias de las trincheras, «haciendo que en breves minutos quedasen los enemigos tan aniquilados, no obstante el fuego y bayonetas con que se resistieron, que no quedó ninguno que pudiese contar el hecho», especialmente el alférez Josef de Cova quien primero se tiroteó insensatamente con los enemigos, quienes le mataron el caballo a bayonetazos, pero siguió combatiendo montado en el caballo de otro compañero. Los Dragones de Numancia tuvieron un muerto y seis heridos.

Tras varias horas de combates por toda la zona oeste de Zaragoza, los Voluntarios de Huesca y las Reales Guardias cubrieron la retirada de la caballería, haciendo fuego sobre los refuerzos imperiales. Finalmente, las tropas españolas se replegaron en orden a las cinco de la tarde, habiendo sufrido pocas bajas y desbaratado algunas obras de trinchera. Según Butrón, habían causado más de 500 bajas a los franceses. Quizás una cifra abultada, aunque Lejeune reconocía que «su caballería tuvo más éxito, pues cayó de improviso sobre uno de nuestros puestos aislados que no habíamos tenido tiempo de atrincherar y lo deshizo».[13]

Tras esta salida, el 2 de enero de 1809 hubo una serie de escaramuzas en torno al Convento de San José, a cargo de Renovales. Fue de madrugada y en medio de una niebla «sumamente densa». Iban a hacer una salida los Voluntarios de Aragón al mando de Pedro Gasca, pero al final fueron las avanzadas napoleónicas las que se acercaron hasta San José, «rompieron el fuego contra ella con bastante actividad, pero con el nuestro de artillería y fusilería se les rechazó», a lo que Renovales añadía en su informe posterior «dejando en su retirada cinco mochilas, algunos fusiles, morriones, y dos hachas de mano: el destrozo en sus tropas debe haber sido grande cuando solo a veinte pasos cayeron cinco, y vístose varios regadíos de sangre».

En esas escaramuzas en torno al fuerte de San José, destacó una labradora: Manuela Sancho Bonafonte, de veinticuatro años, natural de Plenas pero avecindada en la calle de Puerta Quemada. El 31 de diciembre y el 2 de enero «sirvió de artillera y mortero como pudiera haberlo hecho el mejor artillero», sin haberse sobresaltado aun cuando otros caían muertos a su lado. Esta mujer no se había conformado con llevar «pan, vino y aguardiente», sino que se dedicaba a llevar municiones y piedras con las que cargaba un mortero, tomaba el

botafuego para disparar cañones y empuñaba y disparaba el fusil desde los parapetos.[14]

La salida del día 31 de diciembre de 1808 sirvió a Palafox para subir la moral de los defensores. Había sido una pequeña victoria, cierto, pero no fue explotada desde un punto de vista estratégico, ya que las tropas españolas volvieron a encerrarse en la ciudad. Eso sí, fue sobredimensionada con sentido propagandístico. En consecuencia, Palafox creó una distinción para los soldados que habían combatido en aquella acción: una cinta encarnada. Por otro lado, las escaramuzas del 2 de enero de 1809 podrían haber sido más fructíferas para los sitiadores si se hubiera aprovechado para una salida contundente, aunque los mandos no quisieron arriesgar. Ese mismo 2 de enero, en Zaragoza comenzaron las estrecheces de víveres: no había ya carne de carnero, el pan que se amasaba era ácimo, la verdura era escasísima, las gallinas alcanzaban precios desorbitados.

Mientras tanto, al sur del Ebro, en el lado imperial también se sufría escasez. Los soldados solo recibían media ración y los víveres tenían que llegar desde Navarra, donde los franceses requisaban harina y bueyes. Las fuerzas napoleónicas iban avanzando lentamente pero con paso firme gracias a las disposiciones de Lacoste. Sin embargo, el panorama real del ejército sitiador era desesperado. Cavaban trincheras, pero en ellas se estaba enterrando también su moral. El 29 de diciembre de 1808 había llegado el general Junot para hacerse con el mando único de los dos cuerpos de ejército. El 1 de enero de 1809 escribió un informe desolador de la situación, la cual calificaba de «deplorable». Los soldados estaban «extremadamente cansados», faltos de vestuario, especialmente de capotes, vitales para soportar las frías temperaturas invernales del Valle del Ebro, otros carecían de zapatos. En consecuencia, enfermaban y entraban «por cientos a los hospitales», que se convertían en su tumba por la falta de medios. No ayudaba la mala administración y logística, a pesar de los preparativos de las semanas previas. Junot no dudaba de calificarla de nula. Explicaba algo que sería recurrente en todo el asedio: «La zona no presenta ningún recurso, todo ha sido saqueado». Lo que los refugiados no se habían llevado a Zaragoza desde sus pueblos, lo habían robado ya los imperiales.

El derrotismo y pesimismo de Junot eran totales en enero de 1809. Insistía en que le enviaran refuerzos y medios materiales o no podría continuar «en una posición tan crítica». Decía que solo contaba con 9.000 soldados útiles para el ataque, que le faltaban medios de transporte para la artillería, que para vencer era preciso «matar muchos soldados» y «desolar a una población considerablemente aumentada». Se vería obligado a levantar el sitio y retirarse, siendo que «Zaragoza es indispensable a los intereses de Su Majestad», «de

vital importancia». «Zaragoza es más importante que Cádiz, y sin duda que Madrid» porque «rendida Zaragoza, se tranquiliza todo Aragón, Cataluña y las Castillas». Era necesario «golpear fuerte» allí, pero se precisaba de más medios. Y es que con todas estas penurias, la moral de la tropa estaba tan honda como las trincheras. Además, se sentían angustiados por verse rodeados de enemigos por todas partes y por no recibir comunicaciones, sintiendo la falta del correo: «No he visto un cuerpo ni un soldado que no me haya hablado de esta privación».[15]

En la margen izquierda, como se ha mencionado, la situación era peor. La División Gazan se había retirado, refugiado y atrincherado en Juslibol y San Gregorio. Tras la derrota del 21 de diciembre, aquellos soldados se encontraban desmoralizados, angustiados, hambrientos. Tardaron varios días en reponerse y se dedicaron a meras labores de bloqueo del Arrabal y saqueo de los pueblos cercanos. A pesar de todo ello, parecía que seguía manteniéndose a la ofensiva. Una vez rechazadas las salidas de los sitiados, los sitiadores redoblaron el ritmo en la construcción de paralelas y baterías. Y colocaban cañones, obuses y morteros, listos para el bombardeo que comenzó el 4 de enero sobre San José y veinticuatro horas después sobre el Reducto del Pilar. La noche del 4 al 5 de enero las fuerzas sitiadoras ya estaban en la segunda paralela en los ataques del centro y derecha. Desde el Reducto del Pilar, los defensores abrieron trincheras en un trabajo de contrazapa sobre el ataque napoleónico del centro. Era el 5 de enero y el goteo de bajas por combate en ambos bandos era constante, cruzando fuego de artillería desde las baterías, de fusilería desde las trincheras.

Derribo y asalto: 10-15 de enero

Las noches del 7 al 9 de enero de 1809, 100 trabajadores y 75 zapadores napoleónicos trabajaban sin descanso prolongando la segunda paralela del ataque de la derecha y montando rampas para establecer baterías. A pesar del frío, la oscuridad y la llovizna, desde el Convento de San José no paraban de dispararles. Dos cayeron heridos y uno murió. Entre esa noche y la siguiente, montaron las baterías número 4, 5, 6, 7 y 8 en los ataques del centro y derecha. Con ellas enfilaban los puntos avanzados del Reducto del Pilar y San José. Al amanecer del día 9, un proyectil explosivo lanzado por un obús español cayó en la trinchera en medio de un grupo de soldados. El granadero Guillemain lo cogió y lo lanzó fuera, justo a tiempo, antes de que explotase expandiendo muerte a su alrededor. Otros treinta de sus compañeros no tuvieron la misma suerte ante la «lluvia de bombas y granadas» que lanzaron los españoles sobre la segunda paralela. Con todo, esa noche, armaron la batería número 3, sobre la segunda paralela, justo frente al Convento fortificado de San José, a escasos

metros. Todas las demás recibieron suministros de pólvora y munición. La artillería imperial estaba dispuesta para vomitar muerte sobre los defensores situados en la margen derecha del río Huerva. Lo que hicieron 32 bocas de fuego a las seis y media de la mañana del día 10 de enero.[16]

La mitad, 16, batían San José, otras tantas el Reducto del Pilar. Mucha artillería contra pequeños reductos, unos reducidos espacios en los que se agolpaban y agazapaban soldados. La batería número 4, situada en la primera paralela del ataque de la derecha, tenía cuatro cañones de asedio de a 24 libras. Cuatro monstruos que podían barrer, de frente, los muros de San José. Simultáneamente, los ocho obuses y cañones de las baterías número 1 y 2 lo destruían por los flancos. Los cuatro morteros de la batería número 3 elevaban los proyectiles para hacerlos caer en picado en el interior de San José. Muerte y destrucción. En poco tiempo, tres cañones españoles estaban desmontados y una gran brecha abierta en la esquina sureste del fuerte-convento. Tras el bombardeo, las tropas napoleónicas intentaron el asalto. La infantería ligera francesa se apostó en la segunda paralela, entre las almenas formadas con sacos de tierra, incomodando mucho a los artilleros españoles.

Al mediodía del 10 de enero, los soldados imperiales se lanzaron «con la mayor furia» hacia el fuerte de San José, «a tiro de fusil», el cual sostuvieron más de dos horas. Manuela Sancho seguía combatiendo allí. Hubo numerosas bajas por ambos bandos. En San José cayó herido de un balazo el coronel Pedro Gasca, del Primero de Voluntarios de Aragón, agonizando durante dos horas hasta que falleció. Julián Ferrer, subteniente de los Cazadores de Valencia, también fue herido, pero fue llevado al Hospital de San Ildefonso donde se recuperaría. Viendo que había brecha abierta y sin poder repararla, a pesar de los trabajos de algunos paisanos como Antonio del Royo y Miguel Ugalde, Renovales dio orden de sacar de allí la artillería y llevarla a la ciudad. Junto a ello, esa noche, hizo una salida contra las baterías francesas. Los soldados españoles cayeron sobre las trincheras, consiguiendo clavar dos cañones, pero debieron retirarse por el fuego de fusilería y metralla con el que les contestaron. Eso sí, antes del repliegue, lanzaron varios papeles escritos en seis lenguas distintas en los que Palafox invitaba a «dálmatas, italianos, holandeses, polacos, alemanes» a desertar y abandonar «una guerra que es vuestro oprobio».[17]

El 11 de enero continuó el bombardeo contra San José, haciendo practicable la gran brecha, cuyos escombros ya llenaban el foso. Renovales mandó construir parapetos en el interior, para cubrir una retirada, ya que ante «el voraz fuego» todo quedaba «reducido a polvo» «sin que quedara un pie de aquel terreno que no estuviera

sembrado de balas tanto de fusil como de cañón de todos los calibres». Ese día, a las cuatro de la tarde, el general Lacoste dio la señal de ataque. El jefe del Batallón de Ingenieros Haxo se lanzó fuera de la trinchera con algunas compañías de infantería y dos cañones de campaña que colocó «a medio tiro de metralla» de distancia de la brecha, despejándola de defensores a cañonazos a bocajarro. El jefe de batallón Stahl, con los *voltigeurs* aprovechó ese momento para lanzarse al ataque, pero el foso, aunque lleno de cascotes, seguía siendo un obstáculo. Le hacían falta escalas. Debió de ser un momento de suma tensión, pues aquellos soldados se vieron al borde del abismo. Mientras tanto, el capitán de ingenieros Daguenet dirigió tropas por la retaguardia del convento, junto al Huerva, atravesando el puente sobre el foso, destrozando la puerta a hachazos e internándose en el recinto. Sin embargo, desde el otro lado del río, los soldados de Renovales, que se habían replegado, le hicieron fuego de fusilería a su espalda, y Daguenet y sus hombres tuvieron que refugiarse en el foso, bajo el puente, para protegerse de los disparos.

Al fin, los imperiales consiguieron atravesar la puerta y la brecha del fuerte de San José, o lo que quedaba de él. La mayor parte de la guarnición ya se había retirado a la ciudad, dado que Renovales ya daba por imposible sostener más tiempo aquel punto, pero unos pocos soldados españoles habían quedado para cubrir la retirada, atrincherados en las edificaciones que quedaban en pie del Convento de San José. Desde allí, desde ventanas y los mismos huecos abiertos por la artillería francesa, hacían «fuego desde todos los pisos» a los asaltantes. En esos momentos, los efectos del bombardeo causaron el desplome de los tejados que cayeron sobre los pocos defensores, aplastándolos. Entre los que todavía sobrevivían cundió el terror y el desorden. Un centenar cayó prisionero de las tropas napoleónicas que conseguían ocupar aquel «amasijo de ruinas y despojos humanos», como lo describió Lejeune. Los tres días siguientes, los ingenieros y zapadores imperiales se dedicaron a fortificar esas ruinas, pero en su frente norte, hacia la ciudad. El general Dedon inició la tercera paralela a la derecha de San José, donde estableció dos baterías, la número 9 y la 11, con las que batirían las murallas de ladrillo del siglo XIV que daban al Huerva. Precisamente desde allí, en la batería llamada de Palafox, se encontraba Antonio Sangenís observando la aproximación de los sitiadores cuando una bala de cañón le impactó de lleno. El jefe de ingenieros español murió en el acto, sobre una de las obras de fortificación que él mismo había ordenado construir hacía tan solo unas semanas.

Reducido San José, quedaba otra cabeza de puente sobre el Huerva. La última defensa «exterior» que se interponía entre el ejército napoleónico y la ciudad, en sus ataques del centro y derecha. Aunque

lo habían intentado el día 10, no fue hasta el 15 de enero de 1809 cuando se lanzaron de nuevo al asalto. Eso sí, antes estuvieron cinco días bombardeándola. Desde el día 10 de enero por la mañana cuatro baterías napoleónicas con 16 piezas de artillería estaban batiendo el pequeño recinto del Reducto del Pilar. La batería número 5 disparaba por el frente a menos de 80 metros con dos grandes cañones de asedio de a 24 libras y otros dos de a 18, desde la segunda paralela del ataque del centro, la número 6 la apoyaba desde la primera paralela; las baterías 8 y 7 lanzaban sus proyectiles hacia el flanco oeste del reducto. En el monte de Torrero se situaba la primera batería construida que podía cubrirles en caso de que algún defensor tuviera la osadía de salir. Al amanecer del día 15 de enero de 1809 se les unió la batería número 10, disparando al flanco este del reducto.

El efecto de tal concentración artillera se hizo sentir muy pronto, causando estragos. Cientos de «granadas, bombas y bala rasa sembraron la muerte y la destrucción por todos los ángulos de su recinto». Tanto era así que el humo y el polvo de los muros desplomándose junto al provocado por los disparos «ofuscaban la vista o agravaban la respiración». Pero no solo eran daños materiales, sino que convirtieron el pequeño recinto de tierra, maderas y ladrillos en un mortífero lugar, en una carnicería. El primer día de bombardeo ya desmontó la mayor parte de la artillería española allí situada, que constaba de ocho piezas, quedando sus cureñas de madera inservibles, con lo que no se podían mover y se hacía imposible usarlas. Los merlones quedaron deshechos, aplanados, con lo que quitaban protección a quienes querían disparar desde ellos. Los parapetos se desmoronaron, cubriendo en parte el foso. Y treinta metros de brecha abierta. No es extraño que los imperiales intentaran hacerse con el Reducto del Pilar aquel día. Sin embargo, se vieron obligados a esperar.

Tuvieron que bombardearlo aún más. El 11 de enero fue terrible en el interior del reducto, cuando la artillería francesa comenzó a disparar a las siete y media de la mañana. Las balas rasas de los cañones no solo causaban muerte con su impacto directo, sino que si impactaban contra maderos o escombros, los hacían mil añicos que salían disparados en todas direcciones, con el mismo efecto de las esquirlas de metralla. A ello se sumaban los propios proyectiles ya disparados con metralla. El efecto era terrible. Ese día una granada cayó junto a la banqueta sobre la que se situaban soldados del Segundo de Voluntarios de Aragón para hacer fuego de fusilería asomándose por encima del parapeto oeste. La explosión de la granada alcanzó a once de aquellos hombres, «a quienes destrozó haciéndolos pedazos». Todo se venía abajo, muchos cadáveres y escombros dificultaban el tránsito dentro de la pequeña fortificación.

Además de los soldados, quince oficiales yacían muertos o agonizantes. La sangre cubría la superficie de tierra batida.

Ese fuego espantoso hizo que bastantes de los defensores echaran un pie atrás, viendo a su frente los proyectiles, a su lado a sus compañeros muertos o heridos, todo destruido alrededor. Ya no tenían casi artillería para responder. Los fusiles solos no bastaban. Y conforme los parapetos caían estaban más expuestos, más indefensos, más cerca de la muerte. Así pues, con ese desolador panorama, echaron a correr hacia el Puente del Huerva para salir de aquella carnicería.

Pero no completaron su huida. Por el puente aparecieron varios oficiales con una treintena de soldados del Segundo de Voluntarios de Aragón, que lo evitaron «después de mil trabajos». El coronel Marín «formó en medio del mismo fuego, arrostrando tantos y tan inminentes peligros, una guardia respetable con orden de atacar a la bayoneta a nuestros fugitivos si no se detenían». Fernando Marín, quien había sido comandante de Canfranc y atacado Urdos, desenvainó su sable y amenazó a los soldados que huían, obligándoles a volver a sus puestos en el reducto a golpes. Cuando lo consiguió, se puso a su frente, recibiendo dos graves heridas de bala de fusil, una en el brazo derecho a las cuatro de la tarde y otra en el pecho a las cinco, además de una fuerte contusión de un casco de granada, «de que se le creyó muerto». A la vez, el capitán Vicente Ricafont mandó «al tambor tocar el calacuerda», es decir, el toque para cargar, para volver al combate. En el fragor del combate, entre el ruido de los disparos, las voces de oficiales y el lamento de los heridos, la mejor forma de transmitir cualquier orden era al son del tambor. Simultáneamente, otros como el ingeniero Marcos Simonó, el héroe del 4 de Agosto, y los capitanes Mariano Galindo y Vicente Ricafont, del Segundo de Voluntarios de Aragón, utilizaron menos la coacción y más la persuasión y el ejemplo para hacer volver a aquel infierno a aquellos hombres. Fueron de los primeros que se cargaron sacos de tierra al hombro y con ellos fueron a los muros a tapar boquetes. En la brecha también se situaron los hermanos Higinio y Josef de Francia, ambos oficiales del Batallón de Calatayud. Una bala segó la vida de Josef, pero Higinio «viéndolo caer muerto a sus pies, continuó con la misma serenidad sin que un acontecimiento de esta clase le sirviese de obstáculo alguno para mantener su posición militar».

Al acabar la jornada del 11 de febrero, 60 muertos y 80 heridos yacían sobre el Reducto del Pilar. Había aguantado un bombardeo más y los intentos de ataque de la infantería napoleónica. Cuando anochecía llegaron el coronel Joaquín Gracia y el teniente coronel Fernando Zappino, que ordenaron abrir fuego a la artillería que quedaba útil, logrando desmontar parte de una de las baterías

imperiales. Poco después, los oficiales ordenaron ondear la bandera roja en el parapeto, símbolo de que no se rendían y pretendían resistir hasta la muerte. Aún hicieron algo más. A medianoche Marco Simonó y Fernando Marín encabezaron una osada salida hasta la primera paralela del ataque del centro, matando a algunos franceses y clavando dos piezas de artillería. Estas acciones aminoraron el bombardeo al día siguiente. Cuando amaneció el día 12, los defensores del reducto se apresuraban a levantar dos parapetos con sacos de tierra en el espacio central, con intención de que les sirviera de refugio. Poco duraron.[18]

El día 15 de enero de 1809, los artilleros napoleónicos redoblaron sus disparos contra el Reducto del Pilar. Sus muros quedaron definitivamente hechos polvo. En realidad, todo su perímetro constituía una gran brecha. Oficialmente, 35 metros de «brecha practicable». El comandante de aquel punto, el coronel Domingo Larripa, al fin ordenó la retirada al otro lado del Huerva. Aquel «reducto inconquistable de Nuestra Señora del Pilar» era ya totalmente indefendible. Colocaron una mina para volar las ruinas cuando entrasen los franceses. Mientras tanto, quedaron como retén, para cubrir el desalojo, una cuarentena de soldados del Segundo de Voluntarios de Aragón al mando del capitán Mariano Galindo, que se mantuvieron allí desde las cinco de la tarde a las nueve de la noche. A esa hora, 200 soldados polacos del Primero del Vístula al mando del capitán Gilbert, precedidos de 200 zapadores, con escalas, mandados por el teniente Aubertin, se lanzaron al asalto. A todos les dirigía el ingeniero Rogniat. Cuando el centinela avisó al capitán Galindo, este ordenó a sus 40 hombres que calaran bayoneta y se previnieran para hacer fuego. Al aparecer los imperiales por encima de los arruinados parapetos, les recibieron con una descarga de fusilería. A pesar de ser casi a bocajarro, por la oscuridad de la noche, no fue muy acertada. Un polaco cayó muerto y otros dos heridos. A continuación, Gilbert ordenó responder con otra descarga de fusilería. Pero las cuatro decenas de aragoneses ya estaban retirándose, cruzando el puente sobre el Huerva. La mina colocada por los ingenieros españoles no se prendió. El Imperio francés se posesionaba así de unos pocos metros cuadrados llenos de ruinas: el Reducto del Pilar había caído.

En los días siguientes, sin embargo, la situación pareció estancarse de nuevo. En el interior de la ciudad veían que ya no tenían más defensa que los propios muros. Los oficiales de distintas unidades recopilaban los fusiles útiles de los muertos, para dárselos a sus soldados vivos. Muchos estaban enfermando. Otros empezaban a cansarse de combatir en un sitio al que no veían sentido militar. Además, las pagas escaseaban, no cobraban sus soldadas. Algunos de los suizos de Aragón abandonaron sus puestos de vigilancia en el

molino de la ciudad, junto al Huerva. Les sustituyeron los Voluntarios de Huesca y de Cataluña. Los heridos aumentaban en todo el perímetro defensivo. Salvador Ordoño, granadero de la marina agregado al cuerpo de artillería, fue herido mientras cargaba una pieza. Justo cuando iba a mater la bala por la boca del cañón, este se disparó, quizás porque no se había limpiado bien, y «le estropeó las dos manos». Estaba en la batería del Huerva, bajo mando de Antonio Torres. En el mismo lugar, Francisco Hernández vio cómo una bala de cañón le tocaba de refilón en el hombro izquierdo, quedando herido.[19]

Al otro lado del Huerva no estaban en mejor situación. Tras la toma de San José y del Reducto del Pilar, cientos de hombres acataban las órdenes de cavar una tercera paralela, donde situar nuevas baterías, más cerca de los muros de la ciudad. Las tropas imperiales estaban agotadas, exhaustas. Muchos se preguntaban por qué Zaragoza no se rendía, por qué esos fanáticos seguían luchando si habían perdido sus fortines exteriores, si estaban cercados, «lo que habitualmente pone fin a todos los cercos no era suficiente para vencer a los zaragozanos». Franceses y polacos escuchaban el volteo de todas las campanas de las iglesias y el griterío de gentes, como si estuvieran de fiesta en el interior de la ciudad asediada. Palafox, a través de la *Gazeta* y proclamas, comunicaba al vecindario que varios ejércitos españoles acudirían pronto a salvar Zaragoza, que Napoleón iba a ser prontamente derrotado. Las campanas también volteaban incesantemente llamando a la defensa, alertando del avance enemigo. A ello se sumaban los cohetes que se disparaban desde Zaragoza para que fueran vistos por aquellos contingentes españoles que acudirían en su socorro.[20]

Mientras seguían cavando trincheras, haciendo guardias, sirviendo a la artillería de las baterías o patrullando los alrededores a caballo, las tropas napoleónicas podían ver —si la noche no estaba cubierta por la niebla— hogueras en la lejanía, cientos de fuegos, miles de hogueras en la sierra de Alcubierre, al noreste, a poco más de veinte kilómetros de Zaragoza. Algunos más cerca, en los montes cercanos a Villamayor. Además, en esos días el ejército sitiador estaba menguado. Una parte importante de las tropas, la División Suchet, había sido destinada a Calatayud. Si Palafox hubiera decidido hacer una contundente salida en esos momentos, por el sur de la ciudad no habría encontrado enfrente más de 15.000 soldados imperiales operativos. Obviamente, el capitán general de Aragón no lo sabía. Y tampoco contaba ya con los 31.000 soldados de primeros de diciembre. Las balas, el frío, el hambre y la enfermedad también estaban mermando sus tropas a pasos agigantados. Para finales de enero no disponía de muchos más soldados para defender Zaragoza de los que intentaban conquistarla. En realidad, ambos contendientes estaban pasando una situación

verdaderamente crítica. A mediados de enero de 1809 las cartas todavía estaban sobre la mesa, la resolución del Segundo Sitio de Zaragoza en un sentido u otro aún no estaba clara.

A la sensación de angustia, de paranoia, de miedo por verse rodeados que padecían las tropas napoleónicas, que en verdad pensaban y temían que en cualquier momento decenas de miles de campesinos aragoneses caerían sobre ellos despedazándolos, se sumaba otro enemigo, mucho más palpable, por sus estómagos concretamente: el hambre. Durante el frío mes de enero de 1809, los soldados que sitiaban Zaragoza padecieron hambre. El polaco Mrozinski hablaba de cómo «nuestro enemigo más terrible era el hambre: numerosas veces nuestros soldados se habían reducido a media ración de pan, y ellos echaban en falta la carne; ningún pueblo obedecía a nuestras requisiciones, y el estado de debilidad en el que nos encontrábamos». El ingeniero francés Rogniat insistía en lo mismo: «Rodeados por todas partes, estábamos expuestos a un hambre segura», y el oficial francés Lejeune daba cuenta de que las expediciones que iban en busca de víveres volvían fatigadas y con las manos vacías, mientras que había convoyes de suministros que eran interceptados por partidas de españoles. El coronel Brandt también hablaba de la falta de sal y de pan, sustituido por un puñado de arroz o judías. A ello añadía el terrible frío, incluso para soldados que habían combatido en el este de Europa: «Yacíamos sobre la tierra pelada, ya que la paja era un lujo desconocido». Y hacían hogueras para calentarse con la madera de puertas y ventanas que arrancaban de las casas. «El hospital que habían situado en Alagón estaba falto de todo menos de enfermos y heridos que lo llenaban y también padecían la falta de alimento y de medicamentos». Dos semanas después, Napoleón ordenaba enviar la cantidad de 200.000 raciones de galleta para las fuerzas sitiadoras de Zaragoza.[21]

La moral del ejército imperial sitiador de Zaragoza estaba, a mediados de enero de 1809, por los suelos, estaban tremendamente desmoralizados. Y en esas llegó Jean Lannes, mariscal de Napoleón. Su llegada para hacerse cargo del mando del asedio tuvo lugar en el momento justo. Quizás si no hubiese llegado este carismático mariscal, el ejército sitiador habría emprendido la retirada, porque se encontraban al límite. Era el 22 de enero cuando Lannes tomó el mando de ambos cuerpos de ejército para reorganizarlos y coordinarlos bajo un mismo mando. Ordenó volver a la División Suchet, arengó a sus tropas y se dispuso a subir su moral y redoblar los esfuerzos contra aquella ciudad que no se rendía.

Jean Lannes tenía treinta y nueve años cuando Napoleón le encomendó la conquista de Zaragoza. Eran amigos y el emperador confiaba plenamente en él. Ambos habían nacido en 1769, en el seno

de familias que no pertenecían a la élite francesa, entre varios hermanos, destacando en el ámbito militar. Lannes, que trabajaba de tintorero en Auch se había alistado voluntariamente en 1792, en plena Revolución, combatiendo contra la España borbónica en la guerra de 1793-1795, pasando después al Ejército de Italia, comandado por Bonaparte. Destacó en el sitio de Mantua, en el que dirigió a los granaderos en una carga a la bayoneta. Tras combatir en las famosas batallas de Lodi y Arcole, acompañó a Napoleón a Egipto. En esa campaña fue gravemente herido en el sitio de Acre en 1799. Un año después mostró sus dotes estratégicas con su decisiva participación en la campaña italiana de 1800, que culminó en Marengo. En 1804 fue nombrado mariscal del Imperio, tras lo que combatió mandando el ala izquierda francesa en Austerlitz y después en el sitio de Danzig. El 15 de junio de 1808, mismo día que en Zaragoza tenía lugar la batalla de las Eras, Lannes recibía el título de duque de Montebello. Unos meses después era quien dirigía a las tropas imperiales en Tudela.[22]

En enero de 1809, Lannes se enfrentaba a una nueva y difícil misión ante los desplomados muros de aquella ciudad aragonesa. Era el mejor mariscal de Napoleón, el más carismático, audaz y perseverante. Por primera vez, unos mariscales se subordinaban a otro. Moncey había dudado en cómo atacar Zaragoza y el general Junot casi lanza un asalto suicida antes que verse desplazado del mando, lo que evitó el general Lacoste. Lannes tenía órdenes precisas del emperador: tomar Zaragoza, pero no a cualquier precio, debía minimizar las bajas napoleónicas, que estaban resultando excesivas.

El socorro imposible

En cuanto se conoció la noticia de que Zaragoza sufría asedio, no por esperada menos impactante, todas las miradas de la resistencia antinapoleónica se fijaron en ella. Desde Cuenca, los partidarios de Castaños en el Ejército del Centro, criticaban la decisión de Palafox de encerrarse con todo el ejército en la ciudad, lo veían sin sentido militar y como un auténtico suicidio. Desde Sevilla, la Junta Central creía que con tantas tropas y la valentía de Zaragoza, Palafox tenía la victoria en la mano y, por ello, planeaba hacia dónde se podrían dirigir los ejércitos de Aragón una vez que vencieran. Desde Londres, Charles Richard Vaughan, «como amigo verdadero de la libertad española», se preocupaba por «las terribles penurias a las que los zaragozanos están a punto de ser expuestos en un segundo sitio».[23]

Desde el sur se buscaron medios para auxiliar a Zaragoza. Francisco Palafox, que había salido de Zaragoza en barca por el Ebro, fue camino de Cuenca, en busca del Ejército del Centro, o lo que quedara de él. El 26 de diciembre de 1808, cuando atravesaba tierras del Bajo Aragón, paró en Samper de Calanda. Allí nombró a Pedro Elola jefe

absoluto de los partidos de Alcañiz, Teruel, Albarracín y Daroca, con el objetivo de que reuniera a todos los hombres posibles para acudir en ayuda de Zaragoza. Elola consiguió reunir unas pocas tropas, aprovisionadas desde Tortosa por el británico Doyle, quien envió cartuchos, y al que Elola le escribía pidiéndole 5.000 fusiles, suplicando «encarecidamente los envíe, aunque sea robándolos». Y es que necesitaba armar a sus hombres para frenar a las tropas napoleónicas que avanzaron contra ellos. El 1 de enero ya se desarrollaron varias escaramuzas en torno al pueblo de La Zaida, pero fue entre el 6 y 18 de enero cuando los mandos franceses organizaron una columna formada por toda una brigada de caballería, 1.200 infantes y cuatro cañones al mando del general Wathier. El 19 de enero, las tropas imperiales entraban de nuevo en La Zaida tras un corto combate, el 20 tomaban Híjar, donde la escaramuza cesó cuando el alcalde salió con bandera blanca.[24]

Pedro Elola reunió a sus hombres en la ciudad de Alcañiz: 240 soldados, 250 fusileros al mando del brigadier Bustamante y 500 paisanos, apenas 1.000 hombres. A las nueve de la mañana del día 26 de enero sonaron las campanas de las iglesias de Alcañiz. La columna de Wathier se acercaba. Las tropas españolas tomaron «pan, vino y aguardiente» y formaron, prestas a dar batalla. La vanguardia, desplegada en las alturas delante de la ciudad, se retiró tras media hora de fuego. Inmediatamente, el lugar fue ocupado por la artillería imperial. Tras una última resistencia en la plaza de la ciudad, a las cinco de la tarde el general Wathier tomaba posesión de Alcañiz. Había tenido una treintena de bajas frente a más de dos centenares de españoles. Elola consiguió huir a Maella. El brigadier Vicente Bustamante, por su parte, huyó al pueblo de La Fresneda. Allí, el vecindario estaba alterado por las noticias del avance napoleónico, las derrotas, el saqueo de Alcañiz… Consideraron a Bustamante como un traidor y lo lincharon hasta su muerte. Así acababa la vida de este militar que había defendido lo imposible, Zaragoza, el 15 de junio de 1808.

Mientras tanto, una vez dada la orden y el mando a Elola, Francisco Palafox había abandonado la zona, pues su destino seguía siendo Cuenca. Allí asistió a una junta de generales el 2 de enero de 1809, donde solicitó que los ejércitos del Centro y de Cataluña acudieran en socorro de Zaragoza. Tras ello, se fue a Valencia. El general inglés Doyle se impacientó y se encaminó también a Cuenca desde Tortosa, para presionar en favor de Zaragoza. No fueron los únicos que se esforzaron en que los ejércitos españoles acudieran en socorro de la capital asediada.

Ramón Gayán, quien organizaba tropas aragonesas en el entorno de Cariñena, también se desplazó allí. En enero se encontraba en Paniza,

donde no recibía órdenes de José de Palafox aunque lo había procurado por diversos medios. Incluso mandó a un sargento disfrazado a cruzar las líneas sitiadoras, pero fue descubierto y preso por los franceses en la Cartuja. Gayán no desistió y «en vista del estado de nuestra Capital y sus moradores» decidió ir a Cuenca en busca del Ejército del Centro, llegando el día 7 de enero. Francisco de Palafox no se encontraba ya allí, pero sí el conde de Montijo, a quien se unió para presionar a los generales. Ambos fueron a entrevistarse con el duque del Infantado, que se hallaba al mando del Ejército, y lograron la reunión de una nueva junta de generales en la que se acordó que sería el Ejército de Cataluña al mando de Reding quien acudiría en socorro de Zaragoza, «poniéndose en movimiento a marchas dobles, y encargando al sr. Doyle activara su ejecución».

El 13 de enero, desde sus posiciones en el santuario de la Virgen del Águila, en Paniza, Gayán escribió a Palafox informándole de todo esto. Montijo hizo lo mismo desde Cuenca, el día 9, con un tono más familiar y sincero. Comenzaba excusándose ante su primo: «Querido Pepe: extrañarás que no haya yo ido para ahí», pero «si Zaragoza está rodeada, ¿cómo entro yo?». Después explicaba que había escrito a Francisco de Palafox, el cual debía de estar ya en Cataluña organizando el ejército de socorro, mientras que él intentaba conseguir el mando de algunos regimientos con los que acudir en su ayuda. Por último, mencionaba cómo «el primer ánimo de [duque de] Infantado fue el ir» hacia Zaragoza, pero que el partido de Castaños, mayoritario entre los mandos del Ejército del Centro, lo impedía, no contentos de «su vergonzosa fuga» esas «ciertas polillas» y «reliquias del partido de la indolencia o traición que viste» no hacían sino «ofuscar y embarazar a Infantado para que no haga nada». También reconocía que cuando Gayán expuso «lo apretado del sitio» de Zaragoza, «todo el mundo» dijo que había muchas fuerzas españolas en la ciudad, por lo que «no puede haber peligro». Acababa su misiva con un «en fin, si Reding va y yo no tengo tropa es inútil que vaya».[25]

En cualquier caso, el Ejército del Centro rubricó su final el mismo día que Gayán escribía a Palafox. El 13 de enero de 1809, unos 13.000 soldados del Ejército del Centro, al mando del general Venegas, se encontraban en la localidad de Uclés, donde sus líneas fueron flanqueadas, dispersadas y rodeadas por las fuerzas napoleónicas del mariscal Víctor. Venegas apenas pudo huir con unas pocas tropas, uniéndose al duque del Infantado en una retirada hacia el sur, en vez de marchar sobre Madrid como tenían en mente. Entre prisioneros, muertos y heridos, el Ejército del Centro perdió 7.000 hombres aquella desastrosa jornada. En esas mismas fechas, a Palafox le enviaron también otras malas noticias. Uno de sus espías en Madrid, Hipólito Martínez, le escribió dándole cuenta de que en Talavera

«nuestros mismos soldados mataron al general San Juan poniéndolo en un árbol y cada soldado le tiraba un tiro por haber entregado el puerto de Guadarrama [Somosierra], esto lo he visto yo», con lo que el ejército que se había creado hacía poco más de dos meses para defender Madrid, también estaba en proceso de descomposición.[26]

En cuanto el mariscal Lannes llegó frente a Zaragoza el 22 de enero, se apresuró a recorrer el campamento napoleónico contando a sus soldados la gran victoria en Uclés. Eso reanimó la decaída moral de aquellas tropas que se veían enfangadas en el Segundo Sitio. Junto a ello, mandó reagrupar a las divisiones de los dos cuerpos de ejército sitiadores, haciendo volver a tropas que habían ido a Calatayud. Lannes estaba dispuesto a pasar a la ofensiva contra quienes amenazaban su retaguardia en distintos frentes. Los éxitos de la columna de Wathier contra Alcañiz solo debían ser el principio. Al norte del Ebro, el general Gazan pedía imperiosamente refuerzos o no podría mantener el bloqueo del Arrabal. Su caballería, acuartelada en Villamayor, a 10 kilómetros al noreste de Zaragoza, informaba de movimientos de numerosos aragoneses en las cercanías. El comandante Gasquer, con un batallón y 50 jinetes, estuvo a punto de ser aniquilado un poco más al noreste, en el pueblo de Perdiguera.

Y es que, desde Huesca, Felipe Perena se había apresurado a marchar con sus tropas y unirlas a los campesinos que estaba reuniendo fray Teobaldo en la sierra de Alcubierre para, juntos, acudir en socorro de Zaragoza. Ambos esperaban que cuando ellos atacasen desde el exterior, Palafox hiciera lo propio desde la ciudad. No consiguieron conformar un ejército, ni una masa de decenas de miles de campesinos como creían, con angustia, muchos soldados franceses. Sí reunieron a un variopinto contingente que amenazaba la retaguardia del general Gazan. Por un lado, Felipe Perena, como militar, estaba al mando de varias compañías del Alto Aragón que había reunido, algunas enviadas desde Barbastro por Joaquín Andreu. También consiguió congregar dos cañones, a algunos desertores y a 350 soldados del Segundo de Voluntarios de Aragón y del Regimiento Saboya, que el 21 de diciembre no se habían podido replegar a Zaragoza desde el punto de La Muela. Por otro lado, fray Teobaldo levantó a cerca de un millar de campesinos de los pueblos de la sierra de Alcubierre: Villamayor, Perdiguera, Leciñena, Robres… y otros de la zona de Zuera. Estos eran quienes no habían sido incluidos en la leva en masa, adolescentes y mayores de cuarenta años, armados con escopetas de caza, trabucos, viejas espadas y herramientas del campo. Tenían mucha voluntad y furia acumulada ya que sus hijos, hermanos, padres, que sí habían sido reclutados anteriormente, habían caído muertos en las batallas o estaban cercados en Zaragoza. Además, las partidas imperiales recorrían los alrededores de la ciudad en una

desesperada búsqueda de víveres, requisando y saqueando todo a su paso, como habían hecho en Zuera, Villanueva, Villamayor, La Puebla… Pero estos campesinos jóvenes y viejos no constituían un ejército. Ni siquiera se podían equiparar al Ejército de Aragón del verano. Por último, 250 hombres de las compañías de Pardos de Aragón, al mando del capitán Juan Pedrosa. Entre todos no sumaban 5.000 hombres.[27]

Pero desde Villamayor, San Gregorio y Villanueva, Gazan no lo sabía a ciencia cierta. Tampoco Junot, Moncey y Mortier desde Torrero y la Cartuja Baja. Ellos y sus soldados solo veían desde allí, cada noche —si no había niebla—, miles y miles de hogueras en medio de la oscuridad, encendidas lejos, a una treintena de kilómetros, pero que transmitían una angustia y un miedo muy cercanos. Creían que iban a ser rodeados en dos frentes, en una pinza entre la Zaragoza resistente y un ejército de socorro. Quizás alguno de ellos temiera verse como César en Alesia. Lacoste, jefe de ingenieros, había mandado construir algunos reductos para formar una línea de contravalación. Pero el impetuoso Lannes se encargó de que tal cosa no sucediera. Desde la Zaragoza sitiada también podían ver las miles de hogueras encendidas en la sierra de Alcubierre que anunciaban un pronto socorro. Esos fuegos alumbraban la esperanza de los defensores.

El 20 de enero de 1809 Perena y fray Teobaldo habían amagado con avanzar desde Perdiguera hasta Villamayor, esperando que a la vez que ellos atacaban hiciera lo propio Palafox saliendo con una importante fuerza de caballería e infantería desde el Arrabal «al ruido de nuestros cañonazos para que no se malogre la acción». Pero Palafox nunca dio tal orden. Siguió atrincherado tras los muros de Zaragoza, los cuales se estaban desmoronando ante los constantes impactos de más de cien cañones y obuses imperiales. A Perena no le quedó más remedio que suspender la ofensiva y ordenar la retirada. De Perdiguera se replegaron a Leciñena, al santuario de Nuestra Señora de Magallón, desde donde dominaban un amplio llano entre ambos pueblos. Allí, los motivados campesinos que se habían levantado en armas hacía un par de semanas, se desesperaban y desmoralizaban. Las partidas avanzadas habían llegado a ver, en la lejanía, la Zaragoza sitiada, las columnas de humo provocado por el fuego de los incendios y los incesantes disparos de la artillería y fusilería de ambos contendientes.[28]

El 23 de enero de 1809 llegaban a Villamayor 4.500 soldados de infantería de la División Suchet, 700 jinetes del 21 de Cazadores a caballo y siete cañones al mando del mariscal Mortier. Tenían la orden de Lannes de dispersar al supuesto ejército de Perena. Para evitar que el escaso vecindario que quedaba en el lugar avisara al contingente

español de su avance, lo encerraron en el caserón de la duquesa de Híjar, junto a la ermita de la Virgen del Pueyo, mismo lugar en el que había estado Palafox en agosto. Al amanecer del día 24 de enero, Mortier inició la marcha hacia Perdiguera. Desde el santuario de Nuestra Señora de Magallón, Perena observó el avance por el llano de un ejército imperial al que sus hombres no podían hacer frente. Ordenó el repliegue a los montes de la mayor parte de ellos, los campesinos de fray Teobaldo. En el santuario quedaron los pocos cientos de soldados, los Pardos, y poco más junto a los cañones, con el objetivo de cubrir la retirada del resto. Aunque las fuerzas eran tremendamente desiguales, se empeñó una cruenta batalla en medio de un frío intenso, llegándose al combate cuerpo a cuerpo, a la bayoneta, para tomar los dos cañones, que fueron defendidos hasta la muerte. Finalmente, las tropas napoleónicas acabaron con más de 250 españoles y dispersaron al resto. La caballería francesa se lanzó en persecución de los rezagados de fray Teobaldo, pero al caer la noche tempranamente, hubieron de parar, hostigados por los disparos de aquellos campesinos dispersos entre los montes. Mortier y Suchet podían volver triunfalmente a los campamentos frente a Zaragoza, Gazan y sus soldados podrían respirar tranquilos e iniciar el asedio formal del Arrabal y Lannes podía subir la moral de su ejército. El 21 de Cazadores a caballo se mantuvo acantonado en Villamayor.

Con todos estos ejércitos y contingentes españoles desbaratados, ya solo restaba un lugar desde el que se podía socorrer Zaragoza: Cataluña. Allí estaba la división de Luis de Palafox, marqués de Lazán, con el coronel José Obispo, formada de aragoneses y gerundenses. Habían alcanzado varios éxitos militares y eran casi la última esperanza de Zaragoza. Junto a ellos, el grueso del ejército al mando del capitán general de Cataluña: Teodoro Reding, el vencedor sobre el campo de Bailén hacía solo unos meses. Francisco de Palafox desde Mequinenza y Doyle desde Tortosa animaron a que avanzaran de inmediato en ayuda de la ciudad asediada. Sin embargo, los ejércitos no se mueven tan rápido como piezas sobre un mapa, y menos con las fuerzas napoleónicas de Saint-Cyr por medio. Francisco de Palafox seguía intentando reunir nuevas tropas, aunque pareciera que ya no quedaba gente, mientras Doyle le recordaba «cuidado, Paco, que no te olvides que tenemos que trabajar con paisanos y no con soldados». El francés Rogniat escribía que «todo el que quedaba en Aragón en estado de portar las armas acudía bajo sus banderas». Finalmente, el 6 de febrero se celebró un consejo de guerra en Tarragona en el que se acordó que la División de Lazán acudiría a socorrer Zaragoza con 4.000 hombres y cuatro cañones. La cuestión era si llegarían a tiempo.[29]

Asalto general, 27 de enero de 1809

Disipadas las amenazas externas, el mariscal Lannes podía destinar casi todos sus efectivos al asedio de Zaragoza, los cuales estaban más animados tras la dispersión de los contingentes españoles de socorro. Además, Wathier envió víveres desde Alcañiz, aplacando así el hambre de las tropas. El 24 de enero, Lannes mandó un parlamentario a la ciudad para pedir su entrega. Sería el último intento, la última oportunidad de acallar el terrible sonido de la guerra. El enviado era un ayudante de campo del mariscal que compartía apellidos con uno de los generales defensores de Zaragoza, Saint-Marc. Este joven oficial se presentó a caballo ante las avanzadas españolas, elegantemente vestido, ataviado con un dolmán lleno de galones y cordones de oro. Unos jinetes españoles se acercaron, le vendaron los ojos y le llevaron al interior de la ciudad. En su tránsito hasta el cuartel general, fue abucheado por las calles, entre una multitud de vecinos y vecinas que gritaban «¡ahorcadle, matadle!». Los soldados regulares españoles le protegieron de ser agredido ante las iras de una parte de la población que no aceptaba ningún atisbo de negociación con aquellos que consideraban causantes de sus desgracias.

En la carta de Lannes que el francés Saint-Marc entregó a Palafox, le intimaba: «Señor general: el bien de la humanidad nos obliga a pediros que rindáis la plaza antes de reducirla a cenizas». Le argumentaba a Palafox que no tenía ninguna posibilidad de vencer ya que el Ejército del Centro había sido deshecho en la batalla de Uclés el 13 de enero, el Ejército Británico había sido derrotado en La Coruña el 16 de enero y el único socorro con posibilidades acababa de ser desbaratado en Leciñena.[30] Y él, el mariscal Jean Lannes, estaba en disposición de asaltar la ciudad. Había reunido las tropas, subido la moral y abierto brechas en el último perímetro fortificado de Zaragoza.

Pero la respuesta de Palafox no dejaba lugar a dudas del empeño en resistir: «Necesito diez veces más para rendirme; sobre las mismas ruinas se hará honor esta ciudad». A pesar de todo, Palafox podía confiar todavía en resistir. Quizás por los gritos de quienes en las calles clamaban que no había otra opción posible, o quizás porque dos pequeñas salidas efectuadas en la noche del 22 al 23 de enero habían tenido relativo éxito. Una había hecho retroceder a una avanzada imperial en el ataque de la derecha, otra había salido por Santa Engracia, llegando incluso una cincuentena de Voluntarios de Aragón y Guardias Valonas a la segunda paralela del ataque del centro, donde clavaron varios cañones franceses de la batería número 5. Eso sí, Palafox reconocía implícitamente que su única posibilidad de éxito era que Lannes ordenase un asalto directo, el cual sin duda le supondría altísimas bajas entre sus hombres. En una guerra de sitio, con

trincheras y bombardeos, sin atreverse a efectuar salidas, la ciudad estaba vendida, era cuestión de tiempo, del que pudieran disponer las fuerzas napoleónicas para sostenerse asediando. ¿Cuál era el precio que estaba dispuesto a pagar el mariscal del Imperio por la conquista de la irreductible Zaragoza?

De momento, Lannes siguió las enseñanzas artilleras de Napoleón. La guerra era una cuestión de cañones. Si ya en los días previos habían caído sobre la ciudad más de 6.000 balas, bombas y granadas, esto se iba a intensificar en lo que restaba de asedio. Los disparos de la artillería francesa describían «brillantes arcos de fuego que estos proyectiles trazaban por el aire durante la noche», según Lejeune, lo que para Zaragoza suponía incendios, ruina, dolor y muerte. Faustino Casamayor da cuenta, no del paisaje lumínico infernal que conformaba el bombardeo, sino del paisaje de guerra sonoro: con «Continuos silbidos atemorizaban» al vecindario, provocando la ruina en muchas casas.

El 26 de enero cuatro baterías batían las murallas desde la Puerta Quemada hasta el Convento de San Agustín, frente a San José. Otras tres, batían la línea de Santa Engracia. Y trece baterías vomitaban destrucción sobre la ciudad. Esas no tenían un objetivo militar, no disparaban a los muros. Tenían como objetivo atemorizar, minar la moral, desplomar la voluntad de resistencia. O quizás el fin estaba cambiando y toda Zaragoza era un objetivo militar. El fin justificaba los medios. En cualquier caso, 70 cañones y 12 morteros disparaban sus proyectiles con una cadencia mortal. Ese día 26, el mariscal Lannes escribía: «Mañana atacaremos la ciudad. Espero que estaremos alojados en ella en dos días. Seguido hará falta un asedio a cada casa, esto será largo. Merece la pena perder un poco más de tiempo y no perder el mundo». Esa noche del 26 al 27 de enero «nuestro bombardeo fue desastroso para la ciudad», describió Lejeune.[31]

Ante ello, «los vecinos empezaron a desamparar las suyas, y otros a situarse en los caños y bodegas». Los refugiados de otros pueblos se replegaron más hacia los porches de la plaza del Mercado, la Basílica del Pilar y las iglesias más céntricas, fuera del alcance de las bombas. Las familias de los barrios de Santa Engracia, el Carmen, la Magdalena se iban a casas de familiares o amigos, más allá del Coso. Otras personas no combatientes se refugiaron en las bodegas y sótanos de sus viviendas, creyendo que allí estarían más seguros. Desgraciadamente, solo consiguieron enterrarse en vida, en pequeños lugares sin ventilación, amontonados. Y si la artillería napoleónica derribaba los edificios de encima, estos se desplomaban obstruyendo la salida de aquellos refugios que se convirtieron en tumbas. Pero no solamente civiles acabaron ahí, sino también militares que estaban espantados, «muchos soldados, siguiendo este ejemplo se separan de

sus cuerpos y se ocultan en las casas de los cobardes».[32]

Ese lógico pánico ante una situación que resultaba infernal, a unos les hacía huir, a otros combatir más fanáticamente. En la plaza del Mercado había montada de continuo una horca, como aviso a quienes hablasen de rendirse, ya que el pueblo ejercía una parte de autoridad y justicia popular. Muchos paisanos, obvia decir que incluidas mujeres, viendo la inminencia del asalto, se afanaban en llenar las calles de barricadas, de fosos, de parapetos, en abrir aspilleras en los tabiques de sus casas. Si la línea defensiva de los muros, donde estaban los soldados profesionales, caía, ellos y ellas estarían ahí para hacer frente al ejército imperial. Ya lo habían hecho en el Primer Sitio. Por si tuvieran pocos motivos para ello, Palafox les recordaba que si los franceses tomaban la ciudad «seréis pasados a cuchillo».

Mientras continuaba el bombardeo y los batallones napoleónicos se preparaban en la tercera paralela, prestos al asalto, unos metros más allá, en el interior de la ciudad, la situación se complicaba. Faltaba pólvora y faltaba trigo molido para hacer pan. Aunque los fabricantes de Villafeliche habían establecido pequeñas fábricas de pólvora dentro de Zaragoza, estas no daban abasto para el ingente consumo de la lucha. Se disparaba mucho para mantener alejadas a las tropas sitiadoras, para procurar que no asomaran sus cabezas de las trincheras. Las 60 o 70 arrobas de pólvora que se fabricaban al día no suplían esos gastos. En cuanto al pan, no era por falta de granos, ya que había trigo para seis meses. El problema radicaba en que no había molinos para la molienda, ya que estos se situaban en la zona circundante de la ciudad, en las huertas del Arrabal, en las orillas del Huerva... y eran zonas ocupadas ya por el enemigo o en disputa, con lo que resultaba imposible usar aquellas instalaciones para moler trigo, obtener harina y hacer pan. Esto se intentó arreglar estableciendo nuevos molinos junto al Ebro o con la molienda manual. Pero eso era absolutamente insuficiente para la desorbitada cantidad de personas que albergaba la ciudad, llena de soldados, vecindario y refugiados. A falta de pan, se tomaba caldo de garbanzos, la galleta ya existente o cualquier cosa que se pudiera encontrar.[33]

La suerte estaba echada. Lannes estaba resuelto a tomar Zaragoza. Ordenó el asalto general a las brechas de los muros el 27 de enero de 1809. A las diez de la mañana todo el ejército napoleónico estaba puesto sobre las armas, mientras la artillería seguía disparando. Una hora después, tres brechas de los ataques del centro y de la derecha parecían practicables. Una estaba abierta en los muros del claustro grande del Monasterio de Santa Engracia, otras en las murallas, entre la batería de Palafox y el Convento de Santa Mónica. Tres columnas estaban dispuestas para el asalto. Las dos columnas del ataque de la derecha estaban mandadas por el general Habert, y apoyadas por una

división y 500 trabajadores en reserva. Una división al mando del general Morlot fingiría un ataque entre Puerta del Carmen y Torre del Pino para distraer a las fuerzas defensoras. Al mediodía comenzó el ataque.

La primera columna, con 300 cazadores y un destacamento de zapadores al mando del jefe de batallón Stahl, aguardaba en el molino de Goicoechea para lanzarse por la derecha junto al Convento de Santa Mónica. Escalaron los escombros y llegaron a una terraza rodeada de zonas más elevadas. A menos de veinticinco metros de distancia, de frente, fueron recibidos con descargas de metralla española. A su derecha disparaban unos 600 voluntarios de Huesca mandados por Villacampa y apostados en el Convento de Santa Mónica. Los asaltantes quedaron atrapados entre varios fuegos cruzados. Stahl cayó herido de bala, el oficial de ingenieros Lejeune recibió un culatazo de fusil en la cara, que le dejó aturdido y con una brecha en la cabeza. Los imperiales vieron cómo desde los edificios inmediatos a la brecha les «llovía todo el fuego del enemigo», «un fuego espantoso de metralla, de fusilería y de granadas, que partía del atrincheramiento y de las casas vecinas». El general Habert ordenó a sus hombres salir de aquella ratonera, apostarse a los pies del muro, para evitar ser alcanzados por las balas cruzadas, y mantener allí la posición mientras los zapadores llevaban numerosos cestones para construir un camino cubierto desde el molino de Goicoechea. Lejeune se retiró hasta el río Huerva, donde se lavó la cara, luego se puso una venda en la cabeza y se dirigió hacia el ataque del centro. Simultáneamente, una segunda columna al mando del capitán Guttemann, iba a asaltar la brecha cercana a la batería Palafox, habiendo salido de la tercera paralela del ataque de la derecha. A su frente iban zapadores mandados por un ingeniero. Los atacantes consiguieron superar los muros y salir a la calle Pabostre, paralela a la muralla. Ocuparon la aceitería de la ciudad y varias casas, donde entablaron duros combates, y no pudieron avanzar más. Un centenar de soldados napoleónicos quedaban muertos o heridos en esas dos brechas, como fue el caso del capitán de ingenieros Reggio.

La tercera columna, en el ataque del centro, estaba destinada a asaltar Santa Engracia. A su cabeza, 60 zapadores al mando del capitán de ingenieros Second y 25 cazadores capitaneados por Nagrodcki. Tras ellos, el Primer Regimiento del Vístula con el coronel Chlopicki, quienes aguardaban en el escarpe del Huerva. La brigada del general Brun quedaba en reserva. El coronel de ingenieros Rogniat era el encargado de coordinarlos a todos. Para evitar que se agolparan confusamente en las riberas del Huerva y en la brecha, Rogniat ordenó que fueran avanzando por destacamentos escalonados. Primero avanzaron los zapadores, seguidos de cerca por dos compañías.

Llegaron al pie de la brecha y, antes de lanzarse al asalto, otras dos compañías se pusieron a sus espaldas para sostenerlas. Y así se haría sucesivamente, manteniendo una ofensiva constante, pero sin que resultase una marabunta de soldados que conllevase un caos e infinitas bajas. Así atravesaron la primera parte del muro del claustro, cuya brecha era amplia, pero al llegar al segundo muro, la parte derruida se estrechaba hasta salir al amplio espacio del claustro.

Poco a poco, fueron uniéndose al ataque todos los soldados del Primer Regimiento del Vístula. Unos 1.200 defensores les hacían frente en aquel gran monasterio. Se empeñó un intenso combate en el claustro de Santa Engracia. Desde las galerías, desde detrás de las columnas de los arcos, una multitud de monjes, soldados, paisanos, mujeres «y hasta los niños» disparaban fusiles, pistolas y escopetas sobre los soldados napoleónicos. Los soldados polacos, bajo la dirección de Chlopicki, se adentraron entre los escombros del muro derruido, avanzando por el claustro.

Se les unieron varios oficiales de ingenieros, el mismo jefe Bruno Lacoste desenvainó su espada y se unió al asalto. Le acompañaban Valazé y Louis François Lejeune, quien narraría y pintaría la escena años después. Lejeune, natural de Estrasburgo, tenía treinta y dos años en esos momentos, los mismos que Palafox. Con dieciséis años se había alistado en una compañía formada por estudiantes, en defensa de la Revolución, combatiendo en la batalla de Valmy de 1792, e hizo su carrera militar con Napoleón, participando en sus principales campañas. Aunque ya había estado en España en abril de 1808, Lejeune volvió cuando el emperador entró en otoño y se incorporó al segundo Sitio de Zaragoza a principios de enero de 1809. Y ahí estaba aquel 27 de enero, con la cabeza vendada por la herida recibida en la brecha de Santa Mónica, con la espada desenvainada, junto a centenares de soldados polacos, entre escombros y el silbido de balas, asaltando un monasterio jerónimo defendido a muerte por centenares de españoles. Y en esas, una bala de cañón rebotó y le impactó de refilón en la espalda, «produciéndome dolorosa angustia». Cayó al suelo, herido, mientras gritaba de dolor. Valazé acudió en su ayuda, dándole de beber vino de un odre que llevaba.[34]

Desde el suelo del claustro de Santa Engracia, aún pudo ver cómo la batalla se extendía por todas partes, antes de que lo sacaran de allí. Una vez el claustro quedó inundado de soldados imperiales, los combates se trasladaron a las escaleras, a las galerías superiores, a los pasillos y estancias del monasterio. Los españoles «se defendían peldaño a peldaño» improvisando barricadas interiores con colchones e incluso pilas de libros, haciendo «desde todas partes un fuego infernal». Un soldado polaco cayó herido y «fue molido a golpes en la escalera con el crucifijo de un fraile».

Las tropas napoleónicas que estaban en reserva se lanzaron al ataque por el centro. Tomaron las ruinas del Convento de Capuchinos y asaltaron el de Trinitarios. Un batallón del 115 que se encontraba al otro lado del Puente del Huerva vio cómo se asaltaban los escombros de los muros de Torre del Pino, desde donde gritaban «¡adelante, adelante!». Ese batallón decidió atacar entonces. Sin embargo, los defensores contratacaron, y apostados en las casas que daban sobre el terraplén de la nueva muralla de tierra, comenzaron a disparar sus fusiles inmisericordemente «casi a quemarropa» sobre los hombres del 115 que se encontraban debajo, quienes buscaron en vano «cualquier abrigo detrás de los muros medio demolidos». El combate en la zona de Santa Engracia, que había sido un éxito inicialmente, se estaba tornando complicado para los asaltantes. Se habían apoderado del monasterio, pero no podían salir de él, pues eran acribillados. En la muralla de tierra, entre Torre del Pino y Trinitarios estaban siendo diezmados. El general Morlot acudió con dos batallones a sostener el Convento de Trinitarios, que mantuvieron a duras penas.

Cuando cayó la noche, los ingenieros y zapadores franceses se apresuraron a llevar cestones, tablones, sacos de tierra para asegurar las posiciones que tanto había costado tomar. Ahora eran los atacantes quienes levantaban barricadas. Las tropas napoleónicas se fortificaron en Santa Engracia y Trinitarios por un lado, y en una manzana de casas en la calle Pabostre, por otro. Habían puesto un pie en la ciudad, pero no la habían conquistado. Y a pesar de haber intentado minimizar sus bajas, los imperiales sufrieron 600 aquel 27 de enero de 1809, entre ellas el capitán Second. Ya estaban dentro de la ciudad, como el 4 de agosto de 1808, pero Zaragoza no se rendía, seguía la lucha contra todas las reglas de la guerra. Se iniciaba entonces, nuevamente para sorpresa de todos, un nuevo tipo de combate urbano que los dejaría atónitos. Lejeune escribió: «En medio de estas ruinas, que eran para nosotros verdaderos laberintos, caminábamos al resplandor del fuego que se nos hacía desde todas partes». Acababa la hora de los soldados, tocaba el turno de la población civil, que volvía a defender su ciudad. Era una guerra total.

10. RUINAS
28 de enero-marzo de 1809

Las murallas habían caído. Tras ellas, Zaragoza. El 28 de enero de 1809 el bombardeo sobre la ciudad continuó. Faustino Casamayor escribía: «Fue el fuego más horroroso que pueda imaginarse, excediendo a los días anteriores», los combates continuaban «no cesando un instante de acometernos y nosotros en castigarlos, quedando muchos en los muros». La ciudad presentaba un cuadro dramático «con tanto fuego en el aire, tanta ruina, tanto enfermo y tanto muerto». Pero entre las bombas, las balas y las ruinas, existía un enemigo silencioso que era mucho peor: la epidemia de tifus.

En diciembre de 1808 ya había 6.000 soldados del Ejército de Reserva, valencianos y murcianos fundamentalmente, enfermos en los hospitales y faltaban camas; el 24 de enero de 1809 los muertos diarios por el tifus pasaban de 100, el 29 de enero ascendían a 300 muertos al día; el 2 de febrero una multitud enfurecida ejercía su justicia popular ahorcando a un administrador del hospital al que acusaban de ocultar camas; el 13 de febrero los cementerios rebosaban y los cadáveres quedaban amontonados en las puertas de las iglesias, pues se superaban los 500 muertos diarios. Hacia el 20 de febrero ya eran 800 las muertes provocadas por la epidemia diariamente. La curva de contagios y fallecidos por la epidemia de tifus se disparó de diciembre de 1808 a finales de febrero 1809. Los rigores del asedio fueron un caldo de cultivo idóneo para la enfermedad. Miles de soldados sin acuartelamientos en condiciones, fatigados, mal vestidos e incluso descalzos, muchos no acostumbrados al frío invierno del Valle del Ebro; miles de personas refugiadas durmiendo a la intemperie o bajo soportales, con lo puesto; miles de habitantes de Zaragoza amontonados en sótanos y bodegas sin ventilación donde pensaron protegerse de los bombardeos; los hospitales, sin medicinas suficientes; todo el mundo mal alimentado desde mediados de enero, solo con caldos, poco pan ácimo y duro y escasísima carne; y cada vez replegándose a un sector más estrecho del casco urbano, conforme avanzaban las tropas enemigas. Era un desastre humano sin paliativos.

Las cifras descendentes de todas las unidades militares son fiel reflejo de esta debacle. Por ejemplo, de los 754 efectivos del Regimiento de la Reunión de Aragón el 2 de febrero de 1809, 534 estaban enfermos; de los 433 del Batallón de Cazadores de Fernando VII, 294. Desbordaban el Hospital de Convalecientes. Se les

asignaron casas particulares, convertidas en improvisados alojamientos de enfermos. Así, en la casa de Manuel Urbano, en la calle San Lorenzo, se hallaba el soldado Pedro Gracia, de los Voluntarios de Huesca; en la casa de Ramón Fando, en la misma calle, Francisco Berderas, de Guardias Valonas; en la casa número 93 de la calle San Cristóbal se encontraba el soldado Esteban Portón, del Regimiento de Suizos. Estos son solamente algunos nombres. Muchos morirían, otros lograrían sobreponerse. El mismo capitán general se contagió a mediados de febrero de 1809, y fue trasladado a otro edificio, para librarlo de las bombas en sus delirios febriles. José de Palafox consiguió vencer al tifus. También el teniente del regimiento de Voluntarios de Castilla Antonio María Casado, quien contrajo «la enfermedad epidémica que pasó con los síntomas más crueles», pero sobrevivió a ella. Otras personas, miles, no lo pudieron contar.[1]

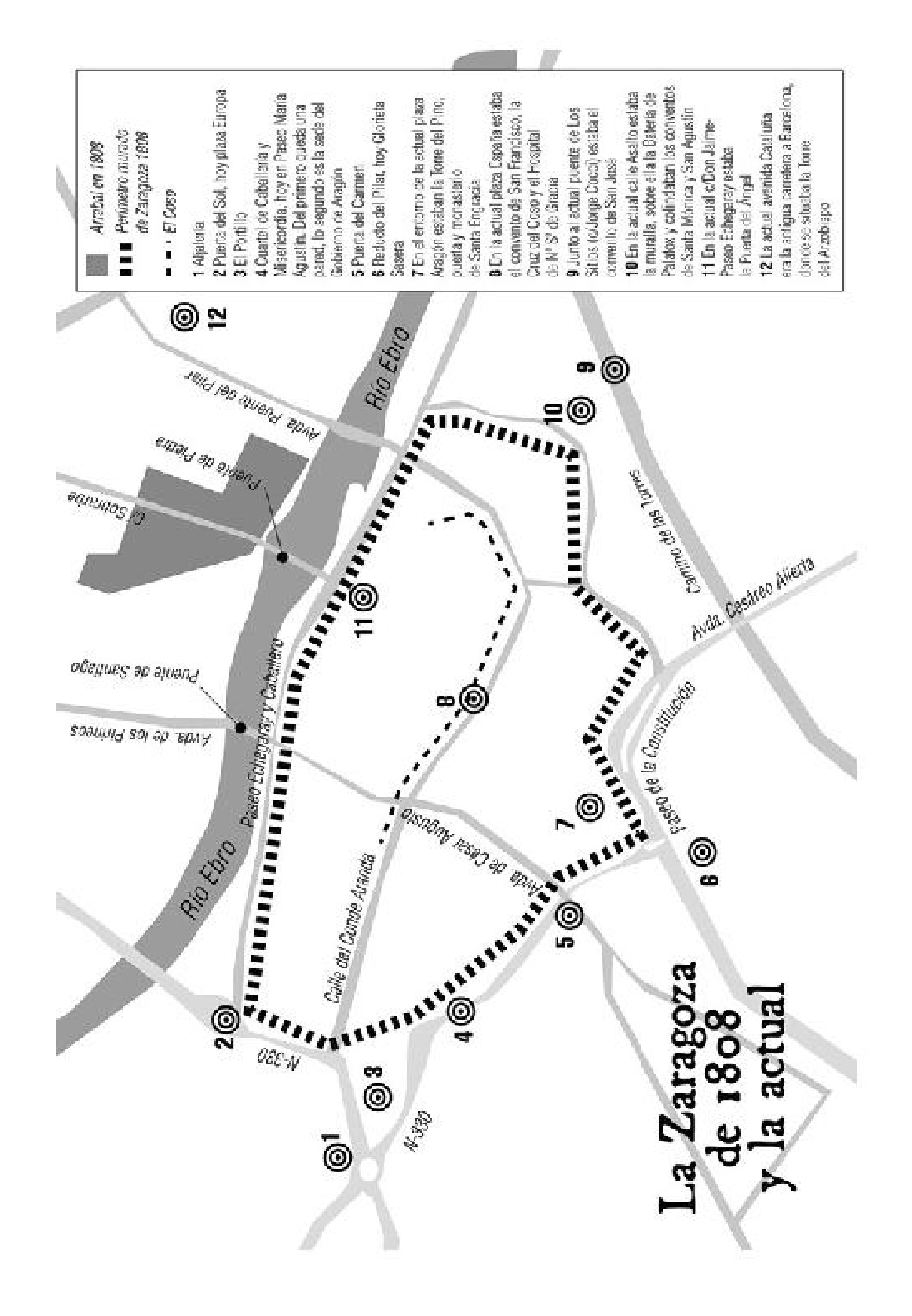
Los soldados del ejército napoleónico no estaban exentos. El tifus no entendía ni de nacionalidades, ni de bandos contendientes, ni de trincheras. Los hospitales en la retaguardia, fundamentalmente en Alagón, pero también en Tudela, no pararon de recibir enfermos. Dormir al raso, el frío, la falta de víveres y el cansancio también debilitaban las defensas de los soldados imperiales. A finales de enero de 1809, 13.000 de ellos se encontraban enfermos. Los restantes, que seguían intentando doblegar la resistencia zaragozana, temían proseguir atacando, y ya no solo por el tipo de guerra tan atroz, sino por el miedo al contagio. Adentrarse en Zaragoza suponía también entrar en contacto con una masa poblacional infectada. Entre las ruinas solo esperaba la muerte.

Guerra urbana

Una vez habían caído las murallas o, al menos, una parte de ellas, el ejército imperial ocupaba los fuertes exteriores y tenía un pie dentro de la ciudad que no se rendía, toda Zaragoza se convertía en el objetivo a batir. El fin de Zaragoza era el fin del ejército sitiador, todo lugar era un teatro bélico. Cada calle, cada plaza, cada convento, cada casa habían sido transformadas en auténticas ciudadelas por los defensores. Todo se llenaba de barricadas, cortaduras y aspilleras. En todas partes se lucharía: bajo la superficie, en el suelo, sobre los tejados. Incluso el Ebro era campo de batalla, con las lanchas cañoneras hostigando y los *voltigeurs* y cañones franceses respondiendo. No había frente, el frente era toda la ciudad. Donde no se combatía directamente, caían los proyectiles de la artillería.

Hasta el 27 de enero de 1809, el principal protagonista de la defensa de Zaragoza, desde Tudela hasta sus murallas, había sido el Ejército de Reserva y las tropas que se le habían unido del Ejército del Centro. En definitiva, efectivos militares, aunque la mayor parte lo

fueran solo desde mayo de 1808. A partir del 28 de enero el panorama comenzaría a variar. Aunque el vecindario de Zaragoza siempre había estado ahí, y no como sujeto pasivo, mera víctima de la guerra, volvería al primer plano.



No pocos paisanos habían combatido en la defensa exterior, salido a talar árboles en los primeros compases del asedio, o disparado sus fusiles y escopetas desde los muros. Junto a ellos, las numerosas

vecinas que iban y venían constantemente de la ciudad a la línea defensiva, llevando comida y munición. Y ellas también habían combatido armas en mano, como era el caso de Agustina de Aragón o Manuela Sancho, que continuaron al pie del cañón casi todo el Segundo Sitio. Además, en el interior de la ciudad no faltó el trabajo, al contrario. Había que fabricar pólvora, hacer cartuchos, transportar materiales de construcción, levantar barricadas, coser sacos, abrir aspilleras, excavar cortaduras, atender a los heridos y enfermos, enterrar a los muertos, desescombrar, apagar incendios, moler trigo, cocer pan, confeccionar prendas de abrigo… No eran cosas menores, sino que todas resultaban esenciales para sostener la defensa de la ciudad. Tras el combatiente que dispara su fusil desde el merlón de un muro, había todo un ejército de civiles —y militares— que realizaban las tareas que lo hacían posible. Ese combatiente necesitaba ropa, comida, munición, medicinas si caía enfermo, relevo, un parapeto al que replegarse.

Por tanto, la población civil fue fundamental. Lo había sido en el Primer Sitio de 1808, como combatiente y como no combatiente pero sí movilizada. Y lo volvía a ser en este Segundo Sitio de Zaragoza. La diferencia radicó en el momento en que la masa civil fue el principal sostén armado de la defensa, lo que en esta segunda ocasión ocurrió a partir del 28 de enero de 1809, cuando los soldados españoles caían enfermos a cientos y los soldados napoleónicos sobrepasaban los perímetros defensivos establecidos. Cuando la guerra volvía a ver quebradas sus reglas, devenía en combate urbano, callejero, casa por casa. Cuando no se contemplaban los reglamentos de 1801 que decían que se podía rendir con honores tras perder las murallas. Cuando el vecindario se aprestaba a repetir lo que ya había hecho entre el 4 y el 13 de agosto de 1808. Cuando había que defender la misma ciudad.

El 27 había caído la zona de Santa Engracia, pero no la del barrio de la Magdalena, en la que los imperiales solo consiguieron ocupar y atrincherarse en una manzana de casas junto a la brecha de la batería de Palafox, en la calle Pabostre. Entre el 28 y el 30 de enero se propusieron tomar toda esa línea de murallas, desde sus trincheras en el ataque de la derecha y el molino de aceite que ocupaban junto al río Huerva. Para ello, tenían que conquistar dos moles barrocas de ladrillo: los conventos de Santa Mónica y San Agustín. Ambos estaban colindantes y abrían el paso a dos rectas calles, la de Palomar y la de San Agustín, que daban paso directo al Coso, frente al arco de Valencia, plaza e iglesia de la Magdalena y la Universidad. Solamente 350 metros separaban ambos conjuntos de edificios.

La artillería napoleónica, apostada en la batería número 13, abrió una brecha en el jardín del Convento de Santa Mónica. También dirigió sus proyectiles un poco más a la derecha, hacia el Convento de

San Agustín, abriendo brecha junto a la cabecera de su iglesia. Entre el 28 y el 30 de enero, la infantería imperial intentó apoderarse de Santa Mónica con diversos asaltos. Enfrente tenían a los voluntarios de Huesca y a varios paisanos, todos mandados por Pedro Villacampa. Este militar altoaragonés de treinta y dos años había iniciado su carrera militar en la guerra de 1793, con el Segundo Batallón de Voluntarios de Aragón, estuvo en 1801 en Portugal, y luego destinado en Baleares, desde donde había acudido en socorro de Zaragoza en agosto de 1808. Desde noviembre, Villacampa mandaba el Primer Batallón de Voluntarios de Huesca, con quienes en enero de 1809 defendía con éxito el punto de Santa Mónica, rechazando hasta ocho asaltos.

En uno de los ataques sobre la zona de Santa Mónica, Villacampa pensó que los imperiales habían entrado en la ciudad por más puntos e iban a ser rodeados, por lo que ordenó el repliegue del convento. Los zapadores y soldados napoleónicos que habían salido a la carrera del molino de Goicoechea, donde se parapetaban, y escalado los escombros de la brecha en el muro, llegaron al jardín, donde reinaba un sospechoso silencio. No veían a nadie y temían que fuese una emboscada. Los voluntarios de Huesca se habían retirado, en realidad. Sin embargo, uno había desobedecido la orden de Villacampa y se había atrincherado provisto de varias granadas de mano, que comenzó a lanzar sobre los franceses, desde una ventana contigua a la brecha. Era el capitán Pedro Mendieta. Las granadas explotaron sobre la avanzada napoleónica, esparciendo metralla, confusión y muerte. Seguido, Mendieta abrió fuego de fusil a bocajarro. Al escuchar el sonido de disparos y explosiones en el interior, y tras comprobar en la calle que no estaban rodeados, Villacampa ordenó a su batallón regresar. Los primeros que entraron fueron los capitanes Pedro Perena y Vicente López, quienes ordenaron una descarga cerrada de fusilería. Los soldados imperiales sufrieron bastantes bajas, se creyeron en una ratonera y huyeron del jardín de Santa Mónica, abandonando allí siete escalas, picos, palas, sus chacós... Un falso rumor casi había hecho perder aquel lugar a los españoles, mientras que una desobediencia, una confusión y una sorpresa hacían huir a los franceses. Era solo un asalto más.

Tras ello, Villacampa ordenó la defensa de la brecha. El día 29, mientras varios paisanos llevaban sacas de lana y tablones para taponar la brecha, los artilleros enemigos colocaron dos morteros tras el molino de Goicoechea para disparar más cerca y con más contundencia. Seis horas de fuego artillero agrandaron la brecha e impidieron su reparación, dañando los edificios del convento, en los que ya se observaban grandes grietas y boquetes. Viendo la imposibilidad de resistir sobre la brecha, Villacampa mandó construir

un parapeto paralelo a la misma entre las arcadas del jardín. Para ello utilizaron las cajas de los fusiles ingleses que había enviado Doyle, llenándolas de tierra. En aquella tarea, «bajo el inmediato fuego de fusil, metralla y los certeros tiros de los enemigos puestos a corta distancia de sus ruinas», fue relevante la dirección y participación del coronel de ingenieros José María San Román.

Cuando la infantería napoleónica lanzó otro asalto, consiguió sobrepasar las ruinas de la brecha, pero al llegar al jardín, los voluntarios de Huesca les recibieron con descargas de fusilería, bien parapetados en esa improvisada segunda línea, y a bayonetazos. «La muerte se cebaba» sobre los asaltantes a cuya cabeza iba el capitán Hardi, pero la artillería no dejaba de disparar con funestas consecuencias para los defensores. El último piso del convento se desplomó, cayendo sobre los dos inferiores, que también se fueron desmoronando, sepultando a los soldados de Huesca que desde allí disparaban. En ese estrépito, Villacampa gritó retirada, antes de que todos murieran aplastados entre vigas y ladrillos. El mismo Pedro Villacampa fue herido y retirado de aquel lugar en el que el polvo del derrumbe provocado por la artillería «no dejaba respirar». Los voluntarios de Castilla acudieron en refuerzo, pero no consiguieron más que sufrir 55 bajas. Era el 30 de enero de 1809 cuando las fuerzas napoleónicas se apoderaron de Santa Mónica.[2]

En la cercana brecha de San Agustín, el asalto fue repelido a bayonetazos por los soldados del Regimiento Extremadura que lo defendían. Allí también había paisanos colaborando en la defensa, como el mancebo albañil Miguel Blasco, que tan pronto manejaba utensilios propios de su oficio para construir parapetos como armas para matar franceses. El 31 de enero se distinguió en la brecha «hasta llegar a retirar por si una de las escaleras que había puesto el enemigo para el asalto», siguiendo después con sus trabajos de fortificación en la inmediata calle Palomar, donde fue herido cuando «una bala de fusil le atravesó un muslo». Por otro lado, el capitán Manuel Díez Zapata junto con cuatro soldados apagaron el fuego que las explosiones de las granadas habían provocado en el parapeto sobre la brecha, señalando Agustín Dublaisel «que solamente se atrevieron [ellos] a hacerlo» en medio de las propias llamas y los disparos enemigos. En aquellos días «tanto escombro y bullicio de campaneo y toque de generala» daban cuenta de una «guerra tan lastimosa», que dijo Casamayor. Las noches del 30 y el 31 de enero fueron empleadas por los imperiales en colocar barricadas, llevar sacos de tierra, y establecer comunicaciones seguras entre las casas tomadas en las calles Pabostre y Quemada y las recién conquistadas ruinas del Convento de Santa Mónica y su iglesia, la cual todavía se mantenía en pie. Les había costado medio centenar de bajas, entre ellos el teniente

Vieillard, con tres heridas, y el subteniente Desalles, con una herida muy grave.[3]

Paralelamente, el 29 y 30 de enero un contingente español formado por soldados y paisanos, dirigidos por el cura Sas, se lanzó a la contraofensiva desde la Puerta del Portillo, con intención de recuperar el Convento de Trinitarios. Este se encontraba defendido por dos batallones, que tuvieron un momento de pánico al ver la contraofensiva española y se dieron a la fuga hasta que llegó el coronel Robert y consiguió reagruparlos en la iglesia del convento. Los españoles se dirigieron a las puertas de la iglesia, las derribaron a hachazos y entraron en ella. Pero allí los franceses habían construido un parapeto de sacos de tierra desde donde les dispararon una descarga cerrada a bocajarro, poniéndoles en retirada. Entre los atacantes se encontraba Agustina Saragossa que «manifestó un valor extraordinario». Esta batalla por Trinitarios costó 80 bajas a los sitiadores, contándose entre ellas la del capitán de ingenieros Barthélemy, que murió, y la del general Rostoland, quien fue herido.

Agustina de Aragón no solo había disparado un cañón el 2 de julio, sino que seguía luchando en el Segundo Sitio. Igual que Manuela Sancho en San José y en el sector de la Puerta Quemada, donde recibió un balazo que le atravesó «el vientre intercostal de parte a parte, en cuya situación yo mismo la vi y mandé retirar al Hospital de cuya mortal herida llegó a sanar contra toda esperanza habiéndola tenido por muerta». También Josefa Buil combatía en esos momentos, pero en la zona de San Agustín «como el soldado de más valor». Y es que, como tituló dos de sus grabados Goya «Ya no hay tiempo», «Y ellas son fieras». Consciente de ello, de la tozuda realidad, Palafox dirigió proclamas específicas a ese importante sostén de la defensa, a ellas, las mujeres, para quienes creó el escudo de distinción «Defensora de Zaragoza». Así, el 30 de enero el capitán general de Aragón se dirigía a las zaragozanas, a las que comparaba con las amazonas de la Antigüedad, animaba al combate y les decía: «Una mujer, cuando quiere hace temblar a los fuertes. Seáis vosotras las primeras en recibir las gracias de todos los españoles. También soy vuestro general».[4]

El mes de febrero de 1809 comenzaba como acababa el de enero, con varias zonas de la ciudad ocupadas, donde se atrincheraban los sitiadores para lanzarse al siguiente asalto contra los sitiados. Ya no tendrían que cruzar murallas ni escalar brechas, solamente atravesar calles. En el Convento de San Agustín, los hombres del Regimiento Extremadura, como el capitán Juan Antonio Ramírez o los soldados José Orta y Manuel Fernández, hacían guardia abrigados con sus ponchos que ocultaban las raídas casacas de paño blanco —de quienes las conservasen—, con bayoneta calada en sus fusiles, vigilando la

brecha junto a la cabecera de la iglesia, esperando un inminente asalto napoleónico desde el molino de Goicoechea, a su frente, donde también calaban bayonetas. Unos metros más allá, a su derecha, en la entrada de la calle Pabostre, otros defensores de Zaragoza construían barricadas para impedir el ataque francés desde Santa Mónica. Sin embargo, en el interior de aquel convento, los ingenieros y zapadores imperiales no estaban planeando atacar por allí, sino que en la noche del 31 de enero al 1 de febrero prepararon un hornillo con doscientas libras de pólvora para minar un muro. Concretamente, la pared que comunicaba el Convento de Santa Mónica con la sacristía de la iglesia de San Agustín. A las cinco de la mañana del día 1 prendieron la mecha. Esta se fue consumiendo hasta que llegó a la carga, provocando la explosión y el derrumbe del muro.

Quedaba abierto un enorme boquete que daba acceso a una sacristía. Los soldados del 44 Regimiento de Infantería de Línea francés se apresuraron a atravesarlo sin esperar a que se disipara la nube de pólvora y polvo. La rapidez era fundamental para sorprender a los españoles, que no esperaban el ataque por allí, sino por la brecha ya abierta en el muro que daba al claustro. Los franceses pasaron por la sacristía y salieron a la iglesia, tomando su cabecera y el altar. El Regimiento de Extremadura, al oír la explosión, se sobresaltó, los hombres cogieron sus armas y corrieron junto a algunos paisanos hacia el lugar donde se había producido, recorriendo los metros que separaban el claustro de la iglesia. Al entrar, los hombres del 44 les abrieron fuego, a lo que respondieron igualmente. Comenzaba la batalla en el interior de la iglesia de Agustinos.

Las primeras tropas napoleónicas que habían entrado se parapetaron junto al altar barroco, mientras iban entrando más y más desde Santa Mónica. Los soldados del Extremadura se dividieron para hacerles frente. Unos subieron a la tribuna del órgano, sobre la puerta de entrada, desde donde «hicieron una descarga de fusilería de las más vivas». Ese órgano sonaba con balas, no con notas musicales, era el sonido de la guerra. Varios soldados españoles utilizaron los bancos para improvisar una barricada en el centro de la nave, otros se subieron al púlpito. La lucha fue encarnizada, pero al final los franceses les expulsaron, haciéndose con el control de la iglesia y del resto del Convento de San Agustín. Los españoles se batían en retirada por la calle de San Agustín, los imperiales se veían victoriosos y no paraban de crecer en número con las reservas que desde la tercera paralela y el molino de Goicoechea les reforzaban. También desde las casas tomadas en las calles Pabostre y Quemada iniciaban la ofensiva. El objetivo era tomar todo el barrio de la Magdalena, hasta la plazoleta del mismo nombre, en el Coso.

Los soldados del 44 salieron a la plaza de San Agustín, que daba

paso a su frente a la calle del mismo nombre, a la calle Palomar por su izquierda. Esperaban encontrar fuego enfrente, pero este les vino desde arriba y desde su retaguardia inmediata. Un pequeño grupo de paisanos se había atrincherado en la torre de la iglesia de Agustinos. Les estaban disparando con sus fusiles y lanzando granadas. A los sitiadores les fue preciso subir las escaleras de la torre y acabar con aquellos defensores a la bayoneta para así poder continuar. Tras ello, casi 6.000 soldados napoleónicos avanzaron al ataque por el barrio de la Magdalena. Recorrieron unos 300 metros. Ya veían el Coso, el arco de la Puerta de Valencia. Parecía repetirse el 4 de agosto, pero en un frío 1 de febrero, porque en esos instantes, el vecindario de Zaragoza respondió al toque de las campanas que llamaban a la lucha. Desde las bocacalles y casas dispararon sobre la infantería imperial. A las dos de la tarde, en la plaza de la Magdalena se concentraron hasta 8.000 civiles, con presencia de numerosas mujeres, prestos a la lucha, dirigidos en buena medida por clérigos, aunque estaba allí el general Felipe Saint Marc. Estos se abalanzaron por las calles San Agustín y Palomar, por las adyacentes, subieron a los tejados de las casas y dispararon desde arriba y por la espalda. De ellos, 131 murieron y más de 250 quedaron heridos. Aun así, el contraataque de los defensores fue un mazazo para los asaltantes, que se vieron obligados a replegarse hasta San Agustín y Santa Mónica.

Entre los paisanos que combatieron aquel día, además de Manuela Sancho, estaban personas como Javier Ased y Villagrasa. También clérigos como fray Domingo Comín, quien recibió dos balazos, «uno atravesándole el hombro, y el otro la vía de la orina». Y es que el papel del clero fue relevante para organizar la resistencia civil, igual que lo había sido en los meses anteriores. Más allá del cura Sas, que combatía sable en mano, o el padre Boggiero, que escribía proclamas a Palafox, el capitán general nombró en esos días a varios eclesiásticos «distinguidos por su popularidad» para organizar a los paisanos en la defensa. Aquellos líderes naturales eran Antonio Lacasa, Manuel Lasartesa, Matías Langa, Miguel Cuellar, Antonio Bayo, Pedro Lasala y Policarpo Romea. Además, Palafox dirigió varias proclamas a estos civiles, sostén de la defensa: «Valientes paisanos de Zaragoza: la gloria y la ciudad están en vuestras manos», prometiendo «armar caballeros a los doce paisanos que más se distingan», precios justos de los comestibles poniendo un máximo, y recordando a los «vecinos y habitantes de Zaragoza» que si vencían los franceses los llevarían esclavizados a guerras en el norte de Europa y que abusarían de las mujeres, peligros que, más allá de la retórica inflamada, tenían su desgraciada realidad.[5]

Se combatía ya casa a casa. El polaco Józef Mrozinski se quejaba de que «se necesitaban dos días para ocupar dos pequeñas casas de una

planta». El 30 de enero habían asaltado una casa en la calle Quemada y en ella lucharon hasta el 1 de febrero. Los soldados imperiales consiguieron ocupar la cocina, pero en la habitación contigua se habían fortificado los españoles, poniendo obstáculos y abriendo tabiques para disparar de una estancia a otra. Desde el tejado de la casa, los defensores lanzaban granadas por la chimenea, para que estas explotaran en la cocina donde se encontraban los invasores. Estos atacaron, combatiendo en las tres plantas, subiendo hasta el tejado, descendiendo después al sótano. Al final, con el contraataque del vecindario el día 1 de febrero, debieron abandonar aquella casa.

El oficial francés Brandt también manifestaba su consternación por este tipo de lucha. Cada vez que entraban en una casa tenían que inspeccionarla desde el sótano al tejado, pues «con frecuencia, cuando nos encontrábamos instalándonos en una planta, se nos disparaba a quemarropa desde el piso de arriba a través de las aberturas hechas de antemano en el techo», siendo cada estancia una emboscada mortal. Y señala que «por encima de todo, debíamos vigilar los tejados», porque «con sus alpargatas, los aragoneses circulaban tan sueltos y haciendo tan poco ruido como los gatos, pudiendo, por tanto, volver a realizar inesperadas incursiones bien atrás de la línea frontal de operaciones», sorprendiendo a los francés con «disparos como si hubieran venido del cielo».[6] Tal era la resistencia, de «un encarnizamiento extremo».

Pero la postura de resistencia a muerte no era totalmente unánime. A pesar de la disposición al combate de buena parte de las clases populares zaragozanas, había oficiales militares que no concebían que se siguiera resistiendo estando ya el enemigo en el interior de la ciudad. Tampoco algunos patricios de la ciudad, quienes el 1 de febrero fueron a pedir a Palafox la capitulación porque «no hay duda de que según las reglas militares, la ciudad podía y debía rendirse muchos días había, porque sobre no tener plaza de armas más que de nombre (…) estaban deshechas las baterías que se habían hecho, y había no solo brechas abiertas, sino que el enemigo habitaba ya mezclado con nosotros».[7]

El 2 de febrero «fue un volcán» según Casamayor. Se combatía ya casa a casa. Se erigieron barricadas en todas las calles que daban al Coso. La situación en febrero de 1809 se tornaba tan complicada, tan inusual, tan dramática que eclesiásticos se convertían en oficiales casi militares, y otros paisanos podían acabar mandando en un determinado punto. El zaragozano Javier Ased y Villagrasa, un oficial de loterías, acabó nombrado «comandante de los paisanos de la Calle del Medio y Arco de la Nao», teniendo a su cargo a un grupo de combatientes civiles y a varios zapadores del ejército. Manuel Rafael Asensio quedó de comandante de «la segunda línea de San Agustín», pero de los 54 hombres que mandaba el 1 de febrero, solo quedaban

en pie siete cinco días después, pues estaban «continuamente fogueándose con el enemigo». Y es que en esos días de febrero ya no estaban padeciendo numerosas bajas los soldados, sino también los oficiales. En el Cuerpo de Ingenieros fue tremendo. A la muerte de Sangenís en enero, se sumaba la del capitán Pablo Desay y la de Marcos María Simonó, que había defendido la Magdalena el 4 de agosto y caía herido de bala el 3 de febrero de 1809 en la zona de Santa Engracia, falleciendo siete días después. Cayetano Zappino era el nuevo jefe de ingenieros español.[8]

Precisamente, el 1 de febrero en el sector de Santa Engracia se encontraba el jefe de ingenieros de los sitiadores, el artífice de la guerra de minas, dirigiendo las operaciones de ataque, de derribo y asalto. Se trataba de André Bruno Lacoste, siempre acompañado por Lejeune. Ambos subieron a una casa y se asomaron a la ventana para ver y dirigir el ataque. Hacía poco habían ordenado colocar y explosionar una mina bajo una manzana de diez casas, las cuales volaron por los aires. Los soldados imperiales se lanzaron al asalto de las humeantes ruinas. Cuando todos gritaban «¡hurra, hurra!» por la gloriosa conquista, levantando sus chacós los soldados, sus bicornios los oficiales, dos defensores dispararon sus fusiles desde la confusa línea del frente. Dos balazos impactaron en la cabeza de Lacoste, que murió a las pocas horas. «Esta desgracia afligió a todo el ejército el cual lo idolatraba». Y también afligió al mismo Napoleón. Rogniat sucedió a Lacoste en el mando y en la dirección de la atroz guerra de minas.

Una ciudad de escombros

A primeros de febrero de 1809 las divisiones de Musnier y Grandjean ocupaban casas junto a Santa Engracia y otras junto a Santa Mónica y San Agustín. Unos 9.000 soldados napoleónicos atrincherados dentro de Zaragoza, los cuales llegaban a quemar para calentarse libros y cuadros de los edificios que ocupaban. Los oficiales se hacían eco de las quejas de los soldados, quienes mostraban su angustia, miedo y desesperación, comentando: «Este sitio va a ser interminable», «Aquí, uno tras otro, vamos a morir todos en estos combates cuerpo a cuerpo que hay que sostener cada día», «¡Es una locura!», «Aquí nos enterrarán a todos», «¡Apenas si podemos comer!», «La cuarta parte de la ciudad, reducida a cenizas, cuesta ya la cuarta parte de nosotros», «Estamos despedazados de fatiga» y «el ejército entero sucumbirá antes de haber obligado a estos fanáticos a que nos dejen una casa en pie para poder descansar un poco». Los soldados estaban tan cansados que «caían rendidos por el sueño y con frecuencia ni el mismo ruido del cañón lograba despertarles».[9]

El mariscal Lannes era consciente de estas palabras de aflicción y

tomó cartas en el asunto. Dirigió una proclama a sus tropas en la que afirmaba que «la victoria es segura» y «si, a pesar de todo, estos furiosos quieren enterrarse bajo las ruinas de su ciudad como los habitantes de Numancia, ocho días de perseverancia nos bastarán para destruirles hasta el fin», puesto que «nuestra posición es sin duda difícil, pero es cien veces preferible a la suya». Lannes también se acercó a ver con sus ojos la primera línea de combate, mientras las balas pasaban cerca de su brillante uniforme de mariscal. Si de cara a sus hombres trataba de mostrar más optimismo, él se sentía también desolado, más pesimista. El 30 de enero había escrito: «Nosotros nos cansamos mucho aquí», «hacemos saltar las casas con sus defensores»; y el 1 de febrero: «Esta guerra es horrible», lo que repetía el día 6, «esta guerra da pena», añadiendo: «Preferiría mejor diez batallas en un día que la guerra que nosotros hacemos contra las casas. Yo estaría bien contento si fuéramos dueños de Zaragoza en un mes. Estoy fatigado». Lannes no estaba dispuesto a asumir las enormes pérdidas que ocasionaban los asaltos dentro de la ciudad. El 3 de febrero reiteró órdenes: no habría asaltos a cuerpo descubierto, había que tomar cada casa. Para ello, se fortificaría la posición de salida, luego se colocaría una mina bajo la edificación a tomar, tras darle fuego, las tropas se lanzarían a conquistarla, pasando otras en reserva a mantener la posición inicial. Días después, mientras se encontraba en Villamayor vigilando que no llegasen ejércitos españoles de socorro, volvía a repetir al general Junot: «Dad las órdenes para que se pierda la menor cantidad posible de gente en Zaragoza. No quiero que se conquiste ni una sola casa al asalto: que se haga saltar por una mina o explosivos».[10]

Junto a estas disposiciones escribió pidiendo mayores suministros para el ejército asediador. El 10 de febrero, desde París, el príncipe Berthier anunciaba que mandaba a Zaragoza 80.000 francos para pagar a las tropas, 800.000 raciones de galleta y 100.000 kilos de pólvora. El nuevo tipo de guerra, el de minas y bombardeo total, exigía unas cantidades de munición y pólvora que desbordaron todas las previsiones. Hacía falta más pólvora contra Zaragoza, como reconoció el propio Napoleón.[11]

El nuevo tipo de guerra de minas desarrollado en el interior de Zaragoza fue una novedad y significó un aprendizaje, con base en experiencias, para sitiadores y sitiados. Las minas se habían usado para el asedio a plazas fortificadas, con el objetivo de hacer saltar por los aires un lienzo de muralla o un bastión, abriendo brecha practicable, obligando a la capitulación del enemigo y acabando así el cerco. Lo que nunca se había ensayado era utilizar minas para conquistar una simple casa de ladrillo de dos o tres plantas. En Zaragoza, los ingenieros franceses se vieron obligados a ello, para

minimizar las bajas del ejército sitiador. Una mina consistía en excavar un túnel bajo el edificio a derribar y una vez que se llegaba al lugar indicado, se colocaba una fuerte carga de pólvora, se prendía fuego a una larga mecha y todo estallaba por los aires.

Entre el 27 de enero y el 1 de febrero, esta táctica de minado se desarrolló bajo la dirección de Bruno Lacoste. Se volaban casas con sus defensores dentro. Tras ello, los soldados imperiales se lanzaban al asalto entre las ruinas, pero seguían sufriendo muchas bajas, ya que entre los escombros no tenían protección y eran acribillados a balazos desde las casas de alrededor. Por esta razón, el sucesor de Lacoste, Rogniat, tomó la resolución de calcular la carga justa de pólvora que permitiera derrumbar solo la fachada de la casa a tomar, quedando expuesto el resto de la edificación. Eso quitaba la defensa a los españoles y la explosión les aturdía y dañaba, permitiendo la conquista de la casa y no solo de sus ruinas. Una vez tomada, se llevaban sacos de tierra, tablones y cestones para hacer un paso cubierto entre las dos posiciones y fortificar la nueva casa. En los tejados, en las chimeneas, se parapetaban los mejores tiradores de los dos bandos. Y así iban avanzando sucesivamente, así se fueron tomando las manzanas de casas entre Santa Engracia y el Coso, entre San Agustín y el Coso.

Pero en esta guerra todos aprendían, también los españoles, quienes embreaban las vigas de madera de las casas y las incendiaban, formando una cortina de fuego que se consumía lentamente durante varios días y separaba a atacantes y defensores. También, bajo la dirección de zapadores e ingenieros, se ponían a excavar un túnel bajo la mina napoleónica, es decir, hacían contraminado. Y hubo ocasiones, en aquel mes de febrero en Zaragoza, que los minadores de ambos bandos se encontraron en el subsuelo. En la angostura de los túneles, mientras picaban y sacaban tierra, casi a gatas, oían la piqueta del adversario. La situación se podía tornar fácilmente en la más horrenda tragedia. Bien unos podían llegar primero, e incendiar la mina, asfixiando con el humo al contrario, sucumbiendo así en oscuras cavidades faltas de aire. Lejeune escribía: «Es una guerra espantosa», y se preguntaba: «¿Qué Murat no sentiría debilitarse su valor si debía, durante días enteros, someterlo al frío contacto de estas galerías subterráneas por las cuales el minador avanza silenciosamente para preparar el volcán que va a hacer estallar?». Y en aquellos túneles también libraban españoles y franceses una guerra a cuchillo, cuando los minadores se encontraban, a gatas con las pistolas, las piquetas, los cuchillos, a golpes. Iluminados por tenues lámparas de aceite, se mataban. Cuántos murieron sobre y bajo la superficie, enterrados en vida por causa de la guerra de minas.[12]

En la superficie, los ingenieros y zapadores también combatían.

Hubo quienes no murieron pero sí fueron heridos. El francés Roniat fue herido en una mano, el zapador valenciano Agustín de Campos sufrió tres heridas en las minas y provocando el incendio de una casa donde estaban los imperiales, siete gastadores de Aragón fueron heridos en un combate a sablazos en una bodega, contra los minadores napoleónicos que querían volar la Universidad. Y el coronel José María San Román que deshizo el trabajo de zapa francés el 8 de febrero, bajo el Seminario. Ese mismo día, el 8, «todo fue fuego y Zaragoza padeció lo que no será creíble sino a los que lo han visto… parecía que todos los edificios se iban a venir abajo», escribía Faustino Casamayor.[13]

Así, los partes de guerra enviados a Napoleón eran lacónicos. A quien había conquistado reinos enteros tras una jornada de batalla campal decisiva, con rápidos movimientos y grandes maniobras envolventes, le debían parecer una broma de muy mal gusto las noticias desde Zaragoza. El general de división Musnier calificaba de jornada «viva y brillante» la del 10 de febrero de 1809, en la que, tras tres horas de lucha, habían conseguido conquistar «toda una manzana que tiene su fachada en el Coso» a costa de trece hombres muertos y cincuenta heridos, solicitando la Legión de Honor por tal acción para el coronel Dupeyroux, del 115 de Línea. Y no era para menos, cuando conquistar una sola casa zaragozana podía llevar hasta seis días de asedio particular, utilizando artillería, minas y asaltos a la bayoneta. Los defensores se batían a muerte y «la obstinación no era menor en las mujeres».

Los lectores de periódicos en París leían estos partes con asombro, como el del 17 de febrero, donde se narraba cómo los soldados del Imperio habían «atacado desde la mañana la primera casa a la derecha de la (…) calle Mayor; no hemos podido penetrar más que un patio, bajo un cobertizo y su granero. Hemos tenido mucho sufrimiento para mantenerlo. Esta acción nos ha costado diez hombres». En toda la ciudad se sucedía un mosaico de horribles combates sin fin.[14]

El 10 de febrero fue un día de esos, otro más, en los que Zaragoza se convulsionó, temblando como si un terremoto la sacudiese, con «infinitos muertos que por todas calles se encontraban abandonados» entre «escombros por los estragos de tanta bomba», que describió Casamayor. Las tropas napoleónicas ya habían tomado las ruinas del Hospital de Nuestra Señora de Gracia. Una vez allí, habían bajado los minadores a los sótanos y comenzado a cavar un túnel que pasado por debajo de la calle Santa Engracia en dirección al Convento de San Francisco, una impresionante mole situada en el centro de la ciudad, en el Coso, donde se habían fortificado numerosos defensores —un regimiento valenciano y numerosos paisanos—, impidiendo el paso a los invasores. La intención de los ingenieros franceses era colocar una

mina bajo la torre de la iglesia franciscana, «para que en su caída aplastase la iglesia y el convento», pero se dieron cuenta de que los españoles estaban contraminando «a cuatro metros» por lo que se apresuraron a prender fuego a la mina. Un hornillo con una carga de 3.000 libras de pólvora.

La explosión fue bestial, una «conmoción que hizo temblar a todo el barrio». Lejeune describió con horror aquella escena: «Rara vez ha presentado la guerra cuadro más espantoso que el de las ruinas del Convento de San Francisco durante el asalto, y aún después de él», ya que no solo destruyó la mitad del edificio, «sino que hizo perecer más de cuatrocientos obreros o defensores». El escenario que quedaba era dantesco: «Todo el suelo de los alrededores y los tejados ofrecían un aspecto horrible por la cantidad de restos humanos de que estaban cubiertos», no pudiendo darse «un paso sin chocar con miembros desgarrados y palpitantes, y un gran número de manos y de fragmentos de brazos, separados del tronco, nos indicaban la enormidad de la catástrofe». Era un «doloroso espectáculo» en el que «la sangre de muchos aragoneses corría a nuestros pies por el conducto de aquellas gárgolas góticas» que «hoy, arrojaban sobre los asaltantes arroyos de sangre humana».[15]

Tras ello, 700 soldados del Regimiento 115 se lanzaron al asalto. Aún tuvieron que combatir con los defensores sobrevivientes, perdiendo 28 hombres. Y cuando salieron al Coso se vieron frenados por los disparos de un cañón situado bajo el arco de Cinegia y por una carga de caballería española por el medio de la calle. Casi milagrosamente, la torre de San Francisco había quedado en pie. Y en ella estaban atrincherados varios paisanos mandados por el coronel de Suizos Esteban Fleury. El día 11, los imperiales subieron las escaleras y los vencieron a la bayoneta. Los españoles vendieron «bien caras sus vidas» y fueron «echados de lo alto de la torre», salvo Fleury, que quedó prisionero.[16]

Al otro lado del Coso, los invasores intentaban hacerse con el edificio de la Universidad, también mediante minas y con varios asaltos infructuosos. Cuánta pólvora, cuánta sangre, cuántos días para avanzar tan poca cantidad de metros, que en circunstancias normales no se tardaban en recorrer más de cuatro o seis minutos a pie. Desde la iglesia de Santa Engracia al Coso hay 500 metros. Los soldados napoleónicos tardaron catorce días en recorrerlos, del 27 de enero al 10 de febrero, once días más estuvieron combatiendo allí, enfrascados en pequeños combates para asegurar el terreno conquistado, pues no pudieron avanzar más. Entre el Convento de Santa Mónica y la Universidad, en la plaza de la Magdalena, hay apenas 300 metros. Las tropas imperiales tardaron dieciocho días en llegar, del 30 de enero al 18 de febrero.

Un cementerio sin nadie que lo defienda

El ejército napoleónico ya dominaba casi todo el lado sur y sureste del Coso. Las barricadas se multiplicaban por doquier, pero «la ciudad no era ya más que un estrecho cementerio». Entre los combates y la epidemia de tifus, las personas muertas a diario se contaban por cientos. Pero es que ya no había ni gente para encargarse de recoger los cadáveres, menos para enterrarlos. Muchos muertos eran amontonados en las puertas de las iglesias. Cuando caía un proyectil de artillería, allí los despedazaba, esparciendo más sangre y más miembros humanos por todos lados.

Una cuarta parte de Zaragoza estaba en manos de los soldados imperiales. En el resto de la ciudad se agolpaban los habitantes, refugiados, los soldados, miles y miles de enfermos. Cada vez quedaban menos brazos para sostener un fusil, una escopeta o una lanza. También iban faltando los brazos para moler trigo, para reparar parapetos, para fabricar pólvora, para arreglar armas. Y tres cuartas partes de Zaragoza corrían riesgo de convertirse en ruinas, polvo y ceniza, ya que los bombardeos no cesaban. Los artilleros franceses habían metido a pulso, entre los escombros, sus piezas dentro de la ciudad para hacer fuego más cercano, más mortífero, a todo. Y bajo la tierra seguían cavando túneles, era la guerra de minas que no cesaría. Se corría el riesgo de perder toda la ciudad y todas las vidas.

Los efectivos militares españoles habían disminuido drásticamente desde que comenzara el Segundo Sitio. Los que no habían muerto, estaban enfermos, pocos disponibles para sostener el fusil. A mediados de diciembre de 1808 eran 31.181 los efectivos militares, pero cerca de 6.000 ya estaban enfermos. A comienzos de enero de 1809 eran 30.524, de los que 9.571 estaban enfermos y 1.141 heridos, quedando disponibles 19.912. Para el 4 de febrero, la muerte había rebajado los soldados a 24.837, siendo baja 16.342 entre enfermos, heridos y desaparecidos. Por tanto, a mediados de febrero, el llamado Ejército de Reserva —al que se había unido una división del Ejército del Centro, al menos— no contaba con más de 8.495 hombres disponibles para la defensa de la línea del Coso y el Arrabal. La situación podía empeorar más, y empeoró, pues el tifus estaba descontrolado. El 16 de febrero de 1809 había teóricamente 20.341 soldados, pero 12.460 se hallaban enfermos en hospitales y casas particulares, con lo que solo 7.881 podían combatir.[17]

Si, por ejemplo, nos fijamos en una unidad que había combatido en el primer y segundo Sitio, el Primero de Voluntarios de Aragón, se observaba la misma descorazonadora disminución de sus integrantes. A finales de 1808 era un orgulloso batallón de 1.078 hombres. A 3 de enero de 1809, un tercio de los soldados estaba sin su casaca, que habían perdido en la batalla y retirada de Tudela, y les faltaba un

poncho para abrigarse del frío del invierno, siendo más vulnerables y propensos a enfermar. Los Voluntarios de Aragón tenían en esa fecha 723 hombres, tras descontar los dos muertos en la salida desde San José el 2 de enero. Y cinco más se hallaban gravemente heridos. Tan solo tres días después, el 6 de enero, ya eran solo 698 efectivos, 658 el día 7, 430 para el 14 de enero, cuando defendían el molino de Goicoechea. El descenso era vertiginoso. Además, tenían el cuadro de mandos vacante, con todos los oficiales muertos o heridos: el comandante Gasca muerto el día 11; el capitán primero Francisco Bejarano, muerto; el general Josef Aznar, herido; el teniente Miguel cardo, herido, el teniente Manuel Usón, herido; el subteniente Mariano Villamayor, muerto; el subteniente Pedro Lumbreras, muerto; el subteniente Pedro Mariño, herido. Para el 18 de enero quedaban 427 voluntarios de Aragón. A 30 de enero, la mitad, 248. Al comenzar febrero eran 207 soldados, 145 el día 4, 134 al día siguiente. El 12 de febrero de 1809 quedaban 110 y el 15 de febrero sobrevivían a duras penas 100, desperdigados, defendiendo los puntos de la calle del Medio, las ruinas del Seminario y Casa de Aranda en el Coso. Las cifras hablan por sí solas.[18]

Los pocos Voluntarios de Aragón que estaban destinados a guarnecer la línea del Coso habían estado bajo el mando del coronel Manuel de Leyva, aquel veterano del asedio de Ceuta y la Guerra contra la Convención, que había levantado a parte del Ejército Murciano, el cual acabó en Zaragoza. Leyva había visto desaparecer casi por completo a la unidad que había formado en el verano de 1808, los Tiradores de Murcia. A comienzos de febrero de 1809 mandaba las baterías de artillería erigidas frente a San Francisco, y el día 11 fue nombrado comandante de la primera línea del Coso. Junto a las ruinas del convento franciscano debía defender la Casa del Conde de Sástago, donde habían abierto cuatro brechas los imperiales: por la parte del patio, caballerizas y el segundo rellano de la escalera. Allí fue herido de un balazo en el brazo el 12 de febrero, pero se mantuvo defendiendo aquel palacete hasta que el día 15 parte del techo se desplomó sobre él. Afortunadamente, sus soldados lograron sacarlo con vida de entre los cascotes, aunque con el brazo izquierdo destrozado.

Pocos, y cada vez menos, eran ya los que podían sostener la defensa de Zaragoza. Pedro de Arellano era administrador del abasto de aceite antes de la guerra, pero en 1809 se había convertido en capitán de una «Compañía Suelta de Defensores de Zaragoza» —117 paisanos—, tras morir el que había sido su comandante hasta entonces, Mathías Carrica. Para mantener a sus hombres en la batalla hubo de desembolsar «su propio caudal para la manutención de los soldados, en los días en que por falta de medios se hubieran retirado por

necesidad, a buscar otro modo de subsistencia». Y es que a finales de enero se debía «el prest [sueldo] de cinco días a los individuos de la Compañía». Sin sueldos, habrían abandonado las armas. Pero como les pagó Arellano cuatro reales diarios, siguieron combatiendo. Lo habían hecho en el Arrabal, y en esos momentos continuaban luchando en la Magdalena. Entre aquellos hombres que, a la altura de febrero de 1809, solo parecían combatir ya por dinero, se encontraban Joaquín Larón, Manuel Sierra, José Monzín, Francisco García, Vicente Sánchez, Manuel Armillas, Francisco Ferrer, Casiano Jimeno, Manuel Pascual... El discurso patriótico y religioso parecía que se estaba agotando ante las penalidades de la guerra. El comerciante Pedro José Aznar, de sesenta y tres años, también prestó «gratuitamente cuanto socorro le fue posible» para mantener paisanos armados a sus expensas, durante todo el segundo asedio. Levantó «una compañía de cien hombres de los más valientes de aquella Capital, a quienes y cada uno de ellos pagó ocho reales vellón diarios de su bolsillo», para defensa de la Puerta Quemada. Y, un último caso, el eclesiástico Francisco Viruete, quien mantuvo a su costa una guardia de paisanos en la Puerta del Ángel y pagó la construcción de tres baterías en las calles de Arcedianos, Gavín y bajada de la Trinidad.[19]

Y es que muchos iban a combatir sin comer, pero no todos estaban dispuestos a tanta miseria. Los ánimos decaían. El eclesiástico Antonio Bailo combatía en la plaza de la Magdalena a sus expensas, el brigadier José Larraga hacía lo mismo, dirigiendo a otros paisanos que iban «sin haber comido nada», consiguiendo recuperar un cañón en el Coso, «combatiendo con un soldado francés al que mató» y siendo herido.[20]

A mediados de febrero de 1809 faltaban defensores por todas partes. Los informes desde el frente eran lacónicos, desesperados, dramáticos. El capitán Antonio Anguita fue herido en batalla el 13 de febrero, al igual que el brigadier José Miranda, que defendía la Magdalena y Puerta del Sol. El capitán navarro Benito Requena «salió a la defensa de la calle del Coso, y aquí es donde recibió una herida en el hombro izquierdo, y una contusión en el pecho, de las cuales falleció», el valenciano Pedro García Loredo en «la batería de las Tenerías fue herido en ambas piernas de dos balazos de fusil», los jóvenes Antonio Laínez y Juan Gallán murieron en la defensa de la Universidad, que cayó el 18 de febrero, tras haber conseguido sus defensores repeler varios asaltos, pero no pudieron resistir ante 1.500 libras de pólvora de dos minas.[21] Las casas que iban ocupando los franceses estaban «abarrotadas de cadáveres, y parecía que nosotros no combatíamos más que por un cementerio».

Un oficial español pedía refuerzos desesperadamente desde el Coso. Señalaba que con «75 soldados malos y enfermos» estaban resistiendo

en un lugar que necesitaba 300 hombres para su defensa «y que sea tropa buena y no de distintos Cuerpos como se componen estos», que se estaba quedando sin combatientes porque ya no los podía retener «por más voces y razones sólidas» que daba, que «abandonaron la trinchera» aunque algunos volvieron después. Prendieron fuego a una casa para retrasar el avance de los franceses, pero no sabía cuánto más aguantarían. Uno de sus ayudantes fue herido gravemente «y no sé si habrá muerto», decía, mientras que a otro le imposibilitó «un casco de bomba». Él ya no podía hacer más, estaba sin poder andar tras una caída que le había torcido el pie, dejando el mando en un capitán del Regimiento Extremadura, con autorización del general Saint Marc. Acababa su informe «pidiendo gente, pues esta no viene», «yo tengo la cabeza que no la puede tener de falta de sueño y fatigas bien que no hago más que mí». En otro lugar de la línea del Coso, el comandante Alberto Sagastiberan daba parte ya el 20 de febrero de que siete de los catorce paisanos que guarnecían «la Casa de Nogués enfrente del fosal del Hospital» se habían ido, abandonando la defensa, y que estaban «picando los enemigos con dirección a la Casa de Lisa», mientras de los siete paisanos que habían quedado, uno acababa de morir «de una bala de cañón» y otro estaba herido. El 19 de febrero, el jefe de la caballería señalaba que no quedaban más que 62 caballos «débiles e inservibles», mientras que el brigadier Manuel Peñas exponía que no se podía disponer de más de 2.833 soldados en condiciones para combatir. Villaba, responsable de la artillería, manifestaba que se estaban acabando las municiones y ya no había pólvora, y Zappino expresaba que no había ni tela para hacer sacos con los que fortificar los parapetos, ya deshechos.[22]

En la inmediata retaguardia, también flaqueaban los ánimos. Parece que ya no se sabía por qué se combatía exactamente. La ciudad estaba rodeada, invadida, destruida, las familias agonizaban, todo era ya muerte y destrucción. Y si se dejaba de tener sustento material y moral, todo se paraba. Los armeros y operarios que arreglaban fusiles y demás armas, que trabajaban también con los cartuchos, decidieron «que si no se les paga, no quieren trabajar». Lo que tiempo después se denominaría con el nombre de huelga. Era 20 de febrero y de ello informaba Rafael García «por indisposición del señor Director» al jefe de la artillería española, Luis de Villaba.[23] El capitán general se encontraba en esos momentos delirando en una bodega de una casa de la calle Predicadores, en el barrio de San Pablo. Hasta aquí llegaba el ánimo de resistencia de Zaragoza, cada vez se perdían más motivos para continuar. Muchos estaban extenuados, aunque aún hubo algunos grupos de paisanos exaltados que pretendían seguir resistiendo hasta la muerte, enterrándose en las ruinas.

Pero la resistencia se hacía todavía más imposible. El 18 de febrero

de 1809 por la mañana, 52 piezas de artillería napoleónicas repartidas en diez baterías sobre la orilla norte del Ebro, dispararon sobre el pequeño barrio del Arrabal. Al mediodía, dos grandes brechas se abrían en sus endebles muros, una en el Convento de Santa Isabel y otra en el Convento de San Lázaro. En el de Santa Isabel, la batería número 31 hubo de bombardear varias veces puesto que los paisanos levantaban una y otra vez su puerta, sosteniéndola «con sus brazos» y «cada vez que caía, aplastaba en su caída a los que la sostenían». Tras ello, salieron de las trincheras tres columnas de soldados imperiales, quienes conquistaron las brechas, llegando tras un «sangriento combate» al Puente de Piedra, mientras muchos defensores huían en desorden. Unos 2.500 españoles quedaron prisioneros.[24]

Esta vez, la División Gazan no había atacado el lado norte, sino avanzado por el flanco este, y había triunfado. El ejército sitiador podía bombardear a placer todos los edificios que daban al Ebro, el corazón político y religioso de la ciudad: el Pilar, la Lonja, las Casas de la Diputación, la Seo, el Palacio Arzobispal… y así lo hizo. El barón de Warsage, Josef de L'hotellerie Fernández de Heredia, reunió las tropas que pudo y se propuso, en un último y desesperado intento, reconquistar el Arrabal. Warsage salió por la Puerta del Ángel, desenvainó su espada y se puso al frente. Empezó a cruzar y justo en el cambio de rasante, en el centro del puente, una bala de cañón le atravesó. Lo retiraron de allí, agonizante. Falleció el día 19 de febrero. Ese día, los imperiales cavaban seis minas que cruzaban el Coso, dispuestas a volar por los aires el centro de la ciudad. El día 20 de febrero de 1809, la Junta, que había tomado el mando ante la enfermedad del capitán general, ordenó izar una bandera blanca en la Torre Nueva. Cesaron los tiros en una tregua de veinticuatro horas, para parlamentar.

¿Quién quedaba con vida en Zaragoza en esos momentos? Un informe del gremio de horneros nos permite conocer las personas que había en Zaragoza a la altura del 20 de febrero de 1809. Si el 20 de diciembre de 1808 se habían reunido cerca de 100.000 personas, no parecían haber sobrevivido más de 32.000. O, al menos, esas eran las raciones de pan —galleta, en realidad— que estimaban necesarias diariamente los horneros de la ciudad: 10.000 para la tropa, 4.000 para los paisanos armados, 13.860 para los habitantes.[25] Eso quiere decir que en torno a 60.000 personas habían muerto. Como reflejó Goya en sus grabados, «Carretadas al cementerio» (estampa 64), pues solo restaba «Enterrar y callar» (estampa 18).

Capitulación

Mientras Zaragoza agonizaba lenta y dramáticamente en febrero de 1809, la División de Lazán había salido de Tarragona el 7 de febrero

con la mirada puesta en salvar Zaragoza. El día 11 se les había unido Francisco de Palafox en Lérida, donde ya sumaban 6.000 hombres. Después avanzaron hasta Fraga. Allí estuvieron entre el 12 y el 15, día en el que se les unió Doyle, ansioso por salvar la ciudad y al general que tan buena impresión le había dado. El día 16 llegaron a Sariñena, al otro lado de la sierra de Alcubierre, donde se les unió Felipe Perena, sumando un total de 9.000 hombres. El mariscal Lannes fue informado de estos movimientos y se trasladó con un contingente a Villamayor entre el 14 y 17 de febrero, pero tras observar que los dos hermanos Palafox no avanzaban, se volvió a dirigir el asedio.

Luis de Palafox, marqués de Lazán, y Francisco de Palafox fueron informados en Sariñena de que Lannes estaba sobre aviso, alertado de sus movimientos y les esperaba con miles de soldados en Villamayor. Lazán vio «absolutamente imposible atacar con ventaja y sin exponerse a una derrota completa con las fuerzas que tenía». Consideró que era un suicidio para él y sus tropas continuar adelante. Además, tuvo noticia de la caída del Arrabal «y que ya no quedaban esperanzas en esa ciudad». Ante ello, decidió retirarse hacia Fraga, donde llegó el 25 de febrero. Lazán prefirió conservar su pequeño nuevo ejército a inmolarse en socorro de una ciudad inmolada. En Cataluña quedó el capitán general Teodoro Reding, quien no cesó de combatir y también pensó en acudir en ayuda de Zaragoza. Sin embargo, fue derrotado el 24 de febrero de 1809 en la batalla de Valls, donde recibió gravísimas heridas. Lazán, que se había propuesto defender la línea del Cinca, se dirigió entonces a marchas forzadas a Tortosa, donde llegó el 7 de marzo de 1809, evitando su caída en manos napoleónicas.

Sin la llegada de estos ejércitos de socorro, Zaragoza estaba sentenciada para el 20 de febrero de 1809. En realidad, aunque hubiesen llegado, no se habrían encontrado ya más que un cementerio humeante, con un hedor insoportable, lleno de ruinas. Lazán había regresado a Aragón demasiado tarde. Su hermano José se debatía entre la vida y la muerte. Muchos oficiales del ejército habían muerto: Warsage, Simonó, Sangenís, Gasca... O'Neill moriría de tifus apenas unos días después. Leyva se hallaba herido, Fleury se encontraba prisionero. La Junta, presidida por Pedro María Ric, estaba negociando la capitulación de la ciudad con el mariscal Lannes. Este amenazó con un bombardeo brutal y hacer estallar las seis minas que atravesaban el Coso si la ciudad no se entregaba. Eso habría supuesto la destrucción total.

Mientras Ric y Lannes discutían los términos de la capitulación aquel 20 de febrero de 1809, el vigía situado en la torre de la iglesia del Portillo, Pedro Bunzuri, observaba lo que sucedía. A las nueve y media de la mañana vio a «un soldado de caballería con casaca azul,

solapa, cuello, vuelta y chupa encarnada, con ojales blancos en esta» que salía «con su caballo, con maleta y capa, en la grupa» por la Puerta del Portillo sin que absolutamente nadie se lo impidiese. No había ningún centinela español en las puertas. Nadie defendía la batería. No había artilleros ni paisanos. Los soldados napoleónicos que estaban enfrente le tiraron algunos fusilazos, pero el jinete prosiguió hacia ellos. Aquel soldado español «se pasaba ya al enemigo». Era el último desertor. Huía de una ciudad extenuada, desolada, arrasada sin que nadie se lo impidiera. Ni para eso había ya fuerzas.[26]

A altas horas del 20 de febrero de 1809 se firmaba en Casablanca la capitulación de la ciudad de Zaragoza en su Segundo Sitio. El texto firmado por Lannes y la Junta expresaba lo siguiente:[27]

> Capítulo 1.º La guarnición de Zaragoza saldrá mañana 21 al mediodía de la ciudad con sus armas por la Puerta del Portillo y las dejará a 100 pasos de dicha puerta.
>
> Id. 2.º Todos los oficiales y soldados de las tropas españolas harán el juramento de fidelidad a Su Majestad Católica el Rey José Napoleón I.
>
> Id. 3.º Todos los oficiales y soldados que habrán prestado el juramento de fidelidad, quedarán en libertad de entrar en el servicio de Su Majestad Católica.
>
> Id. 4.º Los que de ellos no quisieren entrar en el servicio serán llevados prisioneros a Francia.
>
> Id. 5.º Todos los habitantes de Zaragoza y los extranjeros, si los hubiere, serán desarmados por los alcaldes y las armas puestas en la Puerta del Portillo el 21 al mediodía.
>
> Id. 6.º Las personas y las propiedades serán respetadas por las tropas del emperador y rey.
>
> Id. 7.º La religión y sus ministros serán respetados, y serán puestas centinelas en las puertas de los principales templos.
>
> Id. 8.º Las tropas francesas ocuparán mañana al mediodía todas las puertas de la ciudad, el Castillo y el Coso,
>
> Id. 9.º Toda la artillería y municiones de toda especie serán puestas en poder de las tropas del emperador y rey mañana al mediodía.
>
> Id. 10.º Todas las cajas militares y civiles (es decir, las tesorerías y cajas de regimiento) serán puestas a disposición de Su Majestad Católica.
>
> Id. 11.º Todas las administraciones civiles y toda especie de empleados harán juramento de fidelidad a Su Majestad Católica, y la justicia se distribuirá del mismo modo, y se hará a nombre de Su Majestad Católica el Rey José Napoleón I.

Así, el día 21 de febrero de 1809 salieron por la Puerta del Portillo cerca de 12.000 espantosamente demacrados defensores, entregando sus armas y quedando prisioneros en un «triste» y «conmovedor» espectáculo, en palabras de Lejeune. Brandt los describió como «una multitud pintorescamente variada, y compuesta por gente de toda edad y condición, algunos en uniforme, pero la mayor parte vistiendo ropas de campesino». Unos morirían por la enfermedad, otros pasarían años trabajando en un depósito de prisioneros de Nancy, otros escaparían y continuarían la guerra. José de Palafox fue llevado al castillo de Vincennes. El ejército napoleónico tomó posesión de Zaragoza, desarmando al vecindario y quedando como gobernador de la plaza el general Laval.

Zaragoza había caído tras un sitio de dos meses, de 52 días de

trinchera abierta, de los que 29 habían sido empleados en conquistar el recinto defensivo y 23 en avanzar por dentro de la ciudad, calle a calle, casa a casa. Las fuerzas del Imperio de Napoleón habían usado para ello dos cuerpos de ejército, cuatro mariscales, 132 piezas de artillería, 9.500 kilos de pólvora en minas y otros 69.325 kilos de pólvora usada en fusiles y piezas artilleras y 32.700 proyectiles de artillería.

La ciudad de la que se adueñaron tenía un aspecto lamentable. Lejeune describía las fachadas de las casas, que «se veían acribilladas» y con aberturas, los techos y sus vigas «quedaban en el aire ligeramente suspendidos y amenazando aplastar a los transeúntes»; todo en torno al Coso aparecía lleno de barricadas, el interior de las casas estaba devastado, todas las paredes agujereadas por aspilleras o por cañonazos, el suelo de las calles se encontraba levantado por las explosiones. En una cuarta parte de la ciudad «humeaban las cenizas y los escombros revueltos con restos humanos medio secos o carbonizados». Zaragoza era «un teatro de desolación», con más de 6.000 cadáveres insepultos, en las calles, en las ruinas, en los parapetos, en las iglesias, en las casas. Los civiles supervivientes parecían «lívidos fantasmas», medio desnudos y demacrados, ofreciendo una visión horripilante. Agustín Alcaide Ibieca sentenció que «la hermosa Zaragoza no era más que un vasto cementerio».

Las bajas habían sido terribles. Entre los defensores murieron más de 52.000 personas, sobre todo víctimas de la epidemia, ya que en combate habían caído en torno a 10.000. En el ejército napoleónico reconocían 4.500 bajas entre muertos y heridos, pero fueron más numerosas, probablemente hasta 10.000. El tifus también les afectó, llenando sus hospitales en Alagón y Tudela. En cualquier caso, las bajas españolas eran totales, la totalidad de los efectivos del Ejército de Reserva y de una división del Ejército del Centro habían quedado muertos, heridos o prisioneros. En el caso napoleónico, un 20 por ciento de los soldados de dos cuerpos de ejército habían quedado fuera de combate. El mariscal Lannes escribió a Napoleón que «la victoria da pena» y no haría su entrada triunfal como conquistador de Zaragoza hasta el 5 de marzo de 1809, cuando más de 10.000 cadáveres se habían llevado a enterrar junto a la arboleda de Macanaz, al norte del Ebro, y algunos escombros habían sido retirados.[28]

Un día después de la entrada de Lannes en Zaragoza, el 6 de marzo de 1809, Théophile Charles Bremond, un joven oficial francés de veintiún años, perteneciente al 21 de *Chasseurs à chéval* (Cazadores a caballo), del Quinto Cuerpo de Ejército, mandaba una carta a su padre, que se encontraba en el hogar familiar en Saintes (departamento de Charentes Marítimo). Bremond se había alistado en

1803 y era subteniente del 21 desde 1806. Se había criado en el seno de una familia de la pequeña nobleza aquitana y sus cartas solían tener un tono positivo, celebrando sus ascensos en el ejército de Napoleón. Al emperador debía su familia haber vuelto del exilio tras la Revolución, pues su padre era un antiguo diputado de los Estados Generales de 1789 de posiciones conservadoras, de Saintes. Bremond escribía desde su acantonamiento en Villamayor, a 10 kilómetros de Zaragoza. Se alegraba porque al fin podía escribirle, tras dos meses sin cartas, en los que ni había tenido ocasión ni opción de escribir, puesto que «los correos eran todos interceptados». Le contaba cómo Palafox había retenido a una buena parte del ejército francés en torno a Zaragoza, la cual había sido sometida al bombardeo, quedando, al fin, «reducida después de meses». Describía así la situación: «En esta gran ciudad (…) muchas personas han muerto en el sitio que ha durado dos meses. Yo he visto la ciudad que está arruinada por nuestra artillería. La mitad está enteramente quemada y las iglesias están llenas de muertos y de heridos y es un horror esta desgraciada ciudad», apuntando que los españoles se defendieron «con valor, pero la enfermedad y la toma del barrio [Arrabal] les ha hecho rendirse». Tras dejar patente su horror ante lo visto y vivido, finalizaba anunciando su próximo destino, Lérida o Mequinenza, plazas españolas por conquistar.[29]

La ciudad de Zaragoza, como vemos, quedó desolada. Era un lugar poco habitable, entre los escombros que llenaban las calles, las casas donde no se podía vivir y el peligro persistente de la epidemia. El mariscal Jean Lannes dio orden de que las personas que se habían refugiado en la ciudad la abandonasen y regresaran a sus pueblos de origen.[30] Miles de personas de la Ribera Alta del Ebro y otros lugares de Aragón habían abandonado sus localidades tras la derrota de Tudela del 23 de noviembre de 1808. Conforme el avance napoleónico se hacía imparable, huyeron de la guerra y buscaron refugio tras los muros de Zaragoza. Lo que no podían sospechar era que la invencible población del Primer Sitio acabaría convirtiéndose en un cementerio humeante, sepultando a miles de personas.

Sin embargo, hubo quienes sobrevivieron a la carnicería y a las ruinas. Ese era el caso de Josefa Fañanás, viuda de Demetrio Tolosa. Esta mujer era vecina de Lupiñén, pueblo cerca de Huesca. El 19 de marzo de 1809 regresaba a su hogar, pero lo hacía sola. Su hermano José y su sobrino Pascual habían muerto en el Segundo Sitio de Zaragoza. Ella había sufrido «muchos atropellamientos», pero consiguió llegar con vida a Lupiñén. Entró en el pueblo como una furia desgarrada por la tragedia. Prorrumpió en gritos de que nadie se desanimara, que todos los vecinos debían tomar las armas contra los franceses para conseguir traer de vuelta al rey Fernando, rescatar a

José de Palafox y así cumplir la voluntad de Dios y de la Virgen del Pilar. Tras esa enfervorecida arenga, se desmayó. El alcalde Mariano Olivo la llevó a su casa para atenderla, pues se hallaba en un estado lamentable.[31]

Josefa Fañanás bien podría ejemplificar el fin de Zaragoza en aquel segundo asedio. Enloquecida en un combate hasta la extenuación, derrumbándose tras haber perdido a sus hijos en los desastres de la guerra… Y sin embargo, la ciudad continuó. Convertida en mártir colectivo, desempeñó un papel propagandístico en los años siguientes de la Guerra de la Independencia, romantizada después como mito nacional. Así acabó todo. A los supervivientes les tocaba hacer de ave fénix y resurgir de las cenizas.

11. RECAPITULACIÓN
Epílogo desde la Zaragoza actual

La historia de los dos Sitios que sufrió la ciudad de Zaragoza en 1808 y 1809 es intensa y más poliédrica de como a veces se ha contado. Cuando el vecindario zaragozano tomó las armas a finales de mayo de 1808, nada estaba escrito, todo era posible. En el transcurso de ese primer año de la —posteriormente llamada— Guerra de la Independencia Española hubo momentos en los que no estuvo claro qué podía pasar y qué podría haber pasado. La victoria de antemano solo se tenía en ilusiones populares o sobre mapas de estados mayores, pero la realidad bélica era tozuda, distinta y fortuita. Factores logísticos, climáticos, psicológicos, urbanísticos o humanos influían en el devenir. Y estos eran difíciles de prever en muchas ocasiones.

Ni Napoleón ni Murat pensaron que España, una vez descabezada de sus viejos reyes y con su ejército diseminado —entre Dinamarca, Portugal y las costas españolas—, pudiera suponer un problema. Como mucho un par de motines fácilmente reprimibles como los del 2 de Mayo en Madrid 1808 u otros anteriores en otros países, como el de El Cairo en 1798, o el de los realistas parisinos en 1795. Sin embargo, se desató una cruenta guerra de seis años porque hubo una respuesta de distintos sectores sociales, con especial énfasis de las clases populares, e incluidas las fuerzas militares que se reorganizaron una y otra vez para presentar batalla.

Dupont no tuvo en cuenta cuando partió rumbo a Cádiz que entraba en una ratonera geográfica, dado el muro que suponía Sierra Morena, la cual dejó a sus espaldas, con el paso de Despeñaperros desprotegido. Ni tuvo presente las altas temperaturas de julio en los campos jienenses, que agotaron a sus sedientas tropas y complicaron el disparo de sus cañones que no podían ser refrescados. Las columnas napoleónicas que se internaron en el macizo de Montserrat no contaban con tener que combatir en un terreno abrupto que les impedía desplegarse para la batalla. Moncey pensó que se encontraría una Valencia desprotegida y, sin embargo, la Junta valenciana improvisó un ejército, el cual resistió tras las murallas de la ciudad. Lo mismo le ocurrió a Lefebvre, que se confió tras tres victorias consecutivas en campo abierto y llano en las riberas del Ebro, pensando celebrar el Corpus Christi en Zaragoza, ciudad abierta que no debía ofrecer ninguna resistencia. Era inconcebible siquiera que lo intentara, desde un punto de vista estrictamente militar previo al

verano de 1808.

Los civiles levantados en armas en la España de 1808 pensaron que con solo levantar los fusiles echarían a Napoleón, pero no tenían ni idea de estrategia, ni instrucción militar, muchos ni siquiera sabían manejar correctamente un fusil de avancarga, mucho menos cualquier pieza de artillería. Por su parte, los mandos militares españoles plantearon la guerra como si en el siglo XVIII estuvieran, con lentos movimientos y formaciones de líneas de fusileros. Pero no tenían en cuenta las nuevas tácticas napoleónicas, rápidas, envolventes y contundentes, con columnas de infantería y caballería. También tardaron en percatarse de que no dirigían soldados profesionales sino a campesinos y artesanos con los que ni se podía marchar en formación. Aunque esos paisanos militarizados aprenderían a lo largo de los años que duró la guerra. Los que no murieron antes, claro. También aprenderían otras formas irregulares de hacer la guerra, a su manera, la guerrilla, la cual, por otro lado, acabaría militarizándose y encuadrándose en el propio ejército regular en un proceso bidireccional.

El general Castaños mostró un modo de combatir dieciochesco pero mandaba, fundamentalmente, al ejército regular borbónico, lo cual le podía dar la victoria. También tenía en cuenta la geografía, buscando siempre asegurar sus flancos. José de Palafox, en cambio, concibió una guerra más ofensiva, quizás más innovadora, pero sin tener medios materiales para ello, ni la logística necesaria para mover con la rapidez necesaria a los ejércitos, ni tener presente la geografía de los campos de batalla. Sobre sus mapas, la batalla de Bailén no habría tenido lugar para Castaños, no así, no allí. En la mente de Palafox, Zaragoza no podría haber resistido el 15 de junio de 1808 y en el otoño de 1808 su gran plan estratégico habría envuelto a las tropas napoleónicas en Navarra junto a las fuerzas de Blake y Castaños, obligando a aquellas a capitular y a Napoleón a firmar la paz, retornando Fernando VII al trono. Pero la historia no discurrió por esos caminos que ellos pensaban.

El Primer Sitio de Zaragoza se resolvió más fuera de la ciudad que dentro. Comenzó sorprendentemente con una victoria aragonesa en las tapias, pero fueron las fuerzas de socorro que se empezaron a mover desde julio las que obligaron al ejército imperial a retirarse antes de verse totalmente rodeado por las tropas de Perena, los hermanos Palafox, Warsage, Saint Marc y Montijo. Junto a ellos, la noticia de la batalla de Bailén aceleró todo. Pero sin esas tropas externas que convergieron sobre Zaragoza entre el 5 y el 14 de agosto de 1808, la ciudad no habría resistido, posiblemente; y mucho menos, con el enemigo dentro y los defensores sin suministros. Lo que Zaragoza perdió fuera en las batallas de Tudela, Mallén, Alagón y Épila (8, 13,

14 y 23 de junio) lo reconquistó con su resistencia y los avances españoles desde Huesca, Pina de Ebro, Calatayud y Valencia.

En cambio, en el Segundo Sitio, la resolución estuvo dentro de Zaragoza. Primero por la decisión de José de Palafox de encerrarse en la ciudad con todas las tropas. Eso evitó que un ejército de la suficiente entidad operase en el entorno. Por tanto, el ejército napoleónico se dedicó a aplicar metódicamente las reglas del asedio a una plaza fuerte. Sin embargo, hubo de innovar para someter a Zaragoza cuando traspasó sus muros y se enfrentó a un novedoso combate urbano que presentaron sus defensores. De todas formas, hubo al menos tres momentos de inflexión que podrían haber cambiado las tornas. Tras las batallas del 21 de diciembre, la División Gazan estaba abatida y aislada al norte del Ebro. En esos momentos hubo militares que instaron a Palafox a salir con el Ejército de Reserva y destruirla por completo, dejando abierta la comunicación de la ciudad en la margen izquierda del río Ebro. Quién sabe qué habría ocurrido. A mediados de enero, cuando al general Junot se le comunicó que Lannes se iba a poner al mando del asedio, quiso lanzar un asalto frontal y general, lo cual evitaron con muchos esfuerzos otros generales como Lacoste. Si Junot hubiera efectuado tal asalto, es probable que hubiera sido una carnicería, dada la penuria moral y material de sus hambrientos soldados y que los muros zaragozanos aún no tenían brechas practicables. Quién sabe si no habría tenido que retirarse. Era un momento crítico. Por último, las fuerzas que acudieron en socorro de Zaragoza no fueron de la misma entidad que en el verano, aunque quién sabe qué habría podido suceder si Castaños se hubiera dirigido a la retaguardia de Moncey y Mortier en Alagón en vez de retirarse en dirección Cuenca. El único ejército que pudo haber roto el cerco fue el de Lazán, pero llegó demasiado tarde y juzgó que era demasiado arriesgado. Al final, la artillería, la pólvora y la epidemia se impusieron. Este último factor tampoco estaba contemplado y poco podían hacer frente a él.

Y así cayó Zaragoza, tras dos asedios. ¿Pero qué supuso aquello? Además del innegable drama humano, cabe preguntarse si militarmente hablando tuvo algún sentido. El círculo en torno a Castaños y otros mandos militares como Luis de Villaba, subordinado a Palafox durante el Segundo Sitio, manifestaron que había sido una locura inútil. Acusaron a José de Palafox de incompetencia militar por varios motivos. El primero, por abandonar al Ejército de Reserva en Tudela tras no obedecer las órdenes de Castaños de cubrir la línea del Queiles. El segundo, por encerrarse en el pequeño perímetro de Zaragoza con todos sus efectivos militares y militarizados. Sin embargo, eso tenía su sentido si la primera línea de defensa en torno al Canal Imperial no se hubiera desplomado en unas pocas horas. Por

tanto, lo que supuso tal concentración de personas en Zaragoza fue una rápida extensión de la enfermedad, malas condiciones de alojamiento, hambre y, en definitiva, la tumba de todo un ejército de 30.000 soldados españoles. Criticaron duramente la decisión de Palafox de no sacar tropas, dejando la defensa de la ciudad en manos de los paisanos, y hostigar las líneas napoleónicas desde el exterior. Ahora bien, Zaragoza actuó como tapón en medio del Valle del Ebro. En el Primer Sitio se convirtió en un símbolo que obligó a Napoleón a dirigir contra ella ingentes recursos humanos y materiales para someter a la ciudad y al mito de resistencia. Así, en el Segundo Sitio se retuvo durante más de dos meses a dos cuerpos del ejército imperial y a cuatro mariscales del Imperio, con todos sus recursos, en torno a un punto fijo. Mientras tanto, se pudo retirar el Ejército del Centro, mantener el levantamiento fernandino en Cataluña, adonde Palafox había enviado una división al mando de su hermano Luis, y preparar la resistencia en plazas como Mequinenza, Lérida, Tortosa, Tarragona y Valencia.

Zaragoza se convirtió, ciertamente, en un cementerio humeante, pero eso también dio tiempo a otros lugares y personas para continuar la guerra contra Napoleón. Y también les dio un mito de resistencia. Zaragoza sirvió para el resto del país que combatía por Fernando VII. Para su vecindario, el que sobrevivió a la hecatombe, en 1809 solo había ruinas y dolorosas pérdidas.

Guerra total en 1808-1809

Se suele utilizar el concepto «guerra total» para la Primera Guerra Mundial (1914-1918) pero también se debate si se puede aplicar a conflictos bélicos anteriores. Que se etiquete así o no una guerra, no significa que sus desastres y crueldades sean menores, pero es pertinente plantearse si la Guerra de la Independencia Española (1808-1814) y, más concretamente, los Sitios de Zaragoza (1808-1809) pueden ser concebidos como tal. El historiador David Bell dedicó un libro a exponer los argumentos por los cuales las guerras napoleónicas podrían considerarse la primera guerra total. Siguiendo su estela, pienso que hay razones que nos pueden llevar a calificar de esa forma a la de 1808-1809. La retórica de la guerra a muerte, la alta movilización, la población civil como combatiente en masa, los bombardeos contra la ciudad, los encarnizados combates con un alto porcentaje de bajas y la desolación final bien podrían calificarse como guerra total.

En primer lugar, el reclutamiento masivo, como no se había llevado a cabo nunca en España. El diseminado ejército regular borbónico no era suficiente, a la altura de 1808, para hacer frente a Napoleón. Se recurrió a la leva en masa, reclutando a los hombres de entre dieciséis

y cuarenta años, como se ha explicado en el capítulo 3. Eso no sucedió solo en Aragón, sino en el resto de regiones españolas libres de la ocupación napoleónica. Cuando esto fue insuficiente, se recurrió a reclutar otros hombres, como el ejército congregado por Felipe Perena y fray Teobaldo en torno a Perdiguera en enero de 1809. A ello hacían referencia también los oficiales franceses cuando insistían en que todo Aragón estaba alzado en armas, que estaban rodeados, que todo el mundo se iba a alistar bajo las banderas de la rebelión de los tres hermanos Palafox. Y fue una constante durante todo el conflicto.

El Ejército de Aragón había llegado a tener 15.000 efectivos concentrados en Zaragoza en agosto de 1808, fueron casi 20.000 cuando junto a tropas valencianas se convirtieron en Ejército de Reserva en el frente navarro bajo mando de O'Neill. A ello se sumaban los 26.000 soldados del Ejército del Centro. Todos entre Logroño y Tudela. A la vez operaban otros ejércitos, como se ha narrado en el capítulo 8. Pero es que una vez desbaratados todos ellos en el invierno de 1808-1809, desde Sevilla, la Junta Central Suprema ordenó hacer grandes esfuerzos humanos y materiales para organizar un gran ejército español, otros 50.000 soldados bien equipados que marcharon a frenar el avance hacia el sur de las tropas del rey José Bonaparte y preveían reconquistar Madrid. Todo se frustró con la gran derrota sufrida en Ocaña el 19 de noviembre de 1809.

Estas son unas cifras altísimas de tropas si las comparamos con las que habían combatido en la última gran guerra. En 1793-1795, el general Ricardos había contado con 27.000 soldados concentrados en Cataluña para invadir el Rosellón, mientras que en la frontera del Bidasoa operaban 16.000 soldados. Mientras los soldados de la República Francesa se nutrieron de la *levée en masse* y aumentaron sus efectivos considerablemente, los ejércitos españoles menguaban, no tenían efectivos de repuesto, debiendo batirse a la defensiva en las campañas de 1794 y 1795. Carlos IV no podía poner más de 43.000 hombres en el frente bélico, aunque su ejército total doblaba la cifra. Sin embargo, en octubre de 1808 había cerca de 80.000 soldados españoles situados entre Bilbao, Logroño, Sangüesa y Gerona, al mando de los generales Blake, Castaños, O'Neill, Lazán y Vives. Es prácticamente el doble de efectivos que apenas trece años antes. Y la población española había padecido los efectos de las epidemias de fiebre amarilla y las malas cosechas, es decir, seguía siendo de en torno a 10 millones de habitantes. Pero la mayor novedad estaba en que constantemente se siguieron poniendo más reclutas, voluntariamente o coaccionados, sobre el campo de batalla. Algo había cambiado, ya no era la misma guerra.

En Zaragoza, como se ha contado en los capítulos 8 y 9, se concentraron en diciembre de 1808 casi 32.000 soldados, a los que

habría que sumar varios miles de paisanos militarizados. Eso suponía dos terceras partes de la población habitual de la ciudad. Frente a ellos, 50.000 efectivos napoleónicos, tantos como habitantes tenía Zaragoza poco antes de 1808. A ello se sumó un tren bélico de asedio que ni siquiera se había visto en el sitio a una plaza fortificada con baluartes como Danzig en 1807. Junto a estos números militares, el gran nuevo protagonista de la guerra: la población civil.

En 1808 no fue solamente víctima y sujeto pasivo del escenario bélico, sino que tomó parte activa. Una parte considerable del vecindario de Zaragoza se convirtió en combatiente y otra parte nada desdeñable en clave en aspectos de la logística militar que sostenía el frente. Ya fuera por voluntad propia, por necesidad o por temor, porque la guerra no se libró en lugares lejanos, sino en sus campos y en la misma puerta de sus casas. El microcosmos bélico creado por un duro asedio radicalizó hasta el extremo de guerra a cuchillo, de guerra a muerte, a buena parte de los zaragozanos y zaragozanas que no admitieron tibiezas de las autoridades a las que exigieron salir a combatir primero, defender el perímetro de la ciudad después y, en última instancia, las echaron a un lado y fue el mismo vecindario quien tomó la iniciativa armada, contra toda la racionalidad de las reglas de la guerra del momento.

Porque en Zaragoza se rompieron las convenciones de la guerra, tanto la dieciochesca como la napoleónica. En el momento que la población civil tomó las armas y no las soltó, en que siguieron combatiendo en las calles y casas, sin rendirse, ya no existía la lógica del asedio que marcaba su fin tras la caída de las murallas, las cuales ni siquiera tenía como tales Zaragoza. Por tanto, se confunde lo civil y lo militar, todo es uno, no hay líneas cuando el frente es un lado de una calle o la cocina de una casa. Dejó de haber objetivos específicamente militares, el objetivo era toda la ciudad.

Y esto enlaza con otro punto: el bombardeo. Lefebvre fue con cañones ligeros, de campaña, de a cuatro libras, para luchar en campo abierto con rapidez y, como mucho, derribar los portones de entrada a Zaragoza. Cuando se dio cuenta, tras su derrota el 15 de junio, de que la ciudad iba a resistir, pidió piezas de artillería para bombardear. Estas llegaron junto al general Verdier. Así, el 1 de julio comenzó el bombardeo de la ciudad. Aunque impactó mucho a quienes vieron aquella escena por primera vez, pues Zaragoza nunca en su historia había sido bombardeada por artillería, los objetivos de los cañones imperiales fueron sobre todo militares: las baterías españolas situadas en las puertas, el perímetro murado de la ciudad y los grandes edificios en los que se atrincheraban los defensores. Pero el asalto planeado por Verdier el 2 de julio fracasó. Para la siguiente ocasión, el bombardeo ya no solo lo dirigió contra las obras defensivas, sino

contra objetivos civiles del interior de la ciudad, como el Hospital de Nuestra Señora de Gracia. Su fin era doblegar la voluntad de resistencia, sembrar el terror, anunciar que se debían rendir.

Sin embargo, tras el fracaso napoleónico del Primer Sitio, todo escalaría más en una vorágine de aprendizaje de bombardeo total. Porque las más de cien piezas de artillería con las que aparecieron Moncey y Mortier en Zaragoza no eran necesarias para abatir las obras de tierra apisonada y ladrillos de adobe construidas apresuradamente para tratar de fortificar la ciudad. Para eso, muchas menos eran más que suficientes. Tenían la experiencia del verano de 1808. La concentración de treinta, cuarenta o cincuenta piezas de artillería contra espacios tan pequeños y endebles como el Convento de San José, el Reducto del Pilar, el Convento de Santa Mónica o el barrio del Arrabal, constituye algo inédito hasta el momento. Y su objetivo fue claro y contundente: reducirlos a polvo y cenizas. Pero además, los artilleros franceses apuntaron sus piezas a edificios tan simbólicos del corazón de la ciudad como la Basílica del Pilar o las Casas de la Diputación. Los 32.000 proyectiles disparados sobre la ciudad en poco más de mes y medio hablan por sí solos de la magnitud del bombardeo sufrido por Zaragoza.

Junto a las bombas y balas rasas, la guerra de minas. Primero con Lacoste, luego con Rogniat, ambos con órdenes claras de Napoleón y Lannes: minimizar las bajas propias y minar por completo la resistencia. Edificios eclesiásticos y civiles, una casa tras otra, fueron volados y esparcidos sus ladrillos al aire para caer en un amasijo de escombros y restos humanos durante veintidós días, entre enero y febrero de 1809. Qué clase de guerra era esa en la que había que hacer saltar por los aires manzanas enteras de casas de gente corriente. Los barrios de Santa Engracia y la Magdalena sufrieron esto especialmente, quedando auténticamente devastados en escenas verdaderamente desoladoras.

Este tipo de guerra, como es obvio, provocó un enorme número de bajas entre los defensores, que como se ha narrado en el capítulo 10, recurrieron al contraminado y el incendio de casas. Pero también fueron altas las bajas de un ejército como el napoleónico que, acostumbrado a grandes batallas en campo abierto, no podía desplegarse entre las calles llenas de obstáculos de Zaragoza, menos aún en el interior de los edificios que debían tomar peldaño a peldaño. Sin embargo, las mayores bajas entre los imperiales se produjeron cuando realizaron asaltos como el del 15 de junio, 4 de agosto y 21 de diciembre de 1808 y el 27-29 de enero de 1809. Obviando a los que cayeron prisioneros o fallecieron por enfermedad, que arrojan cifras espeluznantes, si nos centramos en las bajas en combate (muertos y heridos) estas siguen siendo altas (en torno al 30 por ciento), como se

ha explicado en los capítulos precedentes.

Mrozinski dijo que «los desastres de la guerra adquirieron una forma más abominable, olvidando a menudo las sempiternas normas que la humanidad había establecido para disminuir las desgracias de la guerra». Lejeune, que «nunca se había visto a una ciudad abierta sostener un sitio tan pertinaz», pero a un coste terrible, pues «humeaban las cenizas y los escombros revueltos con restos humanos», y el mariscal Lannes escribió: «Han muerto cincuenta y cuatro mil personas: es inconcebible. Desde nuestra entrada han muerto entre ocho y diez mil, de manera que esta ciudad está reducida en este momento a alrededor de doce a quince mil habitantes (…). Es imposible que Zaragoza se rebele; esta ciudad da horror verla».

Si el Segundo Sitio de Zaragoza no fue una guerra total, se le acercó mucho. Más allá del episodio local, a pesar de su transcendencia, se puede observar que hay un proceso de cambio en las formas de hacer la guerra entre el siglo XVIII y el siglo XIX. Esto se ve en tres grandes conflictos que se desarrollaron en las cinco décadas que van entre 1793 y 1843. Cuando comenzó la guerra entre la Monarquía Española de Carlos IV y la Convención Francesa en 1793 hubo declaración explícita y formal de guerra entre los dos estados, también tratado de paz que puso fin a la misma y no conllevó cambios en la frontera pirenaica. La guerra fue en buena medida de posiciones, se respetó en buena medida a la población civil y combatieron ejércitos profesionales —en el caso francés solo inicialmente—. En cambio, en la primavera de 1808 no hubo declaración formal de guerra de Napoleón, quien ocupaba *de facto* España, y a quien los Borbones le habían entregado la Corona, con lo que siempre concibió la Guerra de España como el sometimiento de unos vasallos rebeldes al legítimo rey, su hermano José. Por parte del bando fernandino, las declaraciones de guerra fueron sucediéndose por las distintas juntas locales a fines de mayo y comienzos de junio, pero no conformaban un Estado, el cual se reconstruiría de abajo hacia arriba con la Junta Central, la Regencia y las Cortes, siempre en nombre del cautivo y deseado Fernando VII. En cuanto al tratado de paz, no se firmó nunca entre el gobierno español y Napoleón, sino entre Fernando VII y Napoleón, saltándose la nueva legitimidad constitucional. Tanto es así que mientras Fernando VII entraba en España triunfalmente en marzo-abril de 1814, los soldados españoles seguían combatiendo a los imperiales en la batalla de Toulouse de abril de 1814. En el caso de la Guerra Peninsular, no hubo cambios de fronteras en 1814 como sí sucedió en el resto de Europa. Aunque durante todo el conflicto hubo en España dos legitimidades: la josefina y la fernandina, cada una en una parte del país. Y esto sin contar Hispanoamérica, donde en 1810, al conocer la derrota de Ocaña, surge una nueva legitimidad en

nombre de Fernando VII que luego derivó en otro complejo proceso.

La Guerra de la Independencia, a diferencia de lo sucedido en 1793-1795 con el frente pirenaico, no tuvo un escenario fijo, sino muy cambiante a lo largo de seis años. Tampoco se paró de combatir en invierno. En el siglo XVIII era habitual que las campañas militares se hicieran entre primavera y otoño, mientras que en 1808-1814 no hubo tregua. Además, los asedios a ciudades fueron una constante, más allá de Zaragoza: Gerona, Cádiz, Ciudad Rodrigo, Badajoz, Valencia, Tortosa, Tarragona, Mequinenza, Jaca, Pamplona, Santoña, Lérida, Tarifa… Y cada asedio suponía la implicación activa o pasiva de la población de la localidad asediada, si bien en pocos casos se llegó a los extremos vividos en Zaragoza.

Y una última cuestión: el fenómeno de la guerrilla. Esa nueva práctica bélica, otra forma de hacer la guerra de nuevos reclutas, desertores y algunos militares que habían experimentado las derrotas en campo abierto. La guerrilla supuso la difuminación del frente bélico, ya que combatía en la supuesta retaguardia de uno de los bandos. Y frente a ella, la contraguerrilla, la cual también existió. Por tanto, se podría hablar de frentes poco claros y difusos. Todo lo comentado implicó que la población civil fuera parte de la guerra y objetivo de la misma. A la movilización en masa, a los asedios, a la guerrilla, se sumaban, o más bien eran consecuencia de ello, los desastres de la guerra. Aquello que pintó Francisco de Goya: «Yo lo vi».

Las bajas en la Guerra de la Independencia fueron altas para ambos bandos. Dicho lo cual, igual que en el caso concreto de los Sitios de Zaragoza, parece que si aquello no fue una guerra total, se le acercó bastante. Así, se había pasado en menos de dos décadas, de una guerra dieciochesca, con sus convenciones, en 1793-1795, a una guerra total entre dos países. Si bien en ambos pugnaban proyectos distintos: la Revolución y la Contrarrevolución. El germen de guerra civil estaba presente en 1808-1814, primero por las dos legitimidades, josefina/afrancesada y fernandina, después por los proyectos enfrentados en las Cortes de Cádiz, liberales y absolutistas/realistas. Estos últimos se enfrentarían en las décadas siguientes, siendo el conflicto más largo el desarrollado entre 1833 y 1840, la Primera Guerra Carlista, que bien podría definirse como una guerra total civil.

Participación popular: «Héroes» y «heroínas»

La gran pregunta es qué llevó a la resistencia extrema de Zaragoza. A veces se ha perdido el debate en el quién, buscando culpables, bien fuera el fanático clero, el despotismo militar de Palafox o la ignorancia popular que llevaba a aquellas pobres gentes a combatir por Fernando VII. Otras veces se ha quedado en el tópico heroico de

un pueblo numantino presto a luchar hasta la muerte por nobles ideales de libertad e independencia nacional. En realidad, todas estas apreciaciones son herederas de discursos construidos en las décadas posteriores, bien por franceses que sobredimensionaban el papel de un clero contrarrevolucionario, fanático y fanatizado de una España negra y atrasada; bien por liberales que construyeron un mito nacional perfecto como fecha fundacional de la nación contemporánea española, la cual se habría levantado unánimemente contra un tirano extranjero.

La realidad fue bastante más compleja, y eso se ha tratado de explicar en los capítulos precedentes. Hay que tener en cuenta, al menos, los siguientes factores para entender lo que sucede entre junio de 1808 y febrero de 1809: las dinámicas de movilización y politización popular con base en experiencias acumuladas, el discurso realista de «Dios, patria, rey», rumores y realidades sobre el enemigo, las posibilidades contingentes de resistencia, posibles presiones desde arriba, presiones horizontales de la comunidad, percepción y realidad de defensa de la propia casa y familia, radicalización en una situación excepcional, cuestiones materiales. Estas cuestiones pueden explicar el porqué luchar, y luego estaba el hasta cuándo luchar, pues llegó un momento, en la tercera semana de febrero de 1809, en que la voluntad de resistir se quebró en una buena parte de los combatientes.

Lo sucedido a partir del 24 de mayo-15 de junio de 1808 hay que verlo en el largo plazo. Las clases populares no aparecen de repente, en ese momento, movilizadas para defender a un rey. Llevaban un aprendizaje político que podríamos remontar a los motines del pan de 1766, los cuales revistieron gran importancia en Zaragoza, donde fue especialmente cruento. Lo que autores como E. P. Thompson han llamado «economía moral de la multitud» para explicar motines populares en la Inglaterra y Francia del siglo XVIII, se puede aplicar en la España de la época. Las clases populares, hombres y mujeres, se movilizaban cuando creían que algo era injusto, abusivo y/o atentaba contra las normas consuetudinarias y modos de vida de la comunidad en la que vivían. De esa forma, podían ir al mercado y al observar una subida de precios, atacar el molinero, asaltar el granero municipal u obligar mediante amenazas a las autoridades a que bajasen los precios. Al intendente Garcini lo insultaron, apedrearon y expulsaron de Zaragoza por algo similar, por aplicar un impuesto al vino fuera de uso y costumbre, además de por representar a Godoy. Y fue con la crisis y cambios bajo el gobierno de este cuando se iniciaron las experiencias que desembocarían en el 15 de junio: el Motín de Aranjuez y su eco zaragozano, la conspiración de los labradores, la rebelión del 24 de mayo y la búsqueda y encumbramiento de una nueva autoridad elegida por el pueblo.

El vecindario de Zaragoza aprendió, en pocos meses, que podía destronar *de facto* a un rey (Carlos IV), entronizar a otro, *su* rey (Fernando VII), echar a un intendente (Garcini) y abolir un impuesto, destituir a un capitán general (Guillelmi) y nombrar a otro (Palafox), y amenazar a la autoridad civil, al Real Acuerdo. Junto a esa experiencia política, adquirieron otra militar. Muchos pasaron de ser jornaleros, labradores, comerciantes, alfareros, tintoreros, tejedores, horneros etc., a ser soldados de los Tercios Aragoneses. Fueron con entusiasmo a lo que creían que era una guerra fácil, pero experimentaron la derrota en campo abierto, aprendieron a huir como fuera de las cargas de la caballería imperial. Pero el 15 de junio de 1808 también constataron una cosa que sería clave: que tras las tapias de su ciudad, desde las ventanas de sus casas o desde los tejados de los conventos, podían ser invencibles. O al menos, frenar al ejército napoleónico. En cambio, el 23 de noviembre, en Tudela, y el 21 de diciembre en el Canal Imperial, concibieron que los militares no sabían hacer su trabajo porque no vencían. Que debían ser ellos quienes defendieran la ciudad, como el 15 de junio y el 4 de agosto, cuando además habían combatido sin un mando militar claro.

Sobre estas experiencias vitales, operaron discursos y rumores. En 1793-1795 ya se había lanzado el lema de Dios, patria y rey. Volvió a ser operativo con notable éxito en 1808. Más aún, si se tenía en consideración que Fernando VII había sido colocado en el trono con ayuda y aprobación popular, mientras que Carlos IV había sido rey por mera herencia de su padre. La religión adquirió singular importancia en Zaragoza por la devoción particular a la Virgen del Pilar, que se bordó en banderas y a la que se agradecieron y achacaron las victorias. Y más, temiendo que los «impíos» franceses la destrozasen, pues para algunos de aquellos soldados no era más que «un trozo de madera». Se añadía la percepción de que Napoleón había traicionado al rey Fernando y la confianza de los españoles que eran sus aliados, además del extendido rumor, con parte de verdad, de que todos los jóvenes serían esclavizados y enviados en conscripción a combatir por Bonaparte a los campos de batalla del norte de Europa. Y los sucesos de la primavera de 1808 les habían mostrado que los ejércitos napoleónicos requisaban, saqueaban y violaban.

Resistir, no en campo abierto, sino en su propia ciudad, era, pues, algo necesario para mantener sus instituciones, su modo de vida, sus propiedades y familias. Y era factible. Para el combate urbano no era necesario instruirse en descargas cerradas de fusilería por líneas, ni marchar en formación, ni formar en cuadro, ni conocer las voces de los oficiales y ejecutarlas al unísono. Bastaba moverse por sus propias calles y plazas, saber dónde erigir barricadas y desde qué ventana disparar mejor. Y allí combatían con sus vecinos, sus compañeros de

trabajos artesanales o agrarios, su párroco… junto con sus mujeres. Ellas se convirtieron masivamente en combatientes inesperadas. Las zaragozanas comenzaron con labores logísticas de avituallamiento, pero desde el 15 de junio traspasaron las supuestas líneas del género, combatiendo con chuzos, fusiles y cuchillos, disparando cañones. Y también acumulaban la experiencia de los motines precedentes, porque muchas veces habían sido ellas quienes los iniciaban, ya fuera en la plaza del mercado o en otros lugares.

Unos y otras no solo tomaron las armas para la guerra sino que siguieron ejerciendo la política mediante su justicia popular, señalando al militar que creían incompetente o traidor, como Falcó por perder Torrero, o al acaparador como el administrador del hospital al que lincharon, acusándolo de ocultar camas, o a la mujer sospechosa de pasar información y cartuchos, a la que apalearon en el Mercado. No solo fue un terror desde arriba el que inducía al combate. De hecho, los patíbulos con horcas instalados en la plaza del Mercado y en el Coso por Palafox durante los Sitios, casi se debían más al deseo de canalizar las iras populares que a una supuesta política de terror planificada por el capitán general.

Y es que las presiones populares, de la propia comunidad familiar, gremial o parroquial para combatir fueron brutales, sobre todo al principio de la guerra. Se han mencionado casos, pero es que realmente esas redes vecinales y clientelares fueron clave. De ahí surgió el mosaico de líderes naturales de la población, los labradores, párrocos y comerciantes al frente de sus compañías. Felipe Sanclemente, Matías Carrica, Policarpo Romea, Mariano Cerezo, el cura Santiago Sas, los hermanos Torres… También se reconoció a líderes de la más asentada aristocracia, como la condesa de Bureta o el propio Palafox. Cuando este último desapareció de la escena entre el 15 de junio y el 1 de julio y entre el 4 y el 9 de agosto, fueron esas redes sociales las que sostuvieron la defensa de Zaragoza.

En el Segundo Sitio retuvieron a Palafox, había todo un ejército, pero siguieron siendo esenciales, especialmente tras la caída del perímetro fortificado entre el 11 y el 27 de enero de 1809. Cuando la defensa se hizo casa por casa, sus propias casas, el vecindario se radicalizó más en una espiral de violencia que pareció no tener fin. El ejército imperial estaba dentro de la ciudad, volando por los aires cada pedazo de terreno. Eso podía haber conllevado el terror y el inmediato cese de hostilidades, pero también podría haber llevado a lo contrario, a la desesperación, la ira y el combate a muerte. Además, durante el mes de enero los habitantes de Zaragoza tuvieron la esperanza de que iban a ser socorridos por el ejército de refuerzo, lo cual les daba un motivo más para continuar resistiendo.

Ahora bien, en febrero todos estos factores que habían llevado al

combate se fueron quebrando entre la población. Entre los oficiales militares había sucedido antes. Cuando mirasen a donde mirasen no veían más que cadáveres y ruinas, cuando en su cada vez más reducida retaguardia ya no tenían qué comer, no tenían dinero para mantenerse en pie, cuando la subsistencia se hizo imposible… bajaron los brazos. Los armeros dejaron de trabajar si no cobraban; los paisanos que hacían guardia abandonaron sus puestos, fatigados; los que combatían, depusieron las armas. Los que seguían combatiendo era porque el comandante de la compañía les pagaba de su bolsillo o porque una vez perdido todo ya daba igual y solo querían venganza. Probablemente fuera el caso de los grupos que no querían capitular ni aun el 20 de febrero de 1809 y por los que la Junta encabezada por Ric tuvo que salir casi a escondidas a negociar con Lannes.

El rostro del asedio

John Keegan escribió una obra, *El rostro de la batalla*, en la que analiza tres batallas e intenta dar una visión de las mismas a ras de suelo, desde el punto de vista de los soldados. Cuando lo leí por primera vez me impactaron los testimonios que recoge de los soldados británicos en la batalla de Waterloo de 1815, en la que no veían más allá de los sombreros de sus compañeros de regimiento, en la que todo eran nubes de pólvora, estaban fatigados, la artillería hacía estragos llevándose por delante a quienes tenían al lado, arrancando cabezas. Algunas de esas cosas, las que no implican herida y muerte, las he experimentado en cierta manera en mis años de recreación histórica napoleónica; otras, como las que implican heridas y muerte, las he leído en las fuentes de la época y, en buena medida, han sido plasmadas en este libro. Qué podía ver, qué podía sentir, qué le pasaba y cómo vivía el soldado o paisano militarizado en 1808 cuando entraba en combate. Lo que he encontrado estrictamente en las fuentes, ya lo he escrito. En las siguientes líneas me voy a permitir recapitular y explicar algunas cuestiones basándome en ello y en la «arqueología experimental» que he conocido con la recreación histórica.

En el capítulo 3 hacía referencia a diversas contingencias que se pueden dar cuando uno se dispone a manejar un fusil de avancarga de ánima lisa y con piedra de sílex como los que se usaban en las guerras entre 1700 y 1848. Los paisanos que salieron hacia Alagón a combatir iban armados con fusiles, en el mejor de los casos, que les habían entregado hacía unos días. Muchos ni tan siquiera llevaban la bayoneta para encastrar en el cañón (tubo) del fusil y convertirlo así en arma blanca. Otros tampoco tenían una canana o cartuchera en la que llevar los cartuchos, con el peligro que implicaba, no ya por retrasar el disparo rápido, sino porque esa pólvora encartuchada en un

fino papel se podía prender y estallarle al propio combatiente. Y no hay que olvidar que varios cientos de combatientes en los Sitios iban armados con lanzas o picas, lo cual parece una excentricidad a la altura de 1808, pero no tanto quizás como en la Francia revolucionaria de 1793, donde los armados con lanzas no llegaron a entrar en batalla, lo que les habría resultado desastroso frente a una línea de fusilería austriaca o prusiana. En cambio, en la Zaragoza de 1808 los lanceros sí entraron en combate, en barricadas y calles, donde el arma blanca —y más si faltaba pólvora— podía ser de utilidad. En el caso de que se hubieran llegado a utilizar en campo abierto, no habría sido tan descabellado frente a la caballería polaca.

Luego, el fusil necesitaba sus cuidados y sus repuestos, especialmente de piedras de sílex que se podían desgastar rápidamente o perderse si no estaban bien ajustadas. Y aun con todo podían darse mil contingencias que lo convirtieran en arma inservible, dejando a su portador expuesto. Tras su utilización, en una batalla o en la mera instrucción, podía no haberse desmontado por piezas y limpiado correctamente, quedando pólvora y óxido en el cañón del fusil, taponando su fondo e impidiendo que la pólvora vertida en la cazoleta de la llave pasase a través del oído (pequeña perforación entre la cazoleta de la llave y el cañón), y si esto no sucedía, el fusil no disparaba. También podía ocurrir que, en pleno otoño/invierno por las lluvias o la humedad de las nieblas se mojase la pólvora, impidiendo el disparo. O que en el Valle del Ebro, donde sopla el fuerte viento llamado cierzo, no se cerrase la cazoleta con rapidez, volándose la pólvora, o simplemente que no se cerrarse y, a la hora de hacer fuego se cayera al suelo. La piedra, además de desgastarse o caerse, se podía romper en un disparo si el sílex era de baja calidad, con el mismo resultado: no había disparo.

En definitiva, que había mil circunstancias por las que un fusil de avancarga podía no disparar. Algunas se podían arreglar con una correcta instrucción. Aprender a cargar y disparar rápido no era cosa baladí. A los soldados napoleónicos se les presuponía, y ya hemos visto casos de algunos que se dejaban la baqueta en el cañón, con funestas consecuencias. Sin baqueta, además, ya no se podía volver a disparar, porque no se podía compactar la bala, carga de pólvora y papel que se introducían en el cañón. Además, dada el ánima lisa del fusil y su corto alcance, era necesario disparar en formaciones cerradas y cuando el enemigo estaba suficientemente cerca. A los paisanos de 1808 les ocurría con frecuencia que disparaban de lejos, malgastando pólvora y desgastando la piedra, y sin formación cerrada. Ahora bien, si se trataba de disparar desde la ventana de una casa a un enemigo en formación cerrada que estaba en la calle de abajo, la situación cambiaba completamente en su favor.

De ahí la insistencia de los mandos militares en formaciones compactas, ya fueran columnas o líneas, para garantizar la efectividad de los disparos, el orden bajo dirección de los oficiales que ordenaban cuándo disparar, y algo muy importante: daban cohesión. Esto era clave para resistir en batalla. La formación impedía huir fácilmente, ya que quienes estuvieran en las primeras líneas no podían darse la vuelta al tener varias filas de soldados detrás y porque el grupo daba sensación de seguridad. Y no solo era un sentimiento, sino una realidad, especialmente frente a la caballería. A esta se la podía combatir con varias descargas de fusilería que la frenasen, asustando y acabando con los caballos, o bien formando en cuadro, con la primera línea rodilla en tierra, usando los fusiles con las bayonetas como lanzas en todos los lados y la segunda y tercera líneas disparando por encima.

Estas formaciones son algo que no hicieron los paisanos aragoneses ni en Tudela, ni en Mallén, ni en Alagón. Y es que eso requería mucho tiempo y mucha instrucción, cosas que no tuvieron. Por tanto, es totalmente comprensible que cuando vieran a varios cientos de jinetes polacos, con sus lanzas, abalanzarse al galope sobre ellos, salieran corriendo. Era la reacción de supervivencia más lógica, porque la caballería cargando da miedo. Aterra estando en formación, más si no se está en ella. Eso sí, darles la espalda en un terreno llano era todavía peor, de ahí la masacre producida en Mallén el 13 de junio de 1808.

Las tornas cambiaban en combate urbano, donde la caballería era inservible y las formaciones cerradas de infantería suponían un buen blanco de tiro, encajonadas entre estrechas calles. De ese modo, las zaragozanas acuchillaron a los jinetes polacos el 15 de junio, o las columnas francesas que se internaron por el arco Cinegia el 4 de agosto sufrieron enormes bajas. En formación, además, se limita la visión alrededor, no teniendo percepción del campo de batalla, menos en una ciudad que no conocían.

También hay que tener presente cuándo se combatió en ambos Sitios. En el primero, en pleno verano zaragozano, con el calor que ello implica. Los soldados napoleónicos atacaron el 15 de junio tras marchar desde Alagón, primero a las diez de la mañana en el Canal Imperial, luego a partir de las tres de la tarde. Estaban fatigados y probablemente estuvieran sedientos en algún momento, a pesar de que podían abastecerse en las numerosas acequias que circundaban el campo de la batalla de las Eras. A ello se suma que iban con sus mochilas, que no habían podido dejar en un campamento que no habían establecido, puesto que pensaban dormir ya en Zaragoza, con el peso que implica. Y con la camisa y dos capas de paño de lana: el chaleco y las casacas. Es fácil que muchos tuvieran la boca pastosa, dificultándoles morder el cartucho de papel para echar la parte

correspondiente en la cazoleta y el resto en el cañón. Es razonable pensar entonces que redujeron su cadencia de tiro, es decir, dispararon menos y más lentos de lo habitual. Frente a ellos, la mayoría de paisanos combatían en su ciudad, abastecidos de agua por carreteros y mujeres, y más ligeros de ropa —con sombreros de ala ancha, muchos en camisa y chaleco—, pasando menos calor y pudiendo combatir en condiciones más propicias. Por último, hay que señalar que el cañón del fusil se calienta conforme se dispara, llegando incluso a quemar, factor que se debe tener presente en una batalla de varias horas al sol. Y algo similar a lo comentado pudo suceder en las jornadas del 2 de julio y el 4 de agosto.

En los inviernos zaragozanos, puede ocurrir que esté despejado por el frío cierzo o que haya nieblas espesas en las cercanías del Ebro. Varios de los testimonios hicieron referencia al frío padecido durante el Segundo Sitio y con el que enfermaban los valencianos y murcianos, otros aludieron a salidas de los defensores en enero ocultos en la niebla, y otros a la angustiosa visión de los sitiadores, que veían hogueras en la sierra de Alcubierre. Por tanto es factible que se alternasen ambos, cierzo y niebla. La humedad pudo estar detrás del fallo en las minas que los españoles pusieron junto al Reducto del Pilar para hacerlas estallar cuando pasasen los imperiales. Las nieblas permitieron la lucha en el Ebro con las lanchas cañoneras. El cierzo permitió despejar algunos días de enero, dejando ver las señales lumínicas de sitiados, cohetes, y contingentes de socorro, hogueras.

Y conforme avanzaba el asedio, la comida se convertía cada vez más en un problema. Ya se ha mencionado la dificultad de abastecimiento del ejército sitiador, por los fallos logísticos napoleónicos y la huida de los habitantes de los pueblos. También las dificultades para moler cereal con el que hacer pan dentro de la ciudad. El recurso alimenticio más fácil, además de las legumbres, fue la galleta. Esta era un pan ácimo, sin levadura, duro, que comían los ejércitos y armadas desde la Antigüedad, porque se conservaba semanas. Su elaboración consistía en amasar harina, agua y sal, y cocerlo. No era el mejor manjar, pero era económico, fácil de transportar, casi imperecedero y comestible. La galleta fue el único pan que comieron los defensores desde enero y el principal sustento del ejército sitiador hasta que Wathier envió provisiones desde Alcañiz a primeros de febrero.

Por último, hay que plantear hipótesis de emociones que sintieron, más allá de la más patente: el miedo en una guerra tan atroz. Una vez entraban en combate, la adrenalina les podía hacer solaparlo, a lo que podían ayudar además las cantidades ingeridas de vino o aguardiente, siempre presentes en aquellos ejércitos. Los soldados napoleónicos, sufrieron angustia en el Segundo Sitio, sintiéndose rodeados de fanáticos españoles por todos lados; también incomprensión, por qué

esa gente encerrada en Zaragoza seguía luchando, si la *Grande Armée* conquistaba reinos en una jornada de batalla decisiva. Los soldados polacos, por su parte, acabaron sufriendo cierto sentimiento de culpa, el cual manifestarían repetidamente en los años posteriores. Ellos se creían combatiendo por la libertad e independencia de su nación, desmembrada en 1795 y que Napoleón había prometido restaurar, y eran católicos, pero se vieron sometiendo a un pueblo que luchaba por ideales parecidos. Todos, españoles, franceses y polacos coincidieron en una sensación: fatiga. El Segundo Sitio se hizo cansado, combatir incesantemente por cada palmo de terreno, muchas veces sin relevo, sin ver objetivos claros, en un bucle que parecía no tener fin, les afectó. Finalmente, se puede comentar cómo entre los soldados españoles fue común sentirse engañados y traicionados por su generales, interpretando cualquier repliegue táctico o retirada sin combatir como sinónimo de derrotismo, ineptitud y traición, que es lo que le ocurrió a Castaños tras Tudela.

José de Palafox: altibajos de un hombre de carne y hueso

En uno de sus grabados, Fernando Gálvez y Juan Brambila reflejaron a José de Palafox. Bajo los cascos de su caballo se ve un largo convoy de jinetes, carros e infantes, como aquel con el que entró en Zaragoza procedente de Villamayor el 9 de agosto de 1808. Ese detalle está en un plano secundario de la estampa, en la que predomina un Palafox en actitud heroica, montando un caballo enjaezado y levantado sobre sus patas, luciendo su bicornio emplumado, su levita con las condecoraciones y señalando a la ciudad que ha salvado. Igual que bajo los cascos del caballo de Palafox está la historia, bajo el héroe está el hombre de carne y hueso. Bajarlo del pedestal al que se le encumbró como héroe, en los siglos XIX y XX, permite comprender a la persona en su contexto histórico.

José de Palafox era el menor de tres hermanos, un brigadier de la Guardia de Corps en la primavera de 1808. Temió ser arrestado cuando su trama conspirativa para levantar Aragón fracasó a mediados de mayo. Otra rebelión, de los labradores, le encumbró a la Capitanía General de Aragón, para que llevara a los aragoneses a la guerra contra Napoleón. Pronto le pidieron lo mismo otras juntas. Sin embargo, no tenía ejército, ni medios materiales, ni tiempo, ni experiencia militar real. Podemos decir que se vio sobrepasado por las circunstancias e hizo lo que buenamente pudo. Otros se vieron en la misma situación y no actuaron con mejor éxito, como los generales Cuesta y Blake, o incluso acabaron peor, asesinados por la multitud. El único que partió de una situación más ventajosa fue el general Castaños y, tras el revés de Tudela, acabó destituido y en un consejo de guerra.

José de Palafox logró mantener la cabeza sobre sus hombros, afianzarse en el poder con legitimidades varias, proyectar una buena imagen propagandística, levantar mal que bien un Ejército de Aragón de la nada y atribuirse el mérito de la victoria en el Primer Sitio de Zaragoza. No estaba mal para el que había sido un cortesano destacado en jugar a las cartas y tocar la guitarra. La parte negativa es que tras el Segundo Sitio acabó cinco años prisionero en Vincennes (Francia) y que a su vuelta pasó el resto su vida con más pena que gloria. Le había llegado la fama demasiado joven, la vio truncada y se pasó el resto de su vida reivindicándola. Esta le llegó más tras su muerte, convertido en héroe nacional. Durante la propia Guerra de la Independencia ya se vio criticado por el círculo de Castaños y por otros militares como Luis de Villaba: por su culpa se había perdido la batalla de Tudela y había cavado la tumba de todo un ejército y una ciudad al encerrarse en Zaragoza. Fernando Butrón, Lorenzo Calvo de Rozas y su hermano el marqués de Lazán contestaron a esas críticas. Pero el panorama de lucha entre liberales y absolutistas que se abrió tras 1814 no ayudó a la vida y reconocimiento de José de Palafox, tibio constitucionalista que no convencía ni a unos ni a otros.

A pesar de lo escrito, cabe reflexionar, preguntarse por qué Palafox fue elegido líder por los labradores y demás amotinados zaragozanos. ¿Qué tenía de excepcional aquel cortesano? El mito nacionalista lo achacó a que en realidad era un gran caudillo, otros autores a una conspiración casi maquiavélica del propio Palafox, que lo tenía todo planeado, incluso fingir miedo y sorpresa cuando lo fueron a buscar a la Alfranca. Más bien, como he tratado de mostrar, se vio arrastrado por la ola de los vertiginosos acontecimientos de la España de 1808. Y la supo aprovechar, sobre todo en los primeros compases. Su lealtad indiscutible a Fernando VII, haber estado cerca de él en la corte, conspirando, ser guardia de corps, le hacían alguien digno de confianza a ojos del pueblo. Que fuera de una familia de la aristocracia aragonesa, le daba iguales garantías. Y junto a ello, la propaganda, que se le dio bien, gracias a personas como Boggiero. Sin embargo, el pueblo que lo elevó a capitán general no le dio carta blanca, pues lo controló, como reflejan las cartas de la Junta exigiéndole que regresara a Zaragoza, o la de Antonio Torres, o que se encerrase en la ciudad el Segundo Sitio.

Sus primeros pasos militares fueron un fracaso. Su derrota en Alagón fue estrepitosa, aunque bien es cierto que no mandaba una tropa preparada para ello, y no se le puede negar cierto valor, pues dirigió una carga de caballería. En cambio, no hay que esconder, sino explicar, su clara huida y abandono de Zaragoza el 15 de junio de 1808. Nadie, absolutamente nadie, concebía que la población zaragozana fuese capaz de resistir al ejército mandado por Lefebvre.

Palafox se puso a salvo, como capitán general, con intención de seguir la guerra sin Zaragoza, y claro, tenía miedo a caer prisionero del enemigo. Algo parecido volvió a suceder el 4 de agosto, aunque ahí hay un matiz: en esos momentos sí que había un contingente de refuerzos en Pina. La pregunta es si de verdad era necesario que fuera José de Palafox a buscarlos en persona, con todo su Estado Mayor. Vicente Bustamante y Antonio Torres fueron los verdaderos militares que dirigieron —en la medida que pudieron— la defensa aquellos días, y no José de Palafox. Y en todo caso, su hermano el marqués de Lazán que volvió antes que él.

Lo sucedido el 22 y 23 de noviembre en Tudela es más complicado de explicar. En primer lugar, es cierto que el plan acordado entre Blake, Castaños y Palafox era ofensivo, más allá del Ebro, pero la rapidez de Napoleón lo desbarató. El Ejército del Centro y el de Reserva corrían el peligro de ser flanqueados, por lo que Castaños quiso virar a una línea defensiva sobre el Queiles. O'Neill manifestó su lealtad a Palafox, pero este huyó de Tudela cuando comenzó la batalla. Según el relato de Pedro Girón, la actitud de Palafox y su círculo parece fruto de un mero enfado personal. José de Palafox se fue dejando el mando de su ejército a O'Neill, ¿por qué? ¿De dónde venía esa rivalidad con Castaños? Más allá de la posible ambición y egoísmo, quizás podría plantearse, a la vista de los hechos de Bailén, que Palafox no quería verse en la situación de Reding, batallando para que se llevase las glorias un general en jefe. Es cierto que no era tal Castaños, aunque lo estaba siendo *de facto*. Cabe plantearse que Palafox pensó que si la batalla acaso tuviera éxito y la victoria fuera para Castaños, el que perdería fama sería O'Neill, no él. Y, en el caso de perderla, como fue, podría culpar en exclusiva a Castaños, como hizo sin rubor ninguno.

Tras ello, se retiró a Zaragoza. Entonces fue cuando de verdad comenzaron las obras de fortificación, a toda prisa. El plan de Palafox pasó a basarse en un ejército acantonado entre la línea del Canal Imperial y Zaragoza, en lo que sería un gran campamento atrincherado. El problema surgió, en primer lugar, porque las obras iban con mucho retraso, estaban inacabadas. En segundo lugar, era un espacio demasiado amplio y complicado de fortificar, como manifestó Sangenís. Tanto es así que los dos flancos, al oeste por el camino de Alagón, San Lamberto y la Bernardona, y al este, por la Cartuja Baja, estaban desprotegidos, haciendo totalmente vulnerable a toda la línea. Eso es lo que ocurrió, y ahí el tercer problema, el 21 de diciembre de 1808, cuando todo ese frente se desmoronó en cuestión de horas, flanqueado por las fuerzas de Moncey y Mortier.

En ese momento, todo el plan de concentrar tal elevado número de combatientes en Zaragoza careció de cualquier tipo de sentido. Pero

Palafox no sacó tropas, ni hizo una salida contundente. Ni cuando la División Gazan quedó derrotada, ni cuando se acercó el contingente de Perena y fray Teobaldo, y no es porque no se lo dijeran. Pero Palafox se mantuvo en sus trece. La respuesta a ello quizás haya que buscarla en su experiencia del Primer Sitio y en lo sucedido en Tudela. Era consciente de que en campo abierto solo había cosechado derrotas, que su caballería no era tan numerosa como sobre el papel (941 caballos para casi 2.000 jinetes), y que el pueblo zaragozano no le perdonaría que lo abandonase otra vez. Quizás si Palafox hubiera intentado salir de Zaragoza en persona se habría producido un motín de consecuencias imprevisibles. Y arriesgarse a sacar tropas bajo otro mando era dejarle debilitado. En cualquiera de los casos nada le hacía presagiar que tuvieran más éxito que el pequeño ejército con el que fue derrotado en Épila. Además, ¿por qué no iba el Ejército del Centro a acudir en su ayuda, golpeando la retaguardia de los sitiadores? Que no lo hiciera fue interpretado como traición e intriga, aunque aquel ejército se encontrase en una situación lamentable en aquellos momentos.

Tras estas recapitulaciones, podemos señalar que la opinión pública sobre Palafox fue cambiante en la España de la Guerra de la Independencia, pues tuvo partidarios y detractores. En el caso del vecindario de Zaragoza, Palafox fue siempre su general, el que habían colocado ahí mediante el movimiento rebelde del 24 y 25 de mayo de 1808, un aristócrata aragonés y fiel defensor de Fernando VII. Y Palafox fue realmente carismático entre soldados y zaragozanos, aunque su carisma tuvo altibajos. Su momento álgido fue, sin duda, al comienzo, entre el 25 de mayo y el 14 de junio. En esos días no paró de dar proclamas, era aclamado y recibido en Zaragoza, en las calles, en los balcones, en su casa; fue legitimado por el Real Acuerdo y unas Cortes; declaró la guerra a Napoleón; congregó voluntades más allá de Aragón y, finalmente, dirigió al ejército a la batalla en Alagón, donde aunque fuera derrotado, combatió. En cambio, su abandono el 15 de junio resultó inexplicable en Zaragoza, y más su tardanza en volver, diecisiete días que se hicieron eternos para la amenazada ciudad. Además, fue nuevamente derrotado en Épila. En esta segunda fase, su carisma se resintió. Se recuperó en parte en el mes de julio. El nuevo abandono del 4 de agosto podría haberle pasado factura, pero al volver relativamente pronto y con refuerzos que fueron claves, acabó como salvador en vez de como cobarde. El periodo entre sitios, con las visitas a Zaragoza, la propagación del mito, las loas, periódicos, proclamas y folletos, la popularidad de Palafox volvió a subir como la espuma. Además, mostró cercanía con la gente, legitimándose en el día a día como un general próximo al pueblo. Su huida de Tudela podría haberle costado cara ante la opinión pública, pero su

interpretación de los hechos prevaleció en Zaragoza y España: Castaños incumplió lo acordado, Castaños quiso mandar egoístamente, el Ejército del Centro abandonó al Ejército de Reserva en Tudela y a Zaragoza después; no podía ser sino por la traición, egoísmo o ineptitud de Castaños. Finalmente, en el Segundo Sitio, Palafox recibió críticas desde fuera y desde mandos militares, pero no desde los habitantes de Zaragoza, con los que se quedó encerrado en la ciudad y que lo veían como *su* general.

En definitiva, no hay un único José de Palafox petrificado cual estatua, sino que hay varios, con diversas aristas que hacen interesante a un personaje histórico, con luces y sombras sobre el que aún se puede investigar.

Ayer, hoy y siempre: el mito de los Sitios

El drama de Zaragoza fue un mito de resistencia desde el primer momento. Muestra de ello fueron tanto el primer libro escrito sobre el acontecimiento, publicado en enero de 1809 en Londres, por el inglés Ch. Richard Vaughan, mientras aún tronaban los cañones, como la *Marcha del general Palafox*, obra aparecida en Nueva York. El resto de la Guerra de la Independencia en Aragón quedó ensombrecido a su lado (nadie parecía acordarse de la Junta Superior, de las batallas de Alcañiz y María, de la guerrilla de Villacampa, ni del sitio de Mequinenza, etc.). Los aragoneses afrancesados y la ocupación de Zaragoza con su incardinación en el orden napoleónico parecían no haber existido, y de la reconquista española de la ciudad y la breve etapa constitucional de 1813-1814 nadie se acordaba.

Y es que en la Europa del XIX predominaban las construcciones nacionales, el romanticismo y el liberalismo (enfrentado al absolutismo). En España, los Sitios fueron ejemplo paradigmático de resistencia nacional, siendo utilizados tanto por absolutistas, que escribieron sobre ellos en el periodo fernandino, como por los liberales, que en 1838, en plena guerra carlista, se aventuraban a comparar la defensa del 5 de Marzo con la de 1808, y en 1843 la tiranía de Narváez con la de Napoleón. Ciudades sitiadas como Bilbao en 1836 eran apellidadas como «la nueva Zaragoza». Durante ese siglo, especialmente bajo el régimen de la Restauración, el callejero de Zaragoza se inundó con una nomenclatura que recordaba los Sitios. Proliferaron los monumentos y placas conmemorativas.

El mito no quedó circunscrito a España. Varios veteranos franceses publicaron sus memorias en la época posnapoleónica, enalteciendo la defensa de Zaragoza y las dificultades que tuvieron los sitiadores, engrandados por la resistencia de los sitiados. El barón de Lejeune fue el ejemplo más claro, pues no solo lo escribió, sino que lo plasmó en la pintura, en su célebre *Episodio del Sitio de Zaragoza: asalto al*

Monasterio de Santa Engracia. En los cuerpos de ejército napoleónicos participaban numerosos polacos, para quienes la Guerra de la Independencia supuso un dilema, pues ellos, fervorosos católicos y convencidos de luchar por su independencia nacional, se enfrentaron a un enemigo en el que se reconocían. Y lo dejaron patente en obras publicadas años después, en óleos que se contemplan hoy en el Museo de Varsovia (*Asalto a los muros de Zaragoza,* de January Suchodolski), en sus levantamientos de 1831 o el de 1944, o en películas como *Popioly*, de 1965, basada en una novela homónima.

Pero el recuerdo colectivo de los Sitios y la Guerra de la Independencia en Zaragoza ha evolucionado desde el siglo XIX. Si en aquel siglo predominó una visión nacionalista y romántica, de raigambre liberal, esta quedó fragmentada en el siglo XX. Con la conmemoración del centenario, en 1908, se enfrentaron culturalmente dos visiones, la conservadora-católica encabezada por el deán Florencio Jardiel y la progresista-republicana representada por Basilio Paraíso. La primera recordaba los hechos con un monumento a los mártires de la Patria y de la Fe erigido en la actual plaza de España en 1904, e incidía en los Sitios como paradigma de resistencia española frente al ateísmo y corrientes revolucionarias de los franceses, encabezados por un glorioso militar, Palafox, y nobles como la condesa de Bureta. La segunda prefirió conmemorar aquellos hechos con una exposición hispanofrancesa, y enfocar 1808 desde una perspectiva más liberal, del pueblo en defensa de la libertad e independencia, con líderes populares como el Tío Jorge o Agustina de Aragón.[1]

Esas dos tradiciones llegaron a 1936, y durante la Guerra Civil ambos bandos utilizaron los mitos de 1808. Las fuerzas que apoyaron al gobierno de la República usaron una retórica que llamaba a una guerra de independencia frente a la tiranía de nazis y fascistas. Sin embargo, los vencedores fueron los franquistas, quienes durante la dictadura de casi cuarenta años impusieron una visión única y excluyente de la Guerra de la Independencia, la cual incidía en la figura de Palafox como caudillo de la resistencia española, y está basada en la causa del catolicismo y el nacionalismo reaccionario. Estas imágenes quedaron fijadas en las retinas de muchas personas gracias al cine, a la película *Agustina de Aragón*, de Juan de Orduña (1950), que no deja de ser una trasposición del guion y argumento de *Raza* (1941) pero en 1808: una lucha por la independencia española de malvados franceses/rojos ateos que fusilan a eclesiásticos, la resistencia heroica y homogénea de los bravos españoles, y un español renegado afrancesado/republicano que al final se redime dando la vida por la causa nacionalcatólica. Mismo esquema, mismo relato en ambas películas, e incluso escenas casi calcadas.

Tras la Transición, el recuerdo de los Sitios se fragmentó, democratizó y diversificó, adoptando formas heterogéneas. Hoy en día hay una visión persistente y arquetípica basada en el prototipo decimonónico, si bien se ha avanzado mucho en el ámbito de la investigación histórica, con profusión de estudios, al calor del bicentenario en 2008, conmemorado con una Exposición Universal. Encontramos una Asociación Los Sitios, fundada en 1986, que realiza actos conmemorativos institucionalizados y convoca un premio de investigación sobre el tema, grupos de recreación histórica como Voluntarios de Aragón, que procuran divulgar de forma didáctica aquella época, cómics como *Agustina* (2009) o *¡Zaragoza resiste!* (2018), literatura juvenil *Napoleón puede esperar* (2012), 31 paneles urbanos que señalan lugares históricos, exposiciones hasta de Playmobil, y usos políticos donde se entremezclan mitos y contramitos de los Sitios, muestra de la maleabilidad, vitalidad y fragmentación del recuerdo e interpretación de los acontecimientos iniciados en 1808.

En marzo de 2020 iba a tener lugar la V Recreación Histórica de los Sitios de Zaragoza, pero quedó suspendida. La historia pública o *public history* de la Guerra de la Independencia y de los Sitios en particular es un fenómeno interesante, que ofrece muchas posibilidades como conexión entre la investigación, la divulgación y la sociedad. Y 1808 es una fecha icónica que se presta a ello, más aún en una ciudad como Zaragoza, donde las huellas de aquella guerra todavía siguen presentes en antiguas fachadas de ladrillo, en la Puerta del Carmen, que aún sigue en pie, y en el imaginario colectivo. Algunos de esos testimonios materiales, como los muros del Cuartel de Caballería, en Paseo María Agustín, han estado muy descuidados, pero deben ser conservados y puestos en valor. Como decía el lema del Bicentenario de los sitios: «Ayer, hoy y siempre, a Zaragoza la defiende su gente». Como escribió Benito Pérez Galdós en su *Episodio Nacional*: «Zaragoza no se rinde. La reducirán a polvo: de sus históricas casas no quedará ladrillo sobre ladrillo; caerán sus cien templos; su suelo abrirase vomitando llamas; y lanzados al aire los cimientos, caerán las tejas al fondo de los pozos; pero entre los escombros y entre los muertos habrá siempre una lengua viva para decir que Zaragoza no se rinde».

CRONOLOGÍA

- 1793-1795: Guerra contra la Convención
- Mayo de 1801: invasión española de Portugal
- Diciembre de 1804: Napoleón se corona emperador
- Octubre de 1805: derrota naval franco-española de Trafalgar
- Diciembre de 1805: victoria de Napoleón en Austerlitz frente a Austria y Rusia
- Octubre de 1807: conspiración de El Escorial
- Noviembre de 1807: invasión napoleónica de Portugal
- 19 de marzo de 1808: Motín de Aranjuez
- 22 de marzo de 1808: motín de los estudiantes en Zaragoza
- 2 de mayo de 1808: motín del 2 de Mayo en Madrid
- 6 de mayo de 1808: abdicaciones de Bayona
- 24 de mayo de 1808: levantamiento de Zaragoza
- 6 de junio de 1808: Lefebvre sale de Pamplona
- 6-8 de junio de 1808: batalla del Bruc
- 8 de junio de 1808: primera batalla de Tudela
- 9 de junio de 1808: reunión de las Cortes de Aragón en Zaragoza
- 13 de junio de 1808: batalla de Mallén
- 14 de junio de 1808: batalla de Alagón
- 15 de junio-14 de agosto: Primer Sitio de Zaragoza
- 23-24 de junio de 1808: batalla de Épila
- 28 de junio de 1808: batalla de Valencia
- 19 de julio de 1808: batalla de Bailén
- 23 de noviembre de 1808: segunda batalla de Tudela
- 20 de diciembre de 1808-21 de febrero de 1809: Segundo Sitio de Zaragoza
- 13 de enero de 1809: batalla de Uclés
- 24 de enero de 1809: batalla de Leciñena

BIBLIOGRAFÍA

ANÓNIMO, *Historia del Sitio de Zaragoza y su defensa memorable durante la Guerra llamada de la independencia en 1808*, Despacho calle de Juanele n.º 19, Madrid, 1865-1880.

ALCAIDE IBIECA, Agustín, *Historia de los dos Sitios que pusieron a Zaragoza en los años de 1808 y 1809 las tropas de Napoleón*, Imprenta de D. M. de Burgos, Madrid, 1830.

ARAGÓN GÓMEZ, Jaime, «Vida cotidiana en Andalucía durante la Guerra de la Independencia: la verdadera cara de la guerra», *Trocadero*, 20, 2008, pp. 7-20.

ARCARAZO GARCÍA, Luis Alfonso, *La asistencia sanitaria en Zaragoza durante la Guerra de la Independencia Española (1808-1814)*, Asociación Los Sitios-Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2014.

ARMILLAS, José Antonio, *La Guerra de la Independencia y los Sitios*, Ayuntamiento de Zaragoza-CAI, Zaragoza, 1998.

—, (ed.), *Actas del IV Congreso de historia militar. «Guerra y milicia en la España del X Conde de Aranda»*, Gobierno de Aragón, Zaragoza, 2002.

AYMES, Jean René, *La guerra de España contra la Revolución Francesa (1793-1795)*, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante, 1991.

BAK, Grzegorz, «El asedio de Zaragoza (1808-1809) a los ojos de los soldados polacos», *Eslavística Complutense*, 2, 2002, pp. 23-31.

BALDÓ LACOMBA, Marc, «La nación en armas. El ejército patriota valenciano en la guerra de independencia», *Historia Social*, 42, 2092, pp. 3-20.

BALLESTÍN MIGUEL, José María, *Zaragoza según el plano de 1712 y el vecindario de 1723*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2017.

BARIANDARÁN, Ignacio, «Un taller de piedras de fusil en el Ebro Medio», *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, 17, 1974, pp. 189-228.

BELL, David, *La primera guerra total: la Europa de Napoleón y el nacimiento de la guerra moderna*, Alianza, Madrid, 2012.

BELMAS, Jean, *Zaragoza, 1808 y 1809. Los Sitios vistos por un francés*, Editorial Comuniter, Zaragoza, 2003.

BERKOVICH, Ilya, *Motivation in a wat. The Experience of Common Soldiers in Old-Regime Europe*, Cambridge University Press, 2017.

BORREGUERO BELTRÁN, Cristina (coord.), *La Guerra de la Independencia en el Mosaico Peninsular*, Universidad de Burgos, Burgos, 2010.

BUTRÓN, Gonzalo y RÚJULA, Pedro (eds.), *Los sitios en la Guerra de la*

Independencia: la lucha en las ciudades, Sílex Ediciones-Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Madrid, 2012.

Calvo y Mateo, Lorenzo, *Resumen histórico de la inmortal defensa de Zaragoza en el año de 1808. Deducida de los documentos oficiales y de relaciones de testigos oculares*, Imprenta de Sanchiz, Madrid, 1839.

Canales, Esteban, *La Europa Napoleónica 1792-1815*, Madrid, Cátedra, 2008.

Cardesín, José María, «Motín y magnicidio en la Guerra de la Independencia: La voz de "arrastrar" como modelo de violencia colectiva», *Historia Social*, 62, 2008, pp. 27-47.

Casamayor, Faustino, *Diario de los Sitios de Zaragoza (1808-1809)*, Editorial Comuniter, Zaragoza, 2000.

Casaniello Pérez, Andrés, «La Guerra Peninsular de 1808: del entusiasmo a la frustración», *Revista de Historia Militar*, Instituto de Historia y Cultura militar, año XLIX, 2005 (núm. Extraordinario), pp. 99-124.

Casaus Ballester, María Jesús, *El Condado de Aranda y la nobleza española en el Antiguo Régimen*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2009.

Castells, Irene, *Espigado*, Gloria y *Romeo*, María Cruz (coords.), *Heroínas y patriotas. Mujeres de 1808*, Cátedra, Madrid, 2009.

Cavallero, Manuel, *Défense de Saragosse ou relation des deux siéges soutenus par cette ville en 1808 et 1809*, Magimel, París, 1815.

Cayuela Fernández, José Gregorio, «Los hombres de Wellington: "Amigos en el Averno". La amistad, conjunto emocional de supervivencia entre las tropas británicas. España y Portugal 1808-1813», *Vínculos de Historia*, 4, 2015, pp. 125-146.

Cénat, Jean-Philippe: «De la guerre de siège à la guerre de mouvement: une révolution logistique à l'epoque de la Révolution et de l'Empire», *Annales historiques de la Revolution française*, 348, 2007, pp. 101-115.

Chateauneur, A., *Vie du maréchal Lannes*, Chez l'Editeur, París, 1813.

Clausewitz, Carl von, *De la guerra*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2014.

Contento Márquez, Rafael, *Las ruinas de Zaragoza de Gálvez y Brambila. Una epopeya calcográfica*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2010.

Cuartero Arina, Raquel y Bolea Robres, Chusé, *Antiguas puertas de Zaragoza*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2013.

Darmagnac, Sophie, *Saragosse. Ciudad del Imperio napoleónico (1809-1813)*, Asociación Cultural Los Sitios de Zaragoza-Ayuntamiento de Zaragoza, Zaragoza, 2016.

De Diego (dir.), *El comienzo de la Guerra de la Independencia: Congreso internacional del Bicentenario*, Madrid, 8-11 de abril de 2008, Actas,

Madrid, 2009.

De la Sala Valdés, Mario, *Obelisco histórico en honor de los heroicos defensores de Zaragoza en sus dos Sitios (1808-1809)*, Impresor del Excmo. Sr. Arzobispo, Zaragoza, 1908.

De Torres Aured, María Lourdes (coord.), *Los Sitios de Zaragoza: Alimentación, enfermedad, salud y propaganda*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2009.

Dufour, Gérar, *La Guerra de la Independencia*, Historia 16, Madrid, 1989.

Escribano Bernal, Francisco, «Los Sitios en la Península Ibérica (1808-1814): mucho más que mitos», *Revista de Historia Militar*, n. extraordinario, 2009, pp. 195-238.

Esdaile, Charles, «El ejército francés en España. Actitudes y mentalidades de una fuerza de ocupación», *Jerónimo Zurita*, 91, 2016, pp. 21-33.

Espigado Tocino, Gloria, «Europeas y españolas contra Napoleón. Un estudio comparado», *Revista HMIC*, 8, 2010, pp. 49-63.

Friederich-Stegmann, Hiltrud, «Memorias de alemanes en España durante la Guerra de la Independencia. La estancia de Philipp Schwin en la isla de Cabrera», *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie IV, Historia Moderna, 16, 2003, pp. 359-390.

Garcés Palacios, Mónica, «El vuelo de la información política en la Zaragoza de los Sitios: soportes, espacios y politización», trabajo fin de máster, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2018.

García Cárcel, Ricardo, *El sueño de la nación indomable. Los mitos de la Guerra de la Independencia*, Temas de Hoy, Madrid, 2007.

García Fuertes, Arsenio, «El ejército español en campaña en los comienzos de la Guerra de la Independencia, 1808-1809», *Monte Buciero*, 13, 2008, pp. 101-166.

García Marín, Fernando, *Memorias para la Historia militar de la guerra y revolución española que tuvo principio en el año 1808 y finalizó en el de 1814. Resumen histórico y exacto de los principales sucesos del inmortal segundo sitio y de otros acontecimientos memorables de Aragón durante la misma guerra*, Imprenta de Don Miguel de Burgos, Madrid, 1817,

Gascón, Domingo, *La provincia de Teruel en la Guerra de la Independencia. Estudio introductorio de Pedro Rújula*, Prensas Universitarias de Zaragoza-Instituto de Estudios Turolenses, Zaragoza, 2009.

Girón, Pedro Agustín, Marqués de las Amarillas, *Recuerdos (1778-1837)*, Ediciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 1978.

Gómez de Arteche, José, *Guerra de la Independencia. Historia militar de España de 1808 a 1814, Imprenta del Depósito de la Guerra*, Madrid, 1875.

GONZÁLEZ CAIZÁN, Cristina, «La repercusión de la Guerra de la Independencia Española en Polonia», *Cuadernos dieciochistas*, 8, 2007, pp. 137-157.

GUIRAO LARRAÑAGA, Ramón, *La ayuda exterior a Zaragoza durante los Sitios. Valencianos y murcianos. Junio de 1808-febrero de 1809*, Asociación Cultural Los Sitios, Zaragoza, 2016.

—, y SORANDO, Luis, *Anales de la Guerra de Independencia española en el Alto Aragón (1808-1814)*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 2008.

HOCQUELLET, Richard, *Resistencia y revolución durante la Guerra de la Independencia. Del levantamiento patriótico a la soberanía nacional*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2008.

JIMÉNEZ CARREÑO, Manuel, *Carta jocoseria de un vecino de Madrid a un amigo en que le cuenta lo ocurrido desde la prisión del execrable Godoy hasta la vergonzosa fuga del Tío Copas*, Cádiz, 1808.

KEEGAN, John, *El rostro de la batalla*, Turner, Madrid, 2013.

LA PARRA, Emilio, *Manuel Godoy. La aventura del poder,* Círculo de Lectores, Barcelona, 2002.

—, «Hacia el fin de la monarquía del Antiguo Régimen», en María Dolores Gimeno Puyol y Ernesto y VIamonte Lucientes (coords.), *Los viajes de la Razón. Estudios dieciochescos en homenaje a María Dolores Albiac Blanco*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2015, pp. 167-182.

—, *Fernando VII. Un rey deseado y detestado*, Tusquets Editores, Barcelona, 2018.

LAFON, Jean-Marc, «Les violences sexuales en Espagne (1808-1814): ce que révèlent les témoignages», *Bulletin Hispanique*, tome 108, 2, 2006, pp. 555-575.

—, «Una inquietante extrañeza: la visión de la España del año 1808 en los testimonios napoleónicos, entre la alianza desigual y la guerra abierta», *Anales de Filología Francesa*, 16, 2008.

LAFOZ RABAZA, Herminio, *La Guerra de la Independencia en Aragón. Del Motín de Aranjuez a la capitulación de Zaragoza*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1996.

—, *Los Sitios. Zaragoza en la Guerra de la Independencia (1808-1814)*, Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón, Zaragoza, 2000.

—, *Manifiestos y bandos de la Guerra de la Independencia en Aragón*, Comuniter, Zaragoza, 2005.

—, «Luis Rebolledo de Palafox y Melzi, Marqués de Lazán. Aportación a su biografía», *Revista Jerónimo Zurita*, 87, 2012, pp. 149-170.

LANNES, Charles, *Le maréchal Lannes, duc de Montebello, prince souverain de Siévers, en Pologne: résumé de sa vie*, Alfred Mame et fils Editeurs, Tours, 1911.

LASPRA RODRÍGUEZ, Alicia, «La intervención británica: ayuda material y

diplomática», *Revista de Historia Militar, Instituto de Historia y Cultura militar*, año XLIX, 2005 (núm. Extraordinario), pp. 59-78.

Latas Fuertes, Jaime, *El Ebro en los Sitios de Zaragoza*, Asociación Cultural Los Sitios de Zaragoza, Zaragoza, 2006.

Lejeune, Louis François, *Los Sitios de Zaragoza. Historia y pintura de los acontecimientos que tuvieron lugar en esta ciudad abierta durante los dos sitios que sostuvo en 1808 y 1809*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 2009.

Maestrojuán, Francisco Javier, *Ciudad de vasallos, Nación de héroes. Zaragoza 1809-1814*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2003.

Marín Arruego, Nuria, *Mujeres. Los Sitios de Zaragoza (1808-1809)*, Fundación 2008, Zaragoza, 2008.

Martínez Cebolla, Alberto, *El mito reflejado. La memoria de la Guerra de la Independencia y de los Sitios de Zaragoza en 1908 y en 2008*, Mira Editores, Zaragoza, 2010.

Mayer, Arno, *Las Furias. Violencia y terror en las revoluciones francesa y rusa*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoz, 2014.

Miranda Rubio, Francisco (coord.), *Fuentes documentales para el estudio de la Guerra de la Independencia*, Ediciones Eunate, Pamplona, 2002.

—, *Guerra, sociedad y política (1808-1814)*, 2 vols., UPNA-Gobierno de Navarra, Pamplona, 2008.

Morant, Isabel (dir.), *Historia de las mujeres en España y América Latina. Volumen III. Del siglo* XIX *a los umbrales del* XX, Cátedra, Madrid, 2005.

Palafox, José de, *Memorias*, Edición, introducción y notas de Herminio Lafoz Rabaza, Rolde de Estudios Aragoneses-Ayuntamiento de Zaragoza, Zaragoza, 1994.

París Martín, Álvaro y Artola Renedo, Andoni, «Dossier. Prolegómenos del derrumbe: la crisis de 1804 en la Monarquía Hispánica», *Investigaciones históricas. Época moderna y contemporánea*, 39, 2019, pp. 1-6.

—, y Nieto Sánchez, José A., «La participación popular en la crisis de la monarquía: del motín contra Godoy al 2 de mayo de 1808 en Madrid», *Investigaciones históricas. Época moderna y contemporánea*, 39, 2019, pp. 109-148.

Peiró Arroyo, Antonio, *Labradores en armas. Acción política y militar en los sitios de Zaragoza*, Comuniter, Zaragoza, 2016.

—, *El golpe de Estado del general Palafox*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2018.

Peiró Martín, Ignacio, *La Guerra de la Independencia y sus conmemoraciones (1908, 1958 y 2008)*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2008.

Pérez Francés, José Antonio, *Zaragoza 1808-1809. La defensa exterior*,

Asociación Cultural Los Sitios, Zaragoza, 2008.
—, *«Guerra y cuchillo» un grito por la Independencia y la Libertad. Primer Sitio de Zaragoza, 1808*, Asociación Cultural Los Sitios de Zaragoza, Zaragoza, 2011.
—, José Antonio: *Zaragoza, 1808-1809: la nación en armas. «La batalla del Arrabal»*, Asociación Cultural Los Sitios de Zaragoza, Zaragoza, 2018.
PICARD, Ernest y TUETEY, Louis, *Correspondance inédite de Napoléon Ier, conservée aux Archives de la guerre*, t. II, 1808-1809, Henri Charles-Lavauzelle Editeur militaire, París, 1912.
PRESA GONZÁLEZ, Fernando (ed.), *Soldados polacos en España durante la Guerra de la Independencia Española (1808-1814)*, Huerga Fierro editores, Madrid, 2004.
RAMIRO MOYA, Francisco, «La participación femenina en los Sitios de Zaragoza. La percepción del mando militar y el interés del poder político», *Millars. Espai i Història*, 48, 2020, pp. 43-66.
RAMÓN SOLÁNS, Francisco Javier, «La instrumentalización de la revuelta universitaria de 1808: orígenes, límites y rupturas», en Ignacio Perió Marín y Guillermo Vicente Guerrero (eds.), *Estudios históricos sobre la Universidad de Zaragoza*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2008, pp. 295-308.
RATIA FERNÁNDEZ, Inmaculada, *Villamayor de Gállego durante los sitios de Zaragoza. Consecuencias demográficas y aspectos genealógicos*, Asociación Cultural Musópolis, Zaragoza, 2019.
REDER GADOW, Marion, «Mujeres en las barricadas durante la Guerra de la Independencia (1808-1814): la rondeña María García "la Tinajera"», *Dossiers Feministes*, 15, 2011, pp. 9-25.
RINCÓN GARCÍA, Wifredo (dir.), *Catálogo. Los Sitios de Zaragoza*, Fundación 2008, Zaragoza, 2009.
ROGNIAT, Joseph, *Relación de los Sitios de Zaragoza y Tortosa por los Franceses en la última Guerra de España*, Imprenta de Miedes, Zaragoza, 1815.
RUDORFF, Raymond, *Los Sitios de Zaragoza 1808-1809, «guerra a muerte»*, Grijalbo, Barcelona, 1977.
RÚJULA, Pedro (coord.), *Zaragoza 1808. Doscientos años después*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2008.
—, «Dossier. Aproximaciones a la Guerra de la Independencia», *Revista Jerónimo Zurita*, 83, 2008, pp. 11-160.
—, «Lucha por el poder y resistencia en la Zaragoza de 1808», *Jerónimo Zurita*, 83, 2008, pp. 29-44.
—, «A vueltas con la Guerra de la Independencia. Una visión historiográfica del Bicentenario», *Hispania. Revista Española de Historia*, 235, 2010, pp. 461-492.
—, *Memorias del Mariscal Suchet sobre sus campañas en España*

1808-1814, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2012.

SCHPELER, D. V., *Histoire de la révolution d'Espagne et de Portugal ainsi que de la guerre qui en resulta*, Chez J. Desoer Liége, 1829.

SHUBERT, Adrian, «Agustina de Aragón in Cairo. Women Warriors and National Heroes in Global History», *Millars. Espai i Història*, 48, 2020, pp. 93-121.

SIOU, Hervé, «La fase inicial de mitificación de los Sitios de Zaragoza: un enfoque a partir de los primeros relatos (1808-1860)», en FORCADELL, Carlos y FRÍAS, Carmen (coords), *X Congreso de Historia Local en Aragón, 20 años de congresos de Historia Contemporánea* (1997-2016), Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2016, pp. 335-343.

SORANDO MUZÁS, Luis, «Los intentos de romper el cerco», *Desperta Ferro. Historia Moderna*, 36, 2018, pp. 34-39.

—, *El ejército español de José Napoleón (1808-1813)*, Desperta Ferro, Madrid, 2018.

STANISLAW CIECHANOWSKI, Jan, «La visión polaca de la Guerra de la Independencia», *Revista de Filosofía, Ciencias Humanas, Teoría de la Ciencia y de la Cultura El Basilisco*, Segunda época, n. 38, 2006, pp. 41-54.

TARRIÑO VINAGRE, Antonio, BEA, Manuel, GARCÍA SIMÓN, Luis Miguel, *et alii*, «Centros de explotación de sílex en la zona centro del Valle del Ebro. La Muela (Zaragoza)», *CPAG*, 26, 2016, pp. 229-243.

THOMPSON, E. P., *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica, 1995.

TORENO, CONDE DE, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2008.

VALLEJO ZAMORA, José, *La guerra de la Independencia en Tarazona: 1808-1814*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2008.

VAUBAN, Sébastien Le Prestre, *De l'attaque et de la défense des places*, Chez Pierre de Hondt, 1737.

VAUGHAN, Charles Richard, *Narrativa del Sitio de Zaragoza*, Editorial Comuniter-Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2008.

VV. AA., *Explicacion del cuadro histórico-cronológico de los movimientos y principales acciones de los ejércitos beligerantes en la península, durante la guerra de España contra Bonaparte*, Sección de Historia Militar, Imprenta de la viuda e hijos e D. Antonio Brusi, Barcelona, 1822.

VV. AA., *Libro de Gestis de la Universidad de Zaragoza,* curso 1807-1808, tomo XXXIX.

VV. AA., «Los polacos de Napoleón», *Desperta Ferro, Historia Moderna*, 8, 2014.

VV. AA., «Los sitios de Zaragoza», *Desperta Ferro, Historia Moderna*, 36, 2018.

VV. AA., *III Ciclo de Conferencias: Los Sitios de Zaragoza y su influencia en la resistencia española a la invasión napoleónica*, Asociación Cultural Los Sitios de Zaragoza, Zaragoza, 2009.

VV. AA., *IV Ciclo de Conferencias: Los Sitios de Zaragoza y su influencia en la resistencia española a la invasión napoleónica*, Asociación Los Sitios, Zaragoza, 2011.

VV. AA., *La batalla de Bailén. Actas de las primeras jornadas sobre la batalla de Bailén y la España contemporánea*, Universidad de Jaén, Jaén, 1999.

WOOLF, Stuart, *La Europa Napoleónica*, Crítica, Barcelona, 1992.

YÉPEZ PIEDRA, Daniel, «Víctimas y participantes. Las mujeres españolas en la *Peninsular War* desde la óptica británica», *Revista HMIC*, 8, 2010, pp. 156-178.

ZOZAYA MONTES, María, «Friends or Enemies? Deconstructing the Enemy: the Wooden Virgin», *Napoleonic Scholarship: The Journal of the International Napoleonic Society*, 6, 2015, pp. 125-135.

ZURITA, Rafael, *Europa en la época de Napoleón*, Síntesis, Madrid, 2019.

—, ABBOU, Adam, *Historia pública de la guerra de 1808-1814*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2020.

FUENTES

Las principales fuentes documentales que han sido la base de este libro son las conservadas en el Archivo Municipal de Zaragoza, en el Fondo General Palafox. Dispone de una documentación ingente que se ha trabajado metódicamente. Junto a ello se ha consultado prensa española y francesa, distintas obras y estampas de la época y documentación de otros archivos, todo lo cual se cita expresamente en las notas. Han resultado de gran utilidad los fondos digitalizados por la Biblioteca Nacional de España y los de la Biblioteca Nacional de Francia.

NOTAS

Muy heroica e inmortal Zaragoza

1 Archivo Municipal de Zaragoza, Fondo General Palafox. Signatura: 1-6/7, caja 08145, 1811, Folleto «Observaciones sobre la representación que con fecha 15 de junio del presente año dirige al Supremo Consejo de Regencia D. Lorenzo Calvo de Rozas…», por el marqués de Lazán.

1. Motín. Marzo-junio de 1808

1 Para estas líneas se ha seguido a José de Palafox, *Memorias*, Edición, introducción y notas de Herminio Lafoz Rabaza, Rolde de Estudios Aragoneses-Ayuntamiento de Zaragoza, Zaragoza, 1994; Emilio La Parra, *Manuel Godoy. La aventura del poder*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2002, pp. 68-438; y Francisco de Paula Martín, *Caída y prisión del Príncipe de la Paz*, [Material gráfico], Madrid 1814.

2 Emilio La Parra, *Manuel Godoy*, *op. cit.*, p. 407.

3 Archivo Municipal de Zaragoza, Fondo General Palafox [en adelante, si no se indica lo contrario, todas las referencias archivísticas son del mismo]. Signatura: 15-3/1-149, caja 08166, 1808, junio, 1-1809, febrero, 26, Instancias solicitando pasaportes, destinos etc…, remitidas a José de Palafox.

4 Emilio La Parra, *Fernando VII. Un rey deseado y detestado*, Tusquets Editores, Barcelona, 2018.

5 Sig.: 47-22, caja 08224, s/f, Escrito «Relato anónimo sobre los acontecimientos ocurridos en La Alfranca en mayor de 1808»; Sig.: 46-17/72-74, caja 08223, 1816, mayo, «Sobre el presbítero José Marzal y Araiz, de Tudela».

6 Álvaro París Martín y José Nieto Sánchez, «La participación popular en la crisis de la monarquía: del motín contra Godoy al 2 de mayo de 1808 en Madrid», *Investigaciones históricas. Época moderna y contemporánea*, 39, 2019, pp. 109-148.

7 Richard Hocquellet, *Resistencia y revolución durante la Guerra de la Independencia. Del levantamiento patriótico a la soberanía nacional*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2008.

8 AGP, Signatura: 44-17, caja 08220, s/f, Juicio de José de Palafox sobre algunos defensores de Zaragoza.

9 Antonio Peiró Arroyo, *Labradores en armas. Acción política y militar en los sitios de Zaragoza*, Comuniter, Zaragoza, 2016, pp. 111-123 y 138-143.

10 Lo cuenta Alcaide Ibieca y lo ha estudiado. L. Sorando.

11 Antonio Peiró Arroyo, *Labradores en armas*, *op. cit.* AMZ AGP Signatura: 20-8/1-10, caja 08176, 1808-1820, Hojas de Servicio de individuos de diversos batallones y regimientos.

12 Sig.: 47-1/1-17, caja 08224, 1772, noviembre, 12-1828, junio, 3, Sobre la hoja de servicios de Jerónimo Torres, héroe de los Sitios. Se adjuntan despachos y diplomas, algunos firmados por el rey; Mario de la Sala Valdés, *Obelisco histórico en honor de los heroicos defensores de Zaragoza en sus dos Sitios (1808-1809)*, Impresor del Excmo. Sr. Arzobispo, Zaragoza, 1908, p. 56.

13 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza (1808-1809)*, Editorial Comuniter, Zaragoza, 2000, p. 15; Józef Mrozinski, «El asedio y defensa de Zaragoza en los años 1808-1809», Varsovia, 1819, en Fernando Presa González,(ed.), *Soldados polacos en España durante la Guerra de la Independencia Española (1808-1814)*, Huerga Fierro Editores, Madrid, 2004, pp. 141-251.

14 Véase José María Cardesín, «Motín y magnicidio en la Guerra de la Independencia: la voz de "arrastrar" como modelo de violencia colectiva», *Historia Social*, 62, 2008, pp. 27-47. Estas violencias se siguieron dando en las décadas posteriores; Daniel Aquillué Domínguez, *Armas y votos. Politización y conflictividad en España, 1833-1843*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2020.

15 Jean Belmas, *Zaragoza, 1808 y 1809. Los Sitios vistos por un francés*, Editorial Comuniter, Zaragoza, 2003, pp. 159-161.

16 Sobre circulación de la información en 1808, Mónica Garcés Palacios, «El vuelo de la información política en la Zaragoza de los Sitios: soportes, espacios y politización», trabajo fin de máster, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2018.

17 Sig.: 3-2/3-52, 1808, mayo-1809, febrero, Comunicaciones de las Juntas Locales y ayuntamientos de diversos lugares dirigidas a José de Palafox, relacionadas con los Sitios de la Ciudad.

18 Sig.: 7-2/297-350, caja 08154, 1808, junio-1809, enero, Correspondencia de oficio de los coroneles de los Tercios de Huesca con el Inspector General de Infantería y con José de Palafox.

19 Herminio Lafoz Rabaza, *La Guerra de la Independencia en Aragón. Del Motín de Aranjuez a la capitulación de Zaragoza*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1996, pp. 85-86.

20 Sig.: 3-2/3-52, 1808, mayo-1809, febrero, Comunicaciones de las Juntas Locales y ayuntamientos de diversos lugares dirigidas a José de Palafox, relacionadas con los Sitios de la Ciudad; Sig.: 46-1/15-53, caja 08222, 1808, mayo-noviembre, Correspondencia de oficio de Miguel Oliveras, gobernador de Daroca, con José de Palafox.

21 Sig.: 2-2/1-68, caja 08146, 1808, mayo-diciembre, Cartas y oficios de particulares, dirigidas en su mayoría a José de Palafox.

2. Saragosse. Marzo-junio de 1808

1 Lluís Roura i Aulinas, «España en los planes napoleónicos», en Wifredo Rincón (dir.), *Los Sitios de Zaragoza*, pp. 29-33.

2 Raymond Rudorff, *Los Sitios de Zaragoza 1808-1809, «guerra a muerte»*, Grijalbo, Barcelona, 1977, pp. 18-23.

3 Jean-Marc, Lafon, «"Comer caldo aguado con cuchillo"… Organización y logística del Ejército del Midi en la prefectura de Jerez (1810-1812)», *Revista Universitaria de Historia Militar*, 12, 2017.

4 *Memoires* de Robert Guillemard, París, 1826, Fondation Napoleon, pp. 125-131. Jean-Marc Lafon, «Una inquietante extrañeza: la visión de la España del año 1808 en los testimonios napoleónicos, entre la alianza desigual y la guerra abierta», *Anales de Filología Francesa*, 16, 2008, pp. 141-153; Bernard Wilkin y René Wilkin, *Fighting for Napoleon: French soldiers letters*, 1799-1815.

5 *Le Moniteur Universel ou Gazette Nationale*, 5 de septiembre de 1808, n. 249.

6 Para conocer la Zaragoza de la época, además de las descripciones de 1808 son muy interesantes: José María Ballestín Miguel, *Zaragoza según el plano de 1712 y el vecindario de 1723*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2017, y Raquel Cuartero Arina y Chusé Bolea Robres, *Antiguas puertas de Zaragoza*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2013.

7 *Louis François Lejeune, Los Sitios de Zaragoza. Historia y pintura de los acontecimientos que tuvieron lugar en esta ciudad abierta durante los dos sitios que sostuvo en 1808 y 1809*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2009.

8 Gérard Dufour, *La Guerra de la Independencia*, Historia 16, Madrid, 1989.

9 Bernard Wilkin y René Wilkin, *Fighting, op. cit.* En el sitio de Cádiz, ya en 1810-1812, el Ejército del Midi pasó serias dificultades, como cuenta Jean-MarcLafon en «Comer caldo aguado con cuchillo…», *op. cit.*

10 Charles Esdaile, «El ejército francés en España. Actitudes y mentalidades de una fuerza de ocupación», Jerónimo Zurita, 91, 2016, pp. 21-33; Rafael Zurita, *Europa en la época de Napoleón*, Síntesis, Madrid, 2019; Stuart Woolf, *La Europa napoleónica*, Crítica, Barcelona, 1992.

11 Jean-Marc Lafon, «Les violences sexuales en Espagne (1808-1814): ce que révèlent les témoignages», *Bulletin Hispanique*, tome 108, 2, 2006, pp. 555-575; Hiltrud Friederich-Stegmann, «Memorias de alemanes en España durante la Guerra de la Independencia. La estancia de Philipp Schwin en la isla de Cabrera», Espacio, Tiempo y Forma, Serie IV, *Historia Moderna*, 16, 2003, pp. 359-390.

12 Sig.:2-3/1-198, caja 08146, 1808, mayo-1809, febrero, Cartas y oficios sobre la defensa de Zaragoza, por orden alfabético según el nombre del remitente; Sig.: 7-2/297-350, caja 08154, 1808, junio-1809, enero, Correspondencia de oficio de los coroneles de los Tercios de Huesca con el Inspector General de Infantería y con José de Palafox; Sig.: 46-1/15-53, caja 08222, 1808, mayo-noviembre, Correspondencia de oficio de Miguel Oliveras, gobernador de Daroca, con José de Palafox; Sig.: 22-8/1-108, 1808, marzo-1809, enero, Instancias dirigidas a

José de Palafox relativas a diferentes peticiones; Sig.: 24-3/1-37, 1808-1821, Certificaciones e instancias expedidas y dirigidas a José de Palafox y referidas a concesiones y honores y distinciones por participar en la defensa durante los Sitios; acreditación de servicios prestados y nombramiento de cargos; así como justificación de aportaciones económicas para contribuir a los gastos durante los asedios.

13 Para datos sobre unidades militares recurriré, entre otros, a Luis Sorando Muzás, «Unidades y uniformes presentes en los Sitios», en Wifredo Rincón García, *Los Sitios de Zaragoza, op. cit.* Al final del asedio eran 15.566 los efectivos sitiadores.

14 Cristina González Caizán, «La repercusión de la Guerra de la Independencia Española en Polonia», *Cuadernos dieciochistas*, 8, 2007, pp. 137-157; Grzegorz Bak, «El asedio de Zaragoza (1808-1809) a los ojos de los soldados polacos», *Eslavística Complutense*, 2, 2002, pp. 23-31; Jan Stanislaw Ciechanowski, «La visión polaca de la Guerra de la Independencia», *Revista de Filosofía, Ciencias Humanas, Teoría de la Ciencia y de la Cultura EL BASILISCO*, Segunda época, n. 38, 2006, pp. 41-54; VV. AA.: «Los polacos de Napoleón», *Desperta Ferro. Historia Moderna* 8, 2014.

15 Sig.: 58-1, caja 08236, 1808, junio, 5, Zaragoza, Oficio del General José de Palafox al Barón de Warsage, relativo al envío de refuerzos.

3. Leva en masa. Primavera-otoño de 1808

1 Sig.: 1-12, caja 08145, 1818, noviembre-1819, enero, Oficios. Francisco Dionisio Vives solicita a José de Palafox aclaración sobre algunos aspectos para escribir el segundo tomo de la Historia de las Guerras de Napoleón en España, y contestación de José de Palafox «Satisfacción a los 6 primeros capítulos de la Instrucción del señor Vives. Acción de Alagón y Épila».

2 Respecto a la guerra en el Alto Aragón: Sig.: 7-2/297-350, caja 08154, 1808, junio-1809, enero, Correspondencia de oficio de los coroneles de los Tercios de Huesca con el Inspector General de Infantería y con José de Palafox; Sig.: 5-8/1-12, caja 08150, 1808, junio, 18-1808, diciembre, 19, Estados de fuerzas de Cuerpos del Ejército en Zaragoza; Sig.: 12/1-144, caja 08161, 1808-1841, Instancias y certificaciones sobre los actos de los defensores de Zaragoza; Ramón Guirao y Luis Sorando, *Anales de la Guerra de Independencia en Española en el Alto Aragón (1808-1814)*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 2008.

3 Sobre este tema referido a Calatayud: Sig.: 43-5, caja 08219, 1814, Folleto «Memorial presentado a S. M. y A. A. por el brigadier de caballería José Larraga, haciendo presentes todos los servicios».

4 Respecto a Daroca y su partido: Sig.: 46-1/15-53, caja 08222, 1808, mayo-noviembre, Correspondencia de oficio de Miguel Oliveras, gobernador de Daroca, con José de Palafox. Además, se puede consultar Pascual Sánchez Domingo, *La Guerra de la Independencia en el partido de Daroca, 1808-1813: darocenses en la contienda*, Comuniter, Zaragoza, 2017.

5 Sig.: 22-8/1-108, 1808, marzo-1809, enero, Instancias dirigidas a José de Palafox relativas a diferentes peticiones.

6 Domingo Gascón, *La provincia de Teruel en la Guerra de la Independencia*. Estudio introductorio de Pedro Rújula, Prensas Universitarias de Zaragoza-Instituto de Estudios Turolenses, 2009; Sig.: 9-3/145-202, 1808, agosto-1809, enero, Estados de fuerza; instancias; hojas de servicio del Segundo Batallón de Voluntarios de Teruel.

7 Sig.: 22-4/1-35, caja 08180, 1816-1817, Instancias dirigidas a José de Palafox solicitando certificaciones de participación en los Sitios de Zaragoza para la posterior concesión del distintivo de la cruz de Su Majestad; Sig.: 28-1/79, caja 08191, 1821-1822, Expediente de solicitud por parte del Coronel José María Román, de la Cruz de la Orden de San Fernando, fundándose en su participación en el Segundo Sitio. Concedida.

8 Arsenio García Fuertes, «El ejército español en campaña en los comienzos de la Guerra de la Independencia, 1808-1809», *Monte Buciero*, 13, 2008, pp. 101-166.

9 José Antonio Pérez Francés, «De las guerras en campo abierto a la guerra de los Sitios», en Wifredo Rincón (dir.), *Los Sitios, op. cit.*, pp. 135-149.

10 Luis Sorando, «Unidades y uniformes presentes en los Sitios», en Rincón, Wifredo (dir.), *Los Sitios…*, pp. 109-133; Sig.: 13-3/1-7, caja 08163, 1808, agosto-1809, enero, Instancias dirigidas a José de Palafox sobre ascensos y destinos.

11 Sig.: 20-4/1-9, 1814-1815, Certificaciones. Solicitudes, Relaciones de individuos que participaron en la Defensa de Zaragoza; véase también Francisco Burgos Mallén, *Los batallones*

1.º y 2.º de Infantería Ligera de Voluntarios de Aragón, Comuniter, Zaragoza, 2011.

12 Sig.: 6-3/236-345, caja 08152, 1808, junio-1809, febrero, Hojas de servicio de oficiales; estado de fuerzas; partes de oficiales enfermos; correspondencia de oficio del Regimiento de Infantería de Extremadura; Sig.: 15-3/1-149, caja 08166, 1808, junio, 1-1809, febrero, 26, Instancias solicitando pasaportes, destinos etc…, remitidas a José de Palafox; Sig.: 3-2/3-52, 1808, mayo-1809, febrero, Comunicaciones de las Juntas Locales y ayuntamientos de diversos lugares dirigidas a José de Palafox, relacionadas con los Sitios de la Ciudad.

13 Sig.: 7-2/224-269, 1808, octubre-1809, enero, Hojas de servicio; relaciones de oficiales; estados de fuerza; correspondencia de oficio del Tercio de Daroca; Sig.: 7-2/10-104. Caja 08154, 1808, mayo-1809, febrero, Correspondencia de oficio, relaciones de oficiales, estados efectivos de fuerzas y nombramientos de José de Palafox del primer, segundo, tercero, cuarto, quinto, sexto y séptimo tercio de Voluntarios aragoneses; Sig.: 46-1/112-120, caja 08222, 1808, junio-1809, enero, Correspondencia de oficio de los comandantes que custodian los puntos de defensa en Zaragoza, con José de Palafox; Sig.: 12/145-247, caja 08162, 1808-1837, Instancias y certificaciones sobre los actos de los defensores de Zaragoza; Sig.: 12/1-144, caja 08161, 1808-1841, Instancias y certificaciones sobre los actos de los defensores de Zaragoza; Sig.: 11-2/1-192, 1808-1845, Instancias y certificaciones sobre los actos de los defensores de Zaragoza.

14 Sig.: 3-4/51-59, caja 08147, 1808, junio-julio y noviembre, Oficios de José Obispo dirigidos a José de Palafox y a Manuel de Peñas sobre las necesidades del Batallón que dirige [Primero de Zaragoza o Primero de El Pilar].

15 Sig.: 22-8/1-108, 1808, marzo-1809, enero, Instancias dirigidas a José de Palafox relativas a diferentes peticiones.

16 Sig.: 1-5/6, caja 08145, 1808, agosto, 13, Relación de la fuerza y armas de los distintos Cuerpos del Ejército.

17 Faustino Casamayor, *Diario*, *op. cit.*, pp. 29-30.

18 Sig.: 3-4/51-59, caja 08147, 1808, junio-julio y noviembre, Oficios de José Obispo dirigidos a José de Palafox y a Manuel de Peñas sobre las necesidades del Batallón que dirige [Primero de Zaragoza o Primero de El Pilar].

19 Sig.: 3-4/51-59, caja 08147, 1808, junio-julio y noviembre, Oficios de José Obispo dirigidos a José de Palafox y a Manuel de Peñas sobre las necesidades del Batallón que dirige [Primero de Zaragoza o Primero de El Pilar]; Sig.: 13-3/1-7, caja 08163, 1808, agosto-1809, enero, Instancias dirigidas a José de Palafox sobre ascensos y destinos.

20 David Bell, *La primera guerra total: la Europa de Napoleón y el nacimiento de la guerra moderna*, Alianza, Madrid, 2012, pp-180-182.

21 Los grabados de Gálvez y Brambila se pueden encontrar online en diversas webs como la Biblioteca Virtual de Andalucía, en papel recomiendo la edición de Rafael Contento Márquez, *Las ruinas de Zaragoza de Gálvez y Brambila. Una epopeya calcográfica*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2010; Sig.: 1-6/3, caja 08145, 1809, Folleto «Resumen histórico del primer sitio de la ilustre ciudad de Zaragoza por los franceses desde 14-VI al 15-VIII de 1808»; Sig.: 2-3/1-198, caja 08146, 1808, mayo-1809, febrero, Cartas y oficios sobre la defensa de Zaragoza, por orden alfabético según el nombre del remitente; Sig.: 3-2/3-52, 1808, mayo-1809, febrero, Comunicaciones de las Juntas Locales y ayuntamientos de diversos lugares dirigidas a José de Palafox, relacionadas con los Sitios de la Ciudad; Sig.: 1-7, caja 08145, [d. 1809, febrero], Informe francés sobre el estado de las fuerzas españolas en Zaragoza.

22 Sig.: 1-8/1, caja 08145, 1808, junio, 7 y 20, Cartas del Ayuntamiento de Zaragoza al General Palafox; Sig.: 3-2/3-52, 1808, mayo-1809, febrero, Comunicaciones de las Juntas Locales y ayuntamientos de diversos lugares dirigidas a José de Palafox, relacionadas con los Sitios de la Ciudad; Sig.: 11-2/1-192, 1808-1845, Instancias y certificaciones sobre los actos de los defensores de Zaragoza; Sig.: 5-6/1, caja 08150, 1808, junio, 18 y julio, 1, Partes de Lucas Velasco, Gobernador del Castillo de la Aljafería de Zaragoza.

23 Ignacio Bariandarán, «Un taller de piedras de fusil en el Ebro Medio», *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, 17, 1974, pp. 189-228; Antonio Tarriño Vinagre, Manuel Bea, Luis Miguel García Simón, *et Alii*, «Centros de explotación de sílex en la zona centro del Valle del Ebro. La Muela (Zaragoza)», CPAG, 26, 2016, pp. 229-243.

24 Sig.: 58-2, caja 08236, 1808, junio, 7, Zaragoza, Oficio del general José de Palafox al Barón de Barsage sobre el suministro de pólvora; Sig.: 46-1/15-53, caja 08222, 1808, mayo-noviembre, Correspondencia de oficio de Miguel Oliveras, gobernador de Daroca, con José de

Palafox.

25 Sig.:2-3/1-198, caja 08146, 1808, mayo-1809, febrero, Cartas y oficios sobre la defensa de Zaragoza, por orden alfabético según el nombre del remitente; Sig.: 20-6, 1-38, caja 08176, 1814, Instancias dirigidas a José de Palafox, solicitando certificación de haber participado en la Defensa de Zaragoza, para la concesión de la Cruz de los Sitios.

26 Sig.:2-3/1-198, caja 08146, 1808, mayo-1809, febrero, Cartas y oficios sobre la defensa de Zaragoza, por orden alfabético según el nombre del remitente.

27 Herminio Lafoz, *Manifiestos y bandos de la Guerra de la Independencia en Aragón*, Comuniter, Zaragoza, 2005, pp. 176-177.

28 Sobre la alimentación de los soldados españoles: Sig.: 41-1/47-49, caja 08215, 1811, diciembre-1812, Notas y estado de existencias, víveres, provisiones y fuerzas que tenían los ejércitos españoles. Las referencias a la «galleta» las encontramos en las diversas narraciones de los Sitios que son citadas.

29 Sig.: 2-3/1-198, caja 08146, 1808, mayo-1809, febrero, Cartas y oficios sobre la defensa de Zaragoza, por orden alfabético según el nombre del remitente.

30 Sig.: 20-11/1-11, caja 08176, 1813-1842, Certificaciones; instancias, memoriales sobre participación en la defensa de Zaragoza; Sig.: 20-11/1-11, caja 08176, 1813-1842, Certificaciones; instancias, memoriales sobre participación en la defensa de Zaragoza; Sig.: 11-2/1-192, 1808-1845, Instancias y certificaciones sobre los actos de los defensores de Zaragoza; Sig.: 2-3/1-198, caja 08146, 1808, mayo-1809, febrero, Cartas y oficios sobre la defensa de Zaragoza, por orden alfabético según el nombre del remitente.

31 Sig.: 19-7/51, caja 08174, s/f, Noticia sobre las rentas del Erario de Aragón en 1808.

32 Sig.: 2-3/1-198, caja 08146, 1808, mayo-1809, febrero, Cartas y oficios sobre la defensa de Zaragoza, por orden alfabético según el nombre del remitente.

33 Sig.: 43-5, caja 08219, 1814, Folleto «Memorial presentado a S.M. y A.A. por el brigadier de caballería José Larraga, haciendo presentes todos los servicios»; Sig.: 7-2/297-350, caja 08154, 1808, junio-1809, enero, Correspondencia de oficio de los coroneles de los Tercios de Huesca con el Inspector General de Infantería y con José de Palafox. Coronel Felipe Perena, Comandante Pedro Villacampa.

34 Alicia Laspra Rodríguez, «La intervención británica: ayuda material y diplomática», *Revista de Historia Militar,* Instituto de Historia y Cultura militar, año XLIX, 2005 (n. extraordinario), pp. 59-78.

35 Antonio Moliner Prada, «Lorenzo Calvo de Rozas. Representante del Reino de Aragón en la Junta Central», en III Ciclo de Conferencias: Los Sitios de Zaragoza y su influencia en la resistencia española a la invasión napoleónica, Asociación Cultural Los Sitios de Zaragoza, Zaragoza, 2009, pp. 7-30.

36 Sig.: 24-3/1-37, 1808-1821, Certificaciones e instancias expedidas y dirigidas a José de Palafox y referidas a concesiones y honores y distinciones por participar en la defensa durante los Sitios; acreditación de servicios prestados y nombramiento de cargos; así como justificación de aportaciones económicas para contribuir a los gastos durante los asedios.

37 Arsenio García Fuertes, «El ejército español en campaña…», *op. cit.*

38 Ilya Berckovich, *Motivation in a wat. The Experience of Common Soldiers in Old-Regime Europe*, Cambridge University Press, 2017.

39 Andrés Casaniello Pérez, «La Guerra Peninsular de 1808: del entusiasmo a la frustración», *Revista de Historia Militar*, Instituto de Historia y Cultura militar, año XLIX, 2005 (n. extraordinario), pp. 99-124; Arsenio Garía Fuertes, «El ejército español en campaña…», *op. cit.*

40 Herminio Lafoz, *Manifiestos*, *op. cit.*, p. 283.

41 Sig.: 2-3/1-198, caja 08146, 1808, mayo-1809, febrero, Cartas y oficios sobre la defensa de Zaragoza, por orden alfabético según el nombre del remitente; Sig.: 11-2/1-192, 1808-1845, Instancias y certificaciones sobre los actos de los defensores de Zaragoza; Sig.: 20-9/1-5, caja 08176, 1808-1821, Instancias solicitando a José de Palafox gratificaciones y limosnas, por la participación en los Sitios; Sig.: 22-8/1-108, 1808, marzo-1809, enero, Instancias dirigidas a José de Palafox relativas a diferentes peticiones; Sig.: 46-2/69-90, caja 08222, 1808, agosto-1809, enero, Instancias dirigidas a José de Palafox, solicitando retiro o invalidez.

42 Sig.: 3-2/3-52, 1808, mayo-1809, febrero, Comunicaciones de las Juntas Locales y ayuntamientos de diversos lugares dirigidas a José de Palafox, relacionadas con los Sitios de la Ciudad; Sig.: 20-11/1-11, caja 08176, 1813-1842, Certificaciones; instancias, memoriales

sobre participación en la defensa de Zaragoza.

43 Sobre este tema de la circulación de la información en la Guerra de la Independencia está realizando una tesis doctoral Mónica Garcés Palacios en la Universidad de Zaragoza.

44 Sig.: 46-1/89, caja 08222, 1808, Diciembre, 19, Zaragoza, Instancia de Manuel Estevan Labrador, solicitando licencia temporal para poder llevarse a su hijo enfermo a casa; Sig.: 16-8/1-91, 1809 y 1814, Certificaciones e instancias sobre participación en los sitios de Zaragoza.

45 Sig.: 16-4/1, caja 08168, 1808, junio, Sumario practicado contra Francisco Escriche en la villa de Mora, por no querer alistarse.

46 Sig.: 3-3/1-65, caja 08147, 1808, febrero-1809, febrero, Partes y oficios dados por los defensores de Zaragoza a sus jefes y a José de Palafox; José Vallejo Zamora, *La guerra de la Independencia en Tarazona: 1808-1814*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2008, pp. 19-20.

47 Sig.: 22-8/1-108, 1808, marzo-1809, enero, Instancias dirigidas a José de Palafox relativas a diferentes peticiones; Sig.: 46-2/23-36, caja 08222, 1808, Relaciones de individuos licenciados por la Inspección General de Infantería; Sig.: 3-7/1, caja 08147, 1816, diciembre, Informe relativo a que Josefa Buil estuvo comprendida en la causa contra el Capitán Carreras, sobre la falsificación de licencias absolutas en el tiempo de José de Palafox.

48 Sig.: 7-2/297-350, caja 08154, 1808, junio-1809, enero, Correspondencia de oficio de los coroneles de los Tercios de Huesca con el Inspector General de Infantería y con José de Palafox; Sig.: 12/1-144, caja 08161, 1808-1841, Instancias y certificaciones sobre los actos de los defensores de Zaragoza; Sig.: 46-1/112-120, caja 08222, 1808, junio-1809, enero, Correspondencia de oficio de los comandantes que custodian los puntos de defensa en Zaragoza, con José de Palafox.

49 Sig.: 3-4/60-62, caja 08147, 1808. Junio-julio y noviembre, Oficios de los Generales Butrón, Dublaisel y O'Neill a Raimundo Andrés y a José de Palafox.

50 Sig.: 46-1/15-53, caja 08222, 1808, mayo-noviembre, Correspondencia de oficio de Miguel Oliveras, gobernador de Daroca, con José de Palafox.

51 Sig.: 14-2/108, caja 08165, 1808, septiembre-octubre, Causa criminal formada de oficio por la Junta de Monreal del Campo, de orden de Andrés Boggiero, por insultos al Gobernador de la Ciudad de Teruel, contra Mariano Martín Royo y otros.

52 Sig.: 16-5/1, caja 08168, 1808, julio, 27, Caspe, Proceso criminal militar contra José Fuster, alias el Pirrio, Mariano Piera, el Manco, solteros, y José Monforte, casado, sobre disparo de armas de fuego y tratos escandalosos remitido a José de Palafox. Los grabados de Goya se pueden ver en diversos lugares, como la web del Museo del Prado.

4. Batalla campal. 8-14 de junio de 1808

1 Gonzalo Forcada Torres, «Tudela durante la guerra de la Independencia La ejecución de José Bordeu y las desagradables consecuencias del combate del 8 de junio de 1808», pp. 435-458; Sig.: 46-5/1-126, caja 0223, 1808, mayo-noviembre, Comunicaciones de las Juntas de Defensa de varias poblaciones al capitán general de Aragón.

2 Sig.: 3-2/3-52, 1808, mayo-1809, febrero, Comunicaciones de las Juntas Locales y ayuntamientos de diversos lugares dirigidas a José de Palafox, relacionadas con los Sitios de la Ciudad; Sig.: 15-3/1-149, caja 08166, 1808, junio, 1-1809, febrero, 26, Instancias solicitando pasaportes, destinos etc…, remitidas a José de Palafox; Sig.: 24-3/1-37, 1808-1821, Certificaciones e instancias expedidas y dirigidas a José de Palafox y referidas a concesiones y honores y distinciones por participar en la defensa durante los Sitios; acreditación de servicios prestados y nombramiento de cargos; así como justificación de aportaciones económicas para contribuir a los gastos durante los asedios.

3 José Antonio Pérez Francés, «*Guerra y cuchillo» un grito por la Independencia y la Libertad. Primer Sitio de Zaragoza 1808*, Asociación Cultural Los Sitios de Zaragoza, Zaragoza, 2011, pp. 103-104.

4 Sig.: 10-1/1-20, caja 08158, 1808, octubre-1809, enero y 1815, Solicitudes, memoriales y oficio relativas a pensiones y pensiones de viudedad; Sig.: 12/1-144, caja 08161, 1808-1841, Instancias y certificaciones sobre los actos de los defensores de Zaragoza; Sig.: 7-2/10-104. Caja 08154, 1808, mayo-1809, febrero, Correspondencia de oficio, relaciones de oficiales, estados efectivos de fuerzas y nombramientos de José de Palafox del primer, segundo, tercero, cuarto, quinto, sexto y séptimo tercio de Voluntarios aragoneses; Sig.:

12/145-247, caja 08162, 1808-1837, Instancias y certificaciones sobre los actos de los defensores de Zaragoza; Sig.:2-3/1-198, caja 08146, 1808, mayo-1809, febrero, Cartas y oficios sobre la defensa de Zaragoza, por orden alfabético según el nombre del remitente.

5 Sobre la batalla de Alagón y su preparación: Faustino Casamayor, *Diario*, *op. cit.*, pp. 39-40; Charles Richard Vaughan, *Narrativa del Sitio de Zaragoza*, pp. 76-77; José Antonio Pérez Francés, «*Guerra y cuchillo*», *op. cit.*, pp. 109-115; Raymond Rudorff, Los Sitios, *op. cit.*, pp. 114-115; y Sig.: 1-6/3, caja 08145, 1809, Folleto «Resumen histórico del primer sitio de la ilustre ciudad de Zaragoza por los franceses desde 14-VI al 15-VIII de 1808».

6 Muchos no llevaban aún fusiles, sino que iban armados como podían: «centenares armados con chuzos, son cuchillos o navajas atados a un extremo de un palo, con espadines, con espadas de esgrima, con fusil o escopeta cargados con tres o cuatro cartuchos para matar más franceses a cada tiro según se prometían» aunque esto fuera una insensatez, ya que en vez de matar enemigos podía reventarles el arma de fuego en sus manos.

7 Sig.: 2-3/1-198, caja 08146, 1808, mayo-1809, febrero, Cartas y oficios sobre la defensa de Zaragoza, por orden alfabético según el nombre del remitente.

8 Sig.: 22-8/1-108, 1808, marzo-1809, enero, Instancias dirigidas a José de Palafox relativas a diferentes peticiones; Sig.: 16-8/1-91, 1809 y 1814, Certificaciones e instancias sobre participación en los sitios de Zaragoza.

9 Agustín Alcaide Ibieca, *Suplemento a la historia de los dos Sitios que pusieron a Zaragoza en los años de 1808 y 1809 las tropas de Napoleón*, Imprenta de D. M. de Burgos, Madrid, 1831, p. 39; Sig.: 2-2/1-68, caja 08146, 1808, mayo-diciembre, Cartas y oficios de particulares, dirigidas en su mayoría a José de Palafox; Sig.: 10-1/1-20, caja 08158, 1808, octubre-1809, enero y 1815, Solicitudes, memoriales y oficio relativas a pensiones y pensiones de viudedad.

10 Sig.: 3-8/73, caja 08147, 1831, mayo, 20, Madrid, Certificación y nota de José de Palafox, acreditando el comportamiento del ayudante de campo Rafael Casellas en el Primer Sitio de la ciudad; Sig.: 20-6, 1-38, caja 08176, 1814, Instancias dirigidas a José de Palafox, solicitando certificación de haber participado en la Defensa de Zaragoza, para la concesión de la Cruz de los Sitios; Sig.: 7-2/10-104. Caja 08154, 1808, mayo-1809, febrero, Correspondencia de oficio, relaciones de oficiales, estados efectivos de fuerzas y nombramientos de José de Palafox del primer, segundo, tercero, cuarto, quinto, sexto y séptimo tercio de Voluntarios aragoneses; Sig.: 20-9/1-5, caja 08176, 1808-1821, Instancias solicitando a José de Palafox gratificaciones y limosnas, por la participación en los Sitios.

11 Sig.: 1-13/4, 1808, julio, Informes y cartas de diversa procedencia.

12 Tanto esta cita de Moscoso como algunas de las ideas expuestas en los párrafos anteriores, en Arsenio García Fuertes, «El ejército español en campaña en los comienzos de la Guerra de la Independencia, 1808-1809». Sobre la visión de la batalla a ras de suelo, John Keegan, *El rostro de la batalla*, Turner, Madrid, 2013.

13 Sobre las campañas del s. XVIII y época napoleónica, Ilya Berkcovich, *Motivation in a War…*; David Bell, *La primera guerra total…*; Carl von Clausewitz, *De la guerra*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2014; David Chandler, *Las campañas de Napoleón*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2015, y Rafael Zurita Aldeguer, *Europa en…*, *op. cit.*

14 Sig.: 3-2/3-52, 1808, mayo-1809, febrero, Comunicaciones de las Juntas Locales y ayuntamientos de diversos lugares dirigidas a José de Palafox, relacionadas con los Sitios de la Ciudad.

15 Sig.: 17-2/1-5, caja 08170, s/f, Escritos y composiciones de la época de niñez del Marqués de Lazán; Sig.: 47-4/1, caja 08224, 1788, Cuaderno escolar de Francisco de Paula Rebolledo de Palafox y Melci, siendo discípulo del padre Basilio de Santiago; Sig.: 47-5/74-93, caja 08224, [1788], Notas y dibujos de estudio hechos por José de Palafox y sus hermanos durante la niñez; Sig.: 47-5/1-73, caja 08224, [1788], Notas de estudio escritas por José de Palafox y sus hermanos en la niñez.

5. Corpus. 15-18 de junio de 1808

1 Sig.: 3-3/1-65, caja 08147, 1808, febrero-1809, febrero, Partes y oficios dados por los defensores de Zaragoza a sus jefes y a José de Palafox.

2 Sig.: 1-9/3, caja 08145, 1814, marzo, 14, Ceuta, Escrito del General Fernando Butrón al redactor del Zaragozano Constitucional sobre los méritos de José de Palafox durante los Sitios, en respuesta a un artículo de Calvo de Rozas, publicado por ese periódico; Sig.: 58-3, caja 08236, 1808, junio, 17, Belchite, Oficio del general José de Palafox al Barón de Warsage

sobre la derrota sufrida por su ejército y ordenándole se incorpore con la división de su mando.

3 Sig.: 1-6/7, caja 08145, 1811, Folleto «Observaciones sobre la representación que con fecha 15 de junio del presente año dirige al Supremo Consejo de Regencia D. Lorenzo Calvo de Rozas…», por el Marqués de Lazán.

4 Sig.: 12/145-247, caja 08162, 1808-1837, Instancias y certificaciones sobre los actos de los defensores de Zaragoza.

5 Sig.: 11-2/1-192, 1808-1845, Instancias y certificaciones sobre los actos de los defensores de Zaragoza.

6 Sig.: 1-5/2, caja 08145, 1808, junio, 19, Longares, Lista del Estado Mayor del Ejército de Aragón.

7 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos Sitios que pusieron a Zaragoza en los años de 1808 y 1809 las tropas de Napoleón*, Imprenta de D. M. de Burgos, Madrid, 1830, tomo I, pp. 72-73.

8 Sig.: 22-8/1-108, 1808, marzo-1809, enero, Instancias dirigidas a José de Palafox relativas a diferentes peticiones.

9 Sig.: 11-2/1-192, 1808-1845, Instancias y certificaciones sobre los actos de los defensores de Zaragoza.

10 Józef Mrozinski, *«El asedio…», op. cit.*, p. 158.

11 La mayoría de los datos sobre las mujeres que participaron en la defensa son consultados en Nuria Marín Arruego, *Mujeres. Los Sitios de Zaragoza (1808-1809)*, Fundación 2008, Zaragoza, 2008.

12 Sig.: 41-1/124-127, caja 08215, 1833, abril, 16-julio, 31, Cartas y certificaciones sobre la participación de Miguel Blasco en los Sitios; Sig.: 16-8/1-91, 1809 y 1814, Certificaciones e instancias sobre participación en los sitios de Zaragoza; José Antonio Pérez Francés, *«Guerra y cuchillo»…, op. cit.*

13 Sig. 1-1/10-12, caja 08145, 1808, julio, 2-11, Velilla de Ebro, Cartas de Pedro Latorre dirigidas a José de Palafox, sobre su sobrino Pedro Lapuente.

14 José Antonio Pérez Francés, *«Guerra y cuchillo»…, op. cit.*, pp. 139-140; Agustín Alcaide Ibieca, *Historia…, op. cit.*, tomo I, pp. 69-70.

15 Como otros, Marcó del Pont está recogido en Mario de la Sala Valdés, *Obelisco…, op. cit.*, p. 176.

16 Francisco Escribano, «Mariano Renovales: De Argentina a cuba, una vida de novela», en VV.AA., *IV Ciclo de Conferencias: Los sitios de zaragoza y su influencia en la resistencia española a la invasión napoleónica*, Asociación Los Sitios, Zaragoza, 2011, pp. 67-94.

17 Félix Fijalkowski Wieslaw, *La intervención de las tropas polacas en los Sitios de Zaragoza de 1808 y 1809*, Asociación Los Sitios, Zaragoza, p. 54.

18 Faustino Casamayor, *Diario…, op. cit.*, p. 44.

19 Jean Belmas, *Zaragoza…, op. cit.*, p. 165.

20 Sig.: 1-6/7, caja 08145, 1811, Folleto «Observaciones sobre la representación que con fecha 15 de junio del presente año dirige al Supremo Consejo de Regencia D. Lorenzo Calvo de Rozas…», por el Marqués de Lazán.

21 Pedro Rújula, «Lucha por el poder y resistencia en la Zaragoza de 1808», *Revista Jerónimo Zurita*, 83, 2008, pp. 29-44.

22 AMZ AGP. Signatura: 10-1/1-20, caja 08158, 1808, octubre-1809, enero y 1815, Solicitudes, memoriales y oficio relativas a pensiones y pensiones de viudedad.

23 Zaragoza, 18 junio 1808. Signatura: 22-8/1-108, 1808, marzo-1809, enero, Instancias dirigidas a José de Palafox relativas a diferentes peticiones.

6. Caos. 18 de junio-julio de 1808

1 Faustino Casamayor, *Diario…, op. cit.*, pp. 46-47.

2 Luis Sorando, «Unidades y uniformes…», *op. cit.*

3 Faustino Casamayor, *Diario…, op. cit.*, p. 50.

4 Sig.: 2-3/1-198, caja 08146, 1808, mayo-1809, febrero, Cartas y oficios sobre la defensa de Zaragoza, por orden alfabético según el nombre del remitente.

5 Faustino Casamayor, *Diario…, op. cit.*, p. 59.

6 Herminio Lafoz, «Luis Rebolledo de Palafox y Melzi, Marqués de Lazán. Aportación a su biografía», *Revista Jerónimo Zurita*, 87, 2012, pp. 149-170; Sig.: 2-1/1-2, caja 08146, [d.

1809], Escrito «Resumen de los servicios del Marqués de Lazán en la presente Guerra de la Independencia». Años 1808-1809, y «Advertencia» sobre el anterior; Sig.: 2-3/1-198, caja 08146, 1808, mayo-1809, febrero, Cartas y oficios sobre la defensa de Zaragoza, por orden alfabético según el nombre del remitente.

7 Sig.: 3-3/1-65, caja 08147, 1808, febrero-1809, febrero, Partes y oficios dados por los defensores de zaragoza a sus jefes y a José de Palafox.

8 Jean Belmas, *Zaragoza…*, *op. cit.*, p. 166.

9 Sig.: 5-6/1, caja 08150, 1808, junio, 18 y julio, 1, Partes de Lucas Velasco, Gobernador del Castillo de la Aljafería de Zaragoza.

10 Sig.: 3-3/1-65, caja 08147, 1808, febrero-1809, febrero, Partes y oficios dados por los defensores de Zaragoza a sus jefes y a José de Palafox; Sig.: 1-5/1, caja 08145, 1808, junio-1809, enero, 19, Libro de órdenes del día comunicadas a las tropas que defenderán la ciudad de Zaragoza durante los dos Sitios; Sig.: 22-8/1-108, 1808, marzo-1809, enero, Instancias dirigidas a José de Palafox relativas a diferentes peticiones.

11 Sig.: 1-8/2, 1808, junio 29 y 30, Oficios de la Junta Suprema a Palafox, instándole a volver inmediatamente a Zaragoza; Faustino Casamayor, *Diario…*, *op. cit.*, p. 59.

12 Además de en las distintas obras citadas, esta descripción tiene su base en la fuente iconográfica que suponen las estampas realizadas por Gálvez y Brambila.

13 Herminio Lafoz, *Manifiestos…*, *op. cit.*, p. 230.

14 Faustino Casamayor, *Diario…*, *op. cit.*, p. 58; Jean Belmas, *Los Sitios…*, *op. cit.*, p. 27.

15 Sig.: 2-3/1-198, caja 08146, 1808, mayo-1809, febrero, Cartas y oficios sobre la defensa de Zaragoza, por orden alfabético según el nombre del remitente.

16 Las narraciones y fuentes sobre la batalla de Épila son confusas y contradictorias. Tras la consulta he optado por una combinación lo más ecuánime posible bajo mi prisma interpretativo. Faustino Casamayor, *Diario…*, *op. cit.*, p. 52; Jean Belmas, *Los Sitios…*, *op. cit.*, p. 25; Louis François Lejeune, *Los Sitios…*, *op. cit.*, pp. 12-13; Charles Richard Vaughan, *Narrativa…*, *op. cit.*, p. 80; Agustín Alcaide Ibieca, *Historia…*, *op. cit.*, tomo I, pp. 98-99; José Antonio Pérez Francés, «*Guerra y…*», *op. cit.*, pp. 155-205; Francisco Javier Lázaro Sebastián, «La repercusión de la Guerra de la Independencia en la actual Comarca de Valdejalón: El caso de Épila», en María Jesús Casaus Ballester, *El Condado de Aranda y la nobleza española en el Antiguo Régimen*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2009, pp. 275-307. En el Archivo Municipal de Zaragoza: Sig.: 1-13/1, caja 08145, 1819, enero, 22, Valencia, Índice de la correspondencia oficial entre José de Palafox y la Junta Superior del Reino de Valencia, de junio a diciembre de 1808; Sig.: 1-9/3, caja 08145, 1814, marzo, 14, Ceuta, Escrito del General Fernando Butrón al redactor del *Zaragozano Constitucional* sobre los méritos de José de Palafox durante los Sitios, en respuesta a un artículo de Calvo de Rozas, publicado por ese periódico; Sig.: 48-10, caja 08225, Escrito de Lorenzo Calbo de Rozas defendiendo la actuación de José de Palafox contra las imputaciones del General Castaños; Sig.: 20-11/1-11, caja 08176, 1813-1842, Certificaciones; instancias, memoriales sobre participación en la defensa de Zaragoza; Sig.: 11-2/1-192, 1808-1845, Instancias y certificaciones sobre los actos de los defensores de Zaragoza; Sig.: 20-6 /1-38, caja 08176, 1814, Instancias dirigidas a José de Palafox, solicitando certificación de haber participado en la Defensa de Zaragoza, para la concesión de la Cruz de los Sitios; Sig.: 12/1-144, caja 08161, 1808-1841, Instancias y certificaciones sobre los actos de los defensores de Zaragoza; Sig.: 12/145-247, caja 08162, 1808-1837, Instancias y certificaciones sobre los actos de los defensores de Zaragoza.

17 Faustino Casamayor, *Diario…*, *op. cit.*, p. 61.

18 Sig.: 5-6/1, caja 08150, 1808, junio, 18 y julio, 1, Partes de Lucas Velasco, Gobernador del Castillo de la Aljafería de Zaragoza.

19 Sig.: 2-3/1-198, caja 08146, 1808, mayo-1809, febrero, Cartas y oficios sobre la defensa de Zaragoza, por orden alfabético según el nombre del remitente.

20 Sig.: 1-9/3, caja 08145, 1814, marzo, 14, Ceuta, Escrito del General Fernando Butrón al redactor del *Zaragozano Constitucional* sobre los méritos de José de Palafox durante los Sitios, en respuesta a un artículo de Calvo de Rozas, publicado por ese periódico; Sig.: 1-12, caja 08145, 1818, noviembre-1819, enero, Oficios. Francisco Dionisio Vives solicita a José de Palafox aclaración sobre algunos aspectos para escribir el segundo tomo de la *Historia de las Guerras de Napoleón en España*, y contestación de José de Palafox «Satisfacción a los 6 primeros capítulos de la Instrucción del señor Vives. Acción de Alagón y Épila»; Sig.: 3-3/1-65, caja 08147, 1808, febrero-1809, febrero, Partes y oficios dados por los defensores de zaragoza a sus jefes y a José de Palafox.

21 Sig.: 10-1/1-20, caja 08158, 1808, octubre-1809, enero y 1815, Solicitudes, memoriales y oficio relativas a pensiones y pensiones de viudedad; Raymond Rudorff, *Los Sitios…*, *op. cit.*, p. 168.

22 Sig.: 10-3/4-163, caja 08158, 1808, julio-1809, enero, Hojas de servicio y nombramientos de jefes y oficiales en Zaragoza; Sig.: 20-11/1-11, caja 08176, 1813-1842, Certificaciones; instancias, memoriales sobre participación en la defensa de Zaragoza.

23 Nuria Marín Arruego, *Mujeres…*, *op. cit.*, pp. 133-135.

24 El episodio lo recogen todos los libros sobre el tema. También la documentación. Sig.: 3-5/3, caja 08147, 1814, Certificación en la que se acredita la participación de Agustina de Zaragoza en los dos Sitios.

25 Sig.: 44-17, caja 08220, s/f, Juicio de José de Palafox sobre algunos defensores de Zaragoza.

26 Sig.: 2-3/1-198, caja 08146, 1808, mayo-1809, febrero, Cartas y oficios sobre la defensa de Zaragoza, por orden alfabético según el nombre del remitente.

27 Sig.: 24-3/1-37, 1808-1821, Certificaciones e instancias expedidas y dirigidas a José de Palafox y referidas a concesiones y honores y distinciones por participar en la defensa durante los Sitios; acreditación de servicios prestados y nombramiento de cargos; así como justificación de aportaciones económicas para contribuir a los gastos durante los asedios; Faustino Casamayor, *Diario…*, *op. cit.*, p. 73.

28 Sig.: 2-3/1-198, caja 08146, 1808, mayo-1809, febrero, Cartas y oficios sobre la defensa de Zaragoza, por orden alfabético según el nombre del remitente; Sig.: 46-1/112-120, caja 08222, 1808, junio-1809, enero, Correspondencia de oficio de los comandantes que custodian los puntos de defensa en Zaragoza, con José de Palafox; Faustino Casamayor, *Diario…*, *op. cit.*, p. 84.

29 Sig.: 2-3/1-198, caja 08146, 1808, mayo-1809, febrero, Cartas y oficios sobre la defensa de Zaragoza, por orden alfabético según el nombre del remitente.

30 Sig.: 2-3/1-198, caja 08146, 1808, mayo-1809, febrero, Cartas y oficios sobre la defensa de Zaragoza, por orden alfabético según el nombre del remitente.

31 Sig.: 3-3/1-65, caja 08147, 1808, febrero-1809, febrero, Partes y oficios dados por los defensores de Zaragoza a sus jefes y a José de Palafox.

32 Sig.: 1-9/5, caja 08145, 1817, noviembre, Sobre la petición de Fernando García a Marín, coronel, a José de Palafox de una certificación sobre su actuación durante los Sitios.

33 Sig.: 48-10, caja 08225, Escrito de Lorenzo Calbo de Rozas defendiendo la actuación de José de Palafox contra las imputaciones del General Castaños.

34 Faustino Casamayor, *Diario...*, *op. cit.,* p. 69; Signatura: 2-2/1-68, caja 08146, 1808, mayo-diciembre, Cartas y oficios de particulares, dirigidas en su mayoría a José de Palafox; Sig.: 2-3/1-198, caja 08146, 1808, mayo-1809, febrero, Cartas y oficios sobre la defensa de Zaragoza, por orden alfabético según el nombre del remitente.

35 Sig.: 46-1/112-120, caja 08222, 1808, junio-1809, enero, Correspondencia de oficio de los comandantes que custodian los puntos de defensa en Zaragoza, con José de Palafox.

36 Sig.: 22-8/1-108, 1808, marzo-1809, enero, Instancias dirigidas a José de Palafox relativas a diferentes peticiones.

37 Sig.: 3-2/3-52, 1808, mayo-1809, febrero, Comunicaciones de las Juntas Locales y ayuntamientos de diversos lugares dirigidas a José de Palafox, relacionadas con los Sitios de la Ciudad; Sig.: 46-1/3-14, caja 08222, 1808, mayo-septiembre. Monzón, Correspondencia de oficio de Rafael Ansoategui, gobernador de Monzón, dirigida a José de Palafox.

38 Sig.: 3-2/3-52, 1808, mayo-1809, febrero, Comunicaciones de las Juntas Locales y ayuntamientos de diversos lugares dirigidas a José de Palafox, relacionadas con los Sitios de la Ciudad.

39 Sig.: 3-2/3-52, 1808, mayo-1809, febrero, Comunicaciones de las Juntas Locales y ayuntamientos de diversos lugares dirigidas a José de Palafox, relacionadas con los Sitios de la Ciudad; Faustino Casamayor, *Diario…*, *op. cit.*, p. 79.

7. 4 de Agosto. Finales de julio-14 de agosto de 1808

1 Sig.: 1-5/4, caja 0145, 1808, julio, 16, Escrito Plan de defensa y método que deben observar los comandantes de puesto en un ataque [Palafox].

2 Jean Belmas, *Zaragoza…*, *op. cit.*, p. 168.

3 Sig.: 3-3/66-78, caja 08147, 1808, julio-1809, febrero, Relación de las fuerzas que había

en Zaragoza y su distribución en los puntos de defensa; Sig.: 2-3/1-198, caja 08146, 1808, mayo-1809, febrero, Cartas y oficios sobre la defensa de Zaragoza, por orden alfabético según el nombre del remitente.

4 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia…*, *op. cit.*, tomo I, pp. 199-200.

5 Jean Belmas, *Zaragoza…*, *op. cit.*, pp. 39-40.

6 Jean Belmas, *Zaragoza…*, *op. cit.*, pp. 169-170; Herminio Lafoz, *Manifiestos…*, *op. cit.*, p. 296; Józef Mrozinski, *El asedio…*, *op. cit.*, p. 178.

7 Faustino Casamayor, *Diario…*, *op. cit.*, p. 91; Sig.: 13-3/1-7, caja 08163, 1808, agosto-1809, enero, Instancias dirigidas a José de Palafox sobre ascensos y destinos; Sig.: 22-8/1-108, 1808, marzo-1809, enero, Instancias dirigidas a José de Palafox relativas a diferentes peticiones; Raymond Rudorff, *Los Sitios…*, *op. cit.*, p. 217.

8 Herminio Lafoz, *Manifiestos…*, *op. cit.*, p. 237.

9 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia…*, *op. cit.*, tomo 1, p. 218-219; Sig.: 13-3/1-7, caja 08163, 1808, agosto-1809, enero, Instancias dirigidas a José de Palafox sobre ascensos y destinos.

10 Sig.: 20-9/1-5, caja 08176, 1808-1821, Instancias solicitando a José de Palafox gratificaciones y limosnas, por la participación en los Sitios.

11 Sig.: 13-3/1-7, caja 08163, 1808, agosto-1809, enero, Instancias dirigidas a José de Palafox sobre ascensos y destinos.

12 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia…*, *op. cit.*, pp. 210 y ss.; Sig.: 13-3/1-7, caja 08163, 1808, agosto-1809, enero, Instancias dirigidas a José de Palafox sobre ascensos y destinos; Sig.: 5-6/4, caja 08150, 1808, septiembre, 25, Informe de Marcos María Simón sobre la acción de la Puerta del Sol de Zaragoza el 4 de agosto de 1808.

13 Jean, Belmas, *Zaragoza…*, *op. cit.*, p. 174.

14 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia…*, *op. cit.*, tomo 1, p. 304.

15 Herminio Lafoz, *Manifiestos…*, *op. cit.*, p. 237; Jean, Belmas, *Zaragoza…*, *op. cit.*, p. 43; Louis François Lejeune, *Los Sitios…*, *op. cit.*, p. 23.

16 Faustino Casamayor, *Diario…*, *op. cit.*, pp. 93-99; Sig.: 3-3/1-65, caja 08147, 1808, febrero-1809, febrero, Partes y oficios dados por los defensores de Zaragoza a sus jefes y a José de Palafox.

17 Para el relato del socorro a Zaragoza se ha seguido: Sig.: 1-6/3, caja 08145, 1809, Folleto «Resumen histórico del primer sitio de la ilustre ciudad de Zaragoza por los franceses desde 14-VI al 15-VIII de 1808»; Sig.: 7-2/297-350, caja 08154, 1808, junio-1809, enero, Correspondencia de oficio de los coroneles de los Tercios de Huesca con el Inspector General de Infantería y con José de Palafox; Sig.: 12/1-144, caja 08161, 1808-1841, Instancias y certificaciones sobre los actos de los defensores de Zaragoza; Sig.: 2-2/1-68, caja 08146, 1808, mayo-diciembre, Cartas y oficios de particulares, dirigidas en su mayoría a José de Palafox; Sig.: 20-8/1-10, caja 08176, 1808-1820, Hojas de Servicio de individuos de diversos batallones y regimientos; Sig.: 5-4/1, caja 08150, [1814], Informe de José de Palafox al Rey sobre la solicitud del Marqués de Lazán de una condecoración para los Guardias Españoles que introdujeron en Zaragoza el socorro el 5 de agosto de 1808; Sig.: 1-9/5, caja 08145, 1817, noviembre, Sobre la petición de Fernando García a Marín, coronel, a José de Palafox de una certificación sobre su actuación durante los Sitios; Sig.: 16-8/1-91, 1809 y 1814, Certificaciones e instancias sobre participación en los sitios de Zaragoza; Sig.: 12/1-144, caja 08161, 1808-1841, Instancias y certificaciones sobre los actos de los defensores de Zaragoza; Sig.: 3-8/7, caja 08147, 1814, febrero, 6, Madrid, Certificaciones de José de Palafox sobre la conducta del brigadier Fermín Romeo en los Sitios de la Ciudad. Agustín Alcaide Ibieca, *Historia…*, *op. cit.*, tomo 1, pp. 230-232, 304 y 305, y *Suplemento*…, p. 151; José Antonio Pérez Francés, *Zaragoza 1808-1809. La defensa exterior*, Asociación Cultural Los Sitios, Zaragoza, 2008, p. 112, y «*Guerra y cuchillo*»…, *op. cit.*, pp. 351-359; Luis Sorando, *«Unidades y uniformes…»*, *op. cit.*, p. 112; *Jean Belmas, Zaragoza…*, *op. cit.*, p. 45; Faustino Casamayor, *Diario…*, *op. cit.*, pp. 94-98; *Herminio Lafoz, Manifiestos…*, *op. cit.*, p. 307.

18 Archivo Histórico Nacional, Sig.: CONSEJOS, 5516, Exp.2, 8 de agosto de 1808: Remesa de fusiles a Calatayud. El brigadier barón de Varsage, comandante general de las tropas acantonadas en Calatayud, felicita al Consejo y a los habitantes de Madrid por la salida de las tropas francesas y solicita que se le asista con dinero y tres o cuatro mil fusiles para poder armar a los alistados en Calatayud y socorrer a Zaragoza, que se halla cercada.

19 Sig.: 20-11/1-11, caja 08176, 1813-1842, Certificaciones; instancias, memoriales sobre participación en la defensa de Zaragoza; Sig.: 54-7/18-19, 1809 y 1820, Correspondencia del

conde de Montijo dirigida a José de Palafox.

20 Ramón Guirao Larrañaga, *La ayuda exterior a Zaragoza durante los Sitios. Valencianos y murcianos. Junio de 1808-febrero de 1809*, Asociación Cultural Los Sitios, Zaragoza, 2016.

8. Desbandada. 14 de agosto-19 de diciembre de 1808

1 Faustino Casamayor, *Diario…*, *op. cit.*, pp. 106 y 110-111.

2 Sig.: 22-8/1-108, 1808, marzo-1809, enero, Instancias dirigidas a José de Palafox relativas a diferentes peticiones; Sig.: 46-2/23-36, caja 08222, 1808, Relaciones de individuos licenciados por la Inspección General de Infantería.

3 Faustino Casamayor, *Diario…*, *op. cit.*, pp. 109-123; Agustín Alcaide Ibieca, *Historia…*, *op. cit.*, tomo 2, p. 11.

4 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia…*, *op. cit.*, tomo 2, p. 7; Colección de papeles interesantes sobre las circunstancias presentes, n. 13, Fuentenebro y Compañía, 1808.

5 Charles Richard Vaughan, *Narrativa…*, *op. cit.*

6 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia…*, *op. cit.*, tomo 2, p. 11.

7 Jean Belmas, *Zaragoza…*, *op. cit.*, p. 178.

8 Sig.: 2-7/5, caja 08146, 1818, Comunicaciones dirigidas a José de Palafox, acerca de la campaña en la frontera de Navarra y Aragón en 1808; Sig.: 9-5/69-77, caja 98157, 1808, diciembre-1809, enero, Correspondencia de oficio; estados de fuerza; nombramientos del Batallón de Tiradores de Doyle.

9 Sig.: 24-3/1-37, 1808-1821, Certificaciones e instancias expedidas y dirigidas a José de Palafox y referidas a concesiones y honores y distinciones por participar en la defensa durante los Sitios; acreditación de servicios prestados y nombramiento de cargos; así como justificación de aportaciones económicas para contribuir a los gastos durante los asedios; Sig.: 12/1-144, caja 08161, 1808-1841, Instancias y certificaciones sobre los actos de los defensores de Zaragoza; Sig.: 28-1/79, caja 08191, 1821-1822, Expediente de solicitud por parte del Coronel José María Román, de la Cruz de la Orden de San Fernando, fundándose en su participación en el Segundo Sitio. Concedida; Sig.: 54-7/18-19, 1809 y 1820, Correspondencia del conde de Montijo dirigida a José de Palafox; Sig.: 2-1/1-2, caja 08146, [d. 1809], Escrito «Resumen de los servicios del Marqués de Lazán en la presente Guerra de la Independencia». Años 1808-1809, y «Advertencia» sobre el anterior.

10 Sig.: 1-9/5, caja 08145, 1817, noviembre, Sobre la petición de Fernando García Marín, coronel, a José de Palafox de una certificación sobre su actuación durante los Sitios.

11 Jesús de Haro Malpesa, «El impacto de la batalla de Bailén en Francia. La historiografía francesa», en VV. AA., *La batalla de Bailén. Actas de las primeras jornadas sobre la batalla de Bailén y la España contemporánea*, Universidad de Jaén, Jaén, 1999, pp. 155-199; *Gazeta de Madrid*, 26 de agosto de 1808, n. 117.

12 Sig.: 48-10, caja 08225, Escrito de Lorenzo Calbo de Rozas defendiendo la actuación de José de Palafox contra las imputaciones del General Castaños; Arsenio García Fuertes, «El Ejército español…», *op. cit.*

13 Sig.: 15-4/15-18, caja 08167, 1808, noviembre, 12-diciembre, 29, Memoriales de Manuel de Leyva, Comandante del Primer Batallón de Tiradores de Murcia, dirigidos a José de Palafox, sobre su arresto.

14 Andrés Casaniello Pérez, «La Guerra Peninsular de 1808…», *op. cit.*, pp. 99-124.

15 Sig.: 2-1/1-2, caja 08146, [d. 1809], Escrito «Resumen de los servicios del Marqués de Lazán en la presente Guerra de la Independencia». Años 1808-1809, y «Advertencia» sobre el anterior; Sig.: 3-4/51-59, caja 08147, 1808, junio-julio y noviembre, Oficios de José Obispo dirigidos a José de Palafox y a Manuel de Peñas sobre las necesidades del Batallón que dirige [Primero de Zaragoza o Primero de El Pilar].

16 José de Palafox, *Memorias…*, *op. cit.*, p. 68.

17 Archivo Histórico Nacional, Signatura: Diversos-colecciones, 110, n. 32, Correspondencia al ejército inglés relativa a varios asuntos, destacando el Sitio de Zaragoza y las campañas del Ebro; 1808-07-29 -1809-04-18

18 Sig.: 15-4/1, caja 08167, 1808, junio, 5-noviembre, 25, Correspondencia de oficio enviada y recibida por Manuel de Leyva, Comandante del Primer Batallón de Tiradores de Murcia.

19 Sig.: 3-4/60-62, caja 08147, 1808. Junio-julio y noviembre, Oficios de los Generales Butrón, Dublaisel y O'Neill a Raimundo Andrés y a José de Palafox; Sig.: 5-16/53-87, caja

08150, 1808, noviembre, 1-1809, enero, 17, Relaciones de Armamento y vestuario de diversos cuerpos del ejército.

20 Sobre lo sucedido en Tudela hay versiones enfrentadas, la de Palafox y la de Castaños. Tanto para la batalla como para la retirada posterior: Pedro Agustín Girón, marqués de las Amarillas, *Recuerdos (1778-1837)*, Ediciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 1978, pp. 238-249; Archivo Histórico Nacional, Signatura ESTADO, 17, A: Descripción que hacen en noviembre de 1808 el general Juan O'Neill y el vocal comisionado de la Junta Central en Aragón, Francisco de Palafox, de la batalla de Tudela (1808-11-23); 1808-11-24, Yllueca/1808-11-26, Zaragoza; Arsenio García Fuertes, «El ejército español…», *op. cit.*, pp. 101-166; Andrés Casaniello Pérez «La guerra Peninsular…», *op. cit.*, pp. 99-124; Francisco Vela, *Tudela 1808: la primera derrota de los vencedores de Bailén*, Almena Ediciones, 2015; *Gazeta de Zaragoza*, 7 de enero de 1809; Reales órdenes de la Junta Central Suprema de Gobierno del Reyno; y representaciones de la de Sevilla y del General Castaños acerca de su separación del mando del Exercito de operaciones del Centro, 1809.

21 Sig.: 16-8/1-91, 1809 y 1814, Certificaciones e instancias sobre participación en los sitios de Zaragoza; Sig.: 24-3/1-37, 1808-1821, Certificaciones e instancias expedidas y dirigidas a José de Palafox y referidas a concesiones y honores y distinciones por participar en la defensa durante los Sitios; acreditación de servicios prestados y nombramiento de cargos; así como justificación de aportaciones económicas para contribuir a los gastos durante los asedios; Sig.: 22-4/1-35, caja 08180, 1816-1817, Instancias dirigidas a José de Palafox solicitando certificaciones de participación en los Sitios de Zaragoza para la posterior concesión del distintivo de la cruz de Su Majestad.

22 Esteban Orta Rubio, «Dos fuentes complementarias de la batalla de Tudela (23 de noviembre de 1808)», en Francisco Miranda Rubio, (coord.), *Fuentes documentales para el estudio de la Guerra de la Independencia*, Ediciones Eunate, Pamplona, 2002, pp. 449-458.

23 Sig.: 6-3/236-345, caja 08152, 1808, junio-1809, febrero, Hojas de servicio de oficiales; estado de fuerzas; partes de oficiales enfermos; correspondencia de oficio del Regimiento de Infantería de Extremadura; Sig.: 5-16/53-87, caja 08150, 1808, noviembre, 1-1809, enero, 17, Relaciones de Armamento y vestuario de diversos cuerpos del ejército.

24 Sig.: 1-6/11, caja 08145, 1814, Folleto «Relation des sièges de Saragosse et de Tortose…» por el Barón de Rogniat, jefe de ingenieros franceses en el Segundo Sitio; Jean, Belmas, *Zaragoza…*, *op. cit.*, p. 51.

25 Sig.: 12/145-247, caja 08162, 1808-1837, Instancias y certificaciones sobre los actos de los defensores de Zaragoza; Raymond Rudorff, *Los Sitios…*, *op. cit.*, pp. 248-249.

26 Reales órdenes de la Junta Central Suprema de Gobierno del Reyno; y representaciones de la de Sevilla y del General Castaños acerca de su separación del mando del Exercito de operaciones del Centro, 1809; Arsenio García Fuertes, «El ejército…», *op. cit.*; Andrés Casaniello Pérez, «La guerra Peninsular…», *op. cit.*, pp. 99-124; *Le Moniteur Universel ou Gacette Nationale*, 22 de diciembre de 1808, n. 357.

27 Sig.: 10-1/1-20, caja 08158, 1808, octubre-1809, enero y 1815, Solicitudes, memoriales y oficio relativas a pensiones y pensiones de viudedad; Sig.: 1-6/11, caja 08145, 1814, Folleto «Relation des sièges de Saragosse et de Tortose…», por el Barón de Rogniat, jefe de ingenieros franceses en el Segundo Sitio.

28 Jean Belmas, *Zaragoza…*, *op. cit.*, p. 52; Louis François Lejeune, *Los Sitios…*, *op. cit.*, *p. 28; Ernest Picard y Louis Tuetey, Correspondance inédite de Napoléon Ier, conservée aux Archives de la guerre*, t. II, 1808-1809, Henri Charles-Lavauzelle Editeur militaire, París, 1912, pp. 478, 507, 520 y 556.

29 Sig.: 5-6/5, caja 08150, 1808, noviembre, 26, Parte del Comandante del puesto de la Bernardona avanzada.

30 Herminio Lafoz, *Manifiestos…*, *op. cit.*, p. 86; Sig.: 12/145-247, caja 08162, 1808-1837, Instancias y certificaciones sobre los actos de los defensores de Zaragoza.

31 Sig.: 3-2/1, caja 08147, 1808, Sumario contra Agustín Penella por habérsele disparado un fusil.

32 José Antonio Pérez Francés, *Zaragoza…*, *op. cit.*, pp. 28-29.

33 Las fortificaciones, además de en testimonios como los de Rogniat o Alcaide Ibieca, se describen y analizan al detalle en José Antonio Pérez Francés, *Zaragoza…*, *op. cit.*

34 Sig.: 1-6/11, caja 08145, 1814, Folleto «Relation des sièges de Saragosse et de Tortose…» por el Barón de Rogniat, jefe de ingenieros franceses en el Segundo Sitio.

35 Sig.: 4-6/1-7, caja 08149, 1808, diciembre, 24-1809, enero, 26, Memoriales solicitando

la exención del pago de la Real Contribución extraordinaria de 500.000 reales de vellón, con destino a las fortificaciones de la ciudad. Denegados; Sig.: 4-3/1-27, caja 08148, 1808, diciembre, Relaciones del reparto de 500.000 reales de vellón con destino a la Real Contribución extraordinaria, según orden del Capitán General de Aragón. (Nobles, comendadores, eclesiásticos, parroquias, gremios), con destino a las fortificaciones de la ciudad; Sig.: 4-5/1-17, caja 08149, 1808, diciembre, 5-1809, enero, 19, Oficios dirigidos al Intendente y a la Junta de la Real Contribución, sobre el reparto de 500.000 reales de vellón de la Real Contribución extraordinaria, con destino a las fortificaciones de la ciudad; Sig.: 4-10/1-10, caja 08149, 1808, diciembre, 24-1809, enero, 8, Memoriales solicitando la exención del pago de la Real Contribución extraordinaria de 500.000 reales de vellón con destino a las fortificaciones de la ciudad. Concedidas.

36 Sig.: 3-3/1-65, caja 08147, 1808, febrero-1809, febrero, Partes y oficios dados por los defensores de Zaragoza a sus jefes y a José de Palafox.

37 Sig.: 1-13/1, caja 08145, 1819, enero, 22, Valencia, Índice de la correspondencia oficial entre José de Palafox y la Junta Superior del Reino de Valencia, de junio a diciembre de 1808.

38 Sig.: 6-2/1-8, caja 08151, 1808, diciembre, Estados de fuerza, relaciones de los cuerpos que asistieron a la defensa de Zaragoza en sus dos Sitios; Sig.:2-3/1-198, caja 08146, 1808, mayo-1809, febrero, Cartas y oficios sobre la defensa de Zaragoza, por orden alfabético según el nombre del remitente; Sig.: 46-1/89, caja 08222, 1808, Diciembre, 19, Zaragoza, Instancia de Manuel Estevan Labrador, solicitando licencia temporal para poder llevarse a su hijo enfermo a casa.

9. Carnicería. 20 de diciembre de 1808-27 de enero de 1809

1 Luis Sorando, «Unidades y uniformes…», *op. cit.*, pp. 109-133.

2 Louis François Lejeune, Los Sitios…, *op. cit.*, p. 41.

3 Sig.: 11-2/1-192, 1808-1845, Instancias y certificaciones sobre los actos de los defensores de Zaragoza.

4 Este episodio, de defensa de una granja por un solo regimiento frente a un enemigo superior, hasta que quedan sin munición, recuerda al que se vivirá en la Haye Sainte en la batalla de Waterloo de 1815. Sig.: 24-3/1-37, 1808-1821, Certificaciones e instancias expedidas y dirigidas a José de Palafox y referidas a concesiones y honores y distinciones por participar en la defensa durante los Sitios; acreditación de servicios prestados y nombramiento de cargos; así como justificación de aportaciones económicas para contribuir a los gastos durante los asedios.

5 José Antonio Pérez Francés, *Zaragoza…*, *op. cit.*, pp. 39-42.

6 Sig.: 16-8/1-91, 1809 y 1814, Certificaciones e instancias sobre participación en los sitios de Zaragoza; Sig.: 24-3/1-37, 1808-1821, Certificaciones e instancias expedidas y dirigidas a José de Palafox y referidas a concesiones y honores y distinciones por participar en la defensa durante los Sitios; acreditación de servicios prestados y nombramiento de cargos; así como justificación de aportaciones económicas para contribuir a los gastos durante los asedios.

7 Sig.: 22-8/1-108, 1808, marzo-1809, enero, Instancias dirigidas a José de Palafox relativas a diferentes peticiones; Sig.: 28-1/80, caja 08191, 1816, diciembre-1817, julio, Expediente de solicitud, por parte del Capitán del Cuerpo de Ingenieros Juan Miguel Arrambide, de la Cruz de la Orden de San Fernando, fundándose en su participación en el Segundo Sitio de Zaragoza. Denegada; Sig.: 5-2/1-7, caja 08150, 1808, diciembre, 23-1809, febrero, 12, Oficios sobre deserciones de oficiales.

8 José Antonio Pérez Francés, *Zaragoza*, *op. cit.*, Asociación Cultural Los Sitios de Zaragoza, Zaragoza, 2018, p. 144.

9 Jean Belmas, *Zaragoza…*, *op. cit.*, pp. 59 y 182-184.

10 José Antonio Pérez Francés, *Zaragoza…*, *op. cit.*, p. 81.

11 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia…*, *op. cit.*, tomo II, p. 67; José Antonio Pérez Francés, *Zaragoza…*, *op. cit.*, pp. 51-52. Sobre los hospitales y el problema sanitario, Luis Alfonso Arcarazo García, *La asistencia sanitaria en Zaragoza durante la Guerra de la Independencia Española (1808-1814)*, Asociación Los Sitios-Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2014.

12 Sig.: 6-1/2-62, caja 08151, 1808, noviembre-1809, febrero, Correspondencia de oficio con el Inspector de Infantería, Manuel Peñas, del Comandante Agustín Dublaisel, el sargento mayor José Escobar y el Capitán Manuel Priego. Se adjunta índice de órdenes recibidas; Sig.:

6-3/236-345, caja 08152, 1808, junio-1809, febrero, Hojas de servicio de oficiales; estado de fuerzas; partes de oficiales enfermos; correspondencia de oficio del Regimiento de Infantería de Extremadura; Sig.: 5-16/53-87, caja 08150, 1808, noviembre, 1-1809, enero, 17, Relaciones de Armamento y vestuario de diversos cuerpos del ejército; Sig.: 9-2/1-34, caja 08157, 1809, enero-febrero, Relaciones de fuerzas y oficiales; partes diarios del Regimiento de Fieles Aragoneses; Sig.: 3-4/82-95, caja 08147, 1808, julio-1809, enero, Oficios de Bernardo Acuña, de José de Palafox, de Luis de Villaba, de Félix Mar.

13 Sig.: 5-3/2, caja 08150, 1808, diciembre, 31, Parte del comandante del Batallón de Reales Guardias Walonas, Luis de Garro, sobre la acción del Portillo; Sig.: 11-2/1-192, 1808-1845, Instancias y certificaciones sobre los actos de los defensores de Zaragoza; Sig.: 3-3/1-65, caja 08147, 1808, febrero-1809, febrero, Partes y oficios dados por los defensores de Zaragoza a sus jefes y a José de Palafox; Sig.: 3-1/1-45, caja 08147, 1808, diciembre-1809, febrero, Partes de los defensores de Zaragoza sobre el estado de fuerzas; Jean Belmas, *Zaragoza…*, *op. cit.*, p. 65; Louis François Lejeune, *Los Sitios…*, *op. cit.*, p.50.

14 Sig.: 3-10/1, caja 08147, 1809, enero, 7, Prensa *Gazeta de Zaragoza*, en la que se relatan las acciones de Manuela Sancho; Nuria Marín Arruego, *Mujeres…*, *op. cit.*, p. 83.

15 En Jean Belmas, *Zaragoza…*, *op. cit.*, p. 63, pp. 184-186.

16 Jean Belmas, *Zaragoza…*, *op. cit.*, pp. 74-75; Sig.: 1-6/11, caja 08145, 1814, Folleto «Relation des sièges de Saragosse et de Tortose…», por el Barón de Rogniat, jefe de ingenieros franceses en el Segundo Sitio.

17 Sig.: 26-2/1-53, caja 08188, 1816, Certificaciones e instancias expedidas y dirigidas a José de Palafox, sobre concesión de condecoraciones, nombramientos de cargos… por la participación en la defensa de los Sitios; Faustino Casamayor, *Diario…*, *op. cit.*, p. 160: Louis François Lejeune, *Los Sitios…*, *op. cit.*, p. 53; Agustín Alcaide Ibieca, Historia…, *op. cit.*, tomo II, pp. 96-98.

18 Sig.: 1-2, caja 08145, [1809, enero], Escrito «Defensa heroica del Reducto del Pilar»; Sig.: 22-8/1-108, 1808, marzo-1809, enero, Instancias dirigidas a José de Palafox relativas a diferentes peticiones. Sig.: 16-8/1-91, 1809 y 1814, Certificaciones e instancias sobre participación en los sitios de Zaragoza; Sig.: 1-9/5, caja 08145, 1817, noviembre, Sobre la petición de Fernando García a Marín, coronel, a José de Palafox de una certificación sobre su actuación durante los Sitios; Sig.: 3-8/7, caja 08147, 1814, febrero, 6, Madrid, Certificaciones de José de Palafox sobre la conducta del brigadier Fermín Romeo en los Sitios de la Ciudad.

19 Sig.: 5-16/16-28, caja 08150, 1808, junio, 19-1809, enero, 20, Correspondencia de oficio Real Cuerpo de Artillería; Sig.: 6-3/167-173, caja 08152, 1808, diciembre-1809, febrero, Estados de fuerzas; correspondencia de oficio del Regimiento Provincial de Murcia.

20 Józef Mrozinski, *El asedio y defensa de Zaragoza…*, *op. cit.*, pp. 141-251.

21 Sig.: 1-6/11, caja 08145, 1814, Folleto «Relation des sièges de Saragosse et de Tortose…», por el Barón de Rogniat, jefe de ingenieros franceses en el Segundo Sitio; Józef Mrozinski, *El asedio y defensa de Zaragoza…*, *op. cit.*, pp. 141-251; Louis François Lejeune, *Los Sitios…*, *op. cit.*, pp. 60-61; Raymond Rudorff, *Los Sitios…*, *op. cit.*, p. 269; Ernest Picard y Louis Tuetey, *Correspondance…*, *op. cit.*, p. 660.

22 A. Chateauneur, *Vie du maréchal Lannes*, Chez l'Editeur, París, 1813; *Vie du maréchal Lannes*, Imp. J. Quillot, 1867; Louis François Lejeune, *Los Sitios…*, *op. cit.*, pp. 60-61.

23 Charles Richard Vaughan, *Narrativa…*, *op.cit.*, p. 68; Sig.: 2-2/69-79, caja 08146, 1809, enero-septiembre, Cartas y oficios de particulares dirigidas en su mayoría a Antonio Cornel.

24 Sobre los intentos de socorro a Zaragoza, Luis Sorando Muzás, «Los intentos de romper el cerco», *Desperta Ferro. Historia Moderna*, 36, 2018, pp. 34-39.

25 Sig.: 3-1/1-45, caja 08147, 1808, diciembre-1809, febrero, Partes de los defensores de Zaragoza sobre el estado de fuerzas; Sig.: 54-7/18-19, 1809 y 1820, Correspondencia del conde de Montijo dirigida a José de Palafox.

26 Sig.: 6-2/241-243, caja 08151, 1808, diciembre-1809, enero, Oficios y certificación del Capitán Zacarías Ortega dirigidos a José de Palafox.

27 José Antonio Pérez Francés, *Zaragoza, 1808-1809: la nación en armas. «La batalla del Arrabal»…*, *op. cit.*, pp. 178-192; Sig.: 12/1-144, caja 08161, 1808-1841, Instancias y certificaciones sobre los actos de los defensores de Zaragoza.

28 Sig.: 7-2/297-350, caja 08154, 1808, junio-1809, enero, Correspondencia de oficio de los coroneles de los Tercios de Huesca con el Inspector General de Infantería y con José de Palafox.

29 Sig.: 2-1/1-2, caja 08146, [d. 1809], Escrito «Resumen de los servicios del Marqués de

Lazán en la presente Guerra de la Independencia». Años 1808-1809, y «Advertencia» sobre el anterior.

30 En Jean Belmas, *Zaragoza...*, *op. cit.*, p. 193.

31 Louis François Lejeune, *Los Sitios…*, *op. cit.*, pp. 68-69; Charles Lannes, Le *maréchal Lannes, duc de Montebello, prince souverain de Siévers, en Pologne: résumé de sa vie*, Alfred Mame et fils Editeurs, Tours, 1911, p. 141.

32 Sig.: 13-6/37-61, caja 08164, 1809-1817, Instancias y certificaciones relativas a los actos de los defensores de la ciudad de Zaragoza.

33 Sig.: 1-9/3, caja 08145, 1814, marzo, 14, Ceuta, Escrito del General Fernando Butrón al redactor del *Zaragozano Constitucional* sobre los méritos de José de Palafox durante los Sitios, en respuesta a un artículo de Calvo de Rozas, publicado por ese periódico; Faustino Casamayor, *Diario...*, *op. cit.*, p. 163; Herminio Lafoz, *Manifiestos…*, *op. cit.*, p. 106.

34 Louis François Lejeune, *Los Sitios…*, *op. cit.*

10. Ruinas. 28 de enero-marzo de 1809

1 Sig.: 22-8/1-108, 1808, marzo-1809, enero, Instancias dirigidas a José de Palafox relativas a diferentes peticiones; Sig.: 7-1/33-78, caja 08153, 1808, junio-1809, febrero, Estado de fuerzas, relaciones de oficiales, correspondencia de oficio con el Inspector General de Infantería del Regimiento de Infantería de la Reunión de Aragón; Sig.: 16-8/1-91, 1809 y 1814, Certificaciones e instancias sobre participación en los sitios de Zaragoza.

2 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia…*, *op. cit.*, tomo II, pp. 149-153; Sig.: 9-2/83-127, caja 08157, 1808, octubre-1809, febrero, Relaciones de estados de fuerzas del Regimiento de Infantería de Línea de Voluntarios de Castilla; Sig.: 28-1/79, caja 08191, 1821-1822, Expediente de solicitud por parte del Coronel José María Román, de la Cruz de la Orden de San Fernando, fundándose en su participación en el Segundo Sitio. Concedida.

3 Sig.: 41-1/124-127, caja 08215, 1833, abril, 16-julio, 31, Cartas y certificaciones sobre la participación de Miguel Blasco en los Sitios; Sig.: 6-1/2-62, caja 08151, 1808, noviembre-1809, febrero, Correspondencia de oficio con el Inspector de Infantería, Manuel Peñas, del Comandante Agustín Dublaisel, el sargento mayor José Escobar y el Capitán Manuel Priego. Se adjunta índice de órdenes recibidas.

4 Sig.: 3-5/3, caja 08147, 1814, Certificación en la que se acredita la participación de Agustina de Zaragoza en los dos Sitios; Sig.: 3-7/8-11, caja 08147, 1821, febrero, Madrid, Certificación y notas de José de Palafox, concediéndole la asignación de cinco reales de vellón diarios; Jean Belmas, *Zaragoza…*, *op. cit.*, p. 200.

5 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia…*, *op. cit.*, tomo II, p. 148; Sig.: 40-2/65(bis)-67, caja 08213, 1816, enero, 2, Carta y Memorial de Fray Domingo Comín, obedianciario de la orden de san Bruno en la Cartuja Baja dirigido a José de Palafox, solicitando certificación de su participación en los Sitios; Jean Belmas, *Zaragoza…*, *op. cit.*, pp. 200-202; Faustino Casamayor, *Diario…*, *op. cit.*, pp. 169-171.

6 Raymond Rudorff, *Los Sitios…*, *op. cit.*, p. 316.

7 Herminio Lafoz, *Manifiestos…*, *op. cit.*, p. 266.

8 Sig.:2-3/1-198, caja 08146, 1808, mayo-1809, febrero, Cartas y oficios sobre la defensa de Zaragoza, por orden alfabético según el nombre del remitente; Sig.: 5-15/1-19, caja 08150, 1808, julio, 27-1809, febrero, 6, Correspondencia de oficio Real Cuerpo de Ingenieros.

9 Louis François Lejeune, *Los Sitios…*, *op. cit.*, pp. 83 y 126.

10 Charles Lanes, *Le maréchal…*, *op. cit.*, p. 143; Belmas, Jean: *Zaragoza…*, pp. 202 y 207.

11 Jean Belmas, *Zaragoza…*, *op. cit.*, p. 207; Ernest Picrad y Louis Tuetey, *Correspondance….*, *op. cit.*, pp. 714-715.

12 Louis François Lejeune, *Los Sitios…*, *op. cit.*, pp. 91, 99-100.

13 Sig.: 11-2/1-192, 1808-1845, Instancias y certificaciones sobre los actos de los defensores de Zaragoza; Sig.: 28-1/79, caja 08191, 1821-1822, Expediente de solicitud por parte del Coronel José María Román, de la Cruz de la Orden de San Fernando, fundándose en su participación en el Segundo Sitio. Concedida.

14 Jean Belmas, *Zaragoza…*, *op. cit.*, pp. 204-205; Louis François Lejeune, *Los Sitios…*, *op. cit.*, p. 121; *Gacette Nationale ou le Moniteur Universel*, 8 de marzo de 1809, n. 67.

15 Louis François Lejeune, *Los Sitios…*, *op. cit.*, p. 112.

16 Jean Belmas, *Zaragoza…*, *op. cit.*, p. 129.

17 VV. AA., *Esplicacion del cuadro histórico-cronológico de los movimientos y principales*

acciones de los ejércitos beligerantes en la península, durante la guerra de España contra Bonaparte, Sección de Historia Militar, Imprenta de la viuda e hijos de D. Antonio Brusi, Barcelona, 1822; Agustín Alcaide Ibieca, *Historia…*, *op. cit.*, tomo II, p. 332.

18 Sig.: 7-1/337-416, caja 08153, 1808, julio-1809, enero, Listas de individuos, estados diarios de fuerzas, correspondencia de oficio, nombramientos del primer batallón de infantería ligera de Voluntarios de Zaragoza.

19 Sig.: 16-8/1-91, 1809 y 1814, Certificaciones e instancias sobre participación en los sitios de Zaragoza.

20 Sig.: 43-5, caja 08219, 1814, Folleto «Memorial presentado a S. M. y A. A. por el brigadier de caballería José Larraga, haciendo presentes todos los servicios».

21 Sig.: 16-8/1-91, 1809 y 1814, Certificaciones e instancias sobre participación en los sitios de Zaragoza; Sig.: 13-6/37-61, caja 08164, 1809-1817, Instancias y certificaciones relativas a los actos de los defensores de la ciudad de Zaragoza; Sig.: 22-4/1-35, caja 08180, 1816-1817, Instancias dirigidas a José de Palafox solicitando certificaciones de participación en los Sitios de Zaragoza para la posterior concesión del distintivo de la cruz de Su Majestad.

22 Sig.: 3-3/1-65, caja 08147, 1808, febrero-1809, febrero, Partes y oficios dados por los defensores de Zaragoza a sus jefes y a José de Palafox; Sig.: 3-1/1-45, caja 08147, 1808, diciembre-1809, febrero, Partes de los defensores de Zaragoza sobre el estado de fuerzas; Herminio Lafoz, *Manifiestos…*, *op. cit.*, p. 272.

23 Sig.: 3-4/82-95, caja 08147, 1808, julio-1809, enero, Oficios de Bernardo Acuña, de José de Palafox, de Luis de Villaba, de Félix Mar.

24 Jean Belmas, *Zaragoza…*, *op. cit.*, pp. 144-145.

25 Sig.: 3-2/3-52, 1808, mayo-1809, febrero, Comunicaciones de las Juntas Locales y ayuntamientos de diversos lugares dirigidas a José de Palafox, relacionadas con los Sitios de la Ciudad.

26 Sig.: 3-1/1-45, caja 08147, 1808, diciembre-1809, febrero, Partes de los defensores de Zaragoza sobre el estado de fuerzas.

27 Faustino Casamayor, *Diario…*, *op. cit.*, pp. 177-178.

28 Belmas da la cifra de 4.500 bajas napoleónicas: 3.000 muertos o heridos, 1.500 agonizando en los hospitales; de 53.873 españoles muertos durante el asedio y otros 8.000 en las semanas siguientes a consecuencia de la epidemia. Mrozinski da la cifra de 54.000 muertos españoles. Lejeune habla de 54.000 muertos y 8.000 en los días siguientes debido al tifus. Alcaide Ibieca habla de 53.000-54.000 muertes, de los cuales la mitad eran refugiados, y de la otra mitad un buen número eran militares. Rogniat da la cifra de 3.000 imperiales muertos. Raymond Rudorff estima los muertos napoleónicos en 10.000. Schpeler considera plausible también la cifra de 10.000 bajas francesas, aunque algunos autores españoles hablan de hasta 17.000.

29 Carta de Charles Bremond a su padre Mr. Bremond, Villamayor, 6 de marzo de 1809. Esta carta salió a la venta en una casa de subastas francesas en 2018; Le general Bremond d'Ars, *1787-1875: notes biographiques extraites de «l'Historique du 21e régimen de chasseurs»*, Honoré Champion, París, 1904.

30 *Le Moniteur Universel ou la Gacette Nationale*, 14 de marzo de 1809, n. 73.

31 Sig.: 3-6, caja 08147, [d. 1809], Lupiñen, Certificación del Secretario del Ayuntamiento del lugar de Lupiñén, en la que se acredita el comportamiento de Josefa Fañañás el año 1809.

11. Recapitulación. Epílogo desde la Zaragoza actual

-11 Sobre la memoria, recuerdo y conmemoración de los Sitios, Ignacio Peiró Martín, *La Guerra de la Independencia y sus conmemoraciones (1908, 1958 y 2008)*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 2008; y Alberto Martínez Cebolla, *El mito reflejado. La memoria de la Guerra de la Independencia y de los Sitios de Zaragoza en 1908 y en 2008,* Mira Editores, Zaragoza, 2010.

Table of Contents